

377A, MADERA DE HEROE

POR MIGUEL DELIBES

{BORRADOR}

JULIO - 1987

[Faint, illegible text or markings]

[Faint, illegible text]



MD



Regalo
de
- Miguel -

377A, Madera de héroe

(Novela)

por Miguel Delibes





DEDICATORIA:

A la memoria de mi amigo de
infancia y adolescencia Luis
María Ferrández, cuya tumba es-
tá en el mar.



DEDICATORIA

A la memoria de mi amigo de
infancia y adolescencia Luis
María Fernández, cuya tumba es
la en el mar.

La primera vez que el niño Garvasio García de la Lastra experimentó aquellos extraños fenómenos, que los miembros más piadosos de la familia atribuyeron a causas sobrenaturales, "Recuerdo para los muertos; escarmiento para los vivos..."

(De la lápida conmemorativa del Campo de concentración de Dachau)

Papá León, ¿quién seré yo sin papá?

Los nietos de don León, del mismo modo que Cruzita, la primogénita, había llamado siempre mamá Obdulia a su esposa, mujer sencilla y de actitudes majestáticas, que, por inexplicable paradoja, parecía al hablar alabarse ante vocábulos sonoros que, de alguna manera, parecían evocar la muerte y las pestiferias. En el diccionario existían palabras rotundas, como catafalco, sepultura y miserere, que no podían pronunciarse en su presencia. Referencias dignas, sencillas, sin embargo, que no puso objeción a la voz abuela hasta que su hija Rita, casada, bien a su pesar, con el doctor en Medicina Telmo García, alumbró una hermosa niña de cuatro kilos de peso, y la elevó a tan noble condición. A partir de ese acontecimiento, doña Obdulia cesó en algo que, no por obvio, había tenido en cuenta hasta entonces, esto es, que la abuela, como cabeza del clan familiar, y dentro de una lógica sucesión de generaciones, era, con el abuelo, la candidata más firme al deceso y, en consecuencia, la más próxima al catafalco, el miserere y la sepultura, conceptos abolidos y velados, ante tan solemne evidencia, el término abuela fue incorporado al repertorio de voces prohibidas, y considerando que esta palabra no era, en rigor, más que una redundancia (madre de madre o



"Recuerdo para los muertos; sentimiento
para los vivos."
... (De la lápida conmemorativa del Campo
de concentración de Dachau)

I

La primera vez que el niño Gervasio García de la Lastra experimentó aquellos extraños fenómenos, que los miembros más píos de la familia atribuyeron a causas sobrenaturales y el resto, más escépticos, a puros fenómenos físicos operando sobre una delicada sensibilidad, fué, según consta en los diarios del coronel de Caballería, ya fallecido, don Felipe Neri Luna (1881-1953), en la velada familiar del sábado 11 de febrero de 1927, aunque, conforme se desprende de esos ^{mismos} cuadernos, ^{tres días antes} ~~la tarde del día 8 de ese mismo mes~~ ya se produjeron ciertos indicios, ^{una vez que} ~~cuando~~ (el pequeño irrumpió como un huracán en el gabinete de su abuelo materno don León de la Lastra, mientras éste merendaba su habitual chocolate con picatostes, y le preguntó a bocajarro:

- Papá León, ¿puedo ser héroe sin morirme?

(Los nietos le llamaban papá León, del mismo modo que Crucita, la primogénita, había llamado siempre mamá Obdulia a su esposa, mujer robliza y de actitudes mayestáticas, que, por inexplicable paradoja, perdía la ecuanimidad ante vocablos sonoros que, de alguna manera, pudieran evocar la muerte y las postrimerías. En el diccionario existían palabras rotundas, como catafalco, sepultura y miserere, que no podían pronunciarse en su presencia. Referencias fidedignas ^{Atestiguan,} ~~demuestran,~~ sin embargo, que no puso objeción a la voz abuela hasta que su hija Zita, casada, bien a su pesar, con el doctor en Medicina Telmo García, alumbró una hermosa niña de cuatro kilos de peso, y la elevó a tan noble condición. A partir de ese acontecimiento, doña Obdulia reparó en algo que, no por obvio, había tenido en cuenta hasta entonces, esto es, que la abuela, como cabeza del clan familiar, y dentro de una lógica sucesión de generaciones, era, con el abuelo, la candidata más firme al deceso y, en consecuencia, la más próxima al catafalco, el miserere y la sepultura, conceptos abolidos en palacio. Ante tan enojosa evidencia, el término abuela fue incorporado al repertorio de voces prohibidas, y considerando que esta palabra no era, en rigor, más que una redundancia (madre de madre o

La primera vez que el niño Garvito García de la Lastre experimentó aque-
 los extraños fenómenos, que los miembros más jóvenes de la familia atribuyeron
 a causas sobrenaturales y al resto, más escéptico, a puros fenómenos fisi-
 cos operando sobre una delicada sensibilidad, fue, según consta en los datos
 que el coronel de Caballería, ya fallecido, don Felipe Martí Luna (1881-
 1923), en la veintidós familia del sábado 11 de febrero de 1923, cuando, con-
 forme se desprende de esos cuadros, ^{en la casa de don Felipe Martí Luna} se produjeron ciertos hechos, ^{que se produjeron} como un huracán en
 el gabinete de su abuelo materno don León de la Lastre, mientras éste merca-
 daba su habitual chocolate con picatostes, y le preguntó a doña María:

- Papá León, ¿puedo ser héroe sin morir?

(Los niños se llamaban papá León, del mismo modo que Cruzita, la orfanóti-
 ta, había llamado siempre mamá Úrbula a su esposa, mujer robiza y de acti-
 tudes majestáticas, que, por inexplicables causas, perdía la ecuanimidad an-
 te vocablos sonoros que, de alguna manera, pudieran evocar la muerte y las
 postmortes. En el diccionario existían palabras rotundas, como catalaco,
 sepultura y misereor, que no podían pronunciarse en su presencia. Referencias
 fribidignas, ^{de la familia} sin embargo, que no poseían relación a la voz abuela res-
 ta que su hija Zita, casada, bien a su pesar, con el doctor en Medicina Fel-
 pe García, almorzó una hermosa niña de cuatro kilos de peso, y la elevó a tan
 noble condición. A partir de ese acontecimiento, doña Úrbula recordó en algo
 que, no por obvio, había tenido en cuenta hasta entonces, esto es, que la abue-
 la, como cabeza del clan familiar, y dentro de una lógica sucesión de genera-
 ciones, era, con el abuelo, la candidata más firme al deceso y, en consecuen-
 cia, la más próxima al catalaco, el misereor y la sepultura, conceptos abstrac-
 tos en palacio. Ante tan enojosa evidencia, el término abuela fue incorporado
 al repertorio de voces prohibidas, y considerando que esta palabra no era, en
 rigor, más que una redundancia (madre de madre o

madre de padre), la cuestión fue resuelta salomónicamente matizando el nombre de pila con el rango de la maternidad. La expresión mamá Obdulia venía a ser, así, no un sucedáneo caprichoso, sino una fórmula valedera (mamá de mamá) para designar su preeminencia familiar. Y como quiera que su esposo, legalmente reconocido, don León de la Lastra, compartía con ella bienes, títulos y dignidades, dejó, asimismo, de ser el abuelo para pasar a ser papá León, eufemismo que su hijo Vidal, único varón de su prole, calificó como "la típica patochada de mamá", en tanto sus hijas Zita y Cruz, rendidas admiradoras del ingenio materno, lo aceptaron a cierra ojos).

Papá León se acarició la rala barbita amarillenta, miró a su nieto a través de los ovalados cristales de sus lentes, enarcando las débiles cejas (que se repetían en profundas arrugas a ambos lados de la frente) y respondió con candorosa solicitud:

-Ji, ji, ji. Claro que puedes ser héroe sin morirte, aunque es más fácil serlo con cuatro tiros en la barriga.

La cuitada sonrisa del pequeño ya demostraba sus preferencias por el heroísmo de supervivencia, pero todavía quiso garantizar más su integridad:

-Y ¿sin quedar cojo, ni nada?

- Sin quedar cojo, faltaría más- tornó a reír papá León con su espontánea risa de colegial al tiempo que trataba de inmiscuirse en el proceso especulativo de su nieto: -Pero, ¿puede saberse qué mosca te ha picado hoy?

El niño quedó unos instantes pensativo, y, sin responder, se arremangó torpemente la manguita de su jersey y señaló con el brazo desnudo la gran bocina verde del fonógrafo que reposaba sobre el bargueño del rincón:

-Si pones música de tu guerra -dijo en tono confidencial- te voy a ^{decir} enseñar un secreto.

(Papá León había acogido, en su día, el nacimiento de su nieto con ese júbilo desproporcionado de quienes únicamente consideran a los varones dignos propagadores de la estirpe. A las niñas, Crucita y Flora, apenas las prestó atención, pero en el bebé mofletudo que llegó en tercer lugar y cuyos berridos denotaban dotes de mando y viriles exigencias, vió no solo un altivo heredero, sino un soldado digno de recibir el testigo. Acuciado por la mirada inocente del bebé, papá León reconstruía a menudo los gloriosos días del asedio de Bilbao.

madre de padre). La cuestión fue resuelta satisfactoriamente mediante el nombre
de pila con el rango de la maternidad. La expresión madre Obdulia venía a ser,
así, no un suceso caprichoso, sino una fórmula verdadera (madre de mamá) para
designar su preeminencia familiar. Y como quiera que su esposo, igualmente re-
conocido, don León de la Lanza, compartía con ella planes, títulos y dignida-
des, dejó, asimismo, de ser el abuelo para pasar a ser papa León, asimismo
que su hijo Vidal. Único varón de su prole, calificó como "la típica patochi-
da de mamá", en tanto sus hijas Rita y Cruz, tendidas admiradoras del ingenuo
materno, le aceptaron a ciegas ojos.
Papa León se acordó la mala parva amantísima, más a su modo a tra-
vés de los ovalados cristales de sus lentes, enarcando las débiles cejas (que
se repetían en profundas arrugas a ambos lados de la frente) y respondió con can-
dorosa solicitud:
- ¡Ji, ji, ji! Claro que puedes ser héroe sin morir, aunque es más fácil
serlo con cuatro tiros en la bodega.
La cutada sonrisa del pequeño ya demostraba sus preferencias por el he-
roísmo de supervivencia, pero todavía quiso garantizar más su integridad:
- ¿Y así quedar cojo, ni nada?
- Sin quedar cojo, papá. Más tarde a leer papa León con su espontánea
risa de colegial el tiempo que tratada de imitarlos en el proceso especulati-
vo de su nieto: Pero, ¿puedes saberse que cosa te ha pasado hoy?
El niño quedó unos instantes pensativo, y sin responder, se arremangó for-
memente la manga de su jersey y señaló con el brazo derecho la gran botina
verde del tomogato que reposaba sobre el breguño del rincón:
- Si sabes misterio de tu guerra -dijo en tono confidencial- te voy a enseñar
un secreto.
Papa León había agitado, en su día, el nacimiento de su nieto con ese su-
bito desproporcionado de pufos únicamente consistentes a los varones dignos pro-
pagadores de la estirpe. A las niñas, Cruz y Rita, apenas las prestó aten-
ción, pero en el bebé metido que llegó en tercer lugar y cuyos heridos de-
notaban dotes de mando y virtudes exigencias, vio no solo un alicio heredero,
sino un soldado digno de recibir el testigo. Acuchado por la mirada inocente del
bebé, papa León reconstruyó a menudo los gloriosos días del asedio de Eliso,

la calculada estrategia del general De la Concha y el valor temerario de don Cás-
tor Arrázola, a quién durante más de un año sirviera de ayudante de campo. Aquel
niño venía a encarnar cuanto de valioso y audaz atesoraba su pasado -su oposición
a don Amadeo y a la República, su probada fidelidad a la legitimidad de don Carlos-
y papá León se ~~complacía observándole~~, ^{miraba en él,} velaba sus sueños, vigilaba sus comidas, cu-
rioseaba sus atributos y, tan pronto empezó a valerse por sí mismo, solía ~~encerrar-~~ ^{conducir-}
~~le a~~ ~~se con él~~ en su gabinete, le sentaba en la descalzadora, y le hacía escuchar duran-
te horas marchas militares en el viejo fonógrafo. Mas tarde, cuando Gervasio cre-
ció, se complacía en relatarle episodios bélicos, ~~con tal lujo de pormenores~~ ^{tan a lo vivo} que
el niño, desde los cuatro años empezó a considerar pasatiempos melífluos los cuentos
de hadas que le narraba tía Cruz durante las largas convalecencias de la gripe:

- ¿No te gusta el cuento?
- No tía
- ¿Porque no te gusta el cuento?
- Es de niñas.
- ¿Quién te ha dicho a tí que es de niñas?
- Yo, tía

La tez blanca, harinosa, de agosto de circo, de tía Cruz se encendía levemen-
te, recogía la calceta y se iba al cuarto de costura, a desahogarse con su hermana:

- Zita, no me extrañaría nada que papá León estuviese metiendo en cantares al
pequeño. Le encuentro raro.

Luego, cuando Gervasio le refería el incidente a papá León, éste se atraganta-
ba de tanto reír, le propinaba un golpecito con la yema del dedo índice en lo alto
del pecho, en el esternón, y le decía con un guiño cómplice:

- Tu eres un soldado, ¿eh, perillán?)

El aplomo del niño le había impresionado ahora, hasta el extremo de que sus
manos esqueléticas, surcadas de azules venitas relevantes, no acertaban a acoplar
la trompa al carro del fonógrafo, ni a darle cuerda. Cuando al fin lo consiguió y
sonaron despintados los primeros compases, Gervasio, acodado en la mesa-camilla,
quedó inmóvil, la fina cabeza ladeada, fijos los ojos ^{pajizos,} amarillos, la oreja alerta
(como el Don, el viejo braco del que papá León se acompañaba para cazar la sorda
en los robledales vascos con sus conmlitones Trifón de la Huerta y Mikel Lecuona
a finales de siglo) y conforme el chinchín de la marcha se ~~afirmaba,~~ ^{fué afirmando,} iba adquirien-

la calculada estrategia del general de la Comandancia y el valor temerario de don Carlos...
por Arzobispo, a quien durante más de un año estuvo de ayuda de campo. Así...
niño venía a encerrar cuando de repente y subitamente se abría su puerta - su habitación...
a don Andrés y a la República, su probada fidelidad a la legitimidad de don Carlos...
y papá León se empiezan a reír, veían sus sueños, vigilas sus cosas, cu-
rrioseaba sus atributos y, tan pronto empezó a valerse por sí mismo, solía enseguida...
se sentaba en su gabinete, le sentaba en la desoladora, y le hacía escuchar duran-
te horas marchas militares en el viejo fonógrafo. Mas tarde, cuando Gervasio cre-
ció, se compaña en retarife episodios bélicos, *con la viva* ~~con la viva~~ que
el niño, desde los cuatro años empezó a considerar bastantes melancólicos los cuentos
de hadas que le narraba la Cruz durante las largas convalecencias de la guerra.

- ¿No te gusta el cuento?
- No tía.
- Porque no te gusta el cuento?
- Es de niñas.
- ¿Quién te ha dicho a ti que es de niñas?
- Yo, tía.

La voz blanca, harnosa, de agosto de cielo, de la Cruz se encendió levanta-
do, recogía la alfombra y se iba al cuarto de costura, a desahogarse con su hermano.
- Tía, no me extrañaría nada que papá León estuviese metido en cantares al
pequeño. Le encuentro raro. *El encuentro raro.*
Luego, cuando Gervasio le refirió el incidente a papá León, éste se sorprendió
de tanto reír. Le propincha un golpeito con la yema del dedo índice en la alto
del pecho, en el esternón, y le decía con un guiño cómplice:

- Tu eres un soldado, ¿eh, perillán? *(El perillán)*
El aplomo del niño le había impresionado ahora, hasta el extremo de que sus
manos espasásticas, surcadas de azules venitas rojizas, no acertaban a agarrar
la trompa al carro del fonógrafo ni a darle cuerda. Cuando al fin lo consiguió y
sonaron desahogados los primeros compases, Gervasio, acobado en la mesita, *pa' tía,*
pues también, la fina cabeza labrada, fijó los ojos en él, la boca abierta
como el mar, el viejo braco del que papá León se acompañaba para cantar la marcha
en los rebeldes vasos con sus comilliciones Tristán de la Huerta y Miguel León.
(El niño)
a finales de agosto) y contorne el chibón de la marcha se adelantaba a la izquierda.

do ritmo y vivacidad, ^{el niño)} (fué adelantando su bracito desnudo hasta colocarlo bajo las barbas entecas del abuelo:

- Mira- dijo con voz húmeda.

Don León de la Lastra aproximó sus lentes de présbita al antebrazo del ^{pequeño} niño y observó estupefacto cómo los minúsculos pelitos rubios que lo recubrían iban erizándose uno a uno, como tropilla que se yergue al toque de llamada, y la piel se escarapelaba, como alón de pollo:

- Pero...pero ¡se te ha puesto carne de gallina!

Su agudo tono de voz se tornaba casi grave al registrar el fenómeno, pero el niño seguía imperturbable, el bracito desnudo sobre la mesa, hasta que papá León, desconcertado, se puso en pie y desconectó el fonógrafo. Gervasio pareció salir entonces de su ensimismamiento, miró sorprendido a su abuelo, se bajó la manguita del jersey y, como un dócil paciente tras la meticulosa exploración del doctor, se quedó con los brazos cruzados esperando el diagnóstico. Pero papá León, desencajado ante la inesperada revelación, solo acertó a decir:

- ¿Cuánto... cuánto tiempo hace que te ocurre esto? -sus anteojos, de montura de hilo de plata, resbalaron hasta la punta de la nariz.

El niño levantó los hombros avergonzado, como si le atribuyese una acción reprobable:

- Desde Navidades -dijo

- Y, dime, hijo, -prosiguió el abuelo- aparte la piel de gallina, ¿qué notas? -cruzó una pierna sobre otra (el muslo se traslucía a través de la franela del pantalón, delgado, tieso y duro como una maroma) y aproximó el rostro al de su nieto:

- Como frío por la espalda; como si la espalda se me hiciese de gaseosa

- ¿De gaseosa? -sonrió. Es curioso. Y ¿únicamente te sucede esto cuando oyes música?

- Sí, abuelo -trasgredió la norma.- Pero tiene que ser música de tu fonógrafo.

De esta manera empezó a desvelarse la singularidad del pequeño Gervasio García de la Lastra. El sábado siguiente, 11 de febrero, en la bulliciosa velada familiar, ante los pesados muebles y los oscuros cuadros del salón (presididos por

do ritmo y vivacidad, (que abastando su praxia desanda hasta colocarlo bajo las
barbas entecas del abuelo:

- Mira-dijo con voz húmeda.

Don León de la Lastra aproximó sus lentos de praxia al antebrazo del niño
y observó estupefacto cómo los músculos poticos ruidos que lo recurrían iban e-
rizándose uno a uno, como trochiza que se yergue al tope de llamada, y la piel
se escarpaba, como alón de pajón.

- Pero... pero ¿se te ha puesto carne de gallina?

Su agudo tono de voz se tornaba casi grave al registrar el fenómeno, pero el
niño seguía imperturbable, el praxio desanda sobre la mesa, hasta que papá León,
desconcertado, se puso en pie y desconectó el fonógrafo. Después pareció salir
entonces de su ensimismamiento, miró sorprendido a su abuelo, se bajó la manopla
del jersey y, como un dócil paciente tras la metódica exploración del doctor,
se quedó con los brazos cruzados esperando el diagnóstico. Pero papá León, desen-
cajado ante la inesperada revelación, solo acertó a decir:

- ¡Cuánto... cuánto tiempo hace que te ocurre esto! - sus anteojos, de montu-
ra de hilo de plata, respataron hasta la punta de la nariz.

El niño levantó los brazos avergonzado, como si le atribuyese una acción

reprochable:

- Pero mamá, ¿qué?

- Y dime, hijo, ¿presintió el abuelo - aparte la piel de gallina, que no
cruzó una pierna sobre otra (el muslo se traslucía a través de la trama
del pantalón, delgado, tieso y duro como una maroma) y aproximó el rostro al de
su nieto:

- Como trío por la espalda; como si la espalda se me hiciese de gasosa

- ¿De gasosa? -sonrió. Es curioso. Y únicamente te sucede esto cuando e-

ves música?

- Sí, abuelo - trasgredió la norma - Pero tiene que ser música de su fonógra-

fo.

La esta manera empezó a desvelarse la singularidad del pedáneo bérvasio Gar-
cía de la Lastra. El sábado siguiente, 11 de febrero, en la bulliciosa velada de
mitar, ante los pechos mudos y los oscuras cuartos del salón presidió por

una copia de la Resurrección, del Giotto, que coronaba la chimenea, cuyo centinela dormido, al decir del tío Vidal, era un vivo retrato de mamá Zita) papá León, después de una serie de rodeos y circunloquios, comunicó a sus hijos e hijos políticos su descubrimiento: Gervasio, su nieto, parecía llamado a muy altos destinos; tal vez a ser un héroe. La música militar le conmovía hasta tal punto que operaba en él una auténtica metamorfosis.

Como solía acontecer en las semanales reuniones ^{familiares} las reacciones fueron encontradas y violentas. Tía Cruz se emocionó, siquiera la palidez de yeso de su cutis apenas dejara traslucir sus sentimientos. Su marido, don Felipe Neri Luna, comandante de Caballería, (que desde hacía unos minutos luchaba con la náusea que bullía en el lado derecho de su estómago y se manifestaba en las muecas viscosas de sus labios descoloridos) comentó, con voz insegura, que algo indefinible en los ojos del pequeño le había llevado a pensar en ocasiones que no era un niño como los demás, comentario que espoleó al tío Vidal (celoso de la propia progenie, sentado en el diván recamado junto a tía Macrina, su esposa, frente a la copia de la Resurrección del Giotto) y le llevó a vocear que ~~era~~ papá León, "con sus dichosas historias de guerra y sus músicas celestiales, ^{era} el responsable de los trastornos del niño, lo que aparte un grave delito, era un abuso de autoridad". Tía Macrina, su esposa, (que tenía muy juntos los hermosos ojos garzos y una nariz incorrectamente respingona) se solidarizó con su marido y agregó, con lúcida pertinencia, que "la dijeran de un niño, uno solo -recalcó- que a los siete años no hubiese aspirado a ser héroe o bombero". Su apostilla hirió en lo más hondo a mamá Zita, la más directamente afectada y a quien las palabras de papá León habían sonado a elogio (algo así como si hubiese vaticinado para su nieto Gervasio el capelo cardenalicio), lo que la indujo a recabar el "orgullo de ser madre de ese niño que escapaba de la norma" y a "encarecer comprensión de quienes no habían tenido la misma suerte", alusión que tío Vidal cogió al vuelo y le obligó a levantarse e ir hacia ella fuera de sí, murmurando entre dientes su vocablo preferido para motejar a sus hermanas: "Majadera, majadera, majadera". Acto seguido, con ese refinado menosprecio que los hijos varones únicos suelen sentir hacia sus hermanas, le voceó que no creyera que el heroísmo era una profesión, sino un don que un buen día baja-

una copia de la Resurrección del Gótico, que coronaba la chimenea, cuyo contenido
la dormido, al decir del tío Vidal, era un vivo retrato de mamá Zita) papá León,
después de una serie de robos y extraneamientos, comió a sus hijos e hijos po-
fictos su descubrimiento: Gerardo, su nieto, parecía llamado a muy altos desti-
nos; tal vez a ser un héroe. La música militar le conmovió hasta tal punto que o-
peraba en él una auténtica metamorfosis.

Como solía acontecer en las semanales reuniones las reacciones fueron encon-
tradas y violentas. Tía Cruz se emocionó, sintió la palidez de yaso de su cutis
apenas dejara traslucir sus sentimientos. Su marido, don Felipe Mari Luna, coman-
dante de Caballería, levemente hasta unos minutos luchaba con la náusea que pu-
lta en el lado derecho de su estómago y se manifestó en las nuevas viscosas de
sus labios descoloridos) comentó, con voz insegura, que algo indefinible en los
ojos del pequeño, le había llevado a pensar en ocasiones que no era un niño como
los demás, comentario que espoleó al tío Vidal (reino de la propia presente, sen-
tado en el diván recamado junto a tía Mariana, su esposa, frente a la copia de la
Resurrección del Gótico) y le llevó a volver que una vez León, "con sus dichas
historias de guerra y sus músicas celestiales, (el responsable de los traseros
del niño, lo que aparta un grave delito, era un curso de autoridad". Tía Mariana,
su esposa, (que tenía muy juntos los hermosos ojos grises y una nariz incorrec-
mente respingona) se sollozaba con su marido y agregó, con lágrima pertinencia,
que la dijeran de un niño, una sola -recaído- que a los siete años no hubiese as-
pirado a ser "héroe o hombre". Su opustilla, niño en lo más hondo a mamá Zita, la
más directamente afectada y a quien las palabras de papá León habían sonado a ofen-
sivo (algo así como si hubiese varificado para su nieto Gerardo el capelo cardena-
fictio), lo que la indujo a recabar el "ordulfo de ser madre de ese niño que es-
caba de la norma" y a "encarecer comprensión de quienes no habían tenido la mis-
ma suerte", alusión que tío Vidal cogió al vuelo y le obligó a levantarse e ir ha-
cia ella fuera de sí, murmurando entre dientes su vocablo preferido para molestar
a sus hermanas: "Mujadera, mujadera, mujadera". Acto seguido, con ese refinado monos-
precio que los hijos varones únicos suelen sentir hacia sus hermanas, le volvió
que no creyera que el herosmo era una profesión, sino un don que un buen día pasa-

ba del cielo para adornar tal vez al ser más insignificante del mundo, a lo que papá León, ^{vano} ~~orgulloso~~ de la polvareda que había armado, argumentó, que eso no impedía que Dios manifestase sus preferencias mediante un signo visible, y que cuando él afirmaba que "su nieto Gervasio parecía llamado a muy altos destinos", no lo hacía ^{sin fundamento,} ~~gratuitamente~~ sino basándose en "una serie de indicios que había observado en él". La calva rosada y brillante de tío Vidal empezó a girar entre las sombras oscuras de los muebles como un satélite, denegando con impaciencia, y tío Felipe Neri, que momentáneamente había conseguido acallar la náusea, se dirigió a papá León, preguntándole, "si es que aparte ^{de} ~~los~~ los deseos manifiestos del chiquillo se había producido alguna señal que los corroborase," a lo que papá León, con su mirada ladina, sus ralas barbitas ^{amarillas,} ~~rubias,~~ asintió por dos veces, para sentenciar, al cabo, con su vocecita atiplada, "¡pues naturalmente que se han producido!", exclamación que tío Vidal acogió con gesto socarrón y una risa hueca, huérfana y destemplada, tratando de destruir el clima mirífico que se iba creando en la reunión, y que se acentuó una vez que papá León, arrastró sobre la alfombra de nudos el velador de caoba, (en el que previamente había colocado el fonógrafo) hasta el centro de la sala, y rogó a su hija en un aparte, como si todo hubiera sido ensayado:

- Cruz, ¿te importa traer al pequeño?

Y tan pronto como tía Cruz compareció por la puerta del falsete con el niño de la mano y papá León le dijo, "no te asustes, hijo, vamos a hacer ^{una} un prueba", y le remangó el jersey hasta los codos, colocándole ante el velador con los desnudos bracitos en alto, se abrió en el salón un silencio expectante. Ante los atónitos ojos de la concurrencia, papá León pulsó el resorte, el rodillo giró y los compases marciales y románticos de Boinas Rojas (un tanto rasposos, un tanto agrios, un tanto distantes, debido a la antigüedad del cilindro) se difundieron por la sala. Y, conforme el tono de la pieza se enardecía, los rubios pelitos acostados de los antebrazos de Gervasio, empezaron a enderezarse, al tiempo que su piel, ^{asedada} ~~aseada~~ y suave, se erizaba como la superficie de un líquido que entrara en ebullición. Los pasmados ojos de los asistentes, pendientes de los brazos del niño, no repararon en los pelos del colodrillo, que igualmente se iban levantando, ni en el flequillo, encrespado como si Gervasio caminara contra viento, ni en el despeluzamiento pro-

ba del cielo para adornar tal vez el ser más insignificante del mundo, a lo que pa-
 ba León, exclamó: "argumento, argumento, que eso no importa"
 que Dios manifestase sus preferencias mediante un signo visible, y que cuando él a-
 firmaba que "su nieto Gervasio parecía llamado a muy altos destinos", no lo hacía
 gratuitamente sino basándose en "una serie de indicios que había observado en él".
 La clave rosada y brillante de tío Vidal empezó a girar entre las sombras oscuras
 de los muebles como un satélite, denegando con impaciencia a Felipe Merl, que
 momentáneamente había conseguido escalar la nave, se dirigió a papá León, pregun-
 tándole: "¿es que aparte de los deseos manifiestos del chiquillo se había produ-
 cido alguna señal que los corroborase?" a lo que papá León, con su mirada labia,
 sus rasas barbas blancas, asintió por dos veces, para sentenciar, al cabo, con su
 voz seca atiplada: "¡pues naturalmente que se han producido!", exclamación que tío
 Vidal acogió con gesto socorrido y una risa hueca, hústana y destemplada, tratan-
 do de destruir el clima crítico que se iba creando en la reunión, y que se aco-
 tuó una vez que papá León arrastró sobre la alfombra de nudos el velador de cao-
 pa (en el que previamente había colocado el fonógrafo) hasta el centro de la sa-
 la y rogó a su hija en un aparte, como si todo hubiera sido ensayado:

- Cruz, te importa traer el peducito?

Y tan pronto como tío Cruz comparció por la puerta del falso con el niño
 de la mano y papá León le dijo: "no te asustes, hijo, vamos a hacer un prueba", y
 le remangó el jersey hasta los codos, colocándole ante el velador con los desnudos
 brazos en alto, se abrió en el salón un silencio expectante. Ante los estóncos
 ojos de la concurrencia, papá León pulsó el resorte, el rodillo giró y los compo-
 ses marciales y románticos de Bonnie Rojas (un tanto resaca, un tanto agrios, un
 tanto distantes, debido a la antigüedad del cilindro) se difundieron por la sala.
 Y conforme el tono de la pieza se enardecía, los rotos pechos acostados de los
 antepozos de Gervasio empezaron a endurecerse, al tiempo que su piel, rosada y
 suave, se erizaba como la superficie de un líquido que entrara en ebullición. Los
 pasados ojos de los asistentes, pendientes de los brazos del niño, no repararon
 en los pechos del colibrillo, que igualmente se iban levantando, ni en el frotamiento
 enroscado como si Gervasio caminara contra viento, ni en el desapezamiento pro-

gresivo de las templeas y la morra que, al ahuecar su cabeza, convertían al pequeño en un monstruito de barraca de feria. Papá León, que había ^{buscado} ~~procurado~~ la sorpresa ajena, no salía de la suya, enarcaba estupefacto la ceja derecha (triplicada por las arrugas de la frente), y, al observar la inesperada propagación del fenómeno, voceó con excitación senil:

- ¡Ojo, la cabeza, daos cuenta! ¡La cabeza también!

En un arranque histérico, entre emocionado y aprensivo, tía Cruz tomó una mano del pequeño entre las suyas, como para protegerle de algún mal, y chilló: "¡está helada!", mientras mamá Zita, asustada, se ~~descubrió~~ cubrió los ojos con las manos y murmuró en un tono indescifrable: "hijo mío, hijo mío", pero el niño, pagado de su protagonismo, permanecía quieto, entrecerrados los ojos, los espeluzados bracitos levantados, prietos los labios, los cabellos desbocados, apuntando al techo. En ese instante se apagó la luz, tía Macrina gritó, "¡basta ya; esto es cosa del diablo!", tío Vidal gruñó, papá León se interpuso entre sus hijos y el fonógrafo, tío Felipe Neri hizo unos ruiditos extraños como si chupetease algo, con lo que la reunión, apenas iluminada por las rojas brasas de la chimenea, adquirió una apariencia fantasmagórica. La ^{pulida} ~~brillante~~ calva ~~pulida~~ de tío Vidal giraba en la penumbra, y su voz de yunque sobrecogió a los presentes:

- ¿Es que pretendéis que el Vaticano nos excomulgue a todos? ¡Esto es peor que una misa negra!

Mamá Zita gritó angustiada: "¡El niño, el niño!" y, en ese momento, volvió la luz. ~~pero~~ Gervasio continuaba inmóvil, los bracitos en alto, los ojos entreabiertos, los cabellos encrespados, pero, a medida que se agotaba la cuerda del fonógrafo y la marcha languidecía, los antebrazos iban recobrando su habitual tersura, el vello rubio se doblegaba, la enorme cabeza aleonada se reducía a ojos vistas como un globo que se desinfla. ~~El niño~~, Repicado aún, advertía en derredor un revuelo de expectación, pero tan pronto papá León desconectó el aparato, bajó los brazos, volvió la cabeza y envió a mamá Zita una ~~ufana~~ sonrisa que ella agradeció estrujándole medrosa contra su pecho, como si el pequeño, en el experimento, hubiera enajenado algo de su terrenidad.

^{A Gervasio}
~~Al niño~~ (Te envanecía sentirse centro de la atención general, promotor de la

grasivo de las tempestades y la marea que, al chocar su cabeza, convertían al pequeño en un monstruo de barraca de feria. Felipe León, que había presenciado la sorprendente escena, no se dio cuenta de la suya, empujando estupefacto la caja de cerchas (triplada por las arrugas de la frente), y, al observar la inesperada propagación del fenómeno, vociferó con excitación sentida:

- ¡Ojo, la cabeza, das cuenta! ¡La cabeza también!

En un arranque histérico, entre emocionada y aprensiva, la Cruz tomó una mano del pequeño entre las suyas, como para protegerle de algún mal, y chilló: "¡es- tá helado!", mientras mamá Zita, asustada, se descubrió los ojos con las manos y murmuró en un tono indescifrable: "¡niño mio, hijo mio!", pero el niño, pagado de su protagonismo, permanecía quieto, entrecerrados los ojos, los espaldas prácticas levantadas, prietas los labios, los cabellos desordenados, apuntando al techo. En ese instante se apagó la luz, la máquina gritó, "¡hasta ya; esto es cosa del diablo!". El Vidal gruñó, pero León se interpuso entre sus hijos y el fonógrafo. El Vidal levantó unos rubios cabellos extraños como si chuscaste algo, con lo que la reunión apenas iluminada por las rojas brisas de la chimenea, adquirió una apariencia fantasmagórica. La máquina cayó palida de los Vidal giraba en la penumbra, y su voz de yunque sacudió a los presentes:

- ¡Et que pretendéis que el Vaticano nos excomulgue a todos! ¡Esto es peor! ¡Esto es peor que una mala noche!

Mamá Zita gritó angustiada: "¡El niño, el niño!", y, en ese momento, volvió la luz, pero Gerardo continuaba inmóvil, los brazos en alto, los ojos entrecerrados, los cabellos encrespados, pero, a medida que se agotaba la cuerda del fonógrafo y la marcha languidecía, los antebrazos iban recorriendo su habitual forma, el vello rubio se doblaba, la enorme cabeza abandonada se reducía a ojos vidriosos como un globo que se desinfla. Leptado aún, sobrevivió en derredor un resaca de expectación, pero tan pronto cayó León desahogado el aparato, bajo los brazos, volvió la cabeza y envió a mamá Zita una mirada sombría que ella agradeció estrujándole mentosa contra su pecho, como si el pequeño, en el experimento, hubiese estado en peligro de su ternura.

A Gerardo le entró un temblor en la acción general, primer de la

airada y gesticulante controversia que tenía lugar ante sus ojos, pero como si intuyese que el proceso no se desarrollaría totalmente en su presencia, simuló un sueño invencible, problema que mamá Zita resolvió acostándole en un sillón de la biblioteca, donde apenas alcanzaba la luz de la sala. De vuelta, mamá Zita se topó en la puerta con tía Cruz y ambas se abrazaron en silencio, emocionadas, y aquella musitó entre lágrimas: "se diría un presagio del cielo", pero tío Vidal, que andaba al quite, volvió a gritar "¡majaderías, majaderías, puros fenómenos físicos!", y tía Cruz, en los brazos de su hermana, le indicaba por señas la proximidad del niño, para que bajase la voz, y no le despertase. Pero Gervasio, arrodillado en el butacón, observaba la escena por encima del respaldo, veía los cómicos visajes de papá León, culeando, tratando de proteger el fonógrafo del alboroto, y a tío Felipe Neri acercarse a tía Cruz, besarla en la frente y murmurar: "Portentoso, portentoso", apretando los párpados, como si convocase a una lágrima remisa, en tanto tía Macrina, proclive como buena madrileña a ver provincianismo en los modales y manifestaciones de sus cuñadas, que casi le doblaban la edad, las llamaba crédulas y papanatas, lo que dió ocasión a su marido para vocear de nuevo, "majaderías, majaderías, puros fenómenos eléctricos. El cuerpo humano es como una pila de Volta". Y, conformes discutían, el grupo, convertido en una olla de grillos, se iba desplazando hacia las puertas correderas, pero antes de que nadie las abriera, mamá Zita se interpuso, y limpiándose una lágrima furtiva con un pañuelo de encaje, levantó sus mansos ojos bovinos y encareció:

- A Telmo ni una palabra, os lo suplico. Sería horrible que esto llegara a sus oídos.

Tío Vidal, a quien indignaba que las mujeres se dieran importancia, sonrió con desprecio y objetó que nada tan grotesco como atribuir influencias sobrenaturales a miembros de nuestra propia familia por hechos nimios, fácilmente explicables, y que recordaran sin más el bochorno del abogado ^{Emigdio de Lucas,} ~~Pérez Serrano~~, cuando editó un impreso canonizando, o poco menos, a un hijo suyo muerto meses atrás, ^{pero} (tía Cruz a quien los desplantes de su hermano acobardaban desde niña, le daba golpecitos complacientes en el antebrazo, llamándole herejote, tratando de aclararle que lo ^{Emigdio de Lucas)} de ~~Pérez Serrano~~ era cosa distinta, que aquí nadie pretendía beatificar a Gervasio,

trabada y gesticulante conmovida que tenía lugar ante sus ojos. Pero como si in-
tuviese que el proceso se desarrollaba totalmente en su presencia, simuló un
sueño inventible, problema que mamá Zita resolvió, arrojándose en un sofá de la
biblioteca, donde apenas alcanzaba la luz de la sala. De vuelta, mamá Zita se lo-
có en la puerta con la Cruz y ambas se abrazaron en silencio, emocionadas, y aque-
lla musitó entre lágrimas: "se diría un presagio del cielo", como le Vidal, que
andaba al quite, volvió a gritar "¡mujeritas, mujeritas, buenos fenómenos fisi-
cos!". Y la Cruz, en los brazos de su hermana, le indicaba por señas la proximi-
dad del niño, para que bajase la voz, y no le despertase. Pero Gertrudis, arrojá-
ndose en el butacón, observaba la escena por encima del respaldo, veía los com-
cos visajes de papa León, curiando, tratando de proteger el fonógrafo del alboroto,
y a lo Felipe Neri acercarse a la Cruz, besarla en la frente y murmurar: "Por-
tento, portentoso", apretando los párpados, como si convocase a una lágrima ro-
mántica, en tanto la Martina, proclama como buena madre a ver provincialismo en
los modales y manifestaciones de sus cuñadas, que casi le doblaban la edad, las
llamaba crédulas y peganatas, lo que dio ocasión a su marido para vociferar de nuevo.
"¡mujeritas, mujeritas, buenos fenómenos eléctricos. El cuerpo humano es como una
pila de Volta". Y, con un discurso discursivo, el grupo, convertido en una olla de gri-
llos, se iba desplazando hacia las puertas correderas, pero antes de que nadie las
abriera, mamá Zita se interrumpió, y hincándose una lágrima furtiva con un pañuelo
de encaje, levantó sus manos ojos dovinos y encareció:
- A Temo ni una palabra, es lo suplico. Sería horrible que esta llegara a
sus oídos.
Tío Vidal, a quien indignaba que las mujeres se dieran importancia, sonrió
con desdén y objetó que nada tan gracioso como atribuir influencias sobrenatu-
rales a miembros de nuestra propia familia por hechos nimios. Lágrimas explíci-
das y que recordaban sin más el bochorno del abogdo Rómulos-Cervantes, cuando editó
un impreso canchizando, o poco menos, a un hijo suyo muerto meses atrás. La Cruz
a quien los despidos de su hermano acordaban desde niña, le daba golpecitos
compacitantes en el antebrazo, llamándole herético, tratando de aclararle que lo
de Rómulos-Cervantes era cosa distinta, que aquí nadie pretendía bestiar a Gertrudis.

mas el acaloramiento de tío Vidal, lejos de remitir, aumentaba, y, rehusando altivamente la controversia con una mujer, gesto muy suyo, se encaró con papá León y le acusó de haber convertido la casa en un manicomio, con su fonógrafo y su guerra, imputación que el abuelo escuchaba achicado, mirándole a través de los cristales de los lentes, con sus pupilas fijas, como dos lentejas, las cejas multiplicadas en arrugas sobre la frente, mudo, sin osar darle réplica, como un párvulo, hasta que, una vez que mamá Zita abrió las puertas correderas, se escabulló pasillo adelante y no se detuvo hasta tropezar con la Amalia, la doncella, que tocada de cofia, sostenía muy erguida la puerta de la calle, como cada vez que oía la doble timbrada de advertencia de mamá Zita. Y tras los tíos Macrina y Vidal, que comentaban excitados las incidencias de la noche, bajaron tía Cruz y tío Felipe Neri, sobrecogidos, en reverencioso silencio, como si acompañaran al Santo Viático, en tanto papá León observaba a todos por encima del hombro de la Amalia con mal reprimido enojo, como un niño que hartado de jugar toda la tarde con un amigo posesivo, viera su marcha con alivio para poder seguir jugando él solo con sus juguetes.

Dos días más tarde, al regresar Flora y Gervasio del colegio, papá León les chistó desde la puerta de su gabinete y, después de asegurarse de que en el oscuro pasillo no había nadie, se encerró con ellos, recomendándoles silencio. Descubridor de la peculiaridad de su nieto, se proponía fijar sus límites, pero consciente de la hiperestesia familiar, había resuelto actuar con discreción y evitar que el niño fuera presa de engañosos estados emocionales. Así, en principio, se interesó por los estímulos, esto es, si Gervasio, sensible a la música militar, reaccionaba tan vivamente ante incentivos de otra índole. El niño representaba su papel de protagonista adoptando una fatigada actitud de disponibilidad (análoga a la que mostraba ante don Justino, el médico de familia, cuando este tamborileaba sobre su vientre con sus dedos cortos y expeditivos para medir el alcance de una indigestión) reservando su aire jactancioso para su hermana Florita, que, en su relación con él (por edad, vivacidad e imaginación) había llevado siempre la voz cantante. Ahora, en cambio, cada vez que papá León, en sus pesquisas, les relataba historias de santos, el niño miraba a su hermana por encima del hombro como diciéndola: "Si yo quisiera, podría ser como ése" mientras el abuelo escudriñaba la morra y las templeas del

mas el acortamiento de los vidals, lejos de sentir, aumentados, y renuendo ahi-
vamente la controversia con una mujer, gesto muy suyo, se encaro con papa leon y lo
acusó de haber convertido la casa en un manicomio, con su fonógrafo y su guerra, im-
putación que el abuelo escuchaba satisfecho, mirándose a través de los cristales de
los lentes, con sus pupilas fijas, como dos fenéjes, las cejas multiplicadas en 4-
pregas sobre la frente, nada, sin otra daria réplica, como un párvulo, hasta que, u-
na vez que mamá zita abrió las puertas correderas, se descubrió pastillo adelante y
no se detuvo hasta tropezar con la Anita, la doncella, que tocaba de colita, soste-
nia muy erguida la puerta de la calle, como cada vez que de la doble tabarra de
advertencia de mamá zita. Y tras los tíos Martín y Vidal, que comentaban excitados
las incidencias de la noche, bajaron tíos Cruz y tío Felipe Harí, sorprendidos, en
reverencioso silencio, como si acompañaran al Santo Vítico, en tanto papa leon ob-
servaba a todos por encima del hombro de la Anita con mal reprimido anhelo, como un
niño que haría de jugar toda la tarde con un amigo posesivo, viera su marcha con a-
livio para poder seguir jugando él solo con sus juguetes.
Dos días más tarde, al regresar Flora y Gervasio del colegio, papá leon les
chistó desde la puerta de su gabinete y, después de asegurarse de que en el oscuro
pastillo no había nadie, se encerró con ellos, recomendándoles silencio. Descubrieron
de la peculiaridad de su niño, se proponía fijar sus límites, para consistencia de
la hipocresía familiar, había resuelto actuar con discreción y evitar que el ni-
ño fuera presa de engañosos estados emocionales. Así, en principio, se interesó por
los estímulos, esto es, el Gervasio, sensible a la música militar, reaccionaba
tan vivamente ante incentivos de otra índole. El niño representaba su papel de pro-
tagonista adoptando una fatigada actitud de disponibilidad lánguida a la que mostraba
de ante don Justino, el médico de familia, cuando este tamborileaba sobre su vientre
con sus dedos cortos y expeditivos para medir el alcance de una indigestión, reser-
vando su aire jactancioso para su hermana Florita, que, en su relación con él, por
edad, vivacidad e inspiración había llevado siempre la voz cantante. Ahora, en can-
dido, cada vez que papá leon, en sus pesadillas, los relataba historias de santos, el
niño miraba a su hermano por encima del hombro como diciéndole: "¿Si yo quisiera, po-
dría ser como ese?" mientras el abuelo escuchaba la música y las temblas del

pequeño, por ver si se producía alguna alteración. ^{Pero} La prueba literaria, ^zfué un fracaso; ni la hagiografía, ni las epopeyas, ni las leyendas despertaron en el niño la menor emoción. Tan solo si papá León las acompañaba de un tenue fondo musical Gervasio se conmovía y hasta podía llegar a producirse un conato de ostento. Esto le llevó a orientar la investigación por otro lado. Apeló a los grandes maestros (Beethoven, Mozart, Haydn, Bach, Chopín, Schubert), pero Gervasio ^z escuchaba las piezas, rollo tras rollo, impassible, salvo una tarde, ^{en que, ante,} ~~con~~ el "Coro de los esclavos", del Nabuco de Verdi, ~~en que~~ los pelos del colodrillo se inquietaron y por dos veces le abanicaron el cogote, en trance de erizarse. Paciente, objetivo, meticoloso, científico, responsable, papá León intensificó su exploración, tanteó esto y aquello (orfeones, masas corales, música sinfónica, óperas) pero los resultados fueron nulos, ^{de lo que dedujo} ~~lo que le llevó a~~ ~~la conclusión de~~ que la epidermis del niño solo se alteraba con música militar y, si acaso, débilmente, por pura simpatía, con coros masculinos, muy vigorosos, que por su virilidad, pudieran sugerir la marcialidad. Después de cada sesión, como despedida, el abuelo emplazaba en el fonógrafo un cilindro de viejas marchas simplemente para recrearse en el despliegue capilar del nieto y examinar de cerca los disparados cabellos ~~de morra, templeas y colodrillo,~~ sobre los que colocaba la palma de su mano temblona ~~azulada~~ y comentaba para sí: "Son fuertes y punzantes como alfileres, ^{los condenados}". ^{Más} Pero aquellas sesiones interminables, aburrían a Florita, que persuadida de que el fenómeno era deliberadamente provocado por su hermano, aunque ~~su~~ desconociera la técnica a emplear, apenas prestaba atención.

Los jueves, papá León recibía a sus conmlitones Lucio Viana y Trifón de la Huerta y jugaban al tresillo durante largas horas en el gabinete, por lo que los experimentos con Gervasio habían de anticiparse, ^{pero} ~~mas~~ un día en que el abuelo se demoró, don Trifón sorprendió al niño en pleno trance y papá León, incapaz de ocultar por ^{el} ~~su~~ secreto a su amigo de juventud, apuntó tímidamente:

- Ahí tienes a mi nieto de muestra, Trifón. ¿Que te parece? Y don Trifón de la Huerta, hombre bien barbado a lo largo y a lo ancho (barbas marxistas, decía tío Vidal) que había cazado sordas con Mikel Lecuona y el abuelo en los espesos bosques de ^{Du-} ~~Viz-~~ ^{raugo,} ~~caya,~~ se aproximó al niño, le inspeccionó de arriba abajo como a un animalillo raro, y sentenció con voz profunda:

-Es cierto que recuerda al Don cuando hacía la parada. También a él se le erizaban

los pelos del espinazo ¿recuerdas?.

Mamá Zita, que a partir del primer repeluzno, atendía al niño con medroso distanciamiento, como a algo santo o diabólico, no osaba acariciarle la cabeza y si, por azar, se la rozaba al bañarle por las mañanas en la bañera de zinc, sentía una especie de descarga, lo que acrecentó su respeto y la indujo a interponer una esponja entre su mano y la pelambreira del pequeño. Y con objeto de que su hijo no atribuyese a desapego lo que, en el fondo, era homenaje, le formulaba ^{durante el aseo,} preguntas triviales, sin forzar la respuesta, como diciendo: "si ^{no quieres} ~~lo prefieres~~ no me contestes; lo que me interesa que sepas es que estoy a tu lado". Y ^{cuando} si le veía corretear por el pasillo o regañar por naderías con su hermana Flora, se decía conmovida: "Viéndole así, parece un niño ^{co-} ~~cu-~~ ^{rriente}". Pero cada vez ^{que} evocaba el ostento del 11 de febrero, la eclosión de su cabello, los pelos como cohetes, escuchando Boinas Rojas, se estremecía y las lágrimas a floraban dulcemente a sus ojos. Mamá Zita, mujer de ideas religiosas primarias, identificaba heroísmo y santidad, propendía a ver en su hijo antes al devoto que al valiente, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y, en sus flébiles ensueños, conducía a dramáticas situaciones plásticas: Gervasito decapitado, la cabeza erizada dentro de un balde, y alrededor, un coro de infieles (ella casi podría asegurar que eran negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tam-tam. La representación de la escena era tan vívida y la relatava con tal lujo de pormenores, que ambas hermanas se miraban y rompían a llorar desconsoladas, cogidas de las manos, los ojos en los ojos, interrogándose por lo único que quedaba por dilucidar: "¿dónde, cuándo, cómo?". Y tía Cruz, elevándose después, a las más altas cimas místicas, divagaba en torno al amor de Dios, y sus inexcrutables designios, para terminar preguntando a mamá Zita por papá Telmo, si sabía algo sobre el particular, a lo que mamá Zita, alarmada, replicaba que eso lo último, que antes la muerte, que encontraba a Telmo especialmente distante esta temporada, porque era incuestionable que la medicina naturista, sobre desmerecer en el aspecto social, inducía al hombre al materialismo.

Una tarde, hallándose ambas hermanas de charla, en torno al costurero, irrumpió papá León desaliñado, las zapatillas en chancleta, mostrando el pijama por el escote del batín y, por los bajos, dos pantorras depiladas, delgadas y blancas como dos palos. Los lentes sobre la punta de la nariz, en sus ojillos brillaba aquella chispa pueril de conjurado que ambas hermanas conocían ^{de atrás.} ~~tan bien~~. Cerró la puerta con cuidado, se llevó un dedo a los labios y, aproximándose a ellas de puntillas, se sentó en

los pejos del espinazo recuerdas?
Mamá Xita, que a partir del primer repujano, atendió al niño con un beso distan-
ciamiento, como a algo santo o diabólico, no osaba acariciarle la cabeza y así, por a-
zar, se la rozaba al bañarlo por las mañanas en la bañera de zinc, sentía una especie
de descarga, lo que aconteció su respeto y la indujo a interponer una esponja entre
su mano y la pezuña del pequeño. Y con objeto de que su hijo no atribuyese a des-
pejo lo que, en el fondo, era homenaje, le formulaba preguntas triviales, sin forzar
la respuesta, como diciendo: "si te preguntara no me contestas; lo que me interesa que
sepa es que estoy a tu lado". Y así le veía correr por el pasillo a regañar por no
barras con su hermana Flor, se decía conmovida: "Vigíndole así, parece un niño aca-
bado". Pero cada vez que se acordaba el estento del 11 de febrero, la eclosión de su cabe-
llo, los pejos como cohetes, escuchando Bornas Rojas, se estremecía y las lágrimas a-
floraban dulcemente a sus ojos. Mamá Xita, mujer de ideas religiosas primitivas, iden-
tificaba heroísmo y santidad, prendía a ver en su hijo antes al devoto que al valien-
te, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y en sus fiebles ensueños, condu-
cia a dramáticas situaciones plásticas: barbas de decapitados, la cabeza erizada den-
tro de un bañero, y alrededor, un coro de niños (ella casi podría asegurar que eran
negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tam-tam. La representación de la
escena era tan vívida y la relación con el hijo de pormenores, que ambas hermanas se
intraban y rompían a llorar desconsoladas, cogidas de las manos, los ojos en los ojos,
interrogándose por lo único que quedaba por dilucidar: "¿cómo, cómo?". Y la
Cruz elevándose después, a las más altas cimas místicas, divagaba en torno al amor de
Dios, y sus inexcusables desahogos, para terminar preguntando a mamá Xita por qué
Telmó, se había ido sobre el particular, a lo que mamá Xita, alarmada, replicaba que
eso lo último, que antes la muerte, que encontró a Telmo específicamente distante es-
ta temporada, porque era incontestable que la medicina naturalista, sobre desmerecer en
el aspecto social, inducía el nombre al materialismo.
Una tarde, hallándose ambas hermanas de charlas en torno al costurero, trun-
có un León desafiado, las zapaticas en charola, mostrando el glamo por el escro-
to del botín y por los bajos, dos pantarras deploras, delgadas y blancas como dos pa-
ños. Los lentes sobre la punta de la nariz, en sus ojillos brillaba aquella chispa
pueril de conjetura que ambas hermanas connotan telemática. Como la guerra con cuida-
do se llevó un dedo a los labios y aproximándose a ellas de puntillas, se sentó en

el borde del canapé y empezó a hablar ingenuamente de sus experiencias con Gervasio, precisando que al niño no le seducía el martirio sino el heroísmo castrense y, sin reparar en las miradas reprobatorias, casi indignadas, de mamá Zita, puntualizó que, tras un mes de investigaciones, podía concluir que la sensibilidad del pequeño únicamente vibraba con las marchas militares y que si, por excepción, reaccionaba ante otros estímulos, se trataba con seguridad de ^{coros} ~~ceros~~ masculinos muy vitales que, de alguna manera, evocaban el desfile de los soldados.

Mamá Zita, sin poderse contener, se había puesto en pie, rígida, descompuesta, y le miraba como diciendo, "conque experiencias tenemos, ¿eh?", "Conque marchas militares, ¿eh?", "Conque otros estímulos, ¿eh?", de tal manera que, cuando avanzó resuelta hacia el canapé, papá León se incorporó, encogido, como un can apaleado, y cerró los ojos ante la avalancha que se le venía encima. Mamá Zita le voceó, entonces, que se habían acabado los experimentos, que Gervasio, era un niño, no un cobaya, y que si continuaba con ellos agarraría "el trasto ese" (mamá Zita se refería al fonógrafo) y lo tiraría al cubo de la basura. Papá León, que poco a poco había abierto los ojos, protegía los lentes con el antebrazo, reculaba en actitud defensiva y sus labios rojos, entre las ralas barbitas, mascullaban justificaciones, pero mamá Zita le asediaba, y, sin concederle tregua, le advirtió, "por última vez", que dejase en paz a Gervasio, que se mantuviese al margen del asunto, ya que si un día el Señor tenía a bien manifestar sus preferencias por él, ahí le tenía, sin necesidad de su mediación. Ante tamaño acoso, papá León dió media vuelta y escapó como un perrillo amedrentado por la puerta que mamá Zita sostenía, arrastrando los pies, mientras su hija, volvía a cerrar aquella y se sentaba frente a su hermana, el costurero por medio, la sotabarba fruncida como el angel dormido de La Resurrección del Giotto :

- Disculpame, Cruz -dijo con voz temblorosa-. Tal vez me haya excedido con papá, pero estoy muy nerviosa esta temporada. No puedo soportar que maneje al niño como a una rata de laboratorio. Eso, por de pronto, se ha terminado.

el borde del campo y empezó a hablar ingenuamente de sus experiencias con Gerardo, precisando que el niño no le seducía el martirio sino el heroísmo castrense y, sin reparar en las miradas reprobativas, casi indignadas, de mamá Zita, puntualizó que tras un mes de investigaciones, podía concluir que la sensibilidad del pequeño uniformado vibraba con las marchas militares y que él, por excepción, reaccionaba ante otros estímulos, se trataba con seguridad de oídos masculinos muy vitales que, de alguna manera, evocaban el desfile de los soldados.

Mamá Zita, sin poderse contener, se había puesto en pie, rígida, descompuesta, y le miraba como diciéndole, "conque experiencias tenemos, ¿eh?", "conque marchas militares, ¿eh?", "conque otros estímulos, ¿eh?", de tal manera que, cuando avanzó resuelta hacia el campo, papá León se incorporó, encogido, como un can zaldado, y cerró los ojos ante la avalancha que se le venía encima. Mamá Zita le vocó, entonces, que se habían acabado los experimentos, que Gerardo, era un niño, no un cobaya, y que si continuaba con ellos agarraría "el trasto ese" (mamá Zita se refería al fonógrafo) y lo tiraría al cubo de la basura. Papá León, que poco a poco había abierto los ojos, protegía las lentes con el antebrazo, reculaba en actitud defensiva y sus labios rojos, entre las rajadas barbudas, masculinaban justificaciones, pero mamá Zita le asediaba, y, sin concederle tregua, le advirtió, "por última vez", que dejase en paz a Gerardo, que se mantuviese al margen del asunto, ya que si un día el Señor tenía a bien manifestar sus preferencias por él, ahí le tenía, sin necesidad de su mediación. Ante tamaño acoso, papá León dio media vuelta y escapó como un perillito amedrentado por la puerta que mamá Zita sostenía, arrastrando los pies, mientras su hijo, volvió a cerrar su puerta y se sentó frente a su hermano, el costurero por medio, la solapada fruncida como el ángel dormido de la Resurrección del Día:

- Disculpame, Cruz -dijo con voz temblorosa-. Tal vez me haya excedido con papá, pero estoy muy nerviosa esta temporada. No puedo soportar que maneje al niño como a una rata de laboratorio. Eso, por de pronto, se ha terminado.

II

Un oblicuo rayo de sol atravesaba los cristales del mirador, y proyectaba sobre el papel rameado ^{de las paredes} (las inquietas cabezas de los niños. En los cristales bajos, protegidos por barritas doradas, revoloteaba un moscardón azul que saltaba de uno a otro tan rápido como si rebotase:

- Los hombres solo vienen de noche; a estas horas no viene nadie -dijo la niña defraudada.

Los cuarterones estaban entornados, y, a la luz del rayo polvoriento que se adentraba en el salón, los muebles macizos, de madera noble, y ^{las cornucopias y} ~~los~~ cuadros de marcos dorados parecían adormecidos en una prolongada siesta. En chaflán, frente al mirador (en la encrucijada de dos calles angostas) se alzaba el Friné, un café cantante que, en invierno, salvo sábados y domingos, únicamente ~~habría~~ ^{abría} de noche, y a los dos pequeños les fascinaban aquellas puertas abigarradas como de barraca de ferias, flanqueadas por dos faroles rojos que, al ^{oscurecer,} ~~llegar la noche,~~ ^{tenebrosidad} ~~oscuridad~~ (de la calleja, un rojizo resplandor fantasmal. Mamá Zita les tenía prohibido asomarse al mirador, pero ellos lo hacían, a escondidas, zafándose de su vigilancia y del ojo alerta de la señora Zoa, porque aquellos hombres que llegaban al Friné les cautivaban; lo hacían subrepticamente, como ladrones, procurando asegurarse de que nadie los veía, los cuellos de los gabanes levantados, vencidas las alas de los sombreros, impacientes a la llegada, furtivos y celosos a la salida, como si tuvieran algo ^{de} ^{escondarse} ~~que ocultar~~ (Los domingos azules de primavera, a mediodía, sin hombres merodeando por los alrededores, las mujeres de Friné, muy maquilladas, con los cabellos sueltos (muchas de ellas teñidas de rubio) y batas chillonas, se asomaban a los balcones, encima del café, y parlotaban incansables unas con otras, ^{con anillos de oro.} se reían y alborotaban como pájaros, fumando cigarrillos en largas boquillas de hueso. A los pequeños les atraía este espectáculo ~~dominical~~ pero si, casualmente, mamá Zita o la señora Zoa ~~entraban en la sala y~~ ^{del mirador} les descubrían, armaban una trifulca y les sacaban ~~de allí~~ ^{de allí} (a empellones, regañándoles, y no paraban hasta verlos encerrados en el cuarto de jugar. ^{cada vez que} ~~cuando~~ (esto ocurría, Gervasio y Florita, desesperados y sin recursos, solían sentarse ante el balcón que daba a la calle de las Brígidas y, recogiendo los visillos, jugaban ^{durante} ~~horas y horas~~ a los entierros.

Un oblicuo rayo de sol atravesaba los cristales del mirador, y proyectaba sobre el papel ramado (las primeras cabezas de los niños. En los cristales bajos, protegidos por barritas doradas, revoloteaba un moscardón azul que saltaba de uno a otro tan rápido como el rebote:

- Los hombres solo vienen de noche; a estas horas no viene nadie - dijo la niña deteniéndose.

Los cuarterones estaban entornados, y a la luz del rayo polvoriento que se abantraba en el salón, los muebles mates, de madera noble, y los cuadros de marcos dorados parecían adormecidos en una profunda siesta. En el salón, frente al mirador (en la estructura de dos cañes angostas) se alzaba el Frío, un café cantante que, en fin

vierno, salvo sábados y domingos, únicamente había de noche, y a los dos pequeños les fascinaban aquellas puertas adriáticas como de baraca de feria, flanqueadas por dos faroles rojos que, al llegar la noche, derramaban sobre la terraza oscuridad de la casa un rojo resplandor fantasma. Mamá Zita les tenía prohibido acercarse al mirador, pero ellos lo hacían, escondidos, zafándose de su vigilancia y del ojo sierto de la señora Zita, porque aquellos hombres que llegaban al Frío les cautivaban lo hacían eufóricamente, como ladrones, procurando asegurarse de que nadie los viera, los cuernos de los galanes levantados, vendidas las alas de los sombreros, impacientes a la llegada, furtivos y resaca a la salida, como si tuvieran algo que ocultar. Los domingos azules de primavera, a mediados, sin hombres merodeando por los alrededores,

las mujeres de Frío, muy madujeadas, con los cabellos sueltos (muchas de ellas tenían das de rubio) y otras chillonas, se acomodaban a los balcones, encimas del café, y parloteaban incansables unas con otras, y se reían y alborotaban como pájaros, tomando cigarrillos en largas papulitas de hueso. A los pequeños les atraía este espectáculo como el loro sí, casualmente, mamá Zita a la señora Zita enseñaban en la sala y las descubrían, amaban una trifulca y les sacaban de ahí a capeliones, regañándoles, y no paraban hasta verlos encerrados en el cuarto de jugar. Cuando esto ocurría, hervía y

Florita, desesperada y sin recursos, solían sentarse ante el balcón que daba a la calle de las Brígidas y, recogiendo los vistidos, jugaba, horas y horas a los enteros.

Una mañana, papá Telmo sorprendió a mamá Zita ^{reprendiendo} ~~trasladando~~ a los niños, ~~del mirador al cuarto de jugar~~ y, desde el umbral del aseo, con la cara enjabonada y los pies descalzos, como era su costumbre, indagó jovialmente qué ocurría, pero mamá Zita bajó tanto la voz que ~~Gervasio~~ solo pudo captar dos palabras ("malas mujeres"), y entonces, papá Telmo rompió a reír, con aquella su risotada gorda, entre ácida y socarrona ^{reír} ~~y pre-~~ ^{da} ~~guntó~~ si no sería más didáctico enseñarles que esconderlos, a lo que mamá Zita, replicó tan aprisa y malhumorada, que ninguno de los dos niños pudo entender su respuesta.

No obstante, el sábado siguiente, Florita preguntó a tía Cruz, qué era aquella casa con la puerta de colorines, que se abría frente al mirador, y la tía, sin alterarse, dijo: -"Ah, un colegio". Y Florita: "¿Un colegio de niñas tan mayores?", pero el tío Felipe Neri, que ya andaba carraspeando y torciendo la boca a causa de los ácidos del estómago, salió al quite y, después de doblar cuidadosamente el gabán sobre la barra dorada del perchero, se volvió hacia los niños y preguntó:

- ¿Dónde anda Crucita?

- Tomando el té con mamá

- ¿Ya no se le ponen las manos rojas?

- Sí, pero en casa dice que no la importa.

Tío Felipe Neri con su pelo color ceniza, partido en dos mitades por una raya, y sus lentes de montura de oro, hizo por sonreír pero prevaleció el rictus amargo de su boca. Los tíos Cruz y Felipe Neri eran padrinos de bautismo de Crucita, la sobrina predilecta, y, en el buen tiempo, antes de marchar de veraneo a Fuenterrabía, la invitaban a la horchatería de Simón Beade a beber horchata, y en invierno, durante el curso, a la sala azul del Círculo a tomar té completo (aunque últimamente Crucita procuraba evitar el té porque la enrojecía las manos) y, en cualquier caso, ante mamá Zita, reconocían derretidos que aquella chiquilla alta, de ojos verdes, arrogante, reunía todas las cualidades que hubieran deseado para una hija que no pudieron tener. Incluso los morritos despectivos de Crucita, sus aires de grandeza, sus desplantes con la gente de alpargatas, hacían gracia a tío Felipe Neri, que comentaba: "Tiene porte de princesa. Le desagrada la chusma". Y era cierto que Crucita, corrigiendo la corpulencia de mamá Zita, tenía un porte majestuoso y sus descarados ojos verdes traslucían aristocratismo. Erguida, delgada, cimbreante, Crucita adolecía, sin embargo, de un defec-

Una mañana, papa Telmo sorprendió a mamá Zita...
el cuarto de jugar y desde el umbral del aseo, con la cara enrojecida y los ojos des-
caídos, como era su costumbre, indagó jovialmente qué ocurría, pero mamá Zita bajó tan-
to la voz que Gervasio solo pudo captar dos palabras ("malas mujeres"), y entonces pa-
pá Telmo rompió a reír, con aquella su risotada gorda, entre burlas y exclamaciones...
gués si no sería más didáctico enseñarles que esconderlos, a lo que mamá Zita, regre-
co tan aprisa y malhumorada, que ninguno de los dos niños pudo entender su respuesta.
No obstante, el sábado siguiente, Florita preguntó a la Cruz, que era aquella
casa con la puerta de colorines, que se abre frente al mirador, y la tía, sin alte-
rarse, dijo: "Mm, un colegio", y Florita: "Un colegio de niñas tan mayores", pero el
tío Felipe Wirt, que ya andaba carraspeando y torciendo la boca a causa de los ácidos
del estómago, salió al quite y, después de doliar cuidadosamente el gástrico sobre la pa-
ra donde del perchero, se volvió hacia los niños y preguntó:
- ¿Dónde anda Cruzita?
- Tomando el té con mamá.
- ¿Ya no se le ponen las manos rojas?
- Sí, pero en casa dice que no le importa.
El tío Felipe Wirt con su aire color-avizor, dividido en dos miradas por una raya, y
sus lentes de montura de oro, hizo por somerrear pero prescindió el rictus amargo de su
boca. Los tios Cruz y Felipe Wirt eran padrinos de bautismo de Cruzita, la sobrina que
dilecta, y, en el buen tiempo, antes de marchar de vacaciones a Tucumán, se invita-
ban a la horchatería de Stabe para a beber horchata y en invierno, durante el curso,
a la sala azul del Circulo a comer té completo (aunque últimamente Cruzita procuraba
evitar el té porque le enrojecía las manos) y, en cualquier caso, ante mamá Zita, no
conocían bebidas que aquella chiquilla alta, de ojos verdes, arrogante, roncaba to-
das las cuñadas que habían crecido para una hija que no pudiera tener, incluso
los mortales despectivos de Cruzita, sus aires de grandesa, sus distancias con la gen-
te de alparagas, hacían gracia a tío Felipe Wirt, que conocía: "¡Qué porte de prin-
cesa, le desagrada la chusma". Y era cierto que Cruzita, con su porte de coque-
ta de mamá Zita, tenía un porte majestuoso y sus descarrados ojos verdes cruzaban aris-
toctatismo: Eregida, delgada, cimbrante, Cruzita abelita, sin embargo, de un defecto-

to que le impedía ser el arquetipo de la quinceañera perfecta: no tenía pechos, defecto que para Gervasio, su hermano, atento observador de la vida en torno, constituía un serio motivo de preocupación:

- ¿Por qué no tiene tetas Crucita?

Y Flora, que alimentaba un original concepto de la ^{causa}casualidad, respondía sin vacilar:

- Ha crecido toda hacia arriba. Es demasiado flaca.

La falta de pechos de Crucita era uno de los temas de conversación habituales en la cocina, ^{por más que} aunque siempre, tras las más peregrinas discusiones, se llegara a los mismos resultados: para la señora Zoa la Crucita era demasiado dura para tener tetas, ^{mien-} en tan ^{consti-} ^{tras para} to (La Amalia ~~opinaba que~~ la Crucita no tenía tetas porque era rica y las tetas eran el ^{privilegio} de los pobres, que otra cosa no, pero ella no había conocido a una sola mujer pobre sin tetas. Este defecto no ^{representaba,} constituía, sin embargo, para los tíos Cruz y Felipe, una rémora grave, algo que deteriorase la belleza esplendorosa de su ahijada.

Habituado a la disciplina tiránica de la úlcera, tío Felipe ^{un ser} Neri era ^{(metódico y} ^{significativa)} ^{abrió} ^{ordenado, las -} ta el extremo de que cada vez que en su vida surgía una novedad ^{iniciaba} un cuaderno donde anotaba todo lo referente a ella. Así, debidamente clasificados, guardaba en su buró un dietario profesional (ingreso, academia, destinos, ascensos, haberes, masita, trienios, uniformes, etc.), otro matrimonial (noviazgo, petición de mano, boda, viaje, efemérides, ritmo de reglas y relaciones sexuales, ginecólogo, etc.), un tercero de enfermo (primeros síntomas de la úlcera, médicos, diagnósticos, tratamiento, periodos de remisión, recidivas, eclosiones primaverales, etc.) y uno más relativo a Crucita (nacimiento, peso, desarrollo, ombliguito, primera palabra, sarampión, etc.). A través de estos cuadernos, debidamente datados, no resultaba difícil reconstruir los railes sobre los que la vida de su autor había discurrido. Ahora, de pronto, a sus 46 años, cuando ya no esperaba ~~encontrar~~ sorpresas, en un punto de madurez ~~vital~~ más propio para cerrar cuadernos que para abrirlos, había surgido el episodio de Gervasito, aquellas extrañas manifestaciones capilares que tanto le habían conmovido. El sábado 11 de Febrero de 1927, tío Felipe Neri, ^{se vio en} apenas ~~llegó a~~ casa, tomó un cuaderno negro, de pastas de hule, del cajón inferior del escritorio, lo abrió, estampó una cruz en lo ^{alto} de la página cuadrículada, conforme a inveterada costumbre, y debajo escribió con esmeradas versales: CUADERNO DE GERVASIO. El punto de la pluma permaneció un rato vacilante, describiendo peque-

to que le impedia ser el arquitecto de la arquitectura perfecta: no tenía pechos, defecto
to que para Gervasio, su hermano, atento observador de la vida en forma, constituía un

serlo motivo de preocupación:

- Por qué no tiene tetas crucifijas?

Y Flora, que alimentaba un original concepto de la masculinidad, respondió sin ver-

cular:

- Ha crecido toda hacia arriba. Es demasiado flaca.

La falta de pechos de Crucifija era uno de los temas de conversación habituales en
la cocina siempre, siempre, tras las más peregrinas discusiones, se llegaba a los mismos

resultados: para la señora los pechos de Crucifija eran demasiado duros para tener tetas, en tan-
to la familia entendía que la Crucifija no tenía tetas porque era rica y las tetas eran el

den de los pobres, que otra cosa no, pero ella no había conocido a una sola mujer po-
bre sin tetas. Este defecto no constituía, sin embargo, para los Cruz y Felipe,

una remora grave, algo que deteriorase la belleza esplendorosa de su hija.

Habitado a la disciplina trinitaria de la ópera, el Felipe Meri era (metodológico) un
la el extremo de que cada vez que en su vida surgía una novedad (novedad) un cuaderno

donde anotaba todo lo referente a ellas. Así, debidamente clasificadas, guardaba en su

puño un directorio profesional (ingreso, academia, destino, ascensos, haberes, masita, etc.)
nros, uniformes, etc.), otro matrimonial (noviazgo, patición de mano, boda, viaje, etc.)

ridas, ritmo de regias y relaciones sexuales, ginecología, etc.), un tercero de enfermo
(primeros síntomas de la ópera, métodos, diagnósticos, tratamientos, períodos de reposición,

recidivas, eclosiones primaverales, etc.) y uno más relativo a Crucifija (nacimiento, peso,
desarrollo, ombligo, primeros pechos, etc.). A través de estos cuadernos,

debidamente dados, no resultaba difícil reconstruir las pallas sobre las que la vi-
da de su autor había descrito. Ahora, de pronto, a sus 46 años, cuando ya no espera

la encontrar sorpresas, en un punto de madurez más propio para cerrar cuadernos
que para abrirlos, había surgido el episodio de Gervasio, aquellas extrañas manitas

taciones captares que tanto le habían conovido. El sábado 11 de febrero de 1924, el
Felipe Meri, apenas llegado a casa, como un cuaderno negro, de pasta de mármol, del cajón

inferior del escritorio, le abrió, estampó una cruz en los sitios de las páginas cuadru-
ladas, conforme a inveterada costumbre, y debajo escribió con esmerados versales: GUADE

NO DE GERVASIO. El punto de la pluma permaneció un rato vacilante, describiendo poco-

ños círculos en el aire, antes de posarse sobre el papel para consignar: "Abro este cuaderno, dedicado a mi sobrinito Gervasio, bajo una hondísima impresión, ya que, ^{al pequeño,} a juzgar por ciertos indicios, ~~el pequeño~~ parece predestinado para muy altos destinos. Anoche, en la velada familiar, en casa de mi padre político don León de la Lastra, el niño quedó en trance cuando escuchaba una marcha militar, la piel se le escarpeló y se le pusieron de punta los pelos de la cabeza. Dada su intensa palidez y el rubicundo cabello nimbándola, la faz del pequeño recordaba la Santa Hostia dentro de una ^{flamígera,} custodia de oro. Vidal, mi hermano político, proclive al materialismo, atribuye la crispación a meros fenómenos eléctricos, pero yo entiendo que, para un hombre de fé, el fenómeno ofrece unos perfiles cuando menos inquietantes...". Fechas mas tarde, en plena, fervorosa, exaltación, tío Felipe Neri ^{añadió:} ~~escribió otra página~~ "Prudente y ecuánime, mi cuñada Zita se ha negado a que don León, mi padre político, haga de mi sobrino Gervasio un cobaya experimental. Es ^{preciso} ~~necesario~~ dejarle vivir una vida de normalidad y ya el Señor, de considerarlo discreto, se encargará de mostrarle el camino a su debido tiempo. Las últimas pruebas parecen confirmar que los éxtasis del pequeño responden a estímulos marciales, lo que acredita que, en contra de la creencia originaria de Cruz y mía, no hay santo en ciernes, sino héroe. ¡Loado sea Dios!".

Ante la inesperada novedad, la inclinación afectiva de tío Felipe Neri se dividió, y si su mitad civil permaneció fiel a su ahijada Crucita, su mitad castrense se decantó por Gervasio, objeto de tan grandes esperanzas en aquellos días. En cualquier caso, los sobrinos (incluidos los dos pequeños de tía Macrina) agotaban su capacidad de ternura, de acuerdo con la máxima lapidaria que estampó en el cuaderno de Crucita la noche de su nacimiento: "Los tíos sin hijos son los abuelos de sus sobrinos". Fieles a este postulado, su esposa y él veían el mundo a través de los pequeños, les sacaban de paseo, cuidaban sus enfermedades, controlaban su conducta, les agasajaban, ahorraban para ellos, y los domingos y festivos, por riguroso turno, uno de ellos compartía su almuerzo y, al concluir, en inalterable rito, disputaban un cuproniquel a la brisca, partida que indefectiblemente ganaba tío Felipe Neri, e, indefectiblemente, ^{también,} en un repetido ^{alarde} ~~gesto~~ de liberalidad (que formaba parte de su austero sistema educativo), entregaba al sobrino invitado:

-Toma, para tus gastos.

los círculos en el aire, antes de pasarse sobre el papel para constatar: "Ahí es
te cuberuo, dedicado a mi sobrinito Gervasio, bajo una hondísima impresión, ya que
a juzgar por ciertos indicios, el pequeño parece predestinado para muy altos desti-
nos. Anoche, en la veada familiar, en casa de mi padre político don León de la
lasta, el niño quedó en trance cuando escuchaba una marcha militar, la cual se le
escarbó y se le pusieron de punta los pelos de la cabeza. Dada su intensa palidez
y el rubicundo capello nimbándose, la faz del peduño recordaba la Santa Hostia dan-
tro de una custodia de oro. Vidal, mi hermano político, proclive al masearismo,
atribuye la crispación a meros fenómenos eléctricos, pero yo entiendo que para
un hombre de fé, el fenómeno ofrece unos perfiles cuando menos inusitados...". Fe-
chas más tarde, en plena fervorosa, exaltación, tío Felipe Wert escribió otro pági-
na: "Prudente y ecuánime, mi cuñada Zita se ha negado a que don León, mi padre po-
lítico, haga de mi sobrino Gervasio un objeto experimental. Es necesario dejarle vi-
vir una vida de normalidad y ya el Señor, de considerarlo discreto, se encargará
de mostrarle el camino a su debido tiempo. Las últimas pruebas parecen confirmar
que los éxtasis del peduño responden a estímulos manuales, lo que acredita que
en contra de la creencia originaria de Cruz y mía, no hay nada en chistes, sino
héroe. ¡Dios sea Dios!".
Ante la inesperada novedad, la inclinación afectiva de tío Felipe Wert se di-
vidió y si su mitad civil permaneció fiel a su antigua Cruzita, su mitad castren-
se se decantó por Gervasio, objeto de tan grandes esperanzas en aquellos días. En
cualquier caso, los sobrinos (incluidos los dos pequeños de tía Macrina) agotaban
su capacidad de ternura, de acuerdo con la máxima lapidaria que estampó en el cus-
dermo de Cruzita la noche de su nacimiento: "Los tíos son hijos son los suelos de
sus sobrinos". Fiel a este postulado, su esposa y él veían al mundo a través de
los peduños, les sacaban de paseo, cubaban sus enfermedades, controlaban su con-
ducta, les agasajaban, mostraban para ellos, y los domingos y festivos, por rigo-
roso turno, una de ellas compartía su almuerzo y, al concluir, en inalterable rito,
disputaban un cupontiqui a la brisa, partida que intelectualmente ganaba tío Fe-
lípe Wert, e, intelectualmente, en un sentido que de liberalidad que formaba
parte de su austero sistema educativo, entregaba al sobrino invitado:
-Tome, para sus gastos.

A Gervasio, orgulloso de haber impresionado a los tíos con su ostento, antes que las muecas de tío Felipe Neri, le intrigaba la hiriente blancura del rostro de tía Cruz, que tanto envidiaban mamá Zita y tía Macrina. A él, sobre desagradarle su crudeza, le molestaba que aquellas mejillas, tan semejantes al yeso en coloración y textura, pinchasen como cardos al besarlas. La primera vez que lo advirtió, había corrido desalado hacia Florita, en busca de una explicación, y la contundente respuesta de su hermana le dejó boquiabierto:

-Tía Cruz se afeita y huele a vieja desde ~~hace mucho tiempo~~ ^{el año catapún.} ¿Es que no te habías fijado?.

- Y ¿a qué huelen las viejas?

- A agua muerta.

- Y ¿qué es agua muerta, Flora?

- El agua parada; la que no corre.

Ahora, en el mirador, Gervasio observaba las parábolas alocadas del moscón azul por encima de sus cabezas. Una mujer madura con cinta rosa en el pelo y tintineantes pulseras de bisutería, había aparecido en un balcón del Friné sobre la F del rótulo, y, vuelta de espaldas, levantaba ^{los ojos} ~~la cabeza~~ y llamaba a Raquel con una voz ronca, erosionada, sin que Raquel compareciese. Gervasio volvió perezosamente la cabeza hacia ella. Una cierta rigidez de nuca, obligaba al niño a girar la cabeza con lentitud, como si padeciese problemas motrices. La ⁿ⁾veracidad de su hermana activaba su imaginación:

- Y ¿por qué se afeita tía Cruz si es mujer?

- Porque las mujeres, al hacerse viejas, se vuelven como hombres y los hombres como mujeres. ¿No lo sabías?

Los ojos grises, con felinos cercos amarillentos, de Gervasio, expresaron desconfianza:

- ¿Es verdad eso o te lo estás inventando?

La niña hizo una cruz con dos dedos y la besó:

- Mira papá León -dijo ^{prueba} como ~~demonstración~~ ^{demostración} incontrovertible

Gervasio no salía de su asombro:

- ¿Es mujer papá León?

- Todavía no, pero ^{poco a poco} se está haciendo. ¿No te has fijado en ^{su} voz?

Gervasio admitió que la voz del abuelo era atiplada como la de una mujer y sus manos, pequeñas, traslúcidas y sin vello (también femeninas), azuleaban en el anverso, por mor de las venas, ~~sinuosas y abultadas~~ como los ríos de los mapas de la Hermana Luciana, en el colegio. Arguyó empero:

-Pero papá León tiene barbas

-Sí, pero son blandas, ~~como la seda~~ y se le están cayendo.

Las barbas de papá León eran, en efecto, inconsistentes y ralas y, a través de sus pelos lacios, clareaba el mentón, apenas un hueso pugnaz, revestido de piel, y, cuando reía, en espasmos uniformes y crocantes, las amarillentas barbitas rilaban como si las agitase el viento. Y, al comer, en especial en las solemnes conmemoraciones familiares, en las que, al decir de tía Cruz, le vencía la gula, se le ponían aceitosas como la piel de la marta cebellina.

Unos días después de la visita clandestina al mirador, Florita cayó en cama con gripe. ^{Al margen de)} ~~A parte~~ sus salidas extemporáneas, la niña tenía una cualidad impropia de su edad: era paciente, sabía esperar. Así, cuando tía Cruz la visitó por la tarde y se sentó a los pies de la cama, la calceta entre los dedos, dispuesta a contarla un cuento, la niña reanudó la conversación interrumpida días antes como si no hubiera transcurrido el tiempo:

- Tía, -dijo: ¿por qué esas mujeres tan mayores van al colegio?

- ¿De qué mujeres hablas, Florita?

-De las señoritas de ahí enfrente, tía.

- ¡Ah!, ¿las señoritas de ahí enfrente? Te traen a tí muy preocupada, por lo que veo, las señoritas de ahí enfrente. Verás, en realidad, se trata de un colegio especial -carraspeó:- un colegio para señoritas descarriadas.

- ¿Yo soy descarriada, tía?

- ¡Jesús, qué disparate!

A las mejillas blancas, empolvadas, de la tía Cruz, asomaba esta tarde un matiz sonrosado:

- Pues ¿qué es descarriada, tía?

- Mira, Florita -dulcificó la voz con el propósito de quitar importancia al tema: -Hay señoritas que de niñas estuvieron abandonadas, y como no fueron educadas de pequeñas, hay que educarlas de mayores. Por eso van al colegio. ¿Has comprendido?

... admitió que la voz del abuelo era atigrada como la de una mujer y sus
manos, pedregosas, traslúcidas y sin vello (también femeninas), azulesaban en el anver-
so, por mor de las venas, azules y azules como los ríos de las mareas de la her-
mana Luciana, en el colegio. Arguyó: *pero papá León tiene barbas*
-Sí, pero son blandas, como la seda y se le están cayendo.
Las barbas de papá León eran, en efecto, inconsistentes y ralas y, a través de
sus pelos factos, claraba el mentón, apenas un hueso pugnaz, revestido de piel, y
cuando reía, en espasmos uniformes y crocantes, las amarillentas barbas ríaban
como si las agitas el viento. Y, al comer, en espectáculo en las solapas comensales
ciones familiares, en las que, al decir de la Cruz, le venía la gula, se le ponían
acostosas como la piel de la mara cebellina.
Unos días después de la visita, cuando al mirador, Florita cayó en cama con
gripe. *Al bajar de* sus salidas esporádicas, la niña tenía una cualidad impropia de su
edad: era paciente, sabía esperar. Así, cuando la Cruz la visitó por la tarde y se
sentó a los pies de la cama, la calceta entre los dedos, dispuesta a contarle un cuento,
la niña reanudo la conversación interrumpida días antes como si no hubiera trans-
currido el tiempo.
-Tía, díje: por qué esas mujeres tan mayores van al colegio?
-¿De qué mujeres hablas, Florita?
-De las señoritas de mi colegio, tía.
*-¡Ah!, ¿las señoritas de mi colegio? ¿Te traen a ti muy preocupada, por lo
que veo, las señoritas de mi colegio. Verás, en realidad, se trata de un colegio
especial -cursado- un colegio para señoritas desorientadas.*
-¿Yo soy desorientada, tía?
-¡Jesús, qué dispersa!
A las mejillas blancas, empolvadas de la tía Cruz, esomaba este tarde un castizo
sonrisado:
-Fue qué es desorientada, tía?
*-Mira, Florita -dificil- la voz con el propósito de quitar importancia al de-
tema: -Hay señoritas que de niñas estuvieron abandonadas, y como no fueron educadas
de pedregosas, hay que educarlas de mayores. Por eso van al colegio. ¿Has comprendido?*

Los niños trataban de completar estas y otras informaciones insuficientes en la cocina, su refugio apetecido, en particular en invierno cuando la leña crepitaba en el fogón y la señora Zoa abría el tiro, y la chapa y las arandelas enrojecían, como los faroles del Friné. La Amalia, sentada en su taburete, canturreaba en un rincón mientras lustraba los zapatos de la familia. En aquel reducto acogedor, los coloquios solían girar sobre temas espinosos o confidenciales. De ahí que Flora, apenas restablecida, todavía convaleciente, preguntara a la Amalia por las señoritas del Friné, pero la Amalia no llegó a responderla, se limitó a mirar socarronamente a la señora Zoa, y a hacer un expresivo gesto con la cabeza. ^{Mas,} Como la niña porfiase, ~~le~~ dijo:

- ¿Por qué no se lo preguntas a tu mamá?

- Ya se lo pregunté a ~~la~~ tía Cruz y me dijo que es un colegio.

La Amalia soltó una risotada:

- Un colegio, ¿eh? ¿Oye usted, señora Zoa? ¡Buenas enseñanzas van a sacar ésas de ese colegio!

La Amalia, con sus cejas depiladas, delgadas y lineales, elevándose hacia las sienes, apenas llevaba tres años con ellos, pero la señora Zoa, que acababa de cumplir los 73, había servido desde los 20 a papá León, para continuar a su lado una vez que mamá Obdulia falleció y mamá Zita se hizo cargo de la casa. Y por una de esas insondables inclinaciones, propias de las solteronas vírgenes al alcanzar cierta edad, experimentó una ardiente pasión por el niño, por el varoncito; una pasión límpida, asexuada pero exclusivista, que no se conformaba con querer y ser querida sino que, al propio tiempo, exigía la preterición de los demás:

- ¿Quién te quiere a tí, corona?

- Tú, Zoa

El niño se resumía contra el angosto regazo de la vieja, un costillar duro y arqueado, seco como el de un galgo, pero caldeado por un aroma especial: acre, estancado, doméstico:

- Tu mamá no tiene ojos más que para la Crucita, de manera que ya lo sabes.

- Y ¿mi papá, Zoa?

- Tu papá, tu papá. Tu papá es ciego por la Florita, ¿es que no te das cuenta?

El mundo se hundía bajo sus pies y el niño ~~se aplastaba~~ ^{oprimía su carita} contra ella, contra su saya negra, acogido a aquel vago olor de humos mezclados, de fogón y baldosas rojas, e, igualmente, acudía a refugiarse en su amoroso regazo, cada vez que ~~regañaba~~ ^{se peleaba} con su her-

Los niños trataban de comprender estas y otras informaciones insuficientes en la cocina, su refugio apretado, en particular en invierno cuando la leña crepitaba en el fogón y la señora Zoá abría el tiro, y la chapa y las arandelas proyectaban, como los faroles del Friné. La Amalia, sentada en su taburete, canturreaba en un rincón mientras buscaba los zapatos de la familia. En aquel reducido espacio, los colchones, solían girar sobre temas espinosos o confidenciales. De ahí que Flora, apenas restablecida, todavía conversara con la Amalia por las señaladas del Friné, pero la Amalia no llegó a responderla, se limitó a mirar socorronamente a la señora Zoá y a hacer un expresivo gesto con la cabeza. Como la niña portase, se dijo:

- ¿Por qué no se lo preguntas a tu mamá?

- Ya se lo pregunté a la tía Cruz y me dijo que es un colegio.

La Amalia soltó una risotada:

- Un colegio, ¿eh? ¿Dónde está, señora Zoá? Buenas enseñanzas van a sacar esas de ese colegio!

La Amalia, con sus cejas deprimidas, dejó de hablar y fingió estar leyendo un libro, apenas llevaba tres años con ellos, pero la señora Zoá, que acababa de cumplir los 73, había servido desde los 20 a papa León, para continuar a su lado una vez que mamá Odulvia falleció y mamá Zoá se hizo cargo de la casa. Y por una de esas insondables inclinaciones, propias de las solteronas vírgenes al alcanzar cierta edad, experimentó una ardiente pasión por el niño, por el varoncito; una pasión ímpetuosa, assexuada pero exclusiva, que no se conformaba con querer y ser querida sino que, el propio tiempo, exigía la preferencia de las demás:

- ¿Quién te quiere a ti, coronel?

- Yo, Zoá.

El niño se resaca contra el angosto regazo de la vieja, un costillar duro y arduo, seco como el de un galgo, pero caldeado por un aroma especial: caca, estancado, doméstico:

- Tu mamá no tiene ojos más que para la Cruzita, de manera que ya lo sabes.

- Y mi papá, Zoá?

- Tu papá, tu papá. Tu papá es ciego por la florita, ¿es que no te das cuenta?

El mundo se hundió bajo sus pies y el niño se inclinó contra ella, contra su seno ya negro, recogido a aquel vago olor de humos mezclados, de fogón y baldosa roja, a la vez que se inclinó con su her-

mana y su madre le ^{regañaba.} ~~reprendía.~~ La vieja, entonces, le tomaba en sus brazos y restregaba su mejilla, fría como la de una culebra, contra la suya, como buscando ^{SU} ~~su~~ ~~ella~~ calor, ~~y vida~~ y repetía:

- La mamá no te quiere, corona; la mamá no tiene ojos más que para la Crucita.

De este modo, Gervasio, desde muy niño, se habituó a buscar ~~la~~ seguridad en los brazos siempre prestos de la señora Zoa; sus alegrías y sus tristezas las depositaba en ella como en un confesionario. De ahí que la noche del 11 de febrero, tan pronto abandonó la reunión, aturdido aún por las voces de yunque del tío Vidal, por las lágrimas de tía Cruz, por el clima supersticioso de la reunión, echó a correr por el largo pasillo y no paró hasta sentirse protegido por los brazos huesudos de la señora Zoa:

- Zoa, te voy a decir un secreto

- Dime, hijo, dime

Pegó sus labios a la oreja trasparente de la mujer, que apenas asomaba bajo los blancos cabellos, recogidos atrás en un moño y musitó:

- Voy a ser héroe

- ¿Estás tonto? ¿Pero un héroe de esos que se mueren? -la señora Zoa levantó la voz instintivamente, a la defensiva.

- No, Zoa, voy a ser héroe sin morirme. Papá León lo ha dicho. Pero mamá no quiere que lo sepa papá Telmo; es un secreto.

Entró la Amalia, con la cofia y el delantal blanco, y se les quedó mirando ^{con sorna:} los brazos en jarras:

- Míralos, como dos tórtolos. El Anselmo Llorente se va a reir las muelas mañana, cuando se lo cuente.

Morena, ^{nerviosa,} ~~armoniosa,~~ vivaz, la pierna derecha levemente renqueante, la Amalia, como deferencia y signo de distinción, designaba a su novio ^{con} ~~por~~ nombre y apellido, pero pese a su magnificencia, el Anselmo Llorente era poca cosa, ^{apergaminado,} ~~descarnado,~~ enjuto, un rostro ^{lascivo} ~~consumido~~ donde apenas sobresalían los pómulos y los lentes sin montura, de cristales siempre impolutos. En invierno y verano vestía trajes oscuros, muy marcada la raya del pantalón, y un sombrerito gris de fieltro con el ala sombreándole el ojo derecho. Hasta bien entrada la primavera no se desprendía del abrigo azul marino, que casi le alcanzaba los tobillos, ni de la bufanda a cuadros que protegía la escuálida garganta tan a conciencia que, entre ~~el~~ sombrero y ~~el~~ tapabocas, apenas se descifraba un enig

La mamá no te duere, coronas; la mamá no tiene ojos más que para la Crística.

De este modo, Gervasio, desde muy niño, se habituó a buscar la seguridad en los brazos siempre prestos de la señora Zoá; sus alegrías y sus tristezas las depositaba en ella como en un confesionario. De ahí que la noche del 11 de febrero, tan pronto abandonó la reunión, aturdió aún por las voces de yunque del tío Vidal, por las lágrimas de tía Cruz, por el clima supersticioso de la reunión, echó a correr por el largo pasillo y no paró hasta sentirse protegido por los brazos huesudos de la señora Zoá:

- Zoá, te voy a decir un secreto.

- Dime, hijo, dime.

Pegó sus labios a la oreja trasparente de la mujer, que apenas asomaba bajo los blancos cabellos, recogidos atrás en un moño y mustio:

- Voy a ser héroe.

- ¿Estás tonto? Pero un héroe de esos que se mueren! - la señora Zoá levantó la voz instintivamente, a la defensiva.

- No, Zoá, voy a ser héroe sin morir. Pegó la oreja a la oreja. Pero mamá no quiere que lo sepa papá telmo; es un secreto.

Entró la Amalia, con la coleta y el delantal blanco, y se les quedó mirando, los brazos en jarras:

- Mirados, como los toreros. El Anselmo Llorca se va a vestir las medias rojas, cuando se lo cuente.

Morena, empujando, vivió la pierna derecha levemente resacañote, la Amalia, como deferente y signo de atención, designaba a su novio con el nombre y apellido, pero pase a su magnificencia, el Anselmo Llorca era poca cosa, descañado, engula, un tres tro consumido donde apenas sobresalían los pantalones y los lentes sin montura, de crisis.

tales siempre impolutos. En invierno y verano vestía trajes oscuros, muy marcados la raya del pantalón y un sombrero gris de fieltro con el ala comprimiéndose el ojo derecho. Hasta bien entrada la primavera no se desprendía del abrigo azul marino, que casi le alcanzaba los tobillos, ni de la bufanda a cuadros que protegía la escuálida garganta tan a conciencia que, entre el tablero y el tapacristal, apenas se distinguía un enig

mático, menudo, rostro oriental. En ocasiones, Crucita le decía a la Amalia que el Anselmo Llorente era muy señorito y ella sonreía halagada por lo que entendía un piropo. Mas la Amalia consideraba que le ennoblecía, refiriéndose a él por el nombre y el apellido:

- Me voy. Ya estará abajo aguardándome el Anselmo Llorente.

A Gervasio no acababa de gustarle el Anselmo Llorente, tan descolorido, tan anguloso, tan distante, recorriendo de arriba abajo el portalón de palacio, a largos trancos, los ojos ~~bajos~~ ^{esquivos,} (el busto inclinado, las manos en los bolsillos y, si acaso le saludaban al pasar, él respondía con un gruñido, sin reparar en quienes eran, excepto si les acompañaba la señora Zoa, en cuyo caso se sacaba ceremoniosamente el sombrero de la cabeza, cambiaba unas palabras con ella y le hacía objeto de toda clase de ~~cumplimientos~~ ^{zalamientos}. Al final, siempre decía lo mismo:

- Si va para arriba, señora Zoa haga el favor de decirle a la Amalia que baje, que estoy jodido.

~~También~~ ^{también} A la señora Felipa, la lavandera, (se le antojaba el Anselmo Llorente un mirlo blanco:

- ¡Madre, vaya un novio que te has echado, hija! Ya estará bien colocado.

- Es empleado -respondía jactanciosa la Amalia.

- Se ve a la legua, hija; menuda ropa.

Lunes y jueves, la señora Felipa venía por ~~la casa~~ ^{palacio} a hacer la colada familiar en la gran artesa revestida de zinc, de la galería de la cocina, sobre el jardín, donde Clemente, el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el portero, podaba los rosales y ahuecaba la tierra de los arriates para las siembras de primavera. La señora Felipa, como la señora Agustina, la cuñada viuda de la señora Zoa, que cosía para la casa, vivía extramuros, en los suburbios, allá donde la ciudad, diseminada, se iba convirtiendo en campo, un campo sórdido (dos hileras de chopos delimitando la tímida acequia) de pe-
drizas, basuras y huertos alambrados. Pero mientras en el suburbio norte, donde ~~había~~ ^{había} ~~había~~ ^{había} la señora Felipa, la acequia vertebraba el caserío de adobes, con bardas carriadas preservando los corrales, en el sur, donde ~~vivía~~ ^{habitaba} (la señora Agustina, era la línea férrea la ordenadora del poblado, desperdigado por las faldas de los cerros, mísero como un aduar, acribillado a todas horas por los silbidos de las locomotoras.

En casa de la señora Felipa, en el arrabal norte, cercado por alambres de púas, había un huerto en el que cultivaba patatas, cebollas y lombardas y, en la trasera,

Más la Amalia consideraba que le ennoblecía, retirándose a él por el nombre y el apellido.
Me voy. Ya estaré abajo aguardándome el Anselmo Lorenzo.

A Gervasio no acababa de gustarle el Anselmo Lorenzo, tan descolorido, tan angustioso, tan distante, recorriendo de arriba abajo el portafolio de papeles, a largos trancos, los ojos bajos, el busto inclinado, las manos en los bolsillos y, si acaso se levantaban al pasar, él respondía con un gruñido, sin pensar en quienes eran, excepto si les acompañaba la señora Zoé, en cuyo caso, se sacaba ceremoniosamente el sombrero de la cabeza, cambiaba unas palabras con ella y le hacía objeto de toda clase de cumplimientos.
Al final, siempre decía lo mismo:

- Si va para arriba, señora Zoé, me da el favor de decirle a la Amalia que deje de estarlo.
También a la señora Felipa, la lavandera, se le antojaba el Anselmo Lorenzo un chico blanco.

- Madre, vaya un novio que te has echado, hijo! Ya estás bien colocado.
- Es empleado - respondía jactancioso la Amalia.

- Se ve a la legua, hijo; menuda ropa.
Lunes y jueves, la señora Felipa venía por la casa a hacer la colada familiar en la gran arcaza revestida de zinc, de la galería de la cocina, sobre el jardín, donde Clemente, el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el portero, podaba los rosales y huacaba la tierra de los arriates para las siembras de primavera. La señora Felipa, como la señora Agustina, la cuñada viuda de la señora Zoé, que cuida para la casa, vivía extramuros, en los suburbios, allí donde la ciudad, disminuida, se iba convirtiendo en campo, un campo sembrado (dos hileros de chopos delimitando la línea superior), de parcelas, parcelas y huertos alambrados. Pero mientras en el suburbio norte, donde había la señora Felipa, la acedua voreaba el caserío de adobe, con bardas cartadas preservando los corrales, en el sur, donde vivía la señora Agustina, era la línea que tres la ordenadora del poblado, desperdigado por las faldeas de los cerros, mismo como un águila, arrojada a todas horas por los silbidos de las locomotoras.

En casa de la señora Felipa, en el arrabal norte, cercado por alambres de púas, un huerto en el que cultivaba patatas, cebollas y lombardas y, en la traza,

preservada por una tela metálica, criaba una docena de conejos blancos con párpados rojos, ^{otra} media de gallinas pusilánimes, y un cerdo gruñidor arriconado en una cochiquera de tabl^{as} mal avenidas por cuyas rendijas los niños le fustigaban con juncos. La figura grande y animosa de la señora Felipa, portadora de saludables aires rurales, atraía a los pequeños, les embelesaba con los pequeños acontecimientos de su mundo:

- Ayer parió la coneja
- ¿Si, Felipa?
- Catorce gazapines echó
- ¿Tantos?
- Eso no es nada. Una tuve el año la gripe que parió 22.

La señora Felipa restregaba la ropa contra la tabla ondulada y jabonosa con sus enormes manos amorcilladas y Florita observaba sus dedos amoratados, hinchados como sapos, las yemas fruncidas como castañas pilongas, las uñas blancas:

-¿Te has fijado? La señora Felipa tiene manos de ahogada

-¿Cómo son las manos de ahogada? Florita le explicaba que los ahogados al principio se ponían rojos, luego amarillos y, después, morados, como las manos de la señora Felipa, y los dedos se les arrugaban porque el agua envejecía a las personas mas a prisa que el aire.

En el buen tiempo, la Zoa sacaba a los niños ^{los} a dar un paseo largo, porque papá Telmo no consentía verlos en casa o encerrados en el pequeño jardín:

- Tienen que dar un paseo, Zita; tienen que hacer ejercicio. El músculo que no se fatiga, se intoxica.

La alternativa no variaba:

- ¿Dónde queréis que vayamos, dónde la señora Felipa o dónde mi cuñada Agustina?

-inquiría la señora Zoa

Los niños no vacilaban:

- Donde la señora Felipa

Pero la señora Zoa tiraba para el suburbio norte o para el suburbio sur según la viniera en gana..

La señora Agustina, su cuñada, era viuda con dos hijos, Daniel, ^{cestrino,} de ~~media~~ estatura, musculado y hosco, que trabajaba en la planta baja en su banco de carpintero y seguía el curso de las horas por los pitidos de los trenes ascendentes y descendentes,

preservada por una tela metálica, criaba una docena de conejos blancos con patas rojas, media de gallinas pusilánimas, y un cerdo gruñidor arrinconado en una cochiquera de tablita, mas avenida por cuyas rendijas los niños le fustigaban con juncos. La figura grande y animosa de la señora Felipa, portadora de saludables aires rurales, atraía a los pequeños, les embalsaba con los pequeños acontecimientos de su mundo:

- Ayer partió la coneja

- ¿St, Felipa?

- Catorce gazapines echó

- ¿Tantos?

- Eso no es nada. Una tuve el año la gripe que partió SS.

La señora Felipa restregaba la ropa contra la tabla ondulada y japonesa con sus enormes manos amorcilladas y Felipa observaba sus dedos amarrotados, hinchados como zapos, las yemas frías como castañas plomizas, las uñas blancas:

- ¿Te has fijado? La señora Felipa tiene manos de ahogada

- ¿Cómo son las manos de ahogada? Felipa le explicaba que los ahogados al principio se ponían rojos, luego amarillos y después, morados, como las manos de la señora Felipa, y los dedos se les arrugaban porque el agua envajaba a las personas una prisa que el aire.

En el buen tiempo, la Zoa sacaba a los niños al jueves a dar un paseo largo.

porque papá Felipa no consentía verlos en casa o encerrados en el pequeño jardín:

- Tienen que dar un paseo, Zita; tienen que hacer ejercicio. El músculo que no se

fatiga, se intoxica.

La alternativa no variaba:

- ¿Dónde queréis que vayamos, dónde la señora Felipa o dónde mi cuñada Agustina?

- ¡Incuria la señora Zoa!

Los niños no vacilaban:

- Donde la señora Felipa

pero la señora Zoa tiraba para el suburbio norte o para el suburbio sur según la

vintiera en gana.

La señora Agustina, su cuñada, era viuda con dos hijos, Daniel, de medio metro

de músculo y hocico, que trabajaba en la planta baja en su banco de carpintero y se

guía el curso de las hixmas por los pitidos de los trenes ascendentes y descendentes.

y la Felisilla, la niña, un poco corta, babeante, que, pese a haber cumplido diecisiete años, no conocía otra distracción que revolcarse en el montón de virutas que saltaban del cepillo, riéndose sin causa. Mas en aquella casa, aparte la manifiesta hostilidad de Daniel, no había más bichos que un macho de perdiz enjaulado junto a la puerta, que no paraba de dar vueltas sobre sí mismo, picoteando los alambres, como buscando un agujero por donde escapar, y un canario amarillo, espantadizo, que no sabía cantar porque era hembra. Como la señora Agustina les prohibía pisar la huerta, a los niños no les quedaba otro entretenimiento que encaramarse a la higuera tan pronto las brevas empezaban a sazonar. Pero a Daniel, el carpintero, terminó también por disgustarle que se comieran los frutos maduros, con lo que Gervasio y Florita, cuyo último y ~~menótomo~~ recurso consistía en sentarse en el cemo para ver pasar los trenes y decir adiós a los viajeros, no dudaban ante la opción planteada cada jueves de primavera por la señora Zoa:

- Donde la señora Felipa, Zoa; en casa de tu cuñada nos aburrimos.

Bien ~~fuera~~ ^{procedieran} (del arrabal norte o del sur, Flora y Gervasio regresaban al caer la tarde, con las piernecitas entumidas y el rostro quemado por el primer sol. Ya cerca de casa, en el callejón de las Brígidas, entre dos luces, solían cruzarse con la Amalia y el Anselmo Llorente, muy juntos, muy amartelados, aprovechando la penumbra. A veces, la Amalia, encandilada, ni les veía y, en esos casos, Gervasio le propinaba inocentemente un azote en las prietas nalgas y le gritaba:

- ¡Adiós, Amalia!

Ella se volvía sobresaltada:

- ¡Habrás visto! Este chico es de la piel de Barrabás

En la encrucijada, frente al arco de dovelas del portón de palacio, los hombres empezaban a llegar al Friné, cautelosos, desconfiados, ocultando los ojos bajo el ala del sombrero, excepto los jóvenes reclutas que lo hacían a cuerpo limpio, riendo y voceando, con juvenil altanería, sin reservas. Unos metros más allá, los niños se detenían ante el kiosco que les brindaba todo un mundo de sugerencias: tebeos, pelotas de goma, canicas multicolores, recortables, regaliz de palo, chufas, altramuces... La señora Zoa, desde que Florita cumplió ocho años, ya no les aguardaba, se metía de prisa en el portalón, limitándose a rezongar:

- Ya estáis arriba, ¿eh? Ya sabéis como las gasta la mamá. Pero ellos hacían sus adquisiciones y cambalaches con calma, cuidando de sacar el máximo rendimiento a la

Y la Felicitia, la niña, un poco corta, babante, que, pese a haber cumplido dieciséis años, no conocía otra distracción que revolotear en el montón de virtudes que el cepillo, riéndose sin causa, tras en aquellas cosas, aparte la manifiesta hostilidad de Daniel, no había más dicho que un macho de gorda enlazado junto a la puerta, que no paraba de dar vueltas sobre sí mismo, picoteando los alambres, como buscando un agujero por donde escapar, y un canario amarillo, espantadizo, que no sabía cantar porque era hembra. Como la señora Agustina les prohibía pisar la huerta, a los niños no les quedaba otro entretenimiento que encaramarse a la higuera tan pronto las previas empezaban a sazonar. Pero a Daniel, el carpintero, también le gustaba que se comieran los frutos maduros, con lo que Gervasio y Florita, cuyo último y más reciente recurso consistía en salir en el campo para ver pasar los trenes y decir adiós a los viajeros, no dudaban ante la opción planteada cada jueves de primavera por la señora Zoá:

- Donde la señora Felicia Zoá, en casa de tu ciudad nos aguardamos. Bien (del árbol) noche o día, Flor y Gervasio regresaban al caer la tarde, con las pinnetas entumidas y el rostro quemado por el primer sol. Ya cerca de casa, en el callejón de las Brigidas, entre dos luces, solían cruzarse con la Anita y el Anselmo Jorante, muy juntos, muy amarillados, aprovechando la penumbra. A veces, la Anita, encantada, ni les veía y, en esos casos, Gervasio le propinaba inocentemente un codo en las prietas nalgas y le gritaba:

- Adiós Anita!
Ella se volvía sonrojada.
- ¡Habrá visto! Este chico es de la piel de Barbas.
En la estructura frontal al arco de boveas del portón de la casa, los hombres se quedaban a mirar el árbol, cautelosos, desconfiados, ocultando los ojos bajo el ala del sombrero, excepto los jóvenes recelosos que se hacían a campo limbo, riendo y vocando, con juvenil algarabía, sin reservas. Unos otros más allá, los niños se daban tentan ante el kiosco que los brindaba todo un mundo de sugerencias: tabacos, pelotas de goma, canicas multicolores, recortables, regalos de palo, chufas, sismos... La señora Zoá, desde que Florita cumplió cinco años, ya no les guardaba, se metía en prisas en el portón, limitándose a rezongar:

- Ya estás arriba, ¿ent? Ya sabéis como las gusta la mamá. Pero ellos hacen sus acciones y cambian con calma, cuidando de sacar el máximo rendimiento a la

propina de papá Telmo y, en su caso, al cuproníquel del tío Felipe Neri y, al concluir, subían la ancha escalera de madera encerada por la alfombra granate del centro, charlando, planeando juegos hasta la hora de la cena, intercambiando fruslerías.

Una noche, seis semanas después de la enfermedad de Florita, bien porque la Amalia se retrasara, bien porque se hubiere citado con el Anselmo Llorente más tarde que de costumbre, vieron venir a éste muy excitado, diciéndole escuchitos a una de las muchachas rubias del Friné que taconeaba firmemente sin hacerle caso, pero como quiera que la acera era angosta, el Anselmo Llorente, trotaba a su lado, un poco rezagado, subía y bajaba de la calzada, brincaba, estiraba su flaco y arrugado pescuezo de tortuga hasta enredar su naricilla puntiaguda en las melenas de la mujer rubia, pero ésta seguía su rumbo imperturbable, como si el Anselmo Llorente no existiera. Gervasio dió con el codo a Florita y ambos se detuvieron en la esquina y, al pasar junto a ellos la pareja, dijeron a dúo:

- Adiós, Anselmo Llorente

El Anselmo Llorente empalideció, el tono cerúleo de su piel se volvió casi verde, ~~***~~ se detuvo, se ajustó el nudo de la corbata haciéndose el distraído y, por fin, se inclinó sobre ellos:

- ¿Qué demontres pintáis vosotros aquí?

- Venimos del kiosco

- Y ¿dónde se ha metido la señora Zoa?

- Arriba, ¿por qué?

- Por nada. No está bien que andéis solos por la calle

- ¿Quién era esa señora rubia que iba contigo?

El Anselmo Llorente, se sujetó los lentes con un dedo, se abotonó la americana, sacudió sus ~~débiles~~ ^{frágiles} hombros, vaciló, señaló, por último, a la muchacha rubia que entraba en ese momento en el café y dijo despechado:

- Esa, como todas las ^{de} ~~que~~ hay ahí dentro, no es más que una zorra -hizo pinza con dos dedos, prendió el cuello de Gervasio y se dobló sobre él:-Pero a la Amalia no le vayas a ir con el cuento, ¿me has entendido? -oprimió el pescuezo del niño como para advertirle que estaba dispuesto a estrangularle: -Ahora sube y dile a la Amalia que baje, que llevo media hora de plantón y estoy jodido.

propina de papá Jaime y, en su caso, al cuponiquel del río Felipe Martí y, al con-
cluye, subían la ancha escalera de madera encerrada por la alfombra granate del centro,
charlando, planeando juegos hasta la hora de la cena, intercambiando frías.

Una noche, seis semanas después de la enfermedad de Florita, bien porque la Ana-
lita se retrasara, bien porque se hubiere cedido con el Anselmo Lorenzo más tarde que
de costumbre, vieron venir a éste muy excitado, diciéndole escuchos a una de las mu-
chachas rubias del frío que cacareaba firmemente sin hacerle caso, pero como quise
que la acera era angosta, el Anselmo Lorenzo, trocaba a su lado, un poco rezagado, su
ojo y bajaba de la calzada, brincaba, estiraba su fiasco y arrugado pescuazo de tortu-
ga hasta enredar su narizilla puntiaguda en las melenas de la mujer rubia, pero ésta
según su rumbo imperturbable, como si el Anselmo Lorenzo no existiera, Gervasio dio
con el codo a Florita y ambos se detuvieron en la esquina y, al pasar junto a ellos

la pareja, dijeron a dós:

- Adios, Anselmo Lorenzo

El Anselmo Lorenzo empalideció, el tono curvado de su piel se volvió cast. verde,
se detuvo, se ajustó el nudo de la corbata haciéndose el distraído y, por fin,

se inclinó sobre ellos:

- ¿Qué demonios pintáis vosotros aquí?

- Venimos del kiosco

- ¿Y dónde se ha metido la señora José?

- Arrriba, ¿por qué?

- Por nada. No está bien que andéis solos por la calle

- ¿Quién era esa señora rubia que iba contigo?

El Anselmo Lorenzo, se sujetó los lentes con un dedo, se abotonó la americana,
recorrió sus labios, señaló, señaló, señaló, por último, a la muchacha rubia que en-
traba en ese momento en el café y dijo despectivo:

- Esa, como todas las que hay ahí dentro, no es más que una zorra - hizo pinta con
dos dedos, prendió el cigallo de Gervasio y se volvió sobre él: - Pero a la Analita no le
vayas a ir con el cuento, ¿me has entendido? - contrajo el pescuazo del niño como para
advertirle que estaba dispuesto a estrangularle: - Ahora supe y díle a la Analita que
baje, que llevo media hora de plantón y estoy jodido.

III

El domingo 28 de abril de 1928 ^{tan pronto)} apenas (el niño Gervasio García de la Lastra salió a la calle, dando brincos, con el cuproníquel en el bolsillo, tío Felipe Neri se sentó en el escritorio, ante el cuaderno de pastas de hule, apartó el secante color de rosa que separaba dos páginas, trazó en lo alto una cruz y escribió con su caligrafía débil, redonda y elaborada:

"Acabo de regalar a mi sobrinito Gervasio mis ropas, avíos y trebejos de militar desde mis tiempos de cadete, desprendimiento que me ha supuesto dolor, ya que treinta años de vestuario constituyen un inagotable venero de recuerdos; pero oportuno y discreto parece que el héroe empiece a familiarizarse con su atuendo. Espero que mi cuñada Zita no interprete mal mi liberalidad, que no pretende incitarle a la violencia sino tan solo vestir su vocación. Antes de nada pregunté al niño, mirándole a los ojos, qué es lo que sentía durante sus crispaduras y él, muy reflexivo, me respondió: "Como ánimos, tío; como ganas de matar a muchos malos". De ahí que me sorprendiera su tibia reacción al ver las capas, guerreras, casacas, gorras, corrajes y botas desparramados por la alfombra del Oratorio. Su primer movimiento fué pueril: introdujo sus piececitos dentro de unas botas de campaña que le cubrían medio muslo y, taconeando torpemente, dió dos vueltas a la habitación. Después, puso sobre sus frágiles hombros la capa azul celeste, de gala, y me dijo quedamente: "¿Puedo ^{mirarme)} verme (en un espejo, tío?". Le precedí hasta la alcoba y, ante la gran luna del armario, permaneció inmóvil, contemplándose largo rato, al cabo del cual, se volvió hacia mí y, a su manera, como recriminándose, me dió a entender que no comprendía cómo se podía vivir una vida dentro de aquella ropa sin experimentar ^{el prurito} ~~la necesidad~~ de ser un héroe. Me dejó confundido, la verdad, pero como este niño, desde la famosa noche del trance, me infunde un augusto respeto, experimenté una sensación rara, como si estuviera afrontando el juicio de Dios y, entonces, le abrí el corazón y reconocí humildemente que, por mi edad, bien pude luchar en Marruecos, contra la morisma, pero mi delicada salud me lo impidió. El levantó la cabeza, con esa gravedad adulta con que sabe hacerlo, y me miró a los ojos con tal aplomo que me sentí disminuído, como varado y desnudo, y apenas pude argüir: "No me mires como a un cobarde, Gervasio, por amor de Dios; tu tío no es un cobarde sino un en-

El domingo 28 de abril de 1928 apenas el niño Gerardo García de la Lanza salió a la calle dando brincos, con el caponquí en el bolsillo, lo Felipe Hert se sentó en el escritorio, ante el cuaderno de pastas de hule, apartó el secante color rosa que separaba dos páginas, trazó en lo alto una cruz y escribió con su caligrafía débil, redonda y elaborada:

"Acabo de regalar a mi sobrinito Gerardo mis ropas, avíos y trebejos de militar desde mis tiempos de cadete, desprendimiento que me ha supuesto dolor, ya que treinta años de vestuario constituyen un inagotable venero de recuerdos, pero oportuno y discreto parece que el héroe empiece a familiarizarse con su atuendo. Espero que mi cuñada Rita no interprete mal mi liberalidad, que no pretenda facturarle a la violencia sino tan solo vestir su vocación. Antes de nada pregunté al niño, mirándole a los ojos, qué es lo que sentía durante sus escapadas y él, muy reflexivo, me respondió: "Como nosotros, como ganas de matar a muchos malos". De ahí que me sorprendiera su fidedigna reacción al ver las capas, guerreras, casacas, gorras, correajes y botas desarmadas por la alfombra del Oratorio. Su primer movimiento fue pedir: introdujo sus piecitos dentro de unas botas de campaña que le cubrían medio muslo y, sacando torpemente, dió dos vueltas a la habitación, después, puso sobre sus frágiles hombros la capa azul celeste, de gala y me dijo quedamente: "Puedo verme en un espejo, ¿no?". Le precedí hasta la alcoba y, ante la gran luna del armario, permaneció inmóvil, contemplando ese fardo rojo, al cabo del cual se volvió hacia mí y, a su manera, como reclinándose, me dió a entender que no comprendía cómo se podía vivir una vida dentro de esa ropa sin experimentar la necesidad de ser un héroe. Me dejó confundido, la verdad, pero como este niño, desde la famosa noche del trance, me infunde un augusto respeto, experimenté una sensación rara, como si estuviera afrontando el juicio de Dios y, entonces, le abrí el corazón y reconcí humildemente que, por mi edad, bien pude luchar en Marruecos, contra la mortaja, pero mi delicada salud me lo impidió. El levantó la cabeza, con esa gravedad adulta con que sabe hacerlo, y me miró a los ojos con tal plomo que me sentí disminuido, como varado y desahogado. Y apenas pude argüir: "No me metas como a un cobarde, Gerardo, por amor de Dios; tu tío no es un cobarde sino un en-

fermo", pero él continuaba escrutándome con ese algo de sobrenatural e insoportable que en ocasiones brilla en sus ojos, de tal manera que la angustia se me enredó en la garganta y me faltó poco para echarme a llorar. Fué una ventolera fiscal. Cuando regresamos al Oratorio, volvió a ser el niño de siempre: amontonó las guerreras, hizo girar los acicates, se metió las gorras hasta los ojos, se abrochó los correa-
jes y, por último, me preguntó con candor si, dueño ya de aquellas ropas y pertre-
chos, no le faltaba más que ser valiente para ser un héroe. Su pregunta, volvió a
sorprenderme, pero como creo en el destino de este niño con la misma fé que si me
lo hubiera anunciado un ángel, el mismo Dios debió inspirarme la respuesta: "Lo pri-
mero que se necesita para ser héroe -le dije- es una buena causa. Ya puedes realizar
las mayores proezas, sacrificar incluso la vida, que si no lo haces por una causa
noble será un sacrificio inútil". El niño me escuchaba con la cabeza un poco ladeada,
y asentía, y en la expresión perspicaz de sus ojos amarillos, adiviné que comprendía
mis palabras y que, en lo sucesivo, sabría diferenciar una buena causa de una causa
injusta con la misma nitidez con que hoy distingue el color de sus canicas".

Unos días más tarde, conforme avanzaban en el Buick verde de papá León por las
angostas rúas del barrio antiguo, camino del colegio, Gervasio, vestido de marinera
blanca, sentado en el transportín, entre sus dos hermanas, observaba el cogote de Be-
nigno, el chófer, su perfil recio, inexcrutable, su gorra nueva, su uniforme gris, nue-
vo también, con tres botones dorados en cada bocamanga. Por asociación de ideas pen-
só en sus propios uniformes y, al momento, desvió los ojos, cambió una sonrisa de en-
tendimiento con la señora Zoa, sentada junto a Benigno y, al sonreirla, sintió en
la cabeza una tirantez extraña. Mamá Zita, que compartía el asiento trasero con tía
Cruz y papá Telmo, había tenido, una hora antes, al atusarle, un presentimiento one-
roso: temió que el niño, excitado por la ceremonia, conmovido por las notas del órgano
y los motetes sentimentales de las monjitas, pudiese sufrir un nuevo repeluzno y pro-
mover un espectáculo. ^{Agobiada} ~~Acuciada~~ por este temor, se esforzó en plancharle el cabello,
después de adensárselo con agua azucarada y un frasco de fijador que mandó comprar a
la Amalia:

- Mamá, ¿por qué me peinas tan fuerte?

- Hoy es un día señalado, Gervasio. Aún eres muy niño para comprenderlo.

Mamá Zita nunca había conversado con su hijo sobre el ostento; en rigor, no había
comentado el hecho con nadie salvo con su hermana Cruz. De natural moldeable, aceptaba

formo", pero él continuaba escribiéndose con ese tipo de aprensión e inoportuna
 que en ocasiones brilla en sus ojos, de tal manera que la angustia se me enseñó en
 la garganta y me faltó poco para echarme a llorar. Fue una ventolera fiscal. Cuan-
 do regresamos al Graciano, volvió a ser el niño de siempre: amontonó las querritas,
 hizo girar los aceites, se metió las gomas hasta los ojos, se abrochó los correa-
 jes y, por último, me preguntó con candor si, dueño ya de aquellas ropas y pertre-
 chos, no le faltaba más que ser valiente para ser un héroe. Su pregunta, volvió a
 sorprenderme, pero como creo en el destino de este niño con la misma fe que si me
 hubiera anunciado un ángel, el mismo Dios debió inspirarme la respuesta: "Lo pri-
 mero que se necesita para ser héroe -le dije- es una buena causa. Ya puedes realizar
 las mayores proezas, sacrificar incluso la vida, que si no lo haces por una causa
 noble será un sacrificio inútil". El niño me escuchaba con la cabeza un poco labada,
 y asentía, y en la expresión perspicaz de sus ojos amarillos, adviné que comprendía
 mis palabras y que, en lo sucesivo, sabía diferenciar una buena causa de una causa
 injusta con la misma nitidez con que hoy distingue el color de sus cantos".

Unos días más tarde, conforme avanzaban en el Buick verde de papá León por las
 angostas rúas del barrio antiguo, camino del colegio, Gervasio, vestido de marino
 blanco, sentado en el transportín, entre sus dos hermanas, observaba el colegio de Be-
 nigno, el chéfer, su perfil recto, inextinguible, su gorra nueva, su uniforme gris, sus
 vo también, con tres botones dorados en cada botamanga. Por asociación de ideas pen-
 só en sus propios uniformes y, al momento, desvió los ojos, cambió una sonrisa de en-
 tendimiento con la señora Zoá, sentada junto a Benigno y, al sonreírle, sintió en
 la cabeza una tirantez extraña. Mamá Zita, que compartía el asiento trasero con la
 Cruz y papá Telmo, había tendido, una hora antes, al estudiarle, un presentimiento que
 rozó: temió que el niño, excitado por la ceremonia, conmovido por las notas del órgano
 y los motes sentimentales de las monjitas, pudiese sentir un nuevo repeluzo y pro-
 mover un espectáculo. Acusada por este temor, se esforzó en plancharle el cabello,
 después de adensárselo con agua azucarada y un frasco de fijador que mandó comprar a

la Amalia:

- Mamá, ¿por qué me peinas tan fuerte?

- Hoy es un día señalado, Gervasio. Aún eres muy niño para comprenderlo.

Mamá Zita nunca había conversado con su hijo sobre el ostentoso, en rigor, no había

lo el hecho con nadie salvo con su hermana Cruz. Se naturalizó molesto, aceptaba

todo menos la obstinación de papá León por imbuir en aquella cabecita tan tierna la obligación de ser héroe. Llegado el caso, ella no se opndería, pero tampoco ^{(deseaba que ~~inspira~~ le agrada-} ~~facilitarlo,~~ ^{ba.} Más que el futuro, más que lo que pudiera ocurrir, la atormentaba de momento la transformación física ^{que experimentaba el,} del pequeño, la palidez de su tez, su piel erizada, sus cabellos disparados, en punta. A solas, le confiaba a su hermana: "No me agradan esas experiencias, Cruz, no pueden ser saludables. En una de ellas mi hijo podría quedarse así para toda la vida. ¿Imaginas algo más horrible?". Por eso, nada había objetado al regalo de su cuñado: aquellos uniformes constituían un juguete, un elemento de distracción, pero la encorajinaba, en cambio, la terquedad de su padre, sometiendo al niño día y noche a experiencias psicológicas. A mamá Zita le había quedado grabada la imagen de aquella cabecita aleonada, desplegada y abierta como un puercoespín, y, muy vivo, un supersticioso temor a reproducirla: "Si es cosa de Dios -le decía ~~a solas~~ a su hermana Cruz-, Él ya ha desempeñado su papel, revelándonoslo. A nosotros no nos queda más que esperar". Para ella, lo pertinente ξ era rodear a Gervasio de una atmósfera neutra, acolchada y protectora, que le permitiese un desarrollo sin traumas hasta que, llegado el momento, el Señor o el tiempo, el tiempo o el Señor, desvelasen el misterio, aclararan si aquellos extraños fenómenos epidérmicos respondían a pura física recreativa, como Vidal sostenía, o se debían, por el contrario, a causas sobrenaturales.

Acodados en el banco ξ después de comulgar, mamá Zita, inclinada sobre la cabeza engominada de Gervasio, le sugería, entre sollozo y sollozo, las peticiones que debería formular ξ a lo Alto, "porque Dios no puede negarte hoy (le había dicho mientras le estiraba, con amor, el cuello de la marinera) nada de lo que ^{le,} pidas". Y Gervasio repetía, sumisamente, lo que mamá Zita le apuntaba, en tanto los motetes nasales, al baño María, de las monjitas, maceraban su espíritu, elevándole sobre la cotidiana vulgaridad. De ∇ pronto, mamá Zita recostó la frente sobre la planchada cabeza del niño y le susurró, como de pasada, que rogase también ξ con mucho fervor ξ por papá Telmo, ante lo cual Gervasio, ~~delido,~~ levantó despacio la cabeza, como rechazando la acusación que aquellas palabras envolvían:

- ¿Es que es malo papá Telmo?

- No se trata de eso, hijo. No se trata ahora de que papá sea bueno o malo. Hoy tienes que pedir a Dios por todos, para que los malos se hagan buenos y los buenos se hagan mejores. ¿Me has entendido?

todo menos la obstinación de papá León por inducir en aquella capicita tan tierna la
 obligación de ser héroe. Llegado el caso, ella no se opone, pero tampoco ~~se~~
~~deja~~ ~~que~~ ~~el~~ ~~hijo~~ ~~se~~ ~~haga~~ ~~de~~ ~~lo~~ ~~que~~ ~~le~~ ~~plazga~~.
 Mas que el futuro, mas que lo que pudiera ocurrir, la atormentada de momento la
 transformación física del pequeño, la palidez de su tez, su piel erizada, sus cabellos
 disparados, en punta. A solas, le confiesa a su hermana: "No me agrada este experien-
 cia, Cruz, no pueden ser saludables. En una de ellas mi hijo podría quedar así pa-
 ra toda la vida. Imaginas algo más horrible?". Por eso, nada habla objetado al regalo
 de su cuñado: aquellos uniformes constituyen un juguete, un elemento de distracción,
 pero la encorajina, en cambio, la ferpeidad de su padre, sometiendo al niño día y
 noche a experiencias psicológicas. A mamá Zita le habla quedado grabada la imagen de
 aquella capicita atonada, despijada y abierta como un puercoespín, y, muy vivo, un
 supersticioso temor a reproducturas: "Si es cosa de Dios -le decía- solas a su herma-
 na Cruz, Él ya ha despedido su papel, revelándonoslo. A nosotros no nos queda más
 que esperar". Para ella, lo pertinente, era volver a Gervasio de una manera neutra,
 acobrada y protectora, que le permitiese un desarrollo sin tramas hasta que, llegado
 el momento, el Señor, el tiempo o el Señor, desvelasen el misterio. Actua-
 rian si aquellos extraños fenómenos epidemiológicos respondían a pura física reactiva,
 como Vidal sostenía, o se debían, por el contrario, a causas sobrenaturales.
 Acabados en el banco, después de cenar, mamá Zita, inclinada sobre la cabeza en-
 ganada de Gervasio, le sugiere, entre sollozo y sollozo, las peticiones que debería
 formular a lo Alto, "porque Dios no puede negarte hoy (le habla dicho mientras le es-
 tiraba, con amor, el cuello de la marinera) nada de lo que ^{le} pidas". Y Gervasio repete,
 ruidosamente, lo que mamá Zita le apuntaba, en tanto los motecoceros, al daban María,
 de las montañas, sacaban su espíritu, elevándolo sobre la cotidiana vulgaridad de la
 granja, mamá Zita recostó la frente sobre la planchada cabeza del niño y le susurró, co-
 mo de pasada, que rogase también, con mucho fervor, por papá León, ante lo cual Gerva-
 sio ~~se~~ ~~levantó~~ ~~desacostó~~ ~~la~~ ~~cabeza~~, como rechazando la acusación que aquellas pa-
 labras envolvían:
 - ¿Es que es malo papá León?
 - No se trata de eso, hijo. No se trata ahora de que papá sea bueno o malo. Hoy
 tienen que pedir a Dios por todos, para que los malos se hagan buenos y los buenos se
 hagan mejores. ¿Me has entendido?

Pese a la aclaración, el niño continuaba devanándose los sesos: tal vez papá Telmo no fuera malo, pero algo debía de haber en él que no marchaba, que era conveniente enderezar, desde el momento en que mamá Zita lo incitaba a rogar con mucho fervor por él. ¿Sería, quizá, porque no había comulgado? Pero tampoco tío Vidal, ni otros hombres de los congregados en la capilla, lo habían hecho, luego no era aquella una razón suficiente. Reclinado sobre el escañil, sobrecogido, miró a hurtadillas la corpulenta figura de su padre, de pie, junto a él, erguido en su rayado terno marrón, la oscura mirada perdida en la arcada del ábside, esperando que él, su hijo, terminase de dar gracias. Le asaltó una idea peregrina: luchar contra papá Telmo, ¿sería una buena causa? Sacudió la repeinada cabecita, pero la idea le perseguía insidiosa: la lucha entre un padre y un hijo ¿podría ser, en algún caso, una buena causa? Apretó los ojos contra el antebrazo y musitó con la mayor unción: "Dios, Dios, que mi papá sea bueno", pero ya los comulgantes se habían incorporado al oír la seca palmada de la Hermana Luciana desde el banco lateral y, arriba, en el coro, dos docenas de vocecitas atipladas, conjuntadas por el órgano, entonaban:

Veánte mis ojos

dulce Jesús bueno,

veánte mis ojos

muérame yo luego

Ante el pocillo de chocolate humeante, presidiendo la gran mesa ovalada del Círculo, con un centro de flores blancas, Gervasio preguntó ingenuamente por sus tíos Norberto y Adrián, pero papá Telmo volvió la cabeza para el otro lado, como si no le hubiera oído, en tanto mamá Zita le anudaba al cuello la immaculada servilleta y le decía a media voz:

- Tú come y calla; tus tíos no pueden venir porque tienen que trabajar.

Mas, como el niño porfiase, su hermana Crucita estiró su largo cuello desde el otro lado de la mesa y aclaró:

- Los tíos tienen que despachar, ya lo sabes -y pronunciaba la palabra despachar con reticencia, como ^{aludiendo} ~~refiriéndose~~ a una actividad subalterna.

Los tíos Norberto y Adrián, hermanos de papá Telmo, eran gemelos, chatos, dentones, cuellierguidos y apenas se diferenciaban entre sí salvo ^{en} ~~por~~ la estatura. El

Pese a la aceptación, el niño continuaba devanándose los sesos: tal vez papá
 Teimo no fuera más, pero algo debía de haber en él que no marchaba, que era con-
 veniente enderezar, desde el momento en que mamá Lita lo incluía a jugar con
 mucho fervor por él. ¿Sería, quizá, porque no había comulgado? Pero tampoco lo
 Vidal, ni otros hombres de los congregados en la capilla, lo habían hecho, luego
 no era aquella una razón suficiente. Reclinado sobre el escritorio, sobrecojido, miró
 a hurtadillas la corpulenta figura de su padre, de pie, junto a él, erguido en su
 rayado terno marrón, la oscura mirada perdida en la arcada del ático, esperando
 que él, su hijo, terminase de dar gracias. Le salió una idea perseguida: luchar
 contra papá Teimo, ¿sería una buena causa? Sacudió la repentina cabeceja, pero la
 idea le perseguía insistente: la lucha entre un padre y un hijo podría ser, en al-
 gún caso, una buena causa. Apartó los ojos contra el antebrazo y musitó con la ma-
 yor unción: "Dios, Dios, que mi papá sea bueno", pero ya los comulgantes se habían
 incorporado al fin la seca palmas de la Hermandad Luctiva desde el banco lateral y,
 arriba, en el coro, dos docenas de voces se alzaban, conjuntadas por el órgano,
 enconadas:

Venite mis ojos
duce Jesús bueno
venite mis ojos
nuestro yo luego

Ante el pocillo de chocolate humeante, presidiendo la gran mesa ovalada del
 círculo, con un centro de flores blancas, gervasio preguntó ingenuamente por sus
 tíos Norberto y Adrián, pero papá Teimo volvió la cabeza para el otro lado, como si
 no le hubiera oído, en tanto mamá Lita le andaba al cuello la farrucada serville-
 ta y le decía a media voz:

- Tú come y calla; tus tíos no pueden venir porque tienen que trabajar.
 Mas, como el niño portase, su hermana Cruceña estiró su larga cuello desde el
 otro lado de la mesa y aclaró:

- Los tíos tienen que despachar, ya lo sabes - y pronunciaba la palabra despa-
 char con reticencia, como refiriéndose a una actividad subterránea.

Los tíos Norberto y Adrián, hermanos de papá Teimo, eran gemelos, cascos, den-
 tonas, cuellierpudos y apenas se diferenciaban entre sí salvo por la estatura. El

tío Norberto, que nació primero, era treinta centímetros más alto que su hermano Adrián, le sacaba una cabeza. Inseparables, (en la tienda y en la calle), solitarios, (sin amigos, ni mujeres), silenciosos, las pocas palabras que pronunciaban, (monosílabos de ordinario), eran opacas, gangosas, como amasadas previamente en la nariz. Ninguno de los dos había influido en la boda de su hermano y, sin embargo, la familia De la Lastra guardaba hacia ellos un cordial resentimiento, como contra todo aquello que, de alguna manera, pudiera recordar aquel ^{episodio.} lamentable ~~efemérides~~. El juicio mezquino de mamá Obdulia al enterarse de las pretensiones matrimoniales de papá Telmo ("Esos García son tenderos, ¿no?; no parecen gente de fuste") se transmitió a la generación siguiente y tanto tía Cruz como tío Vidal, pusieron, a su vez, especial esmero en insuflarlo (dejando a un lado a papá Telmo) ^{en la otra, en)} (Crucita, la más juiciosa de los sobrinos, una vez que alcanzó la edad del discernimiento. En puridad, la falta de fuste de los García, radicaba en la pequeña mercería que regentaban en la calle de la Palma ("el barrio más hortera de la ciudad"), detrás de la Plaza Mayor. Los desplantes vejatorios de mamá Obdulia, ~~robustecieron,~~ ^{robustecieron,} ~~reverdecieron,~~ sin embargo, el incipiente amor romántico de mamá Zita, apenas alimentado de miradas, apariciones furtivas en el mirador, e inacabables plantones a papá Telmo que pasaba las horas muertas rondándole la calle. El acoso materno, sus estudiados desdenes con el pretendiente, no consiguieron menoscabar la moral de mamá Zita; ni tampoco las mordacidades de tía Cruz ("tu suegra estaba esta mañana regando los tiestos en el balcón con una bata de satén azul"), ni las ordinarias apostillas del tío Vidal ("he visto a tu suegra con una sandía al brazo más gorda que su trasero"). Los inmensos ojos varados, de mansa mirada, de mamá Zita, no se alteraban y ^o bien, callaba o respondía, serenamente, sin irritarse, a las torpes alusiones de su hermano que, entre otras cosas, acusaba al pretendiente de "oler a vino de obrero": "Mas vale un obrero oliendo a vino que un holgazán oliendo a agua de colonia". De modo inesperado, la ~~obediencia~~ ^{testaruda} oposición de mamá Obdulia se derrumbó el día que papá Telmo se doctoró en Medicina con premio extraordinario. El profundo respeto de mamá Obdulia hacia la letra impresa y los títulos académicos, pudo más que su sentimiento de clase. Mamá Zita y papá Telmo se casaron en Santa Brígida con todos los pronunciamientos favorables. Fué aquel el único acontecimiento familiar al que asistieron los tíos Norberto y Adrián, que prestaron escasa atención al succulento almuerzo (a pesar de sus largos dientes famélicos) y, al iniciarse el baile, se despidieron, ceremoniosos, al decir de la tía Cruz "porque tenían que abrir la tienda".

Muertos sus padres, los dos hermanos continuaron su vida rutinaria de siempre: de la

Muchos sus padres, los dos hermanos continuaron su vida rutinaria de siempre de la
 románticos, al decir de la Cruz "porque tenían que abrir la tienda".
 to (a pesar de sus largos dientes amarillos) y, al intentar el baile, se despidieron,
 satisfaceron los tíos Roberto y Adán, que prestaron escasa atención al suceso almen-
 dos los pronunciamientos favorables. Fue aquí el único momento familiar al que
 que su sentimiento de clase. Mamá Zita y papá Telmo se casaron en Santa Brígida con to-
 tundo respeto de mamá Odulía hacia la letra impresa y los títulos académicos, pero más
 derribó el día que papá Telmo se doctoró en Medicina con grado extraordinario. El pro-
 fiendo a agua de colón". De modo inesperado, la esposa, oposición de mamá Odulía se
 ra con una sandía al braxo más gorda que su tintero". Las famosas ojos varados, se man-
 una bata de satén azul" y ni las ordinarias apostillas del tío Vidal ("he visto a tu sue-
 bridades de la Cruz ("tu suegra estaba esta mañana regando los tomates en el patón con
 con el pretendiente, no consiguieron manosear la moral de mamá Zita; ni tampoco las mor-
 pasaba las horas muertas rondándole la calle. El acoso materno, sus estudios desdenes
 de miradas, apariciones furtivas en el mirador, e inesperadas plantones a papá Telmo que
 "overdeteron, sin embargo, el incipiente amor romántico de mamá Zita, apenas estrenada
 rera de la ciudad", detrás de la Plaza Mayor. Los despididos vejatorios de mamá Odulía,
 caba en la pequeña mercería que regentaban en la calle de la Palma ("el barrio más hor-
 alcanzó la edad del discernimiento. En puridad, la falta de fuste de los García radi-
 jando a un lado a papá Telmo) y (crucita, la más juicios de los sobrinos, una vez que
 tanto tío Cruz como tío Vidal) gustaron, a su vez, especial esmero en insultarlo (de-
 anderos, ¿no? no parecen gente de fuste") se transmitió a la generación siguiente y
 Odulía al enterarse de las pretensiones matrimoniales de papá Telmo ("Esos García son
 to manera, pudiera recordar aquella lamentable estrofa. El juicio mezquino de mamá
 guardaba hacia ellos un cordial resentimiento, como contra todo aquello que, de algu-
 los había influido en la boda de su hermano y, sin embargo, la familia De la Lanza
 (Adán) eran opacas, gangosas, como amasadas previamente en la nariz. Ninguno de los
 gos, ni mujeres) silenciosos, las pocas palabras que pronunciaban (monosílabos de or-
 le sacaba una cabeza. Inesperables (en la tienda y en la calle), solitarios (sin am-
 tío Roberto, que nació primero, era treinta centímetros más alto que su hermano Adán,

mercería a casa y de casa a la mercería, con un alto ritual en el bar Correos, en la Plaza Mayor, para ingerir unos vasos de vino blanco y una aceituna. Por la tarde, después de cerrar la tienda, repetían la visita aunque solían cambiar de dieta: una patata frita en lugar de la aceituna. Según el señor Josué, el droguero de la esquina, los tíos se mantenían tiesos con tal frugal colación, "no comen otra cosa", juicio admisible porque ambos estaban descarnados como esqueletos, aunque, a decir verdad, nadie los vió nunca embriagados, como nunca se les vió separados o con mujeres. Mas, aunque apenas hablaban entre sí, se daba en ellos como una sincronía de movimientos, una coincidencia de gestos y ademanes, que el señor Josué denominaba pedantemente "la analogía dinámica de los gemelos". A ninguno le daba por sonreír, pese a que sus largos dientes al aire invitaban a ello, pero tampoco parecían aburrirse: se aburrían (sus ojillos redondos, de ave nocturna, observaban con atención la vida en torno, curiosidad que se trocaba en avidez ^{corr ante} ante los automóviles y motocicletas que poco a poco iban proliferando en la ciudad. Ante un motor, por simple que fuese, los tíos Norberto y Adrián eran capaces de pasarse horas enteras, sin hablar ni cambiar de postura, simplemente observando, lo que inducía al señor Josué, el droguero, a comentar:

- Los Mutis miran a los autos como ^{los demás hombres} ~~nosotros~~ (miramos a las mujeres.

Florita y Gervasio visitaban a sus tíos Norberto y Adrián a hurtadillas, en la mercería, los jueves de primavera, al iniciar los paseos largos. Los tíos les recibían imperturbables, sin mostrar molestia ni regocijo, sin el menor desgaste verbal, salvo el exceso de llamarles barbianes, como hacía papá Telmo en las ocasiones solemnes, pero les dejaban jugar con la vara del metro, las cajas de erretes, ~~y botones~~, las grandes tijeras y los ganchillos de coger puntos, en tanto la señora Zoa, contagiada por la frialdad familiar, les aguardaba fuera, de cháchara con el señor Josué o con la portera vecina. Al regresar los niños, siempre decía lo mismo, cualquiera que fuese su interlocutor:

- Madre, no me pondría yo delante de tus tíos así me pagasen mi peso en oro.

- ¿Por qué, Zoa? Son buenos.

- No hablan, hijo; sólo miran. Y el hombre que no hace mas que mirar no puede albergar buenas intenciones.

A pesar de la opinión negativa de la señora Zoa, los tíos Norberto y Adrián

mercadería a casa y de casa a la mercadería, con un alto ritual en el bar. En la Plaza Mayor, para ingerir unos vasos de vino blanco y una aceituna. Por la tarde, después de cerrar la tienda, repetían la visita aunque solían cambiar de dietas una patata frita en lugar de la aceituna. Según el señor Josué, el droguero de la esquina, los tíos se mantenían fieles con tal frugal coacción, "no comen otra cosa", "tanto admisión porque ambos estaban desahogados como espuerados, aunque, a decir verdad, nadie los vio nunca embriagados, como nunca se les vio separados o con mujeres. Mas, aunque apenas hablaban entre sí, se daba en ellos como una sincronía de movimientos, una coincidencia de gestos y ademanes, que el señor Josué denominaba pedantemente "la analogía dinámica de los gemelos". A ninguno le daba por sonreír, pese a que sus largos dientes al aire invitaban a ello, pero tampoco se apartaban (sus ojos redondos, de ave nocturna, observaban con atención la vida en torno, curiosidad que se trocaba en avidez ante los automóviles y motocicletas que poco a poco iban proliferando en la ciudad. Ante un motor, por simple que fuese, los tíos Norberto y Adrián eran capaces de pasarse horas enteras, sin hablar ni cambiar de postura, simplemente observando, lo que inducía al señor Josué, el droguero, a comentar:

Los hijos miran a los autos como nosotros (miramos a las mujeres).
Florita y Gerardo visitaban a sus tíos Norberto y Adrián a hurtadillas, en la mercadería, los jueves de primavera, al iniciar los pasos largos. Los tíos los recibían imperturbables, sin mostrar molestia ni repulsa, sin el menor desgaste verbal, salvo el exceso de llamadas parlantes, como hasta papá telmo en las ocasiones solemnes, pero les dejaban jugar con la vara del metro, las cajas de erres, y botones, las grandes tijeras y los ganchillos de coger puntas, en tanto la señora Zoá, contagiada por la frialdad familiar, las agachaba fuera, de chachara con el señor Josué o con la portera vecina. Al regresar los niños, siempre dactiló al mismo, cualquiera que fuese su interlocutor:

- Madre, no me pondría yo delante de tus tíos así me pagan mi peso en oro.
- Por qué, Zoá? Son buenos.
- No hablan, hijo; sólo miran. Y el hombre que no hace más que mirar no puede albergar buenas intenciones.
A pesar de la opinión negativa de la señora Zoá, los tíos Norberto y Adrián

se mostraban liberales con ellos, de forma que cada tarde, concluida la visita, ambos se desabotonaban simultáneamente las chaquetas, (como en un juego de espejos), introducían los dedos índice y pulgar en los bolsillitos bajos de sus chalecos y les entregaban una peseta de plata a cada uno, el tío Adrián, el bajo, a Florita y el tío Norberto, el alto, a Gervasio; luego les propinaban unas palmaditas en el pestorejo, realizando un visible esfuerzo, los despedían con sus voces sincronizadas:

- Hasta la vista, barbienes.

Conociendo la aversión que sus tíos despertaban en casa, Florita y Gervasio ~~siempre ocultaban~~ ^{ocultaban} nunca mencionaban (sus visitas; desde muy temprana edad aquel rito formó parte de su vida secreta, lo que no era obstáculo para que ante cualquier acontecimiento familiar les echaran en falta y Crucita ^{justificase} ~~justificase~~ su ausencia con crueles razones, insuficientes para sus caletres primarios:

- Con los tíos Norberto y Adrián nunca podremos entendernos, pequeñajos, ~~nunca~~ ^{ea}. Hablamos dos idiomas diferentes.

Gervasio aceptaba aquella explicación imaginando que Crucita se refería a su mutismo, pero, a la menor oportunidad, volvía a requerirlos, buscando, en el fondo, una razón convincente, una respuesta que nunca ^{llegó} ~~llegaba~~ a formularse. De ahí que ahora, en el Círculo, simulara concentrarse en su pocillo de chocolate pero, ^{en realidad,} ~~mirara de reojo al ancho~~ ^{el plano} (rostro de papá Telmo, esforzándose en averiguar qué se ocultaba tras aquellas cejas albazanas, bajo aquella piel coriácea, que ^{impulsaba} ~~movía~~ a su madre a pedir con mucho fervor por él. A veces, después de insistir en su mirada indagadora, creía entrever como una nube melancólica en sus ojos, como un asomo de impaciencia, o un entramado de pesadumbre, vislumbres que se desvanecían como el humo en el viento, tan pronto papá Telmo rompía a hablar o reír. Mas era más frecuente que escuchara, ladeando la cabeza, ^{sin mirar los ojos bajos,} en particular cuando se trataba de los ladridos (así calificó una noche ante mamá Zita la técnica de argumentación de su hermano) de tío Vidal, que era su antítesis. Incluso en el aspecto físico eran dos seres opuestos, ya que la tez morena, el cabello fuerte, las cejas espesas y oscuras, salpicadas por alguna hebra blanca, de papá Telmo, contrastaban con la sonrosada epidermis diabética de tío Vidal, su lúbrica calva lustro-

sa, sus cejas y pestañas albinas, prácticamente invisibles. Y ^{así que} cuando tío Vidal martilleó, por segunda vez, aquella mañana, que la manifestación de la Unión Patriótica en Madrid había sido un verdadero plebiscito, aunque ^{fiugiera} fingía dirigirse a la mesa en general, ^{tenía un específico} ~~su verdadero~~ (destinatario, ~~era~~ papá Telmo, pero éste sonrió, con una sonrisa colgada que, tuvo la virtud de desanudar la voz de tío Felipe Neri, quien acababa de disolver en el agua unos polvos blancos y, con la copa en alto, (como si fuese a brindar por alguien), terció con ánimo apaciguador, que tal vez lo ~~de~~ plebiscito fuese un poco exagerado, pero sí revelaba un clamoroso estado de opinión. Gervasio miraba a los lados, estudiando las reacciones de unos y otros, preguntándose que sería la Unión Patriótica, si se relacionaría o no con las plegarias de mamá Zita por papá Telmo, pero, inopinadamente, tía Macrina, que, por ser la más joven de los adultos de la familia, gustaba de pulsar siempre la ^{negra,} nota ~~lúgubre~~, hizo un quite, y desvió la conversación hacia la catástrofe del teatro Novedades, subrayando el escalofriante detalle de que varias de las víctimas apuñaban navajas ensangrentadas mediante las cuales habían tratado de abrirse paso entre la multitud enloquecida, ilustración a la que tío Vidal, ávido de controversia, replicó que se trataba de un hecho coherente, ~~y simbólico~~, puesto que el español era un pueblo de histéricos y de cafres, y, ante el amago de discrepancia de tía Cruz y mamá Zita, repitió, ~~repetidamente~~, "de histéricos y de cafres", circunstancia que aprovechó papá Telmo para preguntarle con sorna que a quienes consideraba mas representativos del temperamento nacional, si a los manifestantes de la Unión Patriótica o a los navajeros del teatro Novedades, objeción que soliviantó al tío Vidal, quien gritó hasta enronquecer que "al hablar de plebiscito no se refería a la chusma sino al sector sano de nuestra sociedad". En este punto intervino mamá Zita para mostrar su desacuerdo y aducir que el español era un pueblo valeroso y que para demostrarlo bien ^{cerca} ~~próxima~~ tenían la gesta del Plus Ultra, pero tío Vidal, incorregible discrepante, sonrió sarcásticamente y tronó que su hermana acababa de poner el dedo en la llaga, ya que, en efecto, el español, con tal de no trabajar, era capaz de descubrir América o atravesar el Atlántico en una lata de sardinas, "la cuestión era no dar golpe", desfachatez a la que tío Felipe Neri (que todavía arrugaba la cara después de ingerir los polvos blancos

- Bueno, empieza yo

- Este no vale

sa, sus cejas y pestañas alinas, prácticamente invisibles. Y cuando tío Vidal
martirio, por segunda vez, aquella mañana, que la manifestación de la Unión Pa-
trótica en Madrid había sido un verdadero éxito, cuando ^{lingüista} ~~lingüista~~ dirigiese
a la mesa en general, ^{para ver (estados)} ~~para ver (estados)~~ se veía destintado, una parte del
con una sonrisa colgada que tuvo la virtud de desandar la voz de tío Felipe Me-
ri, quien acababa de disolver en el agua una cucharada de azúcar y, con la copa en
alto, (como si fuese a brindar por alguien), leció con ánimo sosegado, que tal
vez lo del éxito fuese un poco exagerado, pero si revelaba un clamoroso esta-
do de opinión, servía para a los lados, estudiando las reacciones de unos y
otros, preguntándose que sería la Unión Patótica, si se relacionaría o no con
las plegarias de mamá Lita por tío Vidal, pero, inopinadamente, tío Vidal, que
por ser la más joven de los adultos de la familia, gustaba de guisar siempre la
nota ^{negra} ~~negra~~, hizo un oute, y desvió la conversación hacia la catástrofe del tea-
tro Novedades, subrayando el escafozante detalle de que varias de las víctimas
apañaban navajas ensangrentadas mediante las cuales habían tratado de abrirse so-
so entre la multitud entococida, ilustración a la que tío Vidal, ávido de con-
troveria, replicó que se trataba de un hecho coherente y ~~estático~~, puesto que
el español era un pueblo de misterios y de catres, y, ante el asno de discre-
pancia de tío Cruz y mamá Lita, replicó "de misterios y de catres", circunstan-
cia que aprovechó tío Vidal para preguntarle con sorna que a quienes considera-
ba mas representativos del pensamiento nacional, si a los manifestantes de la
Unión Patótica o a los navajeros del teatro Novedades, objeción que salvando
al tío Vidal, quien giró hasta enronquecer que "al hablar de ploducto no se
refería a la chusma sino al sector sano de nuestra sociedad". En este punto in-
tervino mamá Lita para mostrar su desacuerdo y aducir que el español era un pue-
blo valeroso y que para demostrarlo bien bastaba con la gesta del Pío Vidal,
pero tío Vidal, tan respetable discrepante, sonrió sarcásticamente y tronó que su
hermana acababa de poner el dedo en la lipa, ya que, en efecto, el español, con
tal de no traspasar, era capaz de descubrir América o alcanzar el Atlántico en
una jaca de sardinas. La cuestión era no dar golpe, destenar a la que tío
Felipe Meri (que todavía arrugaba la cara después de ingerir los polvos blancos

de la copa) replicó escandalizado que eso no, que España no fabricaría aeroplanos pero sí valientes para tripularlos y que Franco, Rada, Durán y Ruiz de Alda eran unos héroes inmarcesibles y, ^{conforme} ~~a medida que~~ tío Vidal sonreía, denegando con la calva, voceaba más y más, hasta que tía Cruz, velando por la úlcera de su marido, interpuso su carita empolvada y ^{reconcilió} ~~apaciguó~~ los ánimos, sugiriendo que en lugar de discutir como energúmenos en un acto tan familiar y hermoso como la Comunión de Gervasio, bien podían organizar, aprovechando el buen tiempo, una excursión a la Granja de San Ildefonso, para ver correr las fuentes. La propuesta de tía Cruz fue tan oportuna que tuvo la propiedad de aunar pareceres y aventar los últimos nubarrones de ^{desacuerdo:} ~~controversia~~ irían a la Granja en familia, en los dos coches, todos excepto los dos pequeños y papá León, madrugando puesto que las fuentes ^{mediodía} ~~únicamente~~ corrían hasta ~~las doce~~ y, en opinión de los Bustillo, el espectáculo era un derroche de agua, luz y color. Gervasio no escuchaba ya la conversación de los adultos. Con la copa del azucarillo en la mano, meditaba en los misterios del heroísmo, en cómo una aventura tan atractiva como la del Plus Ultra podía considerarse heroica y, lo que aún se le antojaba más incomprensible, dónde radicaba la buena causa en una acción tan deportiva y banal.

De nuevo en casa, ^{en el,} ~~en su terreno,~~ cansado de guardar las formas, vió a Florita apartar los visillos del ^{del cuarto de jugar} ~~balcón~~ (y mirar con atención a la calle:

- Mira, un entierro -dijo la niña

- ¿Blanco o negro?

- Negro

Se reunió con ella. Cuatro jóvenes enlutados, los párpados enrojecidos, los sombreros en la mano, se recostaban en los fríos muros de Santa Brígida, mientras una larga hilera de hombres, más relajados, los rostros circunstancialmente graves, iban desfilando por delante de ellos, haciendo corteses reverencias:

- Debe ser una mujer

- ¿Quién?

- La muerta. ¿No ves qué caja tan pequeña?

Gervasio volvió la cabeza ilusionado:

- ¿Quiéres que juguemos?

- Bueno, empiezo yo

~~—Este no vale~~

de la copa) repitió escandalizado que esto no, que España no fabricaría aeroplano pero sí valientes para tripularlos y que Franco, Rada, Durán y Ruiz de Aldeanueva eran unos héroes inmarcescibles y a medida que iba Vidal sonreía, denegando con la cabeza, vociferando más y más, hasta que la Cruz, veíanlo por la boca de su marido; interrumpió su carta empolvada y apesadumbrado los entos, sugiriendo que en lugar de discutir como argumentos en un acto tan familiar y heroico como la Compañía de Gervasio, bien podían organizar, aprovechando el buen tiempo, una excursión a la Granja de San Ildefonso, para ver correr las fuentes. La propuesta de la Cruz fue tan oportuna que tuvo la propiedad de hacer pareceres y aventar los últimos nubarrones de escépticos. Iban a la Granja en familia, en los coches, todos, excepto los dos pedaños y papá León, madrugando puesto que las fuentes precisamente corrían hasta las diez y, en opinión de los bustillos, el espectáculo era un derroche de agua, luz y color. Gervasio no escuchaba ya la conversación de los adultos. Con la copa del azúcarillo en la mano, meditando en los misterios del heroísmo, en cómo una aventura tan atractiva como la del Plus Ultra podía considerarse heroica y, lo que aún se le antojaba más incomprensible, cómo de radiaba "la buena causa" en una acción tan deportiva y banal.

De nuevo en casa, en su habitación, cuando de guardar las formas, vio a figura apartar los vitales del balón y mirar con atención a la calle:

- Mira, un entuerto - dijo la niña
 - ¿Blanco o negro?
 - Negro
 Se reñó con ella. Cuatro jóvenes enlutados, los párpados entrecerrados, los sombreros en la mano, se recostaban en los fríos muros de Santa Brígida, mientras una larga hilera de nombres, más resajados, los rostros circunstancialmente graves, iban destilando por delante de ellos, haciendo corteses reverencias:

- Debe ser una mujer
 - ¿Quién?
 - La muerte. ¿No ves que está tan repugnante?
 Gervasio volvió la cabeza frías.
 - ¿Dónde que juzgamos?
 - Bueno, empieza ya

La niña abrió el balcón y, por el hueco, penetró el requiem de don Urbano, el párroco, apenas tarareado, sin pronunciar. Al concluir, el acompañamiento empezó a dispersarse, mientras los allegados seguían a duras penas el cansino trotecillo de los caballos, los cascos resonando en los adoquines del pavimento, y en los balcones altos del Friné, una mano invisible recogía los visillos y asomaban los curiosos rostros rubios de ~~las~~^{dos} internas.

El juego de los entierros era uno de los preferidos de los niños, en el que apostaban la tableta de chocolate de la merienda o una golosina del kiosco, acerca del número y color de las carrozas que harían alto esa tarde en Santa Brígida:

- Cinco negras

- Tres negras y una blanca

Y si acaso, habían desfilado cuatro carrozas negras y en el recodo de la calle empedrada, asomaba la quinta, empinada y traqueteante, Florita o Gervasio, el niño afortunado, no acertaba a reportarse, palmoteaba con júbilo y lanzaba vítores, ante las miradas escandalizadas de la comitiva. En ocasiones, la señora Zoa, que repasaba la ropa interior en el cuarto de jugar, se sumaba a la pugna infantil, puesto que, como a todos los viejos, le placía ver desfilar a los muertos (probablemente más jóvenes que ella; sin duda, con más recursos) entre los barrotes del balcón y sentirse superviviente. A veces, con motivo del fallecimiento de algún personaje eminente de la ciudad, también Crucita se incorporaba al grupo, no para competir, sino para comprobar, a través de los finos visillos, si el coche, el acompañamiento, el atuendo del auriga y el número de caballos, correspondían a las pretensiones del finado. En esos casos, Flora y Gervasio, anotaban las carrozas con los dedos, sin hablar, ya que Crucita consideraba el gusto por los entierros una manifestación macabra, zafia y vulgar, "propia de gente baja", y se lo tenía prohibido.

Al anochecer de ese mismo día, papá León, con aires de misterio, se encerró

La niña abrió el balcón y, por el hueco, penetró el resaca de don Urbano, el párroco, apenas tarareado, sin pronunciar. Al concluir, el acompañante empezó a dispersarse, mientras los aljagados seguían a duras penas el cansino trotarillo de los caballos, los cascos resonando en los adoquines del pavimento, y en los balcones altos del frente, una mano invisible recogía los vitillos y acomodaba los curiosos rostros rubios de las internas.

El juego de los entretos era uno de los preferidos de los niños, en el que apostaban la tabeta de chocolate de la merienda o una golosina del kiosco, acerca del número y color de las carrozas que harían alto esa tarde en Santa Brígida:

- Cinco negras

- Tres negras y una blanca

Y si acaso, habían desfilado cuatro carrozas negras y en el recodo de la calle empujadas, asomada la punta, empinada y presuntuosa, Florita o Gervasio, el niño afortunado, no se atrevía a recordarse, palmoteada con júbilo y lanzada victoriosa, ante las miradas escandalizadas de la comitiva. En ocasiones, la señora con, que repassaba la ropa interior en el cuarto de jugar, se sumaba a la pugna infantil, puesto que, como a todas las viejas, le placía ver desfilan a los muertos (probablemente más jóvenes que ellas sin duda, con más recursos) entre los barros del balcón y sentirse superviviente. A veces, con motivo del fallecimiento de algún personaje eminente de la ciudad, también Cruzita se incorporaba al grupo, no para competir, sino para componer, a través de los vitillos, al coche, el acompañante, el atuendo del auriga y el número de caballos, correspondían a las pretensiones del finado. En esas cenas, Florita y Gervasio, anotaban las carrozas con los dedos, sin hablar, ya que Cruzita consideraba el juego por los entretos una manifestación macabra, zafia y vulgar, "propia de gente baja", y se lo tenía prohibido.

Al anochecer de ese mismo día, pasó León, con aire de misterio, se encerró

Gervasio

con el niño en su gabinete y, como de costumbre en las últimas semanas, antes de cerrar la puerta, miró a un lado y otro del pasillo para cerciorarse de que nadie le espiaba:

- ¿Recuerdas lo que te prometí para el día que hicieras la ~~Primera~~ Comunión?

El niño

Gervasio titubeaba:

- No me acuerdo -respondió al fin

- ¿En tan poca estima tienes la memoria del General? -enarcaba la ceja derecha y tres profundas arrugas ~~remedaban~~ la ceja en el mismo lado de la frente:

- ¿Don Cástor?

- Don Cástor naturalmente, ^{¿que otro general?} ~~quien otro~~ (podía ser?)

- Ya me acuerdo -dijo el niño de pronto- Me prometiste enseñarme la bala que ~~mató~~ ^{hirió} al General y la boina que llevaba puesta, ~~cuando le mataron.~~

Papá León se agachó y abrió el último cajón de la cómoda:

- Aún te dije más -añadió con la mayor solemnidad- Te dije que esa boina y esa bala serán para tí el día que yo muera. ^{Es mi voluntad y así,} ~~Mi deseo~~ (constará en el testamento pero, por si acaso, ya estás advertido.

Sacó una cajita azul purísima, como de joyería y la destapó con fruitiva reverencia. Un pedazo de plomo informe, chafado, grisáceo, como una corpa mate, reposaba dentro, entre algodones:

- ¿Son así las balas, papá León?

- Escúchame, después de matar así son; antes son más esbeltas y afiladas

- Pero no tiene sangre

Papá León cabeceó contrariado:

- Arresti, el cirujano de campo, tuvo la mala ocurrencia de lavarla antes de entregármela como recuerdo.

^{Deposito del estuche)}

~~Dejó~~ ^{Dejó} ~~(la cajita)~~ (azul sobre la cómoda, se agachó de nuevo y extrajo una gran caja redonda, achatada, con una anguila de mazapán grabada en la cubierta. La descubrió y, dentro, entre media docena de bolas de naftalina, apareció una boina ~~grande,~~ despeluzada, de un rojo envejecido, con una placa dorada en el centro, cubriendo el rabillo, donde decía: "Dios, Patria, Rey":

- Esta es la boina del General, hijo. Ya sabes donde está

- ¿La llevaba puesta don Cástor cuando le mataron?

con el niño en su gabinete y como de costumbre en las últimas semanas, antes de cerrar la puerta, miró a un lado y otro del pasillo para cerciorarse de que nadie le espía;

- Recuerdas lo que te prometí para el día que hicieras la Princesa Compañón?
El día
Ese día te liberas;

- No me acuerdo - respondió al fin
- ¿La tan poca estima tienes la memoria del general? - marcaba la ceja derecha y tres profundas arrugas rodeaban la ceja en el mismo lado de la frente;

- ¿Don César?
- Don César naturalmente, ¿quién más sería?

- Ya me acuerdo - dijo el niño de pronto - Me prometiste enseñarme la caja que mató al general y la botina que llevabas puesta cuando le mataron.
Papá León se agachó y abrió el último cajón de la cómoda;

- Aún te dije más - añadió con la mayor solemnidad - Te dije que esa botina y esa caja serán para ti el día que yo muera. Es mi voluntad y así - esas cosas constarán en el testamento por lo, por si acaso, ya estás advertido.

Sacó una cajita azul purísima, como de joyería y la destapó con frutiva reverencia. Un pedazo de pluma informe, chafado, grisáceo, como una corpa mate, reposaba dentro, entre algodones;

- ¿Son así las botas, papá León?
- Escuchame, después de matar así son; antes son más sabidas y afiladas

- Pero no tiene sangre
Papá León cabeceó contrariado;

- Arrest, el crijano de campo, tuvo la mala conciencia de faltarle antes de entregármela como recuerdo.
Papá León se agachó y abrió el cajón, se agachó de nuevo y extrajo una gran

caja redonda, achatada, con una anguila de mariposa grabada en la cubierta. La descubrió y dentro, entre media docena de bolas de ratón, apareció una botina grande, despolvada, de un rojo anegrido, con una placa dorada en el centro, cubriendo el talón, donde decía: "Dios, Patria, Rey";

- Esta es la botina del general, hijo. Ya sabes donde está

- ¿La llevabas puesta don César cuando le mataron?

- Así es, El General no se la quitaba ni para dormir.

Las mejillas del viejo estaban inyectadas y, como cada vez que analizaba algo de cerca, los lentes se habían deslizado hasta la punta de la nariz y miraba por encima de los cristales. Con sus pequeñas manos rugosas dobló el vuelo de la boina y mostró un agujero, como de polilla:

- Obséva, la bala entró por aquí

Gervasio volvió lentamente la cabeza:

- ¿Fué un héroe don Cástor, entonces?

- Pues naturalmente que fué un héroe; ¿qué te pensabas?. El general murió ante Burceña, dirigiendo el contraataque. Eramos quinientos hombres contra cuatro mil y, cuando cayó, y Trifón y yo acudimos a socorrerle, nos apartó con un gesto y dijo: "Es hora de pelear". Luego, una vez terminado el combate, cuando volvimos a su lado, don Cástor ya había muerto.

El niño se recostó en el canapé, pensativo:

- ¿Me lo quieres contar más despacio, papá León?

El anciano consultó su viejo reloj:

- Otro día -dijo mirando de reojo hacia la puerta- Es hora de cenar y tu madre se enfadará conmigo si nos encuentra juntos. Ya sabes cómo las gasta.

- ¿Por qué la Enana y la Madruga salen a pasear tan temprano?

- Por su fama, ¿no ves la fama que tienen? Si salieran a otra hora la gente se pitorrearía de ellas.

Aceleraba el paso y añadía como para sí:

44

- Así es, El General no se la quitaba ni para dormir.
Las mejillas del viejo estaban injectadas y, como cada vez que analizaba algo de cerca, los lentes se habían deslizado hasta la punta de la nariz y miraba por encima de los cristales. Con sus pequeñas manos rugosas dobló el vuelo de la botina y mostró un agujero, como de botella:
- Osseva, la pala entró por aquí.
Gervasio volvió lentamente la cabeza:
- Fue un héroe don Cástor, entonces?
- Pues naturalmente que fue un héroe, ¿qué te pensabas? El general murió ante Burceña, dirigiendo el contraataque. Éramos quinientos hombres contra cuatro mil y, cuando cayó, y trépan y yo acudimos a socorrerle, nos apartó con un gesto y dijo: "Es hora de pelear". Luego, una vez terminado el combate, cuando volvimos a su lado, don Cástor ya había muerto.
El niño se recostó en el canapé, pensativo:
- Me lo quieres contar más despacio, papá León?
El anciano consultó su viejo reloj:
- Otro día -dijo mirando de reojo hacia la puerta- Es hora de comer y tu madre se encontrará conmigo si nos encontramos juntos. Ya sabes cómo las gasta.

IV

La señora Zoa atravesaba el parque cada mañana, con un niño de cada mano, camino del colegio y durante los prolongados inviernos (muy duros en la ciudad) la niebla se enredaba entre los esqueletos de los árboles y la mujer y los niños, como ~~difusas~~ ^{difusa} sombras fantasmales, semejaban los últimos habitantes de un mundo inanimado. A la ~~vagorosa~~ ^{difusa} luz crepuscular, grises ratas gigantes cruzaban los paseos, y entre el follaje, junto al estanque helado, se oían los alaridos terminantes de los pavos reales. A Gervasio, con la peluda bufanda hasta los ojos, le agradaba la media luz de la estación, los jardines desiertos, el aliento blanco de la señora Zoa, precediendo a su roja nariz, como si ella misma fuera una fábrica de niebla. Los días de lluvia, en primavera y otoño, se formaban grandes charcos ^{en los} ~~bar-~~ ^{paseos, hormigueantes,} ~~deados~~ (de lombrices, ~~en los paseos~~ y la señora Zoa brincaba de un lado a otro para no pisarlas, con el negro paraguas abierto, como una equilibrista, pues nada le repugnaba tanto como los ratones y los animales reptantes.

En los días extremosos solían encontrarse con la Enana en el paseo central, la señorita Candelaria Alonso, rubia, de media edad, los largos tirabuzones sobre los hombros y su cuerpecillo ruín, más chico que el de Gervasio, encaramado en una bicicleta minúscula, de anchas ~~llantas~~ ^{llantas} y ruedecitas laterales de seguridad. Y no era raro que, estando contemplándola, apareciera por el lado opuesto, la señorita Aurora Burgos, la Madruga, una mujer lineal, de dos metros treinta de estatura, cargada de espaldas, cuya reducida cabeza, se desvanecía en lo alto, difuminada por la niebla. Crucita decía que tanto la Enana como la Madruga eran "señoritas de buena cuna", distinguidas y bien educadas, pero, debido a su aspecto físico, se veían obligadas a recluirse en sus casas; ~~antes de que la ciudad despertase:~~

- Zoa ¿por qué la Enana y la Madruga salen a pasear tan temprano?
- Por su facha, ¿no ves la facha que tienen? Si salieran a otra hora la gente se pitorrearía de ellas.

Aceleraba el paso y añadía como para sí:

La señora los atravesaba el parque cada mañana, con un niño de cada mano, ca-
 mino del colegio y durante los profundos inviernos (muy duros en la ciudad) la
 niebla se enredaba entre los espueños de los árboles y la mujer y los niños, co-
 mo ángeles sombras fantasmiales, semejaban los últimos habitantes de un mundo in-
 nimado. A la vez que las crepusculares, grises ratas gigantes cruzaban los pasos,
 y entre el follaje, junto al estanque helado, se oían los alaridos terminantes de
 los pavos reales. A gervasio, con la peluda bufanda hasta los ojos, le agrada-
 ba la media luz de la estación, los jardines desiertos, el silencio blanco de la se-
 ñora los precediendo a su roja nariz como si ella misma fuera una fábrica de
 niebla. Los días de lluvia, en primavera y otoño, se formaban grandes charcos por
 los alrededores de la estación, y la señora los atravesaba de un lado a otro para
 no pisarlos, con el negro paraguas abierto como un equilibrista, pues nada le
 repugnaba tanto como los ratones y los animales repantes.

En los días extremos solían encontrarse con la Enana en el paseo central,
 la señorita Candelaria Alonso, rubia, de media edad, los largos tirabuzones sobre
 los hombros y su cuerpecillo rubi, más chico que el de Gervasio, encaramado en
 una bicicleta minúscula, de anchas llantas y ruedas traseras laterales de seguridad.
 No era raro que, estando contemplándola, apareciera por el lado opuesto, la seño-
 rita Aurora Burgos, la Madrugada, una mujer lineal, de dos metros treinta de esta-
 tura, cargada de espaldas, cuya reducida cabeza, se desvanecía en lo alto, difu-
 minada por la niebla. Cruzaba decía que tanto la Enana como la Madrugada eran "se-
 ñoritas de buena cuna", distinguidas y bien educadas, pero, debido a su aspecto
 físico, se veían obligadas a reclutarse en sus casas; antes de que la ciudad des-

perdiera:
 - Los por qué la Enana y la Madrugada salen a pasear tan temprano?
 - Por su fecha, ¿no ves la fecha que tienen? Si salieran a otra hora la gen-
 te se divertiría de ellas.
 Aceleraba el paso y añadía como para sí:

- Digo yo si no podrían cortar a la una y añadirle a la otra y así quedaban las dos arregladas

- ¿Se puede, Zoa?

- Eso digo, hijo, si se podría

Algunos días la señora Zoa, aprovechando ~~en~~ ~~de~~ la ausencia de Florita, en cama con sus anginas periódicas, le hacía a Gervasio, en la profunda soledad del parque, tiernas escenas de amor:

- ¿Que sería de tí, corona, si no fuese por la Zoa? ¿Eh? ¿Me lo quieres decir?

El niño la miraba ^{ante} ~~suplicante~~ por encima de la bufanda de lana, con sus inmóviles pupilas grisamarillentas:

- A ti no te quiere nadie

- ¿Por qué no me quiere nadie, Zoa?

- ¿Porqué, porqué? A saber, pero la mamá es ciega por la Crucita y, en cuanto tu papá, no le saques de la Florita. Tú, para ellos, como si no hubieras nacido.

Familiarizado con estas confidencias desde temprana edad, Gervasio se compadecía de sí mismo, deploraba su orfandad, sentía la apremiante necesidad de un asidero sentimental:

- Tu sí me quieres, ¿verdad Zoa?

La anciana se acuclillaba, oprimía al niño contra su pecho:

- Más que a las niñas de mis ojos

Los dos se abrazaban en silencio, se besaban frenéticamente y lloraban al unísono, juntas las mejillas, bajo los absortos castaños escarchados.

Mamá Zita no congeniaba con la señora Zoa:

- Reune todos los defectos de las criadas que envejecen en casa -solía decirle a su hermana Cruz-. No puedo conseguir que a Crucita la llame señorita y yo creo que ya va teniendo edad para ello.

Por una u otra causa, mamá Zita y la señora Zoa estaban en permanente desavenencia. Y cada vez que regañaban, la señora Zoa, considerándose ofendida, comen-

- Digo yo si no podían cortar a la una y añadirle a la otra y así quedaban
 las dos arregladas
 - ¿Se puede, José?
 - Eso digo, hijo, si se podría
 Algunos días la señora Zita, aprovechándose de la ausencia de Florita, en co-
 ma con sus amigas periódicas, se hacía a Gervasio, en la profunda soledad del
 parque, tiernas escenas de amor:
 - ¿Que sería de ti, corona, si no fuese por la Zita? ¡Eh! Me lo quiteres de-
 cir?
 - ¿Por qué me preguntas?
 El niño la miraba seriamente por encima de la puñada de lana, con sus lindos
 ojos pupilas grisáceas:
 - A ti no te quiteré nada
 - ¿Por qué no me quiteré nada, José?
 - ¿Por qué, por qué? A saber, pero la mamá es cosa por la Cruzita y, en cuan-
 to a tu parte, no te sacas de la florita. Tú, para ellos, como si no hubieras naci-
 do.
 Familiarizado con estas confidencias desde temprana edad, Gervasio se comen-
 daba de sí mismo, deploraba su orfandad, sentía la apremiante necesidad de un a-
 sadero sentimental:
 - Tú si me quiteres, ¿verdad José?
 La anciana se acurrucaba, oprimía al niño contra su pecho:
 - Más que a las niñas de mis ojos
 Los dos se abrazaban en silencio, se besaban frenéticamente y floraban al u-
 nisono, juntas las mejillas, bajo los árboles castaños escarchados.
 Mamá Zita no congeniaba con la señora Zita:
 - Reune todos los defectos de las criadas que envejecen en casa - así se de-
 cirle a su hermana Cruz -. No puedo conseguir que a Cruzita la llame señorita y yo
 creo que ya va teniendo edad para ello.
 Por una u otra causa, mamá Zita y la señora Zita estaban en permanente des-
 venencia. Y cada vez que regañaban, la señora Zita, considerándose ofendida, comen-

zaba a hipar, se recluía en su cuarto y se ponía a hacer la maleta. Gervasio, testigo de la ofensa, lloraba junto a ella, agarrado ^{de} a sus sayas, y la encarecía que no se fuese y, ^{a pesar de} pese a que la escena, repetida cien veces, nunca pasó de un simulacro, el niño no acababa de escarmentar. Entre suspiro y suspiro, la vieja iba guardando en la maleta su caracola (que Gervasio la regaló un verano en Fuenterrabía y recataba el bramido del mar), el velo, las peinas, las ligas, la fotografía de su cuñada con sus hijos el Daniel y la Felisilla, sus ropas ^{negras,} y, cuando al final, sonaba el taque de la cerradura, Gervasio sollozaba como si le arrancaban el alma:

- ¿Te acordarás de mí?

- Sí, Zoa.

- Pero ¿siempre, siempre?

- Siempre, Zoa

- ¿Aunque me muera?

Ante tan macabra posibilidad, al niño, como a su abuela Obdulia, le faltaba coraje para responder y arreciaba en su llanto. La vieja hacía un cambio de tercio:

- ¿Sabes quien tiene la culpa de todo?

- ¿Quien, Zoa?

- La Crucita, para que te enteres

- ¿Mi hermana?

- ¡Qué Crucita había de ser!

La señora Zoa agarraba la maleta para marcharse, y, entonces, el niño se apretaba enloquecido contra sus piernas negras y voceaba en pleno delirio romántico:

- ¡Si tu te vas, Zoa, yo me quiero morir!

^{La anciana,}
Ella, ^{al oírle,} depositaba la maleta en el suelo con dignidad, se agachaba y oprimía a Gervasio contra su ^{costillar y} ~~pecho escuálido~~ ^{sus mejillas,} y le besaba despiadadamente una y otra vez, con besos apretados, ^{húmedos,} ~~sonoros,~~ ^{endereza-} ~~redondos,~~ ^{decir} ~~totalitarios~~ y, al final, se incorporaba, ponía la maleta sobre la alta cama de hierro y, sin ~~hablar~~ ^{decir} palabra, empezaba a deshacerla con parsimonia, ordenando en la cómoda las prendas y recuerdos que había sacado minutos antes. Al terminar, tomaba a Gervasio de la mano y ambos salían al pasillo donde Crucita les aguardaba con sus gordezuelos labios apretados, los verdes ojos centelleantes:

zaba a hipar, se recinta en su cuarto y se ponía a hacer la maleta. Gervasio, pes-
tigo de la ofensa, lloraba junto a ella, apartado a sus aspas, y la encarecía que no
se fuese y, pese a que la escena, repetida cien veces, nunca pasó de un instante, el
niño no acababa de escarmentar. Entre suspiro y suspiro, la vieja iba guardando en
la maleta su caracola (que Gervasio le regaló un verano en Fuenferrada y recatada
el premio del mar), el velo, las perlas, las ligas, la fotografía de su cuñada con
sus hijos el Daniel y la Felicitas, sus ropas y, cuando al final, sonaba el caduce
de la cerbatura, Gervasio sollozaba como si se arrancaban el alma:

- ¿Te acordarás de mí?

- Sí, Zoá.

- Pero siempre, siempre?

- Siempre, Zoá.

- Aunque me muera?

Ante tan neceda posibilidad, al niño, como a su abuela Oduvia, le faltaba co-
raje para responder y arrojaba en su llanto, la vieja hacía un gesto de repro-

- ¿Sabes quien tiene la culpa de todo?

- ¿Quien, Zoá?

- La Crucita, para que te enteres

- ¿Mi hermana?

- ¡Qué Crucita había de ser!

La señora Zoá agarraba la maleta para marcharse, y, entonces, el niño se apres-

de enpujando contra sus piernas negras y vestidas en gruesos vendajes

- ¡Si tu te vas, Zoá, yo me quiero morir!

La maleta, depositada en el suelo con dignidad, se agachaba y a-

primta a Gervasio contra su pecho, recubiéndolo y le besaba despidiéndose una y otra

vez, con besos apretados, sonoros, redondos, rotulantes y al final, se apresora-

ba, ponía la maleta sobre la alta cama de hierro y, sin hacer palabra, empezaba a

deshecharla con parsimonia, ordenando en la cómoda las prendas y recuerdos que había

sacado minutos antes. Al terminar, tomaba a Gervasio de la mano y ambos salían al

pasillo donde Crucita les aguardaba con sus gordos ojos fatigados y opacados, los ver-

des ojos centelleantes:

- Esto ya lo sabía yo
- ¿Qué es lo que sabías tú, dí?
- Que no te ibas
- Si me quedo, no te pienses que es por tí
- Tampoco te creas que yo voy a morirme el día que te vayas de verdad, Zoa.

Tras cada uno de estos amagos, la vieja discurría una semana por la casa, muda, hosca, enfurruñada, en tanto Crucita, causante de su infortunio, canturreaba, iba y venía ^{trivn(ante)} ~~altanera~~ de un lado a otro, la miraba por encima del hombro, porque en Crucita, al decir de su padrino, alentaba, más profundamente que en ningún otro miembro del clan, el orgullo ^{de casta.} ~~familiar~~. Altiva, bella, discreta, era buena estudiante, sabía manejar los cubiertos de pescado con desenvoltura, opinar juiciosamente sobre altas cuestiones, jugar al tenis, andar, mirar, vestir un traje largo y arrancar cuatro notas armoniosas del piano del salón. En una palabra, a pesar de la lisura de su pecho (que ella asumía como una prueba más de su distinción) Crucita daba la talla, convivía con los adultos, en tanto los dos pequeños quedaban relegados al mundo subalterno del cuarto de jugar y la cocina. Pero, de pronto, Gervasio la noche ¹¹ del ~~once~~ de Febrero se había revelado como un ser diferente, con unas dotes ^{sin-} ~~miste-~~gulares ~~riosas~~ y, automáticamente, subió de consideración, siquiera todos disimulasen sobre cogidos, no ya su afección, sino las razones de su cambio de actitud hacia él. Gervasio advirtió la novedad. Era consciente del respeto que imponía, de que detrás de las palabras banales que se pronunciaban en su presencia, había otras solapadas que, si se evitaban, era por temor de que se produjera en su cuerpo algo que no sabían a ciencia cierta si era aflictivo o deseable. Le observaban con curiosidad disimulada, como a un pequeño mago con poderes taumatúrgicos, tal vez predestinado, y el niño, ^{orgullosa} ~~arrogante~~ y complacido, se dejaba querer. Tampoco para la señora Zoa pasó inadvertido el cambio de Gervasio, pero, ajena a su metamorfosis, lo achacaba a la edad y lo aceptaba con resignación, porque era cosa sabida que en estos lances de amor de las viejas vírgenes hacia los niños a su cuidado, todo era lezne y efímero. Pero la ruptura aún no se había consumado, no había rebasado la fase de los dengues, ^{y los} ~~delir~~ ~~remilgos,~~ ~~y volver,~~ de mostrarse mutuamente las llagas para que el otro le compadeciera; esto es, no tenía aún carácter definitivo:

es, no tenía un carácter definitivo;
y volver, de mostrarse mutuamente las cosas para que el otro le compartiera; esto
ruptura aún no se había consumado, no había pasado la fase de los dengues, ^{de las}
las viejas vírgenes hacia los niños a su cuidado, todo era feine y efímero. Pero la
y lo aceptaba con resignación, porque era cosa sabida que en estos lapsos de amor de
advirtió el cambio de Garvasio, pero, ajeno a su metamorfosis, lo achacaba a la edad
niño, arropado y complacido, se dejaba querer. Tampoco para la señora Zoé pasó in-
laba, como a un pequeño mago con poderes tamalínicos, tal vez prestados, y el
a ciencia cierta si era efectivo o deseable. Le observaban con curiosidad distan-
si se evitaban, era por temor de que se produjera en su cuerpo algo que no sabían
las palabras banales que se pronunciaban en su presencia, había otras solapadas que
sio advirtió la novedad. Era consciente del respeto que imponía, de que detrás de
cogidos, no ya su atención, sino las razones de su cambio de actitud hacia él. Garvasio
pésese y automáticamente, subió de consideración, siempre todos disminuyen sobre-
del once de febrero se había revelado como un ser diferente, con unas dotes maste-
do subterfugio del curso de jugar y la cocina. Pero, de pronto, Garvasio la noche
lla, convivía con los adultos, en tanto los dos pequeños quedaban relegados al mun-
su pecho (que ella asumía como una prueba más de su distinción) Crística daba la ta-
tro notas armoniosas del piano del salón. En una palabra, a pesar de la lisura de
tas cuestiones, jugar al tenis, andar, mirar, vestir un traje largo y arremecer con
manejar los cubiertos de pescado con desenvoltura, oír con juicio sobre el
del clan, el orgullo familiar. Ágil, bella, discreta, era buena estudiante, sabía
ta, al decir de su padrino, al menos, más profundamente que en ningún otro miembro
venta ^{de la familia} de un lado a otro, la miraba por encima del hombro, porque en Crística
hoscas, enturruñada, en tanto Crística, causante de su infierno, canturreaba, iba y
Tras cada uno de estos amagos, la vieja discutía una semana por la casa, muda,
- Tampoco te creas que yo voy a morir el día que te vayas de verdad, Zoé.
- Si me puedo, no te piensas que es por tí
- Que no te ibas
- Qué es lo que sabes tú, día
- Esto ya lo sabía yo

- ¿Por qué lloras, Zoa?
- Por tí, corona; ya no me quieres
- Si que te quiero, Zoa
- Y ¿por qué no viniste a verme ayer, dí?
- Estuve en el salón con los tíos, Zoa.

La fecha del 11 de febrero había aportado un cambio ^{en} a la vida de Gervasio. Tras su Primera Comuni3n, mamá Zita le incorporó a la tropilla de sus hermanas que, cada domingo, bajaban a la parroquia, a la misa de nueve que rezaba don Urbano. El niño se adelantaba alegremente para ofrecer agua bendita y, a veces, dejaba hundir la mano hasta sentir su frescura en la muñeca, pero un día mamá Zita le advirtió que aquello era pecado, que el agua bendita no estaba allí para lavarse las manos sino para lavar sus faltas y desviar su finalidad suponía una ofensa al Señor. Gervasio se corrigió, pero, en ocasiones, cuando el gordo Severo, el sacristán, llenaba la pila, se mojaba sin querer hasta los nudillos y llegaba la noche, en la cama, era incapaz de dormirse, le roían los escrúpolos y recelaba del sueño ante el temor de no despertar, de amanecer muerto en la cama sin confesión.

Por Santa Brígida, mamá Zita obsequió al ec3nomo ~~don Urbano~~ con un moji3n, que tía Cruz y ella amasaron devotamente la víspera, ~~con esta finalidad~~. Don Urbano, carilargo y astigmático, ^{un} ~~su~~ ojo ~~derecho~~ caído, amortajado por un párpado azul, miraba engolosinado con el otro el mullido moji3n, y, después de agradecer el cumplido a mamá Zita, se puso a charlar con ella sobre los problemas del barrio y, en clara alusión a las señoritas del Friné, reconoció cuan difícil era ^{en} (la ciudad, con mayor motivo en la zona monumental, separar el grano de la paja y lo doloroso que resultaba que palacios blasonados habitados por familias ejemplares abriesen sus balcones a casas de perdición.

Florita, al separarse del ec3nomo, inquirió:

- ¿Es la nuestra una casa de perdición?

Mamá Zita se irritó:

- ¿Eres tonta? Nuestra casa es el viejo palacio del Conde de Pradoluengo y papá León su descendiente directo. Si el abuelo no es conde es por modestia malentendida. ~~Nunca quiso recuperar el título.~~

La fecha del 11 de febrero había aportado un cambio a la vida de Gerardo. Tras su primera comunión, mamá Lita le incorporó a la familia de sus hermanas que, cada domingo, bajaban a la parroquia, a la misa de nueve que rezaba don Urbano. El niño se adelantaba alegremente para ofrecer agua bendita y, a veces, dejaba andar la mano hasta sentir su frescura en la muñeca, pero un día mamá Lita le advirtió que aquello era pecado, que el agua bendita no estaba allí para lavarse las manos sino para lavar sus faltas y desviar su finalidad suponiendo una ofensa al Señor. Gerardo se corrigió, pero, en ocasiones, cuando el gordo Severo, el sacristán, llevaba la pila, se mojaba sin querer hasta los nudillos y llegaba la noche, en la cama, era incapaz de dormirse, le rotan los escrófulos y rechazaba del sueño ante el temor de no despertar, de amanecer muerto en la cama sin confesión.

Por santa Brígida, mamá Lita consiguó al economo don Urbano con un moñicon, que Lita Cruz y ella amasaron decentemente la vigiera, con esas finchitas, don Urbano, carterito y astigmático, en ojo de buey, amojado por un párpado azul, miraba enfostado con el otro el moñicon moñicon, y, después de agradecer el cumplido a mamá Lita, se puso a charlar con ella sobre los problemas del barrio y, en claro, justó a las señoras del frío, reconoció con dificultad la ciudad, con esas motiva en la zona monumental, separar el grano de la paja y lo dolioso que resultaba que palacos plasonados habidos por familias ejemplares aprisen sus balcones a casas de perdición.

Florida, al separarse del economo, indicó:

- ¿Es la nuestra una casa de perdición?

Mamá Lita se irrió:

- ¿Eres tonta? Nuestra casa es el viejo palacio del Conde de Pradolongo y que sea su descendiente directa. Si el ahuelo no es conde es por modestia mantenida, nunca pudo resquebrajar el título.

- Por qué lloras, Lita?
- Por tí, coronas; ya no me quieres
- Si que te quiero, Lita
- Y por qué no vienes a verme ayer, di?
- Estuve en el salón con los tíos, Lita.

A la mañana siguiente, Gervasio ^{intentó} pretendió deslumbrar a la Hermana Luciana informándole que vivía en un palacio, pero ella respondió que esa era una noticia del dominio público y nadie en la ciudad desconocía la casa del abuelo porque el blasón de la portada era el de mayor interés heráldico del barrio antiguo. Esa noche, Gervasio preguntó en la cocina qué era un blasón, pero la señora Zoa y la Amalia no supieron responderle y Florita aventuró que ^{"sería")} ~~era~~ ^{era} una clase de perros", pero Crucita, que andaba al quite, aclaró que era un escudo, como el que había sobre el arco de la puerta, en el chaflán, bajo el mirador y que un escudo así no lo tenían más que aquellos que en otro tiempo tuvieron un escudero, es decir "gente de ^{linaje} ~~fuste~~ y posición".

A partir de aquel día, Gervasio empezó a estimar su casa que hasta entonces había considerado un caserón lóbrego y destartalado. Así, el amplio vestíbulo, de techo artesonado, con el reluciente brasero de cobre en el centro, que siempre había desdeñado, se le antojó, de pronto, apto para que el conde holgase y se calentara los pies al regresar de sus correrías. De la misma manera, la discreta hendedura que mamá Zita ordenara perforar en el muro de la cocina para ver quien llamaba a la puerta de la calle, le parecía ahora al niño una elemental medida de precaución del conde para descubrir a tiempo a sus enemigos. Finalidad menos concreta pero no menos sibilina atribuía a las puertas secretas, decoradas con el mismo papel rameado de las paredes, de la sala verde y el gabinete del abuelo e, incluso, a la gran chimenea del salón, cuya campana podía cobijar holgadamente una docena de personas.

Su orgullo familiar se tambaleaba, sin embargo, en la misa de los domingos, ^{cada vez que)} cuando (mamá Zita, arrodillada junto a él, rendida la cabeza, le decía cálidamente al oído, después de comulgar: "No te olvides de pedir por papá Telmo", encomienda que acongojaba al niño y le ^{inducía)} ~~llevaba~~ a pensar en una vergonzosa ascendencia por la rama paterna, sospecha que, al llegar a casa, le incitaba a mirar a su padre con recelo, a vigilarle, sin que nunca lograra descubrir en él nada censurable, salvo alguna originalidad (quizá de "mal tono", como Crucita decía) como su costumbre de afeitarse con los pies descalzos sobre las húmedas baldosas del baño y con la puerta ^{entre} abierta, canturreando. Ante su incompetencia para hallar la solución, se confió un día a Florita:



A la mañana siguiente, Gervasio preguntó deslumbrado a las hermanas Luciana y Formosita que vivía en un palacio, pero ellas respondieron que esa era una noticia del dominio público y nadie en la ciudad desconocía la casa del abuelo porque el día de la portada era el de mayor interés heráldico del barrio antiguo. Esa noche, Gervasio preguntó en la cocina que era un diablo, pero la señora Los y la Anaíta no supieron responderle y Florita aventuró que ^{era} ~~había~~ una clase de perros, pero Cructa, que andaba al quite, aclaró que era un escudo, como el que había sobre el arco de la puerta, en el chabón, bajo el mirador y que un escudo así no lo tenían más que aquellos que en otro tiempo tuvieron un escudero, es decir "gente de bien" y posición.

A partir de aquel día, Gervasio empezó a estimar su casa que hasta entonces había considerado un caserón lóbrego y destarado. Así, el amplio vestíbulo de techo artesonado, con el resistente brasero de cobre en el centro, que siempre había estado apagado, se le encendió de pronto, algo para que el conde no se enfadara por el pie al regresar de sus correrías. De la misma manera, la discreta herradura que mamá Lita ordenara perforar en el muro de la cocina para ver pudiese llampar a la puerta de la calle, le parecía ahora al niño una elemental medida de precaución del conde para descubrir a tiempo a sus enemigos. Finalidad menos concreta pero no menos útil atribuida a las puertas secretas, decoradas con el mismo papel ramado de las paredes, de la sala verde y el gabinete del abuelo e, incluso, a la gran chimenea del salón, cuya campana podía colgarse fácilmente una docena de personas.

Su orgullo familiar se lampaba, sin embargo, en la misa de los domingos, cuando mamá Lita, arrodillada junto a él, recibía la eucaristía de forma cálidamente al oído, después de confesar: "No te olvides de pedir por papá Tejino", encontrando que se congelaba al niño y se ^{había} ~~había~~ pensando en una vergonzosa ascendencia por la rama paterna, sospecha que, al llegar a casa, le incluía a mirar a su padre con respeto, a vigilarle, sin que nunca lograra descubrir en él nada censurable, salvo alguna originalidad (quizá de "mal tono", como Cructa decía) como su costumbre de aferrarse con los pies descasos sobre las húmedas baldosas del baño y con la puerta abierta, canturreando. Ante su incompetencia para hallar la solución, se confió im-

- ¿Por qué mamá me manda ^{rezar} pedir ^{Telmo} por papá (después de comulgar)?

- ¿No lo sabes?

- No

Florita apagó la voz:

- Papá Telmo es curandero

- Y ¿qué es curandero?

- La Hermana Caridad dice que los curanderos son brujos.

A pesar del tono confidencial, más bien admirativo, de Florita, su declaración le dejó ^{atribulado,} anonadado, y Gervasio, con la sensibilidad en carne viva, imaginó a papá Telmo, desnudo de medio cuerpo, el rostro enjabonado, haciendo conjuros ante el fuego de la chimenea, bajo la Resurrección del Giotto, (Mamá Zita, al pie, ataviada con el casco y el peto de los guardianes dormidos), convocando al espíritu del último conde de Pradoluengo. Por esta vía le llegaron a Gervasio los primeros miedos: a la oscuridad, a los fantasmas, a los crujidos dolientes del entarimado de roble, a los bultos imprecisos de los muebles, a los grandes espacios vacíos de la casona. Algunas noches reclamaba agua sin tener sed, únicamente por el consuelo de ver aparecer a la Amalia o la señora Zoa, pero la mayor parte de las veces se dominaba, reprochándose esta debilidad, ~~impropia de un héroe,~~ y, en tales casos, la boca se le secaba, la ansiedad se asentaba en su estómago, y había de cubrirse la cabeza con el embozo para conseguir dormirse. A papá Telmo le miraba con aprensión. y el mero hecho de verle enjabonarse la cara en el baño con los pies descalzos, tan antiguo como su conciencia, se le antojaba, tras los últimos descubrimientos, parte de un ritual mágico cuyas últimas consecuencias ^{se le escapaban,} ~~no alcanzaba.~~ Una noche, en la cocina, a solas con la Zoa, le preguntó por aquella misteriosa liturgia de papá Telmo:

- Son cosas de tu papá para hacer del cuerpo

- ¿Para hacer del cuerpo, Zoa? -desorbitaba sus ojos amarillentos

- Para mover el vientre, hijo; tu papá es un médico de esos que dicen naturistas.

Aquellas palabras crípticas (hacer del cuerpo, naturista, ^{que de alguna manera} ~~acrecentaron las~~ ^{relacionaba con la brujería y las ciencias ocultas} ~~acrecentaron las sospechas de~~ ~~sospechas de Gervasio (que, de alguna manera, relacionaba con la brujería y las ciencias ocultas)~~ ^{Gervasio,} ^{su} ~~de tal modo que la~~ ~~desconfianza incipiente hacia su padre,~~ se trocó en temor. ^{Pero} ~~Mas~~ (era cierto que papá Telmo, después de ejercer durante unos meses en

un bello pueblecito vasco, se sintió llamado por la medicina naturista, se instaló en la capital e hizo imprimir su especialidad en su recetario y las tarjetas de visita (a los que Gervasio, tal vez por falta de curiosidad, no tenía acceso) con objeto de no ser confundido con los médicos alópatas:

- Y ¿qué diferencia ^{hay?} ~~ves?~~ -preguntaba sarcástico tío Vidal

- El alópata echa veneno contra las moscas; el naturista retira el pastel y las moscas se van -respondía papá Telmo con la ^{seguridad} ~~convicción~~ con que se exponen las cosas obvias.

En las contadas ocasiones en qué papá Telmo asistía a las veladas sabatinas, tío Vidal le tiraba de la lengua y su cuñado le seguía la corriente de buen grado, simulando una fiebre proselitista que tal vez sintiera de verdad aunque de ordinario la ocultaba:

- Mi cocinero es el sol y mi despensa la tierra -decía sonriendo.

Y, en efecto, su dieta era preferentemente vegetal y siempre morigerada, pero se abstenía de imponérsela a los niños (tal vez para evitar un enfrentamiento con mamá Zita) con los que se mostraba tolerante, según decía, a causa de la edad:

- La albúmina es necesaria en tanto el organismo está edificándose. Más tarde, sobra.

Los domingos a primera hora, caminaba a paso de marcha hasta algún pinar o monte de encinas solitario, y, una vez allí, se desnudaba, (incluso en invierno, bajo temperaturas de bajo cero), hacía unos minutos de gimnasia respiratoria y, luego, correteaba un par de horas, descalzo, entre las matas, soleándose. Por principio rechazaba el baño de sol y preconizaba el baño de luz pero nunca inmóvil, sino caminando y antes del cenit:

- Hay que aprovechar los rayos químicos; a mediodía son destruidos por los calóricos.

Una vez vestido, practicaba un cuarto de hora de alimentación ocular, mediante la cual, y según sus teorías, el cerebro y la médula recibían el refuerzo del sol a través del nervio óptico:

- La luz nos exalta; las sombras nos entristecen

Tío Vidal se guaseaba al oírle y aducía que los grandes deportistas eran carnívoros y ^{reposaban en} ~~su reposo,~~ (la cama, ^{a lo que} ~~mas~~ papá Telmo replicaba que tal vez los grandes, sí.

un bello pueblecito vasco, se sintió llamado por la medicina naturalista, se instaló en la capital e hizo imprimir su especialidad en su recetario y las tarjetas de visita (a los que servía, tal vez por falta de curiosidad, no tenía acceso) con objeto de no ser confundido con los médicos alópatas:

- Y qué diferencias vea -preguntaba sarcástico tío Vidal

- El alépat echó veneno contra las moscas; el naturalista retiró el pastel y las moscas se van -respondió papá Telmo con la convicción con que se exponen las cosas obvias.

En las contadas ocasiones en que papá Telmo asistía a las veladas sabatinas, tío Vidal le tiraba de la lengua y su cuñado le seguía la corriente de buen grado, estimulando una fiebre proselitista que tal vez sintiera de verdad aunque de ordinario la ocultaba:

- Mi cocinero es el sol y mi despensa la tierra -decía sonriendo. Y, en efecto, su dieta era predominantemente vegetal y siempre mortificada, pero se abstenia de imponérsela a los niños (tal vez para evitar un entretamiento con mamá Zita) con los que se mostraba tolerante, según decía, a causa de la edad:

- La albúmina es necesaria en tanto el organismo está edificándose. Más tarde, sobre,

Los domingos a primera hora, caminaba a paso de marcha hasta algún pinar o monte de encinas solitarias, y una vez allí, se desahogaba, (incluso en invierno, bajo temperaturas de bajo cero), hacía largos minutos de gimnasia respiratoria y luego corría un par de horas, desahogado, entre las rocas, solándose, por último rechazaba el baño de sol y prefería el baño de luz pero nunca inmóvil, sino caminando y antes del cenit:

- Hay que aprovechar los rayos quínticos; a mediodía son destruidos por los cósmicos

Una vez vestido, practicaba un cuarto de hora de alimentación ocular, mediante la cual, y según sus teorías, el cerebro y la médula recibían el refuerzo del sol a través del nervio óptico:

- La luz nos exalta; las sombras nos entristecen

Tío Vidal se gustaba al frío y admitía que los grandes deportistas eran car-

pero no los escogidos, aquellos que se guiaban por la máxima elemental de que "el músculo no se fatiga sino que ^{se} intoxica". Cuando salían a relucir estos temas en la tertulia, papá Telmo afirmaba, medio en broma medio en serio, que durante su estancia en ~~las~~ Vascongadas había llevado a cabo experiencias con pelotaris y aquellos que se sometían a un régimen de frutas secas, almendras y otros productos oleaginosos "abandonaban la cancha como si salieran de un baño reparador, frescos y relajados, mientras sus adversarios no podían con los calzones". De Pascuas a Ramos, tío Felipe Neri metía baza en la conversación, arrugando la cara, como de costumbre, a causa de los ácidos, ocasión que papá Telmo aprovechaba para brindarle sus servicios:

- Si un día te decidieras, Felipe, en un par de meses te dejaría el estómago como nuevo.

^{Mientras}
~~En tanto~~ duraban estas conversaciones, mamá Zita, se empequeñecía, se avergonzaba, hubiera dado cualquier cosa por hacerle callar o desaparecer del salón, no porque sus observaciones le parecieran científicamente infundadas, sino porque se le antojaban plebeyas, y Telmo, al exponerlas, ^{ponía al descubierto} descubría (lo más indigno de su extracción social. Papá León y los tíos, le escuchaban, en cambio, con ^{manifiesta} evidente curiosidad, como a un tipo pintoresco, como pintorescos eran, a ~~su~~ juicio, ^{de tío Vidal,} "los tres o cuatro ^{lunáticos} ~~chiflados~~ que acudían diariamente a su consulta" y a quienes, por orden de mamá Zita, recibía en las habitaciones más destartadas del fondo de la casa.

En ausencia de papá Telmo, los tíos comentaban ~~sin ambages~~ sus puntos de vista médicos. Y si para tía Cruz, papá Telmo no era otra cosa que un curandero fachendoso que presumía de vanguardista, para tío Vidal (que reía con carcajadas ~~es-~~
^{destempladas}
~~tentóreas~~ y su voz percutía al hablar como el martillo en el yunque), "su cuñado, no carecía de ingenio, pero estaba más loco que una cabra", y para tía Macrina, su mujer, que enfocaba a mamá Zita sus dos ojos juntos, como los cañones de una escopeta ("demasiado bonitos para ser dos", en expresión de don Trifón de la Huerta, que evitaba así, galantemente, hablar de su excesiva proximidad) era una desgracia como otra cualquiera:

- Pobre Zita; buena te ha caído

Y mamá Zita, vejada, soliviantada, se defendía entonces y trataba por todos los medios de justificarle:

pero no los escogidos, aquellos que se guían por la máxima elemental de que el músculo no se fatiga sino que ^{se} intrínseca. Cuando se trata de reír, estas cosas en la tertulia, papá Tejano afirmaba, medio en broma medio en serio, que durante su estancia en las Vascongadas había llevado a cabo experimentos con patatas y aquellos que se sometían a un régimen de frutas secas, almendras y otros productos oleaginosos "abandonaban la cancha como el saliente de un baño reparador, frescos y relajados, mientras sus adversarios no podían con las cañones". De Pascuas a Ramos, Felipe Heri meña basó en la conversación, arrugando la cara, como de costumbre, a causa de los ácidos, ocasión que papá Tejano aprovechaba para imprimirle sus servicios:

- Si un día te decidieras, Felipe, en un par de meses te dejaría el estómago como nuevo. En tanto duraban estas conversaciones, mamá Zita, se empuñaba, se avergonzaba, hubieras dado cualquier cosa por hacerle callar o desaparecer del salón, no porque sus observaciones le parecieran científicamente fundadas, sino porque se le antojaban pueriles, y Tejano, al exponerlas, ^{había al respecto} descubría lo más indigno de su existencia social. Papá León y los tíos, le escuchaban, en cambio, con evidente curiosidad, como a un tipo pintoresco, como pintorescos eran, a su juicio, "los tres o cuatro estípidos que acudían diariamente a su consulta" y a quienes, por orden de mamá Zita, recibía en las habitaciones más destapadas del fondo de la casa.

En ausencia de papá Tejano, los tíos comentaban sin cesar sus puntos de vista médicos. Y si para tía Cruz, papá Tejano no era otra cosa que un curandero fatigado que presuma de vanguardista, para tío Vidal (que reía con carcajadas estruendosas y su voz parecían al hablar como el martillo en el yunque), "su cuñado, no carecía de ingenio, pero estaba más loco que una cabra", y para tía Martina, su mujer, que enfocaba a mamá Zita sus dos ojos juntos, como los cañones de una escopeta ("damnificado por ser dos", en expresión de don Trifón de la Huerta, que evitaba así, galantemente, hablar de su excesiva proximidad) era una desgracia como otra cualquiera:

- Pobre Zita; buena se ha caído.

Y mamá Zita, vejada, sollozando, se detendía entonces y trataba por todos los medios de justificarse:

- Cuando nos casamos, no era así. Telmo era un médico como los demás. Se volvió raro después, al morir mamá, cuando le dió por leer librotos y cartearse con médicos extranjeros.

Sin embargo, la confusión de mamá Zita llegó al colmo, la noche en que tío Felipe Neri, asumiendo el celo de Dios, levantó el dedo índice por encima de su cabeza color ceniza y profirió el tremendo anatema:

- Lo peor es que Telmo por este camino no puede desembocar más que en el panteísmo.

Un silencio glacial envolvió la reunión. Tía Macrina, levantó los hombros, frunció los labios y miró a tía Cruz; ésta sacó la puntita de la lengua, una lengua rojo sangre, en contraste con su cara de yeso, y la pasó por el labio superior; papá León agachó la cabeza y carraspeó banalmente y, por último, mamá Zita, sin saber a punto fijo que partido tomar, ignorando si acusaban a su marido de comunista, de ⁿfrancmasón o de ^{ambas} ~~las dos~~ cosas a la vez, hizo tres pucheros consecutivos y rompió a llorar. Tan solo el tío Vidal, despreciando el qué diran y armándose de valor, preguntó:

- ¿Qué quieres decir con eso de panteísmo?

Ante su pregunta escolar, tío Felipe Neri se sonrojó débilmente (la úlcera le exigía demasiada sangre para sonrojarse del todo), se tomó unos segundos para reflexionar y replicó:

- Quiero decir que si Telmo continúa correteando desnudo ~~por~~ entre los pinos acabará adorando a los pinos; la naturaleza terminará dominándole.

Aquello era más de lo que mamá Zita podía soportar, así que, tras un profundo suspiro, se desplomó sobre el respaldo del sofá mientras tía Macrina, solícita, la soplaba dulcemente en la frente y tía Cruz la abanicaba con un abanico de guardas y varillas de marfil que había tomado de la consola:

- ~~Pero~~ Querida, tu ya sabías que Telmo ^{era más bien frío} ~~en materia de religión~~ ~~era más bien frío~~.

Mamá Zita entornó los ojos de nuevo (remedando el gesto del guardián del Señor, en la copia del Giotto, ^{en} ~~de~~ la chimenea), ahuecó los orificios de la nariz como si fuese a morirse o a estornudar y se desinfló:

- Pero ignoraba que adorase a los árboles como los monos

Florita, la niña, no estaba al tanto de estos pormenores. Sabía únicamente, porque se lo había oído decir a tía Cruz, que papá Telmo era curandero. Y solo

- Cuando nos casamos, no era así. Felipe era un médico como los demás. Se vio raro después, al morir mamá, cuando le dió por leer libros y cartearse con médicos extranjeros.

Sin embargo, la confusión de mamá hizo llegar al colmo, la noche en que Felipe murió, asumiendo el café de casa, levantó el dedo índice por encima de su cabeza color carota y profirió el presuntuoso:

- Lo peor es que Felipe por este camino no puede desembarcar más en el panamá.

Un silencio glacial envolvió la reunión. Tía Macrina, levantó los hombros, truncó los labios y miró a tía Cruz; esta sacó la punta de la lengua, una lengua roja sangre, en contraste con su cara de yeso. Y le pasó por el labio superior; qué León agachó la cabeza y cartearse banalmente y, por último, mamá Zita, sin saber a punto fijo que había tomado, ignorando el acusaban a su marido de comunista, de trasnochado o de ^{mal} ^{de} ^{la} ^{manera} ^{de} ^{la} ^{vez}, hizo tres pucheros consecutivos y rompió a llorar. Tan solo en los días, desprecando el qué dirán y arrojando de valor, preguntó:

- ¿Qué quieres decir con eso de panamá?
Ante su pregunta escalar, tío Felipe miró se sonrió débilmente (la última la le exigía demasiada sangre para sonrojarse del todo), se tomó unos segundos para reflexionar y replicó:

- Quiero decir que si Felipe continúa cartearse durante por entre los pinos acabará aborrendo a los pinos; la naturaleza termina dominándola.
Aquello era más de lo que mamá Zita podía soportar, así que, tras un profundo suspiro, se desplomó sobre el respaldo del sofá mientras tía Macrina, solícita, le soplaban dulcemente en la frente y tía Cruz la acompañaba con un abanico de guardas y varillas de marfil que había tomado de la consola.

- ~~Querida~~, tú ya sabes que Felipe en materia de religión ~~es un~~

Mamá Zita entornó los ojos de nuevo (removiendo el gesto del guataón del Señor en la copia del Gólgota, de la chinaman), echó los orificios de la nariz como si fuese a mortise o a escorbutar y se deslizo:

- Pero ignora que ahora se los ámbros como las manos.
Florita, la niña, no estaba el tanto de estos comentarios. Sólo únicamente, porque se le había oído decir a tía Cruz, que papá Felipe era curandero. Y solo

cuando le preguntó a la Hermana Caridad qué era un curandero y ésta se santiguó ~~xxxxxxxxxxxx~~ sofocada y le contestó que "una especie de brujo", se dió cuenta del alcance de la desviación de papá Telmo. Gervasio, por su parte, una vez ilustrado por su hermana, se sofocaba cada vez que mamá Zita le encarecía que "pidiese por papá Telmo" y, en su interior, suplicaba a Dios que su padre dejase de ser brujo, mas al día siguiente, al sorprenderle, canturreando, con la cara enjabonada (la risa roja sobre la espuma alba del jabón), descalzo sobre las baldosas húmedas del baño, advertía, ^{acongojado,} ~~atribulado,~~ que el Señor todavía no le había escuchado.

Florita no le daba tregua, mantenía a su hermano en perpetuo sobresalto; cada tarde salía por un registro inesperado:

- Ya sé lo que es una zorra, Ger

- ¿Qué?

- Una mujer que hace pecados por dinero

- ¿Qué pecados?

- Eso todavía no me lo han dicho

Un resplandor fugaz iluminó el cerebro de Gervasio:

- A lo mejor se lavan las manos con jabón en la pila de agua bendita.

Florita encogió los hombros:

- A lo mejor

El niño quedó pensativo. Desde la tarde en que el Anselmo Llorente calificó de zorra a una de las señoritas del Friné, su cerebro no había ^{dejado de ca-} ~~conocido tre-~~ ^{vilar,} ~~gua.~~ ¿Qué habría querido decir el Anselmo Llorente? ¿Que aquella señorita era libre como un animal silvestre? ¿Que era cauta y astuta como la raposa? ¿Que era una farsante como la zorra de la fábula? Ahora, tras los informes de su hermana, sabía más o menos a qué carta quedarse e imaginaba la casa de enfrente con una pila de agua bendita detrás de cada puerta y a las muchachas rubias enjabonándose las manos en ellas hasta las axilas y soltando risotadas irreverentes ante la mirada impasible de don Minervino, el dueño. Un día, relacionando esta imagen con las conversaciones que de tarde en tarde sostenía con tío Felipe Neri, se le ocurrió la idea de, que destruir a aquellas mujeres pecadoras y purificar la casa de las puertas de colorines por el fuego, bien pudiera ser una buena causa:

cuando le preguntó a la Hermana Corrida que era un curandero y ésta se santiguó
xxxxxxx-coscosos y le contestó que "una especie de brujo", se dio cuenta del
alcançe de la desviación de papa Jaime, forvista, por su parte, una vez fustiga-
do por su hermano, se sofocaba cada vez que mamá Rita le encarecía que "pidiese
por papa Jaime" y en su interior, sufrida a Dios por su padre dejase de ser
brujo, mas al día siguiente, al sorprenderle, concurriendo, con la cara enjabo-
nada (la vista roja sobre la espuma alba del jabón), descaído sobre las baldosas
húmedas del baño, advertida, ^{asustada,} que el Señor todavía no le habla escucha-
do.

Florita no le daba tréguas, mantenía a su hermano en perpetuo sobresalto; ca-
da tarde salía por un registro insperado:
- Ya sé lo que es una zorra, gar-

- ¿Qué?
- Una mujer que hace pecados por dinero
- ¿Qué pecados?
- Eso todavía no me lo han dicho

Un respirador fúguz limpió el cerebro de Corvidor:
- A lo mejor se lavan las manos con jabón en la pila de agua bendita.
Florita encogió los hombros:
- A lo mejor

El niño quedó pensativo. Desde la tarde en que el Anselmo Lorenzo caíí-
caba de zorra a una de las señoritas del Friné, su cerebro no había conocido tre-
villas. ¿Qué habría querido decir el Anselmo Lorenzo? ¿Que aquella señorita era
fibre como un animal atibetado? ¿Que era cauta y astuta como la raposa? ¿Que era
una farfante como la zorra de la fábula? Ahora, tras los informes de su hermano,
sabía más o menos a qué carta pucharse e imaginaba la casa de entrada con una
pila de agua bendita detrás de cada puerta y a las muchachas rufas enjabonando-
se las manos en ellas hasta las axilas y sellando ríscadas irreverentes ante
la mirada inquisible de don Minervino, el dueño. La día, relacionando esta imagen
con las conversaciones que de tarde en tarde sostenía con tío Felipe Heri, se le
ocurrió la idea de, que destruir a aquellas mujeres pecadoras y purificar la
casa de las puertas de colorines por el fuego, bien pudiera ser una buena causa;

-¿Hacer el infierno para ellas, para que purguen sus pecados? ^{-indagó su} ~~-preguntó la~~
niña hermana Flora.

- Eso ^{interesada en} ~~aprovechando~~

Ver a su hermana ^{aceptando} (una idea suya exaltó a Gervasio hasta el extremo de que, sin mayor demora, empezaron a planear el incendio del Friné:

- Será como defender a Dios - dijo Flora. Como si bajara del cielo el Arcángel San Miguel con su espada de fuego

- Eso -dijo Gervasio con entusiasmo

- Como los cruzados de la Cruzada, ¿verdad?

- Eso ^{tan pronto}

Y el jueves siguiente, ^{cuando} (mamá Zita y papá Telmo salieron con Benigno en el Buick de papá León, Florita y Gervasio apilaron en la trasera del callejón periódicos ^{viejos} ~~atrasados~~ y astillas que hurtaron de la cocina de la señora Zoa, mas, apenas había prendido la llama en los papeles, irrumpió tras ellos, sin hacer ruido, el Cigüeña, el ^{antiguo} ~~viejo~~ (guardia urbano de la vereda que, al tiempo que pisoteaba los periódicos humeantes, los agarró a cada uno por una oreja:

-¿Es que no se os ocurre cosa mejor, buenas piezas?

Les taladraba el agente con su ojo revirado.

- Sólo era una hoguera -arguyó Florita

- Ya veo que era una hoguera, pero si no llego a tiempo lo mismo prendéis la casa y abrasáis la cuca a las niñas del Friné. ¿Sabe ésto don León?

La niña negó con la cabeza y, conforme subían el ancho tramo de escaleras por la alfombra granate, con el Cigüeña en medio, ambos temblaban, pero cuando papá León (que en la primera década del siglo había sido Alcalde de la ciudad durante una larga etapa) salió al vestíbulo y llamó Gerardo al Cigüeña y levantó los brazos y le dijo familiarmente, "¿cómo te va?" y le hizo pasar al gabinete, y sentarse, y le ofreció una copa de anís y un cigarro habano y, entre copa y copa, se pusieron a hablar de sus tiempos y a evocar a don Segismundo Moret y a Poli, el Patatero, y la decidida actitud del Cigüeña aquella noche, Flora y Gervasio empezaron a tranquilizarse. Y Más tarde, cuando el Cigüeña marchó, con la cara congestionada por el alco

Hacer el infierno para ellas, para que purguen sus pecados? preguntó la

Ver a su hermana acostada en una cama que se había llevado hasta el extremo de
que, sin mayor demora, empezaron a planear el intento del Finis.

- Seré como defender a Dios - dijo Flor. Como se bajara del cielo el Arcángel
San Miguel con su espada de fuego.

- Eso - dijo Gervasio con entusiasmo
- Como los cruzados de la Cruzada. ¿verdad?

- Eso
Y el jueves siguiente, cuando mamá Zita y papá Jaime salieron con Benigno en el
Butch de papá León, Florita y Gervasio bajaron en la trasera del callejón por donde
cos espadas y astillas que hurtaron de la cocina de la señora Zoa, mas, apenas ha
día prendido la llama en los papeles, trunpó tras ellas, sin hacer ruido, el Ci-
guerra, el viejo guarda urbano de la vereda que, al tiempo que pisoteaba los pape-
ditos humeantes, los agarró a cada uno por una oreja:

- Es que no se os ocurre cosa mejor, buenas piezas?
Les tallaba el agente con su ojo revirado.

- Sólo era una hoguera - arguyó Florita
- Ya veo que era una hoguera, pero si no llega a tiempo lo mismo prendéis la
casa y abrasáis la cueca a las niñas del Finis. ¿Sabe esto don León?

La niña negó con la cabeza y, conforme bajaban el ancho tramo de escaleras por la
alcoba grande, con el Ciguerra en medio, ambos contemplaban, pero cuando papá León
que en la primera década del siglo había sido Alcalde de la ciudad durante una lar-
ga etapa) salió al vestíbulo y llamó a Gervasio y Florita y levantó los brazos y se
dijo familiarmente, "cómo te va?" y se hizo pasar al gabinete y sentarse, y se en-

fricó una copa de anís y un cigarrillo habano y, entre copa y copa, se pusieron a ha-
blar de sus tiempos y a evocar a don Segismundo Morol y a Pofi, el Patafeno, y la
decidida actitud del Ciguerra aquella noche, Florita y Gervasio empezaron a transmittir-
zarse. Y más tarde, cuando el Ciguerra marchó, con la cara congestionada por el alcoh-

hol, propinándoles amistosos golpecitos en la cabeza y diciendo estos diablillos, ^{olvidado} relegado para siempre el frustrado auto de fe, Florita le preguntó a papá León:

- ¿Quién era Poli, el Patatero?

- ¡Ah, Poli! -dijo papá León esbozando una sonrisa de siete lustros de nostalgia entre sus ralas barbitas amarillentas:- Era un patatero de la calle de la Cár-cava que una noche perdió la cabeza y se encerró en su cubil con un cuchillo de co-cina en una mano y un revólver en la otra y todo se le volvía decir: "A mí los va-lientes. Al que entre, le rebano el gañote". Yo era Alcalde entonces y recuerdo que los loqueros, atemorizados, no se resolvían a ponerle la camisa de fuerza, y, en ésta fué Gerardo y, sin que nadie se lo ordenara, saltó por la ventana, se le echó enci-ma y le redujo. Fué un gesto de valor ^{al suyo} y el día de la Patrona, con la guardia forma-da en el patio del Ayuntamiento, le impusimos una medalla -se le ablandaban las pu-pilas a papá León. Gervasio volvió la cabeza perezosamente hacia él:

- ¿Es un héroe entonces el Cigüeña?

- Ah ¿con que llamáis Cigüeña a Gerardo? ^{eh?} Pues claro que es un héroe ¿Qué te creías? ¿Que no podía ser un héroe un guardia de la porra?.

...propincholes amirados gopictos en la cabeza y dicitando estas palabras
valagado para siempre el truenado auto de la Florida le preguntó a papa León:

- ¿Quién era Polt, el pastor?

- ¡Ah, Polt! -dijo papa León esbuzcando una sonrisa de steta Justro de nostalgia
que entre sus rasas barbas amarillentas:- Era un pastoreo de la calle de la Car-
cava que una noche perdió la cabeza y se encerró en su cubil con un cuchillo de cor-
cra en una mano y un revolver en la otra y todo se le volvió decir: "A mí los ve-
lentes. Al que entre, le rebano el gacha". Yo era Alcalde entonces y recuerdo que
las poderos, atemorizadas, no se resolvían a ponerle la camisa de fuerza y en esta
fue Gerardo y, sin que nadie se lo ordenara, salió por la ventana, se le echó enci-
ma y le redujo. Fue un gesto de valor y el día de la Patrona, con la guardia forma-
da en el patio del Ayuntamiento, le tapusaron una medalla -se le alfababan las pu-
pilas a papa León. Gerardo volvió la cabeza porosamente hacia él:

- ¿Es un héroe entonces el Cid?

- Ah con que ¡hanta Cidón! -Gerardo le respondió: Pues claro que es un héroe ¿qué lo
creas? ¡que no podía ser un héroe un guardia de la paz!

V

Adormecido, seguía oyendo las voces retumbantes de papá Telmo y, acto seguido, sin solución de continuidad, mezclados con sollozos, los ruegos de mamá Zita y, de nuevo papá Telmo, imponiendo su vozarrón y, otra vez, el llanto sofocado de mamá Zita, sus súplicas encarecidas, en un runrun confuso, de manera que cuando Gervasio abrió los ojos definitivamente y oyó el silencio, no supo a ciencia cierta si aquella discusión con sordina había sido un hecho real o lo había soñado. Se encaminó a la cocina:

- ¿Dónde están los papás?

- Se fueron de viaje, corona

- ¿Dónde Zoa?

- Con tus tíos, ^{a la Granja,} a ver correr las fuentes

- Y ¿por qué riñeron esta mañana?

- Regañaron por tí

- ¿Por mí, Zoa?

- A tu papá no le gustaron los disfraces que te regaló tu tío. Le ^{mandó} ordenó a Clemente que los quemara.

Clemente el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el conserje, cuidaba con esmero el pequeño jardín de la trasera de palacio. Tenía el cabello y las cejas blancos, un pelo de consistencia trabada como el algodón, albinismo que a juicio de la señora Zoa provenía de un susto, pero en cierta ocasión que Gervasio la hizo reparar en que Frutos, su hermano, también era pelicano, la señora Zoa arguyó que tal vez el del susto hubiera sido su abuelo, ya que estas cosas, por capricho del destino, salían a relucir cada dos o tres generaciones. Paciente, primoroso, de rara habilidad manual, Clemente podaba rosales, injertaba arbustos, esparcía tierra vegetal en los arriates y, en general, ^P cumplía su misión con lenta eficacia y una boba sonrisa complacida bailándole en el rostro. Aquel reducto verde, recluido entre las galerías de las casas de Giralda (que en su día motivaron un contencioso porque según don Vicente Colino, cronista de la ciudad, rompían el carácter monumental del

Adormecido, seguía oyendo las voces retumbantes de papá Telmo y, acto seguido, sin solución de continuidad, mezclados con sollozos, los ruegos de mamá Lita y, de nuevo papá Telmo, imponiendo su vozarrón y, otra vez, el llanto sofocado de mamá Lita, sus súplicas encarecidas, en un rítmico confuso, de manera que cuando Gervasio abrió los ojos definitivamente y oyó el silencio, no supo a ciencia cierta si aquella discusión con sordina había sido un hecho real o lo había soñado. Se encaminó a la

cocina:

- ¿Dónde están los papás?
- Se fueron de viaje, coronas
- ¿Dónde José?
- Con tus tíos, a ver correr las lumbas
- ¿Y don que rieron esta mañana?
- Regalaron por tí
- Por mí, José?

- A tu papá no le gustaron los distractos que te regaló tu tío. Le ordenó a Clemente que los quemara.

Clemente el sorbocudo, el hijo del señor Pedro, el conserje, cuidaba con esmero el pequeño jardín de la trasera de papá Telmo. Tanto el capullo y las cejas blancas, un pelo de consistencia trémula como el algodón, alímbimo que a juicio de la señora Lita provienta de un susto, pero en cierta ocasión que Gervasio la hizo reparar en que frutos, su hermano, también era pelicano, la señora Lita arrojó que tal vez el del susto hubiera sido su abuelo, ya que estas cosas, por capricho del destino, salen a relucir cada dos o tres generaciones. Paciente, primoroso, de rara habilidad manual, Clemente podaba rosales, interceptaba arborescentes, esparcía tierra vegetal en los arriates y, en general, cumplía su misión con lenta eficacia y una boca sonriente compactada batallando en el rostro. Aquel reducido verde, recubierto entre las galerías de las casas de Giraldes (que en su día motivaron un contencioso porque según don Vicente Colino, cronista de la ciudad, rompan el carácter monumental del

barrio), la trasera del Gobierno Civil y las tapias del jardín de las Brígidas, encerraba una honda significación para Gervasio. Por sus paseos había discurrido su primera infancia y no había rincón, árbol, piedra o arbusto, que le fuese ajeno. En la pequeña glorieta circundada por un seto de boj (que Clemente, con exceso de celo, mantenía a raya mediante recortes semanales innecesarios) Gervasio había aprendido a andar y a montar en bicicleta. Posteriormente había jugado al escondite por el jardín con los hermanos Bidegaín (Fefa y Arturo) antes de que la serrería de don ~~xxxxxxxxxx~~ Arturo quebrase y tuvieran que regresar a Toulouse junto al abuelo paterno. Otra referencia obligada: la vieja morera que sombreaba la explanada de las cocheras (en la que papá León mataba estorninos con una carabina de nueve milímetros y bajo la cual, en el buen tiempo, leía después de comer papá Telmo, sentado en una butaca de mimbre) con cuyas hojas alimentaba a los gusanos de seda al llegar la primavera. Y el estanque circular, revestido de hojas ^{muerdas,} secas, (que Clemente utilizaba para el riego y donde Flora y él atrapaban renacuajos que luego conservaban en una urna de cristal hasta que les crecían las patas y se convertían en ranas. O la grutita de rocalla, bajo el arco vegetal, con la imagen en blanco y azul de la Virgen de Lourdes, a la que rezaban devotamente el rosario las tardes luminosas de mayo, arrodillados en el césped.

Gervasio, acodado ahora en el balcón del cuarto de los armarios, ^{miraba)} veía (todo esto indiferente, los ojos fijos en Clemente apilando al pie del balcón las ropas militares de tío Felipe Neri. Y una vez que terminó de amontonar guerreras y capotes, el jardinero, como si culminara una ceremonia fúnebre, cubrió todo con la capa azul celeste (los rígidos alamares azul marino en el cuello), sacó un bidón del garaje, lo roció con gasolina y lo prendió fuego. Gervasio no se alteró. Contemplaba la hoguera con la misma pasiva curiosidad con que observara dos semanas antes el presente del tío Felipe Neri, recreándose en las llamas, ajeno al motivo que las provocaba. Le fascinaba su brillo, su caprichoso caracoleo, el humo componiendo formas monstruosas en el aire, la resistencia al fuego de galones y brandeburgos y, finalmente, tras un furioso flamear, el círculo de blancas pavesas a que quedó reducido todo, excepto las botas de campaña, tiesas y ^{negras} ~~erguidas~~ en el centro, con los acicates puestos. Como reclamado por la intensidad de su mirada, el sordomudo levantó los

- Y ¿es que Rodolfo Francisco no come?

- ¡Qué hacer!, pero ¿in parar de bailar: como mientras baila porque aquel

partido). La Escuela del Gobierno Civil y las tropas del ejército en
 cerrada una honda significación para Gervasio. Por sus pasadas había descubierto su
 primera infancia y no había nacido, árbol, piedra o arbusto, que le fuese ajeno. En
 la pequeña giratoria circundada por un caso de los que Clemente, con exceso de es-
 to, mantenía a raya mediante recortes semanales (anuncios) Gervasio había apren-
 dido a andar y a montar en bicicleta. Posteriormente había jugado el escondite por
 el jardín con los hermanos Bidegáin (feta y Arriñeta) de que la serpiente de don
 xxxxxxxx Arturo quebrase y tuviesen que regresar a Loupuzo junto al abuelo pater-
 no. Otra referencia obligada: la vieja morera que sembrada la explotación de las co-
 cheras) en la que pagó León matas estorninos con una carabina de nueve milímetros
 y bajo la cual, en el buen tiempo, feta después de comer pagó Teino, sentado en una
 butaca de mimbre) con cuyas hojas alimentada a los gusanos de seda al llegar la pri-
 mavera. Y el estandarte circular, revestido de hojas secas, ^{que Clemente utilizaba}
 para el riego y donde Flora y el arpaaban renacuajos que luego conservaban en una
 urna de cristal hasta que les crecían las patas y se convertían en ranas. O la gru-
 eta de roca, bajo el arco vegetal, con la imagen en blanco y azul de la Virgen
 de Lourdes, a la que rezaban devotamente el rosario las tardes luminosas de mayo, e-
 rodiados en el capel.

Gervasio, escudado ahora en el balcón del cuarto de los armarios, ^{miraba} ~~veía~~ todo es-
 to indiferente; los ojos fijos en Clemente apilando al pie del balcón las ropas mi-
 litares de don Felipe Heri. Y una vez que terminó de armar las guerras y capotes,
 el jardinería, como si culminara una ceremonia fúnebre, cubrió todo con la capa azul
 celeste (los rígidos alfileres azul marino en el cuello) sacó un sillon del garaje,
 lo roció con gasolina y lo prendió fuego. Gervasio no se alicó. Contemplada la ho-
 guera con la misma pasiva curiosidad con que observara las semillas antes el presen-
 te del Felipe Heri, recreándose en las líneas, ajeno al motivo que las provoca-
 ba. Le fascinaba su brillo, su caprichoso caracoles, el humo componiendo formas
 monstruosas en el aire, la resistencia al fuego de girones y prendebungos y final-
 mente, tras un furioso llamar, el círculo de blancas pavesas a que quedó reducido
 todo, excepto las botas de campaña tiesas y ^{rigidas} ~~espartas~~ en el centro, con los acetates
 puestos. Como reclamado por la intensidad de su girar, el arbolado levantó los

los ojos hasta el balcón y vió al niño, el mentón apoyado en el balaustre de hierro, atento e inmóvil. Le sonrió:

- ¿Por qué lo quemas, dí? -preguntó Gervasio.

Sin dejar de sonreír, Clemente emitió unos sonidos inarticulados, acompañados de expresivos ademanes:

- ¿Te lo mandó papá Telmo?

El mudo asintió con torpes aspavientos. Apenas tendría veinte años pero el cabello cano, la tez salpicada de pecas, le avejentaban. Continuaba sonriendo al recoger las cenizas con una pala y cuando volvió a mirar a lo alto, Gervasio había desaparecido. La señora Zoa y la Amalia charlaban en la cocina y no repararon en la irrupción de los niños:

- Y el Rodolfo Francisco ése ¿ es de por aquí?

- Del barrio de San Juan; nacido y criado, señora Zoa, sólo faltaría. No quiera saber, ¡tan plantado!. Más de tres días lleva bailando y como si tal cosa.

La vieja se iba contagiando del entusiasmo de la otra. En unos segundos trazó el plan de la tarde: al abuelo, que era comprensivo, le dejarían el vaso de leche con las galletas sobre el aparador, advirtiéndole que iban donde su cuñada para que no les aguardase. De este modo podrían permanecer en el Novelty hasta las nueve de la noche sin que nadie las echara en falta:

- Pero ¿se puede saber de qué estáis hablando? -terció Florita, harta de tanta palabrería sin sentido.

- De un concurso de baile, bonita -aclaró la Amalia, sin disimular su exaltación-. El Rodolfo Francisco, un chico de aquí, ha desafiado al Breslau, el campeón de Europa, a ver quien aguanta más. Desde el miércoles llevan dando vueltas como peonzas y el Rodolfo Francisco no se rinde. ¿Qué te parece?

La niña empezó a mostrar interés:

- Y ¿bailan solos?

- Solos o acompañados, mira. Si tu quieres no tienes más que subir al escenario y echan un baile contigo.

Gervasio observaba a una y otra sin acabar de comprender:

- Y ¿es que Rodolfo Francisco no come?

- ¡Qué hacer!, pero sin parar de bailar; come mientras baila porque aquel

los ojos hasta el balcon y vio al niño, el muchacho apoyado en el balustrado de hierro, atento e inmóvil. Le sonrió.

- Por qué lo llamas, dijo preguntó Gervasio.

Sin dejar de sonreír, Clemente emitió unas sonajas metálicas, acompañadas de expresivos ademanes:

- ¡Te lo mando pagar, te mando!

El mudo asintió con torpes espavientos. Apenas tendría veinte años pero el cabello cano, la tez salpicada de pecas, le advertían. Continuaba sonriendo al recoger las centras con una pala y cuando volvió a mirar a lo alto, Gervasio había desaparecido. La señora Iva y la Analia chisaban en la cocina y no repararon en la interrupción de los niños.

- ¿El Robotito Francisco éste ¿es de por aquí?

- Del barrio de San Juan, nacido y criado, señora Iva, sólo faltaría. No otra cosa, saber, ¡tan plantado! Más de tres días lleva bailando y como si tal cosa. La vieja se iba contagiando del entusiasmo de la otra. En unas semanas trajo el plan de la tarde: al abuelo, que era comprensivo, le dejaban el vaso de leche con las galletas sobre el aparador, advertiéndole que iban donde su cuñada para que no les guardase. De este modo podían permanecer en el Novelti hasta las nueve de la noche sin que nadie les echara en falta.

- Pero ¿se puede saber de qué estás hablando? -terció Florita, harta de tanta palabrería sin sentido.

- De un concurso de baile, bonita -añadió la Analia, sin disminuir su exaltación-. El Robotito Francisco, un chico de aquí, ha desistido al Breslau, el campeón de Europa, a ver quien aguanta más. Desde el miércoles llevan dando vueltas como peonzas y el Robotito Francisco no se rinde. ¿Qué te parece?

La niña empezó a mostrar interés:

- ¿Bailan solos?

- Sólo o acompañados, mira. Si tu quieres no tienes más que subir al escenario y echan un baile contigo.

Gervasio observaba a una y otra sin saber de comprender:

- ¿Y los que Robotito Francisco no come?

- ¡Qué hacer!, pero sin parar de bailar, como mientras baila porque aquí

que se pare, está perdido.

- Y...y...y ¿no va al retrete el Rodolfo Francisco?

La Amalia se echó a reír, con aquella su risa descarada, ~~libre, estrepitosa,~~ tan bullanguera y jovial:

-El que vaya al water también pierde, bonito. Han de hacerlo en una lata. Pero como comen poco y sudan mucho pues a ver, apenas le aprieta la necesidad.

Los barrios populares hervían aquella tarde, vivían el reto de Rodolfo Francisco como cosa propia y las calles próximas al teatro se veían atestadas a toda hora. Era una multitud inquieta y fluyente, versicolor, siempre la misma y siempre distinta, como las aguas de un río. Unos grupos entraban en el local, a animar al ídolo, mientras otros salían a la calle a respirar, comentando su resistencia, sopesando sus posibilidades. El hecho de que el joven hospiciano Roberto Francisco, ojeroso y desmedrado, hubiese desafiado al campeón de Europa, un rubio jayán, era ya un acontecimiento que hacía reventar sus pechos de orgullo patrio. En rigor, el Rodolfo Francisco, aún con leves desfallecimientos, aguantaba bizarramente al campeón, sonreía a duras penas con una sonrisa desdibujada, y, de cuando en cuando, refrenaba su ritmo para recobrase. El Breslau, por su parte, brincaba, volteaba, hacía cabriolas, levantaba a su pareja en el aire, en un alarde de potencia física. En los corrillos, la gente opinaba a media voz:

- Físicamente, el forastero está mejor preparado, las cosas como son. El Rodolfo Francisco no puede ya con su alma.

Pero la señora Zoa, la Amalia y los niños no perdían la fe en su representante. Habían logrado forzar el bloqueo de la puerta y plantados en el pasillo central contemplaban sin pestañear las evoluciones de los bailarines en el escenario. El alemán parecía, en efecto, más terne, pero nada estaba decidido aún, todo cabía esperar del pundonor del Rodolfo Francisco. El teatro era un horno. De la barroca lámpara del centro pendían gallardetes y serpentinas y en los apliques laterales ondeaban banderas españolas y alemanas. A través del humo de los cigarrillos y el polvo en suspensión, se divisaba el proscenio, ornado con banderas y cintas de colores, ceñido por una colgadura e iluminado por cuatro potentes focos. Relevándose en breves periodos, media docena de músicos, tocaban afligidamente en el foso bailables

que se pare, está verídico.

- Y... ¿no va al teatro de Roberto Francisco?

La Anaís se echó a reír, con aquella su risa descarada, libre, estrepitosa.

tan bulliciosos y joviales:

- El que vaya al teatro también está bien. Han de hacerlo en una sala. Pe-

ro como comen poco y sudan mucho pues a ver, apenas se aprueba la necesidad.

Los barrios populares miraban aquella tarde, vivían el reto de Roberto Francisco como como cosa propia y las calles próximas al teatro se veían testadas a toda hora.

Era una multitud inquieta y fúlgida, variocolor, siempre la misma y siempre distinta, como las aguas de un río. Unos grupos entraban en el local, a animar al teatro,

mientras otros salían a la calle a respirar, comentando su resistencia, sobesando sus posibilidades. El hecho de que el joven haciciano Roberto Francisco, ojeras y

desmedrado, hubiese desafiado al campeón de Europa, un rubio jayán, era ya un acontecimiento que hacía reventar sus pechos de orgullo patrio. En rigor, el Roberto

Francisco, aún con leves desfajamientos, aguantaba disarraigado al campeón, soneto a duras penas con una sonrisa desolada, y, de cuando en cuando, retirándose

su ritmo para recobrarlo. El Breñán, por su parte, brincaba, volteaba, hacía cas-
tradas, levantaba a su paraja en el aire, en un alarde de potencia física. En los

corrillos, la gente opinaba a media voz:

- Precisamente, el fortísimo está mejor preparado, las cosas como son. El Ro-

berto Francisco no puede ya con su rival.

Pero la señora Zoa, la Anaís y los niños no perdían la fe en su representante.

Habían logrado forzar el bloqueo de la puerta y plantados en el patio central con-
templaban sin pestañear, las evoluciones de los bailarines en el escenario. El aire

era perfecto, en efecto, más tenue, pero nada estaba decidido aún, cada cabeza espe-
raba del dandón del Roberto Francisco. El teatro era un horno. De la parroquia jam-

para del centro pendían galardones y serpentinas y en las esquinas laterales ondea-
ban banderas españolas y alemanas. A través del humo de los cigarrillos y el hervor

en suspensión, se divisaba el proscenio, ornado con banderas y cintas de colores,
ceñido por una colgadura e iluminado por cuatro potentes focos. Releándose en bre-

ves períodos, media docena de músicos, tocaban atipadamente en el foro palabras

pegadizos que algún sector del público coreaba con pasión. De pie, en el pasillo, Gervasio entornaba los ojos escocidos:

- ¿Quién es el Rodolfo Francisco, Amalia?

- El del chaleco negro y las alpargatas, el moreno, el más flaco, ¿es que no le ves? ¡Madre, que majo está!

Aprovecharon la salida de un grupo para sentarse. La superioridad de Breslau, con sus rubias melenas al aire, danzando con dominio y arrogancia, era notoria. El Rodolfo Francisco, muy pálido y tenue, le replicaba, seguía el ritmo en tono menor, aunque, en ocasiones, sobreponiéndose a la fatiga, hacía un giro sobre sí mismo arrancando aullidos de entusiasmo en la multitud. De momento, ambos bailaban un tango, las parejas avanzaban hasta las candilejas deteniéndose en el mismo borde de la escena, y reculaban luego, subrayando sus pasos, avivando con un lascivo contoneo la cadencia de la pieza, displicentes ellos, desmelenadas las muchachas, sudorosos ambos, dos medias lunas de humedad bajo las axilas. Y el público, siempre renovado, enfervorizado, gritaba, rugía, aplaudía, silabeaba a grandes voces el nombre de su paisano:

- ¡Ro-dol-fo-, Ro-dol-fo-, Ro-dol-fo!

De vez en cuando alguno, más exaltado, arrojaba al tablado algún objeto (gorras, sombreros, botas de vino, petacas) y refrendaba estentóreamente su gesto:

- ¡Viva la madre que te parió!

Junto a la Amalia se sentaba una mujer joven, (con un niño mofletudo, dormido entre los brazos) que no hacía más que asentir con la cabeza y repetir:

- Madre, y así cuatro días con cuatro noches, que se dice pronto.

Gervasio, entre las dos mujeres, observaba las evoluciones del Rodolfo Francisco, su descolorida tez, las abultadas ojeras que sombreaban sus ojos:

- El Rodolfo Francisco está muy cansado, Zoa; me parece a mí que va a perder.

Un hombrón del pueblo, con la boina calada, volvió la cabeza desde la fila delantera:

- Aguarda, chaval; al español lo que le falta en posturas le sobra en redaños.

Ya veremos quien pierde.

Un hombre consumido, en mangas de camisa, con pantalón marrón y tirantes rojos, surgió de entre las bambalinas, se llevó a los labios una bocina verde, mayor que la del gramófono de papá León, y voceó:

- ¡Atención, señoras y señoritas! Aquellas de ustedes que deseen bailar una

pedidos que algún sector del público correía con pasión. De pie, en el pasillo,
 Gervasio entornaba los ojos especiosos:
 - ¡Quién es el Roberto Francisco, Amalia?
 - El del chaleco negro y las rigotas, el noveno, el más flaco, ¿es que no
 le ves? ¡Madre, que majo está!

Aprovecharon la salida de un grupo para reírse. La superioridad de Breslau, con
 sus rubias melenas al aire, danzando con dandito y arrogancia, era notoria. El Ro-
 dofo Francisco, muy pálido y tenue, le replicaba, segura el ritmo en tono menor,
 aunque, en ocasiones, sorprendiéndose a la fatiga, hacía un giro sobre sí mismo a-
 rrancando aullidos de entusiasmo en la multitud. De momento, ambos bailaban un tan-
 go. Las parejas avanzaban hasta las candelillas deteniéndose en el mismo borde de la
 escena, y recubaban luego, subrayando sus pasos, avanzando con un fásctico contoneo.
 La cadencia de la pieza, displicentemente ellos, desmelendaba las muchachas, sudorosas
 ambos, dos medias lunas de humedad bajo las axilas. Y el público, siempre renovado,
 entorpecido, gritaba, rugía, ahuchaba, ahuchaba a grandes voces el nombre de su
 paísano:

- ¡Ro-dofo-fo-, Ro-dofo-fo-, Ro-dofo-fo!

De vez en cuando alguno, más exaltado, arrojaba al aire algún objeto (gorras,
 sombreros, botas de vino, patacas) y retorcía escandalosamente su gesto:
 - ¡Viva la madre que te parió!

Junto a la Amalia se sentaba una mujer joven (con un niño melindado, dormido entre
 los brazos) que no hacía más que asentir con la cabeza y repetir:
 - Madre, y así cuatro días con cuatro noches que se dice madre.

Gervasio, entre las dos mujeres, observaba las evasiones del Roberto Francisco,
 su descolorida tez, las ahuchadas ojeras que señalaban sus ojos:
 - El Roberto Francisco está muy cansado. ¡Ojalá me parezca a mí que ya a perder.
 Un hombre del pueblo, con la botina caída, volvió la cabeza desde la fila delantera:
 - ¡Aguarda, chaval! al español le que le falta en posarse le sobre en redomas.
 Ya veremos quien pierde.

Un hombre consumido, en mangas de camisa, con pantalón harén y tirantes rojos,
 surgió de entre las bambalinas, se llevó a los lados una botina verde, mayor que
 la del grandísimo de papa león, y vocó:
 - ¡Atención, señoras y señoritas! ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención!

pieza con cualquiera de nuestros dos grandes campeones tengan la amabilidad de subir a escena. Están a punto de cumplirse las ^{cién} primeras ~~cién~~ horas de competición.

La Amalia no vaciló:

- Eche un ojo a la cartera, señora Zoa. Yo no me pierdo un chotis con el Rodolfo Francisco - se incorporó

- Y ¿el Anselmo Llorente?

- A ése que le den tila

- Y ¿si luego os arregláis?

Pero la Amalia ya estaba en el pasillo, iniciando el trasiego entre la platea y la escena, donde las nuevas parejas reanimaban a los bailarines, hasta el punto de que, cuando el Rodolfo Francisco ciñó la breve cintura de la Amalia y la chica, arrastrando levemente la pierna derecha, echó hacia atrás la cabeza levantando sus cejas diabólicas, entreabriendo sus labios rojos (tan descotada y ceñida, tan insinuante) sonriendo al respetable, una voz potente gritó desde el paraiso:

- ¡Con la coja vas más ligero!, ¿eh, Rodolfo?

La mujer joven del niño en brazos se volvió hacia la señora Zoa, parpadeó varias veces como si le picasen los ojos, y preguntó, señalando el proscenio con un movimiento de cabeza:

- ¿Es su compañera?

- Sí, es mi compañera

- Pues ya es exagerada, ya. Se ve que la cojera no la acobarda.

Arreciaban los gritos y el Rodolfo Francisco, con la Amalia entre los brazos, giraba sin pausa, sosteniéndose a veces sobre la punta de un pié, pero la luz de sus ojos, bajo el ensortijado cabello, era cada vez más mortecina. Empero la Amalia, cuando regresó, muy oronda, a su butaca manifestó que el Rodolfo Francisco estaba entero, que era un hombre muy hombre y que el resultado del desafío estaba por ver. Muy agitada y nerviosa, se arregló el pelo y el escote, se empolvó las mejillas sudorosas, sonrió como para sí con íntima complacencia, y les dijo a los niños:

- De ésto ni una palabra a la mamá, ¿habéis oído?

Y, por encima de las cabezas de los pequeños, ~~la~~ advirtió a la señora Zoa:

plaza con cualquier de nuestros dos grandes campeones tengan la ambición de su-
bir a escena. Están a punto de cumplir las primeras horas de competición.

La Amalia no vaciló:

- Eche un ojo a la carrera, señora Lola. Yo no me pierdo un chetito con el Ro-

berto Francisco - se incorporó

- Y el Anselmo Llorente?

- A ese que le den tita

- Y así luego se arregláis?

Pero la Amalia ya estaba en el pasillo, intuyendo el fríasco entre la plaza
y la escena, donde las nuevas parejas reanimaban a los bailarines, hasta el pun-
to de que, cuando el Roberto Francisco citó la breve cintura de la Amalia y la chi-
ca, arrastrando levemente la pierna derecha, echó hacia atrás la cabeza levantando
sus cejas diabólicas, entreabriendo sus labios rojos (tan descosada y coñida, tan
instantánea) sonriendo al respetable, una voz potente gritó desde el pasillo:

- ¡Con la caja vas más ligero, con, Roberto!

La mujer joven del niño en brazos se volvió hacia la señora Lola, parpadeó va-
rias veces como si le picase los ojos, y preguntó, señalando el proscenio con

un movimiento de cabeza:

- ¿Es su compañera?

- Sí, es mi compañera

- Pues ya es exagerada, ya se va que la cajera no la soportas.

Aparecieron los gritos y el Roberto Francisco, con la Amalia entre los brazos,
daba sin pausa, sosteniéndose a veces sobre la punta de un pie, pero la luz de
sus ojos, bajo el ensortijado cabello, era cada vez más torrencial. Esperó la Am-
lia, cuando regresó, muy oronda, a su butaca manteniéndose que el Roberto Francisco es-
taba entero, que era un hombre muy hombre y que el resultado del desafío estaba
por ver. Muy agitada y nerviosa, se arregló el pelo y el escote, se empalmo las
mejillas sudorosas, sonrió como para sí con íntima complacencia, y les dijo a los

niños:

- De esto ni una palabra a la mamá, ¡habéis oído!

Y, por encima de las cabezas de los pequeños, se abalanzó a la señora Lola:

- Y si acaso me arreglase con el Anselmo Florente no le vaya usted a ir con el cuento. ¡Menuda las gasta ése!

Concluidos los bailes con las espontáneas, el hombrecillo de los tirantes rojos consultó con el jurado, a un costado del escenario, cambió una impresión, uno por uno, con los cinco miembros que lo componían, y, se aproximó de nuevo a las candilejas con la bocina:

- Distinguido público -anunció. Tengo el honor de comunicarles que los dos campeones acaban de rebasar el tope de cien horas establecido por el jurado y, en vista de que ambos permanecen en liza, éste da por terminada la competición con el resultado de empate. Cien horas para el campeón europeo Herman Breslau y cien horas para el representante español Rodolfo Francisco. ¡Un fuerte aplauso, señores espectadores, para ambos campeones!

Algo así como un trueno horrisono, interminable, estalló en el teatro; una ovación unánime, ensordecedora, apostillada con voces desgañitadas (¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!) y flamear de pañuelos, bufandas y prendas de abrigo, mientras los bailarines se adelantaban hasta el proscenio, sonriendo, saludando, y la mujer del niño en brazos, complacida por el fallo, reconocía ante la señora Zoa:

- Han echado una manita al de casa como debe ser, ¿no le parece?

Mas el hombrecillo de los tirantes rojos, creyendo advertir cierto desencanto en la cara del alemán, le puso la bocina verde en la boca, circunstancia que aprovechó el Breslau para dirigirse a la concurrencia:

-Mí acegtag veguedicto jugado y felicitag advegsaguio Godolfo. Pego en atención a este guespetable público, mí continuag una hoga más valsando.

Entonces, inesperadamente, ocurrió todo.

Tras el cortés aplauso con que fueron acogidas las palabras del alemán, el Rodolfo Francisco, extenuado, reclamó a su vez, la bocina y con voz entrecortada, declaró que también él seguiría bailando una hora más, en homenaje al público, porque -concluyó, elevando la voz mediante un esfuerzo- : "lo que haga un alemán, también puede hacerlo un español". Una ovación atronadora remató sus palabras, la orquestina, inició el pasodoble España cañí, y en las localidades

- Y si acaso me arregiase con el Anselmo-Lorenzo no le voy a ir
con el cuento. ¡Manda las gaitas esas!

Concluidos los debates con las espontáneas, el honorífico de los tirantes
rojos consultó con el jurado, a un costado del escenario, cómo una impresión
uno por uno, con los cinco miembros que lo componían. Y se aproximó de nuevo
a las canchales con las bocinas:

- Distinguido público - anunció. Tenga el honor de comunicarme que los
dos campeones acaban de repasar el tope de cinco horas establecido por el jurado
de y, en vista de que ambos permanecen en líta, éste se por terminada la compo-
sición con el resultado de empate. Cinco horas para el campeón europeo Herman
Breslau y cinco horas para el representante español Roberto Francisco. ¡Un fuer-
te aplauso, señores espectadores, para ambos campeones!

Algo así como un trueno horrisono, interminable, estalló en el teatro; una o-
vocación unánime, ensordecedora, apostillada con voces desahucadas (¡Ro-dol-fo,
Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!) y fímar de pañuelos, bufandas y prendas de abrigo, mien-
tras los bailarines se adelantaban hasta el proscenio, sonriendo, saludando. Y
la mujer del niño en brazos, compactada por el fallo, reconoció ante la señora

Joan:
- Han echado una manita al de casa como debe ser, ¿no le parece?
Mas el honorífico de los tirantes rojos, orgulloso de su cierto desman-
to en la cara del alemán, le puso la bocina verde en la boca, circunstancias que
aprovechó el Breslau para dirigirse a la concurrencia:

- ¡Mi acepto vuestro juego y felicito al representante Roberto. Pego en stan-
ción a este gusperaje público, ni continúo una hora más valiendo.
Entonces, inesperadamente, ocurrió todo.

Tras el cortez salazo con que fueron acogidas las palabras del alemán, el
Roberto Francisco, exclamando, reclinó a su vez, la bocina y con voz entrecorta-
da, declaró que tachaba el segundo bailarín una hora más, en homenaje al pú-
blico, porque - concluyó, elevando la voz mediante un estertor - "lo que haga
un alemán, también puede hacerlo un español". Una ovación atronadora remató sus
palabras, la orquestina, intentó el pasodoble español casi, y en las localidades

altas, entre bravos y vítores a España, los espectadores empezaron a arrancar las banderolas de los apliques y a agitarlas en el aire, en un clima enloquecido de exaltación patriótica, y, entre el clamor, los hurras, el flamear de banderas y la música ^{pujante} enardecida, Gervasio, puesto en pie, fuera de sí, rompió a aplaudir, a corear con calor los vítores a España, hasta que inopinadamente, sintió una sacudida en el colodrillo, y, al mismo tiempo, como el filo de una navaja barbera recorriéndole la espina dorsal, en tanto le nacía en la piel, una energía autónoma, fría, eréctil, y una sensación extraña en la cabeza, como si alguien le destocase, le despojase de un sombrero demasiado prieto y tirase de sus cabellos hacia arriba. Gervasio quedó inmóvil, asido a la butaca delantera, sobrecogido, los pelos disparados, ^{como cohetes,} pero el público, pendiente de los bailarines, no reparó en él, hasta que el niño de la vecina, al descubrir su cabeza aleonada, emitió un alarido adulto y, restregando su carita contra el regazo de su madre, prorrumpió en un llanto convulso, lo que indujo a esta a recoger la mirada y toparse, asimismo, con la enorme cabezota de Gervasio. Gritó la joven madre, los ojos desorbitados y, sin dudarle un momento, puesta en pié, aterrorizada, protegiendo al niño con sus brazos, huyó, chillando, por el extremo opuesto de la fila. Pero antes de que alcanzara el pasillo, la señora Zoa, estupefacta, zamarreaba ya a Gervasio, le propinaba cautos sopapos en las mejillas, intentando volverlo en sí:

- ¡Habrás visto! ¿Puede saberse que te pasa? ¿Por qué te pones así?

Por su parte, la Amalia, encogida en la butaca, las manos a las mejillas, sollozaba:

- ¡Mire qué cabeza se le ha ido a poner al niño, señora Zoa! ¿Qué le vamos a decir ahora a la señora?

Entretanto, Gervasio, sus ojos grisamarillentos fijos en el escenario, se iba distendiendo conforme remitía el delirio del público, cedía la fuerza helada que escarapelaba su piel y, con ella, la tirantez de sus cabellos, que, paulatinamente, se iban asentando, devolviendo ~~paso a paso~~ a la cabeza su configuración normal. La vecina, escapaba ya por el lateral hablando sola, acunando al niño que no cesaba de berrear, lanzando sobre Gervasio furtivas miradas de hostilidad. Arriba, aún sonaban algunas exclamaciones esporádicas, incluso algún que otro rezagado "¡Viva España!", pero el paroxismo iba decreciendo y, con él, el transporte de Gervasio, iden-

... entre bravos y vítores a España, los espectadores empezaron a arrojarse las
banderolas de los apliques y a agitarse en el aire, en un clima entusiasmado de ex-
altación patriótica, y entre el clamor, los huras, el flamar de banderas y la
música ensordecedora, Gervasio, puesto en pie, fuera de sí, empezó a alabrar, a corear
con calor los vítores a España, hasta que repentinamente, sintió una sacudida en el
colodrillo. Y al mismo tiempo, como el filo de una navaja barbers recorriéndole la
espina dorsal, en tanto le hacía en la piel, una energía autónoma, fría, erectil, y
una sensación extraña en la cabeza, como si alguien le descosiera, se despojara de
un sombrero demasado prieto y tirase de sus cabellos hacia arriba. Gervasio quedó
inmóvil, asido a la butaca delantera, sorprendido, los pelos disparados, pero el público,
pendiente de los batallas, no reparó en él, hasta que el niño de la vecina,
al descubrir su cabeza enonada, emitió un alarido adulto y, restregando su carita
contra el regazo de su madre, prorumpió en un llanto convulso, lo que indujo a es-
ta a recoger la mirada y torcerse, asimismo, con la enorme cabeza de Gervasio. Gervasio
tó la joven madre, los ojos desorbitados y, sin dudarle un momento, puesta en pie,
aterrorizada, protestando al niño con sus brazos, huyó, chillando, por el extremo
opuesto de la fila. Pero antes de que alcanzara el pasillo, la señora los, estupe-
facta, zamarreaba ya a Gervasio, le propinaba caídas sonoras en las mejillas, inten-
tando volverlo en sí:

- ¡Hábrase visto! ¿Puede saberse que se pasa! ¿Por qué se pone así?

Por su parte, la Amalia, encogida en la butaca, las manos a las mejillas, so-

llozaba:

- ¡Mire qué cabeza se le ha ido a poner el niño, señora! ¡Qué le vamos a

decir ahora a la señora!

Entretanto, Gervasio, sus ojos prismáticos fijos en el escenario, se iba
distendiendo conforme remitía el delirio del público, cada vez fuerza helada que es-
carpeaba su piel y, con ella, la trancas de sus cabellos, que, paulatinamente, se
iban asentando, devolviendo paso a paso a la cabeza su configuración normal. La ve-
cina, escapada ya por el lateral hablando sola, acunando al niño que no cesaba de
berrar, lanzando sobre Gervasio furiosas miradas de hostilidad. Arriba, aún sona-
ban algunas exclamaciones esporádicas, incluso algún que otro resacaído "¡Vive Espa-
ña!", pero el paroxismo los desecó y, con él, el transporte de Gervasio, iden-

tificado con el ambiente, tránsido y fatigado. La señora Zoa, tratando de protegerle, le había cogido en brazos:

- Anda, corona, duérmete -y tan pronto el niño entornó los ojos, se dirigió autoritaria a Florita: - ¿Qué es lo que le ha pasado en la cabeza a tu hermano, dí?

- ¡Yo que sé, Zoa! A lo mejor es eso de héroe que dice papá León.

- ¿Es que los héroes se ponen así?

- ¡Que yo no lo sé, Zoa! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Una hora después, al grito de "¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!", la multitud asaltó el escenario, acomodó al despernado muchacho sobre los hombros de un moza-llón de cortas extremidades y, de esa guisa, seguidos por un vocinglero grupo de incondicionales, que vitoreaban al campeón, abandonaron el local entre fervorosos aplausos, que siguieron luego a lo largo de la calle y no cesaron hasta que el Rodolfo Francisco, a hombros, rodeado de una joven multitud enardecida, hizo su entrada triunfal en el barrio.

- Yo no las hago, Amalia -repitió el niño- Me pasan.

Ahora la chica taconeaba bruscamente por el pasillo para llamar la atención del viejo, pero al llegar al comedor y ver la merienda intacta, sobre la bandeja de plata, tal como la había dejado, y no escuchar su voz, algo como un oscuro presentimiento atravesó su cabeza. Yo vió sobre sus pasos y requirió a Gervasio:

- Anda, ve donde el abuelito y preguntale por qué no ha tomado la leche, que si está enfermo.

Al pulsar el interruptor, el niño le descubrió, derrumbado sobre la alfombra de nudos, en la cabeza la boina roja del general, los lentos rotos junto a la pata de la silla, el brazo izquierdo engarabitado contra su pecho. No se resolvió a franquear el umbral y pidió ayuda a grandes voces:

- ¡Zoa, Amalia, Flora, venir, papá León se ha muerto!

Arrodilladas junto a él, fue la vieja la primera en advertir que todavía estaba viva:

- Anda, Amalia, ve de una carrera a avisar a don Justino.

La boina se le había caído y Gervasio se la volvió a poner sobre la frente y la señora Zoa, nerviosa, le reprendió, que no jugara con estas cosas, y Florita se echó a llorar, que le daba miedo, y, en tanto Gervasio procuraba consolarla, papá

lítico con el ambiente, cansado y fatigado. La señora Los, tratando de protegerle, le había cogido en brazos:
- Anda, conona, duérmate y tan pronto el niño encorne los ojos, se dirigió a Florita: - ¿Qué es lo que le ha pasado en la cabeza a tu hermano, di? - ¡Yo que sé, Los! A lo mejor es eso de herpes que dice papá León.
- ¿Es que los herpes se ponen así?
- ¡Que yo no lo sé, Los! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Una hora después, el grito de "¡Ro-dol-to, Ro-dol-to!". La multitud asaltó el escenario, acomodó al despertado muchacho sobre los hombros de un mozo. Jón de cortas extremidades y, de esa guisa, seguidos por un vociferante grupo de incondicionales, que vitoreaban al campeón, abandonaron el local entre fervorosos aplausos, que siguieron luego a lo largo de la calle y no cesaron hasta que el Ro-dolfo Francisco, a hombros, rodeado de una joven multitud entusiasmada, hizo su entrada triunfal en el barrio.

VI

En la casa en tinieblas, apenas se oían los crujidos del entarimado bajo los muebles macizos y, lejos, amoriguada por los cristales de los balcones, la voz ~~destemplada~~ ^{arrastrada} de un borracho cantando en el callejón, ante la iglesia de Santa Brígida. La Amalia encendió la luz del vestíbulo y se detuvo un momento, escuchando:

- A tu abuelito ni se le siente. No se habrá acostado, ¿verdad?

La Amalia trataba de congraciarse con el pequeño a quien, de regreso a casa, excitada aún por los acontecimientos de la tarde, había regañado en el tranvía:

- Y tú, ¿a qué ton haces esas boberías? No se te puede llevar a ninguna parte.

- Yo no las hago, Amalia.

- Estamos apañados; las haré yo entonces.

- Yo no las hago, Amalia - ~~repetió~~ ^{repitió} el niño - Me pasan.

Ahora la chica taconeaba briosamente por el pasillo para llamar la atención del viejo, pero al llegar al comedor y ver la merienda intacta, sobre la bandejita de plata, tal como la había dejado, y no escuchar su voz, algo como un oscuro presentimiento atravesó su cabeza. Volvió sobre sus pasos y requirió a Gervasio:

- Anda, ve donde el abuelito y pregúntale por qué no ha tomado la leche, que si está enfermo.

Al pulsar el interruptor, el niño le descubrió, derrumbado sobre la alfombra de nudos, en la cabeza la boina roja del general, los lentes rotos junto a la pata de la mesilla, el brazo izquierdo engarabitado ^{bajo} ~~contra~~ su pecho. No se resolvió a franquear el umbral y pidió ayuda a grandes voces:

- ¡Zoa, Amalia, Flora, venir, papá León se ha muerto!

Arrodilladas junto a él, fué la vieja la primera en advertir que todavía alentaba:

- Anda, Amalia, ve de una carrera a avisar a don Justino.

La boina se le había caído y Gervasio se la volvió a poner sobre la frente y la señora Zoa, nerviosa, le reprendió, que no jugara con estas cosas, y Florita se echó a llorar, que le daba miedo, y, en tanto Gervasio procuraba consolarla, papá

En la casa en tinieblas, apenas se oían los crujidos del escarabajo bajo los
 muebles macizos y, lejos, amortiguada por las cristales de las balcones, la voz
 de una mujer.
 - La Anita encendió la luz del vestíbulo y se detuvo un momento, escuchando
 - A tu abuelito ni se le ocurre. No se había acordado, ¿verdad?

La Anita trató de concretarse con el segundo a quien, de regreso a casa,
 excitada aún por los acontecimientos de la tarde, había preguntado en el vestíbulo:
 - Y tú, ¿a qué con esas historias? No se te puede llevar a ninguna par-

- Yo no las hago, mamá.
 - Estamos cansados, las hará yo entonces.
 - Yo no las hago, Anita. ¿Por qué el niño no pasa?

Ahora la chica reconocía el momento por el cual le pareció llamar la atención del
 viejo, pero al llegar al cuarto y ver la mota blanca sobre la alfombra de
 guata, tal como la había dejado, y no escuchar su voz, algo como un oscuro presen-
 timiento atravesó su cabeza. Volvió sobre sus pasos y repitió a Gertrude:
 - Anda, ve donde el abuelito y preguntale por qué no ha traído la leche, que
 si está enfermo.

Al pulsar el interruptor, el niño se descubrió, dormido sobre la alfombra de
 guata, en la cabeza la botina roja del general, los lentes rojos junto a la boca de
 la mesita, el brazo izquierdo enjambado en el pecho. No se resolvió a fran-
 quear el umbral y pidió ayuda a grandes voces:

- ¡Tos, Anita, Flora, venir, qué león se ha muerto!
 Arrodilladas junto a él, fue la vieja la primera en advertir que todavía al-

- Anda, Anita, ve de una carrera a avisar a don Justino.
 La botina se le había caído y Gertrude se la volvió a poner sobre la frente y la
 señora los nervios, le reprendió, que no jugará con estas cosas, y Flora se ar-
 rodó a Flora, que le daba miedo, y, en tanto Gertrude procuraba consolarla, pasó

León se rascó la barba con la mano izquierda haciendo patente la parálisis de la derecha, y, entonces, la niña se llevó las suyas a los ojos y les volvió la espalda, chillando:

- ¡Papá León se ha muerto por la mitad!

En ese instante, irrumpieron atropelladamente en la alcoba don Justino, mamá Zita y el resto de los excursionistas, que habían coincidido en el portal, y la primera medida del doctor fué apartar la boina del enfermo, pero Gervasio le advirtió que era voluntad ^{su} de papá León morir con ella puesta y mamá Zita, presa de un temor supersticioso, pretendió colocársela de nuevo, con tan mala fortuna que le ^{tapó} cubrió los orificios de la nariz y, entonces, papá León, estiró por dos veces la pierna izquierda y el médico la reconvino:

- Cuidado señora, puede usted asfixiarle -con una rodilla en el suelo, levantó los ojos hacia los tíos que le acechaban y añadió:-¿ Pueden ustedes dejarme unos minutos a sôlas con el enfermo?.

Un cuarto de hora más tarde, mamá Zita se presentó con los ojos llorosos en el salón, donde los tíos se habían reunido:

- Una hemiplejia -aclaró- : Dada su edad, don Justino no cree que salga de ella, pero, si saliese, sería en una silla de ruedas.

Las tías y Crucita rompieron a llorar, los hombres dejaron de discutir bajo la campana de la chimenea, y ~~de improviso~~, tío Felipe Neri arrugó el hociquito como si le amagase la náusea y se derrumbó en el diván bisbiseando, los cristales de los lentes empañados, y en tanto papá Telmo le atendía, aflojándole el cuello de la guerrera y la pretina del pantalón, tío Vidal daba vueltas alrededor de la sala, soslayando los muebles, elevando los ojos al techo, pasándose de cuando en cuando la blanca mano del solitario por la sonrosada calva. Tío Felipe Neri suspiró y dijo débilmente:

- Gracias, Telmo.

Papá Telmo se incorporó y se dirigió al grupo de mujeres. Apuntó con dignidad profesional:

- Estos episodios suelen prolongarse. No son cosa de un día ni de dos -miró a tío Felipe Neri y añadió: - Convendría organizar turnos de vela antes de que todos terminemos agotándonos inutilmente.

León se rasó la barba con la mano izquierda haciendo patente la parálisis de la derecha, y entonces, la niña se llevó las suyas a los ojos y las volvió a espaldas, chillando:

- ¡Papa León se ha muerto por la mitad!

En ese instante, irrumpieron atropelladamente en la alcoba don Justino, mamá Lita y el resto de los excursionistas, que habían escuchado en el portal, y la primera medida del doctor fue apartar la cama del enfermo, pero después de un estudio que era voluntad de papá León morir con ella puesta y mamá Lita, presa de un temor supersticioso, presentó objeciones de nuevo, con tales razones que le cubrió los oídos de la nariz y, entonces, papá León, estiró por dos veces la pierna izquierda y el médico la recombinó:

- Cuidado señora, puede usted estirarse - con una rodilla en el suelo, levantó los ojos hacia los tios que lo acechaban y añadió: - Pueden ustedes dejarme unos minutos a solas con el enfermo?

En cuanto de hora más tarde, mamá Lita se presentó con los ojos fijos en el salón, donde los tios se habían reunido:

- Una hemiplejía - aclaró - dada su edad, don Justino no cree que siga de vida, pero, si saliese, sería en una silla de ruedas.

Las tías y Cruzita rompieron a llorar, los hombres dejaron de discutir bajo la campana de la chimenea, y don Justino, el Felipe Neri arrojó el bastón como si le amagase la náusea y se derrumbó en el diván bostezando, los cristales de los lentes empañados, y en tanto papá León le atendía, él hacía el ruido de la guirra y la pretina del pantalón, él Vidal daba vueltas alrededor de la sala, soñando y dando los muebles, elevando los ojos al techo, pasándose la mano en cuando se plantaba la mano del solitario por la sonrosada carne. El Felipe Neri suspiró y dijo débil-

- Gracias, Telmo.

Papa Telmo se incorporó y se dirigió al grupo de mujeres. Apuntó con dignidad profestional:

- Estos episodios suelen prolongarse. No son cosa de un día ni de dos - miró a Felipe Neri y añadió: - Conviendría organizar turnos de vela antes de que todos terminemos apotándonos fuertemente.

Y allí mismo se establecieron los turnos de vela, por parejas, procurando armonizar éstas por edad y sentido de la responsabilidad: tía Cruz y tío Felipe Neri, tía Macrina y tío Vidal, mamá Zita y la señora Zoa y Crucita y papá Telmo. Una pareja velaba, día y noche, al enfermo y las restantes dormitaban o vagaban por la casa como sombras, en espera de su turno, pendientes de las novedades que llegaban de la alcoba, por lo general fútiles e insignificantes:

- Papá ha movido un párpado
 - Al abuelo se le ha escapado un viento
 - A veces da la impresión de que quiere escribir algo con la mano izquierda.
- ¿Por qué no le damos un lapicero?

Nada, fruslerías, ningún cambio fundamental. Papá León yacía inmóvil, tumbado del lado derecho y, con cierta frecuencia, se llevaba la mano izquierda hasta la barba y la atusaba de arriba abajo. Nadie volvió a retirarle la boina ("Es su última voluntad y, por encima de todo, debemos respetarla", había sentenciado mamá Zita) pero la presión de la almohada o el peso de la placa dorada ("Dios, Patria, Rey") la desequilibraban y el ^{vigilante} ~~velador~~ (de turno volvía a enderezarla, pero la falta de colaboración del enfermo, hacía que se torciese de nuevo, le volara sobre los ojos a modo de visera, de tal forma que papá León moribundo, le recordaba a Gervasio al renegrado piñero que cada sábado recorría las rúas del viejo barrio pregonando su mercancía. Don Justino, que visitaba a papá León mañana y tarde, sugirió un día poner la boina en la mesilla de noche, sobre la jarra del agua, para que la viera si abría los ojos, pero mamá Zita argumentó que, antes de ^{darle el ab-} ~~caer fulmina-~~ do, su padre se la había puesto en la cabeza, lo que denotaba su deseo, argumento que don Justino ponía en duda puesto que "estos accidentes circulatorios eran tan ^{fulminantes} imprevisibles que no daban tiempo de ponerse o quitarse nada y, por tanto, lo más probable era que el abuelo estuviera enredando con la boina cuando le sorprendió el trombo". Mamá Zita, no dió su brazo a torcer y tan solo se avino a destocarle unos minutos, por respeto al Señor, cuando don Urbano subió de la parroquia para administrarle la Santa Unción.

Fuera de las horas de colegio, con la familia pendiente del abuelo, Gervasio discurría por la casa como huído. Muy afectada, Flora, lloraba, comía poco, pade-

Y allí mismo se establecieron los turnos de veías, por parejas, procurando ar-
monizar éstas por edad y sentido de la responsabilidad: la Cruz y el Felipe Her-
nández y la Vidal, mamá Zita y la señora Los y Cructa y papá Felipe. Una pa-
reja veía de día y noche, al enfermo y las restantes dormían o vagaban por la
casa como sombras, en espera de su turno, momentos de las novedades que llegaban
de la alcaida, por lo general fútiles e insignificantes:

- Papá ha movido un bocado

- Al abuelo se le ha escapado un viento

- A veces da la impresión de que quiere escribir algo con la mano izquierda.

¡Por qué no le damos un lápiz?

Nada, frustradas, ningún cambio fundamental. Papá León hacía travesía, tumbado
del lado derecho y, con otras frecuentes, se llevaba la mano izquierda hasta la

barba y la atusaba de arriba abajo. Nadie volvió a mencionar la botas ("¿Se va a ir
tina voluntad y, por encima de todo, buenas despedidas", había suscitado mamá

Zita) pero la presión de la alcaida o el peso de la plaza donde ("Buenos días, Zita,
Rey") la despedían y el momento de la vuelta volvía a comenzar, para la fal-

ta de colaboración del enfermo, hasta que se largase de nuevo, se volvía sobre
los ojos a modo de visera, de tal forma que quedaba mirando, se recordaba a

Gervasio al renegrido pizero que cada sábado recorría las vías del viejo barrio
preguntando su mercancía. Don Justino, que visitaba a papá León mañana y tarde, se

girió un día poner la botas en la mesita de noche, sobre la jarra del agua, para
que la visera se abría los ojos, pero mamá Zita argumentó que, antes de eso, había

de, su padre se la había puesto en la cabeza, lo que denotaba su desdén, argumento
que don Justino pensó en duda puesto que "estas accidentales circunstancias eran tan

imprevisibles que no daban tiempo de ponerse a quitarse nada y, por tanto, lo más
probable era que el abuelo estuviera enredado con la botas cuando le sorprendió el

trumbo". Mamá Zita, no dió su brazo a torcer y tan solo se vino a destocarle unas
minutos, por respeto al Señor, cuando don Justino salió de la parroquia para séminis-

trarle la Santa Unión.

Fuera de las horas de colegio, con la familia pendiente del abuelo, Gervasio
discurría por la casa como huésped. Muy efectada, Flora, floraba, como poco, pade-

cía insomnios, pero él vivía aquel proceso como si fuera repetido, como si lo hubiera vivido anteriormente. Por otra parte no había conseguido recuperarse de la impresión de su nuevo trance en el Novelty y si, tras la primera manifestación del signo, se había sentido orgulloso de su peculiaridad, hasta el punto de pavonearse ante los suyos como un Guzmán, el Bueno, redivivo, ahora, tras la experiencia en el teatro, se sentía abochornado, le humillaba que su aspecto externo pudiese hacer llorar a los niños y ahuyentar a los adultos. La Amalia, cada vez que él se refería a ello, apostillaba:

- Como un gato delante de un perro, así te pusiste, bonito, ¡madre, qué pelos! Por añadidura, ^{el hecho de,} ^{se)} que el segundo repeluzno ^{se)} hubiera producido en un concurso de baile, activado por un pasodoble, le llevaba a dudar del carácter trascendente del rapto. A la salida del Novelty, en el tranvía, después de ^{veñirle} ~~regañarle~~ la Amalia, había pensado que quizá papá León pudiera resolver sus dudas pero, al encontrarle agonizante, ^{desplomado)} ~~derrumbado~~ a los pies de la cama, el niño, sin mayor razón, estableció entre ambos acontecimientos una relación de causa a efecto. En los días que siguieron, continuó atosigándole el hecho de que la crispadura le asaltara en un espectáculo frívolo, siquiera su pueril discurso no dejara de reconocer que en el teatro habían flameado banderas, habían sonado aclamaciones, se habían producido vivas a España, todo ello acompañado por una musiquita galopante, enardecedora, lo que, sin duda, había despertado en su pecho sentimientos patrióticos. Tío Felipe Neri, olvidado por unos momentos del enfermo, la tarde que Gervasio le ^{dijo} comunicó que había vuelto a sucederle eso y que si, por casualidad, España era, por sí sola, una buena causa, ~~el fenómeno resultaba tan abstruso, incluso para el pequeño, que cada vez que se refería a la crispadura decía simplemente eso)~~ se mostró muy excitado, sacó el pañuelo blanco del bolsillo, frotó con él los cristales de sus lentes, posó la palma de la mano en la boca del estómago como para conjurar la náusea y dijo: ~~con encendida emoción:~~

- Después de Dios, hijo mío, España es la causa más alta.
- ¿ Es España la patria?
- Así es, Gervasio. España y la patria son una misma cosa.
- ¿ Para toda la gente ?

... como el de haber
ya vivido anteriormente. Por otra parte no había conseguido recuperarse de la im-
presión de su nuevo trance en el Novell y así, tras la primera manifestación del
stigma, se había sentido orgulloso de su peculiaridad, hasta el punto de ganar-
se ante los suyos como un Guzmán, el Bueno, redivivo, ahora, tras la experiencia en
el teatro, se sentía abochornado, se humillaba que su aspecto exterior pudiese hacer
llorar a los niños y ahuyentar a los adultos. Le Analis, cada vez que él se refería
a ello, apostillaba:

- Como un gato delante de un perro, así te pusiste, bonito, cuando que pedía!
Por añadidura, que el segundo repulzón hubiera producido en un momento de
dalle, activado por un pasadizo, le llevaba a dudar del carácter trascendente del
rapto. A la salida del Novell, en el tren, después de haberse la Analis, había
pensado que quizá podía con poder resolver sus dudas pero, al encontrarle agoni-
zante, desahogado, los pies de la cama, el niño, sin mayor razón, estableció entre
ambos acontecimientos una relación de causa a efecto. En las días que siguieron,
continuó atestigüando el hecho de que la crispadura le asaltara en un espectáculo
frívolo, siquiera su puertí discurso no dejara de reconocer que en el teatro habían
flameado banderas, habían sonado acorlamientos, se habían producido vivas a España,
todo ello acompañado por una música catante, enredadora, lo que, sin duda, ha-
bía despertado en su pecho sentimientos patrióticos. Le Felipe Kerr, olvidado por
unos momentos del enfermo, la tarde que le servía le recordó que había vuelto a su-
cederle eso y que así, por casualidad, España era, por sí sola, una buena causa. Le
fórmula resultaba tan simple, tan sencilla, tan clara, que cada vez que se refería
a la crispadura debía simplemente decir: se movió muy excitado, sacó el puñeto
blanco del bolsillo, frotó con él los cristales de sus lentes, pasó la lengua de la
mano en la boca del estómago como para contornar la névula y dijo: enredada, en-

- Después de Dios, hijo mío, España es la causa más alta.
- ¿ Es España la patria?
- Así es, querido. España y la patria son una misma cosa.
- ¿ Para toda la gente?

- Entendámonos, España es la patria de los españoles; para un francés, la patria sería Francia y Alemania para un alemán.

- ¿Es que cada persona tiene una patria?

- Naturalmente; depende del lugar donde haya nacido.

El niño pensaba en el Breslau:

- Y si un alemán hace algo por España ¿ya no es un héroe?

- Depende -dijo tío Felipe Neri midiendo mucho las palabras-. Si lo hiciera por España pero en contra de Alemania hasta podría ser un traidor.

- ¿Un traidor?

- Entiéndeme, hijo, -arguyó procurando paliar la decepción que sus palabras producían en el pequeño- : hay ocasiones en la vida en que la frontera entre el heroísmo y la traición es tan ténue como un papel de fumar.

- Pero ¿es que se puede ser héroe y traidor al mismo tiempo, tío?

La mano inquieta, lampiña, de tío Felipe Neri fué subiendo del estómago a la barbilla y acarició ésta mecánicamente, dos o tres veces, meditativo. La pugnaz mirada de Gervasio le resultaba abrumadora:

- Bien, quizás seas aún muy niño para comprenderlo, pero puede llegar a producirse esa aparente contradicción que dices: ser héroe para unos y traidor para otros, según se considere ^{el} ~~su~~ gesto desde un lado o desde el otro, -aclaró el tío Felipe Neri. Y agregó en un débil tono de voz: ~~tal vez más convincente, pretendiendo reforzar su afirmación.~~ - De hecho, la historia del mundo está llena de esos contrasentidos.

Le subieron las aguas a la boca con tal apremio que tuvo que llevarse la mano a los labios para evitar el afloramiento. Por la noche, después de cenar, se sinceró con su cuaderno de pastas de hule: "Estoy en un aprieto. Esta tarde, al tratar de aclararle algunas ideas, he confundido a Gervasio, mi sobrinito. Perfilar el concepto de buena causa acarrea problemas al pequeño. En primer lugar, el hecho de que la nacionalidad, el azar de haber nacido en un lugar o en otro, determine la patria de cada cual, le decepciona. Días atrás le sobrevino un nuevo trance al oír vitorear a España y no admite que franceses y alemanes permanezcan insensibles ante estas aclamaciones. Rechaza, por otro lado, la ambigüedad del acto heroico, según se le mire por el haz o por el envés. El desearía el acto

- Entendamos, España es la patria de los españoles; para un francés, la patria sería Francia y Alemania para un alemán.

- ¿Es que cada persona tiene una patria?

- Naturalmente; depende del lugar donde haya nacido.

El niño pensaba en el Brasil.

- Y si un alemán hace algo por España ¿ya no es un héroe?

- Depende - dijo tío Felipe - hay que mirar mucho las palabras. Si lo hiciera por España pero en contra de Alemania hasta podría ser un traidor.

- ¿Un traidor?

- Entendamos, hijo, - arguyó procurando explicar la distinción que sus palabras producían en el pequeño - hay ocasiones en la vida en que la frontera entre el heroísmo y la traición es tan tenue como un papel de fumar.

- Pero ¿as que se puede ser héroe y traidor al mismo tiempo, tío?

La mano izquierda, izquierda, de tío Felipe - dijo - subió del estomago a la barbilla y escribió esta negativamente, dos o tres veces, meditativo. La punta miraba de Gervasio la respuesta sumadora:

- Bien, quizás seas aún muy niño para comprenderlo pero puede llegar a producirse esa aparente contradicción que dices: ser héroe para unos y traidor para otros, según se considere el gasto desde un lado o desde el otro - aclaró el tío Felipe - Y agregó en un débil tono de voz: ¡las cosas más interesantes, presen- dando referencias a la historia del mundo está hecha, la historia del mundo está hecha de cosas contradictorias.

Le subieron las aguas a la boca con tal apremio que tuvo que volver la cabeza no a los labios para evitar el ahogamiento. Por la noche, después de cenar, se sinceró con su cuñado de pastas de hules: "Estoy en un apuro. Estas cosas, al tratar de aclararle algunas ideas, he confundido a Gervasio, mi sobrinito. Para clarificar el concepto de buenos causas acerca de problemas al pequeño. En primer lugar, el hecho de que la nacionalidad, el estar de haber nacido en un lugar o en otro, no termine la patria de cada cual, la distinción. Después la sobrevivencia en un trance al otro volver a España y no admitir que franceses y alemanes germanos insensibles ante estas afirmaciones. Rechaza, por otro lado, la ambigüedad del acto heroico, según se le mire por el haz o por el envés. El desearle el acto

heróico en estado puro y la traición pura; blanco y negro, sin matizaciones. Ante la complejidad del problema, prefiere cerrar los ojos. ¿Cómo orientarle? ¡Ilumíname, Señor!"

Al día siguiente, en el turno de vela de mamá Zita, papá León abrió un instante su ojo izquierdo, la miró pícaramente, como si la guiñase el otro y pronunció una sola palabra pero con la misma avidez conque un sediento reclamaría agua:

- ¡Música!

Volvió a cerrar el ojo y quedó en la misma postura fetal, apacible, que solía adoptar. Mamá Zita recorrió la casa en triunfo, difundiendo la buena nueva:

- ¡Papá ha abierto un ojo! ¡Papá ha abierto un ojo!

Pero cuando tía Cruz, esperanzada, le formuló la pregunta obligada: "Y ¿qué?", mamá Zita perdió pié, vaciló, tartamudeó, y terminó reconociendo, "pues eso, que ha abierto un ojo, ha pedido música y lo ha vuelto a cerrar".

- ¿Ha pedido música, papá? Pero algo más habrá dicho!

- Solo ha dicho "música", Cruz, pero con tanto ardor como si en ello le fuese la vida.

En aquella atmósfera tensa, rutinaria, de nimias novedades, la voz del moribundo reclamando música, se impuso como una orden. En contados segundos, papá León tenía el fonógrafo, la gran trompa de latón y los estuches de cilindros a su disposición, sobre la cómoda. Diríase que los allegados estimaban la obediencia ciega como inexcusable punto de partida de una posible recuperación, mas papá Telmo les advirtió que no se ilusionasen, que el enfermo seguía en coma y que seguramente el episodio de la música no era más que un acto reflejo sin incidencia alguna en la enfermedad. Empero, mamá Zita insistía en que en su pupila había lucidez cuando pidió música y que, por tanto, tendría música. Consecuente con sus palabras, unos segundos después, sonaron en el pasillo y las habitaciones contiguas los compases rasposos de Boinas Rojas. El escalofrío sorprendió a Gervasio a la puerta de la alcoba y tan pronto sintió en la morra los aletazos del cabello pugnando por erizarse, se apresuró a refugiarse en el cuarto de jugar donde no alcanzaba la música del fonógrafo. Era la primera manifestación de desconfianza que experimentaba hacia sí mismo. ¿Por qué se ocultaba? ¿Por temor a que papá Telmo lo descubri-

heróico en estado puro y la tristes pura; blanca y negra, sin mezclas. Ante
la complejidad del problema, pretendo contar los ojos. ¿Cómo orientarlos? ¡Ilumina-
me, Señor!

Al día siguiente, en el turno de vela de mamá Lita, papá León escribió un in-
tante su ojo izquierdo, la miró picaramente, como si la guiñase el otro y pronun-
ció una sola palabra pero con la misma avidez con que un sediento reclamara agua:

- ¡Música!

Volví a cerrar el ojo y quedé en la misma postura fetal, apacible, que solía
adoptar. Mamá Lita recorrió la casa en silencio, distinguiendo la buena nueva:

- ¡Papá ha abierto un ojo! ¡Papá ha abierto un ojo!

Pero cuando la Cruz, expectante, le formuló la pregunta obligada: "¿Y qué?",
mamá Lita perdió pie, vaciló, tartamudeó, y terminó reconociendo: "pues eso, que
ha abierto un ojo, ha debido música y lo ha vuelto a cerrar".

- ¡Ha debido música, papá! Pero algo más habrá dicho!

- Solo ha dicho "música", Cruz, pero con tanto ardor como si en ello le fun-
se la vida.

En aquella estancia tensa, rutinaria, de nimias novedades, la voz del señor
pudo reclamando música, se impuso como un orden. En contados segundos, papá León
tenta el fonógrafo, la gran trompa de latón y los estuches de cilindros a su dis-
posición, sobre la cómoda. Útrase que los allegados estimaban la ociosidad de
ya como inexcusable punto de partida de una posible recuperación, más papá León
les advirtió que no se fusionasen, que el estirno seguía en coma y que segunmen-
te el episodio de la música no era más que un acto reflejo sin incidencia alguna
en la enfermedad. Empero, mamá Lita insistía en que en su propia había luchado
cuando pidió música y que, por tanto, tendría música. Consecuente con sus palabras,
unos segundos después, sonaron en el pasillo y las habitaciones contiguas los con-
pases resposos de botas rotas. El escalofrío sorprendió a Gerardo a la puerta de
la alcoba y tan pronto sintió en la morra los alfileres del cabello pugnado por e-
lizarse, se apresuró a refugiarse en el cuarto de jugar donde no alcanzaba la mu-
sica del fonógrafo. Era la primera manifestación de desconformidad que experimenta-
ba hacia sí mismo. ¿Por qué se ocultaba? Por temor a que papá León lo descubrie-

ra o por miedo a su metamorfosis? ¿Por repugnancia instintiva hacia ^{su} ~~una~~ mutación física o para no desviar la atención general concentrada en el enfermo? Gervasio lo ignoraba pero permaneció encerrado en el cuarto de juegos durante horas (ya que mamá Zita empalmaba los cilindros sin pausa) y, en lo sucesivo, cada vez que los amagos de crispadura se repitieron, adoptó la misma precaución.

A los diez días de caer enfermo, papá León falleció. De madrugada, tío Felipe Neri, recorrió los dormitorios convocando a todos junto a su lecho, pero cuando llegó el primero (mamá Zita) papá León ya había expirado. Tía Cruz, en señal de duelo, levantó la aguja del fonógrafo y el silencio se hizo tan denso que el color rojo de la boina, en contraste con la albura de las ropas de cama (que la señora Felipa resregaba diariamente en la artesa de cinc de la galería), adquirió una vibración sonora. Con el alba, se presentó don Trifón de la Huerta, conmitón de papá León, con su provocadora barba marxista, sus botines gris-verdosos de ante, su blanco cuello almidonado y su sombrero hongo y, sin saludar a nadie, colocó el rollo del Oriamendi en el carro del fonógrafo, se cuadró a los pies del difunto, entre dos cirios (el codo izquierdo en la cintura y el bombín negro en la mano), carraspeó, buscó por dos veces el tono en su garganta y cantó, al fin, a media voz, dejándose llevar por el sonsonete de la banda del Requeté Navarro:

-Adelante batallones

-la victoria nos espera,

luchemos como leones

defendiendo la bandera

-¡Cueste lo que cueste

se ha de conseguir

que vuelva el rey de España

a la Corte de Madrid!

-Por Dios, por la Patria y el Rey

murieron nuestros padres;

por Dios, por la Patria y el Rey,

moriremos nosotros también.

Al concluir, se acercó a mamá Zita, ^y tomó cálidamente su mano derecha entre las suyas, al tiempo que daba un taconazo y dibujaba una profunda reverencia:

o por miedo a su metamorfosis? Por repugnancia instintiva hacia una entelequia
o para no despertar la atención general concentrada en el enfermo? Gervasio
ignoraba pero permaneció encerrado en el cuarto de juegos durante horas (ya que
estas últimas empalmadas los cilindros sin pausas) y en lo sucesivo, cada vez que los
pasos de crispatura se repetirán, adoptó la misma precaución.
A los diez días de caer enfermo, pasó León falleció. De madrugada, el Felipe
recorrió los dormitorios convocando a todos juntos a su lecho, pero cuando llegó
al primero (más allá) pasó León ya había expirado. La Cruz, en señal de duelo,
cubrió la aguja del fonógrafo y el silencio se hizo tan denso que el color rojo de
la bobina, en contraste con la albuca de las ropas de cama (que la señora Felipe reg
regaba diariamente en la arca de la galería), adquirió una vibración so-
lida. Con el alba, se presentó don Trifón de la Huerta, comisionado de país León, con
un provocador barba marxista, sus botines gris-verdosos de ante, su blanco cuello
alabado y su sombrero negro y, sin saludar a nadie, colocó el rollo del gramó-
fono en el carro del fonógrafo, se cuadró a los pies del difunto, entre dos cirios
el codo izquierdo en la cintura y el bombre negro en la mano, cargado, pasó por
las veces el tono en su garganta y cantó, al fin, a media voz, dejándose llevar por

el sonsonete de la banda del Reguete Navarro:

Adelante batallones
-la victoria nos espera,
¡luchemos como jones
defendiendo la bandera
-¡Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
que vuelva el rey de España
a la Corte de Madrid!
-Por Dios, por la Patria y el Rey
mueran nuestros padres;
por Dios, por la Patria y el Rey,
morrerán nosotros también.

Al concluir, se acercó a más allá (como cálidamente su mano derecha entre las
las el tiempo que daba en sacosazo y dibujaba una profunda reverencia:

- Excúseme, señora -dijo; era un viejo pacto entre los dos. Su padre de usted y yo habíamos acordado que el superviviente honraría al difunto, como en los tiempos heróicos, con los acordes de nuestro himno. Por desgracia yo ya no tendré esa suerte. A sus pies, señora. Le acompaño a usted en el sentimiento.

Uno a uno cumplimentó a todos los presentes y salió de la alcoba. Gervasio observaba la faz de papá León, sus rasgos minerales, color ceniza, pero ni en ese momento ni al día siguiente, en Santa Brígida, durante el funeral, ni en la despedida del duelo a la puerta del templo, cuando media ciudad desfiló conmovida ante sus deudos, derramó una sola lágrima. Se limitó a seguir el cortejo como un autómata (con el mismo escepticismo con que lo hacían los viejecitos del Asilo, los hachones en sus manos sarmentosas), como si aquel que yacía en el ataúd nunca hubiera tenido relación con él. Tío Felipe Neri, que no le quitaba ojo, le encontró seco, circunspecto, pero no afligido y, si había aflicción en él, la dominaba, se esforzaba con éxito para no manifestarla. También tía Cruz había reparado en la impasibilidad del niño, en el rígido control de sus sentimientos y, de regreso a casa, se confió a su marido:

- ¿Te has fijado, Felipe? Gervasito no ha derramado una sola lágrima por su abuelo.

Tío Felipe Neri asintió, caviloso, y tan pronto terminó de cenar, se sentó en el ^{buró,} escritorio, abrió el cuaderno de pastas de hule, dibujo arriba una cruz, y escribió: "Anteanoche falleció papá León y su nieto, Gervasio, pese a la efusividad, a las cordiales relaciones que siempre existieron entre ellos, no ha derramado una lágrima. Pasivo, árido, casi hierático, asistió a las exequias como un extraño. Su madre se duele de lo que juzga insensibilidad, pero ¿qué razones le asisten para una imputación semejante? Los elegidos (precisamente por serlo) estiman deleznable lo efímero, incluida la misma vida. Héroses y mártires fueron seres despegados, aparentemente indiferentes ante la muerte. Tamaño desasimiento afecta, con mayor motivo aún, a lo que pudiéramos llamar bienes terrenales, incluidos seres queridos. ¿Por qué no considerar a Gervasio entre los elegidos? No olvidemos que el pequeño aceptó con resignación espartana la incineración de los uniformes militares que yo le regalé...Es un indicio...etc"

Impensadamente, el domingo siguiente, después de comulgar, cuando mamá Zita le

- Excusame, señora - dijo: era un viejo pacto entre los dos. Su padre de usted y yo habíamos acordado que el superviviente honraría al difunto, como en los tiempos heroicos, con los recuerdos de nuestro himno. Por desgracia yo ya no tendré esa suerte. A sus pies, señora. Le acompaño a usted en el sentimiento.

Uno a uno cumplimentó a todos los presentes y salió de la alcaide. Gervasio observaba la faz de papa León, sus rasgos minerales, color cenizas, pero ni en ese momento ni al día siguiente, en Santa Brígida, durante el funeral, ni en la despedida del duelo a la cuarta del templo, cuando media ciudad desfiló conmovida ante sus dedos, derramó una sola lágrima. Se fijó a seguir el cortejo como un autómata (con el mismo escepticismo con que lo hacen los viejetos del Asilo, los hechos en sus manos sacramentales), como si aquel que yacía en el ataúd nunca hubiera tenido relación con él. Tío Felipe Heri, que no le quitaba ojo, le encontró seco, circunspecto, pero no afligido y, si había afectado en él, lo dominaba, se atoraba con éxito para no manifestarlo. También tía Cruz había reparado en la impasibilidad del niño, en el rígido control de sus sentimientos y, de regreso a casa, se confió a su marido:

- ¿Le has fijado, Felipe? Gervasio no ha derramado una sola lágrima por su duelo.

Tío Felipe Heri asintió, caviloso y, tan pronto terminó de cenar, se sentó en el escritorio, abrió el cuaderno de pastas de hule, dibujó arriba una cruz, y escribió: "Antesnoche falleció papa León y su nieto, Gervasio, pese a la estupefacción, a las curiales relaciones que siempre existieron entre ellos, no ha derramado una lágrima. Pastoso, árido, casi hierático, asistió a las exequias como un extraño. Su madre se fue de lo que juzga insensibilidad, pero que razones le están para una impudencia semejante? Los elegidos (precisamente por serlo) están desahucados lo eterno, incluida la misma vida. Héros y mártires fueron seres despegados, aparentemente diferentes ante la muerte. Tamaño desasimiento afecta, con mayor motivo aún, a lo que pudríamos llamar bienes terrenales, incluidos seres queridos. Por qué no considerar a Gervasio entre los elegidos? No olvidemos que el pequeño asedió con resignación espantosa la inercia de los uniformes militares que yo le regalé... Es un indicio... etc."

Impensadamente, el domingo siguiente, después de almorzar, cuando mamá Lita le

susurró al oído, "hoy pide especialmente por papá León que tanto te quiso en vida y no pudo confesarse", Gervasio entrevió por unos segundos a su abuelo desnudo, retorciéndose entre las llamas ^{del infierno,} (las barbas, como la zarza bíblica, ardían sin consumirse gesticulando, invocándole a grandes voces y, ante visión tan ^{espeluznante,} ^{ahogado} desoladora, un hondo sollozo le oprimió la garganta. Cerró los ojos contra el antebrazo apoyado en el banco y así se estuvo llorando (según versión imparcial de mamá Zita) "hasta que concluyó la misa de ^{doce} ~~once~~ y el gordo Severo salió de la sacristía con el matacandile con intención de cerrar la iglesia". Tío Felipe Neri, al ser informado de la novedad se apresuró a poner al día las notas de su cuaderno: "Seis días después del fallecimiento del abuelo, Gervasio ha llorado por él; ha llorado acongojado, hasta vaciarse, durante más de ^{tres} ~~dos~~ horas. El desapego que su madre le atribuía no está, pues justificado ni aún por motivos místicos. El pequeño presenta una dualidad inequívoca pero es evidente que el signo no le ha deshumanizado. Tal vez es aún demasiado niño pero no deja de resultar ^{ilógico} ~~paradójico~~ que la muerte en sí no le conmueva y, en cambio su recuerdo, una semana más tarde, le induzca al llanto".

- Si enajenamos los efectos para pagar al Fisco, el reparto no será equitativo; Cruz y yo quedaremos desamparados.

Para tío Vidal, compartaba un placer hacer el histérico ante sus hermanas, afirmar, con los brazos puestas en cruz, que eran víctimas de un estado absorbente y que, aunque pareciese irracional, eran más pobres ahora que en vida del difunto. Mamá Zita, plañía, suspiraba, inquiría como era posible semejante crueldad, perder al padre y la fortuna al mismo tiempo y, ante su incompetencia, tío Vidal replanteaba la situación:

- Puedes optar entre el palacio o los valores, Zita, pero si te decides por el palacio, tendrás que pagar una renta simbólica y, si te fijamos una renta, por simbólica que sea, ¿quién nos da cómo piensas vivir? ¿Con los ingresos de telmo?

Decía esto con some ^{que} los naturistas eran ^{en} la ciudad y, en

32

33

susurró al oído, "hoy pide especialmente por papá León que tanto se cuidó en vida y no pudo confesarse". Gervasio entró por unos segundos a su abuelo decaído, retorciéndose entre las llamas (las barbas, como la zarza bíblica, ardían sin consumirse gesticulando, invocándole a grandes voces y, ante visión tan desoladora, un hombre sollozo le oprimió la garganta. Cerró los ojos contra el antebrazo apoyado en el banco y así se estuvo flirando (según versión taparcal de mamá Lita) hasta que concluyó la misa de once y el gordo Severo salió de la sacristía con el matacandilero con intención de cerrar la iglesia". Tito Felipe tenía, al ser informado de la novedad se apresuró a poner al día las notas de su cuaderno: "sete días después del fallecimiento del abuelo, Gervasio ha flirado por él; ha flirado acongojado, hasta varias clases, durante más de dos horas. El desahogo que su madre le atribuye no está, pues justificado ni aún por motivos místicos. El pequeño presenta una debilidad ingenua pero es evidente que el signo no le ha deshumanizado. Tal vez es aún demasiado niño pero no deja de resultar paradójico que la muerte en sí no le conmueva y, en cambio su recuerdo, una semana más tarde, le induzca al llanto".

VII

El fallecimiento de papá León produjo un vacío en el viejo palacio de los condes de Pradoluengo, vacío que Gervasio percibía, ^{como percibía,} asimismo, aunque de manera difusa el abierto conflicto entre mamá Zita, tía Cruz y tío Vidal sobre quien de los tres había de heredarlo. A raíz de la muerte de su padre, tío Vidal empezó a llamar palacio a la casona, seguramente para justificar la elevada compensación que había de percibir aquel a quien no se le adjudicase y que, teniendo en cuenta el apego de mamá Zita hacia la casa, muy bien podría ser él:

- La ciudad no deja de crecer, hermana y Pérez Mínguez, el contratista, pagaría hoy una millonada por este solar.

Pero mamá Zita se implaba y aducía que aquella casa había sido su cuna y, aunque muriera en la indigencia, deseaba que fuera ^{tambien} su sepultura. Ante su escatológica aspiración, tío Vidal acuciaba a sus hermanas con los derechos reales, con los requerimientos de la Hacienda Pública, aunque tía Cruz y mamá Zita, argüían que para eso estaban las cédulas del Tesoro y el paquete de valores (muy equilibrado, en opinión de don Trifón de la Huerta, el albacea), para satisfacer aquellas exigencias, pretensión que tío Vidal rechazaba con su voz tonante, de predicador laico:

- Si enajenamos los efectos para pagar al Fisco, el reparto no será equitativo; Cruz y yo quedaremos desamparados.

Para tío Vidal, comportaba un placer hacer el histrión ante sus hermanas, afirmar, con los brazos puestos en cruz, que eran víctimas de un estado absorbente y que, aunque pareciese irracional, eran más pobres ahora que en vida del difunto. Mamá Zita, plañía, suspiraba, inquiría cómo era posible semejante crueldad, perder el padre y la fortuna al mismo tiempo y, ante su incompetencia, tío Vidal replanteaba la situación:

- Puedes optar entre el palacio o los valores, Zita, pero si te decides por el palacio, tendrás que pagar una renta simbólica y, si te fijamos una renta, por simbólica que sea, ¿quieres decirme cómo piensas vivir? ¿Con los ingresos de Telmo?

Decía esto con sorna puesto que los naturistas eran ^{raros} escasos en la ciudad y, en

El fallecimiento de papá León produjo un vacío en el viejo negocio de los con-
 des de Pradolongo, vacío que Gerardo percibió, ^{con claridad} aunque de manera difusa
 el abierto conflicto entre mamá Zita, tío Cruz y tío Vidal sobre parte de los tres
 partes de herencia. A raíz de la muerte de su padre, tío Vidal empezó a llamar "pa-
 parte" a la casa, seguramente para justificar la elevada compensación que había
 de percibir aquel a quien no se le adjudicase y que, teniendo en cuenta el tiempo de
 mamá Zita hacia la casa, muy bien podría ser él.

- La ciudad no deja de crecer, hermanos y Pérez Miquel, el constructor, paga
 rta hoy una millonada por este solar.

Pero mamá Zita se impide y abduce que aquella casa había sido su casa y su
 que muriera en la indigencia, desada que fuera su sepultura. Ante su escatológica
 aspiración, tío Vidal acudía a sus hermanos con las deudas reales, con los re-
 querimientos de la Hacienda Pública, aunque tío Cruz y mamá Zita, orgullosas por
 eso estaban las cédulas del tesoro y el paquete de valores (muy editado, en opi-
 nión de don Trifón de la Huerta, el abacá), para satisfacer aquellas exigencias.
 pretensión que tío Vidal rechazaba con su voz tonante, de predicador lejano.

- Si enajenamos los efectos para pagar al fisco, el reparto no será equitati-
 vo; Cruz y yo quedamos desahucados.

Para tío Vidal, comportaba un placer hacer el historial ante sus hermanos, afir-
 mar, con los brazos puestos en cruz, que eran víctimas de un estado aberrante y
 que, aunque pareciese irracional, eran más pobres ahora que en vida del difunto. Ma-
 má Zita, plañía, suspiraba, indigna como era posible semejante crueldad, porque el
 padre y la fortuna al mismo tiempo y, ante su incompetencia, tío Vidal repantecaba
 la situación:

- Puedes optar entre el palacio o los valores, Zita, pero si te decides por
 el palacio, tendrás que pagar una renta simbólica y, si te fijamos una renta, por
 simbólica que sea, ¿quieres decirme cómo quieres vivir? Con los ingresos de telamón

Decía esto con sorna puesto que los naturalistas eran escasos en la ciudad y, en

general, disfrutaban de buena salud, pero una noche en que tío Vidal las constreñía con dureza y tío Felipe Neri intentó salir en defensa de las hermanas, tío Vidal le enfocó su glacial mirada azul y dijo acremente:

- ¡Segundos, fuera!

Tío Felipe Neri se tragó la lengua, persuadido de que los hermanos políticos no tenían pito que tocar en aquel pleito. A pesar de todo, tía Macrina, ante el punto muerto a que habían llegado las negociaciones, ^{sugirió} ~~apuntó~~ una noche la posibilidad de consulta con su hermano Jairo, sobresaliente cum laude en el doctorado por la Universidad de Madrid, aspirante a judicatura y muy versado en derecho testamentario. Tía Macrina, única hembra de cuatro hermanos, veneraba^{a)} estos y, con cualquier motivo, se refería a ellos con una admiración sin límites. Así, si Crucita planteaba su problema del revés en el tenis ("con una mano no tengo fuerzas y, con dos, no acierto a dirigir la bola") tía Macrina entornaba los párpados, eclipsando sus bellos ojos propincuos y decía:

- ¡Lástima que tu tío Jairo no viva aquí!

Mas si la cuestión a debatir afectaba al terreno médico o a la equitación, entonces era su hermano David, afamado cardiólogo y experto caballista, quien hubiera facilitado sin demora una solución, lo mismo que hubiera hecho Fadrique, ejecutivo de la Biblioteca de Autores Cristianos, si el problema hubiera recaído sobre economía o literatura. Las cualidades fraternas no concluían ahí, puesto que si la conversación giraba en torno a la apostura masculina, la elegancia, la desenvoltura o el don de gentes, sus hermanos Jairo, David y Fadrique no tenían rival en el mundo. Por eso, ante el enrevesado asunto de la sucesión de papá León, ella, pese a la fría y abrupta decisión de su propio marido de dejar al margen a los segundos, una tarde se atrevió a aventurar:

- ¿Por qué no ponemos el asunto en manos de mi hermano Jairo?

Y lo preguntaba con ~~altanería~~ ^{magnanimidad, orgullo,} no en tono de pedir sino de ofrecer, aquel tono que ella solía emplear, por considerarlo pertinente, propio de una madrileña para departir con provincianos. Pero, a pesar de su sugerencia, las discusiones se ^{agriaban} ~~envenenaban~~ cada vez más y las voces de tío Vidal eran ya de tal monta, que los ci-
mientos de la casona se estremecían y, franqueando tabiques y muros maestros, se

... discutían de buena salud, pero una noche en que los Vidal las constra-
... con dureza y los Felipe Neri intentó salir en defensa de las hermanas, los Vi-
... se enfocó en glacial miradas azul y dijo acaramen-

- ¡segundas, fueras!

... los Felipe Neri se tragó la lengua, persuadido de que las hermanas políticas
... tenían pito que tocar en aquel oficio. A pesar de todo, la Marina, ante el
... su muerte a que habían llegado las negociaciones, ^{suavemente} agudó una noche la possibili-
... de consulta con su hermano Jaime, sobresaliente con laude en el doctorado por
... universidad de Madrid, aspirante a jurista y muy versado en derecho tasan-
... la Marina, única herida de cuatro hermanas, venerada ^{en} estas y con con-
... en motivo, se refería a ellas con una admiración sin límites. Así, si quería
... su problema del revés en el tema ("con una mano no tengo fuerzas y con
... no acierto a dirigir la bola") la Marina encarnaba los pájaros, colpisan-
... sus bellos ojos provincianos y decía:

- ¡última que tu tío Jaime no viva aquí!

... Mas si la cuestión a debatir afectaba al terreno médico o a la educación,
... era su hermano David, llamado cardiólogo y experto capitalista, quien hu-
... facilitado sin demora una solución, lo mismo que hubiera hecho Felipe, e-
... de la Biblioteca de Autores Cristianos, si el problema hubiera tocado
... economía o literatura. Las cualidades frateras no conclían así, puesto que
... la conversación giraba en torno a la agostura masculina, la elegancia, la desen-
... a el don de gentes, sus hermanos Jaime, David y Felipe no tenían rival
... mundo. Por eso, ante el arrevesado asunto de la sucesión de papá León, ella
... la fría y abrupta decisión de su propio marido de dejar al margen a los se-
... dos, una tarde se arrojó a aventurar:

- ¡Por qué no poner el asunto en manos de mi hermano Jaime?

... Y lo preguntaba con atención ^{representativa} en tono de pedir sino de ofrecer, aquel to-
... que ella sola empujara, por considerarlo pertinente, propio de una madrileña
... a partir con provincianos, pero, a pesar de su sugerencia, las discusiones se
... enajenadas cada vez más y las voces de los Vidal eran ya de tal monta, que los ci-
... tos de la casaca se estrechaban y, frunciendo cejas y miras maestras, se

trascolaban en el pequeño reducto del cuarto de jugar:

- ¿Por qué riñen los mayores, Flora?
- Porque el tío Vidal se quiere quedar con esta casa para ser conde
- ¿Es conde el que se quede con esta casa?
- Eso dice la Amalia.

No obstante, lo que perseguía tío Vidal respecto al palacio, fué lo que consiguió tras más de medio año de voces, amenazas y dilaciones: partirlo. Tía Cruz y tío Felipe Neri se instalaron en el ala oeste, sobre el garaje, en las habitaciones que papá Telmo destinara a consulta, el cuarto de plancha y tres amplios trasteros condenados años atrás y, para facilitar su independencia, se habilitó una entrada privada por el jardín. El resto de la casona quedó para mamá Zita y, por si fuera poco, tío Vidal, en un gesto ^{liberal,} ~~magnánimo~~ cedió a cada hermana ochenta mil duros en valores, reservándose él el resto y comprometiéndose a liquidar con Hacienda los derechos reales de la testamentaria. Mamá Zita y tía Cruz se dejaron catequizar sin resistencia, puesto que siempre habían soñado con la posibilidad de volver a vivir juntas como cuando niñas ("juntas pero separadas, ya me entiendes", puntualizaba mamá Zita) y, por otra parte, al tío Felipe Neri, resignado ya con la esterilidad de su matrimonio, le consolaba la vecindad de Crucita, su ahijada y (conforme anotó en su cuaderno de pastas de hule) "tener a Gervasio más a mano y tratar de preservarle de la nefasta influencia de su padre". La vecindad de los tíos satisfizo también a los niños, proclives a las novedades, y, en lo referente a Gervasio, la habilitación de aquellos hoscos cuartos cerrados, llenos de sombras y cachivaches, que alimentaron sus primeros miedos, representó el advenimiento de la paz: el dragón había muerto; la luz lo había matado.

Pero con lo que no contó tío Vidal al adjudicarse el generoso paquete de valores ~~de~~ ^{de} en la herencia fué con el desastre de Fenedosa a las pocas semanas de efectuarse las particiones. Fenedosa ("una inversión con garantía de alta rentabilidad") se fué a pique, quebró de modo aparatoso, sin que el procesamiento, y subsiguiente prisión, de don Teodoro Blanco, su director gerente, supusiera para él compensación de ninguna clase. La quiebra (~~fuese fortuita, culpable o fraudulenta~~) convirtió las acciones en papel mojado y redujo el pingüe paquete del tío a un nombre más dentro de una problemática lista de acreedores. Fueron unos meses inclementes en el viejo caserón del conde de Pradoluengo.

trascorrieron en el pequeño reducido del cuarto de jugar.
 - ¿Por qué ríen los mayores, Felipe?
 - Porque el tío Vidal se quiere quedar con esta casa para ser conde.
 - ¿Es conde el que se queda con esta casa?
 - Eso dice la familia.
 No obstante, lo que perseguía el tío Vidal respecto al palacio, fue lo que consi-
 guió tras más de medio año de voces, amenazas y difamaciones por todos los círculos y el
 Felipe Meri se instaló en el ala oeste, entre el garaje, en las habitaciones que
 para Telmo destinara a condesa. El cuarto de plantas y tres amplios traseros con-
 denados años atrás y, para facilitar su independencia, se habilitó una entrada pri-
 vada por el jardín. El resto de la casa quedó para mamá Zita y, por si fuera poco,
 el tío Vidal, en un gesto magnánimo cedió a cada hermano ochenta mil duros en valores,
 reservándose el resto y comprometiéndose a ir a vivir con Hacienda los derechos res-
 tes de la testamentaria. Mamá Zita y la Cruz se dejaron caer sin resistencia,
 puesto que siempre habían soñado con la posibilidad de volver a vivir juntas como
 cuando niñas ("juntas pero separadas, ya me entiendes", puntualizaba mamá Zita) y,
 por otra parte, el tío Felipe Meri, resignado ya con la esterilidad de su matrimonio,
 le consolaba la vecindad de Crucita, su hija y (conforme anotó en su cuaderno de
 gastos de lujo) "tener a Gervasio más a mano y tratar de preservarlas de las malas
 influencias de su padre". La vecindad de los tíos satisface también a los niños, pro-
 clives a las novedades y, en lo referente a Gervasio, la habitación de aquellos nos-
 cos cuartos cerrados, llenos de sombras y cachivaches, que alimentaron sus primeros
 miedos, representó el adelantamiento de la paz: el dragón había muerto; la luz lo ha-
 día matado.
 Pero con lo que no contó el tío Vidal al adjudicarse el generoso paquete de valores
 en la herencia fue con el desastre de Fenómenos a las pocas semanas de efectuarse las
 particiones. Fenómenos ("una inversión con garantía de alta rentabilidad") se fue a
 pique, quedó de modo aparatoso, sin que el procesamiento y subsiguiente préstamo de
 don Teodoro Blanco, su director gerente, sugiriera para él compensación de ninguna
 clase. La culpa (fueron Fenómenos, culpable o fraudulento) convirtió las acciones en
 papel mojado y redujo el pingüe paquete del tío a un nombre más dentro de una pro-
 diemática lista de acreedores. Fueron unos meses incómodos en el viejo caserón del

Tío Vidal, propenso a la farsa, ^{se sentaba en el borde del diván.)} se desabotonaba la americana, se cubría la calva con las manos y se proclamaba, sin rubor, pobre vergonzante, y animado por el efecto que sus voces y gestos causaban en sus hermanas, tan sensitivas, se refería a sus hijos como "esas pequeñas víctimas inocentes que arrastrarán mañana su indigencia por las Cocinas de San Vicente de Paul". Tía Cruz y mamá Zita moquiteaban al oírle y luego, en sus pálidas tardes de costura, junto al balcón, mirando al jardín donde el mudo Clemente podaba rosales y transplantaba bulbos, se conjuraban para ayudar a su hermano, incluso, si fuera necesario, redistribuyendo la herencia como si el óbito de papá León se hubiese producido después de la catástrofe de Fenedosa. Pero tío Felipe Neri, con sus lentes impolutos, sus aguas alborotadas y su pelo color ceniza partido en dos mitades, las regañaba con piadosa ironía, las llamaba cándidas y las decía que, aún admitiendo que perdiera su inversión en Fenedosa, Vidal contaba con recursos sobrados para vivir cien años como un príncipe sin necesidad de mover un dedo. Al margen del conflicto, papá Telmo remachó una noche la opinión de tío Felipe Neri, al encontrar a mamá Zita ante el tocador acongojada hasta el llanto:

- Tu hermano Vidal no debe quitarte el sueño, Zita; sabe defenderse solo -dijo con su sonrisa ancha y chata, de boxeador retirado.

Durante meses, Fenedosa pasó a ser el tema capital de las veladas sabatinas en palacio. Según tío Vidal (la víctima más afectada por la quiebra), "Fenedosa, arrastraría al hambre y la desesperación a distinguidas familias de la ciudad". Y como tío Vidal tenía aquél timbre de voz campanudo que al referirse a Fenedosa adquiría dolientes ^{lentes} ~~trinos~~ proféticos, sus apuros económicos alcanzaron a las piezas subalternas de la casa!

- Tu tío se ha quedado sin un real, bonito

- Ya lo sé; tío Vidal, ¡a que sí!

La Amalia guiñaba un ojo con picardía bajo su ceja vertical:

- Y ^{también} ~~también~~ sabes quién ha tenido la culpa?

- Eso no lo sé, Amalia.

La chica cambiaba una mirada de entendimiento con la señora Zoa:

- Una lagarta que se ha metido por medio.

El sábado siguiente, antes de que se presentarn los tíos, mamá Zita se encerró unos minutos con los niños en el cuarto de jugar:

- Quiero advertiros una cosa: no se os ocurra mencionar la palabra Fenedosa de-

se levanta en el borde del diván.

Tío Vidal, propenso a la farsa, se desahoga en la cal-
 va con las manos y se proclama, sin rubor, poeta vergonzante. Y, animado por el ef-
 fecto que sus voces y gestos causaban en sus hermanas, tan sensitivas, se refería a
 sus hijos como "esas pequeñas víctimas inocentes que arrostrarán mañana su indigni-
 dad por las coctas de San Vicente de Paul". Tía Cruz y mamá Zita mantenían el silen-
 cio y luego, en sus pálidas tardes de costura, junto al balcón, mirando al jardín don-
 de el mudo Clemente pedaba rosales y transolantaba buhos, se conjuraban para ayudar
 a su hermano, incluso, si fuera necesario, redistribuyendo la herencia como si el di-
 cto de papá León se hubiese producido después de la catástrofe de Fenólosa. Pero tío
 Felipe Nerí, con sus lentes imolucos, sus aguas alborotadas y su pelo color ceniza
 partido en dos mitades, las regañaba con palabras frías, las llamadas, cándidas y las
 decía que, aún admitiendo que perdiera su inversión en Fenólosa, Vidal contaba con
 recursos sobrantes para vivir cien años como un príncipe sin necesidad de mover un de-
 do. Al margen del conflicto, papá León romancó una noche la opinión de tío Felipe
 Nerí, al encontrar a mamá Zita ante el tender recogiendo pasta al diente:

- Tu hermano Vidal no debe dudar de tu amor, Zita, sólo defenderse solo-dijo
 con su sonrisa ancha y chata, de baxaño retráido.

Durante meses, Fenólosa pasó a ser, el tema capital de las veladas sabatinas en
 pafato. Según tío Vidal (la víctima más afectada por la quiebra), "Fenólosa, arres-
 traría al nombre y la desesperación, a distinguidas familias de la ciudad". Y como
 tío Vidal tenía aquel timbre de voz campesino que al referirse a Fenólosa adquiría
 dolientes rasgos proféticos, sus apuros económicos alcanzaron a las piezas subter-
 ras de la casa:

- Tu tío se ha quedado sin un real, papá
 - Ya lo sé; tío Vidal, ¿a qué se?

La Amalia guñaba un ojo con picardía bajo su ceja vertical.
 - Y también sabes quien ha tenido la culpa?

- Eso no lo sé, Amalia.

La chica cambiaba una mirada de entendimiento con la señora Zita:
 - Una jargata que se ha metido por medio.

El sábado siguiente, antes de que se presentaran los tíos, mamá Zita se encerró
 unos minutos, con los niños en el cuarto de jugar:

- Quiero advertirte una cosa: no se os ocurre mencionar la palabra Fenólosa de-

lante de tío Vidal. ¿Oís bien lo que os digo?

- Sí

Tan pronto salió mamá Zita, Gervasio corrió desalado a la cocina:

- Ya sé quien es la lagarta, Amalia -dijo jadeando

- ¿Quién, vamos a ver?

- Una que se llama Fenedosa

La Amalia soltó una risotada cacareante:

- ¡Qué chico éste, es de la piel de Satanás!

Gervasio desconocía la palabra aquella y, con mayor motivo, su significado, pero desde la advertencia de mamá Zita, cada vez que ^{tropezaba} se encontraba con tía Macrina o tío Vidal se le venía a la boca, sin más, como las aguas al tío Felipe Neri, y había de apretar los labios con todas sus fuerzas para que no se le escapara. ^{En ocasiones} A veces la tentación era tan irreprimible que, encerrado en el cuarto de aseo, ~~se~~ sentado en el bidé, repetía muchas veces aquella palabra enigmática, que se le pegaba al paladar como un polvorón, ^{hasta cansarse.} Pero apenas salía del baño, si se topaba con tío Vidal o tía Macrina, le asaltaban de nuevo inmoderados deseos de pronunciarla. En lo tocante a Flora, su hermana, la palabra Fenedosa, se le antojaba una palabra fruitiva, apetecible, de suerte que cada vez que jugaban a los entierros, si las carrozas se retrasaban, la niña repetía en voz baja, hasta que se aburría:

- Fenedosa, Fenedosa, Fenedosa...

Vencido marzo, el tema Fenedosa quedó postpuesto al ganar tío Jairo sus oposiciones y ser destinado a la ciudad. Excitados por las ponderaciones de tía Macrina, los niños esperaban encontrarse a un hombre distinto, algo así como el remedo del arcángel Gabriel, que custodiaba la pila del agua bendita en el capilla del colegio, sólo que en tamaño natural y con americana y corbata:

- Dice tía Macrina que es alto, alto, altísimo

- ¿Como la Madruga?

- No sé si tanto

Pero llegó el tío Jairo y les hizo el efecto de un hombre normal, pelo fuerte, entrecano, mandíbula cuadrada y traje gris, bien cortado, los ojos tristes, ligeramente fruncidos como si la luz le deslumbrase. Maduro y soltero, sin amigos en la

frente de la Vidal. ¿Oyes bien lo que os digo?

- 21 -

Tan pronto salió mamá Zita, Gervasio corrió desahogado a la cocina.

- Ya se pujan en la lagarta, Anita - dijo jadeando

- ¿Quién, vamos a ver?

- Una que se llama Fenodosa

La Anita soltó una risotada escarante:

- ¡Qué chico ésta, es de la piel de Satán!

Gervasio desconocía la palabra aquella y, con mayor motivo, su significación, se-

rep desde la éverencia de mamá Zita, cada vez que se encontraba con la lagarta

o la Vidal se le venía a la boca, sin más, como las aguas al río Felipe Heri y ha-

bla de apretar los labios con todas sus fuerzas para que no se le escapara. A veces

la tentación era tan tremebunda que, anclado en el canto de asno, se sentaba

en el bidé, repetía muchas veces aquella palabra enigmática que se le pegaba al pa-

lador como un polvorón. Pero apenas salía del baño, si se le pegaba con la Vidal o

la lagarta, se saltaban de nuevo timorosos dedos de pronunciarla. En lo tocante

de a Flora, su hermana, la palabra Fenodosa, se le antojaba una palabra frívola,

despreciable, de suerte que cada vez que jugaban a los enteros, si las carrazas se

retrasaban, la niña repetía en voz baja, hasta que se aburría:

- Fenodosa, Fenodosa, Fenodosa...

Venido marzo, el tema Fenodosa quedó postpuesto al ganar el Jairo sus opor-

tones y ser destinado a la ciudad. Excitados por las ponderaciones de la Macri-

ta, los niños esperaban encontrarse a un hombre distinto, algo así como el temido

arcángel Gabriel, que custodiaba la pila del agua bendita en el callejón del co-

legio, sólo que en tamaño natural y con americana y corbata:

- Dices la Macrina que es alto, alto, altísimo

- ¿Como la Macrina?

- No sé si tanto

Para llegar al río Jairo y les hizo el efecto de un hombre normal, algo fuerte,

mandíbula cuadrada y traje gris, bien cortado, los ojos tristes, ligera-

mente fruncidos como si la luz le destumbara. Maduro y soltero, sin amigos en la

ciudad, los jueves acompañaba a Crucita a jugar al tenis y los sábados asistía a las soirées familiares, aunque era más bien taciturno y hablaba poco, tan sólo lo imprescindible y ^{cuando} ~~si~~ era requerido. Pero ~~cuando~~ ^{si} tomaba la palabra, tía Macrina le escuchaba embobada, porque tenía un tono de voz empastado, muy bronco y varonil, y sus facciones, en especial sus ojos, al animarse, resultaban aún más melosos y atractivos que en reposo. Tío Jairo, aunque se ~~librase~~ ^{abstuviese} (de manifestarlo, aceptaba aquellas tertulias a falta de algo mejor:

- El tío Jairo se aburre en casa
- ¿Por qué lo sabes, Flora?
- No le gustan las cosas que cuenta el tío Vidal. Lo único que le gusta de toda la casa es Crucita.
- ¿Sí, Flora?
- ¿Es que no tienes ojos en la cara?

La incorporación del tío Jairo a la Audiencia, revolucionó no sólo la casona sino la ciudad entera. En pocos días, se convirtió en el hombre de moda, en objeto de todas las miradas y eje de todas las conversaciones. En las tardes de costura, también tía Cruz y mamá Zita se referían a él, como paradigma de la belleza masculina:

- Como guapo no tiene tacha
- Un poco sosaina, ¿no crees?
- Tal vez, pero no te aseguraría yo que no sea ahí donde reside su atractivo.

La Amalia, en la cocina, se mostraba más explícita:

- Madre mía, qué hombre, señora Zoa. Con un tipo así perdía yo hasta el juicio, fíjese lo que la digo. ¡Vaya maneras de mirar!.

En apariencia, los niños no le divertían, pero sí, por una razón o por otra, se hacían de notar, les obsequiaba con generosas propinas y hasta jugaba un rato con ellos; incluso se decía que su presencia en el salón, durante las veladas de los sábados, aliviaba su aburrimiento. Una noche papá Telmo apareció en la tertulia y, ante la sorpresa general, tío Jairo, harto sin duda de los temas monocordes habituales, se apasionó a las primeras de cambio por ~~la alopátia~~ ^{el naturismo} y asintió con entusiasmo cuando papá Telmo, aludiendo al carácter vegetal de su dieta, esbozó su credo:

... los jueves acompañaba a Crucita a jugar al tenis y los sábados asistía a
 a sorpresas familiares, aunque era más bien taciturno y hablaba poco, tan sólo lo
 imprescindible y el era requerido. Pero cuando le hablaba, la máquina le
 escuchaba embobada, porque tenía un tono de voz amigable, muy franco y variado.
 acciones, en especial sus ojos, al animarse, resultaban aún más vivos y
 activos que en reposo. Lo extraño aunque se le pareciera de mantenerlo, se quedaba
 allí las tertulias a falta de algo mejor.

- El tío Jairo se aburre en casa

- ¿Por qué lo aburre, Flor?

- No le gustan las cosas que cuenta el tío Vidal. Lo único que le gusta de lo
 la casa es Crucita.

- ¿Sí, Flor?

- ¿Por qué no tienes ojos en la cara?

... incorporación del tío Jairo a la Audiencia, conclusión no sólo la carca
 la ciudad entera. En pocos días, se convirtió en el nombre de moda, en objeto
 de las miradas y este de todas las conversaciones. En las tertulias de costu
 ra en la Cruz y mamá Zita se referían a él, como paradigma de la belleza mas

- Como guapo no tiene fecha

- Un poco sospecho, ¿no crees?

- Tal vez, pero no te preocupes yo que no sea así. Donde reside se respectivo.
 familia, en la cocina, se mostraba más explícita:

- Madre mía, qué hombre, señora Lola. Con un tipo así perdía yo hasta el jabón.
 ¿Qué le dice que le digo. Vaya maneras de mirar!

... apartada, los niños no le divertían pero sí, por una razón o por otra, se
 de notar, las obsesiones con generosas propinas y hasta jugaba un rato con
 incluso se diría que su presencia en el salón, durante las veladas de los
 y, aliviana su aburrimiento. Una noche papá Telmo apareció en la tertulia y
 sorpresa general, tío Jairo, haría sin duda de los temas reconocidos habi-

... se apartó a las primeras de cambio por la ^{el refugio} ~~obediencia~~ y estuvo con entu-
 cuando papá Telmo, aludiendo al carácter vegetal de su dieta, esbozó su

- Mi cocinero es el sol y mi despensa la tierra

Tía Cruz cambiaba miradas cómplices con mamá Zita, y tía Macrina con tío Vidal, porque por primera vez desde su llegada veían a Jairo interesado en alguna cosa fuera de Crucita. El elemental remedio contra el estreñimiento, afeitándose descalzo, en ayunas, sobre las baldosas húmedas, literalmente le deslumbró, y así que papá Telmo declaró, "el estreñimiento no es problema de vientre sino de cabeza", su alborozo se desbordó y, minutos más tarde, cuando papá Telmo se refirió al "suculento placer de andar descalzo sintiendo bajo las plantas de los pies el magnetismo de la tierra" era ya un ferviente naturista.

Al día siguiente, domingo, acompañó al campo a su concuñado, juntos tomaron un baño de luz, pasearon desnudos entre las encinas e hicieron una tabla de ejercicios gimnásticos, plan que repitieron regularmente. La insólita camaradería entre los dos hombres sembró la zozobra en la ciudad y dió pié para que las habladurías (reticentes y maliciosas) contra el nuevo juez y sus costumbres se exacerbasen. Menos imaginativa y sin instrucción adecuada, mamá Zita, persuadida del descarrío de su marido, juzgó a su concuñado un descarriado más, juicio que refrendó tío Felipe Neri ^{al} (apuntando) la posibilidad de que Jairo "fuese otro panteísta". Una tarde, tía Cruz, el rostro encendido a pesar del albarino, enriqueció el anecdotario de Jairo con una inimaginable revelación:

- Macrina me ha dicho que en Madrid se reunía todos los martes con jóvenes protestantes.

- ¡Cielo santo!

Terció tío Felipe Neri:

-No me sorprende. Los secuaces de Lutero en Madrid van en aumento

- ¿Quién dices?

- Lutero, el primero en levantar bandera contra el Papa

- ¡Ah!

En pocas semanas, tío Jairo se convirtió en piedra de escándalo y objeto de murmuración. Tía Macrina visitaba de vez en cuando su habitación en el Hotel Castilla la Vieja, ~~donde se alojaba~~, para poner un poco de orden, "porque ya se sabe que los hombres carecen del sentido del espacio y lo amontonan todo". Una mañana le acompañó tía Cruz que volvió diciendo que la pieza era sobria como la celda de un cartujo,

- Mi cocinero es el sol y mi despensa la tierra

La Cruz completa miradas cómplices con mamá Lita y Tito Macrina con Tito Vidal porque por primera vez desde su llegada veían a Jairo interesado en alguna cosa fuera de Crucita. El elemental remedió contra el estreñimiento, afeitándose descalzo en ayunas, sobre las baldosas húmedas. Naturalmente se desbordó, y así que pasó felicitándose, "el estreñimiento no es problema de vientre sino de cabeza", se alborotó se desbordó y, minutos más tarde, cuando pasó como si fuera al "sacudido" para dar de andar descalzo sintiendo bajo las plantas de los pies el magnetismo de la tierra era ya un ferviente naturalista.

Al día siguiente, domingo, acompañado al campo a su conucado, Juntos tomaron un baño de luz, pasearon desnudos entre las encinas e hicieron una tabla de ejercicios gimnásticos, plan que repetían regularmente. La insólita camaradería entre los dos hombres sembró la zozobra en la ciudad y dio pie para que las habladurías (racionales y maliciosas) contra el nuevo juez y sus costumbres se exacerbaran. Menos imaginativa y sin instrucción adecuada, mamá Lita, persuadida del desmoronamiento de su marido, juzgó a su conucado un desecruido más, juicio que retirando Tito Felipe Merisápan tarde la posibilidad de que Jairo "fuera otro panista". Una tarde, La Cruz, el rostro encendido a pesar del albarina, entrecerró el anecdótico de Jairo con una intragable revelación:

- Macrina me ha dicho que en Madrid se reunta todos los martes con jóvenes protestantes.

- ¡Cielo santo!

Tercio Tito Felipe Merisápan:

-No me sorprende. Los secacas de Lutero en Madrid van en aumento

- ¿Quien dices?

- Lutero, el primero en levantar banderas contra el Papa

- ¡Ah!

En pocas semanas, Tito Vidal se convirtió en piedra de escándalo y objeto de murmuración. Tito Macrina visitaba de vez en cuando su habitación en el Hotel Castilla la Vieja, donde se alojaba, para poner un poco de orden, "porque ya se sabe que los hombres carecen del sentido del espacio y lo amontonan todo". Una mañana se acompañó Tito Cruz que volvió diciendo que la pieza era sobria como la caída de un cortijo.

pero no tenía crucifijo en la cabecera de la cama y, en cambio, había grabados de santos flagelados y muchachos desnudos por las paredes y una biblia rara en las estanterías.

Ajeno a tales especulaciones, tío Jairo seguía yendo los jueves al tenis con Crucita y los domingos con papá Telmo a tomar baños cutáneos en los pinares. Un ^{día} tarde se encontró con los niños y la señora Zoa ante las taquillas del cinema Lux, especializado en películas del oeste y, en un gesto de liberalidad, pidió un palco y se quedó con ellos. Flora y Gervasio, ~~ajenos a su presencia~~, absorbidos por las incidencias de la película, aplaudían con calor las derrotas de los indios. En el intermedio, tío Jairo les invitó a boliches y chocolatinas y les preguntó por qué ~~hacían aquellos~~ aplaudían:

- Porque los indios son malos
- ¿Quién lo ha dicho?
- En todas las películas son malos
- Bueno, seguro que cuando os hagáis mayores pensaréis de otra manera.

Gervasio no entendió bien las palabras de tío Jairo, pero intuyó que sus simpatías estaban de parte de los indios, lo que le conmocionó tanto que esa noche tardó dos horas en dormirse y, cuando al fin lo consiguió, soñó con el tío Jairo a caballo, el torso desnudo y plumas en la cabeza, cabalgando por un ~~páramo castellano~~ ^{paraje yermo}, al frente de un grupo de pieles-rojas. Las imágenes eran tan vívidas, que al despertar, no acertaba a separar la realidad de lo soñado, pero su obsesión seguía perturbándolo y, cuando la señora Zoa le sirvió el desayuno, le espetó: preguntó:

- ¿Es verdad que los indios son buenos, Zoa?
- ¡Estás tonto! ¿Cómo crees tú que van a ser buenos esos zarrapastrosos?
- Pues el tío Jairo lo dice
- Deja en paz a tu tío Jairo y tú da gracias a Dios por haber nacido cristiano.

Mas el niño continuaba insatisfecho, y al regresar del colegio, entró por el jardín y subió a casa de los tíos:

- Tío, ¿son buenos los indios?
- Bueno, de todo habrá, digo yo
- Entonces ¿los vaqueros son malos?

pero no tenía crucifijo en la cabecera de la cama y, en cambio, había grabados de santos flagelados y muchos dibujos por las paredes y una Biblia rara en las estanterías.

Atento a tales especulaciones, el Jairo seguía yendo los jueves al tanto con Crucifijo y los domingos con papá Jaime a tomar baños calientes en las praderas. Un día también se encontró con los niños y la señora Los años las papillas del cine, lux, especializado en películas del oeste y, en un gesto de liberalidad, pidió un palco y se quedó con ellos. Flora y Gerardo, agenos a su presencia, absortos por las incidencias de la película, aguardaban con calor las dertotas de las películas. En el intermedio, el Jairo les invitó a boliches y chocolates y les preguntó por qué hacían esas cosas.

- Porque las indios son malos

- ¿Guten lo he dicho?

- En todas las películas son malos

- Bueno, seguro que cuando os hagáis mayores pensaréis de otra manera.

Gerardo no entendió bien las palabras de el Jairo, pero sintió que sus ideas eran distintas de parte de los indios, lo que le conectaron tanto que esa noche durmió dos horas en dormirse y, cuando al fin lo consiguió, salió con el Jairo a caballo el torso desnudo y plumas en la cabeza, cabalgando por un sendero costero al tren de un grupo de pieles-rojas. Las imágenes eran tan vívidas, que al despertar no acertaba a separar la realidad de lo soñado, pero su mente seguía perturbándose y, cuando la señora Los le sirvió el desayuno, le empezó a preguntar:

- ¿Es verdad que los indios son malos, Jairo?

- ¡Estás tonto! ¿Cómo crees tú que van a ser buenos esos zarrapastrosos?

- Pues el tío Jairo lo dice

- Deja en paz a tu tío Jairo y sé de gracias a Dios por haber nacido cristiano. Mas el niño continuaba insistiendo y, al regresar del colegio, entró por el Jairo y subió a casa de los tíos:

- Tío, ¿son buenos los indios?

- Bueno, de todo habrá, digo yo

- Entonces ¿los vapores son malos?

Tío Felipe Neri carraspeó por dos veces, le invitó a sentarse y pasó un pañuelo immaculado por los cristales de los lentes:

- Mira, hijo, llevar la fe y la civilización a los infieles ya es de por sí una buena acción, ^{meritoria.} ~~digna~~

- Y ¿es bueno matarlos por eso?

- Matar, matar, es una palabra muy dura, Gervasio. En ocasiones habrá que hacer un poquito de fuerza, no digo que no. Los infieles suelen ser como los bebés, gritan y patalean cuando les lavan la cara. ¿Vas a dejarlos sucios por eso?

En la misa de nueve de Santa Brígida, reclinada entre Flora y Gervasio, mamá Zita les dijo el domingo con un calor inusual:

- Hoy ofreced la comunión por el tío Jairo

Gervasio volvió lentamente la cabeza hacia ella:

- ¿Es que es malo el tío Jairo?

Mamá Zita denegó, nerviosa:

- No se trata de que sea bueno o malo. Tu pides al Niño Jesús por él y no hagas tantas preguntas.

Su hermana Flora le dijo a la salida que mamá Zita les hacía rezar por el tío Jairo porque era amigo de papá Telmo y ambos se iban juntos los domingos a corretear desnudos por los pinares y eso era un grave pecado, pero, por una vez, Gervasio rebatió el razonamiento de su hermana aduciendo que si mamá Zita les hacía rezar por ellos era porque a ninguno de los dos les gustaban los héroes y de ahí que papá Telmo mandara a Clemente quemar los uniformes del tío Felipe Neri y el tío Jairo se pusiera de parte de los indios contra los vaqueros. Un aura mítica y contradictoria envolvía de un tiempo a esta parte a la figura de tío Jairo. A su manera, también la Amalia expresaba el asombro que le causaba su ambigüedad:

- Y a ese tío vuestro, ¿de qué le vale ser tan guapo si en la vida se le ha visto con una mujer?

- Pues sale con Crucita, Amalia, y juega al tenis con ella

- Ya ves tú, la Crucita; ¿es la Crucita una mujer? Pero si ni siquiera tiene pechos.

Pese a esta deficiencia, tío Jairo, desde su llegada, mostró su preferencia

Lo Felipe hará correspons por dos veces, le invitó a sentarse y pasó un par de
lo inmaculado por los cristales de los ventos;

- Mira, hijo, llevar la fe y la civilización a los infieles ya es de por sí
una buena acción digna.

- Y es bueno matarlos por eso?
- Matar, matar, es una palabra muy dura, Gervasio. En ocasiones habrá que

hacer un poquito de fuerza, no digo que no. Los infieles sueñan ser como los bebés,
gritan y patean cuando les lavan la cara. Y es a detras de ellos por eso.

En la misa de nueve de Santa Brígida, recitada entre Flora y Gervasio, mamá
Zita les dijo el domingo con un calor inusual:

- Hoy ofreced la comunión por el tío Jairo.
Gervasio volvió lentamente la cabeza hacia ellas:

- Les que es malo el tío Jairo?
Mamá Zita denegó, nerviosa:

- No se trata de que sea bueno o malo. Tu pides al tío Jairo por él y no
hagas tantas preguntas.

Su hermana Flora le dijo a la salida que mamá Zita les había rezado por el tío
Jairo porque era amigo de papé Telmo y sabos se iban juntas los domingos a corre-

tear desnudos por los pinas y eso era un grave pecado, por una vez, Gervasio
esto repitió el razonamiento de su hermana diciendo que si mamá Zita les había

rezado por ellos era porque a ninguno de los dos les gustaban los héroes y de ahí
que papé Telmo mandara a Clemente poner los uniformes del tío Felipe Henri y el

tío Jairo se pusiera de parte de los indios contra los vascos. Un cura mítico
y contradictorio envolvió de un tiempo a esta parte, la figura de tío Jairo. A su

manera, también la Anaís expresaba el asombro que le causaba su multiplicidad:
- Y a ese tío nuestro, ¿de qué le vale ser tan guapo si en la vida se le ha

visto con una mujer?
- Pues sabe con Cructa, Anaís, y juega al tenis con ella.

- Ya ves tú, la Cructa; ¿es la Cructa una mujer? Pero si ni siquiera tiene
pechos.

Pese a esta deficiencia, tío Jairo, desde su llegada, mostró su preferencia

por ella. Charlaban y reían por naderías, y a las clases prácticas de tenis, añadía el tío frecuentes explicaciones teóricas en las que se hacía necesario tomar a Crucita por los hombros, o por la cintura, o por las axilas, y hacerle flexionar o rotar su elástico cuerpo. La muchacha aceptaba con deleite estas enseñanzas, y por su parte, trataba a tío Jairo con el mayor afecto y confianza: le besuqueaba, se colgaba de su cuello, se sentaba en sus muslos. Tía Cruz ^{asistía} (alarmada, advertía) este proceso y ponía en guardia a su hermana:

- ¿No crees que Crucita se extralimita con Jairo? Crucita ya no es una niña, Zita.

Mamá Zita no veía, de momento, nada escandaloso en el comportamiento de su hija:

- Para muchas cosas, Cruz ^{no ha madurado todavía.} ~~es una niña todavía~~

En ausencia de la muchacha, tío Jairo ensalzaba su figura, su gracilidad, su porte, y en esos casos, mamá Zita, abochornada por los elogios, aludía "a su lento desarrollo físico", ante lo cual, tío Jairo decía tajante:

- ¡Ojalá no se desarrolle nunca! Ese es su mayor encanto.

La familia, pendiente desde hacía años, del pecho (de la falta de pechos) de Crucita, quedaba a la espera de que tío Jairo justificara apreciación tan gratuita, pero él, un poco azorado por su apresurada manifestación de entusiasmo, consciente de que el ambiente no era propicio para ampliar detalles, se limitaba a declarar:

- Es una belleza andrógina. Tiene la gracia de un efebo griego.

Y tías y tíos intercambiaban miradas, se encogían de hombros, y terminaban por admitir lo que parecía un elogio, pensando que acaso Jairo, por madrileño, más mundano ^y al tanto de la moda, estuviera en condiciones de afirmar que nada tan anties-tético como un busto prominente en una mujer.

La Amalia, en cambio, estimaba suficiente este defecto para excluir la femineidad. La presencia periódica del tío Jairo en la casa, el aroma de sus cigarrillos, su discreto perfume varonil, la tenía más encalabrinada que de costumbre. Salía con el Anselmo Llorente tres días a la semana, pero solía regresar despeinada, las ropas desbaratadas y con alguna leve equimosis en rostro y cuello. La señora Zoa movía precavidamente la cabeza:

- Andate con ojo. La primavera la sangre altera

- ¡Vayase usted al cuerno, señora Zoa!

por ella, Chariban y reían por haberlas, y a las clases prácticas de tanto, más allá
 el de frecuentes explicaciones técnicas en las que se hacía necesario tomar a Cru-
 ceta por los hombros, o por la cintura, o por las axilas, y hacerla flexionar a por-
 tar su rígido cuerpo. La muchacha aceptaba con detalle estas presiones, y por
 su parte, tratada a lo Jairo con el mayor afecto y confianza; le besaba, se
 colgaba de su cuello, se sentaba en sus muslos. La Cruz ^{estaba} ~~estaba~~ ~~estaba~~ ~~estaba~~
 proceso y ponía en guardia a su hermano:

- ¡Yo creo que Cruceta se extralimita con Jairo! Cruceta ya no es una niña.

Lita.

Mamá Lita no veía, de momento, nada escandaloso en el comportamiento de su hijo:
 - Para muchas cosas, Cruz es una niña-podosa.
 En ausencia de la muchacha, el Jairo ensalzaba su figura, su gracilidad, su
 porte, y en esos casos, mamá Lita, abochornada por los elogios, ayudaba a su lento
 desarrollo físico, ante lo cual, el Jairo decía tajante:

- ¡Jairó no se desarrolla nunca! Éste es su mayor encanto.

La familia, pendiente desde hacía años del pecho (de la falta de pecho) de
 Cruceta, quedaba a la espera de que el Jairo justificara su apreciación tan gratuita,
 pero él, un poco averazado por su sorprendente manifestación de entusiasmo, consciente
 de que el ambiente no era propicio para ampliar detalles, se limitaba a declarar:

- Es una belleza andrógina. Tiene la gracia de un estro griego.

Y tras y los intercambios miradas, se encogían de hombros, y terminaban por
 admitir lo que parecía un elogio, pensando que acaso Jairo, por madurillo, más mun-
 dano ^y al tanto de la moda, estuviera en condiciones de afirmar que nada tan anties-
 tético como un busto prominente en una mujer.

La familia, en cambio, estimaba suficiente este defecto para excluir la fami-
 liaridad. La presencia peribética del Jairo en la casa, el onoma de sus cigarrillos,
 los, su discreto perfume varonil, le tenía más encastriada que de costumbre.
 Salía con el Anselmo Lorenz tres días a la semana, pero sólo regresaba después de
 las ropas desgrastadas y con alguna leve equinocidad en rostro y cuello. La seño-
 ra los miraba precavidamente la cabeza:

- ¡Vayase usted al cuerno, señora Lita!
 - Andate con ojo. La primera vez que se mire a Jairo

Su humor se había vuelto inestable, y quebradizo, desempeñaba sus labores cotidianas con indolencia, y producía la impresión de estar a la espera de algo. Una noche que anticipó su regreso, Gervasio la abrió la puerta. Tía las mejillas congestionadas, la mirada encendida:

- ¿Han vuelto ya tus papás? -preguntó al niño a bocajarro

- Todavía no, Amalia

- Anda, pues entonces vente un ratito conmigo, bonito

La precedió pasillo adelante, renqueando de la pierna derecha, hasta el último trastero, rayano con la vivienda de tía Cruz y, una vez dentro, aseguró la puerta con pestillo, se sentó en la cama turca, cubierta por una vieja cretona, y empezó a quitarse los zapatos y las medias. Luego se sacó el vestido y la combinación por la cabeza y, a la mortecina luz del montante, Gervasio descubrió el negro vello de las axilas:

- Tienes pelos en los brazos, Amalia

- Y más pelos, mi niño. La Amalia tiene muchos pelos, ¡ya verás cuantos pelos tiene la Amalia!

Las protuberancias móviles de sus senos, las carnes blancas detonando en la penumbra, el misterioso nido del pubis, las anómalas circunstancias que le rodeaban, amedrentaron a Gervasio, pero ella se desnudaba de prisa, con dedos ardientes y expeditivos, se tumbó, montó al niño sobre ella y cimbrió alocadamente la cintura:

- Yo era un caballito y tu eras el tío Jairo, ¿quieres? El niño traspiraba, el rostro perdido entre aquellos pechos desbordados, trataba de zafarse del cruel abrazo de la muchacha, de la dolorosa presión de sus muslos, pero ella le oprimía cada vez más fuerte, gemía, le toqueteaba, murmuraba baladronadas y palabras soeces y, por último, le oprimió hasta casi cortarle el resuello, gritó sofocadamente dos veces y quedó inmóvil. Gervasio la oía respirar agitada a su lado, se deslizó hasta el suelo y, entonces, la respiración cesó y oyó su voz ronca, perezosa:

- ¿Te gustó, mi niño?

- No Amalia

- Te daba miedo, ¿eh?

- Sí Amalia

Su humor se había vuelto inestable y turbulento, descompensaba sus labores coti-
dianas con indiferencia y producía la impresión de estar a la espera de algo. Una no-
che que anticipó su regreso, Garvasio le abrió la puerta. En las mejillas congas-

tionadas, la miraba encendido:

- ¿Tienes vuelto ya sus paños? - preguntó al niño a bocajarro

- ¿Todavía no, Amalia?

- Anda, pues entonces vente un ratito conmigo, bonito

Le precedió pastillo adelante, renqueando de la plaza de la iglesia, hasta el distri-
to crastero, rayano con la vivienda de la Cruz y, una vez dentro, se quedó la puerta
de la casa cerrada, se sentó en la cama sucia, cubierto por una vieja colcha y espe-
ró a quitarse los zapatos y las medias. Luego se sacó el vestido y la corbata
por la cabeza y, a la mortecina luz del montante, Garvasio descubrió el rostro vellido
de las axilas:

- Tienes pejos en los brazos, Amalia

- Y más pejos, mi niño. La Amalia tiene muchos pejos, los verás cuantos pejos

tiene la Amalia!

Las protuberancias negras de sus senos, las carnes blancas descoloridas en la
genudera, el misterioso nudo del pubis, las anómalas circunstancias que le rodeaban,
habían entrado a Garvasio, pero ella se domaba de mirar, con ojos ardientes y ex-
pedativos, se tambaleó, montó al niño sobre ella y cubrió alocadamente la cintura:

- Yo era un caballo y tú eres el tallo, ¿verdad? El niño creyó que

el rostro perdido entre aquellos pechos descoloridos, trataba de zafarse del crepú-
sculo de la muchacha, de la dolosa presión de sus muslos, pero ella le oprimía
cada vez más fuerte, gemía, le frotaba, enarmonaba palabradas y palabras soces
y, por último, le echó hasta casi sentirse el resaca, gritó sofocadamente dos
veces y quedó inmóvil. Garvasio le oía respirar agitada a su lado, se deslizo has-

ta el suelo y, entonces, la respiración cesó y oyó su voz ronca, perseguida:

- ¿Te gustó, mi niño?

- No Amalia

- ¿Te daba miedo, verdad?

- Sí Amalia

- Seguro que a tu tío no le hubiera dado tanto miedo

- ¿A qué tío, Amalia?

- A tu tío Jairo, ¿que tío iba a ser? -Estalló en una risotada provocativa: ¡Madre, qué ejemplar de hombre! -el niño pretendía introducir sus pies descalzos por las perneras de los calzoncillos: -Aguarda, bonito, ahora te visto.

Antes de abandonar el trastero, la Amalia le estiró el jersey y le conminó:

- A la mamá ni una palabra, ¿has entendido? Ni a la señora Zoa, ni a la Florita, ni a nadie... Esto es un secreto entre la Amalia y el niño.

Una extraña asociación de ideas inspiró a Gervasio:

- Y ¿al Anselmo Llorente?

- A ese menos que a nadie, ¿oyes? Es que ni se te ocurra.

El niño se sentía impregnado de una sucia turbación, le poseía la borrosa conciencia de haber incurrido en algo infame pero, al propio tiempo, intuía que, en torno a aquellas viscosidades íntimas, giraba el secreto de la vida, y la ignorancia de tales acciones era lo que justificaba aquello que los mayores denominaban candor infantil. De repente, dejó de sentirse candoroso, comprendió la existencia del Friné, la de los hombres con el ala del sombrero bajada que merodeaban a su alrededor, la desazón del Anselmo Llorente cada vez que la Amalia se retrasaba y la excitación de las muchachas que subían al escenario del Novelty para que el Breslau ~~o el Rodolfo Francisco las abrazasen.~~ ^{bailasen.} Empezaba a ver las cosas bajo una nueva luz. Turbado aún por los espasmos lúbricos de la Amalia, tembló ante la idea de una adolescencia concupiscente. Su impresión fué tan honda que no osó comentar el hecho con Florita. No era el miedo a quebrantar un secreto, sino una íntima vergüenza lo que sellaba sus labios. Respecto a la señora Zoa, recelaba que, de informarla, se sentiría celosa y saltaría a los ojos de la Amalia como una pantera. Guardó, pues, el secreto para sí, aunque la Amalia se las arreglaba (guiños fugaces, sonrisas evasivas) para recordarle, de vez en cuando, su complicidad.

Al aproximarse Semana Santa, tío Jairo mostró interés por el ritual y las procesiones y tía Macrina le informó que la mayor parte de ellas discurrían bajo el balcón de su hotel, desde donde podrían verlas juntos en todo su esplendor. De esta manera, aunque en opinión de tío Jairo la habitación era incómoda, y no tenía condiciones, en ella se congregó toda la familia para presenciar el desfile de Viernes Santo. Los pe-

- Seguro que a tu tío no le hubiera dado como mudo

- ¿A qué tío, Analia?

- A tu tío Jaime, ¿que tío los a ser? - Estaba en una risada provocativa
 madre, que estallar de risa. - El tío pretendía introducir sus pies descalzos
 por las piernas de los coleccionistas. - ¿Aguarda, bonita, ahora te visto.

Antes de abandonar el cráter, la Analia le estiro el jersey y le comento:

- A la mamá ni una palabra, ¿has entendido? Ni a la señora Lola, ni a la Flo-
 rita, ni a nadie... Esto es un secreto entre la Analia y el niño.

Una extraña asociación de ideas inspiró a Gerardo:

- ¿Y así Anselmo florentes?

- A ese menos que a nadie, ¿verdad? Es que ni se le ocurre.

El niño se sentía impregnado de una sucia turbación. Le posea la pobreza con-
 ciencia de haber incurrido en algo infame pero, al propio tiempo, fatiga que, en
 torno a aquellas viscosidades íntimas, guarda el secreto de la vida. Y se ignoran-
 cia de tales acciones era la que justificaba aquello que los mayores denominaban
condor infantil. De repente, dejó de sentirse candoroso, comprendió la existencia
 del frío. La de los hombres con el ala del sombrero bajada que miraban a su al-
 rededor. La desazón del Anselmo florentes cada vez que la Analia se retrasaba y la
 excitación de las muchachas que subían al escenario del Novelty para que él presen-
 tase los o el Roberto Francisco las señoras. Empujaba a ver las cosas
 bajo una nueva luz. Turbado aún por las exasmas fóbicas de la Analia, también ante
 la idea de una adolescencia concupiscente. Su impresión fue tan honda que no pudo con-
 tener el hecho con floritis. No era el miedo a quebrantar un secreto, sino una íntima
 vergüenza lo que sellaba sus labios. Respecto a la señora Lola, recordaba que, de in-
 tomarla, se sentiría celosa y saltaría a los ojos de la Analia como una pantera. Guar-
 dó, pues, el secreto para sí; aunque la Analia se las arreglase (quién sabe) con
 ellas (evastar) para recordarle, de vez en cuando, su complicidad.

Al aproximarse Semana Santa, el Jaime mostró interés por el ritual y las proce-
 siones y la Martina le informó que la mayor parte de ellas ocurrían bajo el balcón
 de su hotel, desde donde podrían verlas juntas en todo su esplendor. De esta manera,
 aunque en opinión de el Jaime la habitación era factible, y no tenía condiciones, en
 ella se congregó toda la familia para presentar el desfile de Viernes Santo. Los pe-

queños de tía Macrina correteaban entre los muebles, mientras ~~que~~ papá Telmo, tío Vidal y tío Jairo, de pié, tras el grupo de mujeres sentadas ante el balcón, charlaban animadamente y Gervasio, recostado en el brazo de una butaca, miraba como hipnotizado la mano morena y vivaz del tío Jairo sosteniendo un cigarrillo y, sin saber por qué, experimentó el casto deseo de que aquella mano le acariciase la cabeza. Pero el tío Jairo, ajeno a él, absorto ante el discurso de papá Telmo, asumía de corazón sus dos conclusiones fundamentales: Primera, que la gula conduce a los hombres a cavar su sepultura con los propios dientes, y, segunda, que los seres responsables debían empezar a cuidar la vejez a los treinta años. Apuró el cigarrillo hasta la boquilla, dió media vuelta y aplastó la punta en un cenicero, sobre la mesilla de noche.

En la calle en sombras, precedido por una banda de tambores, había aparecido el paso de La Oración del Huerto entre dos filas de encapuchados, y mamá Zita y tía Cruz se santiguaron. Tía Macrina volvió la cabeza hacia su hermano:

- Las tallas más renombradas de Juni, Berruguete y Gregorio Fernández las tienes aquí -dijo por tercera vez con orgullo de cicerone.

Tío Jairo volvió a sonreirla, mientras abajo se sucedían las cofradías y los pasos, oscilaban las llamas de los cirios, cambiaban de color las túnicas y las capuchas. A mamá Zita y tía Cruz les enfervorizaba la presencia de penitentes descalzos, en tanto a Crucita le apasionaba su identificación. Y cada vez que descubría a algún conocido se dirigía al tío Jairo con un mohín de superioridad:

-Fíjate que ridiculez, tío; Lola Alvarez Puga, descalza en la procesión.

Tío Jairo, prevenido, asentía complaciente, pero cuando, mediada la procesión, empezaron a desfilar los Cristos lacerados, sangrantes, sus dulces ojos no pestañeaban, en tanto su mano derecha, presa de una agitación extraña, no encontraba lugar donde reposar, vagaba del brazo del sillón al bolsillo, del bolsillo al mentón, hasta que, por último, cerró el puño y se clavó las cuidadas uñas en el pulpejo. Gervasio observaba con disimulo su rostro desteñido, desencajado, dos manchas violáceas bajo los ojos, los labios prietos y, al propio tiempo, iba tomando conciencia de los compases luctuosos de la banda de música que cerraba la procesión (los pitidos sofocados por la sordina de las cornetas, el redoble acompasado, hueco y funeral de los tambores), que se iba aproximando paso a paso. El niño no hubiera sabido precisar cual fué la causa desencadenante, si las cruentas imágenes de los Cristos, los sayones, la dolorida actitud de tío Jairo, o la música estrangulada de la banda que cerraba el cortejo ("se-

... de la música estranguada a la banda que cerraba el cortejo ("se-
desencadenante, si las cruentas imágenes de los Cristos, los sajones, la dolorida ac-
ción de las cornetas, el redoble acompasado, hucio y funeral de los tambores) que se
los labios prates y, al propio tiempo, los temidos conciertos de los compases luctu-
os con estímulo su rostro deshecho, desmantelado, desmanchado, desmanchado bajo los ojos,
esperaron a destilar los Cristos facerados, sangrantes, sus dices ojos no pestañeaban,
Tío Jairo, prevenido, asentía complacido, pero cuando, medido la procesión,
-fijate que ridicules, tío; Lofa Álvarez Ruge, descalza en la procesión.
conocido se dirige al tío Jairo con un gozo de superlativos.
en tanto a Cruces le agostada su identificación. Y cada vez que descubrta a algún
mas. A mamá Rita y tía Cruz les entorpecida la presencia de genitales descasos,
ros, oscilaban las flamas de los cirios, cambiaban de color las tónicas y las capu-
Tío Jairo volvió a sonreír, mientras abajo se sucedían las cofradías y los pa-
adul -dijo por tercera vez con orgullo de cirone.
- Las tallas más renombradas de Juní, Bertrugote y Gregorio Fernández las tienen
se santiguaron. The Macrina volvió a cabeza hacia su hermano.
paso de la Dirección del Hospital entre dos filas de encauchados y mamá Rita y tío Jairo.
En la calle en sombras, precedido por una banda de tambores, había aparecido el
die vuelta y agostó la punta en un cantero, sobre la mesilla de noche.
a cuidar la vejez a los treinta años. Apuro el cigarrillo hasta la bofetada, él se
pultura con los propios dientes, y segunda, que los sures responsabilidades deben esperar
conclusiones fundamentales: primera, que la gula conduce a los hombres a cavar su se-
Jairo, ajeno a él, absorto ante el discurso de papá Teino, asusta de corazón sus dos
experimentó el casto deseo de que aquella mano le acariciase la cabeza. Pero el tío
la mano morena y vivaz del tío Jairo sosteniendo un cigarrillo y, sin saber por qué,
antimadamente y Gervasio, recostado en el plato de una butaca, miraba como hipnotizado
del y tío Jairo, de día, tras el grupo de mujeres sentadas ante el balcón, charlaban
queros de tía Macrina corrían entre los muebles, mientras que papá Teino, tío Vi-

guramente -como escribiría horas más tarde tío Felipe Neri en el cuaderno de pastas de hule- fue necesaria la conjunción de dos o tres factores para que Gervasio entrase en trance esta tarde, un trance anómalo, profundo, que me asustó, ya que en un determinado momento llegué a temer un ataque de eclampsia"). Lo cierto es que el pequeño sintió en la nuca como el puntazo de una descarga que, al no encontrar salida, quedó aprisionada, culebreando, dentro del cuerpo, presionando su epidermis de dentro afuera. de tal modo que su cabecita se fué abriendo gradualmente como la cola de un pavo real (los cabellos erizados, rígidos, como sables), se le crispó el rostro, y brazos y piernas se revistieron de una piel granulosa con un pelito rubio coronando cada grano. Fué papá Telmo el primero en descubrir su tosca metamorfosis:

- ¡Ese niño!, ¡Dios Santo, ese niño! ¡Zita, por favor!

Desplazó con el hombro a tío Jairo, arrastró una butaca y se avalanzó sobre el niño, en tanto las mujeres, alarmadas, empujaban los sillones, separándoles, abriendo huecos entre ellos, y Vidalín, en el regazo de tía Macrina, repetía una y otra vez:

- El primo ~~Gervasio~~ ^{a Gervasio} está haciendo ~~el tonto~~ payasadas ¿verdad mamá?

Papá Telmo tomó ~~al niño~~ (en volandas y lo depositó sobre la cama de tío Jairo, ordenando a voces:

- ¡Cerrad el balcón! ¡Este niño está horripilado! -se inclinaba sobre él, le levantaba un párpado, le tomaba el pulso.

Tío Jairo cerró el balcón, mamá Zita cogió una mano del pequeño, tío Felipe Neri trataba de ahuecar la almohada:

- Mejor, quítasela -dijo papá Telmo.

Tío Felipe Neri la retiró. Tía Macrina sacó a sus hijitos al corredor. Mamá Zita acariciaba la mano inerte del niño, quien, con los párpados caídos, trémulo, parecía privado de conciencia:

- ¡Dios mío, Telmo!

Papá Telmo no la escuchaba. Sus labios exangües despotricaban contra los capirotes y los sayones, las imágenes sangrantes, la marcha fúnebre, e insistía, señalando la cabeza aleonada de Gervasio:

- ¡Está horripilado! Nunca en la vida ví un caso de horripilación semejante -a chuchaba la pálida carita entre sus grandes manos- : No tengas miedo, hijito; papá

guramente - como escribiría horas más tarde el Felipe Bert en el cuaderno de pasaje de hufe - fue necesaria la continuación de dos o tres factores para que Gervasio entrase en trance esta tarde, un trance anímico, profundo, que me asustó, ya que en un determinado momento llegué a pensar: un ataque de epilepsia. Lo cierto es que el pequeño sintió en la nuca como el puntazo de una descarga que, al no encontrar salida, quedó aprisionada, culiebrando, dentro del cuerpo, presionando en epidermis de dentro afuera de tal modo que su cabeza se fue abriendo gradualmente como la cola de un pavo real (los cabellos erizados, rígidos, como alfileres), se le crispó el rostro, y brazos y piernas se revistieron de una piel gruesa con un pelo rubio coronando cada grano.

Fue papá Telmo el primero en descubrir su toaca metamorfoseada:
- ¡Ese niño! ¡Dios santo, ese niño! ¡Fija, por favor!

Después con el hombre a tiro de arco, arrojó una botaca y se elevó sobre el niño, en tanto las mujeres, alarmadas, empujaban las sillas, separándose, abriendo huecos entre ellas y Vidalín, en el regazo de la Martina, repetía una y otra vez:

- El primo Gervasio está haciendo el-^{de}to, ^{Gervasio} ¿verdad, mamá?

Papá Telmo tomó ^{al niño} en volandas y lo depositó sobre la cama de tiro de arco, ordenando a veces:

- ¡Cerrad el balcón! Este niño está horripilado! se inclinaba sobre él, se levantaba en garbado, se comía el puño.

El tiro cerró el balcón, mamá Zita cogió una mano del pequeño, el Felipe Bert trató de anuciar la almohada:

- Mejor, pútasela - dijo papá Telmo.

El Felipe Bert se retiró, la Martina echó a sus niños al corredor, mamá Zita acariciaba la mano libre del niño, quien, con los párpados cerrados, temblaba, parca, privado de consciencia:

- ¡Dios mío, Telmo!

Papá Telmo no la escuchaba. Sus labios expresaban desprecios contra los caprichos y los rayones, las imágenes sangrantes, la marcha fúnebre, e insistía, señalando la cabeza alonada de Gervasio:

- ¡Está horripilado! Nunca en la vida vi un caso de horripilación semejante - chuchaba la pélida carita entre sus grandes manos - ¡Se le van las muelas, hijo papá!

Telmo está contigo. Los hombres malos no te harán daño.

Paulatinamente los cabellos de Gervasio iban asentándose, su piel se asedaba, asumía una tersura vegetal. Entreabrió los párpados:

- Ya vuelve -dijo tío Vidal

Los rostros borrosos, angustiados, de mamá Zita, papá Telmo, tía Cruz, tío Felipe Neri, Crucita, Flora, tío Jairo, tío Vidal, en torno al lecho, fué lo primero que Gervasio ^{vio} ~~divisó~~ al abrir los ojos:

- ¿Estás mejor, hijo mío? -Mamá Zita le ponía una mano en la frente.

Papá Telmo la apartó con ademanes autoritarios:

- Déjale ahora; dejadle tranquilo -se volvió a tío Felipe Neri: -Abre el balcón, Felipe, que le de el aire. ¿Quieres un poco de agua, hijito?

Una queda felicidad inundaba a Gervasio. De nuevo le enorgullecía que se inquietasen por él, que penasen por él; saberse centro de la atención general. Tío Jairo se dobló sobre la cama y le acarició la cabeza. El niño cerró los ojos y sonrió plácidamente. Papá Telmo se sentó a su lado y volvió a oprimir su rostro entre sus manazas:

- Tenías miedo, ¿eh barbián? -sonreía

- Sí

- Te daban miedo los encapuchados y esos hombres malos que mataban al Cristo, ¿no es cierto, hijito?

El niño asentía. Papá Telmo le preguntó otras tres o cuatro naderías antes de quedarse mirándole a los ojos con curiosidad profesional:

- ¿Nunca te había sucedido una cosa así? -indagó

Se oyeron varios carraspeos y la tos seca, astillada, conminatoria, de tío Vidal. Mamá Zita cerró los ojos. Tía Cruz bajó la cabeza. Tío Felipe Neri se quitó los lentes sin decir palabra. El niño recorrió uno a uno los rostros azorados de sus familiares, volvió perezosamente los ojos hacia su padre y mintió con aplomo edificante:

- Nunca; es la primera vez.

Tejano está contigo. Los hombres malos no te harán daño.
Pausadamente los cabellos de Gertrudis iban escombrosos, su piel se arrugaba,
asumió una postura vegetal. Entró en los párpados:

- Ya vuelve - dijo la Vidal

Los rostros borrosos, angustiados, de mamá Zita, papá Felipe, la Cruz, la Fel-
ipe Martí, Cructa, Flora, los datos, la Vidal, en torno al hecho, fue lo prime-
ro que Gertrudis ^{vio} al abrir los ojos

- ¿Estás mejor, hijo mío? - Mamá Zita le puso una mano en la frente.
Papá Tejano le apartó con ademanes autoritarios:

- Déjate ahora; déjate tranquilo y vuelve a lo Felipe Martí. Abre el
balcón, Felipe, que la de el aire; ¿quieres un poco de agua, hijo?

Una queda felicidad hundida a Gertrudis. Se nuevo le enorgullecía que se fueran
ellos por él, que pensaran por él; sabía se centro de la atención general. Los datos
se dobló sobre la cama y le acarició la cabeza. El niño cerró los ojos y se sonrió
plácidamente. Papá Tejano se sentó a su lado y volvió a acariciar su rostro con
sus manos:

- Tenías miedo, ¿eh? ¿dónde? - sonrío

- Sí

- Te daban miedo los encapuchados y esos hombres malos que estaban en Casa
de los, ¿no es cierto, hijo?

El niño asentía. Papá Tejano le preguntó otras tres o cuatro palabras antes de
que se mirárale a los ojos con curiosidad profesional:

- ¿Nunca te habla sucedido una cosa así? - indagó

Se oyeron varios carraspeos y la voz seca, aspillada, conminatoria, de la
Vidal. Mamá Zita cerró los ojos. La Cruz bajó la cabeza. La Felipe Martí se des-
faldó los lentes sin decir palabra. El niño recorrió uno a uno los rostros asomados
de sus familiares, volvió percosamente los ojos hacia su padre y miró con agor-
ra edificante:

- Nunca; es la primera vez.

VIII

El ingreso en el colegio de Todos los Santos para cursar el bachillerato, supuso para Gervasio la desconexión con el pasado, la ruptura con una infancia tibia, rica en experiencias, aunque demasiado atornillada y protegida. Atrás dejaba un mundo fantástico que un día juzgara fundamental y que ahora, desde la nueva perspectiva, se le antojaba ~~inane~~ deleznable. En pocos meses, los principios que informaron su vida maduraron, se racionalizaron, de tal ^{modo} forma que los hábitos y personas que apuntalaron su primera infancia, fueron paulatinamente difuminándose, perdiendo significación; ~~y sentido~~ el juego de los entierros; la Hermana Luciana; la Amalia; el Anselmo Llorente; los paseos largos con la señora Zoa; el Cigüeña; Benigno, el chófer; Clemente, el jardinero; los fantasmas crepusculares de la Enana y la Madruga; don Minervino y las señoritas del Friné; Felipa, la lavandera; Severo, el gordo sacristán de Santa Brígida; las sesiones dominicales del Lux Cinema; la señora Agustina y sus hijos Daniel y Felisilla-... Desde la atalaya de sus diez años, Gervasio contemplaba su pequeña historia como un todo, sin analizarla, ^{con} como una mezcla de ironía y confusión. A veces pensaba que la línea ^{divisoria} ~~fronteriza~~ entre su atolondrado pasado y su presente responsable venía marcada por la tarde que conoció el odio. Fué en su último paseo largo con la señora Zoa cuando, encaramado en la higuera de la señora Agustina, mientras saboreaba una brava tierna y dulcísima, Daniel, el carpintero, le había fulminado con una mirada enconada, larga, reprobadora. Tan demoledora era y tan intensa que el niño volvió la cabeza imaginando que no podía ser ^{su} ~~el~~ único destinatario, pero, al darse cuenta de que estaba sólo, de que era él el exclusivo objetivo de aquella mirada, arrojó la breva al suelo, se descolgó del árbol asustado, se acercó por detrás a la señora Zoa y le dijo a hurtadillas:

- Zoa, vámonos. Ya no quiero estar aquí.

Desde ese día, Gervasio, buscaba inutilmente ^{una garantía} un resguardo contra el odio; anhelaba ser amado. Habitado a una existencia acolchada, sin problemas, la mirada de Daniel, el carpintero, le había revelado que no todo el mundo estaba de su parte y que también involuntariamente podía ^{causarse} hacerse daño. Empezó a barruntar que los asideros que había intuido firmes no eran perdurables. El regazo de la señora Zoa, por ejemplo, ya no le amparaba; no le infundía seguridad. La vieja sirvienta se resumía,

El ingreso en el colegio de todos los Santos para cursar el bachillerato, supu-
 so para Gervasio la desconexión con el pasado, la ruptura con una infancia típicamente
 rica en experiencias, aunque demasiado atomizada y fragmentada. Antes de ir a un
 de fantástico que en día juzgará fundamental y que ahora, desde la nueva perspectiva
 se le antoja tremendamente desahogado. En pocas cosas, los principios que informan su
 vida maduraron, se racionalizaron, de tal forma que los hábitos y personas que aque-
 llaron su primera infancia fueron paulatinamente difuminándose, perdiendo signifi-
 cación, como el juego de los enteros; la Hermana Luciana; la Analia; el Anali-
 no Lorenzo; los pocos juegos con la señora Los; el Cigüeña; Benigno; el chófer;
 Clemente; el Jardiner; los fantasmas crepusculares de la zona y la Mariposa; el
 Attervino y las señoritas del Ryña; Felipa; la lavandera; Severo; el gordo sacris-
 tán de Santa Brigida; las sesiones dominicales del Lux Cinema; la señora Agustina y
 sus hijos Daniel y Felicitas... Desde la azafra de sus diez años, Gervasio conser-
 vaba su pequeña historia como un todo, sin analizarla, como una mezcla de ironía y
 confusión. A veces pensaba que la línea divisoria entre su estacionado pasado y su
 presente responsable venía marcada por la tarde que comenzó el día. Fue en su úl-
 timo paseo largo con la señora Los cuando, encaramado en la figura de la señora A-
 gustina, mientras saboreaba una brava terna y dulcísima, Daniel, el carpintero, le
 habla fulminado con una mirada encendida, feroz, reprochadora. Ten dieciocho años y
 tan intensa que el niño volvió a la cabeza imaginando que no podía ser el único hosti-
 gador, pero, al darse cuenta de que estaba sólo, de que era él el exclusivo objetivo
 de aquella mirada, arrojó la brava al suelo, se descolgó del árbol acurrado, se acer-
 có por detrás a la señora Los y le dijo a hurtadillas:

- Los, vámonos. Ya no quiero estar aquí.

Desde ese día, Gervasio, buscando inutilmente en las esquinas contra el odio, empu-
 jaba ser amado. Habitado a una existencia acolchada, sin problemas, la mirada de
 Daniel, el carpintero, le había revelado que no todo el mundo estaba de su parte y
 que también involuntariamente podía hacerse daño. Empezó a burlarse que los saíbe-
 ros que había intuido firmes no eran perdurables. El regalo de la señora Los, por
 ejemplo, ya no le empujaba; no le intundía seguridad. La vieja sirvienta se resaca,

Libro

Segundo

se arrugaba, y él empezó a verla como lo que era un ovillo enlutado, quebradizo, lardo, tullido por la artritis. El descubrimiento, aunque gradual, fué desolador. Esperó, había que fingir alguna dilación y aceptar sus efusiones con objeto de no defraudarla, pero su cariño hacia ella se había enquistado hacia tiempo, y ahora, (la vergonzaba decirlo), se le hacía cada vez más urgente interponer una distancia entre la anciana y él. Mamá Zita vino a decirle que Florita cumplió once años, al notificar al servicio que, a partir de esa fecha, los niños habían dejado de ser niños para empezar a ser señoritos. Para Gervasio fué aquello, un ascenso inesperado. Florotina, la nueva doncella, asumió el cambio con naturalidad y decía señorito Gervasio con inflado aliento, como hubiera podido decir alteza o señor presidente; por contra, la señora Zoá, amarrada a la costumbre, enervada por la vejez y el insuficiente riego sanguíneo, no acababa de digerir la innovación, y en un aturullado afán por complacer a todos, empezando por ella misma, asociaba calificativos antitéticos, como corona y señorito, para referirse a Gervasio, lo que ocasionaba en éste una creciente incomodidad. A menudo, la señora Zoá, olvidando el tratamiento y dando rienda suelta a sus impulsos, aún sabedora de que ya no existía correspondencia, apremiaba a Gervasio contra su costillar, y aunque le sentía reventar y salir entre sus brazos, no le soltaba hasta haber sellado sus mejillas con los besos húmedos, resallantes, totalitarios, que le eran habituales. Estas afusiones provocaban repugnancia en Gervasio, pues advertía que la vieja, como Florita le enseñara tiempo atrás, olía a agua muerta, (en especial su pelo blanco, acibillado de hurquillas), y su piel, tersa y cálida un día, se iba frunciendo, se volvía fría y áspera como la de las tortugas. Mas su irritación llegó al colmo el día que en la jornada de colegio, Pedro María Vega, fué testigo de uno de estos raptos vehementes. Ante el impetuoso agresivo de la anciana, Gervasio se desasosó de su abrazo, lo vio cómo ningún parentesco le permitía abrazarla de esta manera, en tanto su amigo Peter observaba la escena entre azorado y divertido y la señora Zoá, murmuraba algo que no se podía resistir de ser cierto: "que su corona, su niño, había dejado de ser niño".

Esta escena puso punto final a un largo idilio y mamá Zita, a la vista del bajo rendimiento de la señora Zoá y de la repugnancia de su hijo hacia sus expresiones sentimentales, le propuso un día el retiro en casa de su cofrade Agustín, para que Daniel, su sobrino, se ocupara de acogerlo en su casa y una lágrima de tristeza

about 1870

se arrugaba, y él empezó a verla como lo que era: un ovillito enlutado, quebradizo, lardo, tullido por la artrosis. El descubrimiento, aunque gradual, fué desolador. Empero, había que fingir alguna dilección y aceptar sus efusiones con objeto de no defraudarla, pero su cariño hacia ella se había enquistado hacía tiempo, y ^{ahora} (le avergonzaba reconocerlo), se le hacía cada vez más urgente interponer una distancia ^(sentimental) entre la anciana y él. Mamá Zita vino en su ayuda, el día que Florita cumplió once años, al notificar al servicio que, a partir de esa fecha, los niños habían dejado de ser niños para empezar a ser señoritos. Para Gervasio fue aquello, un ascenso inesperado. Florentina, la nueva doncella, asumió el cambio con naturalidad y decía señorito Gervasio con inflamado aliento, como hubiera podido decir alteza o señor presidente; por contra, la señora Zoa, amarrada a la costumbre, enervada por la senilidad y el insuficiente riego sanguíneo, no acababa de digerir la innovación, y, en un aturrullado afán por complacer a todos, empezando por ella misma, asociaba calificativos antitéticos, como corona y señorito, para referirse a Gervasio, lo que ocasionaba en éste una creciente incomodidad. A menudo, la señora Zoa, olvidando el tratamiento y dando rienda suelta a sus impulsos, aún sabedora de que ya no existía correspondencia, oprimía a Gervasio contra su costillar, y aunque le sentía renuente y ~~rígido~~ entre sus brazos, no le soltaba hasta haber sellado sus mejillas con los besos húmedos, restallantes, totalitarios, que le eran habituales. Estas ^{demonstraciones} efusiones, provocaban repugnancia en Gervasio, pues advertía que la vieja, como Florita le enseñara tiempo atrás, olía a agua muerta, (en especial su moño blanco, acribillado de horquillas), y su piel, tersa y ~~cálida~~ un día, se iba frunciendo, se volvía fría y áspera como la de las tortugas. Mas su irritación llegó al colmo, el día que su camarada de colegio, Pedro María Vega, fué testigo de uno de estos raptos vehementes. Ante el ^{efusivo} ímpetu agresivo de la anciana, Gervasio se desasíó de su abrazo, le voceó que ningún parentesco les unía para abrazarle de esa manera, en tanto su amigo Peter observaba la escena entre azorado y divertido y la señora Zoa, murmuraba algo que no por risible dejaba de ser cierto: "que su corona, su niño, había dejado de quererla".

Esta escena puso punto final a un largo idilio y mamá Zita, a la vista del escaso rendimiento de la señora Zoa y de la repulsión de su hijo hacia sus expansiones sentimentales, le propuso un día el retiro en casa de su cuñada Agustina, pero como Daniel, su sobrino, se opusiera a acoger bajo su techo a una lacaya de la burguesía,

se arrugada, y él empezó a verla como lo que era: un ovillo enlizado, quebrado,
 lardo, cullido por la arista. El desdoblamiento, aunque gradual, fue desolador,
 feroz, hasta que fingir alguna dirección y aceptar sus estufo con objeto de no
 detenerla, pero su cariño hacia ella se había enquistado hasta tiempo y ahora, la
 avergonzada reconocí, se le hacía cada vez más urgente interponer una distancia
 entre la anciana y él. ^{Algunas} Más allá vino en su ayuda, el día que Florita cumplió once
 años, al notificar el servicio que, a partir de esa fecha, los niños habían dejado
 de ser niños para empezar a ser señores. Para Gervasio fue equívoco, un ascenso y
 resguardo. Florentina, la nueva doncella, asumió el cargo con naturalidad y dejó
 a señorito Gervasio con llamado atento, como huésped debido decir señor
residente por contra, la señora los, amarrada a la costumbre, enervada por la so-
 litud y el insuficiente riego sanguíneo, se acababa de dignificar la innovación, y
 en un aturullado aún por complacer a todas, empezando por ella misma, asociada co-
 munitarios anticéticos, como corona y señorito, para volver a Gervasio, lo que
 ocasionaba en éste una creciente incomodidad. A menudo, la señora los, olvidando el
 tratamiento y dando rienda suelta a sus impulsos, aún sabedora de que ya no existía
 correspondencia, oprimía a Gervasio contra su costillar, y aunque le sentía renunciar
 y rigido entre sus brazos, no le soltaba hasta haber sellado sus mejillas con los
 besos húmedos, rescatantes, localizantes, que le eran habituales. Estas ocasiones
 provocaban repugnancia en Gervasio, pues advertía que la vista, como Florita lo en-
 señara tiempo atrás, oía a agua murmurar (un especial su modo blanco, vertiginoso de
 fortuitas) y su piel, corsa y estirada en ella, se iba frunzando, se volaba fría y
 áspera como la de las tortugas. Mas su irritación llegó al colmo, el día que su
 parada de colegio, Pedro María Vega, fue testigo de uno de estos repugnantes
 Ante el ^{efluvio} ímpetu agresivo de la anciana, Gervasio se desahogó de su brazo, le voceó que
 ningún parentesco les unía para apartarle de esa manera, en tanto su amigo Peter de-
 servaba la escena entre azorados y divertidos y la señora los, murmuraba algo que no
 por estable dejaba de ser cierto: "que su corona, se niño, había dejado de parecerla".
 Esta escena puso punto final a un largo período y señorito, a la vista del esca-
 so rendimiento de la señora los y de la reputación de su hijo hacia sus exposiciones
 sentimentales, le propuso un día el retiro en casa de su cuñada Agustina, pero como
 final, su sobrino, se opusiera a acoger bajo su techo a una lacaya de la parroquia.

la señora Zoa terminó por admitir su ingreso en las Hermanitas de los Pobres, institución de la que mamá Zita era benefactora. ^y según recogía sollozando sus pobres enseres, mamá Zita la consolaba, diciéndole que su casa siempre estaría abierta para ella y que la esperaba a almorzar "tantas veces como la viniera en gana". La señora Zoa guardaba la fotografía de sus sobrinos, la caracola y las ropas, en la maleta de cartón, recordando, sin duda, los dulces simulacros de años atrás, cuando su niño, su corona, se aferraba frenéticamente a sus piernas y le impedía marchar. Ahora Gervasio no hizo acto de presencia hasta que mamá Zita abrió la puerta de la calle. Entonces apareció en el vestíbulo y tendió a la vieja una mano inexpresiva y distante que ella bañó de besos y lágrimas, en tanto repetía: "Adios, adios, señorito Gervasio, corona".

Desde su marcha, la señora Zoa les visitaba algún domingo, ^y aunque Gervasio procuraba escabullirse, ella le atisbaba por las rendijas de las puertas, tan sólo por el placer de verle, resignada ya a no inmiscuirse en sus asuntos, ^y a la hora de marchar (Gervasio nunca estaba disponible para despedirla), clavaba en mamá Zita sus ojitos pitañosos y la decía complacida:

- Vamos, señora, qué bien fanfarrón se le está poniendo el señorito Gervasio. Ya puede usted estar contenta.

Pero la señora Zoa ^z quedó atrás en la historia de Gervasio, como quedó atrás la Amalia, quien, víctima de su primavera febricitante, acabó embarazada y el Anselmo Llorente, responsable de su estado, desapareció sin dejar rastro. Mamá Zita la reprendió en el salón verde, haciéndole ver que aquel vientre turgente no sólo era un grave pecado sino piedra de escándalo para los niños, por lo que no podía continuar en la casa. La Amalia, pese a sus cejas altivas, rogó, ^{imploró,} suplicó, se humilló en vano y, por último, sin otro allegado en la ciudad que el desertor Anselmo Llorente, cumplió inexorablemente su destino: se puso al tren, viejo ^{de su} curso de los desesperados en la ciudad. Mamá Zita, ^{fin,} conocedora ~~del~~ horrible ~~suce-~~ se, encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha, pero una mañana que instó a su marido para que la acompañara ^z papá Telmo rehusó, con una de sus frases irracionales y volterianas:

- Lo siento, Zita. Me niego a compartir vuestro original cristianismo sin

La señora Zoa terminó por sentir su ingreso en las hermanitas de los pobres, institución de la que mamá Zita era benefactora. Según recogía sollozando sus pobres enseñes, mamá Zita la consolaba, diciéndole que su casa siempre estaría abierta para ella y que la esperaba a cualquier hora como la vintera en gana. La señora Zoa guardaba la fotografía de sus sobrinos, la caracola y las ropas en la maleta de cartón, recordando, sin duda, los dulces estimuladores de sus niños, cuando su niño, su corona, se atrevía frecuentemente a sus piernas y le impedía marchar. Ahora Gervasio no hizo acto de presencia hasta que mamá Zita abrió la puerta de la calle. Entonces apareció en el vestíbulo y tendió la vieja una mano inexorativa y distante que ella había de besar y lágrimas en tanto repetía: "Adios, adios, señorito Gervasio, corona".

Desde su marcha, la señora Zoa las visitaba algún domingo y, aunque Gervasio procuraba escabullirse, ella le atisbaba por las rendijas de las puertas, tan sólo por el placer de verle, resoplando ya a no familiarizar en sus asuntos. La hora de marchar Gervasio nunca estaba dispuesta para despedirse, clavada en mamá Zita sus ojos pitagóricos y la decía con afecto:

- Vamos, señora, que están hablando de lo está poniendo el señorito Gervasio. Ya puede usted estar contenta.

Pero la señora Zoa, quedó atrás en la historia de Gervasio, como quedó atrás la Amalia, dueña, víctima de su primavera fabricada, acada esparada y el seño Lorenzo, responsable de su estado, desahogado sin lugar a dudas. Pero la repenidó en el salón verde, haciéndole ver que aquel viento surgente no sólo era un grave pecado sino piedra de escándalo para los niños, por lo que no podía continuar en la casa. La Amalia, pase a sus cosas ativas, rogó, suplicó, se humilló en vano y, por último, sin otro aligado en la ciudad que el desator Anselmo Lorenzo, cumplió inexorablemente su destino: se puso al tren, viejo curso de los desahogados en la ciudad. Mamá Zita, condecorada del horrible curso, encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha, pero una mañana que insistió a su marido para que la acompañara, éste le hizo un firme rechazo, con una de sus frases fraccionales y viciadas:

- Lo siento, Zita. Me niego a compartir nuestro original cristiano sin

prójimo.

Pero, dentro de su cariz desdichado, aquellos sucesos resultaron providenciales para Flora y Gervasio. Después de tantos años de convivencia, hubiera sido improbable que la señora Zoa y la Amalia les tomaran en serio, guardasen la deferencia debida a su edad y condición, acatasen, en suma, una jerarquía social. Ahora, en cambio, la Florentina, la nueva doncella, con sus puñitos y su cuello blanco de piqué, y la gruesa Ani, en la cocina, les trataban de señoritos con la misma naturalidad con que trataban de señora o señor a mamá Zita y papá Telmo.

Por otra parte, también Flora dejó de ser una referencia obligada en la vida de Gervasio. Su fascinante poder de seducción se lo llevó la trampa, y con el cambio de colegio, Florita se transformó en una adolescente uniformada que secreteaba escuchos con su amiga Manena Abad tan pronto Gervasio irrumpía y reían alocadamente. Flora disponía ahora de un mundo personal en el que apenas incidía su remoto pasado:

- ¿Sabes que mi hermano, de pequeño, quería ser héroe y cada vez que sonaba música se le ponían los pelos de punta?

Manena Abad, con el cabello rubio, a mechas, reía de buena gana, con aquella su risa sofocada y ronca, y Gervasio bajaba los ojos confundido porque, aunque no había renunciado al heroísmo, le abochornaba el recuerdo de aquellos fenómenos físicos que acompañaron sus primeros años. Había alcanzado esa edad en que el ideal humano es la vulgaridad, no diferenciarse de ^{los demás,} ~~la grey~~ (no rebasar la norma, y la sola evocación de su ostento le avergonzaba. ^{Sin embargo,} ~~No obstante,~~ al cabo de casi tres años sin manifestarse, consideraba cerrado ^{aquel} ~~este~~ episodio. Sus repeluznos bien podían responder, como aventurara tío Vidal en diferentes ocasiones, a puros fenómenos eléctricos, superados con el desarrollo. Para tío Felipe Neri, en cambio, comprobar que los años transcurrían sin que el signo volviese a ^{exteriorizarse suponía} ~~manifestarse~~ ~~comportaba~~ una decepción. Se resistía a admitir que, habiendo sido Gervasio, en su primera infancia, un niño singular, se hundiese ahora en la anónima vulgaridad, para transformarse en un muchacho sin finura de percepción. ¿Dónde quedaban aquellas crispaciones, aquella sensibilidad, aquellos éxtasis edificantes?. Consternado ante su indolencia, un domingo de octubre le sacó de paseo con ocasión de un concierto matinal de la banda del Regimiento de San Quin-

próximo.

Pero, dentro de su cariz desahogado, aquellos sucesos resultaron providenciales para Flora y Gervasio. Después de tantos años de convivencia, hubiera sido extraño que la señora Zoé y la familia les tomasen en serio, guardasen la deferencia debida a su edad y condición, o se preocupasen, en suma, una jerarquía social. Ahora, en cambio, la Florentina, la nueva doncella, con sus pufitos y su cuello blanco de pique, y la gruesa Ant, en la cocina, les trataban de señores con la misma naturalidad con que trataban de señores a mamá Zita y papá Telmo.

Por otra parte, también Flora dejó de ser una referencia obligada en la vida de Gervasio. Su fascinante poder de seducción se lo llevó la trampa y, con el cambio de colegio, Florita se transformó en una adolescente uniformada que se creyó sacada de un mundo personal en el que apenas incidía su "remoto" pasado.

- ¿Sabes que mi hermano, de pedáneo, quería ser héroe y cada vez que se ponía se le ponían los pelos de punta?

Manana Abad, con el cabello rubio, a mechones, rosa de buena gana, con aquellos sus ríspidos sofocados y roncos, y Gervasio bajaba los ojos confundido porque, aunque no había renunciado al heroísmo, le abochornaba el recuerdo de aquellas tardes en las que acompañaron sus primeros años. Hasta alcanzado esa edad en que el ideal humano se la vulgaridad, no diferenciarse de la gran mayoría, no rebasar la norma, y la alta ejecución de su ostentoso se avergonzaba. No obstante, el caso de casi tres años que manifestase consideraba cerrado este episodio. Sus repunzos bien podían responder, como avanzaba para esto y lo demás en diferentes ocasiones, a ciertos fenómenos eléctricos, superados con el desarrollo. Para esto Felipe le hizo, en cambio, comprender que las cosas transcurren sin que el signo volviese a manifestarse. Concomitante una decoración, se resistía a admitir que, habiendo sido Gervasio, en su primera infancia, un niño singular, se convirtiese ahora en la anónima vulgaridad, para transformarse en un muchacho sin líneas de percepción. ¿Cómo quedaban aquellas crisis, aquellas sensaciones, aquellas éxtasis éxtaticos? Conterno ante su infancia, un domingo de octubre le sacó de paseo con ocasión de un concierto matinal de la banda del Regimiento de San Juan.

tín en el templete del parque. Sabía que ^{actuaba} ~~se conducía~~ a redopelo de mamá Zita, tan so lapadamente como antaño lo hiciera papá León, pero pudo más en él la esperanza que la prudencia. La tentativa resultó un ~~absolute~~ fracaso puesto que, aunque se detuvo varias veces ante el kiosco de la música, allí donde la percusión del metal era casi insoportable (enloquecedora en las frases más altisonantes de "El sitio de Zaragoza") Gervasio no se alteró, ajeno a lo que sucedía en el templete. Su pasividad ante estímulos en el pasado infalibles, sumió a tío Felipe Neri en una honda crisis: "El presunto heroísmo de mi sobrino Gervasio (confió esa tarde a su cuaderno de pastas de hule, olvidado y polvoriento en el cajón superior del buró) se ha disipado como esas vocaciones precoces que, en determinados momentos de la infancia, inclinan a los niños a ser guardias o bomberos. Después de dos años y medio sin escribir en esta libreta, hoy que ^{reanudo el contacto,} ~~lo hago~~ (es para anotar mi desencanto, puesto que mi sobrino esta mañana, en un concierto de música militar, a pesar de la ~~viveza~~ y marcialidad de las composiciones, no reaccionó, no experimentó arrobo ni alteración alguna. Divagó distraído por las inmediaciones del quiosco donde sonaba la música, propinando puntapiés a las castañas locas, o mirando a las musarañas. Ni los himnos, ni los pasacalles, le infundieron la menor emoción; no dijo nada; no ocurrió nada. Lo mismo que hubiera sucedido si, en lugar de Gervasio, me hubiese hecho acompañar de Clemente, ^{ese} el pobre ^{retrasado} ~~mudo~~ (que cuida del jardín. Esto me hace pensar que lo que estimé en su día como una señal de lo Alto quizá no fuera sino un acto reflejo como el estornudo cuando a uno le pica la nariz. El Señor nos tenga de su mano".

Aunque por otras razones, también papá Telmo sometió al niño a observación durante un tiempo, a partir de la horripilación del Viernes Santo. Empezó vigilándole a distancia, poniendo a prueba, como en un juego, sus reacciones nerviosas, pero, de vez en cuando, animado por algún comentario del pequeño, indagaba, como sin darle importancia:

- ¿No has vuelto a sentir miedo como la ^{tarde} ~~noche~~ aquella de la procesión?

- No

- Y ¿puedes explicarme qué te ocurrió aquella tarde, hijo?

El niño levantaba los hombros, montaba el labio inferior sobre el superior y no respondía. Papá Telmo se resignaba. No quería acosarle, pero si alguna noche Gervasio ^{reclamaba} ~~pedía~~ agua o el orinal, entraba en la alcoba como si casualmente pasara por la

puerta:

- Tienes miedo, ¿verdad Gervasio? -le miraba obsesivamente la cabeza.

- No

- ¿Quieres que deje la puerta abierta? -seguía mirándole la cabeza-. ¿Me quedo un rato contigo?

- No

- ¿Estás bien, entonces? ¿No te duele nada?

- No

Poco a poco fue olvidando aquel incidente, "un fenómeno epileptoide producido por cualquier exceso -explicaba- porque el niño no es miedoso; quiero decir, anormalmente miedoso". Tío Jairo, que en aquel momento se despojaba de los pantalones junto a un matorral, comentó:

- ¡Buen susto nos dió! Jamás podré olvidar aquella cabeza erizada como la de un animalillo acorralado.

Tío Jairo continuaba saliendo al campo con papá Telmo aunque con intermitencias cada vez más frecuentes. Las exigencias de la vida naturista empezaban a fastidiarle. Por si fuera poco, tras los ejercicios dominicales, su apetito aumentaba en un momento en que él procuraba bajar de peso:

- Hoy daría un año de vida por una buena paella. Me muero de hambre.

Papá Telmo le reprochaba su flaqueza, ~~mas~~^y tía Macrina, al sábado siguiente, puntualizaba:

- Mis hermanos son impresionables. Acogen las novedades con pasión pero, a la larga, son inconstantes. Con la política les ocurre algo parecido, en especial a ~~Fadrique~~ David.

Mano a mano con tía Cruz, mamá Zita opinaba que "como guapo, Jairo, lo era en grado sumo, pero también variable como una veleta". En lo tocante a Gervasio, se había serenado. Y aunque su hermana se obstinara en interpretar sus repeluznos como pruebas de predilección celestial, ella prefería el silencio de Dios. Una tarde le confió a Cruz:

- En abril hará tres años que Gervasio sufrió el último ataque de esos. No quiero tentar a Dios, pero me hago ilusiones de que aquellas horribles cosas han terminado para siempre.

puerta:

- Tienes miedo, verdad Garvato? - le miraba obsesivamente la cabeza.

- No.

- ¿Quieres que deje la puerta abierta? - seguía mirándole la cabeza. - ¿No quieres que te vaya a dar un ratito contigo?

- No.

- ¿Estás bien, entonces? ¿No te duele nada?

- No.

Poco a poco fue olvidando aquel incidente. "un fenómeno epiléptico producido por cualquier exceso - explicaba - porque el niño no es miedoso; quiere decir, anormalmente miedoso". Tito Jairo, que en aquel momento se despojaba de las pantalones juntamente con un material, comentó:

- ¡Buena suerte nos dió! Jairo podrá olvidar aquella cabeza erizada como la de un animalillo escarificado.

Tito Jairo continuaba saliendo al campo con papá Jairo aunque con intermitencias cada vez más frecuentes. Las exigencias de la vida naturalista empezaban a fastidiarle por sí fuera poco, tras los ejercicios dominicales, su apetito aumentaba en un momento en que él procuraba bajar de peso:

- Hoy daré un año de vida por una buena paella. Me muero de hambre.

Papá Jairo le reprochaba su flaqueza, era Tito Jairo, al sábado siguiente, cuando:

cuallabada:

- Mis hermanas son impresionables, según las noveladas con pastín pero, a la larga, son inconstantes. Con la política les ocurre algo parecido, en especial a Pedroño - David.

Mano a mano con la Cruz, más allá estaba papá como guano, Jairo, lo era en grado sumo, pero también variable como una vejete. En lo tocante a Garvato, se había serenado. Y aunque su hermana se abstenía de interpretar sus resacaunos como pruebas de predilección celestial, ella prefería el silencio de Dios. Una tarde le contó a Cruz:

- En abril haré tres años que Garvato sufrió el último ataque de ébola. No quiero tentar a Dios, pero me hago ilusiones de que aquellas horribles cosas han terminado para siempre.

Tía Cruz ladeó la empolvada carita enojada. No comprendía a su hermana. No comprendía que calificara de "horribles cosas" y "ataques de esos", lo que para ella y su marido eran distinciones de lo Alto. Mas la fe de mamá Zita no era tan soñadora:

- Y ¿quién te dice a tí que fueran señales ^{de lo Alto} del Señor y no simples fenómenos físicos, como asegura Vidal?

Mamá Zita, apaciguada, veía crecer a Gervasio, observaba sus nuevas relaciones. Le agradaba Pedro María de Vega, Peter como ellos decían, porque los Vega eran "una familia de aquí de toda la vida; una institución" (Don Belarmino de la Vega, hidalgo de privilegio, y su mujer y prima hermana Genovevita Serrada, eran los padres de Peter, hijo único ardientemente deseado, inteligente y reflexivo, y, por añadidura, sedentario, amigo de la lectura, los juegos de mesa y los pasatiempos tranquilos). Peter enseñaba a Gervasio a armar barcos dentro de botellas y a jugar ^{al ajedrez ya} a las batallas navales. El abuelo materno de Peter, don Alvaro Serrada, había sido marino y diríase (a juicio de ~~su padre~~, don Belarmino, alto funcionario de Hacienda) que el nieto había irrumpido en el mundo con el exclusivo objeto de emularle. A los siete años conocía de memoria los planos del "Oquendo" y el "Reina Cristina" y distribuía las unidades, representadas por cajas de fósforos, de acuerdo con las tácticas seguidas por las escuadras en Lepanto, Trafalgar o Jutlandia, y exponía, con singular clarividencia, los aciertos estratégicos de los vencedores y los errores de los vencidos. Era un niño sabio que con sus pequeños ojos achinados, sus aseadas manitas ^{pecosas} y su pelo ensortijado, deslumbró a Gervasio, hasta el extremo de que merecer un elogio suyo se convirtió en ^{una obsesión,} su ~~máxima aspiración,~~ lo que no era obstáculo para que, a temporadas, cansado de su ^{sedentarismo,} ~~estatismo,~~ conectara con compañeros más activos como Lucinio Orejón que adornaba con muñecos de papel la sotana del P. Dictinio, recién llegado del Seminario, o ponía petardos en el borde del tablero para que estallaran encadenados, en horripolante traca, cada vez que el P. Sacristán se enfadaba y aporreaba la pizarra con el puño. Entre esto, su novia, (que aún vestía calcetines), su temprano bigote y sus pantalones bombachos, cobró inmediatamente para Gervasio (aunque por razones opuestas a las de Peter) un prestigio que se acrecentó el día que el P. Dictinio le persiguió a carrera por el corredor y Lucinio, al advertir que perdía terreno, interpuso entre ambos una puerta cristalera contra la que se estrelló el Padre con un formidable es-

La Cruz había la empolvada carita enojada. No comprendía a su hermana. No com-
prendía que calificara de "horribles cosas" y "ataques de esos", lo que para ella y
su marido eran distinciones de lo Alto. Mas la fe de mamá Zita no era tan solidaria:
- Y ¿quién te dice a ti que fueran señales del cielo y no simples fenómenos ter-
rales como asegura Vidal?
Mamá Zita, apaciguada, veía crecer a Gervasio, observaba sus nuevas relaciones.
Le agradaba Pedro María de Vega, Peter como ellos decían, porque los Vega eran una
familia de aquí de toda la vida; una institución. (Don Belarmino de la Vega, hijo de
go de privilegio, y su mujer y prima hermana Genevieve Zerrada, eran los padres de
Peter, hijo único ardentemente deseado, inteligente y reflexivo, y por añadidura,
sedentario, amigo de la lectura, los juegos de mesa y las castañas crujientes). Pe-
ter enseñaba a Gervasio a armar barcos dentro de botellas y a jugar a las batallas
navales. El abuelo materno de Peter, don Álvaro Zerrada, había sido marino y dirigió
a juicio de su padre, don Belarmino, este taller de barcos de madera que el niño ha-
bía triunfado en el mundo con el exclusivo objeto de emularle. A los siete años com-
pila de memoria los planes del "Quinto" y el "Reina Cristina" y distribuía las uni-
dades, representadas por cajas de fósforos, de acuerdo con las tácticas seguidas por
las escuadras en Lepanto, Trafalgar o Jutlandia y exponía con singular claridad
los aciertos estratégicos de los vencedores y los errores de los vencidos. Era un ni-
ño sabio que con sus pequeños ojos achinados, sus cejas mantecadas y su pelo ondulante
había, destimbrado a Gervasio, hasta el extremo de que este en un día suyo se convir-
tiera en su máxima aspiración, lo que no era obstáculo para que, a temporadas, conser-
vase de su sistema, conectara con compañeros más activos como Luciano Grón que a-
dornaba con muñecos de papel la escena del F. Dicitario, recién llegado del Salmantino,
a punta de tardes en el borde del tablero para que estuvieran encadenados, en horri-
la traca, cada vez que el F. Dicitario se entabla y se corre la pista con el pu-
ño. Entre esto, su novela (que aún vestía calzoncillos) su temprano hígado y sus pen-
samientos bombachos, cobró inmediatamente para Gervasio (aunque por razones opuestas a
las de Peter) un prestigio que se acrecentó el día que el F. Dicitario le persiguió a
carrera por el corredor y Luciano, al advertir que perdía terreno, interpuso entre
ellos una puerta cristiana contra la que se estrelló el padre con un formidable es-

trépito de vidrios rotos, (El coraje con que Lucinio afrontó los rumores de expulsión, su arrogancia, en tanto sus padres se humillaban en la Dirección, encareciendo ^{indulgen-} perdón ^{cia}) para su hijo, aumentaron su ascendiente y autoridad).

A Crucita, su hermana, ^{le desagradaba} ~~no le agradaba~~ Lucinio ("Orejón, tu dirás, ¿dónde puede ir un ^{chico} hombre con ese apellido?"). Le consideraba un muchacho rústico, sin distinción alguna, como "demostraban aquellos pantalonazos, cómica caricatura de los nicker bocker ingleses". De vez en cuando Lucinio, cansado de sus excesos, se sentaba a escuchar a Peter y entonces era capaz de pasarse horas enteras oyéndole relatar una batalla naval o viéndole pegar un fósforo dentro de una botella a manera de botavara de una fragata. Sin pretenderlo, Gervasio se encontró, pues, haciendo de bisagra, conciliando dos caracteres antagónicos, como el día que dió vida en la bañera de su casa (con barcos de roña y papel, que a la postre incendiaron) a la batalla naval de Jutlandia. Lucinio, como en otro tiempo Florita, le ofrecía el aliciente de lo inesperado, de la sorpresa; sabía urdir el plan apropiado para cada circunstancia. Así, en el mes de enero, cuando se heló el río, fueron patinando sobre él hasta la Isla del Vado donde escondieron un tesoro (una peonza, un caniquín de piedra y un cuproniquel) de forma que ahora, cada vez que Gervasio franqueaba el Puente Colgante y divisaba el islote de la aventura, experimentaba una emoción inefable. Peter, aunque precavido, participaba gustoso de aquellas contingencias que luego ennoblecía prestando a sus amigos algún libro relacionado con ellas (en aquel caso, La isla del tesoro, de Stevenson) con lo que la ingenua proeza cobraba ribetes de epopeya, cantada ya por ^{destacados} grandes (intelectuales). Gervasio se sentía a gusto entre aquellos dos amigos que encarnaban el talento y la acción, y si a Lucinio, cada vez que ^{éste} le hablaba de su novia, le refería su torpe experiencia con la Amalia, actualizándola y atribuyéndose la iniciativa con objeto de apabullarle, a Peter, admirador de la vida castrense, le mostraba la boina roja que papá León le había legado y la bala informe que segara la vida del general don Cástor Arrázola.

La personalidad de Gervasio iba así enriqueciéndose, desdoblándose, puesto que si por un lado, junto a Lucinio Orejón, pasaba por ser un muchacho inquieto, audaz y resuelto, por otro, en su relación con Peter, diríase un niño quedo, oficioso y tranquilo. En determinadas ocasiones ambas corrientes conectaban, y Lucinio, Peter y

tráfico de víbricosos. El coraje con que Lucinio afrontó los tumores de exultación
su arrogancia, en tanto sus padres se humillaban en la dirección, encareciendo pedón
(para su hijo, aumentaron su ascendente y autoridad).
A Crucita, su hermana, no se agreda. Lucinio (Oración, tu dirás, dónde queda
tr un hombre con ese apellido?). Le consideraba un muchacho rústico, sin distinción
alguna, como "demostraban aquellas pantalonzos, cántica cartadura de los nicker hoc-
ker" ingleses. De vez en cuando Lucinio, cansado de sus excesos, se sentaba a escri-
char a Peter y entonces era capaz de pasarse horas enteras oyéndole relatar una bata-
lla naval o viéndole pagar un fósforo dentro de una botella a manera de botarva de
una fragata. Sin pretenderlo, Gervasio se encontró, pues, haciendo de bisagra, consi-
tando dos caracteres antagónicos, como el día que él vivió en la bahera de su casa
(con barcos de roña y papel, que a los puertos (incendiaron) a la batalla naval de Jubi-
landia. Lucinio, como en otro tiempo Florida, le atraía el silencio de la fresquera-
do, de la sorpresa; sabía urdir el plan apropiado para cada circunstancia. Así, en
el mes de enero, cuando se había el río, fueron patinando sobre él hasta la isla del
Yado donde escondieron un tesoro (una pecora, un cantón de tierra y un canchón).
de forma que ahora, cada vez que Gervasio transcurra el puente Colgante y divisaba
el istmo de la aventura, experimentaba una emoción íntima. Peter, aunque presen-
tando participaba gustoso de aquellas contingencias que luego inmediatamente prestaba
a sus amigos algún libro relacionado con ellas (en aquel caso, La isla del tesoro
de Stevenson) con lo que la ingeniosidad cubría cobras rústicas de opopaxa, cuando ya
por grandes (intelectuales, Gervasio se sentía a gusto entre aquellos dos amigos que
encarnaban el talento y la acción, y si a Lucinio, cada vez que le hablaba de su no-
via, le relataba su torpe experiencia con la Anita, actualizándose y atribuyéndose
la iniciativa con objeto de apabullarle, a Peter, administrador de la vida castrense, le
mostraba la botina roja que papá León le había legado y la bata informe que seguía la
vida del general don César Arzobal.
La personalidad de Gervasio iba así entristeciéndose, desdoblándose, puesto que
si por un lado, junto a Lucinio Grejón, pasaba por ser un muchacho indolente, andaz
y resuelto, por otro, en su relación con Peter, debía un niño que, ofensivo y
trandulo. En determinadas ocasiones ambas corrientes conectaban, y Lucinio, Peter y

él se encontraban felices en el punto de incidencia, como aconteció un día ante la Norton de los tíos Norberto y Adrián, ^{que Lucinio acababa de descubrir} ~~moto que Lucinio había descubierto días atrás~~ y de la que había hecho grandes elogios en el colegio. Para Lucinio, los Mutis, eran seres irreales, paradójicos pero admirables: tenían largos dientes y no comían, lengua y no hablaban y sabían desplazarse sobre una moto a ciento veinte kilómetros ^{por} a la hora, sin que el viento les arrebatara el sombrero de la cabeza. El día que Gervasio ^{también reveló} informó (a Lucinio ~~de~~ que los Mutis eran tíos suyos, aquel pensó que se guaseaba. ^{Más} Pero también Peter quedó fascinado ante la máquina diabólica, de la que Lucinio se hacía lenguas, y una tarde, al salir del colegio, Gervasio, envane- ^{dispuesto a sorprenderles,} cido, condujo a sus amigos hasta la mercería. La Norton, negra, de níqueles brillantes, bien pertrechada, reposaba silenciosa junto al bordillo de la acera, como un monstruo dormido. Los tíos Norberto y Adrián no se inmutaron al verle aparecer, le saludaron con la frase rutinaria de siempre, como si hubieran estado reunidos la víspera:

- ¿Qué dice el barbián?

Mediante ^{rodeos} ~~circunloquios~~ e insinuaciones, Gervasio les dió a entender que a sus amigos y a él les agradaría dar una vuelta en aquel artefacto, y entonces, el tío Adrián, el más bajo de los dos, sonrió con su sonrisa caníbal, y, ^{dudarlo un} sin ~~hacer comen-~~ ^{momento,} ~~tarios,~~ le aposentó en el asiento trasero, pegó dos patadas al pedal de la puesta en marcha, se sentó en el sillín, afianzó el sombrero y le dijo ladeando un poco la cabeza:

- Agárrate bien

Y salió petardeando como un loco por la calle Perdón de Dios, zigzagueando entre los carros, los coches y los tranvías, accediendo, al fin, al Puente Viejo a cien kilómetros por hora. Zarandeado por el viento, Gervasio se aferraba como un pulpo a la breve cintura del tío Adrián (recostando la mejilla ^{contra} en su espalda), quien, como de costumbre, llevaba el impasible rostro levantado, las manos en los puños, el sombrero clavado en el cogote. En la carretera de puente a puente, sin pavimentar, aceleró aún más el artefacto de tal modo que el niño, en retaguardia, sentía el siseo de los árboles al pasar, entre las explosiones regulares del tubo escape:

- ¡Cuidado, tío!

él se encontraban felices en el punto de encuentro, como aconteció un día ante la
Norton de los tíos Norberto y Adrián, como que Luciano había descubierto las cosas
y de lo que había hecho grandes elogios en el colegio. Para Luciano, los niños
eran seres increíbles, maravillosos pero admirables: tenían largos brazos y no contaban
lenguas y no hablaban y sabían desplazarse sobre un modo a ciento veinte kilómetros
por hora sin que el viento les arrebatara el sombrero de la cabeza. El día
que Gervasio informó a Luciano de que los niños eran esos, aquel pensó que
se guastaba. Pero también Peter quedó fascinado ante la máquina diabólica, de lo
que Luciano se hacía lenguas y una tarde, al salir del colegio, Gervasio, avanzando
codo a codo con sus amigos hasta la mercería. La Norton, negra, de mujeres pri-
llantes, bien pertrechada, repicaba atenciones junto al bordillo de la acera, como
un monstruo dormido. Los tíos Norberto y Adrián no se temieron al verlo aparecer,
le saludaron con la frase rutinaria de siempre, como si hubieran estado reunidos
la víspera:

- ¿Qué dice el barbián?

Mediante circunstancias e instigaciones, Gervasio les dio a entender que a sus
amigos y a él les agradaría dar una vuelta en aquel antro y entonces, el día
Adrián, el más bajo de los dos, sonrió con su sonrisa cantada. Y, sin hacer caso
de lo que se le decía, se sentó en el asiento trasero, pagó dos patatas al pedo de la puerta
en marcha, se sentó en el sillón, abrió el sombrero y le dijo labando un poco
la cabeza:

- Agrárate bien

Y salió pateando como un loco por la calle Perdon de Dios, siguiendo
entre los carros, los coches y los tranvías, accediendo, al fin, al puente viejo
a cien kilómetros por hora. Avanzando por el viento, Gervasio se aferraba como un
puño a la breve cintura del tío Adrián (recostando la cabeza en su espalda), quien
como de costumbre, llevaba el bastón recto levantado, las manos en los puños,
el sombrero clavado en el cogote. En la carretera de puente a puente, sin pararme
tar, aceleró aún más el artefacto de tal modo que el niño, en retrospectiva, sentía
el atasco de los árboles al pasar, entre las explosiones regulares del tipo escape:

- ¡Cuidado, tío!

Pero el tío Adrián no frenó hasta llegar a la encrucijada del Puente Colgante, para doblar en ángulo recto y adentrarse de nuevo en la ciudad. Una vez en la mercería, el tío Norberto, en silencio, como cumpliendo un rito, acomodó a Peter sobre el depósito de gasolina y a Lucinio en el soporte, y, acto seguido, recorrió el mismo trayecto, y aunque a Peter, que iba delante, se le cortaba el resuello y hacía aspavientos de ahogado, el tío Norberto no desaceleró, ni hizo comentarios al terminar el paseo. Fué aquella una experiencia inolvidable que Lucinio evocaba con fruición, sugiriendo la posibilidad de repetirla.

A menudo sorprendían a los tíos en la moto, derechos como palos, tan pegados el uno al otro como debieron de estarlo en el vientre de su madre, el tío Adrián, más consumido, delante, conduciendo, y tras él, muy tieso, el tío Norberto, los largos dientes amarillos al aire, el sombrero en el cogote. Las sencillas gentes del barrio decían comprensivas, al verlos pasar: "Ahí van los García; vaya par de locos", o, bien, ironizaban: "Como no hablan, los Mutis se han comprado una moto para meter ruido".

Mediado el mes de marzo, el P. Sacristán, (una amplia frente sembrada de arrugas, como si su exclusiva tarea fuese cavilar) les habló por primera vez, en clase de Religión, de la República como sinónimo de caos y ateísmo, lo que indujo a Gervasio a precaverse contra ella y excluirla de una presunta lista de causas nobles, decisión que corroboró después de oír en casa los comentarios negativos de mamá Zita y tío Felipe Neri. Las veladas de los sábados no se habían interrumpido, y, en alguna medida, Flora y Gervasio participaban de ellas. Todo era lo mismo que antaño salvo una cosa: el eje de las conversaciones ya no era el dinero sino la política, con lo que las discusiones resultaban ^{incomprensibles,} ~~abstrusas~~ para los niños, hasta el punto de que Gervasio había de poner a veces sus cinco sentidos en el empeño y aguzar su ingenio para saber a qué atenerse. Por ejemplo, lo que para papá Telmo (en las contadas ocasiones en que asistía a las "soirés") era "el dictador", se convertía en "el general" para tío Felipe Neri, en "Primo", para tío Vidal, y en "el marqués de Estella" para tía Macrina y Crucita, matizaciones que era preciso retener para no extraviarse en el laberinto. Y el día que la prensa anunció la solución Berenguer y la convocatoria de nuevas elecciones, tío Felipe Neri apostilló que "eso era un pasteleo, no una solución" y tía Cruz, que previamente

Pero el tío Adrián no frenó hasta llegar a la encrucijada del Puente Colgante, para doblar en ángulo recto y adentrarse de nuevo en la ciudad. Una vez en la ciudad, el tío Adrián, en silencio, como empinando un rito, acomodó a Peter sobre el depósito de gasolina y a Luciano en el asiento, y, acto seguido, recorrió el mismo trayecto y aunque a Peter, que iba delante, se le cortaba el resaca y hasta espavientos de choque, el tío Adrián no desahució, ni hizo comentarios al terminar el paseo. Fue aquella una experiencia inolvidable que Luciano evocaba con fruición, sugiriendo la posibilidad de repetirla.

A menudo sorprendían a los tíos en la moto, desechos como pájaros, tan pegados el uno al otro como decteron de estarlo en el vientre de su madre, el tío Adrián más consumido, delante, conduciendo, y tras él, muy tieso, el tío Norberto, los largos dientes amarillos al aire, el sombrero en el cogote. Las sandalias pesadas del barrio decían comprensivas, al verlas pasar: "Ahí van los García; vaya par de locos", o bien, ironizaban: "Como no hablan, los Múñiz se van comprando una moto para meter ruido".

Medido el mas de marío, el P. Sebastián, una simple frena sembrada de arrugas, como si su exclusiva tarea fuese castigar los hábitos por primera vez, en ella se de Raligón, de la República como símbolo de caos y ataraxia, lo que intentó a Gervasio a precaverse contra ella y excluirlo de una propuesta lista de cosas prohibidas, decisión que corroboró después de oír en casa los comentarios negativos de mamá Zita y tío Felipe Heri. Las veidas de los sábados no se habían interrumpido y en alguna medida, Flora y Gervasio participaban de ellas. Toda era lo mismo que antaño salvo una cosa: el eje de las conversaciones ya no era el dinero sino la política, con lo que las discusiones resultaban aburridas para los niños, hasta el punto de que Gervasio había de poner a veces sus cinco sentidos en el empeño y aguzar su ingenio para saber a qué atenerse. Por ejemplo, lo que para Gervasio (en las contadas ocasiones en que asistía a las "sesiones") era "el dictador", se convertía en "el general" para tío Felipe Heri, en "primo", para tío Vidal, y en "el marqués de Estrella" para tía Macrina y Cructa, matizaciones que era preciso retener para no extraviarse en el laberinto. Y el día que la prensa anunció la solución Berenguer y la convocatoria de nuevas elecciones, tío Felipe Heri asistió a lo que "eso era un pastelito, no una solución", y tía Cruz, que previamente

había comentado el caso con su marido, estiró su pescuezo blanco ceñido por el gollipín, ~~quín~~, como un cisne que va a morir, y presagió:

- Volvemos a las andadas. Dios nos tenga de su mano

Fué en aquellos días y en torno a aquellos acontecimientos que mamá Zita se adueñó de una expresión popular llamada a hacer fortuna: "Se va a armar la gorda", frase ambigua que anunciaba un hecho catastrófico, ^{aunque en un plazo indeterminado.} ~~cuyo plazo se ignoraba aunque se considerara inevitable.~~ Esta vaguedad hacía que la gorda amagase tanto el día que Primo de Rivera murió exiliado en París, como con ^{el} ~~ocasión del~~ motín de Cuatro Vientos, como con la llegada de la exaltada primavera de 1931. Para Gervasio, amigo de definiciones categóricas, "la gorda" suponía algo evanescente, aunque sin duda cruento, por lo que no desechaba la idea de que "la gorda" viniera a dilucidar de una vez por todas si su disposición para el heroísmo era un hecho o una superchería fraguada por el fanatismo familiar. De ahí que el muchacho, al tiempo que recelaba de ella, la aguardase con cierta impaciencia.

Un jueves, a la salida del colegio con sus amigos, encontró a los tíos Norberto y Adrián lanzando octavillas en la Avenida de los Tilos desde la moto. El tío Adrián, como de costumbre, conducía y el tío Norberto, mucho más alto, rígido ~~como un palo~~ en el soporte, el rostro impasible, iba regando la calle de papeles que, a causa de la velocidad, revolaban un rato antes de posarse, sobre los adoquines, a los pies de los transeuntes. Gervasio atrapó en el aire una octavilla y se detuvo ~~bajo un árbol~~ a leerla: "Si quieres libertad y justicia, vota a la República". Turbado, viendo la moto que se alejaba, tragó saliva. Se negaba a reconocer la evidencia. No es que hubiera considerado monárquicos a sus tíos, pero con su silencio y su Norton los había imaginado al margen de la cuestión. De repente, los tíos (aquellos tíos por los que sentía veneración, tal vez porque en casa eran considerados como los tíos "malditos") se pronunciaban contra todo aquello que era su mundo y que él juzgaba respetable: mamá Zita, tío Felipe Neri, Don Urbano, los curas, las iglesias, el colegio... Los tíos Norberto y Adrián, a caballo de la Norton, como demonios locos, se convertían en nuncios de la mala causa, en detonadores de la "gorda". Sintió la proximidad de Peter:

- ¿Sabías que tus tíos eran republicanos?

- No tenía ni idea - se disculpó

había comentado el caso con su marido, está en un momento de...
como un caso que va a morir, y presagió:

- Volvimos a las andadas. Dios nos tenga de su mano

Fue en aquellos días y en torno a aquellos acontecimientos que más tarde se a-
duñó de una expresión popular llamada a hacer fortuna: "se va a armar la gorda".
frase ambigua que anunciaba un hecho catástrofico, cuyo plazo se ignoraba aunque se
consideraba inevitable. Esta vaguedad hacía que la gorda amagase tanto el día que
Primo de Rivera murió exiliado en París, como con ocasión del motín de Cuatro Vien-
tos, como con la llegada de la exaltada primavera de 1931. Para Cervasio, amigo de
definiciones categóricas, "la gorda" suena algo evanescente, aunque sin duda cruen-
to, por lo que no desechaba la idea de que "la gorda" viera a dilucidar de una
vez por todas su disposición para el heroísmo era un hecho o una superchería.
trazada por el fantasma familiar. De ahí que el muchacho, el tiempo que necesitaba
de ella, la aguardase con cierta impaciencia.

Un jueves, a la salida del colegio con sus amigos, encontró a los tres herma-
nos y Adrían lanzando ocurrencias en la Avenida de los Reyes desde la moto. El día A-
drián, como de costumbre, conducía y el otro hermanito, mucho más alto, rígido como
un palo en el soporte, el rostro impasible, iba regando la calle de papeles que, a
causa de la velocidad, revolaban un rato antes de caer, sobre los adoquines, a
los pies de los transeúntes. Cervasio atizó en el aire una ocurrencia y se detuvo
bajo un árbol a leerla: "Si quieres libertad y justicia, vota a la Republica". Tam-
bado, viendo la moto que se alejaba, tragó saliva. Se negaba a reconocer la exalta-
ción. No es que hubiera considerado monárquicos a sus tíos, pero con su silencio y
su hermano los había imaginado al margen de la cuestión. De repente, los tres herma-
nos tíos por los que sentía veneración, tal vez porque en casa eran considerados
como los tíos "majitos" se pronunciaban contra todo aquello que era su mundo y que
él juzgaba respetable: mamá Lita, el Felipe heróico, los libros, los cursos, las igle-
sias, el colegio... Los tres hermanitos y Adrían, a caballo de la hermana, como domo-
stos locos, se convertían en nuncios de la mala causa, en detonadores de la "gorda".

Stació la proximidad de febrero:

- ¿Sabías que tus tíos eran republicanos?
No tenía ni idea - te disculpé

~~Que va~~
~~No tenía ni idea se disculpó~~

~~En el pecho de Lucinio pugnaban su admiración y sus ideales. Dijo, tras una vacilación:~~

~~¿Por qué no les apedreamos la moto?~~

Una semana ^{mas tarde,} después, ^{descubrieron} (al anochecer, Lucinio y él ~~tropezaron con~~ la Norton estacionada frente al Friné. El corazón le latía a Gervasio con tanta dureza que le hacía daño en el pecho. Lucinio hizo un gesto de ^{reprobación:} ~~contrariedad~~

- ¡Jodo con tus tíos! Además de republicanos son unos puteros

La misteriosa atracción que sobre él ejercían la moto y sus dueños se impuso al desencanto de Gervasio:

- ¿Por qué no esperamos a que salgan?

Se acurrucaron a la sombra del callejón de Santa Brígida. Gervasio, ahogado de emoción, miraba alternativamente al balcón de su casa y a la puerta del Friné. La impaciencia eternizaba el aguardo. Lucinio despotricaba, y ya estaban a punto de echarlo todo a rodar cuando se abrió la abigarrada puerta del café-cantante y surgieron las risas ^{bulliciosas} ~~alborotadas~~ de las muchachas. ^{En medio del grupo,} ~~Entre ellas,~~ cogidos del brazo o por los hombros, sonriendo a la noche con sus dientes amarillos, iban los tíos Norberto y Adrián. Una de las chicas, ^{sonoro} se adelantó, depositó un ~~beso ostentoso~~ beso en la frente del tío Adrián y le rogó que "hiciese unos títeres como despedida".

- ¿Es que son saltimbanquis tus tíos?

- ¡Calla!

El tío Adrián, complaciente, se había despojado de la americana y, en chaleco, se adelantó hasta el ensanchamiento de la acera, afianzó las palmas de las manos en el suelo y volteó su menudo cuerpo de manera que la cabeza quedó abajo y las suelas de los zapatos en el muro, arriba, en la fachada del edificio. Dentro se oían las voces airadas de don Minervino pero las chicas reían y aplaudían con entusiasmo, sin hacerle caso, y el tío Adrián, después de recuperar la vertical, hizo un saludo reverencioso con el sombrero en la mano, tomó la americana en la otra y, con alada agilidad, se encaramó sobre los hombros de su hermano, que había puesto la Norton en marcha, agitó las dos prendas con los brazos en cruz y lanzó dos vivas a la República según se perdían calle abajo.

~~En el pecho de Lucinio pulsaban su atracción y sus ideales. Dijo, tras una va-~~
~~ción:~~
~~- ¿Por qué no las reconocemos los mozo?~~
 Una semana después, (el) ~~mañana~~, Lucinio y el ~~proprietario~~ con la ~~horca~~ ~~estaba-~~
 nada frente al ~~frío~~. El corazón le latía a ~~Gervasio~~ con tanta fuerza que le hacía
 daño en el pecho. Lucinio hizo un gesto de ~~despreocupación~~
 - ¡Judo con tus tíos! Además de republicanos son unos pateros
 La misteriosa atracción que sobre él ejercían la moto y sus dueños se impuso
 al desencanto de Gervasio:

- ¿Por qué no esperamos a que salgan?
 Se acurrucaron a la sombra del cajón de Santa Brígida. Gervasio, ahogado de
 emoción, miraba alternativamente al balcon de su casa y a la puerta del ~~frío~~. La
 impaciencia eternizaba el aguardo. Lucinio desorientado, y ya estaba a punto de e-
 charlo todo a rodar cuando se abrió la adyacente puerta del café-cantante y sur-
 tieron las risas ~~alborotadas~~ de las muchachas. Entre ellas, ~~lucio~~ del brazo a por
 los hombros, sonriendo a la noche con sus dientes ~~carminados~~, iban los tíos ~~Gervasio~~
 y ~~Abrián~~. Una de las chicas, se adelantó, depositó un ~~paquete~~ en la frente
 del tío ~~Abrián~~ y le rogó que "hiciera unos títeres como despedida".
 - ¿Es que son saltimbanquis tus tíos?
 - ¡Calla!

El tío ~~Abrián~~, compaciente, se había despedido de la americana y, en silencio,
 se adelantó hasta el ensanchamiento de la acera, alzando las palmas de las manos en
 el suelo y volteó su menudo cuerpo de manera que la cabeza quedo abajo y las suelas
 de los zapatos en el muro, ~~gritando~~, en la fachada del edificio. Mientras se iban las vo-
 ces ~~arrabadas~~ de don ~~Minervino~~ pero las chicas reían y aplaudían con entusiasmo, sin
 hacerle caso, y el tío ~~Abrián~~, después de recuperar la vertical, hizo un saludo ~~reva-~~
 lanchoso con el sombrero en la mano, tomó la americana en la otra y con ~~alada~~ ~~agili-~~
 dad, se encaramó sobre los hombros de su hermano, que había puesto la ~~horca~~ en ~~nar-~~
 cha, agitó las dos prendas con los brazos en cruz y lanzó dos vívas a la República
 según se perdían calle abajo.

El domingo, mamá Zita prohibió a los niños salir de casa después de misa. La víspera, Gervasio, había oído decir a Marcial, el taxista, de la parada de la esquina, mientras se frotaba una mano con otra: "Ahora, ahora viene lo bueno para los que tienen que perder". Imaginó que "lo bueno" sería la gorda y no hizo comentarios, pero pensó que si algunos deseaban que estallara la gorda, algo tendría la gorda de provechoso para ellos. A la mañana siguiente, salvo las colas silenciosas que se retorcían ante los colegios electorales, las calles estaban desiertas y los escasos transeúntes que desfilaban bajo el balcón lo hacían apresuradamente, como con frío, como alejándose de un peligro. Mamá Zita y tía Cruz llevaron a votar en el coche a la señora Zoa, y papá Telmo se ausentó de casa nada más comer. A pequeña escala, en la familia, reinaba la misma tensión recelosa que en la ciudad. Habían comido en silencio, mirándose los unos a los otros por encima de las copas, y únicamente Florita preguntó de pronto a la hora de los postres:

- ¿Es la gorda la República?

Mamá Zita y papá Telmo se miraron largo rato pero ninguno respondió. Por la tarde, tía Cruz y tío Felipe Neri pasaron a casa de su hermana por el jardín y se encerraron con ella en el cuarto de costura. Al anochecer, se presentó descompuesto tío Vidal, la calva, rosada de ordinario, ^{gris} blanca y mate como de ceniza:

- El rey se va. Han triunfado los antidinásticos. En Madrid se ha proclamado la República.

Mamá Zita también palideció al oírle, se llevó las manos heladas a las mejillas exangües y dijo patéticamente:

- ¡La gorda! ¡Ahora sí que ha estallado la gorda!

Horas después, ya noche cerrada, ^{sonó en} ~~subió de~~ la calle el chinchín de una charanga desgranando las notas del Himno de Riego y algunos vivas aislados a la República. Mamá Zita chilló histérica:

- ¡Apagad la luz! ¡Que no se asome nadie a los balcones! ¡Como si todos hubiéramos muerto!

Pero Flora y Gervasio ya estaban en el cuarto de jugar, a oscuras, viendo desfilar a la muchedumbre, ^{desarrapada,} la mayor parte en alpargatas negras, en silencio, tras de la música, y algún ^{exaltado} que otro, ~~enardecido,~~ lanzando vivas y mueras estentóreos. Tres señoritas del Friné aplaudían y, tras ellas, en el mirador, don Minervino levantaba los brazos y gesticulaba ~~exaltado~~ como en una película muda. De pronto, entre los manifestantes, apareció Daniel, el sobrino de la

El domingo, mamá Zita prohibió a los niños salir de casa después de misa. La
 señora, Gertrudis, había ido a comprar el taxi, de la parada de la es-
 tación, mientras se llevaba una mano con otra: "Ahora, ahora viene lo bueno para
 los que tienen que perder". Imaginé que "lo bueno" sería la gorda y no hizo comen-
 tarios, pero pensó que si algunos desearan que estuviera la gorda, algo tendría
 la gorda de provechoso para ellos. A la mañana siguiente, saqué las cosas aplan-
 tadas que se retorcan ante los golpes eléctricos, las calles estaban desier-
 tas y los escasos transeúntes que desfilaron bajo el palacio lo hacían apresurada-
 mente, como con frío, como aliviándose de un peligro. Mamá Zita y tía Cruz llevaron
 a votar en el coche a la señora Zita y papá Telmo se ausentó de casa nada más comer.
 La pequeña estaba, en la familia, reinaba la misma tensión recelosa que en la ciu-
 dad, habían comido en silencio, mirándose los unos a los otros por encima de las
 copas, y únicamente Florita preguntó de pronto a la hora de los postres:

- ¿Es la gorda la República?
 Mamá Zita y papá Telmo se miraron largo rato pero ninguno respondió. Por la
 tarde, tía Cruz y tío Felipe رفت pasaron a casa de su hermano por el jardín y se
 encerraron con ella en el cuarto de costura. Al reconocer, se presentó descompu-
 to tío Vidal, la calva, rosada de ordinario, blanca y esto como de costu-
 ra. El ray se va. Han triunfado los antidinásticos. En Madrid se va a probar
 de la República.
 Mamá Zita también palideció al oírlo, se llevó las manos hechas a las mejil-
 las exangües y dijo patéticamente:

- ¡La gorda! Ahora sí que ha estallado la gorda!
 Horas después, ya noche cerrada, salió de la calle el chentón de una claridad
 que desgranando las notas del Himno de Riego y algunas vivas atizadas a la repú-
 blica, mamá Zita chilló histérica:
 - ¡Apagad la luz! ¡Que no se asome nadie a los balcones! ¡Como si todos fué-
 ranos muertos!
 Pero Flora y Gertrudis ya estaban en el cuarto de jugar, a oscuras, viendo des-
 filar a la muchedumbre, la mayor parte en algarabías negras, en silencio, tras de
 la música, y algún que otro empujador, lanzando vivas y murmullos estentóreas. Tras
 rebotar del fríné aguardaban y tras ellas, en el mirador, don Minervino levantaba
 brazos y gesticulaba empujadas como en una película muda. De pronto, entre las

señora Zoa, dando saltos y al pasar bajo el balcón, les hizo un gesto de burla:

- ¿Que le pasa a Daniel?

- No lo sé; todavía debe estar enfadado por lo de la breva.

Cerrando el desfile, venía la Norton a paso de entierro, el tío Adrián conduciéndola y, tras él, inmóvil, con una gran bandera tricolor sobre el hombro, el tío Norberto. Al verlos, el tío Adrián soltó una mano del manillar e hizo un ademán de saludo, pero Flora y Gervasio, que miraban el cortejo cohibidos, no le correspondieron.

Papá Telmo se presentó tarde, cuando estaban cenando, y mamá Zita le recibió seria, con la cara de perfil, negándole el beso de bienvenida como cada vez que regañaban. Papá Telmo volvió a poner su mejilla azul al alcance de sus labios, pero ella rehusó de nuevo. Le dijo despechada:

- Imagino que estarás contento.

Papá Telmo mostró las palmas de las manos como diciendo que él no ocultaba nada; que le registrasen:

- Bueno -dijo sentándose a la mesa-. Es una nueva vía. A ver si esta vez llegamos a alguna parte -deshizo el nudo de la servilleta y la extendió sobre los muslos, al tiempo que Florentina, con la cofia en la cabeza, le aproximaba la sopera para que se sirviese.

señora los, dando saltos y al pasar bajo el balcón, les hizo un gesto de purja:

- ¿Que le pasa a Daniel?

- No lo sé; todavía debe estar entusiasmado por lo de la prueba.

Cerrando el castillo, volvió la Korton a paso de entuerto, el tío Adrián condu-
ciéndola y, tras él, también, con una gran bandera tricolor sobre el hombro, el
tío Norberto. Al verlos, el tío Adrián, soltó una mano del manillar e hizo un a-
demán de salud, pero feroz y furioso, que miraban el cortejo cortidos, no le
correspondieron.

Papa Tejino se presentó tarde, cuando estaban cenando, y mamá Zita le recibió
seria, con la cara de perfil, negándole el beso de bienvenida como cada vez que
regañaban. Papa Tejino volvió a poner su mejilla azul al alcance de sus labios, pe-
ro ella rehusó de nuevo. Le dijo despectiva:

- Imagino que estás contento.

Papa Tejino mostró las palmas de las manos como si él no ouyese

nada; que le registrasen:

- Bueno - dijo sentándose a la mesa - Es una nueva vez. A ver si esta vez

llegamos a alguna parte - desizo el ruido de la servilleta y la extendió sobre
los muslos, al tiempo que florentina, con la cacha en la cabeza, le aproximaba
la sopera para que se sirviese.

IX

Huesudo, nervioso, lineal, Carlos Centeno levantó sus negros ojos malignos hasta los balcones iluminados, donde se sujetaba el cartelón, dió un codazo a Paco Criado, su compañero de filas, y dijo en un tono de voz lo bastante alto para que Gervasio pudiera oírle:

- Ahí andará ahora el padre de García preparando la revolución.

Tras él, emparejado con Pedro María de Vega, Gervasio se hizo el desentendido, miró hacia la acera opuesta, confiando en arrastrar tras su mirada la atención de los demás, pero, en ese momento, Imanol Solavarrieta, para acabar de escarnecerle, emitió un tosecilla desgana desde los últimos lugares de la fila y Carlos Centeno le respondió como un eco, con el mismo golpe forzado de tos, señalando con la cabeza, para reforzar la contraseña, el gran letrero corrido que ocupaba tres balcones del segundo piso del edificio: Izquierda Republicana.

Desde que la vinculación política de papá Telmo trascendió en el colegio, Gervasio se sintió disminuido, en la dura tesitura de navegar contra corriente. En clase todos sabían, porque el P. Sacristán se había encargado de divulgarlo, que la República era el ateísmo y el caos, de tal modo que dada la filiación política de papá Telmo, Gervasio, descendiente directo del mal, venía a ser responsable en cierta medida de los desmanes que diariamente se cometían en el país. Tan solo la fidelidad de Peter y la tosca e inquebrantable lealtad de Lucinio Orejón le hicieron llevadera la convivencia en el centro. Los religiosos vagaban aturridos por los corredores, firgiendo una tranquilidad que no sentían, y los sábados ~~por la tarde~~, el P. Sacristán, después de entregarles las notas de la semana, les informaba sobre la situación procurando conservar el ánimo, pero una mañana, al referirles la quema de conventos en Chamartín de la Rosa, la voz se le encasquilló en la garganta, tartamudeó y, ante el asombro del juvenil auditorio, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar. A la vista del desfallecimiento del P. Sacristán, el P. Nestares, el Visitador, delegó la tarea informativa en el P. Unzueta, más frío e imaginativo, quien en lugar de hechos concretos, divagaba en torno al ateísmo militante, sacrílegas ceremonias que

Husudo, nervioso, fínel, Carlos Centeno levantó sus negros ojos malignos hacia los balcones iluminados, donde se sujetaba el cartelón, dió un codazo a Pacho Cris- do, su compañero de filas, y dijo en un tono de voz lo bastante alto para que Gervasio pudiera oírle:

- Ahí andará ahora el padre de García preparando la revolución. Tras él, empujados, con Pedro María de Vega, Gervasio se hizo el desentendido, miró hacia la acera opuesta, confiando en arrebatar tras su mirada la atención de los demás, pero en ese momento, imanol Solavarieta, para acabar de escarmentarle, emitió una coqueña desganada desde los últimos lugares de la fila y Carlos Centeno le respondió dió como un eco, con el mismo golpe torcido de hoc, señalando con la cabeza, para re- forzar la contrasena, el gran terreno corrido que ocupaba tres balcones del segundo piso del edificio: Izquierda Republicanos.

Desde que la vinculación política de papa Tejma trascendió en el colegio, Ger- vasio se sintió disminuido, en la dura tesitura de navegar contra corriente. En cla- se todos sabían, porque el P. Sacristán se había encargado de divulgarlo, que la Re- pública era el sistema y el caso, de tal modo que daba la fijación política de papa Tejma, Gervasio, descendiente directo del mal, venía a ser responsable en cierta me- dida de los desmanes que diariamente se cometían en el país. Tan solo la tibieza de Peter y la tosca e inquebrantable lealtad de Luciano según le hicieron llevarse la convivencia en el centro. Los religiosos vagaban aturridos por los corredores, sig- niendo una tranquilidad que no sentían, y los ébanos por la tarde, el P. Sacristán, después de entregarles las notas de la semana, les refería sobre la situación pro- curando conservar el ánimo, pero una mañana, al referirles la guisa de conventos en Chamartín de la Rosa, la voz se le encasulló en la garganta, tartamudeó y, ante el asombro del Juvenil auditorio, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar. A la vista del desfallecimiento del P. Sacristán, el P. Navarro, el Visitador, defe- rió la tarea informativa en el P. Unzueta, más frío e imaginativo, quien en lugar de hechos concretos, divagaba en torno al sistema miltante, sacrificadas ceremonias que

"estaban a la orden del día", robos de formas consagradas o sañudas mutilaciones de imágenes. Pero en cualquier caso, hablase el P. Sacristán o el P. Unzueta, Gervasio ^{(siem} veía, ~~de~~ ^{detrás de sus palabras,} imaginaba la mano morena de papá Telmo portando la tea incendiaria o forzando el sagrario de Santa Brígida y apuñalando después la Hostia en el Circulo (como, al decir del P. Dictinio, hacían en sus cónclaves los frácmasones) con el beneplácito de sus correligionarios, que, al ver brotar la Sangre del Pan, sonreían aviesamente porque el compañero Telmo había vuelto a sacrificar el Cordero. La relación de causalidad entre la ideología de papá Telmo y los excesos de la turba resultaba evidente para Gervasio, ^{pero,} ~~ya~~ (al sorprenderle cada mañana en el baño, la cara enjabonada y los pies descalzos, dándole los buenos días como si nada ocurriera, se le antojaba un hombre inocuo, bienintencionado, incapaz de tan atroces excesos, y le era difícil adoptar una actitud de hostilidad hacia él. Por otra parte, había asumido con serenidad el republicanismo de papá Telmo, porque en opinión de Peter, pese a la condena explícita de la República por parte del P. Sacristán, ésta, como la Monarquía, constituían opciones humanas y, en consecuencia, el hecho de anteponer una testa sin corona a una testa coronada, no representaba descarrío alguno. Era, pues, la palabra izquierda la que le conturbaba ahora, puesto que, bajo su estandarte, tan solo podían agruparse, de acuerdo con las palabras del evangelio, aquellos a los que Cristo había reprobado. El día del Juicio Final, los buenos estarían a la derecha y los malos a la izquierda del Señor, no cabían medias tintas. Empero, los hombres, cegados por la soberbia, anticipándose a la sentencia definitiva, simplificaban la tarea de Dios adoptando posiciones prematuramente. Ante la recalcitrante postura de papá Telmo, a Gervasio no le quedaba otro recurso que rezar por él, procurar recuperarle y reconciliarle con Dios. Los domingos, después de la comunión, en la misa del colegio, echaba en falta la voz trascendida de mamá Zita exortándole a pedir por él, pero Gervasio procuraba suplir espontáneamente su ausencia y, con los ojos aplastados contra la manguita del jersey, ^{suplicaba} ~~exhortaba~~ una y otra vez a la divinidad:

- Dios, Dios, que mi padre se convierta; que mi padre se haga de derechas.

Un nudo le oprimía la garganta, porque (lo mismo que le sucediera días después de la muerte de papá León) entreveía a papá Telmo retorciéndose desnudo entre las llamas del infierno, invocándole inutilmente. Esta pesadilla de papá Telmo purgando su extravío le acompañó mucho tiempo, le resultaba difícil deshacerse de ella y, co-

estaban a la orden del día, robos de formas consagradas o salidas multificadas de imágenes. Pero en cualquier caso, había el P. Sacristán o el P. Unzueta, Gervasio...
 grito de Santa Brígida y apañando después la hostia en el círculo (como, al decir del P. Dicitio, hacen en sus conchales los frascos) con el benedictio de sus corrigionarios, que, al ver proter la sangre del pan, sonreían aviesamente porque el compañero Telmo había vuelto a sacrificar al Cordero. La reflexión de causalidad entre la ideología de papé Telmo y los excesos de la turba resultaba evidente para Gervasio, al sorprenderle cada mañana en el baño, la cara entaponada y los pies descalzos, dándole los buenos días como si nada ocurriera, se le antojaba un hombre inocuo, bienintencionado, incapaz de tan atroces excesos, y le era difícil adoptar una actitud de hostilidad hacia él. Por otra parte, había asumido con seriedad el republicanismo de papá Telmo, porque en opinión de Peter, pase a la condena explícita de la República por parte del P. Sacristán, ésta, como la Monarquía, constituía un opción humana y, en consecuencia, el hecho de anexionar una testa sin corona a una testa coronada no representaba descarrío alguno. Era, pues, la palabra "republicano" la que le concuraba ahora, puesto que, bajo su estandarte, tan solo podían agruparse, de acuerdo con las palabras del evangelio, aquellos a los que Cristo había reprochado el día del Juicio Final, los buenos estarían a la derecha y los malos a la izquierda, an- del Señor, no cabían medias tintas. Empero, los hombres, cegados por la soberbia, an- ticipándose a la sentencia definitiva, simplificaban la tarea de Dios adoptando postu- ciones prematuramente. Ante la recalcitrante postura de papá Telmo, a Gervasio no le quedaba otro recurso que rezar por él, procurar recuperarlo y reconciliarlo con Dios. Los domingos, después de la comunión, en la misa del colegio, estaba en falta la voz trascendida de mamá Zita exhortándole a pedir por él, pero Gervasio procuraba sufrir espontáneamente su ausencia y, con los ojos apesadumbrados contra la manguita del jersey, exhortaba una y otra vez a la divinidad:

- Dios, Dios, que mi padre se convierta; que mi padre se haga de derechas. Un nudo le oprimía la garganta, porque lo mismo que le sucediera días después de la muerte de papá León) entrevista a papá Telmo recordándose de cuando entre las llamas del infierno, invocándole inútilmente. Esta pesadilla de papá Telmo purgando su extravió le acompañó mucho tiempo, le resultaba difícil deshacerse de ella y, en

mo es lógico, las plegarias sugían allí donde le asaltara tan acerba visión. Durante los recreos, frecuentaba la capilla y, arrodillado en el primer banco, bajo el cálido aliento de las vitrinas multicolores, suplicaba a la Virgen Santísima que le quitara a papá Telmo la venda de los ojos. Enfebrecido por un ardiente misticismo, hacía descomedidas promesas a cambio de su conversión: llevar al hombro una cruz de cincuenta kilos en la procesión de Viernes Santo, rezar diariamente los quince misterios del Rosario durante diez años consecutivos o caminar de rodillas, como peregrino, a la tumba del Apóstol hasta Compostela. Pero papá Telmo, ajeno a sus atormentadas fantasías, comía, bebía, reía, leía los diarios, salía al campo los domingos, embromaba al tío Jairo, como si nada de cuanto le rodeaba fuera con él. Los sábados solía rehuir las reuniones familiares, circunstancia que aprovechaban los tíos para reprobar su conducta. Apenas tío Jairo salía tímidamente en su defensa alegando que entrometerse en las ideas ajenas constituía un atentado contra la libertad de conciencia, a lo que mamá Zita argüía que estaba de acuerdo siempre que las ideas no atañiesen a lo sobrenatural, amenazando el eterno destino de la persona amada, en cuyo caso el cariño justificaba la intromisión. Tío Jairo intentaba replicar, más Crucita, sentada en sus piernas, ^{se lo impedía,} ~~no le dejaba,~~ le tapaba la boca con la mano, le apretaba el nudo de la corbata, le hacía carantoñas, sacaba del bolsillo interior de su americana el estuche de las gafas y jugueteaba con ellas, poniéndoselas y quitándoselas, como una niña, mientras tía Cruz se consumía, pensando que Crucita ~~se sobrepasaba~~ y ya no tenía edad para semejantes tonterías. Y una tarde de otoño, en tanto los arces regaban de hojas amarillas los arriates y paseos del jardín, se desahogó con su hermana Zita. En el rostro empolvado de tía Cruz asomaba el rubor al afirmar que el comportamiento de su ahijada con Jairo era inadmisibile, que sus zalamerías estaban fuera de lugar, que hasta del hombre más comedido debía desconfiarse y, en resumidas cuentas, se imponía una advertencia seria a la chiquilla "antes de que fuera demasiado tarde". Mamá Zita, que empezaba a ver con inquietud los arrumacos de su hija, "al fin y al cabo con un extraño", le llamó una tarde a la sala verde, la más recogida del palacio, con la pretensión de hablarla, pero apenas había mencionado el nombre de Jairo, Crucita cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a gritar que en aquella casa ruín todos eran unos mal pensados, y así que mamá Zita hizo un leve movimiento saltó al rellano de la escalera sin despedirse.

no es lógico, las preguntas surgen allí donde se esalta con acorta visión. Duran-
te los recorridos, frecuentaba la capilla y, arrodillado en el primer banco, bajo el ca-
lido aliento de las vitrinas multicolores, suplicaba a la Virgen Santísima que le
dudara a papá Telmo la venda de los ojos. Enterecido por un ardiente misticismo,
hasta desconchadas promesas a cambio de su conversión: llevar al hombre una cruz de
cincuenta kilos en la procesión de Viernes Santo, rezar diariamente los quince misterios
del Rosario durante diez años consecutivos o caminar de rodillas, como peregrin-
do, a la tumba del Apóstol hasta Compostela. Pero papá Telmo, ajeno a sus atormenta-
das fantasías, comía, bebía, veía los diarios, salía al campo los domingos,
emprendía al día Jairo, como si nada de cuanto le rodeaba fuera con él. Los sábados
solía reunir las reuniones familiares, circunstancias que aprovechaban los días para
reprobar su conducta. Apenas él Jairo salía tímidamente en su defensa alegando que
entrometerse en las ideas ajenas constituía un atentado contra la libertad de concien-
cia, a lo que mamá Zita arguye que estaba de acuerdo siempre que las ideas no atañe-
sen a lo sobrenatural, amenazando el eterno destino de la persona amada, en cuyo ca-
so el cariño justificaba la intromisión. El Jairo intentaba replicar, mas Crucita,
sentada en sus piernas, no le dejaba. Le tapaba la boca con la mano, le apretaba el
budo de la corbata, le hacía carantoñas, sacaba del bolsillo interior de su americana
no el estuche de las gafas y jugueteaba con ellas, pensándose y quitándose, co-
mo una niña, mientras la Cruz se consumía, pensando que Crucita se envenenaba y ya
no tenía edad para semejantes tonterías. Y una tarde de otoño, en tanto los arces
regaban de hojas amarillas los arriates y pasos del Jardín, se desahogó con su her-
mana Zita. En el rostro empolvado de la Cruz asomaba el rictus al afirmar que el com-
portamiento de su hijada con Jairo era inadmisible, que sus calaverías estaban fue-
ra de lugar, que hasta del hombre más comedido debía desconfiarse y, en resumidas
cuentas, se imponía una advertencia seria a la chiquilla "antes de que fuera demasiado
de tarde". Mamá Zita, que empezaba a ver con inquietud los artemesos de su hija, "al-
tí y al cabo con un extraño", le llamó una tarde a la sala verde, la más recogida
del palacio, con la pretensión de hablarla, pero apenas había mencionado el nombre
de Jairo, Crucita cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a gritar que en aquella
casa ruin todos eran unos mal pensados, y así que mamá Zita hizo un leve movimiento

para tomarle una mano y aplacarla, la niña se desasíó sollozando y abandonó la sala dando un portazo. Aquella escena fue el comienzo de un proceso insospechado. Tío Jairo, que ya había renunciado a las excursiones dominicales con papá Telmo, dejó de acudir, asimismo, a las veladas sabatinas, y una tarde, ante el estupor general, tía Macrina, anunció a los reunidos "que a su hermano Jairo no le probaban bien los aires de la ciudad y había decidido solicitar el traslado a Madrid". Gervasio intuyó que tía Macrina sabía algo más de lo que decía, pero también él, cuando una semana más tarde sorprendió, al atardecer, en un banco del parque, a tío Jairo, con Crucita y Manolito Finat, el tenista más diestro de la ciudad, silenció el encuentro y se limitó a acechar, con su amigo Lucinio, a su hermana, hasta que pudo comprobar que Crucita, tío Jairo y Manolito Finat, se encontraban en los jardines públicos todos los días. Lucinio comentaba encandilado:

- Lógico, ¿no? Tu hermana, aunque no tenga tetas, está rica. Lo que no entiendo es el papel del otro teniendo la cesta.

A finales de enero, tío Jairo se personó en la casona para despedirse. Marchaba a Madrid. A su lado, Crucita era como una niña desvalida pero, en contra de lo esperado, no hizo ninguna escena, se limitó a darle un beso de refilón y a decirle con descaro para que todos la oyeran:

- Tío, en cuanto pueda iré a verte a Madrid.

Tío Jairo trató de explicar las razones de su traslado, las ventajas que la capital reunía para un juez, y tía Macrina, que se mostraba contrariada, dolida con su familia política, corroboró, que, en cualquier circunstancia, la vida en Madrid "era distinta" de la vida en provincias. Gervasio vigilaba a papá Telmo, imaginando un caluroso abrazo de despedida, pero, ante su sorpresa, tío Jairo tendió a papá Telmo una mano insípida y le dijo algo inaudito:

- Telmo, que tu fe no desmaye

Mamá Zita y tía Cruz cruzaron una mirada de asombro, en tanto Gervasio se preguntaba que fê era la que tío Jairo no quisiera ver desmayar en papá Telmo. Para él la palabra fe tenía un alcance estrictamente religioso, de manera que cualquier interpretación referida al naturismo o ^a la política comportaba una frivolidad carente de sentido. Tío Jairo le dejó sumido en estas lucubraciones, agarró su maleta de piel y salió al rellano de la escalera sin despedirle.

para tomarla una mano y agitarla, la niña se desasó sollozando y abandonó la sala dando un portazo. Aquella escena fue el comienzo de un proceso irrispetuoso. Tito Jato, que ya había renunciado a las excursiones dominicales con papá Jato, dejó de acudir, asimismo, a las veladas sabatinas y una tarde, ante el escupor general, ésta Macrina, anunció a los reunidos "que a su hermano Jato no le probaban bien los aires de la ciudad y había decidido solicitar el traslado a Madrid". Gervasio intuyó que ésta Macrina sabía algo más de lo que decía, pero también él, cuando una semana más tarde sorprendió al estarcer, en un banco del parque, a Tito Jato, con Cructa y Manolito Finat, el tanteo más discreto de la ciudad, atenció el encuentro y se limitó a acchar, con su amigo Lucifano, a su hermana, hasta que pudo comprobar que Cructa, Tito Jato y Manolito Finat, se encontraban en los jardines públicos todos los días. Lucifano comentaba encantado:

- Lógico, ¿no? Tu hermano, aunque no tenga talas, está rico. Lo que no entiendo es el papel del otro teniendo la cesta.

A finales de enero, Tito Jato se personó en la casa para despedirse. Marchaba a Madrid. A su lado, Cructa era como una niña desvalida pero, en contra de lo esperado, no hizo ninguna escena, se limitó a darle un beso de reñión y a decirle con descaro para que todos la vieran:

- Tito, en cuanto pueda iré a verte a Madrid.

Tito Jato trató de explicar las razones de su traslado, las ventajas que la capital reunía para un juez, y ésta Macrina, que se mostraba contrariada, dejó con su familia política, correspond, que, en cualquier circunstancia, la vida en Madrid "era distinta" de la vida en provincias. Gervasio vigilaba a papá Jato, imaginando un caloroso abrazo de despedida, pero, ante su sorpresa, Tito Jato tendió a papá Jato una mano instigada y le dijo algo inaudito:

- Tío, que tu fe no desmaye.

Mamá Zita y la Cruz cruzaron una mirada de asombro, en tanto Gervasio se preguntaba que fe era la que Tito Jato no dudaba ver desmayar en papá Jato. Para él la palabra fe tenía un alcance estrictamente religioso, de manera que cualquier intención referida al naturalismo o a la política comportaba una trivialidad carena de sentido. Tito Jato le dejó sumido en estas lucubraciones, agarró su maleta de piel y saltó al rellano de la escalera sin despedirse.

Acorde
~~De acuerdo~~ con el vaticinio del P. Sacristán, "el calendario aportaba cada día una novedad diabólica que añadir a la ya larga relación de iniquidades" que el P. Unzueta se encargaba de ^{difundir} ~~exponer~~ todos los sábados. A la libertad de cultos y a la secularización de cementerios, siguieron la expulsión de los Jesuitas y la transformación del resto de las instituciones religiosas en simples asociaciones civiles. Los Padres amanecieron un día sin sotana, los más ancianos vestidos de traje oscuro, con holgadas chaquetas y pantalones abolsados, y los jóvenes, pretendiendo eludir la uniformidad, con americanas de tonos agresivos, azul eléctrico o color fuego, de tal manera que, tanto en el caso de los primeros como en el de los segundos, su identificación podía hacerse a distancia:

- Allí viene un cura vestido de paisano -decía Gervasio a Peter.

Y al verle aproximarse, con sus andares envarados, sin saber donde colocar las manos, la gorra, como una boñiga, sobre la cabeza, con la sólo finalidad de ocultar la tonsura, Peter rompía a reír:

- ¿Quién te lo ha dicho?

Crucita, que, a raíz de la marcha de tío Jairo, reía y charlaba por los codos, comentó con sorna que no creía que la orden del Gobierno obligase a que a los curas "les cortasen los trajes sus propios enemigos". Por su parte Lucinio Orejón, insensible a toda sutileza, celebró la novedad con una ruidosa traca en la clase del P. Dictinio (un rostro descolorido, imberbe, sobre el grueso nudo de la corbata chillona) que distendió la crispación de las últimas semanas.

Aunque muchos alumnos siguieron a sus mentores a Portugal, la expulsión de los Jesuitas redundó en un incremento del alumnado en el Colegio de Todos los Santos, novedad que relegó la defección de papá Telmo a un segundo plano en la mente de Gervasio. Entretanto, la actitud agresiva de los golfillos que asaltaban a diario a los colegiales, apedreándoles y despojándoles de sus meriendas y enseres, suscitaron en éstos la conveniencia de organizar la resistencia, con lo que, a menudo, podía asistirse en la plaza de las Tasas a pedreas multitudinarias o cruentas reyertas entre niños uniformados y niños andrajosos de diez a catorce años. Peter se esforzaba en adoptar una estrategia defensiva, adecuada, pero era tarea árdua resistir discipli-

De acuerdo con el vaticano del P. Sacristán, "el calendario deportivo cada día a-
 na novedad diabólica que añadir a la ya larga relación de intuidades" que el P. In-
 zuela se encargaba de exponer todos los sábados. A la libertad de cultos y a la secu-
 larización de cementerios, siguieron la expulsión de los jesuitas y la transformación
 del resto de las instituciones religiosas en simples asociaciones civiles. Los Padres
 amanecieron un día sin sotana, los más ancianos vestidos de traje oscuro, con holga-
 das chaquetas y pantalones abotados, y los jóvenes, pretendiendo emular la unifor-
 midad, con americanas de tonos agresivos, azul eléctrico o color fuego, de tal mane-
 ra que, tanto en el caso de los primeros como en el de los segundos, su identifica-
 ción podía hacerse a distancia:

- Allí viene un cura vestido de paisano - decía Gerasio a Peter.
 Y al verla aproximarse, con sus andares envueltos, sin saber donde colocar las
 manos, la gorra, como una bofia, sobre la cabeza, con la sola finalidad de ocultar
 la consagra, Peter rompió a reír:

- ¡Quien te lo ha dicho!
 Crucita que a raíz de la marcha de tío Jairo, reía y charlaba por los lados, co-
 mentó con sorna que no creía que la orden del Gobierno obligase a que a los curas
 "les cortasen los trajes sus propios enemigos". Por su parte Lucio Greco, inasen-
 tible a toda sutileza, celebró la novedad con una ruidosa traca en la clase del P.
 Dictino (un rostro descolorido, imberbe, sobre el grueso nudo de la corbata crí-
 na) que distendió la crispación de las últimas semanas.

Aunque muchos alumnos siguieron a sus mentores a Portugal, la expulsión de los
 jesuitas redujo en un incremento del afamado en el Colegio de todos los años.
 novedad que llegó la detección de papa Terno a un segundo plano en la mente de los
 vasto. Entretanto la actitud agresiva de los golfillos que asaltaban a diario a los
 colegiales, apedreándoles y despojándoles de sus morrendas y enseres, suscitaban en
 éstos la convicción de organizar la resistencia, con lo que, a menudo, podía aser-
 tirse en la plaza de las Tazas a pedreas multitudinarias o cruentas reyertas entre
 niños uniformados y niños andrajosos de diez a catorce años. Peter se esforzaba en
 adoptar una estrategia defensiva, adecuada, pero era tarea árdua resistir discipli-

nadamente las oleadas crecientes de niños desarrapados que a diario les atacaban a las puertas del colegio, coreando la salida de las filas con un himno de Riego adaptado a las circunstancias:

- Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar
subirían al coro gritando
¡libertad, libertad, libertad!

Llovían las piedras y los golpes, y los Padres, imaginando ser los causantes de la agresión, abandonaban la custodia de los alumnos, ordenando romper filas:

- Vayan directamente a sus casas y, por favor, los mayores háganse cargo de los pequeños.

Mas Gervasio llevaba grabada en la cabeza la música de aquel himno y cada vez que sus contrincantes le ponían letra, cobraba vida en su interior la imagen de papá Telmo con un vergajo en la mano, persiguiendo por las escaleras del coro a latigazo limpio a la seráfica figura del P.Dictinio. Esta era una de sus ^{dependencias:} debilidades: Cada uno de los grandes sucesos nacionales lo transfería automáticamente ^{nivel} a ~~la vida~~ familiar. De ahí, tal vez, el ardor con que, respondiendo a las estrofas de los golfillos, se unía al coro que Lucinio armonizaba, para replicarles con la misma música:

- Si dicen los impíos
que no hay un Más Allá,
¿ por qué cuando se mueren
se quieren confesar ?

La voluntad de confesión, que un poco gratuitamente atribuían a los impíos, le recordaba a Gervasio que papá León no había disfrutado de este privilegio y tal vez, el día de mañana, pudiera ocurrirle ^{lo mismo,} (a papá Telmo, con lo que el Señor en su Majestad, le sorprendería en la hora final voluntariamente alineado a su izquierda. Semejante idea le angustiaba hasta el extremo de que algunas tardes, mientras mamá Zita y los tíos comentaban en el salón las incidencias de la semana, el niño se recogía en el rincón de la chimenea, bajo la Resurrección del Giotto (mamá Zita, el casco en la cabeza, plácidamente dormida a los pies del Señor) y miraba espeluznado las llamas crepitantes del hogar:

además las puestas crecientes de niños desarrapados que a diario les atacaban a las puertas del colegio, cuando la salida de las niñas con un himno de Risgo adaptado a las circunstancias

En los cursos y frentes surgieron

la pasión que las van a dar

surgieron al coro gritando

¡libertad, libertad, libertad!

Llovían las piedras y los golpes, y los padres, imaginando ser los causantes de la agresión, abandonaban la custodia de los alumnos, ordenando romper filas: - Vayan directamente a sus casas y, por favor, los mayores hagan cargo de los pequeños.

Más fervoroso llevaba grabado en la cabeza la música de aquel himno y cada vez que sus contrincantes le ponían letra, cobraba vida en su interior la imagen de papá Jairo con un vergajo en la mano, persiguiendo por las escaleras del coro a Fatigado Jairo. Esta era una de sus debilidades. Cada uno de los grandes sucesos nacionales lo transfería automáticamente al ámbito familiar. De ahí, tal vez, el ardor con que respondiendo a las estrofas de los gorilleros, se unía al coro que lucifera arremataba, para replicarlas con la misma música

Si dicen los papas

que no hay un más allá,

¿por qué cuando se mueren

se quieren confesar?

La voluntad de confesión que un poco gratuitamente atribuían a los papas, le recordaba a Gervasio que papá León no había distribuido de este privilegio y tal vez, el día de mañana, pudiera ocurrirle a papá León, con lo que el Señor en su majestad le sorprendería en la hora final voluntariamente alineado a su izquierda. Siempre le angustiosa hasta el extremo de que algunas tardes, mientras más ella y los otros comentaban en el salón las incidencias de la semana, el niño se recogía en el rincón de la chimenea, bajo la Resurrección del Glacé (así ella, el caso en la creencia, piécidamente dormida a los pies del Señor) y miraba espeluznada las llamas crepitantes del hogar:

Tío Felipe Neri

- Señor, que papá Telmo se convierta; que se haga bueno como los tíos ^(decía) para sí

De vez en cuando, papá Telmo, para evitar la sensación de ruptura, se dejaba caer por las veladas de palacio y, en esos casos, tío Vidal y tío Felipe Neri recri-
 minaban a ^{los excesos republicanos,} "los suyos" le acusaban, como si él fuera el responsable directo, y papá
 Telmo les escuchaba en silencio, sin excusarse, sin la menor acrimonia. Pero una
 noche mamá Zita que, flanqueada por los suyos, se envalentonaba ante papá Telmo, le
 recitó uno a uno, el memorial de agravios contra la República, memorial que no había
 tenido el valor de recitarle en la intimidad de la alcoba: quema de conventos, aten-
 tados sacrílegos, supresión de la Cruz en las escuelas, expulsión de los jesuitas,
 destierro del Cardenal Segura, humillación del Ejército, secularización de las órde-
 nes religiosas, etc. y, una vez que concluyó, tío Felipe Neri apostilló inclemente:
 "¡Ni Diocleciano, Telmo, ni Diocleciano!", mas papá Telmo, lejos de soliviantarse,
 los dejó desahogarse, sonriendo conciliador, admitiendo incluso "que tal vez en la
 edificación del ^{nuevo} sistema ~~nuevo~~ se habían cometido errores pero que, como el jefe
 decía, con toda seguridad, los días más penosos habían pasado ya". A pesar de la tem-
 planza de sus palabras, tío Felipe Neri, fuera de sí, los labios despellejados a con-
 secuencia de los ácidos, exclamó que se negaba a oír llamar "jefe" en sus barbas al
 hombre que le había degradado y que había afirmado en el Congreso que "España había
 dejado de ser católica", pero ni aún así papá Telmo perdió la compostura, tornó a
 sonreír ^{bondadosamente} paternalmente, como si estuviera presidiendo una catequesis de pãrvulos, y
 con voz cauta y nasal, y un poco de retintín, observó que no consideraba cristiano
 extraer una frase de su contexto ya que, en realidad, lo que Azaña había dicho en
 el Congreso era que "si bien era cierto que España era un país de millones de creyen-
 tes, no lo era menos que el poder creador de la mente católica era nulo desde hacía
 siglos". Al oírle, tío Felipe Neri empezó a escupirle nombres ilustres de españoles
 coetãneos (Menéndez Pelayo, Vazquez de Mella, José M^a de Pereda, el P.Coloma) y mamá
 Zita, terció que como iban a crear nada las mentes católicas en España, "hijo mío",
 si su jefe las expulsaba, mientras tío Vidal argumentaba con reticencia algo que ha-
 bía leído en alguna parte: que "el señor Azaña era capaz de construir con admirable

los Felipe Neri

Señor, que para Teino se converta; que se haga bueno como los otros...
 De vez en cuando, para evitar la sensación de ruptura, se dejaba
 caer por las veladas de palacio y, en esos casos, el Vidal y el Felipe Neri recibían
 Teino les escuchaba en silencio, sin escucharse, sin la menor armonía. Pero una
 noche más allá que, fiandura por los suyos, se ensayaban ante para Teino, lo
 rectó uno a uno, el memorial de agravios contra la República, memorial que no había
 tenido el valor de recitarle en la intimidad de la alcoba: poema de conventos, cen-
 tados sacristías, supresión de la Cruz en las escuelas, expulsión de los jesuitas,
 destierro del Cardenal Segura, humillación del Ejército, secularización de las órde-
 nes religiosas, etc. y, una vez que concluyó, el Felipe Neri asistió incógnito
 "El Directorio, Teino, ni Directorio", mas para Teino, fijos de sobrevivir.
 los dejó desahogarse, sonriendo conciliador, admitiendo incluso "que así vez en la
 edificación del sistema nuevo se habían cometido errores pero que, como el jefe
 decía, con toda seguridad los días más penosos habían pasado ya". A pesar de la tem-
 planza de sus palabras, el Felipe Neri, fuera de sí, los labios despegados a con-
 secuencia de los écticos, exclamó que se negaba a ser llamado "jefe" en sus horas al
 hombre que le había degradado y que había afirmado en el Congreso que "señor había
 dejado de ser católico", pero ni aún así para Teino perdió la compostura, volvió a
 sonreír paternalmente, como si estuviera prestando un catecismo de caridad y,
 con voz cauta y nasal, y un poco de reticencia, observó que no consideraba cristiano
 extraer una frase de su contexto ya que, en realidad, lo que había dicho había en
 el Congreso era que "si bien era cierto que España era un país de millones de cató-
 lico, no lo era menos que el poder creador de la mente católica era muy débil por
 siglos". Al oírlo, el Felipe Neri empezó a escucharle nombres ilustres de españoles
 coetáneos (Menéndez Pelayo, Vazquez de Mella, José M^a de Pereda, el P. Calvo) y más
 allá, recordó que como iban a crear nada las mentes católicas en España, "pero más"
 si su jefe las expulsaba, mientras el Vidal argumentaba con reticencia algo que ha-
 bía leído en alguna parte: que "el señor Azúa era capaz de construir con abstrac-
 ción"

armonía los más deleznable y horrendos disparates". Pero papá Telmo seguía sonriendo, aplacando a sus contradictores con suaves ademanes, y Gervasio, a fuerza de mirarle, acabó por verle todo rojo, cabello, carnes, ropa, y todo rojo, y, asustado, cerró los ojos y le pidió a Dios que ayudara a papá Telmo a ver la luz y no ^{permitie} ~~le de~~ ~~ja~~ ~~se~~ ~~deslumbrar~~ ~~por~~ ^{que le deslumbraran} (los fulgores del Maligno).

Días después, mamá Zita, persuadida del valor de los símbolos en tan sórdidas circunstancias, colocó en los jerseicos de Flora y Gervasio, al lado derecho del pecho, una diminuta cruz de plata. Una semana después, a la salida de un partido de fútbol, Gervasio y Lucinio se vieron agredidos por una turba de pequeños energúmenos. Fué una pelea épica y desigual de la que Gervasio salió con una brecha y un gran hematoma en la cabeza y un ladrillazo en los riñones. Después de recibir cinco puntos de sutura en la Casa de Socorro, Lucinio le acompañó hasta casa. Papá Telmo, perdida la sangre fría, le tendió en el diván y le reconoció con dedos expertos:

-¿Duele, hijo, duele?

Estaba muy excitado y, al oír los tacones de mamá Zita, se volvió hacia la puerta desabrido:

- Es preciso evitar provocaciones, Zita. -le flexionaba las rodillas, el tronco, pulsaba una a una, las apófisis de las vértebras-: Al niño le han dado una paliza de muerte a causa de esta cruz.

Mamá Zita, los pandos ojos bovinos arrasados en lágrimas, besó la frente del niño y se encaró con su marido:

- ¿Crees de veras, Telmo, que llevar esa cruz en el pecho es una provocación?

Papá Telmo titubeó:

- Bien, tal vez no lo sea, Zita, quizá tengas razón. Tal vez esto no sea fruto de una provocación sino de la temperatura ambiente -movió la cabeza disgustado y agregó con tristeza: todos estamos incurriendo en graves equivocaciones en estos días.

La agresión a Gervasio, y su reacción decidida en defensa de la cruz, suscitó en tío Felipe Neri un rebrote de esperanza. Le miraba como a un mártir, los lentes empañados por las lágrimas, impaciente por desahogarse con el cuaderno de pastas de hule. Ante el buró, instantes más tarde, escribió: "Gervasio, mi sobrino, me conmovió hoy dando su sangre en defensa de la Cruz, ante un enemigo despiadado y muy superior

armonía los más delicados y horrendos disparates. Pero papá Telmo seguía sonrien-
do, aplacando a sus contradictores con suaves ademanes, y Gervasio, a fuerza de mi-
rarle, acabó por verle todo rojo, cabello, carne, ropa, y todo rojo, y, asustado,
cerró los ojos y le pidió a Dios que ayudara a papá Telmo a ver la luz y no se des-
tañara por los fulgores del Maltrato.

Días después, mamá Zita, persuadida del valor de los símbolos en tan sórdidas
circunstancias, colocó en los jerséis de Flora y Gervasio, al lado derecho del
pecho, una diminuta cruz de plata. Una semana después, a la salida de un partido de
fútbol, Gervasio y Lucinto se vieron agredidos por una turba de pequeños energúmenos.
Fue una pelea épica y desigual de la que Gervasio salió con una brecha y un gran he-
matoma en la cabeza y un lacerado en los riñones. Después de recibir cinco puntos
de sutura en la cara de Socorro, Lucinto le acompañó hasta casa. Papá Telmo, perdido
la sangre fría, se tendió en el diván y se reconoció con dedos expertos:

- ¡Duele, hijo, duele!

Estabas muy excitado y, al oír las razones de mamá Zita, se volvió hacia la puerta
de desahido:

- Es preciso evitar provocaciones, Zita. - le flashaba las rodillas, el tron-
co, quise una a una, las agallas de las vértebras. Al niño le han dado una paliza
de muerte a causa de esta cruz.

Mamá Zita, los bandos ojos bobinos arrojados en lágrimas, pasó la frente del ni-
ño y se encorvó con su marido:

- ¿Crees de veras, Telmo, que llevar esa cruz en el pecho es una provocación?
Papá Telmo titubeó:

- Bien, tal vez no lo sea, Zita, quizá tengas razón. Tal vez esto no sea fruto
de una provocación sino de la temperatura ambiente - movió la cabeza disgustado y a-
gregó con tristeza: todos estamos incurriendo en graves equivocaciones en estos días.
La agresión a Gervasio, y su reacción decidida en defensa de la cruz, suscitó
en Tito Felipe Heri un resaca de esperanza. Le miraba como a un mártir, los lentos
empujados por las lágrimas, impacientemente por desahogarse con el cuaderno de pasas de
hule. Ante el buró, instantes más tarde, escribió: "Gervasio, mi sobrino, me conmovió
hoy dando su sangre en defensa de la cruz, ante un enemigo despiadado y muy superior

en número. Instintiva o deliberadamente, mi sobrinito Gervasio es ya un Cruzado. Quizá la época de los símbolos haya ^{quedado atrás} pasado ~~(y estemos viviendo ya el tiempo de la acción~~

Al muchacho le envaneció el episodio, la sangre, la cabeza vendada, el eco de su gesto. Se reunía con Peter una y otra vez, le narraba con detalle la aventura, pero el elogio no brotaba de los labios de su amigo, ^{a lo sumo} ~~todo lo más~~ una frase cautelara:

- En estos tiempos hay que andar con ojo

Desesperado, en un arranque de vanidad, le hizo ver que en opinión de su tío el militar, el hombre que derramaba su sangre por la Cruz era ~~ya~~ un Cruzado, mas Peter, ni aún aceptándolo, dió la menor muestra de admiración por su gesto. Achinó aún más sus ojitos oblicuos para decir:

- Desde un punto de vista semántico, tal vez sea así, pero no te quepa duda de que mejor nos iría a todos si nos organizásemos.

Por una de esas azarosas decisiones del destino (para tío Felipe Neri el azar era Dios; nada ocurría de tejas abajo porque sí) unos días después, el P. Nestares, el Visitador, desfiló por las clases animando a los alumnos a enrolarse en la Cruzada Eucarística, una organización religiosa que, mediante oraciones y sacrificios, intercedía ante el Altísimo para que tomase bajo su protección "a este pueblo desventurado". Gervasio, como respondiendo a una exigencia íntima, fué el primero en apuntarse. Le impulsó a ello no solo su sangre (vertida ya en defensa de la Cruz) sino una simpatía visceral hacia el movimiento medieval de las Cruzadas, tan caballeroso y edificante. Su adhesión fué tan celosa, tan vivo su ardimiento, que, en el primer discurso del anciano Visitador, llegó a entrever (en su rostro ascético y catarroso) algo del ardor proselitista de Pedro, el Ermitaño. En este estado de ánimo afrontó la investidura (juramento, ofrenda e imposición de insignias), y cuando, absorto en el ritual, juró ser fiel a la doctrina de Cristo, defenderla y difundirla en la medida de sus fuerzas, el P. Nestares, el Visitador, (que recibía el juramento embutido en una raída americana azul, con brillo en los codos), se iba trasfigurando, su marchita humanidad se tornaba apuesta y su ajado atuendo se convertía en una fulgurante armadura de plata. Durante los minutos que siguieron, en tanto hablaba el viejo Visitador, Gervasio se vió caballero en córcel blanco, blandiendo la espada que Manena Abad, la rubia amiga de Florita, le entregara al partir, decapitando infieles junto

en número. Instintiva o deliberadamente, mi sobrinito Gervasio es ya un Cruzado. Qui
 es la época de los símbolos haya pasado y ^{estas cosas} ~~estamos viviendo ya el tiempo de la sesión~~
 Al muchacho le envenenó el episodio, la sangre, la cabeza vendada, el eco de
 su gesto. Se reunta con Peter una y otra vez, le narra con detalle la aventura, de
 no el elogio no brota de los labios de su amigo, ^{a la suma} ~~señala más una frase cautelosa:~~
 - En estos tiempos hay que andar con ojo
 Gervasio, en un arranque de verdad, le hizo ver que en opinión de su tío el
 militar, el hombre que derramaba su sangre por la Cruz era un Cruzado, mas Peter,
 ni aún aceptándolo, dio la menor muestra de admiración por su gesto. Aquello aún más
 sus ojos ojerosos para decir:
 - Desde un punto de vista semántico, tal vez sea así, pero no te puedes dudar de
 que mejor nos iría a todos si nos organizásemos.
 Por una de esas azarosas decisiones del destino (para tío Felipe haré el azar
 era Dios; nada ocurrió de esas cosas porque sí) unos días después, el P. Hestares,
 el Visitador, desfiló por las clases animando a los alumnos a enrolarse en la Cruz-
 da Eucarística, una organización religiosa que, mediante oraciones y sacrificios, in-
 tercedía ante el Altísimo para que tomase bajo su protección "a este pueblo desventu-
 rado". Gervasio, como respondiendo a una exigencia íntima, fue el primero en apuntar
 se. Le impulsó a ello no solo su sangre (verificada ya en defensa de la Cruz) sino una
 simpatía visceral hacia el movimiento medieval de las Cruzadas, tan caballeroso y en-
 ducante. Su adhesión fue tan calurosa, tan vivo su ardimiento, que, en el primer dis-
 curso del anciano Visitador, llegó a entrometer (en su rostro aséptico y católico) el
 go del orden proselitista, de Pedro, el Ermitaño. En este estado de ánimo atronó la
 investidura (juramento, ordena a imposición de insignias) y cuando, absorto en el
 ritual, juró ser fiel a la doctrina de Cristo, defendiéndola y combatiéndola en la medi-
 da de sus fuerzas, el P. Hestares, el Visitador, (que recitaba el juramento empujando
 en una ruda americana azul, con brillo en los codos), se iba trasfigurando, se con-
 vertía en una figura humana que tomaba a su vez su estado al punto de convertirse en una fulgurante
 armadura de plata. Durante los minutos que siguieron, en tanto hablaba el viejo Vi-
 sitador, Gervasio se vio caballero en color blanco, blandiendo la espada que manaba
 Abad, la rubia amiga de Florita, le entregara el pergamino, desmenuzando "nuestro Juramento"

al P. Nestares, cuya armadura refulgía en el campo de batalla y, al grito de "¡Dios lo quiere!", con un gallardete flameando en el extremo de la pica, arremetía contra las murallas de Damietta. Oleadas de infieles se interponían entre él y la ciudad, pero Gervasio, indomable, infundido por la gracia, anulaba toda resistencia, luchaba a brazo partido, y su celo batallador aumentó al divisar a papá Telmo cautivo, invocándole a grandes voces. Al oírle, picó espuelas, lanza en ristre, precisamente en el instante en que el P. Bernabé, el profesor de música, levantaba la batuta y, arriba, en el coro, la escolanía iniciaba el himno de los Cruzados, al que Gervasio, sumido en sus fantasías bélicas, se unió con ^{(fervor entusiástico automático e instintivo:} ~~júbilo inconsciente~~

- ¡A la lid, cruzados, a la lid!

A luchar, a luchar con fé

porque de los pueblos,

porque de los pueblos,

porque de los pueblos,

Cristo sea el Rey.

Esta vez sintió la descarga en la primera vértebra cervical, una descarga seca, como un trallazo que nubló su mente, y, en sucesivas oleadas, dejó su cuerpo rígido y electrizado. Una fuerza extraña tiraba de su cabeza como si quisiera descorcharlo y, simultáneamente, los nervios se tensaban escarapelando la piel. Experimentó un conato de levitación y, presa del vértigo, se asió crispadamente con las dos manos al respaldo del banco delantero. Se sentía ^{ingrávido,} ausente, desplazado, y cuando Peter a su lado le reconvino, "deja de hacer tonterías", le oyó muy lejos, arriba, como si él estuviera hundido en una ciénaga oscura de la que, mediante un esfuerzo impropio, ^{trata-} ~~em-~~ ^{ba de} ~~pezaba~~ a emerger. Y cuando consiguió aflorar, le invadió una sensación reconfortante, algo así como la de un nadador que después de bracear desesperadamente bajo el agua, lograra sacar la cabeza al aire y a la luz. Inspiró a fondo y, al hacerlo, oyó rumores de conversación a sus espaldas y un intercambio de tosecillas estólidas entre Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta. Una vez recuperado, notó que su cabello se distendía (pese a la gesticulación irritada del P. Pen-

tecostés en el banco lateral) y la sangre volvía a circular por sus miembros entumecidos.

En el patio, un grupo de compañeros, medio deslumbrados, medio divertidos, le ^{vo-} ~~in-~~ ^{garon} sistió que bisase el número, ~~que revelase el secreto de su repeluzno~~, pero Gervasio, tratando de sacar partido de la situación, únicamente tenía ojos para Peter, para su gesto reprobador, hasta que de nuevo en clase, el malhumorado P. Pentecostés le castigó de rodillas junto a la ventana y, antes de marchar a casa, le hizo escribir cien veces en el encerado "no debo hacer payasadas en la casa del Señor".

Cuando una hora más tarde salió del colegio, solo, escarnecido, pensando en su recaída en el ostento, tras una pausa de cuatro años, no sabía si condolerse o congratularse. La posibilidad de un futuro heroico le enorgullecía (en especial en las presentes circunstancias en las que cabía erigirse en protagonista de la gorda) pero, por otra parte, su mutación, tan escandalosa como antiestética, le avergonzaba. Era dudoso que alguien pudiera interpretar aquella erección capilar como indicio de valor. Por de pronto, la reacción de sus compañeros de clase, había sido ambigua, no habían llorado como el niño del Novelty pero tampoco se decidieron a reír; tan solo se mostraron sorprendidos atribuyendo la metamorfosis (lo mismo que el P. Pentecostés y, desgraciadamente, su amigo Peter) a megalomanía, a su notorio afán de sobresalir. En la escalera, Imanol Solavarrieta le había llamado puercoespín y Carlos Centeno, más ocurrente, se había puesto a sus órdenes titulándole Gervasio, Cabeza de León, Paladín de la Tercera Cruzada. En suma, aun seduciéndole una perspectiva heroica, el prelude se le antojaba indeseable.

Tío Felipe Neri, cada día más quisquilloso, los ácidos siempre activos, no acababa de entenderle cuando, una vez en casa, le comunicó que había vuelto a ocurrirle "aquello, lo de la cabeza". Le miraba desorientado, tras sus cristales impolutos, hacía muecas con los labios, pero abstraído como estaba con el oprobio republicano, tras cuatro años de silencio de Dios, no conseguía comprenderle. Únicamente cuando Gervasio aludió a la procesión ^{de} (Viernes Santo, en el hotel del tío Jairo, se le hizo la luz, y entonces, conmovido hasta los tuétanos, le arrastró ^{hasta el} al cuarto de los armarios, temeroso de que tía Cruz o el servicio les importunasen, y a medida que Gervasio le refería las circunstancias de la nueva crispación, se ablandaban sus ojos miopes, sonreía, transpiraba, se le empañaban los lentes, le interrumpía para inquirir nuevos detalles reveladores. Dos extremos quedaban ^{definidos:} perfilados: Primero, el Señor había ^{roto su} demorado su

recostés en el banco lateral y la sangre volvió a circular por sus miembros entumecidos.

En el patio, un grupo de compañeros, medio desahogados, medio divertidos, le iba a decirle que pasase el número, pero Gervasio, tratando de sacar partido de la situación, únicamente tenía ojos para Peter, para su gesto reprochador, hasta que de nuevo en clase, el mañanarado P. Pentecostés le castigó de rodillas junto a la ventana y, antes de marchar a casa, le hizo escribir cien veces en el encerado "no debo hacer payasadas en la casa del Señor".

Cuando una hora más tarde salió del colegio, solo, escarmentado, pensando en su recada en el ostentoso, tras una pausa de cuatro años, no sabía si consolarse o congratularse. La posibilidad de un futuro heroico le enorgullecía (en especial en las presentes circunstancias en las que cada erigirse en protagonista de la gesta) pero, por otra parte, su mutación, tan escandalosa como antitética, le avergonzaba. Era dudoso que alguien pudiera interpretar aquella ercción capilar como indicio de valor. Por de pronto, la reacción de sus compañeros de clase, había sido ambigua, no habían llevado como el niño del Novelti pero tampoco se decidieron a reír; tan solo se mostraron sorprendidos atribuyendo la metamorfosis (lo mismo que el P. Pentecostés y, desgraciadamente, su amigo Peter) a megasomnias, a su notorio afán de prescribir. En la escalera, Manuel Solvarrieta le había llamado gigantesco y Carlos Centeno, más ocurrente, se había puesto a sus órdenes titulándole Gervasio, Cabeza de León, Paladín de la Tercera Cruzada. En suma, aun seduciéndole sus perspectivas heroicas, el preludio se le antojaba indeseable.

El Felipe Heri, cada día más putuflino, los días siempre activos, no acababa de entenderle cuando, una vez en casa, le comunicó que había vuelto a ocurrirle "aquello de la cabeza". Le miraba desorientado, tras sus cristales imolados, hacía medias con los labios, pero abstraído como estaba con el oprobio republicano, tras cuatro años de silencio de Dios, no conseguía comprenderle. Únicamente cuando Gervasio aludió a la procesión (Viernes Santo, en el hotel del tío Jairo, se le hizo la luz, y entonces, conmovido hasta los tuétanos, le arrestró al cuarto de las armaduras, temeroso de que tío Cruz o el servicio les importunaran y a medida que Gervasio le refería las circunstancias de la nueva cristianción, se ablandaban sus ojos míopes, sonreía, transpiraba, se le empañaban los lentes, le interrumpía para inquirir nuevos detalles reveladores. Dos extremos quedaban por definir: primero, el Señor había demostrado

silencio de años. mensaje pero, ~~éste, al fin, se había producido~~. Segundo, por sí sola, la música no bastaba ya para provocar ^{el ostento} ~~la crispación~~ (Gervasio, según decía, ya estaba arrobado, empeñado en dura lid con el turco seljúcida, cuando sonó el himno de los cruzados y la crispadura se produjo). Los ojos planos, de tío Felipe Neri, brillaban al escuchar los maduros razonamientos de su sobrino:

- Ya no es solo la música, tío. Ahora, para que me pase eso, necesito pensar alguna cosa.

- ¿Una cosa grande, una acción heroica?

- Eso, tío

- ¿En que pensabas esta mañana, hijo?

- En las Cruzadas, tío.

- ¿En las Cruzadas ^a ~~de~~ Tierra Santa?

- En las Cruzadas y en papá Telmo

Tío Felipe Neri se redujo como un caracol, cruzó los brazos sobre el estómago en ademán protector; indagó ^{mortificado} ~~acuciado~~ por los celos:

- Y ¿qué pintaba papá Telmo en Tierra Santa, si puede saberse?

- Estaba cautivo de los turcos y me llamaba a gritos.

- ¿Tu padre cautivo del infiel?

- Cautivo, tío. Yo levanté la lanza y acudí en su ayuda, pero antes de llegar sonó el himno de los cruzados, se mezclaron las dos cosas y entonces sucedió todo.

-Y dime: ¿No pensaste nada más acerca de tu padre?

- No tuve tiempo, tío. Pero si me pasó eso, fué por los cruzados y por papá Telmo, por las dos cosas, estoy seguro. El himno lo habíamos ensayado un montón de veces y nunca había ocurrido nada.

De pronto, se abrió la puerta del cuarto de los armarios y asomó un hombre alto, de mejillas azules (la oscura barba afeitada), ojos castos y una boina negra en la cabeza. Llevaba flojo el nudo de la corbata y los pantalones demasiado largos, afoflados. Gervasio pensó: "Un cura", pero el hombre, sorprendido al ver al muchacho, se acarició la barbilla y permaneció inmóvil, en el umbral, hasta que tío Felipe Neri dijo azorado:

- Disculpe. Trataba unos asuntos con mi sobrino. Ahora mismo soy con usted.

El hombre dió media vuelta y salió. Tenía una manera sigilosa de andar, unos ade-

mensaje para... ~~este~~... ~~al fin~~... ~~se había producido~~... Segundo, por sí sola, la música no bastaba ya para provocar ~~la~~ ~~crispación~~ (Gervasio, según decía, ya estaba arrobado, empujado en dura lid con el turco seifichá, cuando sonó el himno de los cruzados y la crispadura se produjo). Los ojos blancos de Tío Felipe ~~se~~ ~~miraban~~ al escuchar los maduros razonamientos de su sobrino:

- Ya no es solo la música, tío. Ahora, para que me pase eso, necesito pensar alguna cosa.

- ¿Una cosa grande, una acción heroica?

- Eso, tío.

- ¿En que pensabas esta mañana, hijo?

- En las Cruzadas, tío.

- ¿En las Cruzadas a Tierra Santa?

- En las Cruzadas y en papá Tejino.

Tío Felipe ~~se~~ ~~redujo~~ como un caracol, cruzó los brazos sobre el estómago en ademán protector; indagó ~~señalando~~ ~~por~~ los cefalos ~~del~~ ~~retrato~~.

- ¿Y qué pintaba papá Tejino en Tierra Santa, si puede saberse?

- Escaba cautivo de los turcos y me llamaba a mí.

- ¿Tu padre cautivo del infiel?

- Cautivo, tío. Yo levanté la lanza y acudí en su ayuda, pero antes de llegar sonó el himno de los cruzados, se mezclaron las dos cosas y entonces sucedió todo.

- ¿Y dime: ¿lo pensaste nada más acerca de tu padre?

- No tuve tiempo, tío. Pero sí me pasó eso, fue por los cruzados y por papá Tejino, por las dos cosas, estoy seguro. El himno lo hablamos ensayado un montón de veces y nunca había ocurrido nada.

De pronto se abrió la puerta del cuarto de los armeros y asomó un hombre alto de mejillas azules (la oscura barba afilada), ojos castos y una boina negra en la cabeza. Llevaba flojo el nudo de la corbata y los pantalones desastado largos, rotos.

Gervasio pensó: "la cura", pero el hombre, comprendido el ver al muchacho, se acercó a la pantalla y permaneció inmóvil, en el umbral, hasta que Tío Felipe ~~se~~ ~~dijo~~ ~~azorado~~:

- Disculpe. Trátsa unos asuntos con mi sobrino. Ahora mismo soy con usted.

El hombre dió media vuelta y salió. Tenía una manera sigilosa de andar, unos ade-

manes cautos y, por detrás, le sobraba americana, se le ahuecaba. Gervasio levantó lentamente la cabeza hacia su tío:

- ¿Quién es ese señor?

- Un amigo. Cenará con ^{la tía y conmigo} ~~nosotros~~ (esta noche -respondió ~~el~~ tío Felipe Neri sin demasiada convicción. -Mañana seguiremos charlando.

De nuevo a solas, antes de reunirse con su invitado, temeroso de que se diluyera la impresión inicial, tío Felipe Neri se encaminó a su cuarto, se sentó ante el ~~es~~ ^{buro:} escritorio, abrió el cuaderno de pastas de hule y en lo alto de la página virgen no dibujó una cruz, como acostumbraba, sino que escribió con su caligrafía esmerada: "¿Quién como Dios?", como venía haciendo, en cartas y documentos, desde el advenimiento de la República (la cruz a palo seco, en las circunstancias por que atravesaban, se le ~~ha-~~ ^{auto-} ~~había cobarde e~~ ^{efia (inexpresiva) y cobardo}), debajo añadió: "Mi sobrino Gervasio, ya un adolescente, experimentó hoy un nuevo transporte y, como era de esperar, su explicación del hecho es más razonable y coherente que antaño. A su entender, el trance, en esta ocasión fué debido antes que a la música, a una especial disposición de ánimo. La música por sí sola, sin esa previa disposición, no le hubiera traumatizado. Fué la convergencia de ambos hechos lo que motivó la crispadura. El rapto se produjo en el colegio, durante la ceremonia de ingreso en la Cruzada Eucarística, piadosa y veterana asociación, reverdecida ahora. Según sus propias manifestaciones, el niño asoció la Cruzada con el hecho histórico de este nombre y se imaginó peleando contra el infiel y, curiosamente, ante las murallas de Damietta, divisó a su padre entre los cautivos (conviene tener en cuenta que mi cuñado, el padre del muchacho, es un republicanote distanciado de la Iglesia, cosa que tiene desazonado a mi sobrinito desde hace tiempo). El muchacho argumenta, sin embargo, que ~~7~~ a lo largo de su ensueño ~~8~~ su padre no hizo resistencia a los cruzados, antes bien, reclamó a voces su apoyo para ser liberado e incorporarse a la hueste. El muchacho juzga esto sintomático, puesto que cuando acudía a rescatarle sonó en la capilla ~~3~~ donde se desarrollaba la ceremonia ~~4~~ el himno de la congregación (ciertamente con una letra y unos trémolos muy castrenses), y en ese instante la horripilación se produjo, ~~5~~ la visión que la hizo posible (el combate, la horda, el padre prisionero y todo lo demás) se desvaneció. El muchacho se pronuncia con tan exaltado fervor ~~6~~ que no deja duda a su interlocutor (yo, en este caso) ~~de~~ ^{de} (que ha sido signado por lo Alto para cumplir una misión excelsa. Sin acertar a reprimir la emoción, inquirí si, rapto aparte, había tenido alguna revelación, pero él, muy seguro de sí mismo,

manas cautos y, por detrás, le sobraba americana, se le arrucaba, Gervasio levantó lentamente la cabeza hacia su tío:

- ¿Quién es ese señor?

Un amigo, Genaro con esas cosas, esta noche respondió a tío Felipe Neri sin demasiada convicción. - Mañana seguimos charlando.

De nuevo a solas, antes de retirarse con su invitado, temeroso de que se diluyera la impresión inicial, tío Felipe Neri se encaminó a su cuarto, se sentó ante el escritorio, abrió el cuaderno de pastas de hule y en lo alto de la página virgen no dibujó una cruz, como acostumbraba, sino que escribió con su caligrafía esmerada: "¿Quién es como Dios?", como venía haciendo, en cartas y documentos, desde el advenimiento de la República (la cruz a palo seco, en las circunstancias por que atravesaban, se le había añadido) debajo añadió: "Mi sobrino Gervasio, ya un adolescente, experimentó hoy un nuevo transporte y, como era de esperar, su explicación del hecho es más razonable y coherente que antaño. A su entender, el trance, en esta ocasión fue debido antes que a la música, a una especial disposición de ánimo. La música por sí sola, sin esa previa disposición, no le hubiera traumatizado. Fue la convergencia de ambos hechos lo que motivó la crispadura. El relato se produjo en el colegio, durante la ceremonia de ingreso en la Cruzada Eucarística, piadosa y veterana asociación, reverdecida ahora. Según sus propias manifestaciones, el niño asoció la Cruzada con el hecho histórico de este nombre y se imaginó peleando contra el infiel y, curiosamente, ante las murallas de Dameta, dividió a su padre entre los cautivos (conviene tener en cuenta que mi cuñado, el padre del muchacho, es un republicano de estancada de la guerra, cosa que tiene desazonado a mi sobrinito desde hace tiempo). El muchacho argumenta, sin embargo, que a lo largo de su ensueño, su padre no hizo resistencia a los cruzados, antes bien, reclamó a voces su apoyo para ser liberado e incorporarse a la hueste. El muchacho juzga esto sintomático puesto que cuando acudía a rescatar a los soldados, donde se desarrollaba la ceremonia, el himno de la congregación (claramente con una letra y unos trémolos muy castreños), y en ese instante la impresión se produjo, y la visión que le hizo posible (el combate, la horda, el padre prisionero y todo lo demás) se desvaneció. El muchacho se pronuncia con tan exacto fervor, que no deja duda a su interlocutor (yo, en este caso) de que ha sido sincero por lo alto para cumplir una misión excelsa. Sin acortar a repetir la emoción, tal vez algo aparte, habla también alguna revelación, pero él, muy seguro de sí mismo,

respondió que no, y que si alguna visión, y él que salvo papá Telmo (desde niño designa así a su padre) cautivo y el Padre Nestares con armadura de plata, a caballo, no vió a ningún conocido en la refriega, pero insiste (y da mucha importancia a este hecho) que, en sus fantasmagorías, su padre no se alineaba como enemigo sino como cautivo del enemigo, ansioso de ser rescatado. El Señor ^{se} ~~ha roto un silencio de años~~ ^{pronunciado de nuevo}. Confiamos en El".

ta la llegada de Clemente. Como en los viejos tiempos, Flora y Gervasio acordaron acecharle desde el balcón del cuarto de plancha, tras los visillos, antes de marchar a sus respectivos colegios. El P. Rivero caminaba despacio, entre los arbustos, leyendo el Breviario, pero algunas mañanas, tal vez nervioso por los acontecimientos o incapaz de concentrarse, guardaba el libro en el bolsillo de la americana, y hacía con un dedo dibujos en el aire, o bien rezaba el rosario, moviendo mucho los labios, pasando las cuentas negras con el pulgar de la mano derecha. Al terminar, guardaba el rosario en un estuchito de cuero, se arrodillaba en la gravilla gris, ante la imagen azul celeste de la gruta, y rezaba la letanía, el Credo y la Salve con los brazos en cruz, elevando sus castas pupilas hacia la Virgen. Una mañana, mientras rezaba, apareció en el jardín tío Felipe Neri acompañado de don Urbano, el economo de Santa Brígida, y el tío, después de presentar a los dos sacerdotes, se retiró discretamente. El P. Rivero condujo entonces a don Urbano al fondo del jardín. Lo invitó a sentarse en el banco de visiones de madera, bajo la pérgola, mientras él se arrodillaba del otro lado del seto de boj y, a través de él, le confesaba sus pecados. Gervasio veía a don Urbano, la mejilla pegada al seto, escuchando, en tanto el P. Rivero con las manos juntas hablaba por el lado opuesto sin cesar, hasta que al fin don Urbano levantó la cabeza e impartió la absolución al P. Rivero que la recibió humildemente, el tronco inclinado, propinándose veniales golpes de pecho.

Quince días más tarde, la escena se repitió, pero en esta ocasión fué el P. Rivero el que se sentó en el banco, mientras don Urbano le confesaba sus pecados a través del seto y, al concluir, aquel le absolvió tras una letanía, silenciosamente, una amplia cruz por encima de su cabeza. Un mes después se confesaron mu-

respondió que no, y que si alguna vez (desde niño desig-
 na así a su padre) cautivo y el padre hestares con armadura de plata, a caballo, no
 vió a ningún conocido en la retrega, pero insiste (y da mucha importancia a este he-
 cho) que, en sus fantasmagorías, su padre no se afineba como enemigo sino como cau-
 tivo del enemigo, ansioso de ser rescatado. El Señor ha notado un silencio de años. Con-
 tamos en El.

Con aires de misterio Flora comunicó a Gervasio que el tío Felipe Neri tenía un cura escondido en su casa, un jesuíta, el P. Rivero, que, muy de mañana, oficiaba una misa en el Oratorio, y después de desayunar, paseaba por el jardín hasta la llegada de Clemente. Como en los viejos tiempos, Flora y Gervasio acordaron acecharle desde el balcón del cuarto de plancha, tras los visillos, antes de marchar a sus respectivos colegios. El P. Rivero caminaba despacio, entre los arbustos, leyendo el breviario, pero algunas mañanas, tal vez nervioso por los acontecimientos o incapaz de concentrarse, guardaba el libro en el bolsillo de la americana, y hacía con un dedo dibujos en el aire, o bien rezaba el rosario, moviendo mucho los labios, pasando las cuentas negras con el pulgar de la mano derecha. Al terminar, guardaba el rosario en un estuchito de cuero, se arrodillaba en la grava gris, ante la imagen azul celeste de la gruta, y rezaba la letanía, el Credo y la Salve con los brazos en cruz, elevando sus castas pupilas hacia la Virgen. Una mañana, mientras rezaba, apareció en el jardín tío Felipe Neri acompañado de don Urbano, el ecónomo de Santa Brígida, y el tío, después de presentar a los dos sacerdotes, se retiró discretamente. El P. Rivero condujo entonces a don Urbano al fondo del jardín, le invitó a sentarse en el banco de listones de madera, bajo la pérgola, mientras él se arrodillaba del otro lado del seto de boj y, a través de él, le confesaba sus pecados. Gervasio veía a don Urbano, la mejilla pegada al seto, escuchando, en tanto el P. Rivero con las manos juntas hablaba por el lado opuesto sin cesar, hasta que al fin don Urbano levantó la cabeza e impartió la absolución al P. Rivero que la recibió humildemente, el tronco inclinado, propinándose veniales golpes de pecho.

Quince días más tarde, la escena se repitió, pero en esta ocasión fué el P. Rivero el que se sentó en el banco, mientras don Urbano le confesaba sus pecados a través del seto y, al concluir, aquel le absolvió trazando lenta, ceremoniosamente, una amplia cruz por encima de su cabeza. Un mes después se confesaron mu-

Con aires de misterio Flora comunicó a Gervasio que el tío Felipe Hert tenía un cura escondido en su casa, un jesuita, el P. Rívero, que muy de mañana, allí estaba una misa en el Oratorio, y después de desayunar, pasaba por el jardín hasta la llegada de Clemente. Como en los viejos tiempos, Flora y Gervasio acordaron accharse desde el balcón del cuarto de plancha, tras los visillos, antes de marchar a sus respectivos colegios. El P. Rívero cantaba despacito, entre los andujos, leyendo el breviario, pero algunas mañanas, tal vez nervioso por los acontecimientos o incapaz de concentrarse, guardaba el libro en el bolsillo de la americana y hacía con un dedo dibujos en el aire o bien rezaba el rosario, moviendo mucho los labios, pasando las cuentas negras con el pulgar de la mano derecha. Al terminar, guardaba el rosario en un estuche de cuero, se arrodillaba en la gradería gris, ante la imagen azul cefesta de la gruta, rezaba la letanía, el Credo y la Salve con los brazos en cruz, elevando sus castas pupilas hacia la Virgen. Una mañana, mientras rezaba, apareció en el jardín tío Felipe Hert acompañado de don Urbano, el economo de Santa Brígida, y el tío, después de presentar a los dos sacerdotes, se retiró discretamente. El P. Rívero condujo entonces a don Urbano al fondo del jardín, le invitó a sentarse en el banco de listones de madera, bajo la pérgola, mientras él se arrodillaba del otro lado del seto de boj, a través de él, le confesaba sus pecados. Gervasio veía a don Urbano, la mejilla pegada al seto, escuchando, en tanto el P. Rívero con las manos juntas hablaba por el lado opuesto sin cesar, hasta que al fin don Urbano levantó la cabeza e impartió la solución al P. Rívero que la recibió humildemente, el tronco inclinado, propinando doce ventajales golpes de pecho.

Quince días más tarde, la escena se repitió, pero en esta ocasión fue el P. Rívero el que se sentó en el banco, mientras don Urbano le confesaba sus pecados a través del seto y, al concluir, aquel le absolvió trazando lenta, ceremoniosa-mente, una amplia cruz por encima de su cabeza. Un mes después se presentaron nu-

tuamente, con tal piedad y recogimiento, que se diría que ambos se sabían sentenciados a muerte. Flora palmoteaba:

- Nunca

~~En la vida~~ había visto a un cura confesarse con otro cura, y ¿tú?

- ¡Chist! Tampoco

La presencia del P. Rivero, en casa de tío Felipe Neri era un hecho notorio sobre el que nadie osaba pronunciarse. ¿Qué hacía allí un jesuíta? ¿Por qué no se marchaba a Portugal con el resto de la orden? ¿Se había secularizado tal vez? Gervasio lo ignoraba, pero una tarde, al cabo del tiempo, Lucinio Orejón le notificó que "el cura que tenía escondido en casa" ^{dirigía} tenía (una academia en la cripta de Santa Brígida a la que asistía su hermano Felices y otros universitarios y se llamaba "Centro Escolar de María Inmaculada y San Luis Gonzaga". En principio, Gervasio lo negó en redondo ("no había curas en su casa; nunca los había habido") pero Lucinio Orejón añadió con sorna: "No te esfuerces; mi hermano Felices le acompaña ^{al terminar las clases} todos los días ~~hasta tu casa~~". Ante la evidencia, Gervasio aclaró que el P. Rivero estaba refugiado en casa de su tío, no en la suya, desde hacía más de cuatro meses pero desconocía el motivo. Luego se interesó por la academia, pero Lucinio únicamente sabía que era para los Luises, porque el P. Rivero, antes de ser desterrado, había dirigido aquella congregación. Confiando en las buenas relaciones que don Urbano sostenía con su familia, Gervasio propuso a Lucinio visitar el centro escolar y, aunque poco amigo de embrollos, Peter se unió a la expedición. Escondidos en el portal de la casona vieron llegar a los alumnos más rezagados, caminando resueltamente, las solapas de las gabardinas levantadas, las alas de los sombreros sobre los ojos, como antaño los clientes del Friné. Al cabo de un rato, Gervasio, Lucinio y Peter, abandonaron el portal, cruzaron la calle y entraron en la iglesia. Una candelita exánime, ante el sagrario, era la única nota viva en el templo tenebroso. Gervasio invitó por señas a sus amigos a que le siguieran, pero en el deambulatorio en sombras, ante la entrada de la cripta, surgió la figura de don Urbano:

- ¿Dónde vais vosotros?

Gervasio se dió a conocer:

...tamente, con tal piedad y recogimiento, que se diría que ambos se sabían senten-
 cidos a muerte. Flora palmoteaba:
 - ¡Christ! Tampoco
 La presencia del P. Rivero, en casa de los Felipe Martí era un hecho notorio
 sobre el que nadie osaba pronunciar. ¿Qué hacía allí un jesuita? Por qué no se
 marchaba a Portugal con el resto de la orden? ¿Se había secularizado tal vez? Car-
 vasio lo ignoraba, pero una tarde, al cabo del tiempo, Luciano Grejón le notificó
 que "el cura que tenía escondido en casa" ^{divulgado} tenía una academia en la cripta de San-
 ta Brígida a la que asistía su hermano Felices y otros universitarios y se llamaba
 "Centro Escolar de María Inmaculada y San Luis Gonzaga". En principio, Gervasio
 lo negó en redondo ("no había curas en su casa; nunca los había habido") pero Lu-
 ciano Grejón añadió con sorna: "No te esfuerces; mi hermano Felices te aconseja
 todos los días hasta en casa". Ante la evidencia, Gervasio aclaró que el P. Rivero
 estaba refugiado en casa de su tía, desde hacía más de cuatro meses
 pero desconocía el motivo. Luego se interesó por la academia, pero Luciano únicamen-
 te sabía que era para los Luisos, porque el P. Rivero, antes de ser desterrado, ha-
 bía dirigido aquella congregación. Contando con las buenas relaciones que don Ur-
 bano sostenía con su familia, Gervasio propuso a Luciano visitar el centro escolar
 y, aunque poco amigo de embrollos, Peter se unió a la expedición. Escondidos en el
 portal de la casa, vieron llegar a los alumnos más rezagados, cantando resueña-
 mente, las solapas de las gabardinas levantadas, las albas de los sombreros sobre
 los ojos, como antaño los clientes del Frinó. Al cabo de un rato, Gervasio, Luciano
 y Peter, abandonaron el portal, cruzaron la calle y entraron en la iglesia. Una
 candelita exánime, ante el sagrario, era la única nota viva en el templo tenebro-
 so. Gervasio invitó por señas a sus amigos a que le siguieran, pero en el desem-
 bargo en sombras, ante la entrada de la cripta, surgió la figura de don Urbano:
 - ¿Dónde vais vosotros?
 Gervasio se dio a conocer:

- Y ¿qué quieres aquí a estas horas?
 - Asistir a la clase del P. Rivero
 - ¿Quién os ha hablado de estas clases? La academia es solo para universitarios (les miró uno a uno, de arriba abajo). Vosotros sois aún unos chiquillos.
 ¿Qué tiempo tienes tú?

- Trece años

- Ya ves; es preferible que os vayais a jugar

- Yo ya tengo quince -terció Lucinio

- Aunque así sea -don Urbano se agarraba una mano con otra. De lo más hondo ^{murmullo} ~~de lo más hondo~~ de la escalinata de caracol llegaba el ~~borroneo~~ ^{de una voz} lenta y disciplinada: -Cuando ingreséis en la universidad podéis volver por aquí.

Aceptaron con resignación el fracaso. En otro tiempo hubiera significado una frustración, pero desde el advenimiento de la República, la ciudad ofrecía ^{incuenta} ~~infini-~~ ^{bles} ~~dad de~~ oportunidades de distracción y aventura. En el colegio imperaba el relajamiento y el alumnado vivía en plena exaltación. A raíz del trance en la ceremonia de los cruzdos, una cierta aureola rodeaba a Gervasio. Los párvulos le llamaban Erizo, y los mayores, los alumnos de quinto y sexto de bachillerato, adoptaron el apodo de Carlos Centeno redondeado: Gervasio, Cabeza de León, Paladín del Tercer Curso. En cualquier caso, su ^{crispadura} ~~enrespamiento~~ dejó una estela enigmática en el colegio. Los testigos fueron pocos pero el rumor se extendió y la mayor parte lo atribuyeron a un don especial como el de Evencio Gredilla que movía las orejas a voluntad o el de Javier del Río, recién llegado de los Jesuítas, que doblaba hacia atrás los dedos de las manos hasta ^{tocar} (la muñeca, como si fuesen de goma. Gervasio ni afirmaba ni desmentía nada; se dejaba querer. Su actitud ante el fenómeno, era ^{ambigua, indecisa,} ~~vacilante~~, puesto que si por un lado incitaba a la burla, por otro le singularizaba de la grey, le otorgaba un misterioso prestigio en el ámbito escolar y él, superada la etapa de propensión a la uniformidad, empezaba a hallar cierto regodeo en el hecho de saberse diferente. Lo que de verdad deseaba con toda el alma era ^{el} ~~un~~ reconocimiento admirativo ~~por parte~~ de Peter, pero éste callaba, no daba su brazo a torcer. Ante su indiferencia, una tarde, después de derrotarle en una batalla naval, conforme a las innovaciones introducidas por Lucinio Orejón en el juego (fuego griego, petardos, fulminantes y fósforos como proyectiles contra

Y qué quieres aquí a estas horas?

- Asistir a la clase del P. Rivera

- ¿Quién os ha hablado de estas cosas? La academia es solo para universitarios (les miró uno a uno, de arriba abajo). Vosotros sois aún unos chiquillos.

¿Qué tiempo tienes tú?

- Trece años

- Ya ves; es preferible que os vayáis a jugar

- Yo ya tengo dulce -terció Lucilio

- Aunque así sea -don Urbano se agarraba una mano con otra. De lo más horrible

~~de la más horrible de la escalinata de caracol llegaba el perfume de una voz~~

- Cuando ingresé en la universidad debía volver por aquí. Aceptaron con resignación el fracaso. En otro tiempo hubiera significado una frustración, pero desde el advenimiento de la República, la ciudad ofrecía tantas y tantas oportunidades de distracción y aventura. En el colegio imperaba el respeto y el alumnado vivía en plena exactitud. A raíz del trance en la ceremonia de los cruces, una cierta aureola rodeaba a Gervasio. Los párvulos le llamaban Erizo. Y los mayores, los alumnos de quinto y sexto de bachillerato, adoptaron el apodo de Carlos Gervasio redondeado: Gervasio. Cabeza de León, falda de terciopelo.

Curso. En cualquier caso, su ennesésimo día una escuela enigmática en el colegio. Los testigos fueron pocos pero el rumor se extendió y la mayor parte lo atribuyeron a un don especial como el de Evencio Gredilla que movía las orejas a voluntad o el de Javier del Río, recién llegado de los jesuitas, que hablaba hacia atrás los dedos de las manos hasta la muñeca, como si fuesen de goma. Gervasio ni afirmaba ni desmentía nada; se dejaba guiar. Su actitud ante el fenómeno no era vestimental, puesto que si por un lado inclinaba la cabeza, por otro se inclinaba de la grey. Se otorgaba un misterioso prestigio en el ámbito escolar y él, superada la etapa de propensión a la uniformidad, empezaba a hallar cierto resquebrajamiento en el hecho de serse diferente. Lo que de verdad deseaba con toda el alma era el reconocimiento administrativo, el premio de honor, pero éste calaba, no daba su brazo a torcer. Ante su indiferencia, una tarde, después de derivarle en una batalla naval, conforme a las innovaciones introducidas por Lucilio Gredilla en el juego (fuego griego, petardos, fulminantes y fósforos como proyectiles contra

las escuadras de papel formadas en la bañera), inflamado de patriotismo, reveló a su amigo, cuyo halago buscaba inutilmente, su secreto: según su abuelo, que estuvo en la guerra, y su tío Felipe Neri, el militar, "él tenía madera de héroe", había nacido para protagonizar grandes hazañas. Una vez más, Peter dió muestras de comedimiento:

- ¿En qué lo notas?

- ¿Es que no me viste la cabeza el día de la jura de los cruzados?

- Y ¿eso es todo?

- Los pelos de punta solo son la señal. Cuando los pelos se me ponen de punta me crece la fuerza y nadie sería capaz de vencerme.

Peter iba recogiendo los barcos chamuscados de la bañera y, al terminar, abrió el desagüe:

- No te fíes -dijo-. De alguna manera eso le pasa a todo el mundo. ¿No te has fijado que en los toros, cuando la gente quiere que el torero se arrime más, tocan un pasodoble? Dicen que la música tiene esas propiedades.

Gervasio no se dió por vencido y dos días después, en su casa, ensayó una demostración. A solas, en su cuarto, con el jersey remangado hasta el codo, ante el fonógrafo heredado de papá León, escuchando el Oriamendi, cerró los ojos esforzándose en concentrarse, pero su propio anhelo enervaba sus pretensiones. Desconectó el artefacto, decepcionado:

- Es inútil; no consigo concentrarme.

Ante este nuevo contratiempo, Gervasio concluyó que Peter necesitaba un testimonio, una demostración de arrojo. Con él, las palabras no servían ya de nada. Ni tampoco el signo. Tal vez si en alguna de las aventuras propuestas por Lucinio hiciera gala de cierta temeridad, Peter podría cambiar de criterio.

En aquellos días, la pandilla se enriqueció con dos nuevos elementos, excrecencias, asimismo, del éxodo jesuítico: Dámaso Valentín y Eduardo Custodio. Dámaso con su pelo a cepillo, sus finos labios elásticos y la expresión franca y risueña de sus ojos castaños, aportó al grupo una desmesurada alegría de vivir. Menor de cinco hermanos, todos ellos emancipados, vivía solo con su madre viuda y dos viejas sirvientas, en el barrio señorial de la ciudad. Quizá porque la vida

las escuadras de papel formadas en la batalla, inflamado de patriotismo, reveló a su amigo, cuyo halago buscaba intuitivamente, su secreto: según su abuelo, que estuvo en la guerra, y en la batalla de Waterloo, el militar, "el tanta manera de héroe", ha sido nacido para protagonizar grandes hazañas. Una vez más, Peter dio muestras de comedido:

- ¿En qué lo notas?

- ¿Es que no me viste la cabeza el día de la Jura de los cruzados?

- Y eso es todo?

- Los pelos de punta solo son la señal. Cuando los pelos se me ponen de punta me crece la fuerza y nada sería capaz de vencerme.

Peter iba recogiendo los bancos chamuscados de la batalla y, al terminar, abrió el desague:

- No te fies - dijo -. De alguna manera eso se pasa a todo el mundo. No te has fijado que en los toros, cuando la gente quiere que el torero se termine más tocan un pasodoble? Dices que la música tiene esas propiedades.

Gervasio no se dio por vencido y dos días después, en su casa, ensayó una demostración. A solas, en su cuarto, con el jersey remangado hasta el codo, ante el fonógrafo heredado de papá León, escuchando el Ortlandi, cerró los ojos esforzándose en concentrarse, pero su propio anhelo ensayaba sus pretensiones. Desconcertó el artefacto, decepcionado:

- Es inútil; no consigo concentrarme.

Ante este nuevo contratiempo, Gervasio concluyó que Peter necesitaba un estímulo, una demostración de arte. Con él, las palabras no servían ya de nada. Ni tampoco el signo. Tal vez si en alguna de las aventuras propuestas por Luciano hubiera gaita de cierta temeridad, Peter podría cambiar de criterio.

En aquellos días, la pandilla se entretuvo con dos nuevos elementos, excentricas, así mismo, del exodo jesuítico: Dámaso Valentín y Eduardo Custodio. Dámaso con su pelo a cepillo, sus finas facciones elásticas y la expresión franca y libre. Mientras que sus ojos castaños, apartó el grupo una desmesurada alegría de vivir. Por de cinco hermanos, todos ellos emancipados, vivía solo con su madre viuda y dos viejas sirvientas en el barrio señorial de la ciudad. Quizá porque la vida

le era fácil y su asignación semanal doblaba la de sus amigos, Dámaso sonreía siempre, y al hacerlo, mostraba la mella de un diente incisivo (reliquia de una caída de infancia) que acariciaba golosamente con la punta de su lengua, roja y vivaz. Flexible y desprendido, aceptaba con entusiasmo cualquier plan elaborado por sus amigos e, incluso, su desahogo económico le permitía poner a disposición del grupo sus pequeñas propiedades personales. Así ocurrió con el pelotón de goma maciza con el que, a poco de conocerle, empezaron a jugar a las salidas del colegio en el andén lateral del parque, desafiando el celo de los guardias municipales. Pero un día, sorprendidos por el agente de la vereda, acabaron en el cuartelillo, y mientras el cabo les tomaba la filiación, entró Gerardo, el Cigüeña, pellejudo y arruinado, gargajeando en un sucio pañuelo. Gervasio se acercó a él:

- ¿No se acuerda de mí, señor Gerardo? Soy el nieto de don León

Gerardo le miraba al sesgo, con su ojo revirado, el pañuelo en la boca, conteniendo la tos y, al cabo de una larga pausa, inquirió con su delgada voz:

- ¿Del difunto don León de la Lastra?

- El mismo ¿no recuerda que un día, cuando éramos niños, nos sorprendió a mi hermana ya a mí prendiendo una hoguera en la trasera del Friné?

A Gerardo se le fue la tos; su ojo bizco se iluminó:

- Tu abuelito me concedió la Medalla ^{al} del Mérito Municipal el día que reduje a Poli, el Patatero.

- Ya me acuerdo. Mi abuelo siempre nos lo contaba. ^{Decía} Aseguraba que era usted un héroe.

Gerardo, el Cigüeña, conmovido por el elevado concepto que de él se guardaba en palacio, interpuso sus buenos oficios y el cabo rompió la denuncia y les devolvió el pelotón. Luego les acompañó hasta la puerta del cuartelillo:

- Vete con Dios, hijo. Si llegas a venir el mes que viene ya no me encuentras; para San Ubaldo me jubilo.

Por su parte, Eduardo Custodio, pálido, de hablar pausado y perifrástico, con un deje de humor, adolecía de un avejentamiento prematuro ostensible en su miopía, sus pesados párpados, su flacidez y un cierto anquilosamiento de piernas que, cuando jugaba al fútbol, su gran pasión, ^{trataba de compensar,} ~~compensaba~~ con tenacidad y amor

la era fácil y su asignación venía cobijada la de sus amigos. Dámelo siempre
 pre, al hacerlo, mostraba la melja de un diente incisivo (religiosa de una caída
 de infancia) que acariciaba gozosamente con la punta de su lengua, roja y viva.
 Flexible y desprendido, aceptaba con entusiasmo cualquier plan elaborado por sus
 amigos e, incluso, su desahogo económico le permitía poner a disposición del grupo
 sus pequeñas propiedades personales. Así ocurrió con el balón de goma maciza con
 el que, a poco de conocerlo, empezaron a jugar a las salidas del colegio en el an-
 den lateral del parque, desafiando el celo de los guardias municipales. Pero un
 día, sorprendidos por el agente de la vereda, acabaron en el cuartelillo y arroj-
 aron el cabo las comas la filiación, entró Gerardo, el Cigüeña, pelotudo y arroj-
 nado, gorgoteando en un sucto pañuelo. Gerardo se acercó a él:

- ¿No se acuerda de mí, señor Gerardo? Soy el nieto de don León.
 Gerardo le miraba el sesgo, con su ojo revirado, el pañuelo en la boca, con-
 teniendo la tos y, al cabo de una larga pausa, inquirió con su delgada vozcaja:
 - ¿Del distrito don León de la Lanza?

- El mismo que recuerda que un día, cuando éramos niños, nos sorprendió a
 mi hermano ya a mi prendiendo una hoguera en la trastera del Frías.
 A Gerardo se le fue la tos; su ojo púrpura se iluminó:

- Tu abuelito me concedió la Medalla del Héroe Municipal el día que volu-
 ve a Polí, el Fatadero.
 - Ya me acuerdo. Mi abuelo siempre nos lo contaba, resaca que era usted
 un héroe.

Gerardo, el Cigüeña, conmovido por el elevado concepto que de él se guardaba
 en pacto, interrumpió sus buenas eñotas y el cabo rompió la denuncia y las devol-
 vió el balón. Luego les acompañó, hasta la puerta del cuartelillo:

- Vete con Dios, hijo. Si llegas a venir el mes que viene ya no me encuen-
 tras; para San Libardo me jubilo.
 Por su parte, Eduardo Custodio, páldo, de hablar pausado y perfrástico,
 con un deje de humor, abducta de un avejentamiento prematuro ostensible en su
 miopía, sus pesados párpados, su flacidez y un cierto anquilosamiento de piernas
 que, cuando jugaba al fútbol, su gran pasión, respaldado con tenacidad y amor

propio. No usaba gafas y ordinariamente combatía su miopía tirando del rabillo del ojo para aclarar las imágenes y, cuando iba al cine o a cualquier otro espectáculo, mediante unos prismáticos de teatro que habían sido de su bisabuela.

^{Segundo)}
Tercero) de ocho hermanos, todos varones, Eduardo les abrió las puertas de su casa desde el día que se conocieron, y sus padres, doña Loreto y don Colomán, ya provec-tos, participaban de las alegres tertulias juveniles. Don Colomán era el tercero de la diñatía fundada en Salamanca por su tatarabuelo Colomán Mc Gregor, semina-rista exclaustro del Colegio Irlándes, quien, con su deserción, perdió no solo los hábitos sino también el apellido, puesto que entre sus descendientes no hubo varones, pero el nieto de Colomán II no solo rescató el patronímico sino que le prolongó en su descendencia, de modo que Colomán IV, hermano mayor de Eduardo, cerraba por el momento la diñatía castellana de los Mc Gregor, aunque con el a-pellido desplazado debido al injerto del Custodio del viejo abuelo salmantino. En el trato con sus hijos, don Colomán III y su esposa hacían gala de un libera-lismo británico que despertaba la envidia de Gervasio y su grupo. Para don Colo-mán III y su clan no existían tabúes ni temas vetados. El mismo Eduardo, conscien-te de la permisividad de sus progenitores, alardeaba de ello ante sus nuevos ami-gos:

- Mamá, tu deseas tanto tener un nieto que no te importaría que yo te die-ra uno aunque fuese natural

Y doña Loreto reía, ("que cosas tiene este chico!"), y la audiencia le co-reaba, reía asimismo, excepto Gervasio que se ruborizaba solo de imaginar la reac-ción de los García de la Lastra si un día se le ocurriera a él gastarle a tía Cruz o a mamá Zita una broma semejante. Eduardo Custodio, opuso a la abrupta belicosi-dad frontal de Lucinio en sus peleas con los golfillos, un elemento cerebral: ha-bía que luchar, de acuerdo, pero no contra la masa, siempre ciega, sino contra los inductores de esa masa. Y con una idea peregrina de la inducción empezaron a ape-drear la casa de doña Jovita, el prostíbulo más acreditado de la ciudad, la capi-lla protestante y la Casa del Pueblo. Y el día en que el Gobierno retiró la a-signación al clero y las parroquias organizaron colectas para sostenerlo, Eduardo

propio. No usaba gafas y ordinariamente conducía su propia vida en el mundo del teatro. Cuando iba a algún teatro o a algún espectáculo, iba con sus hijos y cuando iba a algún teatro o a algún espectáculo, iba con sus hijos y cuando iba a algún teatro o a algún espectáculo, iba con sus hijos...

- Mamá, tu deseo tanto tener un nieto que no te importaría que yo te diese un hijo, ¿verdad?

Y doña Loreto reía. ("que cosas tiene este chico!"). Y la audiencia se reía también. Y doña Loreto reía. ("que cosas tiene este chico!"). Y la audiencia se reía también. Y doña Loreto reía. ("que cosas tiene este chico!"). Y la audiencia se reía también...

Custodio sugirió que del duro mensual que sus padres les entregaban para tal ^{menester} fin (y que se perdían entre otros miles de duros) podían detraer tres pesetas para "armarse". Esto no era una mala acción sino todo lo contrario, puesto que, de este modo, la protección del clero quedaba cubierta en dos vertientes: la mera subsistencia y la seguridad física propiamente dicha. Asimismo a instancias de Eduardo, adquirieron unos tirachinas de horquilla metálica, negras gomas cuadradas y badanas de carnero, cuya eficacia se puso de manifiesto muy pronto: En apenas tres incursiones no quedó cristal sano en los balcones de doña Jovita, la capilla protestante, y los ventanales de la Casa del Pueblo.

La amistad de Damasito Valentín y Eduardo Custodio, reforzó el grupo frente a la hostilidad maniobrera de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta y subyugó a Gervasio, cada día más ^{alejado} apartado del ambiente familiar. Su conducta en la calle apenas trascendía en casa. Eran dos mundos. Si acaso, de vez en cuando, informaba de sus andanzas a Florita y Manena Abad, y si en el interrogatorio de ésta advertía un asomo de inquietud, se pavoneaba como si regresase de la guerra. Pero mamá Zita, cada día más conturbada ante la inminencia de la gorda, quedaba al margen. A veces recriminaba a papá Telmo su silencio culpable pero éste respondía sin acritud, con el tono contemporizador de quien se sabe a favor de corriente, "que en este país vocinglero, ^{guardar} ^(Una actitud ~~mérito notable~~ plausible.) el silencio era ya ~~un alto mérito~~. (De ahí que mamá Zita se sobresaltase la tarde que papá Telmo irrumpió demudado en el cuarto de costura con una carta en la mano e hizo ante las dos hermanas la sensacional revelación:

- Jairo ha tenido el tupé de ^{pedirme} ~~escribirme pidiéndome~~ la mano de Crucita.

Mamá Zita desorbitó los ojos y se santiguó:

- Dios mío, pero si es todavía una niña

Entonces papá Telmo, ^{se derrumbó en una butaca y,} desolado, como quien no quiere la cosa, dejó caer que Jairo no era solo un hombre maduro sino además un hombre corrido que era peor. Mamá Zita, en pleno naufragio, inquirió que qué quería decir con eso de "un hombre corrido", a lo que papá Telmo respondió evasivamente que "un cuarentón con muchos espolones" y que, en tales circunstancias, Crucita difícilmente podría ser feliz con él.

Custodio sugirió que del duro mensual que sus padres les entregaban para el fin (y que se perdían entre otros miles de duros) podían deducir tres pesetas para "armarse". Esto no era una mala acción sino todo lo contrario, puesto que de este modo, la protección del claro quedaba cubierta en dos vertientes: la mera subsistencia y la seguridad física propiamente dicha. Asimismo a instancias de Eduardo adquirieron unos tirachinas de horquilla metálica, negras como las drabas y badanas de carnero, cuya eficacia se puso de manifiesto muy pronto. En apenas tres incursiones no quedó cristal sano en los balcones de Doña Jovita, la capilla protestante, y los ventanales de la Casa del Pueblo.

La amistad de Damasio Valentín y Eduardo Custodio reforzó el grupo frente a la hostilidad manifiesta de Carlos Centeno e Inmaculada Solvarrieta y subyugó a Gervasio, cada día más apartado del ambiente familiar. Su conducta en la calle apenas trascendía en casa. Era un mundo. Si acaso, de vez en cuando, informaba de sus andanzas a Florita y Manena Abad, y si en el interrogatorio de ésta advertía un asomo de indiscreción, se pavoneaba como si regresase de la guerra. Pero mamá Zita, cada día más contrariada ante la inatención de la gorda, quedaba al margen. A veces recriminaba a papá Tino su silencio culpable pero este respondía sin acritud, con el tono condescendiente de quien se sabe a favor de corriente. "que en este país voy a tener, el silencio era ya un arte de vivir". (La gorda que mamá Zita se sobresaltase la tarde que papá Tino trunfo demandado en el cuarto de costura con una carta en la mano e hizo ante las hermanas la sensación del revelación:

- Jairo ha tenido el cupé de esmeraldas y rubíes en la mano de Crucita.

Mamá Zita desorbitó los ojos y se santiguó:
- Dios mío, pero si es todavía una niña

Entonces papá Tino, desolado, como quien no quiere la cosa, dejó caer que Jairo no era solo un hombre maduro sino además un hombre corrido que era peor. Mamá Zita, en pleno naufragio, indagó que qué quería decir con eso de "un hombre corrido", a lo que papá Tino respondió evasivamente que "un extranjero con muchos espiones" y que, en tales circunstancias, Crucita difícilmente podría ser feliz con él.

Al regresar del tenis para tomar el té, antes de que sus padres hubieran resuelto la estrategia a adoptar ante el problema, Crucita se encaró con papá Telmo y le preguntó a bocajarro:

- ¿Puede saberse qué habeis decidido respecto a la carta de tío Jairo?

Papá Telmo perdió la ecuanimidad:

- Así que estábais conchavados, ¿verdad?

Crucita sacudió los hombros con insolencia:

- Un hombre y una mujer que se quieren, siempre estan conchavados. ¿No lo estábais mamá y tu cuando mamá Obdulia se oponía a vuestras relaciones?

Tía Cruz lloriqueó:

- Acabas de cumplir veinte años, querida, y Jairo pasa ya de los cuarenta.

Crucita se mostraba despótica ("bien adiestrada por su partenaire", diría luego papá Telmo") especialmente dura con los reparos de su madrina:

- ¡Tu qué sabes de esto, tía! El mundo está lleno de parejas felices con maridos que doblan la edad de sus mujeres y a la inversa.

Los argumentos se multiplicaron y el sábado, aunque desde un punto de vista diferente, tía Macrina manifestó tambien su discrepancia ante el proyectado matrimonio:

- Lo siento, Cruz, pero, a mi juicio, tu careces de la madurez precisa para llevar la casa de mi hermano.

Cogido entre dos fuegos, tío Vidal callaba, pero al ser requerido para que diera su opinión, se salió por la tangente:

- ¡Lo que faltaba: Jairo y Crucita! ¿Por qué no le preguntáis a vuestro inefable P. Rivero si no seran éstas las señales del fin del mundo?

Pero la resistencia más tenaz procedía de papá Telmo, lo que inquietaba especialmente a mamá Zita:

- Telmo conoce el mundo mejor que nosotras, Cruz. Algo hay, además de la edad, que no conviene a la niña.

Convencida de la banalidad de sus argumentos dejaba hablar a su marido hasta que un día Crucita, harta ya de tanta oposición, los brazos cruzados sobre el pecho (como si quisiese evitar un postrer argumento: su incompleto desarrollo)

Al regresar del tenis para tomar el té, antes de que sus padres hubieran resuelto la estrategia a adoptar ante el problema, Crucita se encará con papá Teimo y le preguntó a bocajarro:

- ¿Puede saberse que habéis decidido respecto a la carta de tío Jairo?

Papá Teimo perdió la ecuanimidad:

- Así que estábais concibiendo, ¿verdad?

Crucita sacudió los hombros con insolencia:

- Un hombre y una mujer que se quieren siempre están concibiendo. ¿No lo estábais mamá y tu cuando mamá Odubala se opuso a vuestras relaciones?

Tía Cruz floriguó:

- Acabas de cumplir veinte años, querida, y Jairo pasa ya de los cuarenta. Crucita se mostraba despectiva [bien adiestrada por su "partenaria", diría luego papá Teimo] especialmente dura con los reparos de su madrina:

- ¡Tu qué sabes de esto, tía! El mundo está lleno de parejas felices con maridos que dotan la edad de sus mujeres y a la inversa.

Los argumentos se multiplicaron y el sábado, aunque desde un punto de vista diferente, tía Matrín manifestó también su discrepancia ante el proyectado matrimonio:

- Lo siento, Cruz, pero a mi juicio, tu carácter de la madurez precisa para llevar la casa de mi hermano.

Logido entre dos fuegos, tía Vida callaba, pero al ser requerida para que diera su opinión se saltó por la tangente:

- ¡Lo que faltaba: Jairo y Crucita! ¿Por qué no le preguntáis a vuestro tío Jairo si no serían éstas las señas del fin del mundo?

Pero la resistencia más tenaz procedía de papá Teimo, lo que inquietaba especialmente a mamá Zita:

- Teimo conoce el mundo mejor que nosotros, Cruz. Algo hay, además de la edad, que no conviene a la niña.

Concedida de la banalidad de sus argumentos dejaba hablar a su marido hasta que un día Crucita, harta ya de tanta oposición, los brazos cruzados sobre el pecho (como si quisiese evitar un posterior argumento: su incompleto desarrollo)

se enfrentó con su padre, la verde mirada endurecida, y le preguntó crudamente si había olvidado la oposición de los abuelos a su boda con mamá Zita, su menosprecio, y que si él, entonces, había considerado prejuicios burgueses las razones que aducían, qué no podría decir ella de su conducta actual, un hombre con pretensiones de avanzado que se tornaba cavernícola ante la idea de desposar a su hija con un hombre maduro. Las tesis de Crucita, arrojadas como salivazos al rostro de papá Telmo, dejaron a éste inerte, y, aunque había simulado aceptar la explicación de que el P. Rivero estaba invitado en casa de tío Felipe Neri como viejo condiscípulo, desveló la superchería la tarde de su derrota:

- Me gustaría consultar el asunto con el jesuita ese que tenéis escondido en casa, Cruz.

Todos se turbaron, pero el tío Felipe Neri se apresuró a concertar la entrevista, que no aportó nada nuevo. El P. Rivero escurrió el bulto:

- Ciertamente un matrimonio en estas condiciones es arriesgado, pero carecemos de impedimentos canónicos para oponernos. No olviden que los ministros de este sacramento son los propios contrayentes.

Papá Telmo despotricó contra el cura, volvió a enfrentarse con Crucita, mantuvo con tío Jairo una correspondencia tirante que nadie llegó a conocer, pero, en la segunda quincena de Abril, María Cruz García de la Lastra, vestida de blanco, con un largo velo de tul ilusión, y Jairo Jaraiz Blanco, de la Audiencia Territorial de Madrid, contraían matrimonio en el oratorio particular de los tíos Cruz y Felipe Neri, en privado, ya que, según El Correo de Castilla, "las circunstancias no eran propicias para dar a la unión el realce que merecía, habida cuenta de la distinción de las familias de los contrayentes". Tío Jairo, ante el altar, aparentaba ser el padre de Crucita acompañándola a tomar la Comunión, pero la apostura y buenos modales de sus hermanos David y Fadrique, sus corteses atenciones con sus esposas respectivas, llevaron a mamá Zita al convencimiento de que quizá habían extremado la oposición y Crucita podía llegar a ser dichosa con Jairo ya que, corrido o no, era manifiestamente un hombre educado.

La marcha de Crucita, junto a la amenaza de la gorda, sumieron, empero, a mamá Zita en un sombrío desconsuelo. A diario se encerraba en su habitación "a llorar a gusto", o pasaba tardes enteras en conciliábulos con su hermana Cruz. Como de costumbre, habían unido sus fuerzas para contrarrestar la animosidad cre-

se enfrentó con su padre, la verde mirada endurecida, y le preguntó crudamente si había olvidado la oposición de los abuelos a su boda con mamá Zita, su menos-precio, y que si él, entonces, había considerado prejuicios burgueses las razones que aducían, que no podría decir ella de su conducta actual, un hombre con pretensiones avanzadas que se tomaba cavernícola ante la idea de desposar a su hija con un hombre maduro. Las testas de Crucita, arrojadas como salvasos al rostro de papá Telmo, dejaron a éste inerte, y aunque había simulado aceptar la explicación de que el P. Rivero estaba invitado en casa de tío Felipe Neri como viejo condiscípulo, desveló la superchería la tarde de su partida:

- Me gustaría consultar el asunto con el jesuita ese que tenéis escondido en casa, Cruz.
Todos se turbaron, pero el tío Felipe Neri se apresuró a concertar la entrevista, que no aportó nada nuevo. El P. Rivero escurrió el bulto:

- Ciertamente un matrimonio en estas condiciones es arriesgado, pero caremos de impedimentos canónicos para oponerlos. No olviden que los ministros de este sacramento son los propios contrayentes.

Papá Telmo despotricó contra el cura, volvió a enfrentarse con Crucita, pero tuvo con tío Jairo una correspondencia tirante que nadie llegó a conocer, pero en la segunda quincena de Abril, María Cruz García de la Lanza, vestida de blanco, con un largo velo de tul ilusión, y Jairo Jaraíz blanco, de la Audiencia Terriorial de Madrid, contraían matrimonio en el oratorio particular de los tios Cruz y Felipe Neri, en privado, ya que, según El Correo de Castilla, "las circunstancias no eran propicias para dar a la unión el resque que merecía, habida cuenta de la distinción de las familias de los contrayentes". Tío Jairo, ante el altar, aparentaba ser el padre de Crucita acompañándola a tomar la comunión, pero la postura y buenos modales de sus hermanos David y Adrián, sus cortesías atenciones con sus esposas respectivas, llevaron a mamá Zita al convencimiento de que quizá habían extremado la oposición y Crucita podía llegar a ser dichosa con Jairo ya que, corriendo o no, era antitípicamente un hombre educado.

La marcha de Crucita, junto a la saenaza de la gorda, sumieron, empero, a mamá Zita en un somnó desconusito. A diario se encerraba en su habitación "a flor a gusto", o pasaba tardes enteras en conciliábulo con su hermana Cruz. de costumbre, habían unido sus fuerzas para contrarrestar la antipatía cre-

ciente de su cuñada Macrina en las veladas sabatinas. De vez en cuando, se reconciliaba con el P. Rivero paseando por el jardín y subía a casa reconfortada, pero su alivio era efímero, apenas duraba unas horas. Crucita no se manifestaba. Desde Canarias llegaron dos tarjetas postales con abrazos para todos. No decían más pero Jairo no las firmaba. Ya instalada en Madrid, solía escribir una vez por semana y sus cartas eran rutinarias, opacas, sin referencias a su nueva situación. Transcurrido un mes, mamá Zita empezó a telefonarla los sábados. Necesitaba oír su voz. Ella conocía a su hija y le era suficiente oír su voz para saber como marchaban las cosas. La primera comunicación le desconcertó: La voz de Crucita era apenas un hilito imperceptible. En las siguientes, la sorprendieron su falta total de entusiasmo, sus largos silencios inexorables. No se quejaba, no acusaba de nada a nadie, pero sus pausas eran tristes y altivas. Mamá Zita cada semana colgaba el teléfono más desazonada:

- Esta chica no es feliz, Cruz, algo le ~~ocurre~~ sucede.

Y lloraba inconsolable, ignorando a punto fijo qué le ocurría. A primeros de setiembre, Crucita telefoneó que llegaría en el rápido de Irún a pasar unos días con ellos. Mamá Zita y papá Telmo se pusieron en guardia. Cruz, escuálida desde niña, había adelgazado aun más: su sonrisa era feble, mate la mirada de sus ojos verdes. Aunque se resistía a la confidencia, los problemas iban saliendo a flote, engarzados unos a otros, como las cerezas (estaba un poco sola, Jairo no la acompañaba a jugar al tenis, no siempre tenía tiempo de almorzar en casa, los amigos con quienes alternaba eran muy jóvenes e insustanciales, su marido se mostraba atento con ella pero cuando se reunía con su sobrino Luisito, se volvía insoportable, ponían música y hablaban de cosas abstrusas en tono de broma). Noblemente reconocía que mamá Zita y papá Telmo tenían alguna razón: Jairo era un poco viejo para ella, era "como un señor mayor" y si acaso ella se lo echaba en cara, él la sonreía, la tomaba una mano y la decía: "Eres aun muy niña para comprenderme". En la ^{reunión} ~~velada~~ (del sábado, se eludieron estos temas y Crucita, por decirle algo ^{agradable} ~~amable~~ a tía Macrina, se refirió "al buen humor de su sobrino Luisito", a lo que tía Macrina, ante el asombro general, replicó que nunca habían tenido un sobrino con ese nombre y que era obvio que se trataba de una ^{impostura} ~~error~~ o de una broma de su hermano Jairo. Papá Telmo, trató por todos los medios

cliente de su cuñada Macrina en las veladas sabatinas. De vez en cuando, se reu-
 nía con el P. Rívora pasando por el jardín y subía a casa reconfortada, pe-
 ro su alivio era efímero, apenas duraba unas horas. Cruzita no se manifestaba.
 Desde Canarias llegaron dos tarjetas postales con abrazos para todos. No decían
 más pero Jairo no las firmaba. Ya instalada en Madrid, solía escribir una vez
 por semana y sus cartas eran rutinarias, opacas, sin referencias a su nueva si-
 tuación. Transcurrido un mes, mamá Zita empezó a telefonarle los sábados. Neco-
 sitaba oír su voz. Ella conocía a su hijo y le era suficiente oír su voz para
 saber como marchaban las cosas. La primera comunicación le desconcertó: La voz
 de Cruzita era apenas un hilo imperceptible. En las siguientes, la sorprende-
 ron su falta total de entusiasmo, sus largos silencios interminables. No se queja-
 ba, no acusaba de nada a nadie, pero sus pausas eran tristes y adivinas. Mamá Zi-
 ta cada semana colgaba el teléfono más desazonada:

- Esta chica no es feliz, Cruz, algo le ocurre, ¿verdad?

Y Jairo inconsolable, ignorando a punto fijo qué le ocurría. A primeros
 de septiembre, Cruzita telefonó que llegaría en el rápido de Irún a pasar unos
 días con ellos. Mamá Zita y papá Jairo se pusieron en guardia. Cruz, escuchada
 desde niña, había adelantado una más: su sonrisa era feble, mate la mirada de
 sus ojos verdes. Aunque se resistía a la confidencia, los problemas iban salien-
 do a flote, engrasados unos a otros, como las perlas. Estaba un poco sola, Jai-
 ro no la acompañaba a jugar al tenis, no siempre tenía tiempo de almorzar en ca-
 sa, los amigos con quienes alternaba eran muy jóvenes e insusceptibles, su mari-
 do se mostraba atento con ella pero cuando se reunía con su sobrino Luisito, se
 volvía inoportuno, ponían música y hablaban de cosas abstractas en tono de pro-
 ma). Noblemente reconocía que mamá Zita y papá Jairo tenían alguna razón: Jairo
 era un poco viejo para ella, era "como un señor mayor" y al caso ella se lo re-
 chaba en cara. Él la sonreía, la tomaba una mano y le decía: "Eres una muy ni-
 ña para comprenderme". En la velada del sábado, se reunieron estos tres y Cru-
 cita, por decirle algo análogo a Macrina, se refirió "al buen humor de su so-
 brino Luisito", a lo que Macrina, ante el asombro general, replicó que nun-
 ca habían tenido un sobrino con ese nombre y que era obvio que se trataba de una
 hermana de su hermano Jairo. Papá Jairo trató por todos los medios

de sonsacar a Crucita en la intimidad, pero no consiguió otra cosa que vagas sonrisas truncadas y las socorridas frases hechas que aumentaron su irritación: "Dar tiempo al tiempo", "no se tomó Zamora en una hora", "el primer año es el más difícil", "iremos encajando poco a poco".

Quince días después mamá Zita y papá Telmo la visitaron en Madrid. Hubieron de alojarse en un hotel, pues aunque Crucita disponía de una casa amplia, "Jairo no puso cara cuando se le consultó". Por otra parte, su yerno se mostró correcto y obsequioso con ellos, les invitó al teatro y al concurso hípico, pero su hija, a solas, reconoció "que la edad de Jairo era efectivamente una rémora, y peor aún que su edad, la ^{tría} soledad de aquel ^{casevotón} ~~caso~~ vetusta". Papá Telmo, que había comentado al conocer el piso que era una residencia "envarada, forense, de fiscal barbudo", le animó a buscar amigas, a salir a la calle, a frecuentar el tenis, y mamá Zita, de regreso a casa, de común acuerdo con tía Cruz, la sugirió telefónicamente la conveniencia de visitar a Inesita Pons, hija de una amiga de infancia, cuya dirección le facilitó. Este contacto mejoró un poco las cosas. Crucita comenzó a orientarse. Inesita era espontánea, vital, práctica, salía de compras con ella, la asoció al Real Club de Tenis Puerta de Hierro y allí iban juntas, en bicicleta, todas las tardes. Pero cuanto más gratas eran sus expansiones, más torvos resultaban los regresos a casa. Dorotea, la vieja criada, apenas la hablaba y los amigos de Jairo, en especial "el sobrino Luisito", no reparaban en ella. Sus tentativas para hacer cuarteto con Inesita Pons y Juan Manuel, su marido, no cuajaron. Jairo se opuso desde el primer momento:

- Si ^{te apetece} ~~ese es tu gusto~~, yo puedo salir un día al año con ese muchacho, pero, por favor, no me pidas más. Soy demasiado viejo para entablar nuevas relaciones.

Por primera vez, Crucita se enfureció:

- Pues tampoco a mí ^{me agrada} ~~tus amigos, me parecen interesantes.~~ ^{gustan} No me parecen interesantes.

Allí estalló la disputa inicial, fluyeron las primeras lágrimas, (no ocultas) de Crucita. También mamá Zita sollozaba al oír su voz floja, atormentada, por teléfono y tres días más tarde, después de recibir una carta suya, se encerró en su habitación ^{de la que} ~~y~~ (no salió ni a la hora de comer. Gervasio encontró la carta en la secreta de la cómoda de su madre, al día siguiente, y aparte los lamen-

de sonacar a Crucita en la intimidad, pero no consiguió otra cosa que vagar son
estas truncadas y las socorridas frases hechas que aumentaron su irritación: "Dai
tiempo al tiempo", "no se comó jamón en una hora", "el primer año es el más di-
fícil", "vamos encajando poco a poco".

Quince días después mamá Zita y papá Felmo la visitaron en Madrid. Hubieron
de alojarse en un hotel, pues aunque Crucita disponía de una casa amplia, "tal-
to no puso cara cuando se le consultó". Por otra parte, su yerno se mostró correc-
to y obsesivo con ellos, les invitó al teatro y al concurso hípico, pero su hi-
ja, a solas, reconoció "que la edad de Jairo era efectivamente una ramera, y por
aún que su edad, la soledad de aquella ^{casita} ^{pequeña} ^{vestida",} papá Felmo, que había co-
mentado al conocer el piso, que era una residencia "envejada, forense, de fiscal
perdida", le animó a buscar amigos, a salir a la calle, a frecuentar el teatro, y
mamá Zita, de regreso a casa, de común acuerdo con la Cruz, le suplicó teléfo-
nicamente la conveniencia de visitar a Inésita Pons, hija de una amiga de infan-
cia, cuya dirección le facilitó. Este contacto mejoró un poco las cosas. Crucita
comenzó a orientarse. Inésita era espontánea, vital, práctica, sabía de com-
pras con ella, la asoció al Real Club de Tenis Puerta de Hierro y allí Juan Jun-
tas, en bicicleta, todas las tardes. Pero cuanto más gratas eran sus expansiones,
más torvos resultaban los regresos a casa. Donde, la vieja criada, apenas la
hablaba y los amigos de Jairo, en especial "el sobrino Luisito", no reparaban en
ella. Sus tentativas para hacer cuarteto con Inésita Pons y Juan Manuel, su ma-
rido, no cuajaron. Jairo se opuso desde el primer momento:

- Si ese es su gusto, yo quedo salir un día al año con ese muchacho, pero,
por favor, no me pidas más. Soy demasiado viejo para entablar nuevas relaciones.

Por primera vez, Crucita se enturbió:
- Pues tampoco a mí me gustan los muchachos tan...
Allí estalló la disputa íntima. Fluyeron las primeras lágrimas. (no ocul-
tas) de Crucita. También mamá Zita se volvió al oír su voz flaca, atormentada,
por teléfono y tres días más tarde, después de recibir una carta suya, se encor-
tró en su habitación y no salió ni a la hora de comer. Gervasio encontró la car-
ta en la secretaría de la cómoda de su madre, al día siguiente, y aparte los lamien-

tos habituales. Cruz decía en ella: "Hay días en que Jairo estalla en besos y mordiscos y me llama "mi inquietante efebo", seguro que para mortificarme pues de sobra conoce mi complejo por no tener pechos y efebo, según el diccionario de la lengua, es un mancebo adolescente". Después de leer esta carta, papá Telmo perdió la cabeza, no hablaba más que de Roma, del Tribunal de la Rota, decía tener "argumentos irrefutables para anular tan monstruosa unión" y, por las noches, conversaba por teléfono con la niña, la encarecía paciencia, la prometía que todo se arreglaría y la enviaba besos. Mamá Zita, identificada ahora con papá Telmo, comentaba:

- Ese dichoso Jairo, además de viejo es un tipo raro

- Bueno, es un caso complejo de inversión sexual

- Inversión, ¿que?

- Déjalo. Son tonterías mías

A pesar de las presiones, Crucita, consciente de su responsabilidad, se resistía a anular ^{el} ~~su~~ matrimonio. De vez en cuando, sus cartas traslucían alguna esperanza. Inesita Pons tenía muchas amigas y ella se iba integrando en el grupo. El aspecto negativo de las nuevas relaciones estribaba en que cada día se distanciaba más de su marido y noches había en que, al llegar Jairo a casa, ella ya estaba acostada y él se iba a dormir aparte, al cuarto de forasteros, "con su sobrino Luisito". Gervasio observaba a sus padres, escrutaba sus rostros, escuchaba sus conversaciones y, por encima de su desencanto, advertía algo positivo en el matrimonio de Crucita: mamá Zita y papá Telmo habían encontrado un punto de afinidad al margen de la política. Las lágrimas de su madre, habituado a ellas, no le afligían, pero sí el derrumbamiento de su padre, su desolación, la manera de prensarse la cabeza entre las manos cuando se encontraba solo, como si fuera a cascarla. De ordinario, a la vuelta del colegio, le sorprendía oyendo la radio, aquella voz de ataud, oscura pero diáfana, deshumanizada, que portentosamente irrumpía en la sala sin más que girar un botón. A través de aquella voz se enteró la familia de la huelga revolucionaria de Asturias, de la ocupación de Oviedo por los mineros. Con este motivo, el salón de palacio volvió a convertirse en una olla de grillos. Tío Felipe Neri, vestido con un traje gris perla

los hábitos Cruz decía en ellas: "Hay días en que Jairo estaba en pesos y
nordicos y me llama "mi inquietante estado", seguro que para mortificarme pues
de sobre conoce mi complejo por no tener pechos y él no, según el diccionario
de la lengua, es un mancoado adolescente". Después de leer esta carta, papá Tel-
no perdió la cabeza, no hablaba más que de Roma, del Tribunal de la Rota, decía
tener "argumentos irrefutables para anular tan monstruosa unión", y por las no-
chas, conversaba por teléfono con la niña, la encantada paciente, la prometida
que todo se arreglaría y la envía bases. Mamá Lita, identificada ahora con pa-
pá Telmo, comentaba:

- Ese dicho Jairo, además de viejo es un tipo raro
- Bueno, es un caso complejo de inversión sexual
- Inversión, ¿qué?
- Déjalo, son cosas más

A pesar de las presiones, Crucita, consciente de su responsabilidad, se re-
sistía a anular su matrimonio. De vez en cuando, sus cartas traslucían alguna
esperanza. Inevitablemente tenía muchas amigas y ella se iba integrando en el gru-
po. El aspecto negativo de las nuevas reacciones escribía en que cada día se
distanzaba más de su marido y noches había en que, al llegar Jairo a casa, ella
ya estaba acostada y él se iba a dormir aparte, al cuarto de forasteros, "con su
sobrino Luisito". Gervasio observaba a sus padres, escuchaba sus rostros, escu-
chaba sus conversaciones y, por encima de su desencanto, advertía algo positivo
en el matrimonio de Crucita: mamá Lita y papá Telmo habían encontrado un punto
de afinidad al margen de la política. Las lágrimas de su madre, habituado a
ellas, no le aturden, pero sí el derrumbamiento de su padre, su desolación, la
manera de pensarse la cabeza entre las manos cuando se encontraba solo, como si
fuera a caerle. De ordinario, a la vuelta del colegio, le sorprendía oyendo
la radio, aquella voz de estado, oscura pero distinta, deshumanizada, que parten-
tadamente trumfa en la sala sin más que girar un botón. A través de aquella
voz se enteró la familia de la huelga revolucionaria de Asturias, de la ocupación
de Oviedo por los mineros. Con este motivo, el salón de pacífico volvió a conver-
tirse en una olla de grillos. Tío Felipe hervía, vestido con un traje gris por-
tarse

que hacía añorar el uniforme, desplazaba sobre su cuñado la responsabilidad:

- Ya está aquí la revolución, Telmo, ¿es esto lo que pretendíais? Las masas han conquistado el poder.

Y tío Vidal convertía su miedo en malhumor:

- Si se niegan a admitir tres ministros de la Ceda en el Gobierno, tu me dirás dónde está la democracia.

Papá Telmo, desbordado por la desventura de Crucita, tal vez indefenso o desagradablemente sorprendido por la huelga revolucionaria, eludía el acoso como podía, derrumbado sobre el diván, frente a la chimenea, bajo la Resurrección del Giotto, pero los tíos le perseguían, le acicateaban, como si la retirada de los mineros dependiese de una orden suya o dispusiese de hilo directo con el presidente del Gobierno.

También la ciudad se paralizó con la huelga revolucionaria ^y ~~pero~~ Gervasio, desatendiendo las recomendaciones de mamá Zita, se lanzó a la calle en compañía de sus amigos. Una atmósfera enrarecida, se cernía sobre ella. Las avenidas y plazas desiertas, las trampas ^{echadas,} de los comercios, los cafés vacíos, los portones de las casas entornados, eran trasunto de recelo y temor e infundían la impresión de una ciudad sitiada. Caminaron en grupo por las calles Abrojo, Hostieros y Magaña para desembocar en la Avenida de la Constitución, desde donde se oía el repiqueteo desamparado de una música remota. En la esquina les sorprendió la manifestación, unos centenares de hombres astrosos, con gorras de visera y alpargatas negras, precedidos por la Norton de los tíos a paso de entierro y una charanga improvisada en retaguardia tocando "la Internacional". Lucinio empujó con el hombro a Gervasio:

- ¡Menudos prójimos están hechos tus tíos!

El tío Adrián, al aire la cabeza semicalva, hundida la barbilla, los amarillos dientes mordiendo el labio inferior, hacía eses con la moto, para no perder contacto con el grupo, en tanto el tío Norberto, igualmente destocado, erguido en el asiento posterior, portaba sobre su hombro una desmayada bandera tricolor ^{que hacía flaquear, agitando} ~~que agitaba~~ con desgana de vez en cuando. La procesión desfilaba en silencio y únicamente se oía el petardeo regular de la moto entre los compases deshilvanados de la música.

que hasta ahora el uniforme, desplazado sobre su hombro la responsabilidad.
- Ya está aquí la revolución, Tejero, ¿es esto lo que pretendáis? Las ma-

esas han conquistado el poder.
Y tío Vidal convierte su miedo en mañunor.
- Si se niegan a admitir tres ministros de la Ceda en el Gobierno, tu me-
dida dónde está la democracia.

Papa Tejero, desbordado por la desventura de Cruzar, tal vez indolente o
desagradablemente sorprendido por la huelga revolucionaria, estudia el caso co-
mo podía, derrumbado sobre el diván, frente a la chimenea, bajo la Resurrección
del Gótico, pero los tios le preguntan, le acorralaban, como si lo retrasara
de los minutos dependiese de una orden suya o dispusiese de hijo directo con el
presidente del Gobierno.

También la ciudad se paraliza con la huelga revolucionaria para Gerardo.
desafiando las recomendaciones de mamá Rita, se lanzó a la calle en compañía
de sus amigos. Una atmósfera enrarecida, se cernía sobre ella. Las avenidas y
plazas desiertas, las transeúntes de los comercios, los coches vacíos, los
portones de las casas entornados, gran trasunto de recelo y temor e intubada la
impresión de una ciudad sitiada. Caminaron en grupo por las calles ado-
radas y Magaña para desembarcar en la Avenida de la Constitución, desde donde se
oía el repiqueteo desamparado de una música remota. En la esquina les sorprendió
la manifestación, unos centenares de hombres azules, con gorras de visera y al-
parques negros, precedidos por la horda de los tios a paso de entiero y una
charanga improvisada en retaguardia tocando "la Internacional". Luchano empujó
con el hombro a Gerardo.

- ¡Menudos próximos están hechos tus tíos!
El tío Adrián, al aire la cabeza semicálida, hundida la barbilla, los smart-
los dientes mordiendo el labio inferior, hasta esos con la moto, para no perder
contacto con el grupo, en tanto el tío Norberto, igualmente desdorado, erguido
en el asiento posterior, portaba sobre su hombro una desmayada bandera tricolor
que había flaqueado, agitándose.
Únicamente se oía el petardeo regular de la moto entre los compases desahoga-
dos de la música.

Esa tarde estalló la revuelta. Gervasio, Lucinio y Eduardo Custodio se desplazaban de un sitio a otro orientados por los gritos y las carreras. Los revoltosos, después de asaltar la armería de Pablo Esteban en la Plaza Mayor, empuñando escopetas y pistolas, se dirigieron al extrarradio y cercaron la casa-cuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda. Parapetados tras los árboles disparaban sin ton ni son y algunos guardias civiles con gorro cuartelero, resguardados en el cembo de la acequia que delimitaba el pequeño jardín, respondían con sus mosquetones, defendiendo el cuartel. Desde la esquina de la calle Huertas, Gervasio y sus amigos asistían al ^{en frentamiento} ~~entrenamiento~~ y cuando vieron brincar a un guardia y caer de espaldas en los arriates, la cabeza ensangrentada, aquel sacó del bolsillo su tiragomas y empezó a fustigar el flanco de los atacantes, pero Lucinio Orejón le apartó displicentemente y dijo refiriéndose al tirachinas:

- Déjame a mí; eso son chiquilladas

En su mano derecha brillaba una pistola negra, recién engrasada, con la que apuntó hacia los árboles y disparó una y otra vez hasta vaciar el cargador, en el mismo momento en que un camión descubierto de Guardias de Asalto, armados con fusiles, aparcaba a un costado del cuartel, y sus números, diseminados en la cuneta, abrían fuego contra los asaltantes que, sorprendidos por su llegada, volvieron grupas y huyeron hacia la Plaza del Haro. El comandante de las fuerzas de socorro, puesto en pie, señaló entonces con un dedo la esquina donde ellos se agazapaban y dió dos voces. Sin ponerse de acuerdo, los muchachos arrancaron a correr por la calle Huertas hacia el centro, doblando esquinas desalados, jadeantes, hasta que alcanzaron los desiertos soportales de la Glorieta del Angel. Lucinio empujó el portón entornado de una casa y se pasó el antebrazo por la frente sonriendo:

- Los hemos hecho huir -dijo

- ¿Quién te ha dado esa pistola?

El muchacho volvió a sacarla del bolsillo con civil respeto, negra, reluciente, intimidadora. Acarició la culata y volvió a sonreír:

- Es de mi hermano Felices; tiene tres

- ¿Tiene tres pistolas tu hermano Felices?

Es tarde estallo la revuelta. Gervasio, Luciano y Eduardo Custodio se des-
 plazaban de un sitio a otro orientados por los gritos y las carreras. Los revol-
 toso, después de asaltar la armería de Pablo Esteban en la Plaza Mayor, empujan
 do escopetas y pistolas, se dirigieron al extrarradio y cercaron la casa-cuartel
Leante, en el barrio de la Alameda. Parquetados tras los árboles disparaban sin
 ton ni son y algunos guardias civiles con gorro cuartelero, resguardados en el
 campo de la aciputa que delimitaba el pedáneo jardín, respondían con sus mosque-
 tones, defendiendo el cuartel. Desde la esquina de la calle Huertas, Gervasio y
 sus amigos asistían al enfrentamiento. Cuando vieron brincar a un guardia y caer
 de espaldas en los arbores, la cabeza ensangrentada, aquel sacó del bolsillo su
 tiragomas y empezó a fustigar el flanco de los atacantes, pero Luciano Orjón
 le apartó rápidamente y dijo refiriéndose al tirachinas:

- Déjame a mí; eso son chupullizas

En su mano derecha brillaba una pistola negra, recién engrasada, con la que
 apuntó hasta los árboles y disparó una y otra vez hasta vaciar el cargador, en
 el mismo momento en que un camión descubierto de Guardias de Asalto, armados con
 fusiles, aparca a un costado del cuartel, y sus números, diseminados en la cu-
 rra, abrían fuego contra los asaltantes que sorprendidos por su llegada, volvie-
 ron grupos y huyeron hacia la Plaza del Hero. El comandante de las fuerzas de se-
 curo, puesto en pie, señaló entonces con un dedo la esquina donde ellos se a-
 gazaban y dio dos voces. Sin ponerse de acuerdo, los muchachos arrancaron a co-
 rrer por la calle Huertas hacia el centro, doblando esquinas desahogados, jadean-
 tes, hasta que alcanzaron los desiertos soportales de la Glorieta del Ángel. Lu-
 ciano empujó el portón entrado de una casa y se pasó el antebrazo por la fran-
 te sonriendo:

- Los hemos hecho huir - dijo

- ¿Quién te ha dado esa pistola?

El muchacho volvió a sacarla del bolsillo con civil respeto, negra, relin-

ciente, intimidadora. Acarició la culata y volvió a sonreír:

- Es de mi hermano Felices; tiene tres

- ¿Tiene tres pistolas tu hermano Felices?

Un orgullo histórico henchía el pecho de Gervasio. Por vez primera en su vida (la pelea con los golfillos en el Estadio no había pasado de ser una escaramuza) se sentía partícipe en una acción viril, con riesgo, con bajas. En casa, mamá Zita y tía Cruz, pegadas a la radio, demudadas, escuchaban las últimas noticias en dramático silencio. Gervasio se acercó a ellas, pero mamá Zita, apenas le dió tiempo de sentarse:

- Vámonos; va a venir tu padre

Habían resuelto escuchar la radio por turnos. Sus posiciones, a menudo encontradas, ante la información que aquella facilitaba, convertía la sala en un infierno. Una elemental idea democrática, de mera convivencia, lo aconsejaba así. Resultaba de todo punto insoportable que mientras ellas sufrían, papá Telmo exultase, y a la inversa. Los cimientos domésticos se estremecían ante sus enfrentamientos verbales.

A la mañana siguiente, Gervasio se avalanzó sobre el periódico antes de que papá Telmo hubiera concluido de afeitarse. Al pasar los ojos por los titulares de la primera página se le abrió una oquedad en el estómago. Las manos y las rodillas le temblaban:

"LOS REVOLTOSOS ASALTAN LA CASA-CUARTEL "LEPANTO". UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL MUERTO Y DOS NUMEROS HERIDOS.- Ayer se desarrollaron en nuestra ciudad luctuosos sucesos que produjeron, al ser conocidos, viva impresión. Desde primeras horas de la tarde empezó a notarse cierta efervescencia entre el elemento obrero que pretendía impedir la salida de trenes de nuestra ciudad. La fuerza pública, que acudió en buen número a la Estación, fue informada de que grupos de incontrolados intentaban asaltar la armería de don Pablo Esteban, sita en la Plaza Mayor. Un ómnibus de las fuerzas de Asalto se encaminó hacia allí para impedirlo pero, al llegar a las Escuelas Pías, se vió sorprendido por las descargas que efectuaban sobre ellos grupos apostados en las bocacalles próximas. El número, Heliodoro Navafría, fué herido de bala en la pierna al repeler la agresión de los revoltosos, quienes, acto seguido, se dirigieron contra la Casa-Cuartel de la Guardia Civil "Lepanto", en el barrio de la Alameda, donde, tras intensivo tiroteo, fué muerto el sargento Salustiano Arias, de un bala-

Un orgullo histórico llenaba el pecho de Gervasio. Por vez primera en su vida (la vida con los golfillos en el estómago no había pasado de ser una escaramuza) se sentía participe en una acción virtuosa, con riesgo, con bajas. En casa, mamá Zita y tía Cruz, pegadas a la radio, demudadas, escuchaban las últimas noticias en dramático silencio. Gervasio se acercó a ellas, pero mamá Zita y papá Teodoro le dieron tiempo de zambullirse:

— ¡Vámonos; va a venir tu padre!

Habían resuelto escuchar la radio por turnos. Sus posiciones, a menudo en contravía, ante la información que aquella facilitaba, convertía la sala en un teatro. Una elemental idea democrática, de mera convivencia, lo aconsejaba a él. Resultados de todo punto insuperables que mientras ellas sufrían, papá Teodoro se exultaba, y a la inversa, los cimientos domésticos se estrechaban ante sus enfrentamientos verbales.

A la mañana siguiente, Gervasio se adelantó sobre el periódico antes de que papá Teodoro hubiera concluido de atenderse. Al pasar los ojos por los titulares de la primera página se le abrió una opacidad en el estómago. Las manos y las rodillas se temblaban:

"LOS REVOLUTOSOS ASALTAN LA CASA-CUARTEL 'EMERSON' UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL MUERTO Y DOS NUMEROS HERIDOS. - Ayer se desarrollaron en nuestra ciudad incalculables sucesos que produjeron, al ser conocidos, viva impresión. Desde las primeras horas de la tarde empezó a notarse cierta efervescencia entre el elemento obrero que pretendía impedir la salida de trenes de nuestra ciudad. La fuerza pública, que acudió en buen número a la Estación, fue informada de que grupos de facinorosos intentaban asaltar la armaría de don Radio Esteban, situada en la Plaza Mayor. Un ómnibus de las fuerzas de Asalto se encaminó hacia allí para impedirlo pero, al llegar a las Escuelas Pías, se vio sorprendido por las descargas que efectuaban sobre ellos grupos apostados en las bocanillas próximas. El número, Heliodoro Navarrete, fue herido de bala en la pierna al regresar. En la agitación de los revoltosos, quienes, acto seguido, se dirigieron contra la Casa-Cuartel de la Guardia Civil 'Emerson', en el barrio de la Alameda, don de, tras intensivo tiroteo, fue muerto el sargento Salustiano Ariza, de un bala-

zo en la cabeza, y herido de pronóstico reservado, el número Gregorio Peña García. Desde la esquina de la calle Huertas, un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes pero, poco después, la llegada del Comandante Aldecoa al frente de fuerzas de Asalto de refresco, ahuyentó a estos y puso en fuga a los revoltosos que se dispersaron por el campo de la Alameda, dominando la situación y siendo detenidos dos de los principales promotores.

En las primeras horas de la noche, renació totalmente la calma en nuestra histórica ciudad, conmovida durante largas horas por los trágicos y luctuosos sucesos de la tarde".

El corazón redoblaba en el pecho de Gervasio. Se daba cuenta de que aquel había sido su bautismo de fuego y, aunque de manera innominada, envuelto en la concisa pero expresiva frase de "El Correo". ("un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos contra los asaltantes"), acababa de entrar en la Historia; casi sin advertirlo había iniciado su carrera de héroe.

En las jornadas siguientes, la radio fué aportando noticias más tranquilizadoras. Ochoa y Yagüe habían entrado en Oviedo, restableciendo el orden, en tanto Batet, obligaba a rendirse a la Generalidad, que acababa de proclamar la República Catalana Independiente. Pero, cosa extraña, en esta ocasión, las noticias que a ellos les satisfacían no aparentaban desagradar tampoco a papá Telmo. Gervasio constataba, estupefacto, su sonrisa de alivio. ¿Qué significaba aquello?

Por de pronto -se decía Gervasio- que carecían de sentido las afirmaciones de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta, de que "papá Telmo estuviera en el Círculo preparando la revolución". Una de dos, o su padre renegaba de sus viejas convicciones o no ^{deseaba} quería la revolución, al menos, la de Asturias ni la de Barcelona. ¿Qué revolución quería, entonces, papá Telmo?

^{Inopinadamente, dos días más tarde,}
~~Dos días después, impensadamente,~~ (a la hora de almorzar, Crucita se presentó en casa. Un mozo de estación apiló en el vestíbulo baúles, maletas, sombreros y cachivaches. Sus verdes ojos estaban enrojecidos y ^{sumidas sus pálidas} ~~una escoriación~~ afeaba ~~su~~ mejillas, ~~derecha~~. Mamá Zita la abrazó con tal frenesí, que la niña no pudo contener las lágrimas:

- Se ha terminado, mamá. Nunca volveré con él.

to en la cabeza, y herido de pronóstico reservado, el número Gregorio Peña Gar-
 cia. Desde la esquina de la calle Huertas, un reducido grupo de mazzabetes lan-
 zó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes pero, po-
 co después, la llegada del Comandante Aldecoa al frente de fuerzas de Asalto de
 refresco, ahuyentó a estos y puso en fuga a los revoltosos que se dispersaron
 por el campo de la Alameda, dominando la situación y siendo detenidos dos de los
 principales promotores.

En las primeras horas de la noche, renació totalmente la calma en nuestra
 histórica ciudad, conmovida durante largas horas por los trágicos y luctuosos
 sucesos de la tarde.

El corazón redoblaba en el pecho de Gervasio. Se daba cuenta de que aquí
 había sido su bautismo de fuego y, aunque de manera inopinada, envuelto en la
 concha pero expresiva frase de "El Correo". ("un reducido grupo de mazzabetes
 lanzó piedras y efectuó algunos disparos contra los asaltantes"), acabada de en-
 trar en la Historia; casi sin advertirlo había iniciado su carrera de héroe.

En las jornadas siguientes, la radio fue aportando noticias más dramáticas
 y dolorosas. Ocho y Yagüe habían entrado en Oviedo, restableciendo el orden, en tan-
 to Batoc, obligada a rendirse a la Generalidad, que acabada de proclamar la Re-
 pública Catalana independiente. Pero, cosa extraña, en esta ocasión, las noti-
 cias que a ellos les satisfacían no parecían desagradar tampoco a papá Felmo.

Gervasio constataba, estupefacto, su sonrisa de niño. ¿Qué significaba aquellos
 Por de pronto -se decía Gervasio- que carecían de sentido las afirmaciones de Car-
 lenciano o Imanol Solavartista, de que "papá Felmo estuviera en el Circo pre-
 parando la revolución". Una de dos, o su padre renegaba de sus viejas convic-
 nes o no quería la revolución, al menos, la de Asturias ni la de Barcelona. ¿Qué

revolución quería, entonces, papá Felmo?
 Los días después, inesperadamente, a la hora de almorzar, Gervasio se presen-
 tó en casa. Un mozo de estación epiléptico en el vestíbulo bajó, maldito, sonriente-
 ras y cachivaches. Sus verdes ojos estaban entrecerrados y una expresión de
 su mejilla derecha. Mamá Lita le abrazó con tal frenesí, que le niñó no pudo con-
 tener las lágrimas:

- Se ha terminado, mamá. Nunca volveré con él.

Repuesta del primer golpe emocional, Crucita expresó su temor de enfrentarse con tía Macrina, la hermana de Jairo, pero mamá Zita la tomó por la cintura y la condujo dulcemente hacia su viejo cuarto de soltera:

- Estate tranquila, hija. Tío Vidal y tía Macrina marcharon anteayer a Portugal con los niños. No regresarán mientras en España no se vea un poco de luz o estalle de una vez la gorda.

La tarde declinaba. Un rayo de sol, desmayado y débil, tamizado por el vitillo del balcón, iluminaba la escena: Mamá Zita, tía Cruz, tío Felipe Neri y el P. Rivero (congregados en torno a un velador, persegaban largas nóminas, susaban, rastaban, interesaban impresos en sobres, distribuían en improvisadas carpetillas de papel, cédulas personales, Gervasio, sentado junto a su madre, atento de silencio necesario, observaba a tío Felipe Neri, su aplicación escolar, las gafas sobre la frente, el tapicero en la mano, hizo los ojos mates hacia el P. Rivero con una mueca que aspiraba a ser una sonrisa.

- Sesenta y cuatro -dijo. -Tenía usted razón, Padre

- Es decir, sesenta y cuatro, votos, -dijo mamá Zita

- Salvo error u omisión -puntualizó el P. Rivero. Y cuando mamá Zita se

volvió hacia Gervasio y empezó a darle instrucciones sobre lo que tenía que

hacer al siguiente, el jesuita levantó un dedo, midió la cara por

tuosa delicadeza y entonces mamá Zita se volvió hacia él con una

mirada con las manos y se excusó abochornada:

- ¡Oh, disculpe usted, Padre! Él me había dado cuenta.

- No tiene por qué disculparse, a menudo nuestros deseos corren más aprisa que nuestra reflexión. Pero conviene que sea una sola quien tenga en sus manos la responsabilidad de este asunto.

El P. Rivero hizo una pausa, rodeó la cabeza y fijó la mirada en Gervasio, la misma mirada intensa que posaba en la joven la vez que cada vez que tocaba la letanía en el jardín. El muchacho parpadó:

- Bien, bueno, vayamos por partes: a lo que importa a la familia es a que mañana vote todo el mundo, mejor dicho, esta familia que desea que en España

requesta del primer golpe emocional. Cruce expresó su temor de enfrentarse
 con la Macrina, la hermana de Jaime, pero mamá Lita la tomó por la cintura y la
 condujo dulcemente hacia su viejo cuarto de solteros.
 - Estaba tranquila, hija. Tío Fidel y tía Macrina marcharon adelante a por-
 tar con los niños. No regresarán mientras en España no se vea un poco de luz o
 tal vez de una vez la corda.

XI

- Sientate aquí- dijo mamá Zita, indicando una silla junto a la suya,-: Te he mandado llamar porque ya tienes edad de afrontar ciertas responsabilidades. Y en las elecciones de mañana, España se juega ^{su futuro.} ~~el ser o no ser.~~ Todos los buenos españoles estamos obligados a arrimar el hombro.

La tarde declinaba. Un ^{desmayado} rayo de sol, ~~desmayado y oblicuo,~~ tamizado por el visillo del balcón, iluminaba la escena: Mamá Zita, tía Cruz, tío Felipe Neri y el P. Rivero, congregados en torno a un velador, punteaban largas nóminas, sumaban, restaban, insertaban impresos en sobres, distribuían en improvisadas carpetillas de papel, candidaturas y cédulas personales. Gervasio, sentado junto a su madre, ufano de saberse necesario, observaba a tío Felipe Neri, su aplicación escolar, las gafas sobre la frente, el lapicero en la mano. Alzó los ojos mates hacia el P. Rivero con una mueca que aspiraba a ser una sonrisa:

- Sesenta y cuatro -dijo. -Tenía usted razón, Padre

- Es decir, sesenta y cuatro, votos, -dijo mamá Zita

- Salvo error u omisión -puntualizó el P. Rivero. Y cuando mamá Zita se volvió hacia Gervasio y empezó a darle instrucciones sobre lo que tendría que hacer ^{a la mañana} ~~al día~~ siguiente, el jesuita levantó un dedo, sonrió, pidió perdón con una delicadeza y entonces mamá Zita ^{reparó en} ~~advirtió~~ (su oficiosidad, se cubrió las mejillas con las manos y se excusó abochornada:

- ¡Oh, disculpe usted, Padre! Ni me había dado cuenta.

- No tiene por qué disculparse, a menudo nuestros deseos corren más aprisa que nuestra reflexión. Pero conviene que sea uno solo quien tenga en sus manos la responsabilidad de este asunto.

El P. Rivero hizo una pausa, ladeó la cabeza y fijó la mirada en Gervasio, la misma mirada intensa que posaba en la imagen de la gruta cada vez que rezaba la letanía en el jardín. El muchacho parpadeó:

- Bien, mozo, vayamos por partes; a lo que aspira esta familia es a que mañana vote todo el mundo, mejor dicho, todos aquellos que desean que en España

- Siéntate aquí - dijo mamá Zita, indicando una silla junto a la suya. - Te he mandado llamar porque ya tienes edad de afrontar ciertas responsabilidades. Y en las elecciones de mañana, España se juega el ser o no ser. Todos los buenos españoles estamos obligados a firmar el hombre.

La tarde declinaba. Un rayo de sol, desmayado y débil, trazado por el viento del balcón, iluminaba la escena: mamá Zita, tía Cruz, tío Felipe Neri y el P. Rívoro, congregados en torno a un velador, gustaban fargas rónicas, sumaban, restaban, insertaban impresos en sobres, distribuían en improvisadas carpuchas de papel, candidaturas y cédulas personales. Gervasio, sentado junto a su madre, utano de saberse necesario, observaba a tío Felipe Neri, su aplicación escolar, las gafas sobre la frente, el lápiz en la mano. Alzó los ojos hacia el P. Rívoro con una mueca que aspiraba a ser una sonrisa:

- Sesenta y cuatro - dijo. - Tenga usted razón, Padre

- Es decir, sesenta y cuatro votos, - dijo mamá Zita

- Salvo error u omisión - puntualizó el P. Rívoro. Y cuando mamá Zita se volvió hacia Gervasio y empezó a darle instrucciones sobre lo que tendría que hacer ^{A LA MAÑANA} siguiente, el joven levantó un dedo, sonrió, pidió perdón con un ^{vepato en} tono de delicadeza y entonces mamá Zita ^{vepato en} su oficialidad, se cubrió las manos con las manos y se excusó abochornada:

- Oh, disculpe usted, Padre! Mi me había dado cuenta.

- No tiene por qué disculparse, a menudo nuestros dedos corren más aprisa que nuestra reflexión. Pero conviene que sea uno solo quien tenga en sus manos la responsabilidad de este asunto.

El P. Rívoro hizo una pausa, fadó la cabeza y fijó la mirada en Gervasio, la misma mirada intensa que posaba en la imagen de la gruta cada vez que rezaba la letanía en el jardín. El muchacho parpadeó:

- Bien, no, vayamos por partes, a lo que aspira esta familia es a que mañana vote todo el mundo, mejor dicho, todos aquellos que desean que en España

reinen, el orden, la ^{pa2} ~~ley~~ y la justicia. Para ello vamos a procurar que participen los impedidos y los enfermos y, si necesario fuese, (volvió a sonreír) hasta los muertos. Con este objeto hemos dividido la ciudad en sectores que hemos encomendado a diferentes personas, una de ellas a tí (le tendió, por encima de la mesa, un lapicero rojo y unas cuartillas). Anota, por favor. Tu vereda incluye los siguientes centros: Adoratrices, Siervas de Jesús, Servicio Doméstico, Hermanitas de los Pobres y Beneficencia... ¿Has apuntado? Bien, tu misión entonces, sin perjuicio de que puedas llevar a cabo otros cometidos, es la siguiente: tomarás un taxi de confianza a las 9 de la mañana y visitarás uno por uno, los conventos que figuran en esa relación. Una vez en ellos preguntarás por la Madre Superiora a la que dirás simplemente: "Me envía el P. Rivero", ellas ya saben; luego (tomó de la mesa cinco sobres con las diferentes direcciones y se los pasó a Gervasio) entregarás a cada una el sobre que lleva su dirección y ellas te indicarán qué personas, de entre las que tienen a su cargo, debes trasladar a los colegios electorales respectivos, a qué hora y en qué orden (la voz del P. Rivero ^{zumbaba} ~~robordoneaba~~ como un moscardón, una voz lenta, ^{monótona,} ~~redonda,~~ disciplinada, con un timbre eclesiástico manifiesto. Colocó su blanca mano sobre el antebrazo del muchacho). Hay un punto esencial a tener en cuenta: el ritmo del voto doble o del voto falso. Trataré de explicarme. Conviene que la monja o la mujer que, además de por sí, vaya a votar por otra, lo haga discretamente, sin llamar la atención de la mesa. Para ello procura dejar huecos entre ambas intervenciones y, a ser posible, que la interesada se cambie de atuendo con objeto de dificultar su identificación. Si se tratase de ancianas no es preciso tanto requilorio: Las viejas son todas iguales. Pero en cualquier caso, antes de entrar en los Colegios, debes aleccionarlas. No hables demasiado, las confundirías; a la gente sencilla pocas palabras y claras. Y a las que voten por otras, ausentes, o muertas, mételas en la cabeza que su cédula personal es la que llevan en la mano y su nombre y apellidos los que figuran allí. Las Superiores ya están advertidas y enviarán a las más ^{despejadas} ~~instruidas~~ (sonrió una vez más, satisfecho de su exposición)-. Esperemos que no haya contratiempos. Mañana, a primera hora, tu madre te dará las últimas instrucciones.

La señora Zoa, esquemática, hecha un rebujito negro en el asiento trasero del Chevrolet de Tadeo Crespo, el taxista del Casino, envuelta en un raído mantón, le miraba todo el tiempo y sonreía con su desguarnecida sonrisa sin dientes:

- Y esta carta, ¿dónde dices que la tengo que echar, señorito Gervasio?

- Tranquila, Zoa, no se ponga nerviosa. La carta la tiene que echar donde yo la indique, pero sin dar explicaciones a nadie. Unicamente dirá su nombre cuando el señor de la mesa la pregunte.

Empleó mañana y tarde en acarrear votantes a los colegios electorales (monjas, viejos, tullidos, criadas de servicio) y, a la puerta, antes de entrar, les aleccionaba y les daba ánimos y, al salir, las ancianitas inquirían ingenuamente, con un punto de vanidad:

- ¿Lo hice bien, señorito?

Al anoecer, apenas cerraron los colegios, Gervasio se presentó en casa de tío Felipe Neri para facilitar el parte al P. Rivero, que se frotaba las manos confiado:

- Vamos a ganar, mozo. Vamos a ganar holgadamente.

Pero no ganaron y, pocas horas más tarde, el P. Rivero desapareció de casa de tío Felipe Neri sin dejar rastro:

- Se ha marchado a Portugal con la Compañía -aclaraban mamá Zita y tía Cruz, a modo de explicación, cuando alguien se interesaba por él, aunque todos desconocían a ciencia cierta su paradero.

Tras la derrota electoral, mamá Zita recibió una carta apremiante de su hermano Vidal, ^{exhortándola a} ^{a Portugal} ~~recomendándole~~ (emigrar con toda la familia: "Con tu persona eres muy libre de hacer lo que quieras, hermana, pero no tienes derecho a exponer a tus hijos a los riesgos de una algarada como la de Asturias". Tío Vidal, sin otra cosa que hacer, redactaba en su exilio dorado unas cartas largas, rizadas, académicas, escuchando el rumor del mar desde el escritorio del hotel. Pero mamá Zita, como un general a quien sugirieran la entrega de una plaza, ^{encomendada a su defensa,} respondió sin vacilar:

"Me parece indigno abandonar el campo sin antes rendir batalla".

Desde el regreso de Crucita, mamá Zita se mostraba pugnaz y destemplada, no solo contra Jairo, su yerno, sino contra todo aquel que, ^{de} ^{manera} ^{prácticamente} ~~en alguna medida,~~ le recordara, empezando por los tíos Macrina y Vidal cuya expatriación juzgaba un acto de cobardía. ^{A lo largo de} Durante ^{semanas} mamá Zita y tía Cruz, platicaron incansablemente

La señora Zoa, espumática, hecha un revoltijo en el asiento trasero del Chevrolet de Tadeo Crespo, el taxista del Casino, envuelta en un tallo man-
tón, le miraba todo el tiempo y sonreía con su desagraciada sonrisa sin dientes:

- Y esta carta, ¿dónde dices que la tengo que echar, señorito Gervasio?
- Tranquila, Zoa, no se ponga nerviosa. La carta la tiene que echar donde

yo la indique, pero sin dar explicaciones a nadie. Únicamente dirá su nombre cuando el señor de la mesa le pregunte.

Empujó mañana y tarde en acarrear votantes a los colegios electorales (mon-
jas, viejos, tullidos, criadas de servicio) y a la puerta, antes de entrar, les
afectonaba y les daba ánimos y, al salir, las amantadas insuflaban ingenuamen-

te, con un punto de vanidad:

- ¿Lo hice bien, señorito?

Al anochar, apenas cerraron los colegios, Gervasio se presentó en casa de
tío Felipe Neri para facilitar el parte al P. Rivero, que se frotaba las manos

contado:

- Vamos a ganar, mozo. Vamos a ganar hojagadamente.

Pero no ganaron y, pocas horas más tarde, el P. Rivero desapareció de casa

de tío Felipe Neri sin dejar rastro:

- Se ha marchado a Portugal con la Compañía - aclaraban mamá Zita y tío Cruz.

a modo de explicación, cuando alguien se interesaba por él, aunque todos descono-

cían a ciencia cierta su paradero.

Tras la derrota electoral, mamá Zita recibió una carta apremiante de su her-
mano Vidal, recomendándole ^{extranjería a} emigrar con toda la familia: Con tu persona eres muy

libre de hacer lo que quieras, bananas, pero no tienes derecho a exponer a tus hi-

jos a los riesgos de una algarabía como la de Asturias. Tío Vidal, sin otra cosa

que hacer, redactada en su exilio donde unas cartas largas, raras, académicas,

escuchando el rumor del mar desde el escritorio del hotel. Pero mamá Zita, como

un general a quien sugirieran la entrega de una plaza, respondió sin vacilar:

"Me parece indigno abandonar el campo sin antes recibir batalla".

Desde el regreso de Cruceta, mamá Zita se mostraba fogosa y destemplada, no

solo contra Jaime, su yerno, sino contra todo aquel que, en alguna ocasión, le

recordaba, expuesto por los hechos y Vidal cuya exaltación jugaba un

de cobardía. Durante semanas mamá Zita y tío Cruz, ^{A la hora de} platicaron incansablemente

te sobre la situación de la niña, que aturdida aun por su resolución, achacaba a su marido todo género de infamias (egoísmo, desprecio, sadismo, exigencias vejatorias) aunque ni ella, ni mamá Zita, ni tía Cruz, ahormadas en la más pura gazmoñería, supieran a punto fijo cual era su punto flaco. Tan solo papá Telmo sabía a que atenerse y, una vez recuperada Crucita, se personó en el Obispado y, al día siguiente, marchó a Madrid, regresó y volvió a marchar. Su consulta naturista quedó desatendida por unos días. El mismo cumplimentaba los impresos que su hija firmaba sumisamente, sin reparar en el texto. "Es para la anulación" -le decía tan solo. Y ella rubricaba el papel sin reservas. Unicamente en una ocasión le preguntó: "¿Qué razones alego, papá?" "Incompatibilidad de caracteres" -respondió papá Telmo y meneó la cabeza como diciendo "y todo lo demás que no hace el caso".

La niña había cambiado. Su fatuidad, su arrogancia, apenas tenían ocasión de manifestarse ahora. Mediante su irreflexivo matrimonio había querido dar un no rotundo a la ciudad, a su cursilería, a su provincianismo, a su mal gusto, a sus pretensiones, pero, de pronto, tras su fiasco con Jairo, se veía obligada a soportar la humillación de la derrota: miradas conmiseras, sonrisas abortadas, medias palabras, preguntas impertinentes. Salía poco de casa; su reducto de antaño, el tenis, lo tenía abandonado y no frecuentaba amigas ni espectáculos. La política como tal, no le atraía, tal vez porque nunca puso interés en comprenderla. No obstante, la trastornaba la posibilidad de que un día las turbas de desarrapados se desbordasen y quemasen el viejo palacio de los condes de Pradoluengo con la misma vesania con que quemaban iglesias y conventos. Este era el rasgo que la actual Crucita conservaba de la antigua: su desdén por el populacho. Pero después de su infortunado matrimonio, su rechazo social era absoluto: despreciaba a la clase alta por su convencionalismo, a la media por su hipocresía y a la baja, como siempre, por su vulgaridad. De ahí que Crucita, sin una conciencia clara, anhelase un cambio, algo que diera vuelta a las cosas, sin un proyecto concreto sobre el orden en que las cosas deberían quedar. Lo que deseaba, en definitiva, era que la ciudad la olvidara y poder volver a vivir "como si nada hubiera ocurrido". Por esta razón, la tensión diaria, los petardos, los tiros,

te sobre la situación de la niña, que estorbaba aun por su resolución, echada
 a su marido todo género de intenciones legítimas, desprecio, exigencias y
 jactancias) aunque ni ella, ni mamá Ana, ni la Cruz, ahorradas en la más pura
 gamonería, supieran a punto fijo cual era su punto fiasco. Tan solo papá Teino
 sabía a que atenerse y, una vez recuperada Cructa, se personó en el Outspado y,
 al día siguiente, marchó a Madrid, regresó y volvió a marchar. Su consulta natu-
 rista quedó desatendida por unos días. El mismo cumplimentaba los impresos que su
 hija firmaba sumisamente, sin reparar en el texto. "Es para la anulación" - le
 decía tan solo. Y ella rubricaba el papel sin reservas. Únicamente en una oc-
 asión le preguntó: "¿Qué razones alego, papá?" "Incompatibilidad de caracteres"
 - respondió papá Teino y mené la cabeza como diciendo "y todo lo demás que no
 hace el caso".
 La niña había cambiado. Su fatuidad, su arrogancia, apenas tenían ocasión
 de manifestarse ahora. Mediante su irreflexivo matrimonio había querido dar un
 no rotundo a la ciudad, a su cristiandad, a su provincialismo, a su mal gusto, a
 sus pretensiones, pero, de pronto, tras su fiasco con Gáloro, se veía obligada a
 soportar la humillación de la derrota: miradas condescendientes, sonrisas abor-
 das, medias palabras, preguntas impertinentes. Salía poco de casa; su reducido de-
 antaño, el teatro, lo tenía abandonado y no frecuentaba ningún espectáculo.
 La política como tal, no le atraía, tal vez porque nunca puso interés en compren-
 derla. No obstante, la trastornaba la posibilidad de que un día las torpas de
 desbaratados se desbordasen y pudiesen el viejo palacio de los condes de Prado-
 luego con la misma vesania con que quemaban iglesias y conventos. Este era el
 rasgo que la actual Cructa conservaba de la antigua: su desdén por el populacho.
 Pero después de su infortunado matrimonio, su rechazo social era absoluto: des-
 preciada a la clase alta por su convencionalismo, a la media por su hipocresía y
 a la baja, como siempre, por su vulgaridad. De ahí que Cructa, sin una concien-
 cia clara, añeñase un cambio, algo que diera vuelta a las cosas, sin un proyec-
 to concreto sobre el orden en que las cosas deberían quedar. Lo que deseaba, en
 definitiva, era que la ciudad la elevase y poder volver a vivir como si nada
 hubiera ocurrido. Por esta razón, la tensión diaria, los períodos, los días,

las revueltas, no le afectaban. Ella empezaba a ^aver (en la ^{intuir}gorda, que mamá Zita tanto temía, una oportunidad de liberación. A fin de cuentas, la gorda podía suponer para ella el borrón y cuenta nueva de todo un cúmulo de errores. En esta tesitura, Crucita vivía pendiente de la radio. Diríase que esperaba la llegada de la gorda por el receptor, con la misma ingenuidad con que los niños esperan la de los Reyes Magos por el balcón entreabierto. Y una mañana, en efecto, la sintió llegar, a través de la voz de ultratumba de Radio Madrid. Oyó que don José Calvo Sotelo, el jefe de la oposición, había sido asesinado en el cementerio del Este por un piquete de guardias de Asalto y corrió por la casa difundiendo la noticia. Unos días después, Gervasio y ella captaron una voz excitada, que a intervalos se desvanecía, que hablaba del General Fráncó, Canarias y movimientos de tropas en el norte de Africa. Conectaron Unión Radio que denunció, en concreto, una sublevación militar contra la República. Tía Cruz y mamá Zita se abrazaban llorando y decían, "¡España está salvada!", en cambio a papá Telmo, informado por Crucita, le encontró acodado en la mesa de consulta, la cabeza entre las manos murmurando: "Pavía otra vez; este país no tiene remedio". Hablaba rumiando las palabras, como si rezase, tan concentrado estaba, y Gervasio no se atrevió a sacarle de su arrobó y salió a la calle.

Atardecía, y el silencio y el bochorno gravitaban sobre la ciudad; un sopor espeso, canicular, la calma chicha que precede a las solemnes tempestades. Callejeó solo, sin rumbo, hasta abocar a la Acera de la Constitución; allí vió venir a dos muchachos por la calle desierta, con las camisas azules arremangadas, los pistolones en alto, gritando, ¡Arriba España!. Oculto tras el tronco de un árbol, les miraba con una mezcla de temor y admiración. Tras ellos, surgieron otros tres y, luego, fueron apareciendo grupos más nutridos con mosquetones y banderas rojinegras procedentes de la Glorieta del Ángel. Gritaban también ¡Arriba España! y enarbolaban sus fusiles y, de cuando en cuando, crujía algún balcón y sonaban unos tímidos aplausos. Un omnibus descubierto, de Guardias de Asalto, armados con terceloras y una gran bandera bicolor, pasó como una exhalación junto a él. Minutos después, tras unos agudos toques de corneta, un batallón de Caballería tomó posiciones por los barrios de la ciudad. Algunos balcones y miradores iban engalanándose con sábanas y colgaduras y las ovaciones a los guerreros eran cada vez más encendidas y frecuentes. Seguidamente empezaron a sonar los primeros tiros, traqueos

las revueltas, no le afectaban. Ella empezaba a ver en la gorda, que mamá Lita tanto tenía, una oportunidad de liberación. A fin de cuentas, la gorda podía su- poner para ella el porción y cuenta nueva de todo un cúmulo de errores. En esta testura, Cruixta vivía pendiente de la radio. Diríase que esperaba la llegada de la gorda por el receptor, con la misma intensidad con que los niños esperan la de los Reyes Magos por el balcón encantado. Y una mañana, en efecto, la gorda llegó, a través de la voz de ultratumba de Radio Madrid. Oyó que don Jo- sé Calvo Sotelo, el jefe de la oposición, había sido asesinado en el cementerio del Este por un piquete de guardias de Asalto y corrió por la casa diluyendo la noticia. Unos días después, Gervasio y ella captaron una voz excitada, que a intervalos se desvanecía, que hablaba del General Franco, Canarias y movimientos de tropas en el norte de África. Conectaron Unión Radio que denunció, en concre- to, una sublevación militar contra la República. La Cruz y mamá Lita se abraza- ban llorando y decían: "¡España está salvada!", en cambio a papá Jaime, informa- do por Cruixta, le encontró acobardado en la mesa de consulta, la cabeza entre las manos murmurando: "Pavía otra vez; este país no tiene remedio". Había murmurado las palabras, como al rezar, tan concentrado estaba, y Gervasio no se atrevió a sacarle de su arrebato y salió a la calle.

Abarbacia, y el silencio y el bochorno gravitaban sobre la ciudad; un sopor espeso, canicular, la calma chicha que precede a las solemnes tempestades. Calle tras calle, sin rumbo, hasta chocar a la Acera de la Constitución; allí vio venir a dos muchachos por la calle desierta, con las camisas azules arremangadas, los pistoles en alto, gritando: ¡Arriba Español! Gucito tras el tronco de un ar- bol, les miraba con una mezcla de temor y admiración. Tras ellos, surgieron otros tres y, luego, fueron apareciendo grupos más nutridos con mosquetones y banderas rojinegras procedentes de la Glorieta del Ángel. ¡Arriba Español! gritaban también. ¡Arriba Español! y enarbolaban sus fusiles y, de cuando en cuando, cruixta algún balcón y sonaban unos tímidos aplausos. Un ambiente descubierta, de guardias de Asalto, armados con bayonetas y una gran bandera bicolor, pasó como una exhalación junto a él. Minutos después, tras unos agudos toques de corneta, un batallón de Caballería tomó posi- ciones por los barrios de la ciudad. Algunos balcones y miradores iban engalanando con sábanas y colgaduras y las ovaciones a los guerreros eran cada vez más en- tusiásticas y frecuentes. Seguidamente empezaron a sonar los primeros tiros, truenos

espaciados, de diferente intensidad y procedencia. Un hombre maduro, ^{macizo,} grueso, bien trajeado, con sombrero de jipijapa, único paisano en su campo visual, alertó:

- ¡Ojo, los pacos!

Los grupos de milicianos se desperdigaron, Gervasio miraba a un sitio y a otro sin acabar de entender lo que sucedía. Un turismo, con muchachos de Renovación Española armados en su interior y banderas en las ventanillas, le rebasó a toda velocidad y se detuvo en la esquina de la Avenida. Los ocupantes, de paisano y boina verde, se apearon en tropel por las cuatro puertas y, sin advertencia previa, empezaron a disparar alocadamente sus fusiles contra los tejados. Lo mismo acontecía en otras calles por las que solo transitaban milicianos y soldados. De vez en cuando, sonaba, como un desafío, una tímida detonación en los terrados y buhardillas, y entonces, las fuerzas se desparramaban y respondían a la audacia con cerradas descargas de fusilería disparadas al buen tuntún. Mamá Zita le abrazó en el vestíbulo cuando entró en casa:

- Han tomado Capitanía, hijo. La ciudad es nuestra. ¡Ya podemos gritar Viva España!

En el salón, tía Cruz, Crucita, Florita, Aniceta y Florentina continuaban pegadas a la radio, sonrientes, triunfadoras. Papá Telmo no estaba allí. Le buscó por todas partes. Sentía un difuso temor por él. No le había entendido cuando habló de Pavía entre dientes, como de un riesgo, ni se le alcanzaba qué tendría que ver con esto aquella gloriosa batalla. En la consulta no estaba, tampoco en la antesala, ni en el apartado cuarto de plancha. Por un momento imaginó que podía haberse trastornado. Recorrió el jardín y entró en casa de tío Felipe Neri. Desde la puerta entreabierta oyó un rumor de conversación y, antes de entrar en el salón, reconoció su voz. Miró por la rendija y le vió, ^{hundido} ~~derrumbado~~ en una butaca, frente al tío, vestido otra vez de militar, en el pecho enteco las viejas condecoraciones. Hablaban deprisa, como si alguien les apremiara, y Gervasio tardó en averiguar que el tío se proponía esconderle ("la casa de un Teniente Coronel afecto a la causa, es una garantía, Telmo") pero su padre rechazaba esta medida que podía comprometerle y aducía, además, el "deber ético de afrontar la situación". Aun consciente de lo reproachable de su conducta, Gervasio seguía mirando y escuchando por la rendija de la puerta. Papá Telmo expresaba su deseo de encomendarle unos asuntos y, como el tío acep-

esacados, de diferente intensidad y procedencia. Un hombre maduro, grueso, bien
trajado, con sombrero de tijera, único paisano en su campo visual, alzó
- ¡Ojo, los pacos!
Los grupos de militares se dispersaron. Gervasio miraba a un sitio y a o-
tro sin acabar de entender lo que sucedía. En finísimo, con muchachos de Renovación
Española armados en su interior y banderas en las ventanillas, se repesó a toda ve-
locidad y se detuvo en la esquina de la Avenida. Los ocupantes, de paisano y boina
verde, se agacharon en tropel por las cuatro esquinas y, sin advertencia previa, empe-
zaron a disparar aleatoriamente sus fusiles contra los tejados. De mismo momento
en otras calles por las que solo transitaban militares y soldados. De vez en cuando
de sonaba, como un desfilé, una tímida detonación en los cerrados y buhardillas. Y
entonces, las fuerzas se desparaban y respondían a la audacia con cerradas des-
cargas de fusilería disparadas al buen tuntún. Mamá Zita se agachó en el vestíbulo
cuando entró en casa:
- ¡Han tomado Capitania, hijo. La ciudad es nuestra. ¡Se podemo gritar vivo
español!
En el salón, tía Cruz, Cruzta, Florita, Antolita y Florentina continuaban per-
gadas a la radio, conríntas, trintadoras, Papá Telmo no estaba allí. Le buscó por
todas partes. Sentía un difuso rumor por ahí. No le había entendido cuando había de-
jado entrar clientes, como de un tiempo, ni se le alcanzaba que sentía que por con-
esto aquella gloriosa batalla. En la consola no estaba. Tampoco en la antecala, ni
en el apartado cuarto de piano. Por un momento imaginó que podría haberse traslan-
nado. Recordó el Jardín y entró en casa de tío Felipe herido. Quedó la puerta entre-
abierta y un rumor de conversación y, antes de entrar en el salón, reconoció su
voz. Miró por la ventana y lo vió, ^{herido} ~~entrando~~ en sus bucas, frente a tío, vestido
otra vez de militar, en el pecho entre las viejas condecoraciones. Habían degra-
da, como si alguien les apretara, y Gervasio tardó en averiguar que al fin se pro-
paba encontrarle ("la casa de un taniente Coronel afecto a la causa, es una garan-
tía, Telmo") pero su padre rechazaba esta medida que podía comprometerlo y aducía,
además, el "daber ético de afrontar la situación". Aun consciente de la responsa-
ble de su conducta, Gervasio seguía mirando y escuchando por la rendija de la puerta
la Papá Telmo expresada su deseo de acompañarlo una semana y, como al fin acor-

tase, con la voz un poco tomada, le habló de la situación de Crucita, de su error, de la inversión sexual de Jairo y del estado en que se hallaba el proceso de anulación. Tío Felipe Neri arrugaba la cara, como si los ácidos se le alborotasen, ~~en el estómago~~, como si aquel vidrioso problema le repugnase y asentía con la cabeza, y una vez que papá Telmo le dijo que "si algo le ocurriera a él" ² tomase las riendas del asunto y llevara adelante las negociaciones con Roma, tío Felipe Neri se puso como firme en el sillón para prometérselo. ² Acto seguido, cuando papá Telmo, ^{en} ~~con~~ otro tono de voz, dijo, impensadamente, "en cuanto al problema de Gervasio...", éste notó flojera en las rodillas, estupor que también se dibujó en el rostro agostado del tío, que adelantó el busto para advertir:

- Ignoraba que el muchacho tuviese problemas

Entonces papá Telmo se refirió a las horripilaciones, "feo asunto -explicó- si esto se encona y empiezan los tiros y las atrocidades". Miró a su cuñado desde su posición subordinada y agregó conmovido:

- Me temo que la extremada sensibilidad de mi hijo no esté construída para soportar violencias semejantes.

Gervasio, ante la cándida interpretación que su padre hacía de los ostentos, sintió un golpe de sangre en la cara, sonrojo que se acentuó al ver que tío Felipe Neri le seguía la corriente y se comprometía a "hacer por el chico cuanto estuviese de su mano". Concluída la conversación, papá Telmo se incorporó, dió las gracias a tío Felipe Neri, que también se había puesto en pié, se miraron largamente a los ojos, las puntas de las narices casi pegadas, y, al cabo, se dieron un abrazo y se golpearon varias veces las espaldas ^{como para rubricar lo acordado.} ~~en señal de afecto.~~

De la calle llegaba algún grito, voces confusas, carreras, detonaciones perdidas, seguidas de estremecedoras descargas y, hacia media noche, el tronar de un cañón, y órdenes de "alto" en las esquinas, con intervalos prolongados de silencio que, de nuevo, rompían ³ los pacos y las réplicas contundentes de los fusileros. Al amanecer, soldados y falangistas ^{dominantes} ~~arrogantes~~ ² circulaban por las calles silenciosas arma al brazo y el vecindario les obsequiaba con vino, tabaco y bocadillos. Tío Felipe Neri se presentó por la tarde al nuevo Capitán General, advirtiéndole a mamá Zita que no abriese la puerta a desconocidos. Cuarenta y ocho horas después irrumpió en palacio un grupo patibulario armado de mosquetones que preguntó por papá Telmo y, al ver aparecer a tío Felipe Neri con sus estrellas y sus medallas, quedaron

base, con la voz un poco temblada, le habló de la situación de Cruxta, de su error, de la inversión sexual de Jaime y del estado en que se hallaba el proceso de sufrección. El Felipe Neri arrojaba la cara, como si los ácidos se le abrotasen, en el estómago, como si aquel videro problema le repugnase y asienta con la cabeza y una vez que papá Jaime le dijo que "si algo le ocurriera a él" y tomase las riendas del asunto y llevara adelante las negociaciones con Roma, el Felipe Neri se puso como firme en el sitio para prometerle a él, poco después, cuando papá Jaime, con otro tono de voz, dijo, impasablemente, "en cuanto al problema de Gervasio..."

Este notó flotar en las rodillas, estúpido, que también se dibujó en el rostro agotado del tío, que adelantó el busto para advertir: "Ignoraba que el muchacho tuviese problemas". Entonces papá Jaime se retiró a las habitaciones, "ese asunto - explicó - si esto se encosa y empiezan los tiros y las atrocidades". Miró a su cubado desde su posición subordinada y agregó conmovido:

"Me temo que la extrema sensibilidad de mi hijo no esté constituida para soportar violencias semejantes."

Gervasio ante la cándida interpretación que su padre hacía de los ostentos, sintió un golpe de sangre en la cara, sonrojo que se acentuó al ver que tío Felipe Neri le seguía la corriente y se comprometía a "hacer por el chico cuanto estuviese de su mano". Concluida la conversación, papá Jaime se incorporó, dio las gracias a tío Felipe Neri, que también se había puesto en pie, se miraron largamente a los ojos, las puntas de las narices casi pegadas. Y al cabo, se dieron un abrazo y se

golpearon varias veces las espaldas en señal de afecto. De la calle llegaba algún grito, voces confusas, detonaciones perdidas, seguidas de estruendos de escopetas, escopetas y, hacia media noche, el trueno de un cañón, y órdenes de "alto" en las esquinas, con intervalos prolongados de silencio que, de nuevo, rompían los paños y las réplicas contundentes de los fusileros. Al

manecer, soldados y falsificadores circulaban por las calles silenciosas, arma al brazo y el vachabarte las obsesadas con vino, tabaco y bocadillos. Tío Felipe Neri se presentó por la tarde al nuevo capitán General, advirtiéndole a modo de

la que no abre la puerta a desconocidos. Cuarenta y ocho horas después, tras un pacto un grupo de voluntarios armados de mampuñeros que preguntó por papá Jaime si ver aparecer a tío Felipe Neri con sus estrellas y sus medallas, quedaran

desconcertados y trataron de explicar, ~~de manera incoherente,~~ que habían sido encargados por el mando de "la limpieza de la ciudad" y tenían orden de detener a Telmo García. Tío Felipe Neri, muy sereno, ensalzó su disciplina, pero les hizo ver que los arrestos domiciliarios deberían hacerse legalmente, mediante una orden judicial y el visto bueno del General Auditor de acuerdo con el estado de guerra decretado en el país.

Abrazados en el antiguo cuarto de jugar, mamá Zita y papá Telmo oyeron marchar al piquete, pero cuando, dos días más tarde, se presentó otro con los papeles en regla, volvieron a abrazarse, esta vez en el ⁵vetíbulo, papá Telmo besó uno a uno a sus tres hijos, cogió apresuradamente la maleta con los libros y útiles de aseo que tenía dispuestos, le dijo a mamá Zita, "no te preocupes; esto no puede durar" y, ~~al cabo,~~ se volvió a los jóvenes de los mosquetones:

- Cuando ustedes gusten -dijo

Vestía un jersey de mezclilla y unos pantalones de franela gris y el tío Felipe Neri, escrupulosamente uniformado, se fue con él y retornó al cabo de dos horas con las últimas novedades: De momento, papá Telmo no corría peligro ~~alguno~~. Había sido encerrado en la Plaza de Toros, junto al río, en compañía de otros centenares de personas, amigos y correligionarios, y él estaba autorizado a visitarle cada semana y llevarle noticias, alimentos y todo aquello que precisara. Mamá Zita suspiró aliviada. La prisión de papá Telmo, con tío Felipe Neri como valedor, era un tributo que pagaba con resignación a la Causa. En cambio, para Gervasio, el arresto representó un duro golpe en el que se conjugaban sentimientos de complicidad, conmiseración y vergüenza. El primer día que salió a la calle, se tropezó en la Avenida de los Tilos con sus compañeros Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta que se mofaron de él y le escarnecieron. Le acompañaba Damasito Valentín y la pelea con aquellos no le apaciguó. Los golpes pronto se olvidaban, pero quedaban flotando en el aire las injurias, las palabras mordaces, ^{la irritante) ~~la irritante~~ de papá Telmo.)} ~~que si, por un lado, le movían a odiar~~ ^{ceguera} ~~los, por otro se volvían contra papá Telmo, contra su obstinación irritante.~~ ^{terquedad} (Damaso Valentín, ~~que contemplaba los acontecimientos desde fuera,~~ levantaba los hombros y se pasaba la lengua roja y vivaz por la mella del diente, intentando consolarle: "Nadie tiene por qué renegar de sus ideas porque al vecino no le agraden"

desconcentrados y trataron de explicar de manera sencilla, que habían sido en-
cargados por el mando de "la fuerza de la ciudad" y tenían orden de detener a
Telmo García. Tío Felipe Heri, muy sereno, ensayó su disciplina, pero les hizo
ver que los arrestos domiciliarios deberían hacerse legalmente, mediante un orden
judicial y el visto bueno del General Auditor de acuerdo con el estado de guerra
decretado en el país.

Aparados en el antiguo cuarto de jugar, mamá Lita y papá Telmo oyeron marchar
al piquete, pero cuando, dos días más tarde, se presentó otro con los papeles en re-
gla, volvieron a apraxarse, esta vez en el vehículo, papá Telmo pasó uno a uno a
sus tres hijos, cogió apresuradamente la maleta con los libros y útiles de aseo
que tenía dispuestos, le dijo a mamá Lita, "no te preocupes, esto no puede durar"
y al cabo, se volvió a los jóvenes de los mosquetones.

- Cuando ustedes gusten - dijo
Vestía un jersey de mezclilla y unos pantalones de franela gris y el tío Felipe
por Heri, escrupulosamente uniformado, se fue con él y retornó al cabo de dos horas
con las últimas novedades: De momento, papá Telmo no corría peligro, sí los otros.
Estaba encerrado en la Plaza de Toros, junto al río, en compañía de otros centenares
de personas, amigos y correligionarios, y él estaba autorizado a visitarlos cada se-
mana y llevarle noticias, alimentos y todo aquello que precisara. Mamá Lita supe-
rá alivada. La prisión de papá Telmo, con tío Felipe Heri como valedor, era un
tributo que pagaba con resignación a la Causa. En cambio, para Heri, el arresto
lo representó un duro golpe en el que se conjugaban sentimientos de complicitad,
comtetración y vergüenza. El primer día que salió a la calle, se tropezó en la
venida de los Tijos con sus compañeros Carlos Centeno e Imanol Solabarrieta que se
notaron de él y le escarmentaron. La acompañaba Damasio Valentín y la pelea con
aquellos no le escapó. Los golpes pronto se olvidan, pero quedaban flotando en
el aire las injurias, las palabras mordaces, que él, por su lado, le movían a callar
los por otro se volvían contra papá Telmo, entre su silencio y silencio. Damas-
io Valentín, que contemplaba los acontecimientos desde fuera, levantaba los hom-
bros y se pasaba la lengua roja y viva por la malla del diente, intentando conse-
larle: "Hástele fiere por qué tener de sus ideas porque el viento no le agrade."

-decía. Luego, enveredó la conversación por otro lado: Lucinio Orejón se había marchado a Madrid; le había visto, junto a su hermano Felices, y Colomán IV en un camión, agitando el fusil, voceando vivas y mueras en la glorieta del Angel. Gervasio, deseando borrar la mala imagen de papá Telmo arrestado, apuntó la idea de irse también, pero mamá Zita le hizo ver que Lucinio era mayor que él y que la guerra, ^{no)} ^{cosa de niños,} ~~(era un conflicto entre hombres,~~ Por primera vez se mencionaba en palacio la palabra guerra, y Crucita, con los ojos ^{redondos,} ~~desorbitados,~~ preguntó a tío Felipe Neri:

- ¿Es que esto es una guerra, tío?

Tío Felipe Neri retuvo una flatulencia, frunció los labios descoloridos, y reconoció que el Glorioso Alzamiento había fracasado en Madrid, Barcelona, el País Vasco y otros puntos claves y, según las últimas noticias, en media España se cavaban trincheras y se levantaban parapetos con vistas a una campaña larga. Gervasio le miró entonces implorante y tío Felipe Neri le acarició el cogote con su mano enfermiza y añadió, elevando la mirada al techo a través de los impolutos cristales de sus lentes:

- Dios nos asista, pero aun es posible que tengas tu oportunidad.

A partir de aquel momento, Gervasio alentó bajo el convencimiento de que le esperaba "la más grande ocasión que conocieron los siglos" y que todo aquel turbador proceso de horripilaciones vivido desde la infancia, no había sido más que una preparación para afrontarla. Peter le hablaba de la Armada, del motín de Cartagena, de la matanza de jefes y oficiales, de la necesidad de jóvenes instruidos para contrarrestar la superioridad de la escuadra roja, y Gervasio, abatido por la deserción de papá Telmo, le escuchaba boquiabierto, ávido, tenso, hasta que una noche de insomnio, en que las palabras de su amigo y la imagen de su padre le torturaban, fundidas en una intrincada pesadilla, llegó a una paladina conclusión: El apellido García de la Lastra había sido mancillado y su deber era lavarlos. Por asociación de ideas evocó a los tíos Norberto y Adrián, "los más desviados", y se preguntó qué habría sido de ellos, y, sin mayor motivo, los imaginó a caballo de la Norton, atravesando pueblos, ciñéndose a las curvas peraltadas, el tío Adrián inclinado sobre el manillar, el sombrero en el cogote, y, detrás, el tío Norberto,

...decía. Luego, enveredó la conversación por otros lados: Luciano Urzión se había mar-
 chado a Madrid; le había visto, junto a su hermano Felices, y Coloman IV en un ca-
 mión, agitando el fusil, voceando vivas y mueras en la gloriosa del Ángel. Gerva-
 sio, deseando borrar la mala imagen de papa Teimo arrestando, apuntó la idea de ir-
 se también, pero mamá Zita le hizo ver que Luciano era mayor que él y que la que-
 rida (era un conflicto entre hombres, por primera vez se mencionaba en palacio la
 palabra guerra y Crucita, con los ojos desorbitados, preguntó a tío Felipe Neri:

- ¿Es que esto es una guerra, tío?

Tío Felipe Neri retuvo una fátuancia, frunció los labios descoloridos, y
 reconoció que el glorioso Alzamiento había fracasado en Madrid, Barcelona, el
 País Vasco y otros puntos claves y, según las últimas noticias, en media España
 se cavaban trincheras y se levantaban parapetos con vistas a una campaña larga.
 Gervasio le miró entonces impasible y tío Felipe Neri le acarició el cogote con
 su mano enfermiza y añadido, elevando la mirada al techo a través de los incólitos
 cristales de sus lentes:

- Dios nos asista, pero aun es posible que tengas tu oportunidad.

A partir de aquel momento, Gervasio alzó bajo el convencimiento de que le
 esperaba "la más grande ocasión que conocieron los siglos" y que todo aquel turba-
 dor proceso de horripilaciones vividas desde la infancia, no había sido más que un
 na preparación para afrontarla. Peter le hablaba de la Armada, del motín de Carta-
 gena, de la matanza de Jerez y oficiales, de la necesidad de jóvenes instruidos
 para contrarrestar la superioridad de la escuadra roja y Gervasio, satisfecho con la
 descripción de papa Teimo, le escuchaba popudibierfo, ávido, tenso, hasta que una
 noche de insomnio, en que las palabras de su amigo y la imagen de su padre le tor-
 turaban, fundidas en una intrincada pesadilla, llegó a una paladina conclusión:
 El apellido García de la Lastra había sido manchado y su deber era lavarlos. Por
 asociación de ideas evocó a los tios Norberto y Adrián, "los más desviados", y se
 preguntó qué habría sido de ellos, y, sin mayor motivo, los imaginó a caballo de
 la Norton, atravesando puentes, céntricos a las curvas peraltadas, el tío Adrián
 inclinado sobre el manillar, el sombrero en el cogote, y detrás, el tío Norberto,

erguido, los largos dientes al aire, una bandera tricolor flameando locamente sobre su hombro, huyendo. Sí, Gervasio estaba seguro de que habían escapado en la moto, metiendo gas, franqueando valles y montañas, a cien kilómetros por hora, hasta alcanzar la frontera. A su pesar, encontraba cierta grandeza en su gesto, aunque tras breve reflexión, concluyó que también ellos habían manchado el apellido. La idea de lavarlo se fue convirtiendo así en una obsesión.

El muchacho esperaba con impaciencia la primera visita de tío Felipe Neri a papá Telmo. Confiaba en que los últimos sucesos, tan inusuales, hubieran podido provocar un cambio en sus convicciones. La experiencia había sido dura y allá, encerrado en la Plaza de Toros junto a otros réprobos, habría tenido ocasión de meditar. Pero, por de pronto, en la primera valija que portó su tío, no le escribió. Estaba aún demasiado vivo su despecho. Su padre les había puesto en evidencia ante la ciudad entera. Mamá Zita, más conciliadora, le había dicho, varias veces: "escribe unas líneas a papá", pero él se había escabullido, se hizo el desentendido. Luego esperó intranquilo, contando los minutos, el retorno de su tío y, cuando le vió, con su sonrisa inconclusa, los ojos mates redondeados tras los cristales de los lentes, pensó: "Papá Telmo debe haberse arrepentido", pero tío Felipe Neri, sin hablar palabra, se desabotonó el bolsillo de la guerrera, sacó una hoja de cuaderno plegada en cuatro dobleces y dijo:

- Telmo está bien y animado. Me ha entregado esta nota para vosotros.

Alargó la carta a mamá Zita y Gervasio leyó, al tiempo que ella, por encima de su hombro:

"Queridos Zita e hijos: Hace ya siete días que nos separamos y os echo de menos, como echo de menos algunas comodidades de casa, pero no me puedo quejar. Mi vida es rutinaria y metódica. No como demasiado, pero las vitaminas me llegan, conforme a mi personal filosofía, a través de la alimentación cutánea de la que me nutro diariamente. Hago gimnasia con un grupo de amigos, paseo, leo, charlo y el tiempo se va sin darme cuenta. No os preocupéis por mi causa. Esto pasará pronto y en pocas semanas volveremos a reunirnos. Lo que más me inquieta es la falta de noticias de mis hermanos. Aquí, en la Plaza, no están y Angel Alvaro, el farmacéutico vecino, me ha informado que la mercería no se abre desde el día

erguido, los largos dientes al aire, una bandera tricolor flameando locamente so-
bre su hombro, rugiendo. Si Gervasio estaba seguro de que habían escapado en la
moto, metiendo gas, franqueando valles y montañas, a cien kilómetros por hora,
hasta alcanzar la frontera. A su pesar, encontraba cierta grandesa en su gesto,
aunque tras breve reflexión, concluyó que también ellos habían manchado el sos-
tido. La idea de Javierlo se fue convirtiendo así en una obsesión.

El muchacho esperaba con impaciencia la primera visita de tío Felipe Hurti
a papa Teimo. Contaba en que los últimos sucesos, tan inusuales, hubieran podi-
do provocar un cambio en sus convicciones. La experiencia había sido dura y afli-
do, encerrado en la plaza de toros junto a otros reprobos, había tenido ocasión de
meditar. Pero, por de pronto, en la primera visita que porte su tío, no le es-
cribió. Estaba aún demasiado vivo su desecho. Su padre les había puesto en est-
bancía ante la ciudad entera. Mamá Zita, más conciliadora, le había dicho, varias

veces: "escribe unas líneas a papa", pero él se había escuchado, se hizo el
desentendido. Luego esperó intranquilo, contando los minutos, el retorno de su
tío y, cuando le vio, con su sonrisa inconclusa, los ojos mates resombados tras
los cristales de los lentos, pensó: "papa Teimo debe haberse arrepentido", de-
ro tío Felipe Hurti, sin hablar palabra, se desatolón el bolsillo de la guante-
ra, sacó una hoja de cuaderno plegada en cuatro dobles y dijo:

- Teimo está bien y animado. Me ha entregado esta nota para verte.

Alargó la carta a mamá Zita y Gervasio leyó, al tiempo que ella, por ent-
ra de su hombro:

"Queridos Zita e hijos: Hace ya siete días que nos separamos y os echo de
menos, como echo de menos algunas comodidades de casa, pero no me puedo quedar.
Mi vida es rutinaria y metódica. No como demasiado, pero las vitaminas me llegan,
contorne a mi personal filosofía, a través de la alimentación cuidada de la que
me nutro diariamente. Hago gimnasia con un grupo de amigos, paseo, leo, charlo
y el tiempo se va sin darse cuenta. No os preocupéis por mi causa. Esto pasará
pronto y en pocas semanas volveremos a reunirnos. Lo que más me inquieta es la
falta de noticias de mis hermanos. Aquí, en la plaza, no están y Ángel Alvaro, el
farmacéutico vecino, me ha informado que la mercería no se abre desde el día

18 y que esa noche oyó en ella ruidos extraños de madrugada. Dios quiera que hayan podido escapar. En cualquier caso, la llave de la trasera de la tienda, la encontraréis en el primer cajón, a la derecha de mi mesa de consulta. ¿Sería mucho pedir os acerquéis por allí, en busca de alguna información?

A tí, querida Zita, te recuerdo sin cesar. Confío en que el proceso de anulación del matrimonio de Crucita vaya por sus pasos y que los dos pequeños estén bien. Me desagrada abusar de la bondad de mi cuñado pero, si no os causa demasiada molestia, enviadme con él la manta escocesa de viaje con que suelo cubrirme las piernas cuando leo en el jardín. Aquí, de momento, no hace frío, pero se nota relente de madrugada. Para Cruz y todos vosotros el cariño de vuestro, Telmo".

Mamá Zita se secó los ojos con disimulo y pasó el papel a Crucita. Gervasio tosió tontamente, pretendía mostrar indiferencia aunque un bulto aristado le oprimía la garganta al tiempo que le recomía por dentro una sorda irritación. ¿Por qué no había en la carta de papá Telmo una sola referencia a la nueva situación? Tan solo decía: "Cuando esto pase". ¿Es que esto no era, para él, más que una contrariedad transitoria lo mismo que una granizada o una ventisca?

Al día siguiente acompañó a tío Felipe Neri a la mercería. En la trastienda dominaba un hedor especial, dulce en principio, como de abono orgánico perfumado, mas las cajas de cartón estaban en orden y, en apariencia, también las estanterías. Pero, al abrir la puerta de comunicación con el establecimiento, aquel olor difuso, ya decididamente nauseabundo, se acentuó y, nada más pulsar el interruptor, Gervasio divisó los perfiles de sus tíos por encima del mostrador, desnudos, a horcajadas sobre la moto, en la misma actitud deportiva en que solía verlos por las calles de la ciudad. Tío Adrián (las manos amarradas a los puños de goma por tiras de esparadrapo, una cuña de cartón sosteniendo en alto su cabeza, el sombrero en la coronilla como un solideo y la frente perforada de un balazo) se reclinaba sobre el manillar y, tras él, inmóvil (un

- Vamos, aprisa; acompañame

- ¿A donde vamos, tío?

- A la Jefatura de Milicias

Gervasio miraba con admiración a su tío, sus prietas y débiles piernas, su

18 y que esa noche oyó en ella ruidos extraños de madrugada. Dios quiera que ha-
yan podido escapar. En cualquier caso, la llave de la trastera de la tienda la
encontré en el primer cajón, a la derecha de mi mesa de consulta. ¿Será un
cabo pedroso que os acordéis por allí, en busca de alguna información?

A ti, querida Zita, te recuerdo sin cesar. Confío en que el proceso de anula-
ción del matrimonio de Cruzita vaya por sus pasos y que los dos pequeños estén
bien. Me desagrada abusar de la bondad de mi cuñado pero, si no es causa de ma-
lajestía, envíame con él la manita escocesa de viaje con que suelo cubrirme
las piernas cuando leo en el jardín. Aquí, de momento, no hace frío, pero se nota
relente de madrugada. Para Cruz y todos vosotros el cariño de vuestro Telo.

Mamá Zita se secó los ojos con disimulo y pasó el papel a Cruzita. Gervasio
fue lo bastante prudente para no mostrar indiferencia aunque un poco arizada lo que
era la garganta al tiempo que le recoma por dentro una sorda irritación. Por
qué no había en la carta de papá Telo una sola referencia a la nueva situación?
Tan solo decía: "Cuando esto pase". ¿Es que esto no era, para él, más que una con-
tinuación transitoria lo mismo que una granizada o una ventisca?

Al día siguiente acompañó a los Felipe Hort a la mercería. En la trastera
dominaba un hedor especia, dulce en principio, como de abono orgánico perturbado.
Mas las cajas de cartón estaban en orden y, en apariencia, también las estanterías.
Pero, al abrir la puerta de comunicación con el establecimiento, aquel olor dis-
so, ya decididamente nauseabundo, se acentuó y nada más pulsar el interruptor,
Gervasio divisó los perfiles de sus tíos por encima del mostrador, desnudos, a
horcajadas sobre la moto, en la misma actitud deportiva en que solía verlos por
las calles de la ciudad. Tío Adrián (las manos amarradas a los puños de goma por
tras de espaldas, una cuña de cartón sosteniendo en alto su cabeza, el sombre-
ro en la coronilla como un solideo y la frente perforada de un balazo) se recu-
brió sobre el manillar y, tras él, inmóvil (un

agujero negro en el entrecejo, los dientes amarillos al aire) ~~la mano derecha atada por esparadrapos al asta de la bandera y un pié en el aire, como indeciso, que había resbalado del posapié,~~ el tío Norberto, con una bandera nacional al hombro. Oyó la voz atribulada de tío Felipe Neri: "¡Dios mío!", pero él ya había dado vuelta al mostrador y contemplaba el macabro cuadro sin obstáculos. En contra de su inicial apreciación, los cadáveres no estaban desnudos. Tío Adrián vestía unas braguitas de puntillas azul claro y un sujetador a juego, ciñendo su pecho esquelético, y tío Norberto análoga indumentaria pero de color de rosa. Juntos componían un cuadro plástico de museo de cera; dos momias amarillas, cuyos dientes prominentes dibujaban una mueca de ferocidad inútil. Gervasio observaba espantado los cadáveres de sus tíos, tan sumido en el horror, que al escuchar otra vez el lamento de tío Felipe Neri, apenas bisbiseado, "¡Dios mío!", creyó despertar de una pesadilla, pero, al comprobar que no, que los cadáveres profanados seguían allí, provocativos y silenciosos, y persistía la pestilencia, le sobrevino una náusea y vomitó aparatosamente sobre la tarima, al pié del mostrador.

En el patio interior, bajo el sol, ambos se miraron sin reconocerse. Los pómulos de tío Felipe Neri estaban acartonados, verdes, la barbilla descolorida, de un blanco crudo, como de cera, y los cercos de las ojeras, tan pronunciados, bajo las pupilas quedas, parecían pintados. Por su parte, a Gervasio se le había borrado la expresión de los ojos, mejor aun, su iris amarillento tenía una expresión vacante, ~~remota~~ y su boca, vagamente dibujada por sus labios exangües, continuaba entreabierta como si se resistiera a admitir la evidencia o se dispusiera de nuevo a vomitar. Los ojos opacos, desolados, de tío Felipe Neri, en vano buscaban en él un apoyo, le miraban, como exhortándole: "Olvida este horror. No creas lo que has visto. Bórralo de tu memoria y achácalo a la fatalidad de los fenómenos naturales". Mas, después de cerrar la puerta, ya en la calle, surgió un tío Felipe Neri nuevo, activo, dinámico:

- Vamos, aprisa; acompáñame

- ¿A donde vamos, tío?

- A la Jefatura de Milicias

Gervasio miraba con admiración a su tío, sus prietas y débiles quijadas, su

agujero negro en el entrecanto, los dientes amarillos al aire) ~~se manejan~~
~~lados por separarse el resto de la bandera y un aire en el aire, como indeseado.~~
~~que había resplandecido del porqué del Norberto, con una bandera nacional al hom~~
 pro. Oyd la voz atribulada de tío Felipe Neri: "¡Dios mío!", pero él ya había
 dado vuelta al mostrador y contemplaba el macabro cuadro sin obstáculos. En con-
 tra de su inicial apreciación, los cadáveres no estaban desuados. Tío Adrián vez
 las unas pruebas de puntillas azul claro y un sujetador a juego, criendo su
 pecho esquelético, y tío Norberto andaba indumentaria pero de color de rosa.
 juntos componían un cuadro plástico de museo de cera; dos montes amarillos, cu-
 vos dientes prominentes dibujaban una mueca de ferocidad tonta. Gervasio obser-
 vaba espantado los cadáveres de sus tíos, tan sumido en el horror que al escu-
 char otra vez el lamento de tío Felipe Neri, apenas disquisido, "¡Dios mío!",
 creyó despertar de una pesadilla, pero al comprobar que no, que los cadáveres
 profanados seguían allí, provocativos y atrevidos, y persistía la pestilencia,
 le sobrevino una náusea y vomitó apasionadamente sobre la tarima, al pie del mos-
 trador.

En el patio interior, bajo el sol, ambos se miraron sin reconocerse. Los
 pámulos de tío Felipe Neri estaban acartonados, verdes, la barbilla descolorida,
 de un blanco crudo, como de cera, y los cercos de las ojeras, tan pronunciados,
 bajo las pupilas queadas, parecían pintados. Por su parte, a Gervasio se le había
 borrado la expresión de los ojos, mejor aún, su fría amarillenta tenía una expre-
 sión vacante, remota y su boca, vagamente dibujada por sus labios exangües, con-
 tinuaba entrecerrada como si se resistiera a admitir la evidencia o se dispu-
 ra de nuevo a vomitar. Los ojos opacos, desolados, de tío Felipe Neri, en vano
 buscaban en él un apoyo, le miraban, como exhortándolo: "Olvídate este horror,
 lo creas lo que has visto. Borrado de tu memoria y achacado a la fatalidad de
 los fenómenos naturales". Mas, después de cerrar la puerta, ya en la calle, sur-
 tió un tío Felipe Neri nuevo, activo, dinámico:

- Vamos, aprisa; acompañámonos
- ¿A dónde vamos, tío?
- A la Jefatura de Milicias

Gervasio miraba con admiración a su tío, sus prietas y débiles pupilas, su

intrepidez. Pero el musculado muchacho que les recibió, los antebrazos desnudos sobre la mesa, no prestó demasiada atención a la denuncia. La muerte estaba a la orden del día en la ciudad, no podía ser de otra manera. "Los suicidios, mi teniente coronel, es el procedimiento más cómodo de eludir responsabilidades". Tío Felipe Neri no transigía, le puso firme: nadie se suicidaba y se amarraba después las manos al manillar de una moto. El muchacho de la camisa arremangada porfiaba sin inquietarse:

- Tal vez una eliminación recíproca, mi teniente coronel
- Y ¿dónde están las pistolas?

El muchacho sonreía, vacilaba, no parecía importarle que sus argumentos fueran tan fácilmente rebatibles. Se refirió a la centuria encargada de la limpieza ciudadana, como a "un sévicio abnegado". Conocían su obligación de presentar a los detenidos a sus superiores, a ser posible en Capitanía, pero no siempre era posible hacerlo. "Elementos incontrolados, mi teniente coronel, se anticipan con frecuencia a nuestros hombres, se toman la justicia por su mano, ¿qué cabe hacer?". Tío Felipe Neri daba puñetazos en la mesa desordenada y reclamaba control y, fuera de sí, voceaba que el estado de guerra no justificaba el asesinato. El miliciano, por su parte, se esforzaba por aplacarle, apelaba a los desvelos de los jefes por no dejar cabos sueltos, a las órdenes internas, tajantes, severísimas en ese sentido, pero, como quiera que tío Felipe Neri, en un arrebató de energía como Gervasio no imaginara en él, exigiera la tramitación de la denuncia, el muchacho de los antebrazos musculados le hizo ver, que "con todos los respetos, mi teniente coronel, una cosa así no era aconsejable en aquellos momentos".

- ¡Tramite la denuncia! ^{repite} -voeeó tío Felipe Neri

Dos semanas después, con los tíos Norberto y Adrián enterrados en el cementerio civil, tío Felipe Neri recibió un atento saluda del Jefe Nacional de Milicias, en el que decía que, aparte la cruenta actuación de elementos incontrolados, en retaguardia, conocida y lamentable, "el servicio de información había detectado, días después de producirse el Glorioso Alzamiento, la existencia de una organización roja clandestina dedicada a la eliminación física de sus propios camaradas con objeto de evitar la delación y la ocupación por el mando de docu-

intrepidez. Pero el muchacho muchacho que les recibió, los antebrazos desnudos sobre la mesa, no prestó demasiada atención a la denuncia. La muerte estaba a la orden del día en la ciudad, no podía ser de otra manera. "Los suicidios, mi teniente coronel, es el procedimiento más cómodo de eludir responsabilidades". Felipe Wert no transigió, le puso firme: nadie se suicidaba y se amarraba después las manos al mantillar de una moto. El muchacho de la camisa arremangada portaba sin indagar:

- Tal vez una eliminación recíproca, mi teniente coronel
- Y ¿dónde están las pistolas?

El muchacho sonreía, vacilaba, no parecía importarle que sus argumentos fueran tan fácilmente rebatibles. Se retiró a la centuria encargada de la limpieza ciudadana, como a "un séquito abnegado". Conocían su obligación de presentar a los detenidos a sus superiores, a ser posible en Capitanía, pero no siempre era posible hacerlo. "Elementos facinorosos, mi teniente coronel, se anticipan con frecuencia a nuestros hombres, se toman la justicia por su mano, qué cabe hacer?". El Felipe Wert daba puñetazos en la mesa desordenada y reclamaba control y, fuera de sí, vocaba que el estado de guerra no justificaba el asesinato. El militante, por su parte, se esforzaba por aplacar, apelaba a los deberes de los jefes por no dejar cabos sueltos, a las órdenes internas, castigos, severas penas en ese sentido, pero, como quiera que era Felipe Wert, en un momento de energía como Cervasio no imaginaba en él, exigiera la tramitación de la denuncia, el muchacho de los antebrazos muscudos le hizo ver, que "con todos los respetos, mi teniente coronel, una cosa así no era aconsejable en aquellos momentos".
- ¡Trámite la denuncia! - decía Felipe Wert

Dos semanas después, con los tres Roberto y Adán enterados en el Comandante civil, el Felipe Wert recibió un atento saludo del Jefe Nacional de Militancia, en el que decía que, aparte la cruenta actuación de elementos facinorosos, en retaguardia, conocida y lamentable, "el servicio de información había detectado, días después de producirse el glorioso Alzamiento, la existencia de una organización roja clandestina dedicada a la eliminación física de sus propios camaradas con objeto de evitar la detección y la ocupación por el mando de docu-

mentos comprometedores, a la vista de lo cual, esta Jefatura ha estimado más prudente dejar sin tramitación la denuncia presentada por V.I. y archivarla junto a otras semejantes, lo que le comunico para su conocimiento":

- Alabado sea Dios -musitó tío Felipe Neri agitando el papel como si se abanicase; pero el fruncimiento de labios y el convulso movimiento de la nuez, de lataban que los ácidos afloraban de nuevo a su boca.

Mediada la tarde, tío Felipe Neri, que tenía un hijo llamado Daniel y una hija incapaz, llamada Felisa, y que la precaria economía familiar descansaba sobre los hombros del muchacho y que tanto la señora Agustina como los chicos "eran buena gente", aunque no excluía que Daniel, embaucado por la propaganda marxista, hubiese podido cometer alguna tontería "contraria al espíritu del Alzamiento". Por añadidura, la madre del desaparecido era cuñada de la señora Zoa, a la que, de sobra conocía tío Felipe Neri y a la que tanto debía ella y el resto de la familia, ya que a lo largo de cincuenta y siete años había prestado abnegadamente sus servicios en la casa; (Gervasio, que asistía al diálogo, evocó a Daniel en la sierra, la buina espolvoreada de serrín, su larga mirada de odio la tarde, ya lejana, en que le sorprendió encaramado en la higuera, comiéndose una breva, pero guardó silencio). No obstante, tío Felipe Neri precisaba datos (día, hora, lugar de la desaparición, ropa, calzado, señas personales, etc.) y con objeto de procurárselos escribió una minuciosa carta a la señora Agustina, que, siguiendo su nueva costumbre, encabezó, como devota y clara profesión de fe, con la interrogación desafiante: "¿Quién come Dios?", sin darse cuenta, que, en las circunstancias por las que atravesaba su destinataria, podría resultar compulsiva. A vuelta de correo recibió una respuesta pusilímanes de la señora Agustina quien, con letra ruinosas, muy caída de ánimo, escribía: "Nadie como Dios, señorito Felipe, sólo faltaría, pero, por favor, busque usted a mi hijo". Tío Felipe Neri, cuya úlcera se activaba conforme transcurrían los días, tomó el asunto de la señora Agustina con empeño, envió un teniente a su casa para recabar un informe completo que luego sirvió de base para redactar una carta circular para los secretarios municipales de los pueblos de la provincia. Sin demora, recibió respuesta del alcalde de Valdepueblo de Rubiales informándole que una semana atrás, en el kilómetro cuatro, hectómetro tres, de la provincial de Acevedo, había aparecido en la cuneta, acribillado a balazos, el cuerpo

mentos comprometidos, a la vista de lo cual, esta Jefatura ha estimado más pruden-
 temente dejar sin tramitación la denuncia presentada por V.I. y archivarla junto
 a otras semejantes, lo que se comunica para su conocimiento.

- Alabado sea Dios -murió el Felipe Heri agitando el papel como si se a-
 paracasen; pero el truncamiento de las alas y el conculso movimiento de la nuez, de-
 jaban que los ácidos afloraban de nuevo a su boca.

XII

Mediado agosto, tío Felipe Neri recibió una carta de la señora Agustina comunicándole la desaparición de su hijo Daniel, ^{rogándole} encareciéndole que se interesase por su paradero. Mamá Zita confirmó que la señora Agustina tenía un hijo llamado Daniel y una hija incapaz, llamada Felisa, y que la precaria economía familiar descansaba sobre los hombros del muchacho y que tanto la señora Agustina como los chicos "eran buena gente", aunque no excluía que Daniel, embaucado por la propaganda marxista, hubiese podido cometer alguna tontería "contraria al espíritu del Alzamiento". Por añadidura, la madre del desaparecido era cuñada de la señora Zoa, a la que, de sobra conocía tío Felipe Neri y a la que tanto debían, ella y el resto de la familia, ya que a lo largo de cincuenta y siete años había prestado abnegadamente sus servicios en la casa, (Gervasio, que asistía al diálogo, evocó a Daniel en la sierra, la boina espolvoreada de serrín, su larga mirada de odio la tarde, ya lejana, en que le sorprendió encaramado en la higuera, comiéndose una breva, pero guardó silencio). No obstante, tío Felipe Neri precisaba datos (día, hora, lugar de la desaparición, ropa, calzado, señas personales, etc.) y con objeto de procurárselos escribió una minuciosa carta a la señora Agustina, que, siguiendo su nueva costumbre, encabezó, como devota y clamorosa profesión de fe, con la interrogación desafiante: "¿Quién como Dios?", sin darse cuenta ^{de} que, en las circunstancias por las que atravesaba su destinataria, podría resultar compulsiva. A vuelta de correo recibió una respuesta pusilánime de la señora Agustina quien, con letra ruinosa, muy caída de ánimo, escribía: "Nadie como Dios, señorito Felipe, sólo faltaría, pero, por favor, busque usted a mi hijo". Tío Felipe Neri, cuya úlcera se activaba conforme transcurrían los días, tomó el asunto de la señora Agustina con empeño, envió un teniente a su casa para recabar un informe completo que luego sirvió de base para redactar una carta circular para los secretarios municipales de los pueblos de la provincia. Sin demora, recibió respuesta del alcalde de Valdepuente de Rubiales informándole de que una semana atrás, en el kilómetro cuatro, hectómetro tres, de la provincial de Acevedo, había aparecido en la cuneta, acribillado a balazos, el cuerpo

?, en
in-
un
dã-
ctu-
las
A-
de
ba
es-
ri-
o-
tie

Mediada agosto, tío Felipe Herrí recibió una carta de la señora Agustina con-
 muniéndole la desaparición de su hijo Daniel, encareciéndole que se interesase
 por su paradero. Mamá Zita confirió con la señora Agustina tenía un hijo llama-
 do Daniel y una hija incapaz llamada Felisa, y que la precaria economía familiar
 descansaba sobre los hombros del muchacho y que tanto la señora Agustina como
 los chicos "eran buena gente", aunque no excluía que Daniel, empujado por la
 propaganda marxista, hubiese podido cometer alguna tontería "contraria al espí-
 ritu del Altamirano". Por añadidura, la madre del desaparecido era cañada de la
 señora Zita, a la que de sobre conocía tío Felipe Herrí y a la que tanto debían
 ella y el resto de la familia, ya que a lo largo de cincuenta y siete años había
 prestado abundantemente sus servicios en la casa (servicio, que asistía al día-
 lero, evocó a Daniel en la tierra, la buena espolvoreada de servir, su larga mi-
 rada de odio la tarde, ya lejano, en que le sorprendió encamado en la figura,
 comiéndose una breva, pero guardó silencio). No obstante, tío Felipe Herrí pre-
 senta datos (día, hora, lugar de la desaparición, ropa, calzado, señas personales,
 etc.) y con objeto de procurárselos escribió una minuciosa carta a la señora A-
 gustina, que, siguiendo su nuevo costumbre, encabezó, como devota y clamorosa pro-
 cesión de fe, con la interrogación desafiante: "¿Quién como Dios?", sin darse
 cuenta (que, en las circunstancias por las que atravesaba su destinataria, podría
 resultar compulsiva. A vuelta de correo recibió una respuesta puerilísima de la
 señora Agustina quien, con letra ruinosa, muy caída de ánimo, escribió: "Hoy
 como Dios, señorito Felipe, sólo faltaba, pero, por favor, busque usted a mi
 hijo". Tío Felipe Herrí, cuya úlcera se activaba conforme transcurrían los días,
 tomó el asunto de la señora Agustina con empeño, envió un benévolo a su casa pa-
 ra recabar un informe completo que luego sirvió de base para redactar una carta
 circular para los secretaríos municipales de los pueblos de la provincia. Sin
 demora, recibió respuesta del alcalde de Valdequente de Rubiales informándole
 de que una semana atrás, en el kilómetro cuatro, hectómetro tres, de la provin-
 cia de Acevedo, había aparecido en la cuneta, acurrado a balazos, el cuerpo

18
 28
 11
 in-
 un
 de-
 cu-
 las
 A-
 de
 de
 es-
 11-
 3-
 tie

de un hombre joven cuyas señas personales coincidían con las descritas y que, en vista de que nadie le reclamaba, había ordenado enterrarlo "orilla un erío lindero, donde permanece a disposición de V.I.". Tío Felipe Neri se personó con un forense en Valdepuente de Rubiales donde procedieron a la exhumación del cadáver y a la autopsia subsiguiente, mediante la cual se comprobó una doble fractura de fémur, perfectamente soldadas, en la pierna derecha, coincidentes con las sufridas por el muchacho a los cinco años al ser pateado por una caballería. Afligido hasta el llanto, tío Felipe Neri depositó el cadáver en el hospital de la ciudad, notificó el hallazgo a la señora Agustina al tiempo que la expresaba su condolencia, suplicándola que "no juzgara por actos de tan baja índole el espíritu de la nueva España". Como venía siendo familiar en él, preludió su escrito con el consabido, "¿Quién como Dios?", pero la respuesta sucinta de la señora Agustina le dejó consternado: "Estimado señorito Felipe: ya le digo que nadie como Dios, faltaría mas, pero nadie tan mal nacido como los cabrones que han afusilado a mi higo".

Pasó unos días aturdido. Los altos fines no se alcanzaban con medios mezquinos, y temeroso de que los últimos acontecimientos estuvieran minando la moral patriótica de Gervasio, una tarde le citó en el cuarto de plancha para mantener con él una conversación confidencial. Encontró a su sobrino desorientado, según escribiría más tarde en el cuaderno de pastas de hule: "Le turban los actos contradictorios que observa a su alrededor y que le impiden discernir el bien del mal. De nada ha servido que a su padre le difrazásemos piadosamente la muerte de sus hermanos, puesto que a él, testigo de los hechos, no podemos engañarle. De este modo, al tiempo que comprende el arresto de su padre, enemigo del Alzamiento, execra los asesinatos de sus tíos y de Daniel Ovejero, sobrino de una vieja sirvienta por la que en tiempos sintió veneración. Temo que su patriotismo se esté ahogando entre tanta sangre. Reconoce que escucha a diario en el Café Avenida la marcha de "Los Voluntarios" ("una música, tío, que en otro tiempo me hubiera levantado en vilo") sin experimentar emoción alguna, ya que su cabeza no puede concentrarse y, cada vez que lo intenta, "aparecen los fantasmas de sus tíos Norberto y Adrián" obnubilándole. El muchacho necesita un incentivo que neutralice la abyección de los recientes asesinatos".

de un hombre joven cuyas señas personales coincidían con las descritas y que, en vista de que nadie se reclamaba, había ordenado enterrarlo "ortia un arto jinero, donde permanece a disposición de V.I.". El Felipe Heró se personó con un forense en Valdepuente de Ruidias donde procedieron a la exhumación del cadáver y a la autopsia subsiguiente, mediante la cual se comprobó una doble fractura de fémur, perfectamente solitarias, en la pierna derecha, coincidentes con las sufridas por el muchacho a los cinco años al ser caído por una cañallera. Al llegar hasta el finca, el Felipe Heró depositó el cadáver en el hospital de la ciudad, notificó el hallazgo a la señora Agustina el tiempo que la expresada su condolencia, sugiriéndole que "no juzgara por actos de tan baja índole el espíritu de la nueva España". Como venía siendo familiar en él, prefirió su escrito con el consabido "¿Quién como Dios?", pero la respuesta sucinta de la señora Agustina le dejó consternado: "Estimado señorito Felipe: ya le dije que nadie como Dios, faltaría más, pero nadie tan mal nacido como los caprones que han abusado a mi hijo".

Pasó unos días turbidos. Los altos fines no se alcanzaban con medios sencillos, y temeroso de que los últimos acontecimientos estuvieran minando la moral patriótica de Gervasio, una tarde le citó en el cuarto de plancha para mantener con él una conversación confidencial. Encontró a su sobrino desorientado, según escribiría más tarde en el cuaderno de pastas de hule: "Le turbaban los actos contradictorios que observa a su alrededor y que le impiden discernir el bien del mal. De nada le servido que a su padre le distrazamos piadosamente la muerte de sus hermanos, puesto que a él, testigo de los hechos, no podemos engañarle. De este modo, al tiempo que comprende el arresto de su padre, enemigo del Alzamiento, execra los asesinatos de sus tíos y de Daniel Ovejuna, sobrino de una vieja sirvienta por la que en tiempos sintió veneración. Tema que su padre mismo se está ahogando entre tanta sangre. Reconoce que escucha a diario en el Café Avenida la marcha de "Los Voluntarios" ("una música, tío, que en otro tiempo me hubiera levantado en vilo") sin experimentar emoción alguna, ya que su cabeza no puede concentrarse y, cada vez que lo intenta, "aparecen los fantasmas de sus tíos Roberto y Adrián" conullándole. El muchacho necesita un incógnito que neutralice la abyección de los recientes asesinatos".

El regreso de tía Macrina y tío Vidal, reanimó las desmayadas veladas sabbatinas, en otro tiempo tan alegres y alborotadas. Tío Vidal compareció como un preboste de la nueva situación, comprometido con la organización del Levantamiento desde el exilio, y cada vez que aludía a su misteriosa intervención, su calva se tornaba rosada y luminosa, contrariamente a la lívida opacidad que asumía cuando se hablaba de los escarmientos en la ciudad que, en líneas generales, él juzgaba "proporcionados e inevitables". Al referirse a este punto, solía dirigirse a su hermana Zita a la que decía con su voz tonante:

- Porque lo que ha hecho Felipe con Telmo es un seguro de vida, hermana, no sé si se lo habrás agradecido bastante, que sin él a tu marido le hubiesen paseado como a tantos otros.

Tía Macrina, en cambio, se mostraba escueta y aprensiva. Las últimas noticias de sus hermanos databan de principios de julio; nada sabía de ellos desde entonces pero temía por sus vidas, en especial por la de Fadrique, excandidato de la CEDA y miembro activo de la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos. Dos semanas después se presentó en la velada, sin previo aviso, Esperanza, la mujer de David, camino de Sevilla, vestida de luto, el fuerte pelo rubio recogido en la nuca y un collar de perlas de tres vueltas en el generoso escote. Había escapado de la zona roja a través de una embajada, por Valencia, y, a pesar de sus sufrimientos, lucía más joven que en la boda de Crucita y Jairo. Ante los miembros de la familia reunidos, soltó sin rodeos las nuevas de que era portadora:

- La horda no ha perdonado. David y sus hermanos han sido asesinados

Era una mujer alta y arrogante, ligeramente gruesa, pero todavía bella, una walkiria, como solía comentar, en mejores tiempos, tío Vidal. Al referir los dramáticos episodios, no lloraba, los exponía con frialdad, sin omitir los pormenores más brutales. A David, su marido, delatado por un mozo de cuadras del Hipódromo con quien había tenido en tiempos unos roces, le amarraron a la cola de su caballo y así disputó su última carrera a Lucho Martín, excampeón de España de saltos de altura:

El regreso de la Marina y Tío Vidal, reunido las desmayadas veladas sa-
 batinas, en otro tiempo tan alegres y alborozadas. Tío Vidal comparó como
 un preboste de la nueva situación, comprometido con la organización del levantamiento desde el exilio, y cada vez que aludía a su misteriosa intervención,
 su calva se tornaba rosada y luminosa, contrariamente a la tibia opacidad que
 asumía cuando se hablaba de los escarmentados en la ciudad que, en líneas gene-
 rales, él juzgaba "proporcionados e inevitables". Al referirse a este punto,
 solía dirigirse a su hermano Lita a la que decía con su voz constante:

- Porque lo que ha hecho Felipe con Felmo es un seguro de vida, hermano,
 no sé si se lo habrá agradecido bastante, que, sin él, a tu marido le hubiesen
 pasado como a tantos otros.

La Marina, en cambio, se mostraba escueta y aprensiva. Las últimas noti-
 cias de sus hermanos databan de principios de Julio; nada sabía de ellos desde
 entonces pero temía por sus vidas, en especial por la de Felipe, excombatiente
 de la CEBA y miembro activo de la Asociación Nacional de Propagandistas Católi-
 cos. Dos semanas después se presentó en la velada, sin previo aviso, Esperanza,
 la mujer de David, camino de Sevilla, vestida de luto, el fuerte pelo rubio re-
 cogido en la nuca y un collar de perlas de tres vueltas en el generoso escote.
 Había escapado de la zona roja a través de una embajada, por Valencia, y se pe-
 sar de sus sufrimientos, lucha más joven que en la boda de Cruzita y Jairo. An-
 te los miembros de la familia reunidos, soltó sin rodeos las nuevas de que era
 portadora:

- La herida no ha perdonado. David y sus hermanos han sido asesinados.
 Era una mujer alta y arrogante, ligeramente gruesa, pero todavía bella,
 una walkiria, como solía comentar, en mejores tiempos, Tío Vidal. Al referir
 los dramáticos episodios, no floraba, los exponía con frialdad, sin omitir los
 pormenores más brutales. A David, su marido, delatado por un mozo de cuadras
 del Hipódromo con quien había tenido en tiempos unos roces, le amarraron a la
 cola de su caballo y así dispuso su última carrera a Lucha Martín, excombatiente
 de España de saltes de altura:

- Fué horrible. A los caballos les prendieron unas banderillas de fuego en las ancas y los azuzaron. Arrastrados hasta el final de la pista, dando tumbos, ^{David y Lucho,} ~~ambos~~ (estaban destrozados, irreconocibles (sus pulseras de oro tintinearón al llevarse las manos a los ojos), pero yo, al menos, pude recuperar el cuerpo ^{mi marido)} de David (y enterrarlo en la Almudena como Dios manda. Fidela, ^{Pobre,} ~~la mujer de Lucho,~~ ni ese consuelo tuvo.

A tía Macrina le saltaron las lágrimas de sus hermosos ojos propincuos y juntas rodaron por los bordes de la nariz hasta la punta, donde ella las enjugó con un pequeño pañuelo de encaje que sacó de la manga de su vestido. Pese a su sangre fría, la voz de Esperanza también titubeó al referirse a Fadrique. Con otros diez correligionarios de la A.N.P.C. había sido conducido en una camioneta al Cerro de los Angeles como testigos del "fusilamiento de Dios"; y ξ una vez que dispararon sobre la imagen, ξ se volvieron a ellos y les provocaron: "Dios ha muerto. ¡Viva la República!". Pero como ninguno de los once se doblegase, los alinearon al pié del monumento, y el que mandaba el piquete, ξ dijo: "Sin Dios, nada pintan ya los monaguillos". Y allí, al pié de la sagrada imágen, les fusilaron, ξ (Elena y los hijos de tío Fadrique estaban sin novedad en San Sebastián).

Al llegar a este punto del relato los velados ojos de los asistentes convergieron en Crucita, la niña, puesto que si la horda había liquidado a los tres hermanos, era obvio que unicamente quedaba por relatar la muerte de Jairo. También Esperanza la miró, sentada sobre sus pies en un sillón de orejas, bajo la copia de la Resurrección del Giotto, el pelo corto, como el de un muchacho, el cuello erguido, las manos apremiantes. Esperanza hizo una pausa, pero tenía la boca caliente y ante la expectación reinante, ξ era imposible callar. Dió dos pasos hacia el sillón donde se sentaba la niña y le pasó una mano por la nuca desvalida:

- En cuanto a tu marido, querida, no tuvo mejor suerte. La horda le asesinó en su casa, ξ (en vuestra casa), en su cama (en vuestra cama), a puñaladas (asió unas perlas del collar de tres vueltas y jugueteó unos instantes con ellas). Luego mutilaron horriblemente su cuerpo, pero es preferible no entrar en detalles.

- Fue horrible. A los caballos les prendieron unas banderillas de fuego en las ancas y los azuzaron. Arrastrados hasta el final de la pista, dando cum-
 pos, ^{David y Luisa} ambos ~~estaban~~ destruidos, irreconocibles sus pisadas de oro tintinearon
 al llevarse las manos a los ojos, pero yo, al menos, pude recuperar el cuerpo
 de David ^{mi marido} y enterrarlo en la Alameda como Dios manda. Fiel, la ~~mujer de~~ ^{yo} ~~yo~~
 ni ese consuelo tuvo.

A la Martina le saltaron las lágrimas de sus hermosos ojos pringosos y
 juntas rodaron por los bordes de la nariz hasta la punta, donde ella las engujo
 con un pequeño pañuelo de encaje que sacó de la manga de su vestido. Pese a su
 sangre fría, la voz de Esperanza también titubeó al referirse a Fabrique. Con
 otros diez corresponsarios de la A.N.P.C. había sido conducido en una camion-
 ta al Cerro de los Angeles como testigos del "fustigamiento de Dios". Una vez
 que dispararon sobre la imagen, se volvieron a ellos y les provocaron: "Dios ha
 muerto. Viva la República". Pero como ninguno de los once se doblase, los
 alinearon al pie del monumento, y el que mandaba el piquete, dijo: "Sin Dios,
 nada pintan ya los monarcas". Y allí, al pie de la sagrada imagen, les fustigó
 Fabrique (Elena y los hijos de la Fabrique estaban sin novedad en San Sebastián).
 Al llegar a este punto del relato los velados ojos de los asistentes con-

vergieron en Cruzeta, la niña, guesto que a la herida había fijado a los
 tres hermanos, era ovidio que únicamente quedaba por relatar la muerte de Jairo.
 También Esperanza le miró, sentada sobre sus pies en un sillón de orejas, bajo
 la copia de la Resurrección del Glorioso, el pelo corto, como el de un muchacho,
 el cuello erguido, las manos prontantes. Esperanza hizo una pausa, pero tenía
 la boca caliente y ante la expectación retante, era imposible callar. Dio dos
 pasos hacia el sillón donde se sentaba la niña y le pasó una mano por la nuca
 desvalida:

- En cuanto a tu marido, querido, no tuvo mejor suerte. La herida le sacó
 sang en su casa (en vuestra casa), en su cama (en vuestra cama), a puñaladas
 (así unas perlas del collar de tres vueltas y jugueteó unas instantes con e-
 las). Luego mutilaron horriblemente su cuerpo, pero es preferible no entrar en
 detalles.

Crucita se estremeció. Mamá Zita, sentada en el brazo del sillón, la pasó el brazo por los frágiles hombros, la atrajo ^{hacia} ~~así~~ sí y fulminó a Esperanza con la mirada:

- Podías ser más prudente

Sorprendida, Esperanza miró a un lado y a otro como buscando adhesiones, pero nadie, fuera de mamá Zita, parecía haberse percatado de su ligereza; tía Macrina lloraba mansamente, la barbilla ^{en} ~~sobre~~ el pecho, y tío Vidal ₃ se inclinaba solícito ^{sobre} ~~hacia~~ ella; tío Felipe Neri, la mano derecha en el estómago, asentía mudo, extraviada la mirada de sus ojos mates, mientras tía Cruz, en un rincón, los ojos enrojecidos, repetía sin cesar:

- Son unas fieras; son unas fieras.

La revelación de Esperanza promovió una seria crisis en el corazón de mamá Zita. ¿Debería vestir de luto a Cruz? ¿Publicar la esquela de Jairo en el periódico? ¿Rezarle unos funerales? ¿Era todo esto congruente estando en curso el proceso de anulación del matrimonio? Al morir Jairo, ¿no era todavía el marido de su hija? Por mediación de tío Felipe Neri, papá Telmo le aconsejó que sí, que organizase las exequias y, al mismo tiempo, destruyese los papeles del proceso puesto que ya nada había que anular. Mamá Zita redactó la papeleta, consignando las circunstancias de la muerte de Jairo: "Vilmente asesinado en Madrid por la canalla marxista". Altiva, impávida, sin desfallecimientos, Crucita presidió el funeral, y ₃ a la salida, en el atrio del templo, besó centenares de mejillas femeninas, oprimió centenares de manos varoniles, conciudadanos probos, cariacontecidos, que ₃ seguidamente, reunidos en grupos, comentaban:

- Hace falta cuajo, primero le abandona y luego le reza un funeral.

Sin darse cuenta, este era el cambio que Crucita esperaba ^{en su vida,} ~~de~~ tal manera que, transcurridos unos meses, reanudó su actividad deportiva, sus paseos por la Acera de la Constitución en compañía de sus amigas, su asistencia a espectáculos y manifestaciones y hasta, de vez en cuando, permitía que algún oficial herido o que hacía una pausa en la guerra ₃ le invitara a una caña de cerveza en un café o la acompañase hasta casa.

Fechas más tarde, mamá Zita recibió una larga epístola de Inesita Pons, desde Pau, cuyo ambiguo contenido no consiguió descifrar totalmente. Tan solo

Crucita se estremeció. Mamá Zita, sentada en el prazo del sillón, le pasó el prazo por los frágiles hombros, la atrajo ^{hacia} ella y fulminó a Esperanza con la mirada:

- Podías ser más prudente

Sorprendida, Esperanza miró a un lado y a otro como buscando adhesiones, pero nadie. Fuera de mamá Zita, parecía haberse percatado de su ligereza; tía Martina tiraba mansamente, la barquilla sobre el pecho y tío Vidal se inclinaba solícito ^{hacia} ella; tío Felipe ^{levantó} la mano derecha en el estómago, sostenía mudo, extraviada la mirada de sus ojos mates, mientras tía Cruz, en un rincón, los ojos entrecerrados, repetía sin cesar:

- Son unas fieras, son unas fieras.

La revelación de Esperanza promovió una seria crisis en el corazón de mamá Zita. ¿Debería vestir de luto a Cruz? ¿Publicar la escuela de Jairo en el periódico? ¿Retirar los cuadros? ¿Era todo esto congruente estando en curso el proceso de anulación del matrimonio? Al morir Jairo, ¿no era forzosa el matrimonio de su hija? Por mediación de tío Felipe ^{hizo} tío Vidal le aconsejó que si que organizase las exequias y, al mismo tiempo, destruyese los papeles del proceso puesto que ya nada había que salvar. Mamá Zita redobló la cabeza, considerando las circunstancias de la muerte de Jairo: "Vilmente asesinado en Madrid por la canalla marxista". Activas, impúdicas, sin desaliñamientos, Crucita presidió el funeral y, a la salida, en el atrio del templo, besó contenta de las niñas femeninas, oprimió contentas de manos varoniles, concluidos grupos, cariñosos, que, seguidamente, reunidos en grupos, comentaban:

- Hace falta curajo, primero se abandona y luego se reza un funeral.

sin darse cuenta, este era el cambio que Crucita esperaba de tal manera que, transcurridos unos meses, reanudó su actividad deportiva, sus paseos por la Acera de la Constitución en compañía de sus amigas, su asistencia a espectáculos y manifestaciones y hasta, de vez en cuando, permitía que algún oficial herido o que hacía una pausa en la guerra, le invitara a una caña de cerveza en un café o la acompañase hasta casa.

Fechas más tarde, mamá Zita recibió una larga epistola de Inésita Pons,

desde Pau, cuyo contenido no consiguió descifrar totalmente. Tan solo

dos extremos quedaban claros para ella: el asesinato de Juan Manuel, su marido ("Le subieron una noche a un automóvil y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices") y que la muerte de Jairo fué una aberración ("la venganza de un sádico postergado, que no contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdujo sus atributos en la boca") Mamá Zita leyó y releyó los párrafos referentes a la muerte de Jairo: ¿Sádico postergado? ¿Venganza? ¿Atributos?. Finalmente sacudió la cabeza y murmuró para sí: "Estas catalanas, siempre tan sabihondas". La postdata, sin embargo, era ^{precisa:} ~~nítida~~ "Es mejor que Crucita ignore siempre las circunstancias de la muerte de su marido". Mamá Zita, consternada, remitió la carta a papá Telmo; a sus hermanos se limitó a decirles:

- Escribe Inesita Pons. También a su marido le ha asesinado la horda. Según parece, le subieron a un coche y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices.

Lucinio Orejón, cayó, en cambio, frente al enemigo, de un balazo en el pecho, cuando su centuria avanzaba sobre Madrid. La esquila era una más de las que publicaba "El Correo" en aquellos días: "Lucinio Orejón Diez cayó por Dios y por España, a los 17 años, en el frente de Madrid". Gervasio la leía escalofriado una y otra vez. Eran tantos los muertos que a veces pensaba que no iban a quedar testigos de tan horrenda carnicería. Pero aquellas muertes abiertas, dando la cara, reanimaban su espíritu, representaban un alivio y una reparación. A solas en su alcoba, repetía la palabra Lucinio cientos de veces, como antaño hiciera con Fenedosa, hasta que, como ésta, quedaba estrujada cual hollejo y vacía de sentido. Recordaba a su amigo en el colegio, su pelusa incipiente, ~~en las mejillas~~, sus pantalones bombachos mal cortados, su robusto cuello enrojecido, apedreando con entusiasmo la Capilla Protestante o el burdel de doña Jovita, siempre presto a la acción. Pero nadie, ni sus padres, ni su hermano Felices, que vino del frente al entierro, conocían pormenores de su muerte. Al relevar la guardia le encontraron muerto en el parapeto, con una bala en el corazón, probablemente una bala perdida. Gervasio se preguntaba si Lucinio sería un héroe, y tío Felipe Neri, a la espera de esta coyuntura propicia, ^{corroboró} ~~sentenció~~ que "un héroe auténtico, puesto que los verdaderos héroes eran los anónimos, los

los extremos quedaban claros para él: el asesinato de Juan Manuel, su marido
 ("Le subieron una noche a un automóvil y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta
 de las Perdices") y que la muerte de Jaime fue una aberración ("la venganza de
 un sádico postergado que no contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdu-
 jo sus atributos en la boca") Mamá Zita leyó y reflexionó los párrafos referentes
 a la muerte de Jaime: ¿Sádico postergado? ¿Venganza? ¿Atributos? Finalmente
 sacudió la cabeza y murmuró para sí: "Éstas catalanas, siempre tan sabiondas".
 La postdata, sin embargo, era nítida: "Es mejor que Gracia ignore siempre las
 circunstancias de la muerte de su marido". Mamá Zita, consertera, remitió la car-
 ta a papá Jaime; a sus hermanos se limitó a decirles:

- Escribí Inésita Pons. También a su marido le ha asesinado la horda. Se-
 gún parece, le subieron a un coche y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de
 las Perdices.

Luciano Grejón cayó, en cambio, frente al enemigo, de un balazo en el pe-
 cho, cuando su centuria avanzaba sobre Madrid. La espina era una más de las
 que publicaba "El Correo" en aquellos días: "Luciano Grejón Díaz cayó por Dios
 y por España, a los 17 años, en el frente de Madrid". Gervasio la leía escalo-
 rizado una y otra vez. Eran tantos los muertos que a veces pensaba que no iban
 a quedar testigos de tan horrenda carnicería. Pero aquellas muertes abienas,
 dando la cara, reanimaban su espíritu, representaban un alivio y una reparación.
 A solas en su alcoba, repetía la palabra Luciano cientos de veces, como anaño-
 nictera con Fenedosa, hasta que, como ésta, quedaba estrujada cual hollajo y va-
 cía de sentido. Recordaba a su amigo en el colegio, su pelusa incipiente, en las
mejillas, sus pantalones bombachos mal cortados, su robusto cuello enrojecido,
 apedregando con entusiasmo la Capilla Protestante o el púndol de doña Jovita,
 siempre presto a la acción. Pero nadie, ni sus padres, ni su hermano Felices,
 que vino del frente al exterior, conocían porciones de su muerte. Al relevar,
 la guardia le encontraron muerto en el parapeto, con una bala en el corazón.
 Probablemente una bala perdida. Gervasio se preguntaba si Luciano sería un hé-
 roe, y lo Felipe Hertz, a la espera de esta coyuntura propicia, sentenció que
 "un héroe auténtico, puesto que los verdaderos héroes eran los anónimos, los

que ofrendaban su sangre por una causa, sin alardear de ello ni buscar una recompensa". Y, como aun creyese ver en las pupilas de su sobrino una sombra de ^{duda,} escepticismo, agregó, conceptuosamente, aludiendo a los asesinatos de retaguardia:

- Las cobardes conductas de los rufianes no menoscaban las acciones excelsas.

Su amigo Peter, aunque ^{mas} temperamentalmente ~~mas~~ alejado de Lucinio, refrendó el veredicto de tío Felipe Neri: "^{Lucinio era,} ~~Era~~ (un héroe porque había ofrecido su vida sin esperar nada a cambio)". Gervasio no acertaba a relacionar el gesto ^{de} ~~de~~ ^{pasivo,} ~~de~~ ^{su amigo,} ~~de~~ Lucinio (con los de Guzmán, el Bueno, y el Tambor del Bruch, arquetipos heroicos, y así se lo dijo a ^{Peter,} ~~su amigo,~~ pero Peter, cuyos lúcidos juicios ^{maravillaron} ~~deslumbraron~~ siempre a Gervasio, guiñó sus pequeños ojos para aclarar que esos eran otra cosa, que antes que héroes, esos eran símbolos, porque la Historia, si no se cimentaba en símbolos, se derrumbaría como un cuerpo sin esqueleto. Gervasio recortó la esquila de Lucinio Orejón, la enmarcó, y la colocó en el segundo estante de su librería, en un lugar preminente, como un ejemplo a imitar.

Una mañana, Peter, Dámaso Valentín, y él en sus divagaciones por la ciudad, se acercaron hasta la Plaza de Toros. A Gervasio, que no iba por allí desde antes del Alzamiento, le impresionaron las medidas precautorias, las fuerzas estacionadas en los alrededores, las garitas de los centinelas en las puertas, las cuatro ametralladoras arriba, en el borde del anillo. Tras los corrales, fuertemente vigilados, entre la fronda, corría el río en ejarbe, formando hileros en las orillas, alborotado, y Gervasio pensó en cuan difíciles se le ponían las cosas a papá Telmo para ^{intentar la evasión,} ~~evadirse~~ Unas semanas atrás, había iniciado la comunicación con él, cuatro líneas formularias en un principio, y, poco a poco, más tiernas, deslizando en sus cartas alguna noticia que pudiese inducirle a reflexión, como la de la muerte de Lucinio, pero la respuesta de su padre, en este caso concreto, le llenó de estupor: "A Gervasio que no se le ocurra enrolarse en esta guerra. Y si acaso se prolongara y un día le llegara la orden de alistamiento, convendría recurrir una vez más a la bondad de Felipe para que le proporcionase un destino de cierta seguridad". Entristecido, desencantado, vista la inoperancia de sus sutiles insinuaciones, Gervasio, había dejado trascurrir otras dos semanas sin escribirle.

que ofrecían su sangre por una causa, sin alardear de ello ni buscar una re-
compensa. Y, como sus creyeses ven en las pupilas de su sobrino una sombra de
espectro, preguntó, conceptuosamente, aludiendo a los asesinatos de retajar-
das:
- Las cobardes conductas de los rufianes no menoscaban las acciones ex-
cepcionales.
Su amigo Peter, aunque temperamentalmente más alzado de Lucinio, refren-
ó el veredicto de tío Felipe Heri: "Esta un héroe porque habla ofrecido su vi-
da sin esperar nada a cambio". Gervasio no acertaba a relacionar el gesto de
Lucinio con los de Guzmán, el Bueno, y el Tambor del Bruch, arquetipos heroicos,
y así se lo dijo a su amigo, pero Peter, cuyos juicios deslumbraron
siempre a Gervasio, guió sus pequeños ojos para aclarar que esos eran otros co-
sas, que antes que héroes, esos eran símbolos, porque la historia, si no se ci-
menta en símbolos, se derrumba como un cuerpo sin esqueleto. Gervasio re-
cortó la espuela de Lucinio Orjón, la enmarcó, y la colocó en el segundo estan-
te de su librería, en un lugar prominente, como un ejemplo a imitar.
Una mañana, Peter, Dénaso Valentín, y él en sus divagaciones por la ciudad,
se acercaron hasta la Plaza de Toros. A Gervasio, que no iba por allí desde an-
tes del Alzamiento, le impresionaron las medidas precautorias, las fuerzas esta-
cionadas en los alrededores, las garitas de los centinelas en las puertas, las
cuatro ametralladoras arriba, en el borde del anfiteatro. Tras los corrales, fuer-
temente vigilados, entre la fronda, corría el río en estorbo, formando hileros
en las orillas, alborotado, y Gervasio pensó en cuán difíciles se le ponían las
cosas a papá Tejano para evadirlas. Una semana atrás, había intentado la comuni-
cación con él, cuatro líneas formularias en un principio, y poco a poco, más
firmes, desfilando en sus cartas alguna noticia que pudiese inducirle a refle-
xión, como la de la muerte de Lucinio, pero la respuesta de su pádre, en este
caso concreto, le llenó de estupor: "A Gervasio que no se le ocurra enrolarse
en esta guerra. Y si acaso se prolongara y un día le llegara la orden de alis-
tamiento, convendría recurrir una vez más a la bondad de Felipe para que le pro-
porcionase un destino de cierta seguridad". Entristecido, desencantado, vista
la inoperancia de sus sutiles insinuaciones, Gervasio, había dejado trascorrer
dos semanas sin escribirle.

Ahora se hallaba allí, ante sus celadores, a un tiro de piedra, ~~su~~, tan próximo que si gritara su nombre tal vez pudiera oírle. Esa misma tarde, sólo, ~~ya~~, al anochecer, permaneció una hora ante la orquestina del Café Avenida, en espera de que interpretase Los Voluntarios (era tan incitante aquella musiquita, que, con frecuencia, acudía al café con el único objeto de mitigar sus depresiones). Esa misma noche soñó que ~~as~~^{ay}taba la Plaza de Toros pistola en mano, reducía al centinela de la puerta del toril y huía con su padre por la maraña del soto hasta el río, donde su amigo Lucinio Orejón les aguardaba con una barca (aun en sueños, Gervasio advertía el contrasentido y se repetía: "Lucinio no puede ayudarme; Lucinio está muerto") y bogaba con fuerza. Mas así que empezaron a sonar las sirenas de alarma y se encendieron los reflectores de la Plaza de Toros indagando como dedos luminosos entre la fronda, las ametralladoras empezaron a disparar sobre ~~el~~^{el} río. Al fondo, sonaba ardorosamente (¡Dios sabría de donde procedía!) la marcha de Los Voluntarios y Lucinio acompasaba los golpes de remo a su ritmo, con tal firmeza que a cada palada hacía gemir a los estropos. Era un sueño tan vívido que Gervasio despertó tenso, empapado en sudor, en pleno repeluzno, resollando todavía a causa de la carrera. Permaneció unos segundos inmóvil, boca arriba, jadeando, aplastado por las tinieblas, preguntándose si papá Telmo estaba realmente libre y Lucinio vivo, en tanto ~~iba~~^{se} debilitaba ~~de~~ la crispadura y sus cabellos, enhiestos como una aureola, iban doblegándose ~~se, recuperando su posición habitual.~~^{acostándose sobre la almohada.}

A la mañana siguiente comunicó a tío Felipe Neri la experiencia, advirtiéndole que por primera vez en la vida le había sobrevenido el repeluzno mientras dormía, cuando soñaba que liberaba a papá Telmo. Incapaz de reprimir su júbilo, tío Felipe Neri sonreía y le propinaba golpecitos en la nuca; despierto o dormido, Gervasio seguía siendo un predestinado. Hubiese deseado soledad para rumiar su gozo, pero Gervasio le acosaba:

- ¿Sería una acción heroica liberar a papá Telmo?
- ¡Por supuesto! Nada comparable a asumir un riesgo por un padre
- ¿A pesar de ser enemigo de la Causa, tío?
- A pesar de eso, hijo. En la vida hay una jerarquía de valores, y, después de Dios, nada tiene tanta importancia como los lazos de la sangre.

Ahora se hallaba allí, ante sus celadores, a un tiro de piedra, en el próximo que se gritara su nombre tal vez pudiera oírle. Esa misma tarde, sólo, al anochecer, permaneció una hora ante la orquestina del Café Avenida, en espera de que interpretase los voluntarios (era tan frecuente aquellas musiquitas que, con frecuencia, acudía al café con el único objeto de mitigar sus dolores). Esa misma noche soñó que estaba la Plaza de Toros pistola en mano, reducida al centinela de la puerta del toril y hufa con su parte por la maraña del río hasta el río, donde su amigo Luciano Orjón las aguardaba con una barca (sin en sueños, Gervasio advertía el contrastado y se repetía: "Luciano no puede ayudarme; Luciano está muerto") y bogaba con fuerza. Mas así que empezaron a sonar las sirenas de alarma y se encendieron los reflectores de la Plaza de Toros indagando como dedos luminosos entre la fronda, las ametralladoras empezaron a disparar sobre el río. Al fondo, sonaba ardentemente ¡Dios sabrá de donde procedía!; la marcha de los Voluntarios y Luciano acompaña los golpes de remo a su ritmo, con tal firmeza que a cada palada hasta gemir a los estro- pos. Era un sueño tan vívido que Gervasio despertó cansado, empapado en sudor, en pleno repetitivo, resollando todavía a causa de la carrera. Permaneció unas se- gundos inmóvil, boca arriba, jadeando, apretado por las cintas, preguntán- dose si pagó talmo estaba realmente libre y Luciano vivo, en tanto sus destellos- seas la crispadura y sus cabellos, entretos como una aurora, iban desapare- ciendo, recordando su posición habitual.

A la mañana siguiente comunicó a tío Felipe Heri la experiencia, advirtiéndole que por primera vez en la vida le había sobrevenido el repetitivo mientras dormía, cuando soñaba que liberaba a papá Telmo. Incapaz de reprimir su jubilo, tío Felipe Heri sonreía y le propinaba golpecitos en la nuca; despertó o dormido, Gervasio seguía siendo un predestinado. Hubiese deseado soledad para mirar su gozo, pero Gervasio lo acosaba:

- ¿Sería una acción heroica liberar a papá Telmo?
- ¡Por supuesto! Nada comparable a asumir un riesgo por un padre
- ¿A pesar de ser enemigo de la Causa, tío?
- A pesar de eso, hijo. En la vida hay una jerarquía de valores, y des- pues de Dios, nada tiene tanta importancia como los lazos de la sangre.

Gervasio escuchaba los razonamientos de su tío. Alzó perezosamente los ojos hacia él y estrechó su interrogante:

- Y ¿si en lugar de ser mi padre fuese un desconocido?

Tío Felipe Neri titubeó, frunció los labios reseco, pero apremiado por la expectación de su sobrino, añadió en un tono de voz menos convincente:

- En ese caso se prestaría a interpretaciones. Liberar a un enemigo de una causa noble, comprometiéndolo esa misma causa, podría incluso ser un delito ~~de traición~~.

- Pero el P. Dictinio decía que todos somos hermanos, tío.

Tío Felipe Neri, desfondado, ~~inerte~~, se refugió en el cuaderno de pastas de hule al quedarse solo. Cristo había dicho, en efecto, que éramos todos hermanos, pero Cristo al decir eso no podía pensar en esta Cruzada organizada precisamente para defenderle a El. Así, después de consignar que por vez primera el ostento de Gervasio se había producido mientras dormía (inducido por un sueño arriscado, teniendo por fondo un vibrante acompañamiento musical) tío Felipe Neri escribió: "Mi sobrino insiste en determinar la razón última del heroísmo, esto es, si el heroísmo responde o no a un incentivo ético. Como cada vez que plantea el asunto en estos términos, he desviado la respuesta hacia el aspecto legal, pero me temo que, ni a pesar de sus pocos años, ^{hayan} le he ^{mis argumentos,} convencido. La cuestión es compleja. Hay casos evidentes que no se prestan a duda, pero existen otros de ardua definición, lo que me ^{lleva} induce a reducir el heroísmo a un problema de buena fe. Creo que difícilmente se puede ir más allá. El que se inmola a sabiendas, con recta intención y mirada limpia, es ^{añadir."} un héroe. Poco más podemos ~~decir~~." Cerró la libreta de golpe, contrariado, ajustó los lentes con un dedo y oyó que los intestinos se retorcían en un gemido interminable.

Al anoecer, Gervasio volvió por el Café Avenida. Los briosos compases de Los Voluntarios, le reintegraron a su sueño, aun latente, de tal forma que se borraron de su vista los miembros de la orquestina y Lucinio, remando en la proa del bote, ^{agradecido y} cobró vida ante sus ojos, en tanto papá Telmo ~~encogido en el fondo~~, le miraba ^{suplicante} mientras la barca se deslizaba corriente abajo entre las balas de las ametralladoras. La música ^{sonaba} vibraba mas enardecedora, que en el sueño, y sin

Gervasio escuchaba los razonamientos de su tío. Alzó personalmente los ojos hacia él y estrechó su interrogante:

- Y está en lugar de ser mi padre fuese un desconocido?

Tío Felipe hirió el túbido, frunció los labios resacas, pero apremiado por la expectativa de su sobrino, añadió en un tono de voz menos convincente:

- En ese caso se prestaría a interpretaciones. Liberar a un enemigo de una causa noble, comprometiéndolo esa misma causa, podría incluso ser un delito de traición.

- Pero el P. Nictano decía que todos somos hermanos, tío.

Tío Felipe hirió, desfondado, tímido, se refugió en el cuadrero de pastas de laule al quedarse solo. Cristo había dicho, en efecto, que éramos todos hermanos, pero Cristo al decir eso no podía pensar en esta Cruzada organizada precisamente para defenderle a El. Así, después de congnar que por vez primera el casto de Gervasio se había producido mientras dormía (inducido por un sueño antecedido por fondo un vibrante acompañamiento musical) Tío Felipe hirió escribiendo el sobrino instate en determinar la razón última del heroísmo, esto es, si el heroísmo responde o no a un incentivo ético. Como cada vez que plantea el asunto en estos términos, se desviaba la respuesta hacia el aspecto legal, pero me temo que en a pesar de sus pocos años, se le convenció. La cuestión es compleja. Hay cosas evidentes que no se prestan a duda, pero existen otros de orden definitorio, lo que me parece a reducir el heroísmo a un problema de buena fe. Creo que difícilmente se puede ir más allá. El que se anima a adelantarse, con recta intención y mirada limpia, es, un héroe. Poco más podemos decir. Gerardo la librea de golpe, contrariado, ajustó los lentes con un dedo y oyó que los intestinos se retorcieron en un gemido interminable.

Al anochece, Gervasio volvió por el Café Avenida. Los presos compases de los voluntarios se reintegraron a su sueño, aun latente, de tal forma que se podían de su vista los miembros de la orquesta y Luciano, ramando en la prosa del bote, cobijó vida ante sus ojos, en tanto papá telmo encogido en el fondo, le miraba espantado. Mientras se barca se deslizaba corriente abajo entre las balsas de la amercilladora. La música vibraba mas enardecedora, que en el viento, y sin

embargo, la sacudida fue leve, la erección del cabello parcial (apenas morra y colodrillo), remisa y blanda como un tenue aleteo (levantarse y volverse a posar) y en esa fase de indecisión, una ronca vocecita que parecía provenir del otro mundo, le arrebató de su ensimismamiento. Manena Abad, con su pelo rubio a mechitas recogido en dos trenzas laterales, su sonrisa derramada, le miraba con sus ojos azules, redondos de asombro:

- ¡Es verdad lo que decía Flora! Se te han puesto los pelos de punta - alargó su delgado antebrazo desnudo en ademán pàrvulo: También a mí, algunas veces, cuando oigo música, se me pone la piel de gallina.

Identificados en la emoción musical pasearon juntos por el andén central del parque. Por vez primera Gervasio caminaba a solas con una muchacha y la anómala situación le inducía a imaginar que la pareja era el centro de atención del paseo. Pero por encima de su suspicacia estaba la voz envolvente de la muchacha, sus brillantes ojos azules, los expresivos gestos de sus manos ligeras:

- ¿Es verdad que quieres ser héroe?
- A lo mejor. Cuando sea mayor
- ¿Tu crees que va a durar tanto la guerra?

El tema le llevó a hablar de su padre, preso en la Plaza de Toros, y Manena comentó "que era horrible" y Gervasio admitió que "era una pesadilla que le perseguía día y noche," pero la niña inquirió si le dolía por él o por el qué diran, y Gervasio concluyó que, a fin de cuentas, tanto daba, pero que no ^{quedaría} estaría tranquilo "en tanto" hasta que no hubiera lavado el apellido". El penduleo de ^{los} sus brazos, al andar, hacía que ^{sus} a veces, ^{las} las manos se rozasen, roce en el que Gervasio encontraba un delicioso placer, lo que le impulsaba a buscarlo deliberadamente. La rara facilidad con que compartía con la niña preocupaciones, que de ordinario reservaba para sus amigos, o para sí mismo, le hacía sentirse confortado, y una vez que se separaron, pensó que ya tenía una persona a la que referir su heroísmo, y sobre todo (objetivo soñado en todas sus lucubraciones) "una bella muchacha que temblara por él". Sin proponérselo volvieron a encontrarse algunas tardes entre el pequeño grupo que escuchaba el concierto ^{en la terraza,} (del Café Avenida, y cada vez marchaban juntos por el paseo central del parque cambiando impresiones. A Gervasio le agr-

embargo, la sacudida fue leve, la erección del cabello parcial (casacas morra y co-
locillo), remisa y blanda como un tenue alfiler (levantarse y volverse a posar) y
en esa fase de indecisión, una ronca voz que parecía provenir del otro mundo
le arrebató de su ensimismamiento. Manens Abad, con su pelo rubio a mechaz recogido
en dos trenzas laterales, su sonrisa deramada, le miraba con sus ojos azules,
redondos de asombro:

- ¡Es verdad lo que decía Floral! Se te han puesto los pelos de punta -alar-
gó su delgado antebrazo desnudo en ademán pavoroso: También a mí, algunas veces,
cuando oigo música, se me pone la piel de gallina.

Identificados en la emoción musical pasaron juntos por el andén central del
parque. Por vez primera Gervasio caminaba a solas con una muchacha y la andaluza
situación le inducía a imaginar que la pareja era el centro de atención del paseo.
Pero por encima de su suspicacia estaba la voz envolvente de la muchacha, sus pri-
marias ojos azules, los expresivos gestos de sus manos ligeras:

- ¡Es verdad que duferes ser héroe?
- A lo mejor. Cuando sea mayor
- ¿Tu crees que va a durar tanto la guerra?

El tema le llevó a hablar de su padre, preso en la Plaza de Toros, y Manens
comentó "que era horrible" y Gervasio admitió que "era una posibilidad que la per-
segua día y noche", pero la niña insistió en la duda por él o por el que diran,
y Gervasio concluyó que, a fin de cuentas, tanto daba, pero que no estaría tran-
quilo "hasta que no hubiera lavado el apellido". El pendulo de sus brazos, al
andar, hacía que a veces, las manos se rozasen, roce en el que Gervasio encon-
traba un delicioso placer, lo que le impulsaba a buscarlo deliberadamente. La re-
ta facilidad con que compartía con la niña preocupaciones, que de ordinario reser-
vaba para sus amigos, o para sí mismo, le hacía sentirse confortado, y una vez que
se separaron, pensó que ya tenía una persona a la que referir su heroísmo y sobre
todo (objetivo soñado en todas sus incubaciones) "una bella muchacha que templa-
ra por él". Sin proponérselo volvieron a encontrarse algunas tardes entre el pe-
queño grupo que escuchaba el concierto del Café Avenida, y cada vez marchaban
juntos por el paseo central del parque cambiando impresiones. A Gervasio le atra-

daba más cada día la grácil figura de la muchacha (una figurita de mujer inconclusa, en transición), su pelo veteadado, sus ojos azules, su voz (una voz cálida, confortable, muy femenina, que enronquecía al referirse a temas trascendentes) y, en especial, su discreción, su sensibilidad para compartir sus problemas. Durante años, tras el turbio contacto con la Amalia, había resuelto no relacionarse con mujeres, y, sin embargo, ahora constataba que la huella viscosa que le dejara aquella experiencia (~~vello, sudor, espasmos, jadeo~~) no era de rigor en su comunicación con el otro sexo.

Gervasio fué incorporando a la muchacha a sus fantasías de los miércoles, días en que la radio local, emitía su espacio de marchas militares, "Al paso alegre de la paz", que él escuchaba solo, recogido, los ojos entornados, tendido en el diván del salón, frente a la chimenea. Las mujeres trajinaban lejos, en el extremo opuesto de la casa, de tal forma que él podía abismarse en la música sin interrupciones enojosas. En un principio escuchaba las marchas con cierto distanciamiento, incluso se permitía la frivolidad de marcar el compás con el pie, pero a medida que el programa se iba enardeciendo, el corazón de Gervasio se elevaba, su cerebro entraba en una fase creadora, hasta llegar a un punto en que la estridencia de platillos, cornetas y tambores, constituía, antes que mero acompañamiento, un vivo estímulo de su imaginación. Música y pensamiento se imbricaban, y, al calor de tal coyunda, Gervasio iba construyendo sus proezas, engranando las cuentas de su epopeya personal: el asalto a una cota fuertemente guarnecida sin otro acompañamiento que una ametralladora vomitando fuego; el derribo de un superbombardero, por un caza ínfimo que él tripulaba, o el hundimiento de un acorazado mediante un torpedo, naturalmente disparado por él desde la base inestable de una lancha rápida. Una vez alcanzado este nivel emocional, la música se esfumaba o, al menos, Gervasio dejaba de percibirla, de la misma manera que el piloto de carreras lanzado en persecución de su rival deja de oír el motor de su bólido. Actuaba en el subconsciente, como fuerza motriz. Entonces se producía el crispamiento: una culebrilla de hielo recorría su espalda, se le escarapelaba la piel (burbujeante, como de gaseosa) y su cabello, his-

121

daba más cada día la gracia figura de la muchacha (una figura de mujer incon-
clusa, en transición), su pelo vetado, sus ojos azules, su voz cálida,
confortable, muy femenina, que entrecruzaba al referirse a temas trascendentes), y
en especial, su discreción, su sensibilidad para compartir sus problemas. Durante
los años, tras el corto contacto con la Amalia, había resuelto no relacionarse
con mujeres, y sin embargo, ahora constataba que la huella viscosa que le dejaba
aquella experiencia (well, sudor, espasmo, júbilo) no era de rigor en su comuni-
cación con el otro sexo.

Gervasio fue incorporando a la muchacha a sus fantasías de los micrócosmos.
Días en que la radio local, emitía su espacio de marchas militares, "Al paso a-
legre de la paz", que él escuchaba solo, recogido, los ojos entornados, tendido
en el diván del salón, frente a la chimenea. Las mujeres trujinaban lejos, en
el extremo opuesto de la casa, de tal forma que él podía adentrarse en la música
sin interrupciones enojosas. En un principio escuchaba las marchas con cierto
distanciamento, incluso se permitía la frivolidad de marcar el compás con el
pie, pero a medida que el programa se iba enardeciendo, el corazón de Gervasio
se elevaba, su cerebro entraba en una fase creadora, hasta llegar a un punto
en que la estridencia de platillos, cornetas y tambores, constituía, antes que
mero acompañamiento, un vivo estímulo de su imaginación. Música y pensamiento
se imbricaban, y al calor de tal coyunta, Gervasio los construía sus pro-
tas, engranando las cuentas de su epopeya personal: el asalto a una casa fuer-
temente guardada sin otro acompañamiento que una ametralladora vomitando fue-
go; el derribo de un supercomandante, por un cazador íntimo que él trujinaba, o el
hundimiento de un acorazado mediante un torpedero, naturalmente disparado por él
desde la base inestable de una jacha rígida. Una vez alcanzado este nivel emo-
cional, la música se estumaba o, al menos, Gervasio dejaba de percibirla, de la
misma manera que el piloto de carreras lanzado en persecución de su rival deja
de oír el motor de su bólido. Actuada en el subconsciente, como fuerza matriz.
Entonces se producía el crisantemismo: una cubertería de hilo recorria su espal-
da, se le escarpaba la piel (burbujeante, como de gascoas) y su caballo, his-

pido y desbocado, tiraba hacia arriba con fuerza. En este estado permanecía largo rato, excitado por la música aun sin oírla, realzando audacias que únicamente su arrobamiento hacía verosímiles. Y desde que trabó relación con Manena Abad, gustaba de integrarle en el relato, como testigo ocular de sus hazañas, y bajo su mirada, el repeluzno se exacerbaba, y con él sus fantasías, de forma que, en su paroxismo, no era raro que llegara a ofrecer su vida por la Causa. La imagen de la niña llorando su muerte, a más de conmooverle, le deparaba placer, un tortuoso placer masoquista que Gervasio, recordando las palabras del P. Sacristán, aun referidas a situaciones diferentes, empezó a denominar "mi vicio solitario de los miércoles". Dominado por este delirio gozador, a veces se acompañaba de un espejo que, al devolverle la imagen de su cabeza pelitosa, vigorizaba el ostento, le prolongaba, haciendo el cosquilleo de la nuca más placentero y sensual.

Ahora sostenía frecuentes ^{conversaciones} discusiones (con Peter sobre la naturaleza del heroísmo, pues Gervasio había llegado al convencimiento de que, en los tiempos modernos, el heroísmo no cabía fuera de la acción individual. ¿Cómo conciliar el heroísmo con la concentración anónima de un regimiento o con la disciplinada dotación de un acorazado? Peter argüía que en eso precisamente estribaba el heroísmo, en la subordinación, en el anonimato, en la renuncia a destacar, pero Gervasio no compartía su punto de vista; una cosa era la ^{sumisión} abnegación y otra distinta el heroísmo. Así, las docenas de muertos que a diario bajaban del frente eran seres abnegados, héroes tal vez, pero de ninguna manera el héroe proverbial, de cantar de gesta, que él ambicionaba ser. Hoy, para descollar, para sobresalir de la masa, resultaba inexcusable la compañía de una máquina (un tanque, una ametralladora, un avión, una lancha torpedera, algo). Sin ella, nunca se podría ser otra cosa que una oveja del rebaño, una pieza ínfima de los vastos despliegues militares. Según Napoleón, ^a cada soldado portaba en el macuto el bastón de mariscal, pero, en opinión de Gervasio, si ^{se} aspiraba a ser alguien en combate, ^{a se} había que enarbolar el bastón y hacer uso de él. El héroe de leyenda exigía, incluso, el refrendo de un testigo que pudiera transmitir al mundo los pormenores de la hazaña, y de esta forma incitar a la ejemplaridad. Peter, des-

ido y desobedecido, tiraba hacia arriba con fuerza. En este estado permanecía lar-
go rato, excitado por la música aun sin oírla, realizando audacias que uncamen-
te se atribuyen a los verdaderos. Y desde que trató relación con Manana, Abad,
gustaba de integrarle en el relato, como testigo oculto de sus hazañas, y pa-
ra su mirada, el repulzino se exacerba, y con él sus fantasías, de forma que,
en su paroxismo, no era raro que llegara a ofrecer su vida por la Causa. La
imagen de la niña, florando su muerte, a más de conmovirle, le deparaba placer,
un tortuoso placer masoquista que Gervasio, recordando las palabras del P. Sa-
crilejo, aun referidas a situaciones diferentes, empezó a denominar "mi vicio
solitario de los mísericos". Dominado por este delirio gozador, a veces se a-
compañaba de un espejo que, al devolverle la imagen de su cabeza peliada, vi-
gorizaba el estroto, le profundaba, haciendo el casullero de la boca más dis-
cortado y sensual.

Ahora sostenía frecuentes discusiones con Peter sobre la naturaleza del
heroísmo, pues Gervasio había llegado al convencimiento de que, en los tiempos
modernos, el heroísmo no cabía fuera de la acción individual. ¿Cómo conciliar
el heroísmo con la concentración anónima de un regimiento o con la disciplina
de un acorazado? Peter arguye que en eso precisamente estriba el
heroísmo, en la subordinación, en el anónimo, en la renuncia a destacar, pero
Gervasio no compartía su punto de vista; una cosa era la abnegación y otra dis-
tinta el heroísmo. Así las docenas de muertos que a diario bajaban del frente
eran seres anónimos, héroes tal vez, pero de ninguna manera el héroe proter-
o, de cantar de gesta, que él ambicionaba ser. Hoy, para descolgar, para so-
prescribir de la masa, resultaba inexcusable la compañía de una máquina (un tan-
que, una ametralladora, un avión, una lancha torpedera, algo). Sin ella, nunca
se podría ser otra cosa que una oveja del rebaño, una pieza ínfima de los ves-
tos despiques militares. Según Napoleón, los soldados portaban en el escudo el
bastón de mariscal, pero, en opinión de Gervasio, si querías a ser alguien en
combate, había que enarbolar el bastón y hacer uso de él. El héroe de leyenda
exigía, incluso, el retardo de un festigo que pudiera transmitirse al mundo los
pormenores de la hazaña y de esta forma iniciar a la ejemplaridad. Peter, des-

conocedor aún de las incipientes relaciones de su amigo con Manena Abad, sonreía:

- Es decir que cada soldado debe ir acompañado por un trovador para que pueda cantar más tarde sus proezas. ¿No es eso lo que quieres decir?

A Gervasio le parecían risibles sus ^{pretensiones} deseos escuchadas en boca de su amigo; se azoraba:

- ¡Oh, no es eso! ¡No quieres entenderme. Te estás burlando!

Peter acababa riendo de las peregrinas conclusiones de Gervasio:

- Sospecho que a lo que tu aspiras no es a ser un héroe, sino un exhibicionista.

Llegaría a comprender que lo que ella juzgase un día punto de una familia tambaleante, hubiera podido convertirse en causa inmediata de su disolución. Pero así fué. Los cuatro hijos de su primer marido, don Jerónimo Prado, muy jóvenes aun, la abandonaron tan pronto su segundo, don Dámaso Valentin, la desposó, con lo que, muerto éste, y emancipados aquellos, a doña Guadalupe no le quedó otro consuelo que el tardío fruto de su reincidencia, Damsito, en quien concentró toda su capacidad afectiva, sus delicadezas y preocupaciones. Pero ahora, de pronto, con el bachillerato concluido, la universidad cerrada y el país en guerra, ¿como vigilar los pasos del muchacho? ¿Qué provecho podía sacar su hijo, ~~era~~ un adolescente, de esta holgazanería justificada y sin fin? Fruto de su zozobra fué la decisión de habilitar para Dámaso y sus amigos la buhardilla de su casa, un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, techo oblicuo y doble claraboya, que sucintamente amueblado, podría servir como lugar de reunión, y medio discreto ^{para} controlar a los chicos. Así, un día, acompañada de sus viejas sirvientas, doña Guadalupe desalojó el recinto de polvos y cachivaches, pasó los techos, restregó el entarimado y, oliendo aun a zotal, se lo cedió a su hijo haciendo hincapié en que la casión duraría "lo que las actuales circunstancias". El muchacho y sus amigos tomaron posesión de la buhardilla con alborozo, porque aquel reducido aposento, pese a sus incongruidades, representaba para ellos la primera señal de independencia.

El modesto mobiliario con que doña Guadalupe Rueda dispuso la pieza (una mesa de hierro, de jardín, y media docena de crudos taburetes de pino) se vió en

conceder aún de las incipientes relaciones de su amigo con Manera. Abad. son-

reía:

- Es decir que cada soldado debe ir acompañado por un trovador para que

pueda cantar más tarde sus proezas. ¿No es eso lo que quieres decir?

A Gervasio le parecían risibles sus deseos escuchados en boca de su amigo;

se acordaba:

- ¡Oh, no es eso! ¡No quieres entenderme. Te estás burlando.

Peter acababa riendo de las perentorias conclusiones de Gervasio;

- Sospecho que a lo que tu aspiras no es a ser un héroe, sino un exhibi-

cionista.

XIII

Más aun que el riesgo de la guerra, a doña Guadalupe Rueda, viuda de Valentín, le desazonaba la idea de que su hijo Damasito, ocioso e irresponsable, vagando meses y meses, ~~sin control~~, por las calles de la ciudad, pudiera caer en las garras de la depravación. Su segundo matrimonio, y las consecuencias del mismo, habían ^{abierto los ojos} desengañado (a doña Guadalupe Rueda haciéndola adulta, ^{precavida} ~~cauta~~) y sus picaz. Nunca llegaría a comprender que lo que ella juzgase un día puntal de una familia tambaleante, hubiera podido convertirse en causa inmediata de su disolución. Pero así fué. Los cuatro hijos de su primer marido, don Jerónimo Prado, muy jóvenes aun, la abandonaron tan pronto su segundo, don Dámaso Valentín, la desposó, con lo que, muerto éste, y emancipados aquellos, a doña Guadalupe no le quedó otro consuelo que el tardío fruto de su reincidencia, Damasito, en quien concentró toda su capacidad afectiva, sus delicadezas y preocupaciones. Pero ahora, de pronto, con el bachillerato concluído, la Universidad cerrada y el país en guerra, ¿como vigilar los pasos del muchacho? ¿Qué provecho podía sacar su hijo, ~~era~~ un adolescente, de esta holgazanería justificada y sin fin? Fruto de su zozobra fué la decisión de habilitar para Dámaso y sus amigos la buhardilla de su casa, un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, techo oblicuo y doble claraboya, que sucintamente amueblado, podría servir como lugar de reunión, y medio discreto ^{para} de controlar a los chicos. Así, un día, acompañada de sus viejas sirvientas, doña Guadalupe desalojó el recinto de polvorientos cachivaches, pasó los techos, restregó el entarimado y, oliendo aun a zotal, se lo cedió a su hijo haciendo hincapié en que la cesión duraría "lo que las actuales circunstancias". El muchacho y sus amigos tomaron posesión de la buhardilla con alborozo, porque aquel reducido aposento, pese a sus incomodidades, representaba para ellos la primera señal de independencia.

El modesto moblaje con que doña Guadalupe Rueda dispuso la pieza (una mesa de hierro, de jardín, y media docena de crudos taburetes de pino) se vió en-

Más aun que el riesgo de la guerra, a doña Guadalupe Rueda, viuda de Valentin, le desazonaba la idea de que su hijo Gerónimo, ocioso e irresponsable, vagando meses y meses, sin control, por las calles de la ciudad, hubiera caído en las garras de la depravación. Su segundo matrimonio y las consecuencias del mismo, habían desengañado a doña Guadalupe Rueda haciéndola saber, desde y sus pizas, nunca llegaría a comprender que lo que ella juzgase un día puntal de una familia tambaleante, hubiera podido convertirse en causa inmediata de su disolución. Pero así fue. Los cuatro hijos de su primer marido, don Jerónimo Prado, muy jóvenes aun, se abandonaron tan pronto su segundo, don Dámaso Valentin, se despidió, con lo que, muerto éste, y emancipados aquellos, a doña Guadalupe no le quedó otro consuelo que el tardío fruto de su reticencia, Dama- sio, en quien concentró toda su capacidad afectiva, sus delicadezas y preocupaciones. Pero ahora, de pronto, con el bachillerato concluido, la Universidad cerrada y el país en guerra, ¿como vigilar los pasos del muchacho? ¿Que provecho podía sacar su hijo, aun un adolescente, de esta holganza justificada y sin fin? Fruto de su zozobra fue la decisión de habilitar para Dámaso y sus amigos la puhabilla de su casa, un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, techo oblicuo y doble claraboya, que sucintamente amueblado, podría servir como lugar de reunión, y medio discreto de controlar a los chicos. Así, un día, acompañada de sus viejas sirvientas, doña Guadalupe desfiló el recinto de polvoriento los cachivaches, pasó los techos, restregó el entarimado y, obteniendo un a total, se lo cedió a su hijo haciendo hincapié en que la cesión duraría "lo que las actuales circunstancias". El muchacho y sus amigos tomaron posesión de la puhabilla con alborozo, porque aquel reducido aposento, pese a sus inconve- nientes, representaba para ellos la primera señal de independencia.

El modesto mueble con que doña Guadalupe Rueda dispuso la pieza (una mesa de hierro, de jardín, y media docena de crudos taburetes de pino) se vio en-

riquecido por las aportaciones de los muchachos, cada día más encariñados con su Club. Gervasio, el más entusiasta, ~~de la novedad~~, contribuyó con una carcomida espetera para colgar los abrigos, un mudo reloj de campana, una Anunciación ingenuamente labrada por un pastor en piedra de toba, un aguamanil y el viejo fonógrafo heredado de su abuelo con toda su munición. Peter decoró la buhardilla con una serie de grabados ingleses de barcos y batallas navales, un mascarón de proa representando una opulenta sirena sosteniendo en sus brazos una galera bastarda a punto de zozobrar, ~~en un mar tumultuoso~~, más la inspirada obra de sus manos: corbetas, fragatas, bergantines y media docena de botellas y frascos, de diversos tamaños, con barcos prisioneros. Dámaso Valentín, además del local, aportó una licorera azul con vasos a juego, un antiguo buró sin cubierta y una estantería de madera de embero para colocar libros y recuerdos. Finalmente, Eduardo Custodio, cuya casa había constituido hasta entonces el centro de reunión de la pandilla, consiguió de don Colomán III y doña Loreto, consternados con su alejamiento, un platero de vieja madera de pino, un arcón de nogal y un escañil de cinco plazas. Doña Loreto y don Colomán III celebraron con los chicos el nacimiento del Club (como desde un principio denominaron a la buhardilla) con una merienda, festejo que facilitó a Eduardo el montaje de uno de sus números habituales, al presentar a su madre un pantalón con el tiro desgarrado. Doña Loreto se fingió escandalizada: "Pero, mira donde ha ido a romper los pantalones este chico". (Y levantaba en alto, la prenda, mostrándola a la concurrencia). Entonces Eduardo, serio, circunspecto, los carnosos párpados entornados, respondió resignado: "Es el calibre, mamá. ¿Qué quieres que yo le haga?" Eduardo Custodio jugaba esta baza (la de la audacia y familiaridad con sus mayores) con oportunidad, persuadido, de que dada su torpeza de remos era esto lo que le otorgaba una cierta preeminencia dentro del grupo, preeminencia que venía a compartir con Peter y que, andando el tiempo, se decantó decididamente a favor de Fortunato Delgado, Tato, último miembro del Club, un muchacho atlético, procedente del Instituto, campeón provincial de natación e introductor en la ciudad del waterpolo, al que jugaba con una cinta roja en la cabeza para impedir que sus cabellos rubios, casi albinos, planchados hacia atrás, se

tridido por las aportaciones de los muchachos, cada día más encerrados en
su Club. Gervasio, el más entusiasta, de la nueva, contribuyó con una carca-
da espetera para colgar los arbigos, un mudo reloj de campana, una Anunciación
ingenuamente fabricada por un pastor en piedra de toba, un aguamanil y el visto-
fotógrafo heredado de su abuelo con toda su munición. Peter decoró la buhar-
la con una serie de grabados ingleses de barcos y batallas navales, un mosca-
rón de proa representando una opulenta sirena sosteniendo en sus brazos una ga-
lera pastada a punto de zozocar, en un mar tempestuoso, más la inscripciones sobre
de sus manos: corbetas, fragatas, bergantines y media docena de botellas y frus-
cos de diversos tamaños, con barcos prisioneros. Dámaso Valentin, además del
local, aportó una licorera azul con vasos a juego, un antiguo buró sin cubierta
y una estantería de madera de ébano para colocar libros y recuerdos. Finalmen-
te, Eduardo Custodio, cuya casa había constituido hasta entonces el centro de
reunión de la pandilla, consiguió de don Colmán III y doña Loreto, consensua-
dos con su asentamiento, un platero de vieja madera de pino, un arcón de nogal
y un escalón de cinco ptales. Doña Loreto y don Colmán III celebraron con los
chicos el nacimiento del Club (como desde un principio denominaron a la buhar-
dilla) con una merienda, festivo que facilitó a Eduardo el montaje de uno de
sus números habituales, al presentar a su madre un pantalón con el tiro desga-
rado. Doña Loreto se fingió escandalizada: "Pero, mira donde ha ido a romper
los pantalones este chico". (Y levantada en alto, la prenda, mostrándola a la
concurrida). Entonces Eduardo, serio, circunspecto, los carnosos párpados en-
fomados, respondió resignado: "Es el calibre, mamá. Qué quieres que yo le ha-
ga?" Eduardo Custodio jugaba esta baza (la de la audacia y familiaridad con
sus mayores) con oportunidad, persuasiva, de que daba su torpeza de remos era
esto lo que le otorgaba una cierta preeminencia dentro del grupo, preeminencia
que venía a compartir con Peter y que, andando el tiempo, se decantó decisiva-
mente a favor de Fortunato Delgado. Este, último miembro del Club, un muchacho
atlético, procedente del Instituto, campeón provincial de natación e introduc-
tor en la ciudad del waterpolo, al que jugaba con una cinta roja en la cabeza
para impedir que sus cabellos rubios, casi albinos, pichados hacia atrás, se

le vinieran a los ojos. Su noble estatura, sus fornidas espaldas, el mentón pugnaz, las mandíbulas poderosas, le imprimían una engañosa apariencia de agresividad, puesto que Tato Delgado era el muchacho menos violento de la ciudad, un ser asedado, seráfico, que se azoraba con las chicas y, ^{que} (en el Club, distraía los tiempos muertos haciendo solitarios con la baraja mientras entonaba a media voz conocidos fragmentos de zarzuela.

La inteligencia de Peter y la fuerza de Tato se complementaron desde el primer día. Peter hallaba en Tato agilidad y potencia física, y Tato, en Peter destreza y reflexión. Peter había trasladado al Club su taller de marquetería y allí, bajo la lucerna, acompañado por la musiquita desgarrada del fonógrafo ("Aida" o las Sinfonías de Beethoven), armaba corbetas y acorazados con sus pequeñas manos pecosas, sin otro modelo que un dibujo o una fotografía, ^{mientras} ~~en tanto~~, sus compañeros, jugaban interminables partidas de poquer. ~~o de julepe~~. En ocasiones, cansados de los naipes, se agrupaban en torno ^{suyo,} ~~a él~~, recreándose en su minucioso quehacer, ^{la} ~~su~~ mañosa manipulación de piezas diminutas (briznas, hebras, alfileres, cerillas, mondadientes) que él combinaba con gracia hasta igualar el patrón. Insensiblemente, Gervasio y sus amigos iban familiarizándose con la técnica naval, incorporando términos marinos a su reducido vocabulario (proa, popa, babor, estribor, cofa, castillo, toldilla, eslora, portalón, combés, jarcias, puntal), adentrándose, sin darse cuenta, en un mundo nuevo, remoto y atrayente. Pero ^{avien} ~~el que~~ mayor interés mostraba por el trabajo de Peter era Tato Delgado, el nuevo amigo, campeón de braza y waterpolista distinguido, para quien la vocación resuelta de aquel hacia la Armada constituía motivo de admiración:

- En cuanto cumpla los diecisiete me enrolaré en la Marina. Después, una vez que ^{acabe} (la guerra, ~~acabe~~, ingresaré en la Escuela Naval. Yo quiero ser marino como mi abuelo.

Sin pretenderlo, Peter iba desarrollando una labor de proselitismo que paso a paso captaba a sus compañeros de Club. Tato Delgado fué el primero ^{convertido,} ~~en sucumbir~~, al menos el primero en manifestarlo. Abierto a cualquier novedad, halló en la profesión elegida por Peter un trasfondo deportivo-aventurero muy acorde con su temperamento. Inició su colaboración con Peter en el pequeño arsenal, incluso reali-

la vinieran a los ojos. Su noble estatura, sus fornidas espaldas, el mentón
pugnaz, las mandíbulas poderosas, le imprimían una engañosa apariencia de agre-
sividad puesto que Tato Delgado era el muchacho menos violento de la ciudad, un
ser asedado, sarcástico, que se atoraba con las chicas y, en el Club, discurría
los tiempos muertos haciendo solitarios con la baraja mientras escuchaba a me-
dia voz conocidos fragmentos de zarzuela.

La inteligencia de Peter y la fuerza de Tato se complementaron desde el
primer día. Peter hablaba en Tato agilidad y potencia física, y Tato, en Peter,
destreza y reflexión. Peter había trasladado al Club su taller de carpintería
y allí, bajo la lucerna, acompañado por la mustiña desgarrada del fonógrafo
"Aída" o las Sinfonías de Beethoven, armaba corbatas y acorazados con sus pe-
queñas manos pecosas, sin otro modelo que un dibujo o una fotografía, en tanto
sus compañeros, jugaban interminables partidas de póquer. En ocasiones
nes, cansados de los naipes, se agrupaban en torno a él, recreándose en su mi-
nucioso quehacer, su mansa manipulación de piezas diminutas (brincos, hebras,
alfileres, cerillas, mondadientes) que él combinaba con gracia hasta igualar el
patrón. Inmensamente, Gervasio y sus amigos iban familiarizándose con la téc-
nica naval, incorporando términos marinos a su reducido vocabulario (proa, popa,
cabot, estribor, cofa, castillo, toldilla, eslor, portazón, combés, jarcias, pun-
tal), adentrándose, sin darse cuenta, en un mundo nuevo, remoto y extraño. Pe-
ro el mayor interés mostraba por el trabajo de Peter era Tato Delgado, el que
yo amigo, campeón de brasa y waterpolista distinguido, para quien la vocación re-
suelta de aquel hacia la Armada constituía motivo de admiración:

- En cuanto cumplí los diecisiete me enrolé en la Marina. Después, una
vez que la guerra ^{estalló}, ingresé en la Escuela Naval. Yo quiero ser marino co-
mo mi abuelo.
Sin pretenderlo, Peter iba desarrollando una labor de proselitismo que paso
a paso captaba a sus compañeros de Club. Tato Delgado fue el primero en sumarse
al menos el primero en manifestarlo. Aterro a cualquier novedad, halló en la pro-
fesión elegida por Peter un trasfondo deportivo-aventurero muy acorde con su tem-
peramento. Inició su colaboración con Peter en el pequeño arsenal, incluso reali-

zaba bajo su dirección, sencillos trabajos por su cuenta. Denotaba una paciencia abacial y un fervor pueril. El ^{pavlatino} progresivo desarrollo de un bergantín en el seno de una botella, a base de minúsculos elementos de corcho y madera, valiéndose de unas largas pinzas plateadas que se movían dentro del vidrio con la habilidad de una mano, le fascinaba. Al propio tiempo, escuchaba boquiabierto las historias de batallas navales que Peter relataba, de tal manera que éste, consciente de la pasión creciente de sus amigos por las cosas del mar, fué incorporando al Club, colecciones de libros sobre temas marineros, desde Salgari hasta Conrad.

A los tres meses de conocer a Peter, Tato Delgado era ya su mejor amigo, armar barcos su pasatiempo ^{favorito,} predilecto, Motín a bordo su libro de cabecera y su vocación decidida, el mar. Unos meses mayores que el resto de los amigos, Tato Delgado y Eduardo Custodio fueron los primeros en cursar instancias a la Comandancia de Marina de El Ferrol, solicitando su ingreso en la Armada como marineros voluntarios. La redacción de las instancias, un puro trámite burocrático, constituyó, sin embargo, un acto comunitario, y, hasta el momento, la más gloriosa efemérides del Club.

Una atardecida luminosa y cruda, el crepúsculo rojo sobre la fronda rumbosa del parque, Gervasio comunicó a Manena Abad sus propósitos:

- Voy a enrolarme en la Armada, ¿sabes?. Mis amigos y yo tripularemos una lancha torpedera, y, cuando la guerra acabe, expondremos las medallas que ganemos en una vitrina, en el Club.

Afecto a la acción individual o de pequeños grupos, el destino a una lancha rápida fué la condición impuesta por Gervasio para solicitar su ingreso en la Armada, condición unánimemente aceptada no ya solo por complacer al amigo, sino porque la torpedera representaba mejor que nada el espíritu de aventura que movía a todos ellos. Por su parte, transcurrido año y medio de guerra, Gervasio proseguía abstrayéndose semanalmente en el programa "Al paso alegre de la paz", gozándose en sus crispaciones, y aunque el escenario que la música inspiraba variaba cada día, desde su reciente decisión, prevalecía el mar, el ataque de una pequeña lancha, tripulada por el grupo, contra un gigantesco acora-

zaba bajo su dirección, sencillos trabajos por su cuenta. Benotada una pacien-
 cia abacial y un fervor peculiar. El progresivo desarrollo de un bergantín en el
 seno de una botella, a base de minúsculos elementos de corcho y madera, valían-
 dose de unas largas pinzas plateadas que se movían dentro del vidrio con la ha-
 bilidad de una mano, le fascinaba. Al propio tiempo, escuchaba popurrís de las
 historias de batallas navales que Peter relataba, de tal manera que éste, cons-
 ciente de la pasión creciente de sus amigos por las cosas del mar, fue incorpo-
 rando al Club colecciones de libros sobre temas marítimos, desde Salgari hasta
 Conrad.

A los tres meses de conocer a Peter, Tato Delgado era ya su mejor amigo.
 amara barcos su pasatiempo predilecto. Motivó a bordo su libro de cabecera y
 su vocación decidida, al mar. Unos meses mayores que el resto de los amigos. Ta-
 to Delgado y Eduardo Custodio fueron los primeros en cursar instancias a la Co-
 mandancia de Marina de El Ferrol, solicitando su ingreso en la Armada como ma-
 rinos voluntarios. La redacción de las instancias, un puro trámite burocráti-
 co, constituyó, sin embargo, un acto comunitario y hasta el momento, la más
 gloriosa efeméride del Club.

Una atardecida luminosa y cruda, el crepúsculo rojo sobre la fronda rono-
 rosa del parque, Gervasio comunicó a Menéndez sus propósitos.
 "Voy a enrolarme en la Armada, ¿sabéis? Mis amigos y yo tripularemos una
 lancha torpedera, y cuando la guerra acabe, expondremos las medallas que gane-
 mos en una vitrina, en el Club."

Afecto a la acción individual o de pequeños grupos, el destino a una lan-
 cha rápida fue la condición impuesta por Gervasio para solicitar su ingreso en
 la Armada, condición unánimemente aceptada no ya sólo por complacer al amigo,
 sino porque la torpedera representaba mejor que nada el espíritu de aventura
 que movía a todos ellos. Por su parte, transcurrido año y medio de guerra, Ger-
 vasio prosiguió estrayéndose semanalmente en el programa "Al paso alagor de
 la paz", gozándose en sus crisis, y siempre el escenario que le música ins-
 piraba variada cada día, desde su reciente decisión, preveía el mar, el azar,
 que de una pequeña lancha, tripulada por el grupo, contra un gigantesco acoraz-

zado, concretamente el Jaime I. (~~David contra Goliat, el enano contra el coloso~~).

En sus ensueños, todo estaba organizado con método: Eduardo al timón, Damasi- to de observador, Tato y él en los tubos lanzatorpedos, Peter a proa, dirigen- do la operación. Hurtándose a las ráfagas de ametralladora, amparada en las ti- nieblas, la lancha embestía de proa al acorazado, y a treinta metros de distan- cia, Eduardo metía caña a babor, viraje que Tato y él aprovechaban para lanzar los dos torpedos contra la línea de flotación del monstruo. Vivía emocionadamen- te cada fase de la ofensiva, (aproximación audaz, virada violenta a babor, lan- zamiento de torpedos, explosión estruendosa, retirada) y una vez cumplida la misión, la arribada a puerto, ante una multitud enfervorizada, Manena Abad en primera fila, ovacionando a los héroes. Desde que Tato y Eduardo cursaron sus instancias era ésta la acción que Gervasio fantaseaba con mayor recogimiento las mañanas de los miércoles:

- ¿De veras vas a ser héroe?

- Quiero serlo para que tu me veas

- ¡Pero eso es imposible! A las chicas no nos dejan ir a la guerra.

La mirada azul, vírgen, asombrada, de la muchacha se prendía de la suya, y Gervasio la sostenía y, sin nada más que añadir, apretaba su pequeña mano con fuerza, hasta que ella se quejaba:

- Quitá. Me haces daño.

El crudo y largo invierno dió ocasión de recordar a papá Telmo con motivo de sus frecuentes peticiones de prendas de abrigo para combatir el frío. Gerva- sio había acabado por asumir la privación de libertad de su padre como un hecho natural, pero le encorajinaba la cutre terquedad con que se aferraba a ideas pe- riclitadas, en las que no creía ya, según afirmaba su hermana Crucita, ninguna familia de fuste de la ciudad:

- Ya no le quiero, te lo juro. Me da igual lo que le pueda pasar. Si le mando unas letras es por no disgustar a mi madre. "Estoy bien", "me alegra que estés bien". Eso es todo. No tengo más que decirle.

- No debes hacer eso; al fin y al cabo es tu padre

Gervasio volvía indolentemente la cabeza hacia ella:

zado, concretamente el Jaime I, ~~había concurrido al~~ ~~al menos con el~~

En sus ensayos, cada estado organizaba con motivo: Eduardo el Grande, Damián,

to de observar, Tato y él en los tubos fantasmagóricos, Betar a pros, dirigien-

de la operación, Hurtándose a las ráfagas de ametralladora, amparada en las ti-

nieblas, la jancha embista de pros al acorazado, y a treinta metros de distan-

cia, Eduardo metía caña a babor, viraje que Tato y él aprovechaban para lanzar

los dos torpedos contra la línea de flotación del monstruo. Vivia emocionadamen-

te cada fase de la ofensiva, (aproximación audaz, virada violenta a babor, lan-

zamiento de torpedos, explosión estruendosa, retirada) y una vez cumplida la

misión, la arribada a puerto, ante una multitud entorpecida, Manana Abad en

primeras filas, ovacionando a los héroes. Desde que Tato y Eduardo curaron sus

instancias era ésta la acción que Gervasio fantaseaba con mayor recogimiento

las mañanas de los miércoles.

- ¡De veras vas a ser héroe!

- Quiero serlo para que tú me veas.

- ¡Pero eso es imposible! A las chicas no nos dejan ir a la guerra.

La mirada azul, virgen, azorada, de la muchacha se prendía de la suya, y

Gervasio la sostenía y, sin nada más que añadir, apretaba su pequeña mano con

fuerza, hasta que ella se quedaba:

- Quitas. Me haces daño.

El crudo y largo invierno dió ocasión de recordar a papa Jaime con motivo

de sus frecuentes peticiones de prendas de abrigo para combatir el frío. Gervasio

esto había acabado por asumir la privación de libertad de su padre como un hecho

natural, pero le encorquinaba la curia torpedada cuando se aterraba a ideas pe-

ricitadas, en las que no creía ya, según afirmaba su hermana Crucita, ninguna

familia de fuste de la ciudad:

- ¡Ya no le dadero, te lo juro. Me da igual lo que te pueda pasar. Si te

mando unas letras es por no disgustar a mi madre. "Estoy bien", "me alegro que

estés bien". Eso es todo. No tengo más que decirte.

- No debes hacer eso; si fin y al cabo es tu padre

Gervasio veía indolentemente la cabeza hasta ellas:

- ¿Te parece mejor que le engañe? ¿Que me invente cada sábado una historia para enternecerle?

Tanto como la actitud de papá Telmo hacia la Causa, sorprendía a Gervasio, la de mamá Zita y los tíos respecto a papá Telmo. Los tres consideraban no ya aceptable, sino providencial su prisión. Su arresto, avalado por las estrellas de tío Felipe Neri, suponía la supervivencia. ¿Qué más podían desear? Sus hermanas Cruz y Flora, distraídas por el ^{cambiante} ~~rico~~ (anecdotario de la contienda, olvidaban el pasado inmediato, pero mamá Zita y sus hermanos tenían demasiado próximas las muertes de los tíos Norberto y Adrián, de Daniel Ovejero y de tantos otros) (convecinos, como para no sentirse afortunados. Tía Macrina, en cambio, desde la visita de su cuñada Esperanza, apenas abría la boca, tan solo de vez en cuando ^{contiguos} dejaba caer como al azar, mirando descaradamente ~~con sus ojos juntos~~ (a tío Felipe Neri, que "Telmo, en esta zona, pese a ser más significado, había tenido más suerte que sus hermanos en ^{la roja} ~~Madrid~~". Gervasio, al oirla, se ^{avergonzaba,} ~~sofocaba,~~ pues resultaba evidente que, en tanto tío Felipe Neri permaneciera junto a ellos, la vida de papá Telmo estaba garantizada. Pero el hecho de que su padre se prevaleciera de esta ventaja no solo para seguir viviendo, sino para zaherir a la Cruzada, arguyendo que algún día los rebeldes pagarían su delito, o el próximo retorno del país a lo que él llamaba normalidad, le sacaba de sus casillas.

Una mañana de febrero, el aullido de la sirena de la Estación, anunció la irrupción de aviones enemigos sobre la ciudad. Los estampidos encadenados de las bombas, sorprendieron a Gervasio en la escalera, camino del sótano de palacio (la bodega de su bisabuelo Lucio, diez lustros atrás) habilitado como refugio antiaéreo. ^{Sonaban} ~~Retumbaban~~ las explosiones rotas, desgarradas, y, en las pausas, el atiplado tableteo de las ametralladoras de la Catedral y las andanadas de los cuatro cañones empotrados por el Regimiento de Artillería en las afueras de la ciudad. Era un duelo atronador, como una tormenta estival, que, al concluir, dejó calles y plazuelas desiertas, sumidas en un silencio polvoriento, que las improvisadas ambulancias desafiaban haciendo sonar nerviosamente sus bocinas. Desde la Glorieta del Angel se elevaba una negra columna de humo que Gervasio, tomó como referencia. En la plaza, grupos de gente comentaban la agresión, ha-

... Te parece mejor que le engañes? Que me invente cada sábado una historia...

... para entretenerlas?

Tanto como la actitud de papá Telmo hacia la Casa, sorprendida a Gervasio la de mamá Lita y los otros respecto a papá Telmo, los tres consideraban no ya aceptable, sino providencial su prisión. Su arresto, avalado por las espaldas de tío Felipe Neri, suponía la supervivencia. ¿Qué más podían desear? Sus hermanas Cruz y Flora, distraídas por el ^{casual} aniversario de la contienda, olvidaron el pasado inmediato, pero mamá Lita y sus hermanas tenían demasiado presente las muertes de los tios Horberto y Adrián, de Daniel Ovejero y de tantos otros, como para no sentirse afortunadas. Tía Martina, en cambio, desde

la visita de su cuñada Esperanza, apenas abrió la boca, tan solo de vez en cuando dejaba caer como al azar, mirado despectivamente con sus ojos ^{avanzados} hacia el tío Felipe Neri, que "Telmo, en esta zona, pese a ser más significante, había tentado más suerte que sus hermanos en ^{la zona} ~~había~~. Gervasio, al oírlo, se acordaba,

luego resultaba evidente que, en tanto tío Felipe Neri permaneciera junto a ellos, la vida de papá Telmo estaba garantizada. Pero el hecho de que su padre se presentara de esta manera no solo para seguir viviendo, sino para saber a la Cruzada, arguyendo que algún día los rebeldes pagarán su delito, o el próximo retorno del país a lo que él llamaba normalidad, le sacaba de sus casillas.

Una mañana de febrero, el ruido de la sirena de la estación, anunció la irrupción de aviones enemigos sobre la ciudad. Los estambidos encadenados de las bombas sorprendieron a Gervasio en la escalera, camino del sótano de papá Telmo. La bodega de su despacho, luego de haber sido habitada como refugio anterior. Retumbaban las explosiones rotas, desgarradas, y, en las pausas, el ruido tapado de las ametralladoras de la Guardia y las ametralladoras de los cuatro cañones empujados por el Regimiento de Artillería en las afueras de la ciudad. Era un duelo atronador, como una tormenta estival, que, al concluir, dejó calles y plazas destrozadas, sumidas en un silencio polvoriento, que las improvisadas ambulancias desfilaban haciendo sonar nerviosamente sus bocinas. Desde la Gloria del Ángel se elevaba una negra columna de humo que Gervasio tomó como referencia. En la plaza, grupos de gente contemplaban la agresión, ha-

cían cábalas sobre el número de víctimas, hablaban de la muerte de cinco niños en una escuela, y reclamaban un chivo expiatorio. Un hombre de edad, con camisa azul y corbata negra bajo el gabán, agitó un bastón y gritó con toda su alma:

- ¡A la Plaza de Toros!

El gentío afluía a la glorieta por las seis bocacalles radiales y, en contados segundos, se convirtió en una muchedumbre que vociferaba enloquecida:

- ¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

La voz se extendía, se generalizaba, y la humareda, a un costado, iba disolviéndose, achatándose, conformando un hongo agrisado y denso. Encaramado en el capó de un automóvil, estacionado en el centro de la glorieta, el falangista de segunda línea arengaba a la multitud esgrimiendo su bastón, sugiriendo la posibilidad de fusilar a cinco prisioneros por cada víctima inocente, oferta que la muchedumbre acogía con aplauso, y en su paroxismo cerril repetía:

- ¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

Tan pronto la masa, ciega de cólera, se puso en movimiento, Gervasio admitió que la amenaza podría cumplirse, que aquella multitud ^{enloquecida} ~~convulsa~~ era muy capaz de desarmar a la guardia de la Plaza, conquistar ^{esta} ~~la~~ y pasar por las armas a los prisioneros. Entonces se abrió paso a codazos entre el gentío, accedió al parque y echó a correr, procurando adelantar a la manifestación, insensatamente convencido de que de su anticipación dependía la vida de su padre. "Que no le maten, Dios mío; que no le maten", se decía mientras corría. Y en su mente aparecía la imagen de papá Telmo, pero no en bata blanca ni con americana y corbata, sino con su invariable pijama rayado ("de presidiario", pensaba ahora), el chato rostro enjabonado, los juanetudos piés sobre las húmedas baldosas del baño, como desde niño estaba acostumbrado a verle cada mañana. Y, superpuestas a esta imagen, las espectrales de los tíos Norberto y Adrián, los dientes largos y amarillos, bragas y sostenes, orlados de delicadas puntillas, cubriendo su flaca desnudez, a caballo de la Norton. Herían sus oídos los aullidos intermitentes de la manifestación, los pitidos de los cláxones de los automóviles que la encabezaban y, como si ello supusiera un acicate, aceleró su carrera hasta que,

eran cábalas sobre el número de víctimas, hablaban de la muerte de cinco niñas en una escuela, y reclamaban un crivo epistolar, un nombre de edad, con casi sa azul y corbata negra bajo el gasón, agité un bastón y gritó con toda su ma-

- ¡A la Plaza de Toros!

El gentío afluyó a la glorieta por las seis bocanillas radiales y, en con- tados segundos, se convirtió en una muchedumbre que vociferaba entusiasmada:

- ¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

La voz se extendió, se generalizó, y la humareda, a un costado, iba di- solviéndose, achátándose, conformando un hongo agrisado y denso. Encaramado en el capó de un automóvil estacionado en el centro de la glorieta, el falangista de segunda línea arrojaba a la multitud esgrimiendo su bastón, sugiriendo la posibilidad de fusilar a cinco prisioneros por cada víctima inocente, oferta que la muchedumbre acogió con anhelo, y en su paroxismo cerró repetidas:

- ¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

Tan pronto la masa, ciega de cólera, se puso en movimiento, Gervasio admitió que la amenaza podría cumplirse, que aquella multitud gervasista era muy ca- paz de desarmar a la guardia de la Plaza, conquistarla y pasar por las armas a los prisioneros. Entonces se abrió paso a cobazos entre el gentío, accedió al parque y echó a correr, procurando adelantarse a la manifestación, insensiblemente convencido de que de su anticipación dependía la vida de su padre. "Que no le maten, Dios mío; que no le maten", se decía mientras corría. Y en su mente apa- recía la imagen de papá Telmo, pero no en bata blanca ni con americana y corba- ta, sino con su invariable pijama rayado ("de presidente", pensaba ahora), el chato rostro entazonado, los juveniles plés sobre las húmedas baldosas del pa- ño, como desde niño estaba acostumbrado a verla cada mañana. Y superpuestas a esta imagen, las espectrales de los tíos Norberto y Adrián, los dientes largos y amarillos, bragas y sostenes, orlados de delicadas puntillas, cubriendo su fla- ca desnudez, a caballo de la Norton. Herían sus oídos los silbidos intermiten- tes de la manifestación, los gritos de los claxonos de los automóviles que se encapuzaban y, como si ello supusiera un escape, aceleró su carrera hasta que

al alcanzar la última esquina y divisar la Plaza de Toros al fondo de la explanada, sintió un puntazo doloroso en el costado y entonces se refrenó, se puso al paso, resollando. Le adelantaron dos camiones con Guardias de Asalto y, ante la prisión, se apearon, y enlazados por los brazos, formaron un cordón protector, cabe las garitas de los centinelas, las tercerolas prestas. Arriba, en lo alto del anillo, las dotaciones de las ametralladoras se apresuraban a tomar posiciones. El rumor de la manifestación aumentaba y cuando divisó los dos automóviles que la precedían doblando la esquina, empezó a temblar, temeroso de que no hubiese en el mundo fuerza capaz de detenerlos. La distancia entre la muchedumbre que avanzaba vociferando, flameando banderas, y la doble fila de guardias se reducía a ojos vistas y una vez que los primeros manifestantes toparon con ellos se produjo un forcejeo tenaz, con ese ardor ^{teatral} aparente que se ^{tras-}observa ^{luz de} en toda confrontación en la que asaltantes y defensores se saben, en definitiva, ^{correligionarios y participes de una misma causa.} camaradas. Empero, Gervasio contemplaba angustiado el choque desde una pequeña prominencia, temiendo que guardias y centinelas terminaran cediendo y, en su fuero interno, se repetía: "Que no le maten, Dios mío; que no le maten". El empuje disuasorio de los defensores, con ribetes de exhibicionismo, las tercerolas cruzadas sobre el pecho, conseguía pasajeros repliegues de los asaltantes, mas cuando desde lo alto del anillo una ametralladora disparó varias ráfagas intimidadoras y el oficial de guardia, desde uno de los vanos del piso alto de la Plaza, reclamó calma a través de un megáfono, remitió el tropel, la multitud se detuvo y quedó a la expectativa, circunstancia que aprovechó el oficial, para prometer a los ciudadanos "justamente indignados por el execrable crimen" que este no quedaría impune y las víctimas inocentes serían vengadas, pero en tanto el alto mando decidía el "cómo" y el "cuándo", ellos, dando pruebas de patriotismo, deberían deponer su actitud, replegarse y cejar en sus pretensiones de linchamiento o de tomarse la justicia por su mano. La multitud, aplacada por la larga marcha, halagada por aquel torrente oratorio desatado por su causa, consciente, en fin, de su fuerza (delegada ahora en aquel bizarro oficial que les había dirigido la palabra) aplaudió, primero con timidez, después con calor, prorrumpiendo en vivas y mueras, hasta que paulatinamente se fué dispersando, reculando, iniciando la retirada en pequeños grupos hacia la

al alcanzar la última espina y divisar la plaza de toros al fondo de la explanada, sintió un puntazo doloroso en el costado y entonces se retiró, se puso al paso, resolviendo. Le adelantaron dos camiones con Guardias de Asalto y, ante la prisión, se abrieron y enlazados por los brazos, formaron un cordón protector, cabe las garitas de los centinelas, las tercerolas prestas. Arriba, en lo alto del anillo, las dotaciones de las ametralladoras se apresuraban a tomar posiciones. El rumor de la manifestación aumentaba y cuando divisó los dos soldados que la precedían doblando la esquina, empezó a temblar, temeroso de que no hubiese en el mundo fuerza capaz de detenerlos. La distancia entre la muchedumbre que avanzaba vociferando, llamando banderas, y la doble fila de guardias se redujo a ojos vistas y una vez que los primeros manifestantes tocaron con ellos se produjo un forcejeo feo, con ese ardor aporreado que se observa en toda confrontación en la que asaltantes y defensores se abren, en definitiva, camuflados. Empuro, berros, contempnidos angustiado el choque desde una pedruzca prominente, temiendo que guardias y centinelas terminaran cediendo y, en su fuero interno, se repetía: "Que no le maten, Dios mío; que no le maten". El empuje disuasorio de los defensores, con ribetes de exhibicionismo, las tercerolas cruzadas sobre el pecho, conseguía pasajeros respaldos de los asaltantes, mas cuando desde lo alto del anillo una ametralladora disparó varias ráfagas intimidadoras y el oficial de guardia, desde uno de los vanos del piso alto de la plaza, reclamó calma a través de un megáfono, rompió el tropel. La multitud se detuvo y quedó a la expectativa, circunstancia que aprovechó el oficial para prometer a los ciudadanos "justamente indignados por el execrable crimen" que este no quedaría impune y las víctimas inocentes serían vengadas, pero en tanto el alto mando decidía el "cómo" y el "cuándo", ellos, dando pruebas de patriotismo, deberían deponer su actitud, repensarse y cesar en sus tentativas de linchamiento o de tomarse la justicia por su mano. La multitud, alabada por la larga marcha, halagada por aquel torrente oratorio desatado por su fuerza (desagada ahora en aquel bizarro orificio) que les había dirigido la palabra, aplaudió, primero con tímidos, después con calor, prorumpiendo en vivas y mueras, hasta que paulatinamente se fue dispersando, recuando, iniciando la retirada en pequeños grupos hasta la

ciudad, aplacado su impulso homicida.

Durante los meses siguientes se repitieron los bombardeos, bombardeos fútiles, sin otra finalidad, al parecer, que amedrentar a la población civil y recordarle que el país estaba en guerra y que, ocasionalmente, el enemigo había sido localizado allí. La reacción del vecindario era cada vez menos hirsuta, más mansa, como si al fin hubiera aceptado que era aquel un riesgo normal y aunque las hablillas de revanchas y sacas vindicativas continuaban circulando no había posibilidad de confirmarlas, ni de desmentirlas. Los comerciantes tomaban resignadamente sus precauciones, rodeando sus establecimientos de sacos terreros, cruzando las vitrinas con cintas adhesivas para evitar el astillamiento de los cristales, mientras Protección Civil, acondicionaba como refugio los sótanos de los edificios más altos o sólidos de la ciudad. En sus ocasionales visitas al de palacio, Gervasio había asistido a escenas de pánico colectivo que, a su juicio, minaban la moral bélica de la retaguardia. Y, con objeto de mitigarlos y, al propio tiempo, dominar su propio miedo, decidió poner en práctica un sistema para ahuyentar los demonios que desde tiempo atrás venía rondándole la cabeza: cantar, cantar con toda la fuerza de los pulmones, hasta ahogar el estruendo exterior, los estampidos de las bombas y los cañones, y, en consecuencia, serenar los ánimos de los refugiados. Consciente del apocamiento del grupo, él mismo iniciaba los himnos y de pié, los brazos en alto, dirigía el coro, exigiendo cada vez más voz, hasta colmar el antro de encendidos gritos patrióticos:

- Soy valiente y leal legionario

soy soldado de brava legión,

sufre el alma doliente calvario,

que en el fuego busca redención...

Azorados, vergonzantes, los refugiados iban uniéndose al coro, venciendo su cordedad inicial, pretendiendo sofocar con sus voces la crepitación de las bombas:

- ¡Más alto, más alto! -reclamaba Gervasio

El sótano llegaba a ser un clamor:

188

durante los meses siguientes se repitieron los bombardeos, bombardeos fútiles, en una finalidad, al parecer, que amedrentar a la población civil y recordarle que el país estaba en guerra y que, ocasionalmente, el enemigo había sido localizado allí. La reacción del vecindario era cada vez menos hiriente, más mansa, como si el hubiera aceptado que era aquí un riesgo normal y aunque las habilidades de revanchas y sacas vindicativas continuaban circulando no había posibilidad de continuas, ni de desmentirías. Los comerciantes tomaban resignadamente sus precauciones, robando sus establecimientos de sacos terrosos, cruzando las vitrinas con cintas adhesivas para evitar el estallamiento de los cristales, mientras la población civil se acondicionaba como refugio los sótanos de los edificios más altos o salidas de la ciudad. En sus ocasionales visitas al de palacio, Gervasio había estado a escenas de pánico colectivo que, a su juicio, miraban la moral débil de la república. Y, con objeto de mitigar, y, al propio tiempo, dominar, su propio miedo, decidió poner en práctica un sistema para ahuyentar los demonios que desde tiempo atrás venía rondándole la cabeza: cantar, cantar con toda la fuerza de los pulmones, hasta ahogar el estruendo exterior, los estampidos de las bombas y los cañones, y, en consecuencia, serenar los ánimos de los refugiados. Consiguientemente del espectáculo del grupo, él mismo iniciaba los himnos y de pie, los brazos en alto, dirigía el coro, exigiendo cada vez más voz, hasta colmar el vacío de los gritos patrióticos:

soy valiente y leal legionario
soy soldado de brava legión,
sufre el alma doliente calvario,
que en el fuego busca redención.

levantados, verborrágicos, los refugiados iban uniéndose al coro, venciendo su coraje tímido, pretendiendo sofocar con sus voces la crepitación de las bombas:
- ¡Más alto, más alto -reclamaba Gervasio
El silencio llegaba a ser un clamor.

- ¡Viva España!, nuestro lema será,
los que por ella estamos dispuestos a dar la vida,
¡Viva España!, es el grito viril
de nuestra juventud de patriotismo enardecida...

Relevantes los tendones del cuello, las gargantas tensas, enronquecían, en una arrogante manifestación de desafío a los agresores. Ahuyentado el miedo, era como si ellos mismos con sus canciones, participasen activamente en la represión del ataque, de tal forma que Gervasio, durante las alarmas aéreas, llegó a ser una presencia inexcusable en el sótano de palacio, entre sus humildes convecinos. Una vieja flaca y escorada, cubierta con un mantón negro, incluso los meses de verano, le requería impaciente antes de que empezara el traqueteo de las bombas, los cañones y las ametralladoras:

- Venga, Gervasito, majo; canta antes de que nos entre el miedo y nos ensuciemos todos por los rincones.

Formaban corro en torno suyo, un corro apretado, solidario, unívoco, fraternal. Gervasio, las manos en alto, ^{mencionaba,} ~~facilitaba~~ el título de la marcha y ^{facilitaba} ~~daba~~ _{el tono:} "La fiel Infantería", "El novio de la muerte", "Ardor guerrero...".

Todas valían, en especial las que constituían el repertorio del programa "Al paso alegre de la paz". Empezar por un himno o por otro, ^{era irrelevante; a los pocos minutos} ~~nada significaba; al po-~~ ~~co rato~~ se había creado allí, en aquel antro ahogado, húmedo, bajo de techo, preservado del exterior por piedras sillares, un núcleo de resistencia ante el enemigo muy difícil de acallar.

Una noche, sorprendido por la alarma mientras dormía, bajó al refugio en pijama, envuelto en una manta ^{abigarrada,} ~~de vivos tonos~~ y al observar en derredor suyo las pobres gentes en ropas de noche, una chispa de esperanza en sus ojos, su fértil imaginación voló a las catacumbas, se vió pastoreando un grupo de conversos, hostigados por el emperador, entonando cánticos a su Dios, a sabiendas de que, acto seguido, él y sus seguidores sucumbirían en el circo, despedazados por los leones. La emoción del momento temblaba en sus labios; el coro de cantores, sumiso a los movimientos de sus manos, a la voz (que paulatinamente se iba enardeciendo) de su garganta, le conmovía. Y cuando inició la estrofa Por ir a tu

Viva España!, nuestro lema será,

los que por ella estamos dispuestos a dar la vida.

Viva España!, es el grito viril!

de nuestra juventud de patriotismo enardecida...

Relevantes los tendones del cuello, las gargantas tensas, enardecidas, en una imponente manifestación de desafío a los agresores. Aumentado el miedo, se va como si ellos mismos con sus canciones, participasen activamente en la preparación del ataque, de tal forma que Gervasio, durante las alarmas aéreas, iba de a ser una presencia inexcusable en el sistema de palacio, entre sus puntillas conyugales. Una vieja flaca y escorada, cubierta con un mantón negro, incluso los meses de verano, le peduria impacientemente antes de que empezara el tráfego de las bombas, los cañones y las ametralladoras:

- Veniga, Gervasio, majos; canta antes de que nos entre el miedo y nos enardecamos todos por los rincones.

Formaban coro en torno suyo, un coro apretado, solitario, unívoco, frías. Gervasio, las manos en alto, ^{Wagner} ~~repetía~~ el título de la marcha y daba el tono: "La fidel infantil", "El novio de la muerte", "Arbor guerrero..."

... todas valían, en especial las que constituían el repertorio del programa "Al día de la paz". Empezar por un himno o por otro, nada significaba si por lo menos se había creído allí, en aquel santro ahogado, húmedo, bajo de techo, preservado del exterior por piedras sillares, un núcleo de resistencia ante el enemigo muy difícil de acallar.

Una noche, sorprendido por la alarma mientras dormía, bajó al refugio en pijama, envuelto en una manta de ^{algodón} ~~lana~~ y al observar en derredor suyo las pobres gentes en ropas de noche, una chispa de esperanza en sus ojos, su fértil imaginación volvió a las calcucubas, se vió pastoreando un grupo de conversos, investigados por el emperador, entonces cánticos a su Dios, a sabiendas de que, si y sus seguidores sucumbían en el cinco, despedazados por los tones. La emoción del momento temblaba en sus labios; el coro de cantores, susurros a los movimientos de sus manos, a la voz (que paulatinamente se iba enardecendo) de su garganta, se conmovió. Y cuando inició la estrofa Por ir a tu

lado a verte, mi más leal compañera, sintió un violento calambre en la morra (esa noche el punto más sensible de su cabeza), pero lejos de transigir y modular el tono, se ^{encampanó,} encandiló, (su voz se hizo grito, ^{en tanto} mientras su piel se escarapelaba y sus cabellos se disparaban como si un ser invisible, tirando de ellos, quisiese levantar del suelo su cuerpo lene y vaporoso. Arrojado, tenso, la cabeza erizada como un cardo gigantesco, el pijama azul asomando bajo la abigarrada manta escocesa, en pleno ^{ostento,} trance, no reparó en el inicial repliegue de los cantores hasta que la anciana del mantón cruzó los ojos, se llevó las manos deformes a la boca desdentada, emitió un alarido de terror, se incorporó con inaudita ^{presteza} ligereza y huyó a la carrera, hablando sola, hacia las escaleras del sótano. Tras ella ^{escaparon} huyeron (otros cuatro, luego diez y, sin solución de continuidad, se produjo la gran desbandada; los refugiados, aterrorizados, empujándose, lanzando furtivas miradas a la cabeza de Gervasio, chillando, se atropellaban en las escaleras de acceso, ^{buscando el aire libre,} aliviados, liberados, pese a los zambombazos y al rítmico traqueo de las ametralladoras de la Catedral.

Insensibles a la defección general, mamá Zita y tía Cruz, testigos del trance, exaltaron su patriotismo, y tío Felipe Neri, presente asimismo en la crispadura, anotó con pulso tembloroso en el cuaderno de pastas de hule: "Hoy se autocrispó Gervasio, mi sobrino. El solo puso música y letra, lo que quiere decir que su emotividad aumenta. El rapto de esta noche, en el refugio antiaéreo, mientras replicaba con canciones al criminal bombardeo del enemigo, ha sido, sin duda, el más intenso, inefable, patético y conmovedor de cuantos se me ha dado presenciar. Es evidente que el Señor le tiene signado para muy altos empeños". Pero antes que en su carácter profético, Gervasio, reparó en lo que el último ostento encerraba de advertencia: en tiempos como aquellos, de exultación patriótica, donde cualquier inesperado fervorín popular podía provocar su metamorfosis y el consiguiente pánico colectivo, era arriesgado andar por la calle con la cabeza descubierta. Fue entonces cuando resolvió usar la boina roja heredada de papá León (de un rojo deslucido, apagado por el curso del tiempo). Su grávida chapa metálica (Dios, Patria, Rey) constituía, por añadidura, una garantía de seguridad. Por si fuera poco, aquella boina, gloriosamente pa-

lado a verte, mi más teal compañero, sintió un violento calor en la nuca
 (esa noche el punto más sensible de su cabeza), pero lejos de transír y mou-
 lar el tono, se encendía, su voz se hizo grito, mientras su piel se escarpe-
 laba y sus cabellos se disparaban como si un ser invisible, tirando de ellos,
 quisiera levantar del suelo su cuerpo. Jene y vaporosa, arrobada, tenso, la ca-
 bala erizada como un cardo gigantesco, al piznas azul espumoso bajo la sigla-
 rinda manta escocesa, en pleno trance, no reparó en el fatal resque de las
 cantores hasta que la anciana del mantón cruzó los ojos, se llevó las manos de-
 foras a la boca desdentada, emitió un alarido de terror, se incorporó con fru-
 dita ligereza y huyó a la carrera, hablando sola, hacia las escaleras del sóta-
 no. Tras ella hicieron otros cuatro, luego diez y, sin solución de continuidad,
 se produjo la gran desbandada; los rejugados, aterrorizados, empujándose, lan-
 zando furivas miradas a la cabeza de Gervasio, empujándose, se arrojaban en
 las escaleras de acceso, ~~aterrorizados~~, pese a los zambombazos y al rit-
 mico trapeo de las ametralladoras de la Catedral.

Insensibles a la detección general, mamá Zita y la Cruz, castigos del
 trance, exaltaron su patriotismo y el Felipe Neri, presente asimismo en la
 cripta, anotó con puño tembloroso en el cuaderno de pastas de hule: "Hoy
 se autocrispó Gervasio, mi sobrino. El solo puso música y letra, lo que quiere
 decir que su emotividad aumentó. El rapto de esta noche, en el refugio antiaé-
 reo, mientras repicaba con cánticos al criminal bombardeo del enemigo, ha si-
 do, sin duda, el más intenso, instable, patético y conmovedor de cuantos se me
 ha dado presentar. Es evidente que el Señor le tiene asignado para muy altos
 empeños". Pero antes que en su carácter profético, Gervasio, reparó en lo que
 el último ostento encerraba de advertencia: en tiempos como aquellos, de exalta-
 ción patriótica, donde cualquier inesperado fervorín popular podía provocar su
 metamorfosis y el consiguiente pánico colectivo, era arriesgado andar por la
 calle con la cabeza descubierta. Fue entonces cuando resolvió usar la botina ro-
 da heredada de papa León (de un rojo deslucido, apagado por el curso del tie-
 po). Su grávida chapa metálica (Dios, Patria, Rey) constituyó, por añadidura,
 una garantía de seguridad. Por sí fuera poco, aquellas botas, gloriosamente pa-

seada en cien batallas, representaba un distintivo acorde con el vago ideario político de mamá Zita, siempre recelosa del fascio y de las camisas azules. Decididamente, Gervasio agradecía aquella ^{defensa} protección que venía a ser (según ^{pro-} se ^{pro-} ^{ria definición} ~~confesaba a sí mismo~~) "como el caparazón de los que^lonios", una estética salvaguarda. Ni en las circunstancias patrióticas más exaltadas, le falló el recurso en las semanas siguientes, es decir, el cosquilleo de morra y colodrillo, ^{abortaba} seguía produciéndose, pero la boina acorazada ~~sofocaba~~ cualquier conato de erección, mantenía a raya a los inquietos cabellos, lo que le permitía impensables audacias y una mayor libertad de movimientos. La novedad, por otra parte, fué del agrado de Manena Abad ("el rojo de la boina te va muy bien a la cara"), siquiera en el Club despertara comentarios ^{reprobatorios, despectivos} quisquillosos, como el de Peter que no comprendía como un hombre podía ^{servirse de} usar un símbolo tradicionalista, si no eran esos sus ideales.

Una ardiente mañana de agosto llegaron a la ciudad los legionarios. Las calles se vistieron con colgaduras para recibirlos y una espesa muchedumbre ~~estacionada~~ en las aceras, ovacionó calurosamente la bazarria, un punto ^{histriónica,} ~~teatral,~~ de los soldados. A Gervasio, tocado con la desteñida boina roja de su abuelo, de puntillas entre sus amigos, le arrebatában las verdes camisas abiertas sobre los velludos pechos tatuados de azul, las mangas recogidas por encima de los ^{botas} codos, las flexibles ~~alpargatas~~ de cáñamo en sus pies ligeros, los gorros airoosamente ladeados, la puntual sincronización de sus movimientos siguiendo los compases de la banda, la disciplinada cabra-mascota caminando al paso de los gastadores... Era un espectáculo ~~épico~~ arrollador al que el estallido súbito de la música (los pitidos afilados de las cornetas, el redoble incendiario de atabales y tambores) ponía la nota de exaltación que la sensibilidad del muchacho requería:

- Nadie en el Tercio sabía
- quien era aquel legionario
- tan audaz y temerario,
- que en la legión se alistó...

El vello de sus antebrazos se erizó, sintió de pronto como si su cuerpo se

seada en cien batallas, representaba un distintivo acorde con el vago idealismo político de mamá Lita, siempre recelosa del fascio y de las castas azules. De-
 cididamente, Gervasio agradecía aquella promoción que venía a ser (según se
 sentada a él mismo) "como el caparazón de los pufinos", una estética salvaj-
 guarda. Ni en las circunstancias patrióticas más exaltadas, le faltó el recur-
 so en las semanas siguientes, es decir, el consuello de la norma y colorido.
 seguía produciéndose, pero la botina acorazada estropeaba cualquier conato de e-
 rección, mantenía a raya a los induteros capelios, lo que le permitía impens-
 ables audacias y una mayor libertad de movimientos. La novedad, por otra parte,
 fue del agrado de Manon Abad ("el rojo de la botina te va muy bien a la cara"),
 aturda en el Club despertara comentarios envidiosos como el de Peter que
 no comprendía como un hombre podía usar un símbolo tradicionalista, si no eran
 esos sus ideales.

Una ardiente mañana de agosto llegaron a la ciudad los legionarios. Las
 calles se vistieron con colgaduras para recibirlos y una espesa muchedumbre es-
 tacionada en las aceras, ovacionó calorosamente la partida, un punto festivo.
 de los soldados. A Gervasio, tocado con la desahogada botina roja de su abuelo,
 le puntilló entre sus amigos, le arropaban las verdes camisas abiertas sobre
 los velludos pechos tatuados de azul, las mangas recogidas por encima de los
 codos, las flexibles sigaretas de cáñamo en sus pies ligeros, los gorros stro-
 samente labrados, la puntual sincronización de sus movimientos siguiendo los
 compases de la banda, la disciplinada capa-mascota caminando al paso de los
 guardabos... Era un espectáculo que arrojaba al que el estallido súbito
 de la música (los pitidos entonados de las cornetas, el redoble incendiario de
 tabales y tambores) ponía la nota de exaltación que la sensibilidad del much-
 cho repetía:

¡Hable en el Tercio sabido
¡Dicen era aquel legionario
¡Tan audaz y temerario!
¡Que en la legión se alistó...

El vello de sus antebrazos se erizó, sintió de pronto como si su cuerpo se

173

desgarrase, y, conforme desfilaban ante él aquellos hombres electrizados (rostro grave, mentón agresivo, mirada ~~distante, perdida~~ en el infinito) experimentó una sacudida en el plexo y, simultáneamente, ^{una} pugna empecinada entre sus cabellos, dispuestos a espigarse, y la vieja boina roja del General, sujeta entre frente y cogote, presta a impedirlo. Era un forcejeo tenaz ~~el que se libraba~~ ^{el que se libraba} ~~allí y~~ ^{allí y} ~~debajo y~~, de haberse tratado de un fervorín pasajero, gorra y placa (Dios, Patria, Rey) hubieran conjurado el impulso capilar, pero el desfile desafiante proseguía, ~~la banda de música~~ ^{los soldados} (Legionarios a luchar, legionarios a morir) se desplazaba a un ritmo vertiginoso, avanzaba, sobre él, materialmente le avasallaba, de tal modo que al pasar a su altura los gastadores, sus cabellos, tiesos como alambres, tras un duelo denodado con la boina, consiguieron desencajarla, desprenderla, izarla sobre la cabeza despeluzada, para dejarla, al fin, lastimosamente pendiente de los pelos más largos de su tupé, como de una percha de la espetera. Alarmado, Gervasio se llevó las dos manos a la cabeza intentando reprimir el desbordamiento, pero la crispadura era tan violenta que los pelos se le escurrían entre los dedos, los eludían, para erguirse entre los resquicios, firmes como juncos. Desmoralizado, chafó la boina contra su cráneo (como quien aplica a la llama de un cirio el embudo del apagavelas), la agarró luego por los bordes y tiró hacia abajo, con tal ~~enojo y~~ contundencia que el inoportuno repeluzno empezó a ceder, se fue esfumando su emoción, se asedó la piel de los antebrazos, y los cabellos se acostaron, dóciles, justo en el momento en que las espaldas de los últimos legionarios se perdían entre las cabezas de los espectadores, camino de la Estación.

A partir de esta horripilación inusitada (de la que, felizmente, nadie fue testigo) Gervasio se propuso "eludir las ocasiones" (de acuerdo con las instrucciones del P. Sacristán en lo relativo al pecado): ^{nada} ~~basta~~ de desfiles, ^{nada} ~~basta~~ de manifestaciones, ^{nada} ~~basta~~ de mítines, ^{incendiavios,} nada de actos donde la música constituyese un ingrediente esencial. No fomentar, en suma, su hiperestesia. La solución, plausible en apariencia, adolecía, sin embargo, de una falla grave: ahora que se aproximaba el momento de ir a la guerra, lo procedente era reforzar su moral de combatiente, no debilitarla. Tío Felipe Neri, al menos, fué de esta opinión:

degradarse, y conforme desfilaban ante él aquellos hombres electorales...
pro grave, mantón agresivo, miras distantes, sacadas en el infinito...
de una sacudida en el pecho y, simultáneamente, se ^{van} empinaba entre sus
caballos, dispuestos a espigarse, y la vieja botas roja del General, sujeta en
el frente y cogote, presta a torpedos. En un forcejeo tenaz el que se llama
de haberse tratado de un fervoroso pasajero, gorta y placa
Dios, Patria, Rey) hubieran concurrido el impulso capilar, pero el desfilé de
salióte prosiguió, ^{los salidos} ~~de banda de música~~ legionarios a luchar, legionarios a mo-
rta) se desplazaba, a un ritmo vertiginoso, avanzaba, sobre él, materialmente le
avanzaba, de tal modo que al pasar a su altura los gastadores, sus caballos,
tiros como alambres, tras un duelo denodado con la botas, consiguieron desen-
cortar, desordenarla, izarla sobre la cabeza despeluzada, para dejarla, al fin,
fastidiosamente pendiente de los pelos más largos de su tupé, como de una percha
de la espetera. Alarido, Gervasio se llevó las dos manos a la cabeza intentan-
do reprimir el desbordamiento, pero la crispadura era tan violenta que los pe-
los se le escurrieron entre los dedos, los eslaban, para erigirse entre los res-
plandecidos, firmes como juncos, desmoronados, chafó la botas contra su cráneo
como punta apica a la flama de un cirio el empuje del apagavelas), la agardó
luego por los bordes y tiró hacia abajo, con tal ~~moje~~ contundencia que el
inoporuno repeluzno empezó a ceder, se fue estumando su emoción, se asió la
piel de los antepozos, y los caballos se acostaron, dóciles, justo en el momen-
to en que las espaldas de los últimos legionarios se perdían entre las cabezas
de los espectadores, camino de la Estación.
A partir de esta horripilación inusitada (de la que, felizmente, nadie fue
testigo) Gervasio se propuso "estudiar las ocasiones" (de acuerdo con las instruc-
ciones del P. Sacristán en lo relativo al pecado): ^{lucha} ~~hecho~~ de desfilés, ^{lucha} ~~hecho~~ de
manifestaciones, ^{lucha} ~~hecho~~ de mítines, nada de actos donde la música constituyese
un ingrediente esencial. lo fomentar, en suma, su hiperestesia. La solución,
plausible en apariencia, aboicada, sin embargo, de una falta grave: ahora que
se aproximaba el momento de ir a la guerra, lo procedente era reforzar su moral
de combatiente, no debilitarla. The Felipe Herr, al menos, fue de esta opinión

"Si tu moral de soldado requiere música e imaginación, escucha música e imagina, Gervasio. La patria ^{precisa} ~~necesita~~ soldados con moral". Ante tan ardua alternativa, el muchacho optó por una decisión munificente: sacrificar su cabello, dejar chamorra su cabeza (un cabello siempre de punta pero que por su escasa longitud no llamase la atención de nadie). Durante la nueva fase experimentó alguna horripilación, pero de la misma manera que los mutilados sienten a veces dolor en el pie amputado, él sentía el cosquilleo a ocho o diez centímetros de su cuero cabelludo, en el extremo de unos largos pelos inexistentes, sin que ^{sus amigos} ~~los demás~~ lo advirtieran. En esta ocasión Manena Abad se mostró menos entusiasmada: "No te va el pelo al rape; te hace cara de bilorro". Mas la preocupación de Gervasio en estos días no estaba en su cabeza motilona sino en la autorización paterna, en que papá Telmo nada objetase a su pretendido alistamiento en la Armada. De entrada, no bien tío Felipe Neri se lo dió a entender, papá Telmo se ^{en-} ~~ex-~~ ^{colevizó,} ~~colevizó,~~ puso los ojos en blanco, amenazó con escaparse, con hacerse matar por los celadores o arrojarse de la plaza abajo, pero el tío, una vez que se desfogó, le hizo ver que el alistamiento forzoso del chico estaba en puertas y que su riesgo siempre sería menor en la Armada que en Infantería. Papá Telmo empezó de nuevo a ladrar a la luna pero, de improviso, sus abultadas facciones de boxeador se distendieron, su voz se aflojó, y a sus ojos asomó una blanda expresión de conformidad:

- Haz lo que juzgues conveniente, Felipe. Tu has llevado la batuta desde el principio en esta desgraciada etapa. Al fin y al cabo, todos estamos en tus manos.

Esa misma tarde, en la diaria reunión del Club, Gervasio, Peter y Dámaso Valentín redactaron sus instancias y, a la mañana siguiente, las cursaron. Diez días más tarde, Tato y Eduardo Custodio fueron reclamados del buque-escuela. En la despedida que siguió, Eduardo Custodio, los pesados párpados sobre sus ojos miopes, levantó su vaso a última hora, tambaleante, dos rosetones en sus flácidas mejillas:

- Por... por el Club -dijo. Por que todos volvamos a reunirnos aquí cuando la guerra acabe.

... de la guerra escasea.

- Por... por el Club - dijo. Por que todos volvamos a reunirnos aquí cuando las mejillas:

mejores, levantó su vaso a última hora, tambaleante, las rosas en sus labios. La despedida que siguió, Eduardo Custodio, los pesados párpados sobre sus ojos días más tarde, Tato y Eduardo Custodio fueron reclamados del buque-escuela. Valentín redactaron sus instancias y, a la mañana siguiente, las cursaron. Diez

Esas mismas tarde, en la última reunión del Club, Gervasio, Peter y Dámaso manos.

el principio en esta desgraciada etapa. Al fin y al cabo, todos estamos en tus

- Haz lo que juzgues conveniente, Felipe. Tu has llevado la patata desde expresión de conformidad:

de boxeador se distendieron, su voz se aflojó, y a sus ojos asomó una blanda

empesó de nuevo a labrar a la luna pero, de improviso, sus abultadas facciones que su riesgo siempre sería menor en la Armada que en Intendencia. Papá Telmo destogó, le hizo ver que el aislamiento forzoso del chico estaba en puertas y por los celadores o arrojarle de la plaza abajo, pero el tío, una vez que se

estaba, (crinó, puso los ojos en blanco, amenazó con escaparse, con hacerse pasar da. De entrada, no bien tío Felipe Neri se lo dió a entender, papá Telmo se ex-

ferna, en que papá Telmo nada objetase a su pretendido alistamiento en la Arma- sio en estos días no estaba en su cabeza motición sino en la autorización pa-

te va el pelo al rape; te hace cara de bitoro". Mas la preocupación de Gerva- lo advirtieran. En esta ocasión Helena Abad se mostró menos entusiasmada: "No

capeludo, en el extremo de unos largos pelos inexistentes, sin que las demás

el pie amputado. Él sentía el cosquilleo a ocho o diez centímetros de su cuerpo

triplicación, pero de la misma manera que los mutilados sienten a veces dolor en

no llamase la atención de nadie). Durante la nueva fase experimentó alguna no-

enamorra su cabeza (un cabello siempre de punta pero que por su escasa longitud

va, el muchacho optó por una decisión munitifcente: sacrificar su cabello, dejar

na, Gervasio. La patria necesita soldados con moral". Ante tan ardua alternati-

"Si tu moral de soldado requiere música e imaginación, escucha música e imagi-

El viejo fonógrafo del abuelo desgranaba marchas militares de la guerra carlista. A su lado, Tato Delgado, ^{enternecido,} ~~muy conmovido,~~ levantó el vasito azul de la licorera lleno de vino y lo fué chocando, uno por uno, con los de sus amigos y, al cabo, dijo en un tono de voz que pretendía ser displicente:

- Por el Club y por todos nosotros. Que Dios reparta suerte.

LIBRO TERCERO

El viejo fonógrafo del suevo desgranaba marchas militares de la guerra
 carlista. A su lado, Tato Delgado, muy conmovido, levantó el vaso azul de la
 licorera lleno de vino y le fue chocando, uno por uno, con los de sus amigos y
 al cabo, dijo en un tono de voz que pretendía ser displicente:

- Por el Club y por todos nosotros. Que Dios reparta suerte.

MD

XIV

Al restregar su nariz contra el caquí y tropezar con la tira de ^{que a-} ~~describen el pecho del~~ ^{del} ~~(Elo Felipe Neri,~~ ^{que le abrazaba ante el espejo del perchero en el gran vestibulo de la casa), fue cuando Gervasio cobró conciencia plena de que se iba a la guerra. Al principio, el tío le había abrazado formulariamente, con un abrazo ^{maqui-} ~~marginal,~~ pero de pronto, al soltarlo, algo le movió a atraerlo de nuevo hacia sí con tal recitura que el muchacho notó su corazón acongojado y una emoción múltida que le ablandó los ojos: "Cumple con tu deber", le dijo al oído el coronel. Y no ~~con-~~ ~~tinúa hablando porque se despiden.~~ Sus ojos, de ordinario mates, tenían un brillo húmedo y sus labios dibujaban una mueca senil que lo mismo podía ser un puchero que la manifestación de un esfuerzo por reprimir los ácidos del estómago. Ante el ~~barqueño de~~ ~~Abad con~~ ~~incrustaciones de marfil,~~ en un segundo plano, sus amigos Peter y Dámaso Valentín, que habían pasado a recogerle, asistían pasivamente a las efusiones de despedida, las abultadas maletas a su lado y en el momento en que la señora Zoa, hecha un rebujito negro y suspirón, se empinó sobre las puntas de los pies, estiró el esqueleto y se aferró al cuello del muchacho, tratándole ~~alternativamente de~~ ~~corona y señorito~~ ~~Gervasio,~~ comiéndoselo a besos, Dámaso Valentín, la punta de la roja lengua en la malla del paleta, entreabrió sus finos labios en una sonrisa socarrona. Los arrumacos merfíticos de la señora Zoa, despertaron en Gervasio la memoria del pasado, aquel musgoso olor a agua muerta de su primera infancia, los amagos de despedida de la vieja, su oposición crispada abrazándose a sus muslos de palo y gritando histéricamente: "Zoa, si tu te vas, yo no quiero morir". Al separar su rostro del de ella, la contempló un momento, su cuarteada piel envejecida, la boca desdentada, los ojos pitañosos, el blanco pelo recogido en un moño, ofreciéndole en sus esquemáticas manos temblonas, una caja de dulces:}

- Toma, corona, para el tren

La víspera, Gervasio había invitado al cine a Manana Abad. Le hubiese ^{estaba} ~~confer-~~ ^{tránsito,} ~~lado~~ ^{tránsito,} ~~que~~ ^{tránsito,} ~~florase~~ ^{tránsito,} ~~sobre~~ ^{tránsito,} ~~su~~ ^{tránsito,} ~~hombro,~~ pero la niña se presentó radiante y confiada. En la penumbra había buscado su mano a tientas y aquella pequeña mano no opuso resistencia y, entonces Gervasio, se atrevió a preguntarle:

CM

LIBRO TERCERO

XIV

Al restregar su nariz contra el caqui y tropezar con la tira de medallas ^{que a-} ~~de~~ ^{dornaban el pacho del,} (tío Felipe Neri, que le abrazaba ante el espejo del perchero en el gran vestíbulo de la casa), fue cuando Gervasio cobró conciencia plena de que se iba a la guerra. Al principio, el tío le había abrazado formulariamente, con un abrazo ^{maqui-} ~~margi-~~nal, pero de pronto, al soltarlo, algo le movió a atraerlo de nuevo hacia sí con tal recitura que el muchacho notó su corazón acongojado y una emoción mullida que le ablandó los ojos: "Cumple con tu deber", le dijo al oído el coronel. Y no continuó hablando porque se ahogaba. Sus ojos, de ordinario mates, tenían un brillo húmedo y sus labios dibujaban una mueca senil que lo mismo podía ser un puchero que la manifestación de un esfuerzo por reprimir los ácidos del estómago. Ante el bargueño de ébano con incrustaciones de marfil, en un segundo plano, sus amigos Peter y Dámaso Valentín, que habían pasado a recogerle, asistían pasivamente a las efusiones de despedida, las abultadas maletas a su lado y en el momento en que la señora Zoa, hecha un rebujito negro y suspirón, se empinó sobre las puntas de los pies, estiró el esqueleto y se aferró al cuello del muchacho, tratándole alternativamente de corona y señorito Gervasio, comiéndoselo a besos, Dámaso Valentín, la punta de la roja lengua en la mella del paleta, entreabrió sus finos labios en una sonrisa socarrona. Los arrumacos mefíticos de la señora Zoa, despertaron en Gervasio la memoria del pasado, aquel musgoso olor a agua muerta de su primera infancia, los amagos de despedida de la vieja, su oposición crispada abrazándose a sus muslos de palo y gritando histéricamente: "Zoa, si tu te vas, yo me quiero morir". Al separar su rostro del de ella, la contempló un momento, su cuarteada piel envejecida, la boca desdentada, los ojos pitañosos, el blanco pelo recogido en un moño, ofreciéndole en sus esquemáticas manos temblonas, una caja de dulces:

- Toma, corona, para el tren

La víspera, Gervasio había invitado al cine a Manena Abad. Le hubiese ^{estimu-} ~~confor-~~ ^{tranquila.} ~~confiada.~~ dado que llorase sobre su hombro, pero la niña se presentó radiante y ^{confiada.} En la penumbra había buscado su mano a tientas y aquella pequeña mano no opuso resistencia y, entonces Gervasio, se atrevió a preguntarle:

Al regresar su nariz contra el capul y tropezar con la tira de medallas del
 (tío Felipe Heri) (que le abrazaba ante el espejo del perchero en el gran vestibu-
 lo de la casa), fue cuando Gervasio cobró conciencia plena de que se iba a la que-
 rra. Al principio, el tío le había abrazado fuertemente, con un abrazo mangi-
 nal, pero de pronto, al soltarlo, algo le movió a atravesarlo de nuevo hasta sí con
 tal fuerza que el muchacho notó su corazón acongojado y una emoción múltiple que
 le ablandó los ojos: "Cumple con tu deber", le dijo al oído el coronel. Y no con-
 tinuó hablando porque se olvidó. Sus ojos, de ordinario mates, tenían un brillo
 húmedo y sus labios dibujaban una mueca serena que lo mismo podía ser un puchero
 que la manifestación de un esfuerzo por reprimir los ácidos del estómago. Ante
 el burlante de ébano con incrustaciones de marfil, en un segundo plano, sus ami-
 gos Peter y Dámaso Valentin, que habían pasado a recogerle, asistían pasivamente
 a las estufas de despedida, las abultadas maletas a su lado y en el momento en
 que la señora Zoá, hecha un repujito negro y suspirón, se empinó sobre las puntas
 de los pies, estiró el espaldazo y se aferró al cuello del muchacho, tratándole
 tímidamente de corona y señorito Gervasio, comendándose a Dios, Dámaso Va-
 lentin, la punta de la roja lengua en la malla del pañuelo, entrecerró sus finos
 labios en una sonrisa socarrona. Los armarios melíticos de la señora Zoá, despeg-
 taron en Gervasio la memoria del pasado, aquel musgoso olor a agua sucia de su
 primera infancia, los amagos de despedida de la vieja, su coacción crispada abra-
 zándose a sus muslos de palo y gritando histéricamente: "Zoá, si tú te vas, yo
 me quiero morir". Al separar su rostro del de ella, la contempló un momento, su
 curvada piel envejecida, la boca desdentada, los ojos pitahores, el blanco pelo
 recogido en un moño, ofreciéndole en sus espumosas manos tembloras, una caja
 de dulces:

- Toma, corona, para el tren

La víspera, Gervasio había invitado al cine a Manana Ábed. Le hubiese confor-
 tado que florase sobre su hombro, pero la niña se presentó radiante y contenta.
 En la penumbra había buscado su mano a tientas y aguililla pequeña mano no opuso
 resistencia y, entonces Gervasio, se aferró a preguntarle:

canción - ¿Quieres ser mi madrina de guerra?
 entre - No se si me dejarán en casa -levantaba sus frágiles hombros, dubitativa
 los d - No tienes porqué decirlo. Basta con que me escribas y pienses un poco en
 mí.

Ella asintió, y, al abandonar el cine, Gervasio, rebosante de ternura, oprimió dulcemente su mano como sellando un compromiso. No le dijo nada de papá Telmo. Cuatro días antes, a raíz de recibir la llamada del buque-escuela, le había dirigido unas líneas jactanciosas: "Me voy a la guerra, a salvar a España y solo regresaré muerto o victorioso". La respuesta, en un insignificante rectángulo de papel cuadriculado, fue humilde, lacónica, doliente: "Suerte, hijo, que tu sacrificio acelere el final de esta tragedia". Para Gervasio, el vocablo tragedia no encajaba en el contexto de los hechos. ¿Cómo comparar una cruzada con una tragedia? El desenlace funesto que ésta comportaba era lo último que él esperaba de esta guerra. Ante su aflicción, mamá Zita le había consolado:

- No hagas caso; no te disgustes, hijo. Ya sabes cómo las gasta. Comportate como un Lastra pero no arriesgues más de la cuenta.

Mamá Zita, ante la inhumanidad de las escenas vividas a diario en el hospital, no aspiraba más que a salvar la dignidad; renunciaba al heroísmo si éste comportaba mutilación o muerte. Orgullosa ante la comprensión materna, Gervasio insistía en la necesidad de lavar el apellido ("papá Telmo lo ha enlodado y cada día que pasa en la Plaza de Toros lo ensucia más") pero mamá Zita aducía que el apellido de la Lastra nunca había sido mancillado y en lo tocante al García (se mordió los labios asustada de su propia ocurrencia) el comedor de Auxilio de Invierno instalado en la mercería de los tíos lo había redimido.

Ahora mamá Zita se abrazó a él, llorando a raudales, como si tratara de acorazarle con sus besos (restallantes, nutricios, totales, como los antiguos besos de la señora Zoa) hasta el punto de que su hija Cruz, ofendida en su delicadeza, le llamó la atención sin llamársela: "Por Dios, mamá", pero mamá Zita, sorda a sus reparos, continuó besando a Gervasio largo rato y cuando, al fin, se separó de él, le miró intensamente a los ojos y le dijo con resolución, como quien emite una orden:

- Vuelve

Sentados en las maletas, comprimidos por centenares de soldados que cantaban

- ¿Quieres ser mi madrina de guerra?

- No se si me dejarán en casa -levantaba sus frágiles hombros, dubitativa

- No tienes porque decirlo. Basta con que me escribas y pienses un poco en...

... Ella asintió, y al abandonar el cine, Gervasio, rebozante de ternura, optimismo...

... Cuatro días antes, a raíz de recibir la llamada del pupu-escuela, le había di-

... rrito unas líneas jactanciosas: "Me voy a la guerra, a salvar a España y sofo-

... regresaré muerto o victorioso". La respuesta, en un insignificante rectángulo de

... papel cuadrado, fue humilde, jactónica, doliente: "Suerte, hijo, que tu sacri-

... ficio alcance el final de esta tragedia". Para Gervasio, el vocablo tragedia no

... encajaba en el contexto de los hechos. Como comparar una cruzada con una trage-

... dia? El desenlace funesto que esta comportaba era lo último que él esperaba de

... esta guerra. Ante su eficción, mamá Zita le había consolado:

- No hagas caso; no te disgustes, hijo. Ya sabes como las gasta. Comporta-

... te como un lastra pero no arriesgues mas de la cuenta.

Mamá Zita, ante la inhumanidad de las escenas vividas a diario en el hospital,

... no aspiraba mas que a salvar la dignidad; renunciada al heroísmo si éste connota-

... ba mutilación o muerte. Orgullosa ante la comprensión materna, Gervasio insistía

... en la necesidad de lavar el apellido ("papu Teimo le ha enlodado y cada día que

... pasa en la plaza de toros le ensucia más") pero mamá Zita sabía que el apellido

... de la lastra nunca había sido manchado y en lo tocante al García (se mordió

... los labios asustada de su propia ocurrencia) el comedor de Auxilio de Invierno

... instalado en la mercería de los tíos lo había redimido.

... Ahora mamá Zita se aburría a él, florando a raudales, como si tratara de acora-

... rarle con sus pesos (restañantes, nutritivos, totales, como los antiguos pesos

... de la señora Zos) hasta el punto de que su hija Cruz, ofendida en su delicadeza,

... le llamó la atención sin llamarla: "Por Dios, mamá", pero mamá Zita, sorda a

... sus reproches, continuó besando a Gervasio largo rato y cuando, al fin, se separó

... de él, le miró intensamente a los ojos y le dijo con resolución, como quien emi-

... te una orden:

... Vuelve

... rridos en las mallas, compridos por centenares de soldados que cantaban

canciones obscenas acompañándose de cualquier instrumento musical, y cambiaban entre sí botellas y botas de vino, Peter, Dámaso y Gervasio comían en el pasillo los dulces de la señora Zoa, y Gervasio, achicado aun, en un intento por justificar las desbordadas muestras de afecto de la vieja, juraba y perjuraba que, aunque pareciese mentira, aquella mujer mínima y seca, que Peter ya conocía, había criado a sus pechos a su propia madre. El tren, sucio, atestado hasta los lavabos, traqueteante, aullador, sin una sola mujer a bordo, olía ya a guerra, sonaba a guerra, tenía color de guerra. Gervasio volvía los ojos de un grupo a otro, pretendiendo descifrar, por sus atuendos, insignias y emblemas, los cargos, armas y destinos de sus compañeros de viaje. En el extremo del compartimento vecino, un legionario con patillas de hacha, el gorro inverosimilmente colgado de una oreja, le preguntó por sus tabardos azules y al responderle con orgullo, "de la Marina", él movió la cabeza de un lado a otro y murmuró: "Mientras tanto, la Infantería pasando frío". Frente a él, un cabo de Artillería con media pierna vendada abría un gran pan redondo, dividía la tortilla que había dentro con una navaja y, pinchados en la punta, ofrecía trozos a sus compañeros de departamento. En el pasillo, en una barahunda de divisas y uniformes, se hacían trueques y cambalaches de todo tipo (coñac por embutidos, cigarrillos por caramelos) en un común afán por infundir a aquel tren repleto, ahumado, y aterido un poco de ^{calor} ~~cordialidad~~ solidario. El crepúsculo temblaba en los cristales y, según avanzaba la noche, el coche iba quedando en penumbra, el sueño vencía a los soldados, el artillero acomodaba la cabeza contra el cristal, el legionario de las patillas de hacha reclamaba dos veces silencio, pero aun se oyó rasguear unos minutos una guitarra en el extremo opuesto antes de que el vagón quedara en silencio.

Gervasio, la cabeza recostada en el marco de la ventanilla, cuyo cristal retemblaba contra su nuca, incapaz de conciliar el sueño, observaba los cuerpos derribados en derredor, dormidos en dislocadas posturas, los pálidos rostros tiznados, macerados por el insomnio, brazos o mochilas por cabezal, los labios entreabiertos, los ronquidos como extertores contrapunteando el paso de las llantas sobre las entrevías. "Un tren de muertos", pensó, pero sobrecogido por la macabra imagen, movió energicamente la cabeza para ahuyentarla, esforzándose por susti-

102

canções obscenas acompanhando de qualquer instrumento musical, e cantadas
entre as botijas e botas de vinho, Peter, Dama e Gervasio comam em as patifas
os doces de la señora Zoa, y Gervasio, achicado aun, en un intento por justifi-
car las desbordadas muestras de afecto de la vista, juraba y perjuraba que, aun-
que pareciese mentira, aquella mujer minima y seca, que Peter ya conocia, habia
criado a sus pechos a su propia madre. El tren, sucio, atestado hasta los lavapies,
troupeante, sufriendo, sin una sola mujer a bordo, oia ya a guerra, sonaba a
guerra, tanta color de guerra. Gervasio volvia los ojos de un grupo a otro, pre-
tendiendo descubrir, por sus aturidos, insignias y emblemas, los cargos, armas y
destinos de sus compañeros de viaje. En el extremo del compartimento vecino, un
legionario con patillas de hacha, el gorro invertidamente colgado de una ore-
ja, le preguntó por sus tabacos azules y al responderle con orgullo: "de la Ma-
rina", él movió la cabeza de un lado a otro y murmuró: "Mientras tanto, la infan-
teria pasando frío". Frente a él, un cabo de Artillería con media pierna vendada
saca un gran pan redondo, divide la tortilla que habia dentro con una navaja y
pinchados en la punta, ofrece trozos a sus compañeros de departamento. En el pa-
sillo, en una barahunda de divisas y uniformes, se hacen trueques y campalaches
de todo tipo (coñac por embutidos, cigarrillos por caramelos) en un común alán
por infundir a aquel tren repleto, ahumado, y atarido un poco de esencias so-
licitas. El crepusculo templaba en los cristales y, según avanzaba la noche, el
coche iba quedando en penumbra, el sueño venia a los soldados, el artillero ac-
modaba la cabeza contra el cristal, el legionario de las patillas de hacha reacia-
naba dos veces silencio, pero aun se oyó rasguar unos minutos una guitarra en
el extremo opuesto antes de que el vagón quedara en silencio.

Gervasio, la cabeza recostada en el marco de la ventanilla, cuyo cristal re-
templaba contra su nuca, incapaz de conciliar el sueño, observaba los cuerpos de-
truidos en derredor, dormidos en dislocadas posturas, los pájidos rostros tiz-
nados, macerados por el insomnio, brazos o mochilas por cabeza, los labios entre-
abiertos, los ronquidos como exferores contrapuntando el paso de las llantas
sobre las entreñas. "Un tren de muertos", pensó, pero sorprendido por la macabra
imagen, movió energicamente la cabeza para ahuyentarla, esforzándose por suiti-

tuir la por la de Manena Abad. A intervalos, la locomotora silbaba o jadeaba su-
biendo un repecho. Poco a poco se fueron esfumando los ruidos (ronquidos, jadeos,
silbidos, tableteo del vidrio contra su oído), se desvaneció el perfil de Manena
Abad, perdió la noción de las cosas, de tal modo que, al abrir los ojos (ignora-
ba si minutos u horas después), descubrió el trivial resplandor del amanecer en
el cristal empañado, en los rostros mórbidos y gelatinosos de los soldados del
vagón. Sentía un glúteo dormido y el codo de Dámaso Valentín incrustado en su
muslo; lo separó con cuidado y consiguió ponerse en pie. Aguantó, encorvado, el
cosquilleo de la pierna, arrugando la cara, mirando al legionario, el gorro caí-
do, la boca desdentada, protegida por el alero de un bigotillo ralo que, en los
extremos, casi empalmaba con los vértices de sus patillas de bandolero. Roncaba
a golpes, como si tartamudease al respirar, y de vez en cuando su cabeza se des-
plomaba y abría los ojos despavorido. Gervasio se volvió hacia la ventanilla,
limpió el vaho del cristal con la bocamanga y a través del hueco transparente des-
cubrió que las tierras llanas, pardas y áridas, del exterior, se habían trasmu-
tado en onduladas praderas parceladas y el alto y sereno cielo azul en un pesa-
do toldo gris, próximo y plumizo. Una lluvia delgadísima azotaba los cristales,
mullía la tierra, mientras los pliegues verdes cubiertos de brezos y helechos se
iban empinando hasta convertirse en montañas, que el convoy perforaba audazmente
a través de fragorosos túneles. La brumosa luz crepuscular apenas progresaba, co-
mo si la alborada se hubiese estancado, y cuando su amigo Peter se incorporó a
su lado, restregándose los ojos, un triángulo azul se dejó ver entre dos montes
sombrios y Peter lo señaló sorprendido con una uña negra de hollín, y dijo tras-
figurado, acompañando su descubrimiento con una sonrisa hibernada:

- ¡El mar!

Gervasio vivió las horas siguientes ausente, transido, el torpor del sueño en-
redado en sus ojos con una pegajosidad de telaraña. Desde la calzada adoquinada
y húmeda, a través de la verja que se prolongaba calle abajo, divisaba el Arse-
nal, el muelle comercial a la derecha, los amplios diques secos, y, enfrente,
recortado sobre la larga nave gris de los talleres, el buque-escuela, su gótica
arboladura hendiendo la bruma. Siete marineros uniformados, el blanco saco de la
ropa a las espaldas, y dos jóvenes paisanos con sus maletas se les unieron jun-

tulla por la de Manana Abad. A intervalos, la locomotora silbaba o jadeaba su-
 biendo un repecho. Poco a poco se fueron estumando los ruidos (ronquidos, jadeos,
 silbidos, tapidos del viento contra su oído), se desvaneció el perfil de Manana
 Abad, perdió la noción de las cosas, de tal modo que, al abrir los ojos (ignora-
 ba si minutos u horas después), descubrió el trivial resplandor del amanecer en
 el cristal empañado, en los rostros moribundos y gelatinosos de los soldados del
 vagón. Sentía un grito dormido y el codo de Dámaso Valiente incrustado en su
 pecho; se separó con cuidado y consiguió ponerse en pie. Aquella, encorvada, el
 cuello de la diestra, arrojando la cara, mirando al legionario, el grito cal-
 do, la boca desdentada, protegida por el alero de un piquillo rojo que, en los
 extremos, casi empalmaba con los vértices de sus patillas de bandolero. Roncaba
 a golpes, como si tartamudease al respirar, y de vez en cuando su cabeza se des-
 plicaba y abría los ojos desorbitados. Gervasio se volvió hacia la ventanilla,
 limpió el vano del cristal con la bocananga y a través del hueco transparente des-
 cubrió que las tierras llanas, pardas y áridas, del exterior, se habían transmu-
 tado en onduladas praderas parceladas y el alto y sereno cielo azul en un pesa-
 do de todo gris, próximo y plomizo. Una lluvia delgadísima azotaba los cristales,
 mullía la tierra, mientras las pliegues verdes cubiertas de brotes y helechos se
 iban empinando hasta convertirse en montañas, que el convoy perforaba audazmente
 a través de fragorosos túneles. La brumosa luz crepuscular apenas progresaba, co-
 mo si la alborada se hubiese estancado, y cuando su amigo Peter se incorporó a
 su lado, restregándose los ojos, un triángulo azul se dejó ver entre dos montes
 sombríos y Peter lo señaló sorprendido con una línea negra de nifflin, y dijo tras-
 figurado, acompañando su descubrimiento con una sonrisa hibernada:

- ¡El mar!

Gervasio vivió las horas siguientes ausente, transido, el torpor del sueño en
 robado en sus ojos con una vaguedad de telaraña. Desde la calzada adormida
 y húmeda, a través de la verja que se prolongaba calle abajo, divisaba el Arse-
 nal, el mueble comercial a la derecha, los amplios diques secos, y, enfrente,
 recortado sobre la farga nave gris de los talleres, el puente-escuela, su gótica
 arboladura hendiendo la bruma. Siete marineros uniformados, el blanco saco de la
 tropa a las espaldas, y dos jóvenes paisanos con sus muletas se les unieron jun-

to a la garita del centinela, a las puertas del Arsenal. En unos minutos todo se amontonó. Difusas e incoherentes, como en una fluencia onírica, unas escenas se encadenaban a otras, y en el centro, como un dios ubicuo y cruel, el cabo Ortigueira, con su audaz boca sin labios, como un esfínter, salaz y gritadora ("Marineros de tierra adentro, ¡mala embajada!"), precedía al pequeño grupo por las diversas dependencias, despachando los trámites preliminares: reconocimiento médico, vacunación, pañol de ropa y calzado, distribución por sollados, asignación de taquillas y batayolas, y, finalmente, antes de darlos por incorporados, la ducha en toldilla, cabe el palo mesana, desnudos, dos docenas de marineros rateados o de baja alrededor, coreando con gritos y palmas sus torpes movimientos, en tanto ellos, azorados, se frotaban con jabón sus lasos cuerpos y el cabo Ortigueira (oliváceo, cejijunto, faena ceñida, trasero prominente), insistía en sus retahilas vejatorias:

- ¡Venga, los huevos! ¡No me oísteis, marineros? ¡Enjabonaros los huevos! ¡No queremos ladillas a bordo!

La tropa reía, palmoteaba, apretaba el corro, mientras ellos, sumisos y acobardados, enjabonaban una y otra vez sus sexos, trataban de borrar el vello con la espuma, brincaban grotescos y crudos bajo las hebras de agua helada, envueltos por la música de cornetas y tambores que llegaba de la explanada.

Del otro lado del muelle, a media milla de distancia, albeaba la ciudad (edificios desleídos bajo la lluvia, tejados vencidos, blancos miradores colgantes) apagada y húmeda y, ante ella, en la dársena, un bou artillado, escoltado por un bando de gaviotas chillonas, regresaba de su labor de patrulla, en tanto un remolcador desgachado, como colgado de un negro penacho de humo, se esforzaba ^{en} por despegar del muelle a un pesado carguero. Gervasio, deprimido por la escena de la ducha, contemplaba la ciudad, la actividad del puerto, como un mundo lejano y perdido. La aflicción le ganaba por momentos. El había creído que el cambio de la condición civil por la castrense equivalía a trocar la libertad por la disciplina, pero la protervia gratuita del cabo Ortigueira le había abierto los ojos. La piña solidaria (fragua de héroes; todos para uno, uno para todos) con la que soñara cada vez que imaginaba el buque-escuela, se ~~desvaneció~~ ^{esfumó} para dar paso a una idea espesa de hacinamiento y hostilidad. Un millar de hombres

cohabitando en una cáscara de nuez anulaba de entrada cualquier aspiración de intimidad, impedía el aislamiento (colas en los beques, en las duchas, en las cocinas, en la enfermería; grupos tumultuosos en el combés, en la cubierta, en la toldilla, por todas partes). Gervasio enumeraba agobiado ante sus amigos el inesperado repertorio de incomodidades, mas Peter, con su liberal capacidad de adaptación, sonreía con sus achinados ojos divertidos:

- No te preocupes; tampoco nos dejarán demasiado tiempo para pensarlo.

En efecto, Gervasio y Peter pasaron la tarde remando en el muelle, mientras Dámaso, en otro grupo, aprendía a hacer nudos marineros con una piola en la toldilla. El bote admitía siete remeros por banda y al comenzar la brega, el cabo Jorquera, de pie en la bancada de proa, ordenó "¡arma, avante!" y, una vez separados del costado del buque, levantó un remo en el aire, con la misma ligereza que si fuese un bastón y ejecutó una serie de movimientos didácticos:

- ¡Atención, marineros! Esto es bogar... esto ciar... esto repalear... esto arbolar...

Gervasio observaba atentamente la menuda figurilla del cabo, absorto en su primera lección práctica, lejos de la promiscuidad del buque-escuela, insensible a la lluvia (copiosa y aguda como puntas de alfileres) que enturbiaba la línea de edificios de la ciudad, el agua oleosa de la bahía cada vez más densa. No tenía ojos mas que para la achaparrada figura del cabo que, erguido en la bancada de proa, se esforzaba ahora en sincronizar sus movimientos:

- Un, dos... un, dos... un, dos...

La quilla dividía la masa de agua y el bote se deslizaba sobre la superficie aceitosa hacia la dársena. Atrás quedaba el buque-escuela, la arboladura colgada, como un encaje, entre la bruma, en tanto los remeros bogaban, ciaban, arbolaban aplicadamente bajo la mirada conminatoria del cabo. De pronto, éste adelantó la cabeza y entrecerró los ojos:

- ¡El segundo proel de estribor repalea mal! -dijo

Gervasio sonrió para sí, condescendiente. Dispuesto a reconciliarse con la Armada, había concluido que aquel ejercicio (salvo arbolar el remo, un movimien

contando en una cascara de nuez ancha de entrada cualquier aplicación de
 intimidad, impedia el aislamiento (colas en los pupes, en las duchas, en las
 cocinas, en la enfermería; grupos tumultuosos en el comedor, en la cubierta, en
 la toldilla, por todas partes). Gervasio enumeraba agobiado ante sus amigos el
 inesperado repertorio de incomodidades, mas Peter, con su liberal capacidad de
 adaptación, sonreía con sus achinados ojos divertidos:

- No te preocupes; tampoco nos dejarán demasiado tiempo para pensarlo.
 En efecto, Gervasio y Peter pasaron la tarde remando en el muelle, mientras
 Gámaso, en otro grupo, aprendía a hacer nudos marinos con una niña en la
 toldilla. El bote admitía siete remeros por banda y al comenzar la prueba, el
 cabo torpuera, de pie en la bancada de proa, ordenó "¡arriba, avante!", y una
 vez separados del costado del pique, levantó un remo en el aire, con la misma
 ligereza que si fuese un bastón y ejecutó una serie de movimientos diácticos:
 - ¡Atención, marineros! Esto es bogar... esto es... esto es repelar...

esto arbolar...
 Gervasio observaba atentamente la menuda figura del cabo, absorto en su
 primera lección práctica, lejos de la promiscuidad del pique-escuela, insensibi-
 lizado a la lluvia (copiosa y aguda como puntas de alfileres) que enturbiaba la
 línea de edificios de la fonda, el agua oleosa de la batía cada vez más densa.
 No tenía ojos mas que para la achaparrada figura del cabo que, erguido en la
 bancada de proa, se esforzaba ahora en sincronizar sus movimientos:
 - Un, dos... un, dos... un, dos...

La quilla dividía la masa de agua y el bote se deslizaba sobre la superficie
 aceitosa hacia la dársena. Atrás quedaba el pique-escuela, la arboladura colga-
 da, como un encaje, entre la bruma, en tanto los remeros bogaban, cíanen, arbo-
 laban aplicadamente bajo la mirada conminatoria del cabo. De pronto, éste abo-
 lló la cabeza y entrecerró los ojos:

- ¡El segundo proel de escribir repales mal! - dijo
 Gervasio sonrió para sí, condescendiente. Dispuesto a reconciliarse con la
 tirada, habla concluido que aquel ejercicio (salvo arbolar el remo, un movimiento

to casi superior a sus fuerzas físicas) era útil, y armonioso, higiénico e intelectualmente asequible. Intimamente satisfecho de sí mismo, se preguntaba quien sería aquel papanatas que, tras las meridianas instrucciones del cabo, aun no había aprendido la lección:

- ¡Al segundo proel de estribor lo voy a tirar al agua! -insistió aquél con voz amenazadora.

Gervasio guiñó un ojo a Peter y quiso cambiar con él una mirada cómplice, ^{sus ojos le esquivaron y en sus labios se dibujó} pero ~~encontró sus ojos esquivos y en sus labios~~ (una mueca de contrariedad. Si simultáneamente escuchó unos cuchicheos a sus espaldas, pero antes de darse cabal cuenta de que el segundo proel de estribor era él, el cabo Jorquera ya estaba a su lado, airado, la faena empapada, los ~~menudos~~ ^{nervudos} brazos en jarras:

- ¿Es que quieres ir al cuadro, marinero?

Había en los ojos de Gervasio tal expresión de inocencia ~~y abatimiento~~, cuando los levantó hacia él, que el cabo Jorquera, sin añadir palabra, se sentó en el centro de la bancada, asió el remo y repaleó en el aire media docena de veces, mientras explicaba: ~~pacientemente~~

- La pala del remo debe volverse hacia dentro, no hacia fuera. ¿Has comprendido, marinero?

Gervasio asintió con la cabeza. El cabo Jorquera, al incorporarse, se le quedó mirando con sorna piadosa y antes de regresar a proa le advirtió:

- En la Armada es preferible que digas "sí, mi cabo" o "no, mi cabo", como mandan las ordenanzas.

Regresaban bajo la lluvia insidiosa:

- Un, dos... un, dos... un, dos...

Gervasio, encogido en su desencanto, se esforzaba en sincronizar los golpes de muñeca y las flexiones del tronco a la cadencia indicada. Lejos se divisaban unos bultos buídos, atracados al muelle, y, tras ellos, la lengua difuminada de la costa verde adentrándose en el mar. El buque-escuela se aproximaba a ojos vista y el cabo Jorquera, vuelto de espaldas, el bichero entre las manos, calculó el impulso hasta el ~~potalón~~ ^{portalón} y ordenó:

- ¡Alza y dentro!

lo casi superior a sus fuerzas físicas) era útil, y armonioso, higiénico e
intelectualmente aséptico. Intimamente satisfecho de sí mismo, se pregunta-
ba quien sería aquel paparraso que, tras las meridianas instrucciones del ca-
po, aun no había aprendido la lección;

- ¡Al segundo profí de escribir lo voy a tirar al agua! - insistió aquel
con voz amenazadora.

Gervasio guiñó un ojo a Peter y quiso cambiar con él una mirada cómplice,
pero encontró sus ojos espavidos y en sus labios una mueca de contrariedad. Si
mientras escuchó unos cuchicheos a sus espaldas, pero antes de darse ca-
bal cuenta de que el segundo profí de escribir era él, el cabo Jorquera ya
estaba a su lado, airado, la faena empabada, los menudos prazos en jaras:

- ¿Es que quiere ir al cuadro, marín?

Habla en los ojos de Gervasio tal expresión de inocencia y...
cuando los levantó hacia él, que el cabo Jorquera, sin añadir palabra, se agi-
tó en el centro de la bancada, así el remo y repaló en el aire media docena
de veces, mientras explicaba:

- La pala del remo debe volverse hacia dentro, no hacia fuera. Has com-

metido, marín?

Gervasio asintió con la cabeza. El cabo Jorquera, al incorporarse, se le
quedó mirando con sorna prados y antes de regresar a proa le advirtió:

- En la Armada es preferible que digas "sí, mi cabo" o "no, mi cabo",

como mandan las ordenanzas.

Regresaban bajo la lluvia instrosos.

- Un, dos... un, dos... un, dos...

Gervasio, encogido en su desencanto, se esforzaba en sincronizar los golpes
de muñeca y las flexiones del tronco a la cadencia indicada. Lejos se divisar-
ban unos buques buidos, atracados al muelle, y, tras ellos, la lengua difumi-
nada de la costa verde adentrándose en el mar. El buque-escuela se aproxima-
ba a ojos vista y el cabo Jorquera, vuelto de espaldas, el pico entre las
manos, calculó el tabulso hasta el ^{tercer} orden:

- ¡Alza y dentro!

Minutos mas tarde los tres muchachos, mudados de ropa, aprovechando la pausa de la lluvia, contemplaban la brigada franca formada a estribor ante el oficial de guardia (pecho abombado, mirada altiva, mentón recogido, gola dorada al cuello) que revistaba la formación. Al concluir, dió media vuelta, hizo una leve venia ante don Manuel Borau, comandante de marinería, y éste ordenó romper filas. Como un río en *ejarbe* que rompe sus diques, bulliciosos grupos de marineros se desbordaron por la explanada adoquinada, rodearon los diques secos y fueron saliendo a la ciudad por las amplias puertas de la verja.

Dámaso Valentín, concentrado en la cuerda que tenía entre las manos, sometió a la consideración de sus amigos una intrincada lazada:

- A ver quién sabe que nudo es éste? -sonreía maliciosamente, la lengua en la mella del diente, pero antes de que Gervasio y Peter reaccionasen, se respondió a sí mismo al tiempo que trazaba otro nudo en el extremo opuesto de la piola: -As de guía. Y ¿este otro?

Se burlaba del aturullamiento de sus amigos

¿Es que no tenéis ojos en la cara, marineros? El barrilete. ¿Que otro podía ser?

Tornaba la lluvia, mansa y menuda, y Gervasio y sus amigos buscaron refugio en el sollado, al pie de las taquillas. Peter y Gervasio observaban sin interés las incesantes manipulaciones de Dámaso con la piola. A una noche de vigilia, en el tren, había sucedido un día turbio, deprimente, en el buque-escuela, pero Gervasio callaba, reacio a manifestar un desengaño prematuro. Mas su postración se acentuó al acostarse, al desaferrar el coy y comprobar que le habían sustraído las bolinas. Extendió la colchoneta sobre el linóleo, junto a la batayola,

Minutos mas tarde los tres muchachos, mudados de ropa, aprovechando la pa-
 sa de la lluvia, contemplaban la brigada franca formada a escribir ante el o-
 ficial de guardia (pecho abombado, mirada activa, mentón recogido, gafa dorada
 al cuello) que revisaba la formación. Al concluir, dió media vuelta, hizo una
 leve venia ante don Manuel Borau, comandante de marinería, y éste ordenó rom-
 per filas. Como un río en ejarve que rompe sus diques, bulliciosos grupos de
 marineros se desbordaron por la explanada adyudada, rodearon los diques se-
 cos y fueron saliendo a la ciudad por las amplias puertas de la verja.

Dámaso Valiente, concentrado en la cuerda que tenía entre las manos, some-
 tió a la consideración de sus amigos una intrincada lazada:

- A ver quién sabe que nudo es éste? -sonreía maliciosamente, la ven-
 gna en la malla del diente, pero antes de que Gervasio y Peter reaccionasen,
 se respondió a sí mismo al tiempo que traza otro nudo en el extremo opuesto
 de la pioleta: -As de gufa. Y éste otro?

Se burlaba del aturullamiento de sus amigos

¿Es que no tenéis ojos en la cara, marineros? El parrilete. ¿Que otro
 podría ser?

-Tornaba la lluvia, mansa y menuda, y Gervasio y sus amigos buscaron refu-
 gio en el solado, al pie de las tapullas. Peter y Gervasio observaban sin
 interés las incansables manipulaciones de Dámaso con la pioleta. A una noche de
 vigilia, en el tren, había sucedido un día turbio, deprimente, en el duque-
 cueta, pero Gervasio callaba, reacto a manifestar un desengaño prematuro. Mas
 su posturación se acentuó al acostarse, al desaherrar el coy y comprobar que
 le habían susstraido las botinas. Extendió la colchoneta sobre el linóleo, jun-
 to a la batayola,

colocó botas, abisinio y rebenque por cabezal, se arrebujo en la manta, cerró los ojos e intentó dormir, pero su decepción, el áspero contacto del embozo, la nudosa superficie del ^{jergón,} ~~petate,~~ el balanceo de los coys sobre su cabeza, reduciendo el espacio vital, terminaron por desvelarle. Peter y Dámaso, a su izquierda, habían reído al colgar sus hamacas en los ganchos, lo que motivó la intervención del cuartelero, pero ahora dormían apaciblemente, los coys oscilando en la penumbra. El silencio, la fatiga, los espaciados ronquidos, parecían invitar al sueño, pero Gervasio, sobreexcitado, abrió los ojos en busca de sosiego. Contó los durmientes que le sobrevolaban, luego los ojos de buey de la banda de babor, las mesas y bancos sujetos al techo por barras de hierro, dió varias vueltas sobre sí mismo, encogió las piernas, las volvió a estirar; todo en vano. De pronto, la divisó. Avanzaba por el lateral de una mesa, inquieta, acechante, frunciendo el hociquito, y al alcanzar el extremo, giró y recorrió el tablón en sentido inverso, se columpió en las bolinas del coy más próximo, y se descolgó después sobre los petates aferrados de la batayola. Al poco rato reapareció. Levantaba el hocico vibrátil como si olisquease algo, los ojos como abalorios fijos en él, contoneándose, indiferente a la vecindad humana. Fuera de sí, Gervasio se incorporó, cogió una bota de bajo el cabezal y se la arrojó con violencia. El cuartelero, machete en mano, acudió a su lado:

- ¿Sucede algo, marinero?

Gervasio se pasó la mano por los labios:

- Nada -dijo. Una rata grande como un perro; venía hacia mí.

Rió quedamente el cuartelero; dijo con acento burlón:

- Si te asustan las ratas, marinero, más te vale pedir la baja.

Y se alejó de nuevo, canturreando, golpeándose acompasadamente con el machete envainado la palma de su mano izquierda.

colocó botas, abstinio y repenque por cabeza, se arrojó en la mata, cerró los ojos e intentó dormir, pero su decepción, el áspero contacto del empuje, la nudosa superficie del ^{ladrón} ~~petate~~, el balanceo de los coys sobre su cabeza, reducción de el espacio vital, terminaron por desvelarle. Peter y Dámaso, a su izquierda, habían roído al colgar sus hamacas en los ganchos, lo que motivó la intervención del cuartelero, pero ahora dormían apaciblemente, los coys oscilando en la penumbra. El silencio, la fatiga, los espaciados ronquidos, parecían invitar al sueño, pero Gervasio, sobresaltado, abrió los ojos en busca de sosiego. Contó los durmientes que se sobrevolvaban, luego los ojos de buy de la banda de babor, las mesas y bancos sujetos al techo por barras de hierro, dió varias vueltas sobre sí mismo, encendió las piernas, las volvió a estirar; todo en vano. De pronto, se divisó. Avanzaba por el lateral de una mesa, inquieto, sacchante, truncando el nocturno, y al alcanzar el extremo, giró y recorrió el tablón en sentido inverso, se columpió en las botinas del coy más próximo, y se descolgó después sobre los petates atarados de la bodega. Al poco rato reapareció. Levantaba el hocico vibrátil como si oteases algo, los ojos como espaldas fijas en él, contándose, indiferente a la vecindad humana. Fuera de sí, Gervasio se incorporó, cogió una bota de bajo el capataz y se la arrojó con violencia. El cuartelero, machete en mano, acudió a su lado:

- ¿Sucedo algo, marín?

Gervasio se pasó la mano por los labios:

- Nada -dijo. Una rata grande como un perro; venía hasta mí.

Rió quedamente el cuartelero; dijo con acento burlesco:

- Si te asustan las ratas, marín, más te vale pedir la paga.

Y se alejó de nuevo, canturreando, golpeándose acompasadamente con el machete envenenado la palma de su mano izquierda.

XV

Una vez que Gervasio terminó de vestirse la gala y candó la taquilla, Dámaso Valentín, que forcejeaba para sujetar los holgados pantalones a su escurrida cintura, levantó la cabeza, y, al verle, experimentó un repentino ataque de risa. Reía y reía señalando con el dedo índice a su compañero ^ξ (el peto colgando, sin atar ^{avm} a la espalda, el pantalón a media pierna), flexionando la cintura, en un arrebató de hilaridad que reblandecía hasta las lágrimas sus ojos vivaces e iba acentuándose, en sucesivos accesos, mientras se palmeaba el muslo derecho y repetía a trompicones, como para justificar sus risotadas: "Pareces un mocito vestido de Primera Comunión". Poco después, tan pronto Damasito consiguió sujetar el peto y los pantalones, hacerse el lazo del tafetán negro y colocarse comicamente el lepanto en el cogote, con ~~la cinta~~ ^{el tejuelo} (de letras doradas sobre la oreja, cambiaron las tornas: era Gervasio quien reía a carcajadas contemplando a su amigo, en tanto se abanicaba ostentosamente con el gorro como ^{para} ~~si tratara de~~ evitar un colapso. Acto seguido ambos intercambiaban sus carcajadas ante la circumspecta mirada de Peter, quien, incapaz de compartir los fútiles motivos ^ξ de su ^{buen humor,} ~~hilaridad,~~ les apremiaba para no retrasarse en la formación.

El ambiente de farsa continuaba, no obstante, media hora más tarde, en la calle Real atestada de marineros, grupos de muchachas cogidas del brazo y maduros matrimonios ^{con} ~~vigilando~~ a niños de corta edad. Gervasio y Dámaso, destocados, los lepantos bajo el brazo, reían al menor gesto del otro, travesaban entre los paseantes, utilizaban a Peter como pantalla, empujándole, tranqueándole, y, ante sus cada vez más airadas reconvenciones, las risotadas se acrecentaban, de tal manera que cuando el coronel de Intervención, don Arsenio de la Cruz Maello (quien, en punto a eficacia militar, anteponía la disciplina al número de divisiones y al armamento) se cruzó con ellos y observó sus zapatetas y cabriolas, la frívola indignidad ^{con} ~~que aquellos muchachos~~ portaban el uniforme, les llamó al orden, con duras palabras, afeándoles su indisciplina. Las voces del coronel,

Una vez que Gervasio terminó de vestirse la gata y cambó la capulla, Dama-
 so Valentin, que forcejaba para sujetar los holgados pantalones a su escurrida
 cintura, levantó la cabeza, y al verle, experimentó un repentino escape de ri-
 sa. Reía y reía señalando con el dedo índice a su compañero (el pelo colgando,
 sin atar la espalda, el pantalón a media pternal), flexionando la cintura, en
 un arrebató de hilaridad que reblandecía hasta las lágrimas sus ojos vivaces e
 iba acentuándose, en sucesivos accesos, mientras se palmeaba el muslo derecho y
 repetía a trompicones, como para justificar sus risotadas: "Pareces un mocho ves-
 tido de Primera Comunion". Poco después, tan pronto Damasio consiguió sujetar
 el pelo y los pantalones, hacerse el lazo del chaleco negro y colocarse comen-
 tando el leante en el cogote, con la ^{al frente} ~~de~~ letras doradas sobre la oreja,
 cambiaron las formas: era Gervasio quien reía a carcajadas contemplando a su
 amigo, en tanto se abanicaba ostentosamente con el gorro como si ^{para} ~~se~~ ~~trata~~ ~~de~~ ~~evi-~~
 tar un colapso. Acto seguido ambos intercambiaban sus carcajadas ante la circun-
 specta mirada de Peter, quien, incapaz de compartir los fútiles motivos ^{de su} ~~de~~ ~~su~~
^{indignidad,} ~~les~~ ~~apretaba~~ ~~para~~ ~~no~~ ~~retrasarse~~ ~~en~~ ~~la~~ ~~formación~~.

El ambiente de farsa continuaba, no obstante, media hora más tarde, en la
 calle Real atestado de marineros, grupos de muchachas cogidas del brazo y madu-
 ros matrimonios ^{cas} ~~estando~~ ~~a~~ ~~niños~~ ~~de~~ ~~corta~~ ~~edad~~. Gervasio y Damaso, destacados,
 los lebrantos bajo el brazo, reían al menor gesto del otro, cravesaban entre los
 pañetes, utilizaban a Peter como pantalla, expugnándose, y, ante
 sus cada vez más ávidas reconvecciones, las risotadas se acrecentaban, de tal
 manera que cuando el coronel de intervención, don Arsenio de la Cruz Melillo
 (pulen, en punto a eficacia militar, antepone la disciplina al número de divi-
 siones y al armamento) se cruzó con ellos y observó sus zapateas y carcajadas,
 la frivola indignidad con que aquellos muchachos portaban el uniforme, les llamó
 al orden, con duras palabras, atándoles su indisciplina. Las voces del coronel,

la marcial actitud de Peter (rígido, petrificado, la mano derecha en la sien),
 asumiendo el rapapolvo, en contraste con la ^{dejadez} negligencia de sus compañeros (el
 peso del cuerpo descansando sobre el pie izquierdo, los lephantos en la axila,
 una expresión relajada, puramente civil, en el semblante) congregaron a los via-
 dantes, ávidos de espectáculos gratuitos, con lo que don Arsenio de la Cruz Mae-
 llo, crecido ante la expectación, dispuesto siempre al apostolado castrense, or-
 denó cuadrarse a los insubordinados y, al tiempo que les recordaba el deber de
 vestir con decoro el uniforme militar y de saludar a los superiores, hizo hincapié
 en un extremo que estaba por encima de las formas y produjo gran efecto en
 la concurrencia, a saber, "que la grandeza de la Patria se forjaba, antes que a
 tiros en el campo de batalla, acatando la norma y sujetándose a la ordenanza en
 la retaguardia". Los tres muchachos le escuchaban ahora ^{sin pestañear, firmes,}
 tensos, las puntas de los dedos rozando la ceja derecha, ^{de modo que cuando} ~~y una vez que~~ (el coronel
 de Intervención concluyó su invectiva y les preguntó por el tiempo que llevaban
 en la Armada y Peter respondió, sin mover apenas los labios, que solamente un
 día, mi coronel, se advirtió un movimiento de ^{piEDAD} ~~elemencia~~ en el auditorio, que hi-
 zo pensar que la amonestación no iría más lejos, pero para don Arsenio de la Cruz
 Maello el acto de insubordinación ₃ era excesivamente desmoralizador (en parti-
 cular considerando que la dotación del buque-escuela se renovaba cada día) como
 para dejarlo impune, por lo que, sopesando los dos factores, la gravedad del de-
 sacato, por un lado, y la compasiva actitud de la audiencia, por otro, optó por
 una solución salomónica: dar por concluída la escena callejera, aliviar de res-
 ponsabilidad personal a los ^{tres} quintos y proseguir su campaña contra el deservicio
 a más altos niveles. En una palabra, el coronel de Intervención Militar, don
 Arsenio de la Cruz Maello, dió parte al General de Intervención Militar, don
 Herminio Souto; el General de Intervención Militar, don Herminio Souto, trasmi-
 tió, a su vez, la denuncia, a la Comandancia de Marina y la Comandancia de Mari-
 na, en uso de sus atribuciones, cursó a don Ildefonso Barbosa Belisario, capitán
 de fragata, comandante en jefe del buque-escuela, la siguiente instrucción:

TEXTO

"Habiendo observado esta Comandancia que los marineros adscritos a la do-

la marcial actitud de Peter (rigido, petrificado, la mano derecha en la sien),
asumiendo el rapado, en contraste con la negligencia de sus compañeros (el
peso del cuerpo descansando sobre el pie izquierdo, los brazos en la axila,
una expresión relajada, puramente civil, en el semblante) congregaron a los vian-
dantes, ávidos de espectáculos gratuitos, con lo que don Arsenio de la Cruz Mar-
tí, crecido ante la expectativa, dispuesta siempre al agostado castrense, er-
raba cuadrando a los transeúntes y, al tiempo que los recordaba el deber de
vestir con decoro el uniforme militar y de saludar a los superiores, hizo hincapié
en un extremo que estaba por encima de las formas y produjo gran efecto en
la concurrencia, a saber, "que la grandeza de la patria se forjaba, antes que a
fuerzas en el campo de batalla, acatando la norma y sujetándose a la ordenanza en
la retaguardia". Los tres muchachos le escuchaban ahora sin pestañear, firmes,
tenso, las puntas de los dedos rozando la caja derecha, una vez que el coronel
de Intervención concluyó su invectiva y les preguntó por el tiempo que llevaban
en la Armada y Peter respondió, sin mover apenas los labios, que solamente un
día, mi coronel, se advirtió un movimiento de elementos en el auditorio, que hi-
zo pensar que la amonestación no iba más lejos, pero para don Arsenio de la Cruz
Martí el acto de insubordinación era excesivamente desmorralizador (en parti-
cular considerando que la dotación del buque-escuela se renovaba cada día) como
para dejarlo impune, por lo que, soportando los dos factores, la gravedad del de-
sacato, por un lado, y la compasiva actitud de la audiencia, por otro, optó por
una solución salomónica: dar por concluida la escena callétera, aliviar de res-
ponsabilidad personal a los ^{cuatro} puntos y proseguir su campaña contra el deservicio
a más altos niveles. En una palabra, el coronel de Intervención Militar, don
Arsenio de la Cruz Martí, dio parte al General de Intervención Militar, don
Hermínio Souto; el General de Intervención Militar, don Hermínio Souto, transmi-
tió, a su vez, la denuncia, a la Comandancia de Marina y la Comandancia de Mar-
na, en uso de sus atribuciones, cursó a don Liberto Barbosa Belisario, capitán
de fragata, comandante en jefe del buque-escuela, la siguiente instrucción:

TEXTO

"Habiendo observado esta Comandancia que los marinos adscritos a la do-

~~190~~

184

tación de ese buque-escuela bajo su mando, no se atienden, durante las horas de paseo, ^{a las normas de)} (decoro y compostura que deben exigírseles dado el glorioso uniforme que visten y que, al propio tiempo, por distracción, desconocimiento o desacato, omiten con frecuencia la obligación de saludar a sus superiores, o la cumplen sin la marcialidad requerida, esta Comandancia de Marina tiene a bien recordar a V.S.:

PRIMERO: Que, en lo sucesivo, ningún marinero de ese buque-escuela, deberá salir franco de servicio hasta transcurrida una semana a partir de su ingreso a bordo, dedicando, a lo largo de este tiempo, las sesiones que se consideren oportunas a la instrucción y formación del espíritu castrense de los voluntarios recién incorporados y

SEUNDO: Que la tradicional revista de los marineros francos de servicio que se lleva a cabo en ese buque-escuela, como en todos los de la Armada, por parte del oficial de guardia con objeto de comprobar la propiedad del atuendo y el aseo personal, deberá completarse en lo sucesivo con otra inspección escrupulosa donde se verifique el nivel de marcialidad alcanzado por esa marinería, a fin de evitar los bochornosos episodios a que más arriba se alude y que motivan el presente comunicado. El Ferrol del Caudillo, a 22 de enero de 1938. Tercer año triunfal".

El capitán de fragata, don Ildefonso Barbosa Belisario, comandante en jefe del buque-escuela, dió traslado a sus oficiales de esta exhortación, los oficiales, por su parte, informaron de su contenido a sus subalternos, los subalternos a la marinería y, finalmente, para mayor difusión, una copia de la mentada instrucción fué fijada con cuatro chinchetas en el cuadro y divulgada por los altavoces para que nadie a bordo pudiera alegar desconocimiento. Seis días más tarde, cuando el marinero de segunda, Gervasio García de la Lastra, vestido de gala, pechisacado, muy poseído de sí, pisaba resueltamente el combés, esmerándose en adoptar un paso gallardo ante la atenta mirada del oficial de guardia, alferez de navío don Agustín Tárrega, y del instructor de marinería, don Manuel Borau, en el momento de llevarse la mano a la sien derecha,

194

...ción de ese pupue-escuela bajo su mando, no se atienen, durante las ho-
ras de paseo, al decoro y compostura que exigen exigencias dadas el glorio-
so uniforme que visten y que, al propio tiempo, por distracción, descono-
cimiento o descuido, omiten con frecuencia la obligación de saludar a sus
superiores, o la cumplen sin la marcialidad requerida, esta Comandancia

de Marina tiene a bien recordar a V.S.:

PRIMERO: Que, en lo sucesivo, ningún marino de ese pupue-escuela
deberá salir franco de servicio hasta transcurrida una semana a partir
de su ingreso a bordo, dedicando, a lo largo de este tiempo, las sesiones
que se consiguieren oportunas a la instrucción y formación del espíritu cas-
trense de los voluntarios recién incorporados y

SEGUNDO: Que la tradicional revista de los marineros francos de ser-
vicio que se lleva a cabo en ese pupue-escuela, como en todos los de la
Armada, por parte del oficial de guardia con objeto de comprobar la pro-
piedad del atuendo y el aseo personal, deberá completarse en lo sucesivo
con otra inspección escrupulosa donde se verifique el nivel de marciali-
dad alcanzado por esa marinería, a fin de evitar los bochornosos epis-
dios a que más arriba se alude y que motivan el presente comunicado. El

Ferrol del Caudillo, a 25 de enero de 1938. Tercer año triunfal.

El capitán de fragata, don Ildefonso Barbosa Belsario, comandante en Je-
fe del pupue-escuela, dio traslado a sus oficiales de esta exhortación, los o-
ficiales, por su parte, informaron de su contenido a sus subordinados, los sub-
alternos a la marinería y, finalmente, para mayor difusión, una copia de la
mentada instrucción fue fijada con cuatro chinchetas en el cuadro y divulgada
por los altavoces para que nadie a bordo pudiera alegar desconocimiento. Siete
días más tarde, cuando el marino de segunda, Gerardo García de la Lasta,
vestido de gala, pochisado, muy poseído de sí, pisaba resueltamente el cor-
dón, esmerándose en adoptar un paso gallardo ante la atenta mirada del oficial
de guardia, alférez de navío don Agustín Járraga, y del instructor de marine-
ría, don Manuel Barou, en el momento de llevarse la mano a la sien derecha,

como era lo preceptivo, y volver su cabeza altiva hacia el tribunal juzgador, restalló como un latigazo, la colérica desaprobación del instructor:

- ¡Ese cuello! ¡Fuera!!

Dos días después, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, convicto de su desgaire, oportunamente asesorado por su amigo Pedro María de Vega, procuró ^{en} mendar sus imperfecciones, imprimir trapío a sus andares y elasticidad a su cuello y, con esta pretensión, inició el paseillo ante el oficial de guardia, teniente de navío don Gaspar Hungría, y el susodicho instructor de marinería, don Manuel Borau, pero antes de llegar a la altura de éste, una voz destemplada, ("¡Ese cuello, fuera!!"), que pareció brotar de las mismísimas entrañas de la tierra, le confirmó en su confinamiento. Perseverante hasta la obstinación, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, aún realizó otro par de tentativas para salvar aquel escollo inesperado, pero las rabotadas del instructor de marinería, don Manuel Borau, su desaprobación tonante y desabrida ("¡Ese cuello! ¡Fuera!!") en el instante de llevarse la mano a la sien derecha, no solo le movieron a desistir, sino que le infundieron el demolidor complejo de que aún no había aprendido a andar. De nada sirvieron la solicitud de Pedro María de Vega, ni sus palabras confortadoras. La decisión de Gervasio García de la Lastra, aparte de firme, reunía todos los requisitos para pasar por razonable: el hecho de hacer consciente el acto de andar, eliminaba en él toda naturalidad, por lo que estimaba pertinente esperar a que la exhortación de la Comandancia de Marina perdiera vigencia y tornase la antigua leñidad, para satisfacer su deseo de saltar a tierra. La cosa estaba clara: Dios, que le había signado para protagonizar grandes hazañas, le había negado el garbo necesario para ^{vestir las,} adornarlas. Así, una semana tras otra, se vió condenado a ^{rumiando su ineptitud,} permanecer a bordo, mientras sus amigos salían francos. ~~rumiando su ineptitud.~~

Un nuevo factor vino a intensificar su complejo de inferioridad en aquellas circunstancias: la huella ^{indeleble,} (dejada por su amigo Tato Delgado (desembarcado en el "Balears" una semana antes de llegar ellos) en el buque-escuela, las referencias admirativas a su persona. El cabo Rego, jefe de rancho, al conocer su amistad, había juntado sus espesas cejas, más blancas que negras, para decir:

- ¿Paisanoj de Tato? ¡Buen rapaz! El día que desembarcó debimos poner la



como era lo preceptivo, y volver su cabeza alivia hacia el tribunal juzgador.
restalló como un látigo, la cólera desproporcionada del instructor:

- ¡Ese cuello! ¡Fuera!

Dos días después, el marino de segunda Gervasio García de la Lastra,
convicto de su desgracia, oportunamente asesorado por su amigo Pedro María de
Vega, procuró ^{mandar} sus imperfecciones, imprimió trajo a sus andares y ellas-
tidad a su cuello y, con esta pretensión, intentó el pasellio ante el oficial
de guardia, tentante de navio don Gaspar Huiria, y el susodicho instructor de
marineta, don Manuel Borau, pero antes de llegar a la altura de éste, una voz
destemplada ("¡Ese cuello, fuera!"); que pareció brotar de las mismas
entrañas de la tierra, le confirmó en su confinamiento. Perseverante hasta la
obstinación, el marino de segunda Gervasio García de la Lastra, aún realizó
otro par de tentativas para salvar aquel cuello inesperado, pero las rabota-
das del instructor de marineta, don Manuel Borau, su desproporcionada tonante y
desabrida ("¡Ese cuello! ¡Fuera!") en el instante de llevarse la mano a la
sien derecha, no solo le movieron a desistir, sino que le infundieron el des-
fador complejo de que aún no había aprendido a andar. De nada sirvieron la sa-
litud de Pedro María de Vega, ni sus palabras confortadoras, la decisión de
Gervasio García de la Lastra, aparte de firmes, revista todas las repuestas para
pasar por razonable: el hecho de hacer consciente el acto de andar, eliminaba
en él toda naturalidad, por lo que estimaba pertinente esperar a que la exor-
tación de la Comandancia de Marina perdiera vigencia y tornase la antigua le-
nidad para satisfacer su deseo de salir a tierra. La cosa estaba clara: Dios,
que le había signado para protagonizar grandes hazañas, le había negado el gar-
do necesario para sobrevivir. Así, una semana tras otra, se vio condenado a
permanecer a bordo, mientras sus amigos salían francos, ^{manteniéndose inactivos}
Un nuevo factor vino a intensificar su complejo de inferioridad en aque-
llas circunstancias: la huelga ^{de} la huelga por su amigo Tato delgado (desembarcado
en el "Baleares" una semana antes de llegar ellos) en el buque-escuela, las
referencias admirativas a su persona. El cabo Rego, jefe de rancho, al conectar
su amistad, había juntado sus espesas cejas, más blancas que negras, para de-
cir:

- ¡Paisano de Tato! ¡Buen rapaz! El día que desembarcó dejémos poner la

bandera a media asta en señal de duelo. El cabo Rego no ocultaba que en su dilatada carrera en la Marina ningún otro aspirante le ^{había producido} produjo semejante deslumbramiento. Y, como él, a los demás: Había ^{una rara} un punto de unanimidad al juzgarle: "Como Tato, ninguno". Campeón de remo, natación, waterpolo, jarcias, señales, tiro, gimnasia, a los cabos Ortigueira, Luque ^y Mariño, se les hacía la boca agua al mencionar su nombre. En torno a su persona giraban con frecuencia las conversaciones ^{del} en el rancho y, al recordarle, las pobladas cejas grises del cabo Rego, se fruncían conmovidas: "Había que verle desfilas: apuesto, concentrado, marcial, tal y como mandan las ordenanzas. Tato no era un soldado, era un artista". Al alopécico Paco Quesada, que comía con el abisinio puesto para ocultar las calvas, le divertía la devoción del cabo hacia Tato y gozaba metiéndole los dedos en la boca: "¿Recuerda, cabo, como cantaba La Revoltosa?" El cabo Rego cabeceaba añorante: "Hasta cantar lo hacía bien. Si hubiera figurado el canto entre las disciplinas de a bordo también hubiera sido el primero". Entre la dotación se comentaba la anécdota ^{de} con don Manuel Borau, instructor de marinería (el implacable perseguidor de Gervasio), de ordinario frío y desdeñoso, tras el gran desfile del día de la Raza. La actuación de Tato como cabo de gastadores había sido tan ^{memorable} brillante que, al concluir, don Manuel no pudo menos de abrazarle ante la tropa ^{formada} (y, en pleno deliquio admirativo, le dijo con lágrimas en los ojos:

- ¡Xente castelá, tropa de moito carallo!.

La alta consideración que Tato merecía a bordo, ^{evidenciaba} ~~hacía aún más evidente~~ la incompetencia de Gervasio, sujeto constantemente a comparaciones capciosas: "Ni aunque me lo jures me creo yo que seas paisano de Tato Delgado". El mero hecho de que don Manuel Borau, su enemigo jurado y causa de su infortunio, hubiera ^{abati-} elevado a Tato a la categoría de cabo de gastadores, le hacía sentirse aun más ^{apl-} ~~abatedo~~ ^{tan} ~~deprimido~~ ^{bajas.} "Unos tanto y otros ~~tempo~~ ^{tan} poco", se decía en sus horas ~~de soledad~~. Abrumado por tal cúmulo de perfecciones, Gervasio solía parapetarse tras el nombre de Eduardo Custodio, paisano suyo también. El cabo Rego fruncía las cejas pelicanas y, luego, convenía: "Bueno, Rostro Pálido era otra cosa". Paco Quesada, el alopécico, terciaba: "Rostro Pálido no veía tres en un burro. Sin la ayuda de Tato, nunca hubiera pasado el reconocimiento". La ineptitud física de Eduardo ^{la} ^{de Gervasio} ^{hubiese sido} ^{quien} momentaneamente ~~su~~ ^{momentaneamente} ^{reforzaba} ^(su abatimiento) depresión (pero el hecho de que ~~fuese~~ ^{fuese} Tato ~~el que~~ ^{la subsanase} ^{momentaneamente} ^{reforzaba} su abatimiento). No era caritativo colocar el listón tan alto. Por otra

bandera a media asta en señal de duelo. El cabo Rego no ocultaba que en su difi-
 cada carrera en la Marina ningún otro aspirante le precedía (antes deslumbró-
 miento. Y, como él, a los demás: hasta en punto de unanimidad al juzgarle:
 "Como Tato, ninguno". Campesón de rano, natación, waterpolo, jactas, señales, fi-
 ro, gimnasia, a los capos Ortigueira, Luque, Martín, se los hacía la boca agua
 al mencionar su nombre. En torno a su persona giraban con frecuencia las conver-
 saciones en el rancho y, al recordarle, las pobladas cejas grises del cabo Rego,
 se truncaban conmovidas: "Habría que verle destilar: apuesto, concentrado, marcial,
 tal y como mandan las ordenanzas. Tato no era un soldado, era un artista". Al a-
 lodético Paco Quesada, que comía con el espíritu puesto para ocultar las calvas,
 le divertía la devoción del cabo hacia Tato y gozaba metiéndole los dedos en la
 boca: "Recuerda, cabo, como cantaba La Revoltosa". El cabo Rego cabeceaba año-
 rante: "Hasta cantar lo hacía bien. Si hubiera figurado el canto entre las dis-
 ciplinas de a bordo también hubiera sido el primero". Entre la dotación se comen-
 taba la anécdota con don Manuel Borau, instructor de martinetes (el imparable
 perseguidor de Gervasio), de ordinario frío y desdenoso, tras el gran desfile
 del día de la Raza. La actuación de Tato como cabo de gastadores había sido tan
 brillante que, al concluir, don Manuel no pudo menos de abrazarle ante la tropa.
 Y en pleno delirio admirativo, le dijo con lágrimas en los ojos:

- ¡Xente castelá, tropa de botío carajol!

La alta consideración que Tato merecía a bordo, había sido evidente la
 independencia de Gervasio, sujeto constantemente a comparaciones capciosas: "Si
 aunque me lo juras me creo yo que seas paisano de Tato ligado". El negro hecho
 de que don Manuel Borau, su enemigo jurado y causa de su infortunio, hubiera eji-
 vado a Tato a la categoría de cabo de gastadores, le hacía sentirse aun más apri-
 etado. "Unos tanto y otros tampoco", se decía en sus horas de soledad, atormentado
 por tal cúmulo de perfecciones, Gervasio solía parapearse tras el nombre de
 Eduardo Custodio, paisano suyo también. El cabo Rego trunca las cejas pelicanas
 y, luego, comenta: "Bueno, Rostro Pálido era otra cosa". Paco Quesada, el alipé-
 cico, tartabala: "Rostro Pálido no veía tres en un burro. Sin la ayuda de Tato,
 nunca hubiera pasado el reconocimiento". La inestabilidad física de Eduardo mitigaba
 momentáneamente su depresión (pero el hecho de que fuese Tato el que la sustentaba,
 por esta

parte, la reconocida bizzarria de Tato no avalaba su rendimiento guerrero. Un patizambo podia llegar a ser héroe antes que él; de hecho, los santos y los héroes, procedían a menudo del humano desecho, de las capas más humildes, inclusive de la escoria social. Gervasio, tendido bajo el tímido sol invernal, o vagando por los sollados, ~~semivaefos~~, reflexionaba sobre estos extremos. Su preterición le había aproximado a Antero Arias, también preterido. Cargado de espaldas, el pecho aquillado, asincrónico, Antero Arias, madrileño de Galapagar, no ocultaba su resentimiento: "No te jode. Ahora resulta que para ser ^{marinero} ~~marino~~ (hay que ser un Robert Taylor". También ^{también} había desistido (de vestirse la gala y probar fortuna, porque el "¡fuera!" con el que don Manuel Borau le descalificaba era todavía más agrio y ~~destemplado~~ que el que empleaba ^{con} ~~para rechazar a~~ Gervasio. Hipertésico y supersticioso, Antero no reconocía sus deficiencias ^{físicas} (sino que achacaba su postergación a la malquerencia del instructor de marinería: "Lo dicho, si no eres un figurín no sirves para defender a España". Se unía a Gervasio, malmetiéndole, y Gervasio, sin otro asidero a mano, le seguía la corriente. La difícil complexión de Antero Arias, su torva inquina, le confortaba ⁷, de la misma manera que la mediocridad de Eduardo Custodio, ~~Rostro Pálido~~, le compensaba de la glorificación de Tato Delgado. Por otro lado, Antero Arias, aficionado al ocultismo, le iniciaba en sus misterios, le entretenía las largas horas ociosas que pasaba a bordo. Una tarde, ante su estupor, valiéndose ~~exclusivamente~~ de su energía mental ³, consiguió levantar una mesa ⁴, machihembrada al suelo por las cuatro patas, invocando con palabras soeces al espíritu de la madre de don Manuel Borau. El grueso vocabulario de Antero Arias ⁵, no era excepción a bordo, sino la norma. La plebeyez y rapiña reinantes en el buque-escuela desazonaron, en principio, a Gervasio, mas, en aquel clima contagioso, no tardó en ^{plegarse} ~~adaptarse~~ a la nueva moral. Si no reemplazó las bolinas que le sustrajeron el primer día, no fué por virtud, sino porque el hecho de velar por ellas representaba una ^{nueva} ~~sobre-~~ ~~protección~~. ^{carga} ~~carga de trabajo~~. Habitado a dormir a plan, ya no las echaba en falta. En cambio, el rebenque y el abisinio que le desaparecían cada cuatro días ⁷, no tardaba en sustituirlos. Despojar del gorro a un quinto que paseara descuidado por la cubierta, alargando la mano desde el castillo, y desaparecer ⁸ acto seguido ⁷ por la escala de la banda opuesta constituía un ^{divertimiento} ~~divertido pasatiempo~~. Menos difícil

tades aún, ~~presentaba~~ ^{suponia} adueñarse de un rebenque y dejar el coy ajeno flácido, desarmado en la batayola. Eran simples ejercicios de dedos, que si en las prime-
ras semanas, ante la mirada ^{crítica} ~~reprobadora~~ de Peter, les dejaban a Damasito y a él un poso de mala conciencia, con el tiempo se convirtieron en una deportiva cos-
tumbre sobre cuya ética no valía la pena discutir. Los berrinches de Peter no les calabán, no rebasaban su piel:

- Si hacéis como ellos, terminaréis siendo como ellos

Dámaso Valentín, la punta de la lengua en la mella del diente, se encampa-
naba:

- ¡Anda, coño! Y) ^{saberse}
- ¡Coño! ¡Puedes ~~decirme~~ ^{forzosa} en qué somos diferentes?

La ~~forzosa~~ ^{forzosa} ~~reclusión~~ ^{reclusión} ~~avivó~~ ^{avivó} la afición epistolar de Gervasio. Algunas tar-
des ~~eludía~~ ^{eludía} la compañía de Antero Arias, se sentaba en un rincón del sollado,
la carpeta sobre las rodillas, y escribía a mamá Zita, tío Felipe Neri o Manena
Abad, cartas amañadas, plagadas de solapes o discretamente confidenciales según
fuera su humor. Antero Arias le buscaba por pasillos y sollados y, si le sor-
prendía escribiendo, se sentaba a su lado en el suelo sin decir palabra y se
pasaba las horas en silencio, limpiándose las uñas con un mondadientes. La car-
ta inicial a mamá Zita ~~planteó~~ ^{planteó} a Gervasio problemas de encabezamiento. La ex-
presión "mamá Zita", impuesta por la estólida debilidad de la abuela Obdulia,
carecía de sentido a estas alturas. La palabra "mamá", a secas, recataba una
connotación jabonosa, lamida, pueril, impropia de un aguerrido combatiente.
Finalmente escribió:

Querida madre: Hace ya dos semanas que embarcamos en el buque-escuela y
aún no tuve tiempo de escribirte. Aquí, como decimos en jerga marinera, pasa-
mos el día planeando. Diana a las 6, de noche todavía; ducha en cubierta, aun-
que hiele; desayuno (café con leche y un chusco que has de estirar para las
cuatro comidas del día); baldeo con bruzas y lampazos, mientras otros abrillan-
tan los dorados o limpian los retretes, los beques como aquí les dicen. A las
diez, dos horas y media de instrucción, fusil al hombro, por la explanada del
Arsenal (Tato Delgado, que embarcó en el "Balears", con Eduardo, hace ~~casi~~ ^{tres se-} un

manas, mes, (llegó a ser cabo de gastadores). A la 1 comemos, de ordinario caldo gallego, lacón con grelos, o ropavieja, y dos horas después, vuelta a la faena. Los ejercicios de tarde son más ^{variados y a,} (distridos: gimnasia, remo, señales, nudos, morse, jarcias... Solo un día sí y otro no, pelamos patatas. A las seis, una de las dos brigadas, babor o estribor, la mitad de la dotación, sale ^{de paseo.) franca} (La ciudad es pequeña, menos fría que la nuestra pero, en cambio, llueve con gran frecuencia. La señora Jacoba, la lavandera, nos lava y plancha la ropa ~~todas~~ ~~las~~ ~~semanas~~ por muy poco dinero. En la próxima os enviaré dos fotografías: una en traje de faena, con el abisinio en la cabeza, y ~~la otra~~ ~~de gala~~, con la lannilla, como llaman aquí a la marinera. ^{¿Sabéis?} ~~¿Sabes~~ (que a Dámaso y a mí nos dió la risa al vernos vestidos así el primer día y un oficial tuvo que llamarnos la atención? Dime algo de papá. Pásale ésta y dile que le recuerdo. Besos a las hermanas y a los tíos y para tí un abrazo muy fuerte de

Gervasio

Instigado por una suerte de pudor filial, iba dominando las artes del solape y el efugio, aprendiendo a decir las cosas sin decirlas, exponiendo verdades incompletas. Contaba, por ejemplo, que remaba, pero ^{omitía} ~~ocultaba~~ ~~que no había sabido el primer día~~ ~~advertaba a)~~ ~~regañado por no saber~~ repalear; ~~el primer día~~ reconocía que, cada tarde, una brigada saltaba a tierra, pero callaba que cuando le correspondía a la suya, él ~~se quedaba~~ permanecía a bordo por falta de apostura; confesaba, en fin, que subía a los palos, pero ^{ocultaba} ~~omitía~~ que hacía lo posible por ratearse y no pasar de la cofa porque el vértigo le dominaba.

No obstante, la primera vez que subió ^{al juanete} (con Peter detrás, al quite, velando la retaguardia) lo hizo sin vacilación alguna. Flechastes y obenques, aunque lastimaban sus delicados pies de niño urbano, no le intimidaron. Fue la escala inclinada de la gavia (de espaldas a la cubierta, primer obstáculo serio ~~en su~~ ^{del} trayecto) ~~hacia el juanete~~, lo que le indujo a rogar a Peter que le respaldase. Su amigo le repetía: "Arriba, arriba, los ojos en la punta del mástil, no mires ~~abajo~~", mas Gervasio experimentaba la atracción del abismo y no podía evitar mirar la cubierta de soslayo. En la cruz del juanete vaciló. Las aguas chapaban en el costado y el buque, desde lo alto, semejaba ^{un minúsculo chinchorro.} ~~una cáscara de nuez.~~

Lo preceptivo era desplegar a lo largo del palo, los pies desnudos sobre el marchapié, las manos aferradas a la delgada barra fija que corría por encima del mástil, pero él no se atrevió. El marchapié, afianzado en los extremos del palo, enhebrado en unos ojetes escalonados, ~~era un apoyo inestable,~~ se tensaba o destensaba de acuerdo con la ^{gravi-} ~~corpul-~~ ^{dez} ~~lencia~~ del vecino, por lo que Gervasio, medroso de salir proyectado como flecha de arco, se asió crispadamente a la barra, los nudillos blancos, ^{tensas} ~~prietas~~ las mandíbulas, las rodillas vacilantes.

Peter, ^{junto a él,} ~~a su lado,~~ le instaba a relajarse, pero allí, ^{a cincuenta metros de altura,} ~~en lo alto del juanete,~~ con el casco del barco abajo, como un pez diminuto, se le iba la cabeza. Una vez abiertos por la arboladura, don Manuel Borau, siempre avizor, revisó ^{la formación)} ~~los palos~~ (e hizo sonar el silbato. Ante la orden, sus compañeros soltaron la mano derecha y saludaron militarmente, pero a él, ~~las piernas temblorosas,~~ le faltó valor y, aunque inició el movimiento, al ^{notar} ~~sentir~~ que el marchapié cedía, ~~y perdía estabilidad,~~ volvió a asirse a la barra con las dos manos. Pese a la distancia, la mirada de águila del instructor reparó en él (aunque, para su fortuna, no pareció reconocerle) y, entonces, se sacó el silbato de la boca y voceó asperamente:

- ¡El saludo a la voz obliga a todos! ¿Me oye el cuarto marinerito del juanete, a estribor? ¿O es que quiere ir al cuadro?

Su tono era aún más perforador que el del silbato. Don Manuel Borau quedó a la espera, ^{corpulento,} ancho, ~~macizo~~ (sanguíneo, las manos a la espalda, el pito niquelado en la comisura de la boca, la acerada mirada en el palo) y Gervasio titubeó, pero la imagen de aquel hombre cuyos ojos no se apartaban de él, conminándole, pudo más que su temor. Afirmó la mano izquierda sobre la barra fija y fué levantando gradualmente la derecha hasta rozar la sien. Lívido, prietos los párpados, las mandíbulas convulsas, repitió tres veces el ademán hasta que don Manuel Borau se dió por satisfecho. "¡Dentro y abajo!" -gritó; y mediante una serie de agudas pitadas ordenó romper la formación.

En lo sucesivo, cada vez que en el cuadro se anunciaba el ejercicio de saludo a la voz, procuraba ratearse o se las ingeniaba para no pasar de la cofa. A mamá Zipasatiempo, ta le hablaba sin embargo de subir a los palos como si se tratase de un juego,

lo precipitativo era despegarse a lo largo del palo, los pies desuados sobre el mar-
 chapé, las manos aferradas a la delgada barra fija que corta por encima del mar-
 chapé, pero él no se acortó. El marchapé, estirado en los extremos del palo, entre-
 brado en unos ejes escalonados, se tensaba o desentensaba de acuerdo con la corru-
 lenda del vecino, por lo que Gervasio, medroso de salir proyectado como flecha de
 arco, se asió crispadamente a la barra, los nudillos blancos, presas las mandíbulas

las, las rodillas vacilantes.
 Peter, a su lado, se instaló a reírse, pero allí, en la sala del juanete, con
 el casco del barco abajo, como un pez minuto, se le iba la cabeza, una vez abier-
 tos por la erboladura, don Manuel Borau, siempre avizor, revisó los ojos el niño so-
 bre el albatro. Ante la cota, sus captores estiraron la mano derecha y se ruborizaron
 ligeramente, pero a él, los ojos temblorosos, le faltó valor y, aunque intentó
 el movimiento, al sentir que el marchapé caía y perdía estabilidad, volvió a as-
 irse a la barra con las dos manos. Pese a la distancia, la mirada de aguja del ins-
 tructor reparó en él (aunque, para su fortuna, no pareció reconocerle) y, entonces,
 se sacó el albatro de la boca y vocó esperamente:

- ¡El saludo a la voz oída a todos! ¡Me oye el cuarto marino del juanete,
 el escribano? ¿O se fue a dormir al cuadro?

Su tono era aún más perforador que el del albatro. Don Manuel Borau quedó a la
 espera, ancho, roscado (sangüineo), las manos a la espalda, el pico anqueado en la
 comisura de la boca, la mirada miraba en el palo y Gervasio titubó, pero la ima-
 gen de aquel hombre cuyos ojos no se apartaban de él, combatiendo, pudo más que
 su temor. Aferró la mano izquierda sobre la barra fija y fue levantando gradualmen-
 te la derecha hasta rozar la sien. Livió, presas los párpados, las mandíbulas
 convulsas, repitió tres veces el ademán hasta que don Manuel Borau se dio por satis-
 fecho. "¡Dentro y abajo!" -gritó; y mediante una serie de agudas pitadas ordenó

romper la formación.
 En lo sucesivo, cada vez que en el cuadro se anunciaba el ejercicio de saludo a
 la voz, procuraba ratearse o se las ingenió para no pasar de la cola. A más él
 se le hablaba sin embargo de subir a los pafos como si se tratase de un cuadro.

tivo y ante Manena Abad se pavoneaba ("ves el mundo a tus pies, chiquitito, despreciable, tal como lo vería ^{Moisés} Cristo desde el monte Sinaí") y, apuntando quizá un raptó de inconfesado erotismo, aludía a la "piel rota por los flechastes y las carnes magulladas por las drizas", pero, ^{Manena Abad,} poco motivada por estos excesos barrocos, ~~Manena Abad~~ demoró la respuesta, escasamente entusiasta.

Obsesionado por los encabezamientos había esperado la primera carta de la niña con emoción. ¿Cómo la iniciaría? ¿Querido, estimado, amigo, inolvidable...? Pero Manena Abad, con su acostumbrada pericia, orilló el compromiso: "¡Hola, marinerito! ¿Qué tal por esas regiones...?". Le desagradó el diminutivo, ^{Poco} inadecuado para designar a un guerrero. Obviamente, la muchacha menospreciaba su situación, no le consideraba en peligro, y, ^{ante su indiferencia,} él se sentía defraudado. Había soportado todo con resignación ^(el hacinamiento) (~~su fiaseo como remero,~~ la vecindad de las ratas, el vértigo, el enclaustramiento a bordo) imaginando que allá, en su ciudad, Mamá Zita, Manena Abad, tía Cruz, tío Felipe Neri, sus hermanas, la señora Zoa, y hasta el mismo papá Telmo, temblaban por él. La carta de Manena Abad, con su frívolo tratamiento, había venido a limitar sus pretensiones, a ^{sugerir} ~~apuntar~~ que sus pequeños fracasos iniciales, pese a estar signado desde la infancia, podían poner en entredicho sus dotes de soldado. Sin duda, una hazaña singular bastaría para hacer olvidar el pasado, ~~(sus antecedentes demeritorios, sus desaciertos lamentables)~~ pero en su actual situación, no civil pero tampoco militar (una posición equívoca de espera, de retaguardia) no era factible la proeza, ni siquiera la crispadura. A tío Felipe Neri se resistía empero a desengañarle: "Mi vida aquí es un constante repeluzno, tío", le escribía, a sabiendas de que no era cierto, de que su sensibilidad estaba como acorchada, de tal ^{manera} forma ^{perdido} que hasta las marchas que acompañaban las dos horas y media de instrucción habían enajenado sus virtudes compulsivas. "Me falta concentración -se decía-; no soy capaz de concentrarme". Y algo había de esto. ~~Después de su pifia como remero ponía los cinco sentidos en los pitidos y voces de mando, resuelto a enmendarse, pero no era posible acatarlos y, al mismo tiempo, dejar volar su imaginación para acometer, aunque fuera mentalmente, alguna gesta. Con la Salve marinera, al ponerse el~~ ^{culo vespertino,} ~~sol,~~ ^{si cabía} otro momento propicio, ~~era posible~~ ^{el devaneo imaginativo,} pero en este caso, la música ^{ñoña,} ~~asordinada y pálida,~~ ^{limada,} carecía de garra ^{suficiente} para exal-

... y ante Manens Abad, se pavonaba ("ves el mundo a tus pies, chiquitito, despreciable, tal como lo vería Erato desde el monte Stal") y, apuntando que un rapto de inconsciente erotismo, aludía a la "piel rota por los flechazos y las carnes magulladas por las brizas", pero, poco motivada por estos excesos barcos, Manens Abad demoró la respuesta, escasamente entusasta.

Interrogado por los encabezamientos había esperado la primera carta de la niña con emoción. Como la interior? Querido, estimado, amigo, inolvidable... Pero Manens Abad, con su acostumbrada pericia, orlío el compromiso: "Hola, ma- rierito! Qué tal por esas regiones...? La desagrado el diminutivo, las desca-

do para designar a un guerrero. Oportunita, la muchacha menospreciada su situa- ción, no le consideraba en peligro, y él se sentía destruido, había soportado todo con resignación (se fíase como remora, la vecindad de las ratas, el vér- tigo, el encasamiento a bordo) imaginando que allí, en su ciudad, Manens Abad, Manens Abad, era Cruz, era Felipe Neri, sus hermanas, la señora Ios, y sus-

La el mismo papá Jaime, templaban por él. La carta de Manens Abad, con su fri- vofo tratamiento, había venido a limitar sus pretensiones, a señalar que sus pedueños fracasos infantiles, pese a estar signado desde la infancia, podían po-

ner en entredicho sus dotes de soldado. Sin duda, una hazaña singular bastaría para hacer olvidar el pasado, (sus antecedentes demeritos, sus desastrosos fa- mentales) pero en su actual situación, no civil, pero tampoco militar (una posi- ción equivoca de espada, de retaguardia) no era factible la proeza, ni siquiera la crispadura. A esto Felipe Neri se resistía capero a desengañarle: "Mi vida a-

qui es un constante repeluzno, tío", le escribía, sabiendo de que no era cier- to, de que su sensibilidad estaba como acorcheada, de tal forma que hasta las marchas que acompañaban las dos horas y media de instrucción habían enseñado sus virtudes compulsivas. "Me falta concentración - se decía - no soy capaz de

concentrarme". Y algo había de esto, porque de su parte como hombre nunca fue el cambio sentido en las pizcas y voces de guerra, resaca o amonestación, pero no era posible acortar y, al mismo tiempo, hacer valer su imaginación para acor-

tar, aunque fuera momentáneamente, alguna guerra. Con la salve marcial, el momento propicio, era posible el devenir imaginativo, pero en esta ca-

tarlo.

Otra ilusión cortada en flor fué la de la lancha torpedera con la que tanto soñara en el Club. El cabo Rego les desengañó a los pocos días de ^{ingresar;} ~~llegar a bordo~~ "Las dotaciones de esas lanchas nunca las buscan aquí". Peter inquirió los motivos: "Están al completo. ¿Qué tripulantes crees que lleva una lancha de esas?". La utopía se alejaba; quedaba en utopía. Gervasio se lo hizo saber al tío Felipe Neri: "Lo de la torpedera, al parecer, no es viable, tío. Son pocas y ^{están} ~~(todas están)~~ tripuladas. En el mejor de los casos, tal vez podrían destinarnos a uno pero nunca a los cinco juntos como pretendíamos". Dámaso Valentín, ~~olvidada su vieja tesis de que ni en el amor ni en la guerra debían violentarse las situaciones,~~ le acosaba: "Pues piensa en otra cosa, coño; tu tío puede ^{colocarnos} ~~meternos~~ (en cualquier parte. Yo aquí no aguanto más". Renegaba del buque-escuela, "el bergantín del esfuerzo inútil", como le llamaba, "¿Qué clase de escuela es ésta? -se preguntaba. ¿Podéis decirme que aprende uno haciendo cola en pelotas, a la interperie, a las 6 de la mañana, ca lado hasta los huesos, esperando que el cabo decida borrarle de lista?". La interrogante atraía sobre él la atención de los quintos y ζ entonces ζ engolaba la voz, y se respondía a sí mismo: "A joderse; a eso aprende uno en el buque-escuela; ese es su fin". Su filosofía se extendía, ganaba prosélitos. Cada vez que abría la boca, los quintos le miraban como hipnotizados. Damasito proseguía: "¿De qué te sirve aprender a encaramarte en un palo si en los barcos de guerra no hay palos? ¿De qué a manejar un fusil, si los marineros no utilizan fusiles?" Con técnica de predicador, hacía un alto, aflojaba la voz y remataba su discurso: "En el buque-escuela te enseñan a pasarlas putas para que ~~luego~~ ^(luego) nada de lo que te ocurra (en la vida pueda parecerte grave; ¡esa es la escuela!". Peter, oficioso, disciplinado, le reprendía:

- Estás desmoralizando a la tropa y con una tropa desmoralizada nunca se ganó una guerra.

De ordinario charlaban en el sollado, guarecidos del orvallo, y ζ cuando aso-

Otra ilusión cortada en flor fue la de la lancha torpedera con la que tanto
 soñara en el Club. El cabo Rego les desengañó a los pocos días de llegar a bordo.
 "Las dotaciones de esas lanchas nunca las buscan aquí", Peter indicó los motivos.
 "Están al completo. ¿Qué tripulantes crees que lleva una lancha de esas?". La res-
 pta se alejaba; quedaba en utopía. Gervasio se lo hizo saber al tío Felipe Heri:
 "Lo de la torpedera, al parecer, no es viable, tío. Son pocas y todas están tripu-
 ladas. En el mejor de los casos, tal vez podrían destinarnos a uno pero nunca a
 los cinco juntos como pretendíamos". Dámaso Valentin ^{aliviado} se volvió hacia
 el tío en el momento en que se iba a retirar. "¿Entonces, le aconseja-
 rían ir a otra cosa, como; tu tío puede meterse en cualquier parte. Yo aquí
 no aguantaría más". Renegada del buque-escuela, "el bergantín del esfuerzo inútil".
 como le llamaba, "¿qué clase de escuela es esta? - se preguntaba. ¿Podría decirme
 que aprende una hacienda cosa en petacas, a la intemperie, las 6 de la mañana, es-
 tado hasta los huesos, esperando que el cabo decida dorrirle de éstas?". La inter-
 rogante atría sobre él la atención de los quintos y entonces, esgalaba la voz,
 y se respondía a sí mismo: "A jobersa; a eso aprende uno en el buque-escuela; eso
 es su fin". Su filosofía se extendía, ganaba prosélitos. Cada vez que abría la bo-
 ca, los quintos le miraban como hipnotizados. Dámaso preguntó: "De qué se tra-
 va aprender a encaramarse en un palo si en los barcos de guerra no hay palos? ¿De
 qué a manejar un fusil, si los marineros no utilizan fusiles? Con técnica de pre-
 dicador, hacía un rito, atrojaba la voz y venía su discurso: "En el buque-escue-
 la te enseñan a pasarlas putas para que luego nada de lo que te ocurra en la vida
 quede parezca grave; eso es la escuela". Peter, atónito, disciplinado, lo re-
 prendía:
 - Estás desmoralizando a la tropa y con una tropa desmoralizada nunca se ga-
 na una guerra.
 De ordinario charlaban en el soldado, guardados del orzallo, y cuando eso-

maba el sol, en cubierta, en el cachete, dando cara a la ciudad ^{refulgente,} luminosa, del otro lado de la bahía. Insensiblemente su vocabulario se endurecía y Gervasio y Dámaso habían empezado a fumar, ^(unas) Gervasio unos pitillos ovalados, de papel dulce, y Damasito, más ágil de dedos, más mañoso, picadura al cuadrado ("flor de andamio" como decía Paco Quesada, el alopécico) ^(unas) cigarrillos que liaba expertamente, expurgando antes el tabaco de nervios y durezas, para encenderlos luego con un chisqueo de mecha, sin llama, apropiado contra el viento, que guardaba en el bolsillo anterior de la faena).

Una tarde, le ^{asaltó} vino a Peter una idea a la cabeza y se preguntó que, puesto que el desembarco en la lancha ^{torpedera,} era inviable, ¿por qué no enrolarse en el crucero Baleares, el buque insignia, donde Tato y Eduardo ya estaban destinados?. ~~Era el huevo de Juanelo.~~ En un barco cuya dotación excedía de mil individuos, la incorporación de tres ^{nuevos)} marineros no comportaría problemas. Y, ~~por si fuera poco,~~ ^{esto apar-} ¿eran ^{la alegría)} capaces de imaginar ~~las caras~~ (de Tato y Eduardo el día que los vieran aparecer portalón arriba con los sacos blancos al hombro? La exultación de Peter ^{resultó,} se ^{contagiosa.} contagió a sus amigos. Con el mismo entusiasmo con que se barajó en el Club la idea de la torpedera se especuló ahora con la del crucero Baleares. Peter les describía la nave ^{torres,} con detalle (desplazamiento, eslora, velocidad, armamento, dirección de tiro, etc.) ^{confirmando su determinación.} avivando sus deseos, ~~afirmando su decisión.~~ En el fondo, esto era lo que siempre habían deseado. Hasta Gervasio barruntaba ahora en el Baleares la posibilidad de la acción individual heroica. El seco palmetazo de Dámaso Valentín en su espalda le forzó aún más:

- ¡Venga, coño, escribe a tu tío! ~~y déjate de leches!~~ ^{de una vez!}

Y esa misma noche, Gervasio, que ~~por primera vez desde que abandonó su casa~~ ^{con)} sentía un leve hervor en el colodrillo, escribió a tío Felipe Neri, una carta enardecida, ~~patriótica,~~ donde le encarecía que interpusiera sus buenos oficios hasta conseguir embarcarles en el buque-insignia, con sus amigos Tato y Eduardo.

La tarde del 28 de febrero de 1938, el instructor de marinería don Manuel Borau, ^{preseindió)} suprimió ^{de)} inesperadamente la revista de marcialidad preceptuada por la Comandancia en el mes de enero y, por primera vez en cinco semanas, los francos de babor salieron a tierra sin otro requisito que la revista de aseo. No obstante,



maps el sol, en cubierta, en el cachete, dando cara a la ciudad...
tro lado de la bahía. Inmensamente su vocabulario se enriquecía y...
Damaso habían empezado a fumar, Gervasio unos pitillos ovalados, de papel dulce,
y Damasito, más ágil de dedos, más meloso, picadura al cuadrado (el color de andamios)
como decía hace Guacada, el alodónico, el que había experimentado, cuando
gusto antes el tabaco de nervios y durezas, para encontrarle el juego con un chisno
re de noche, en la lina, surgiendo como el viento que gustaba en el boquete

Una tarde le vino a Peter una idea a la cabeza y se preguntó que, puesto
que el desembarco en la lancha era inevitable, por qué no enrolarse en el crucero
Baleares, el buque insignia, donde Tato y Eduardo ya estaban destinados? Era el
buque de Juana. En un barco cuya dotación excedía de mil individuos, la inco-
poración de tres marineros no comportaría problemas. Y por si fuera poco, como
capaces de imaginar las cosas de Tato y Eduardo el día que los vieran aparecer
portaban arriba con los sacos blancos al hombro la exultación de Peter, se con-
tado a sus amigos. Con el mismo entusiasmo con que se barajó en el Club la idea
de la torpedera se especuló ahora con la del crucero Baleares. Peter las describió
la nave con detalles (desplazamiento, estora, velocidad, armamento, direcciones
de tiro, etc.) viviendo sus deseos, atismando su destino. En el fondo, esto era
lo que siempre habían deseado. Hasta Gervasio baruntaba ahora en el Baleares la
posibilidad de la acción individual heroica. El saco palmeado de Damaso Valentin
en su espalda le forzó aún más:

- ¡Venga, coño, escribe a tu hijo y déjate de locuras!

Y esa misma noche, Gervasio, que por primera vez desde que abandonó su casa
señaló un leve hervor en el colodillo, escribió a Tito Felipe Martí, una carta
enardecida, patética, donde le encarecía que interpusiera sus buenos oficios
hasta conseguir embarcarlos en el buque insignia, con sus amigos Tato y Eduardo.
La tarde del 28 de febrero de 1938, el instructor de marina don Manuel
Borau, suprimió inesperadamente la revista de marcialidad proyectada por la Co-
mandancia en el mes de enero y, por primera vez en cinco semanas, los franceses de
dador salieron a tierra sin otro resultado que la revista de aso. No obstante,

los días 1, 2 y 3 de marzo, don Manuel Borau volvió a pasar aquella, y el 4 y el 5 tornó a omitirla, sin aparentes razones que justificasen tales mudanzas, por lo que el día 6 que vacaba su brigada, Gervasio, precavido, se enfundó la lanilla y aguardó acontecimientos (si don Manuel Borau, tras la revista de aseo, se desplazaba a la pasarela para pasar la de marcialidad, regresaría al sollado, y, como de costumbre, se quedaría a bordo; en caso contrario, podría saltar a tierra con su brigada por segunda vez desde su ingreso en el buque-escuela). Gervasio temía que don Manuel Borau pudiese reconocerle, pero no ocurrió así; con paso mecánico y firme, el rostro congestionado, fría la mirada gris, el instructor inspeccionó la brigada sin reparar en él, y, acto seguido, tras el imperceptible ademán de asentimiento de don Gaspar Hungría, ordenó romper filas y Gervasio, sin apenas darse cuenta, se vió libre (recorriendo a grandes trancos el adoquinado del muelle, rodeando los diques secos, el arsenal, franqueando, al fin, la gran verja ante los ojos indiferentes del centinela) como un niño en vacaciones. Peter y Dámaso rivalizaban en orientarle, en servirle de cicerone. Sacaron localidades para un cine y dejaron la película a medio ver. Recorrieron la mayor parte de la ciudad, y al caer la tarde pasaron por casa de la señora Jacoba, la lavandera, en el barrio alto, quien, después de cambiarles los saquillos, se quedó mirando a Gervasio maternalmente, los poderosos brazos desnudos, de gruesas muñecas rojizas, cruzados sobre el pecho: "¿De modo que este es el que faltaba? Es muy majo el cativo". De regreso a la calle, accedieron por un angostillo a la plaza de Deschamps. El fino olfato de Peter captó en el ambiente un cambio ^{inefable:} ~~indefinible~~ "¡Qué se yo! ^{- explicaba -} Como más gente en la calle, más encogida, una cosa rara. Como si todos tuvieran un enfermo en casa" ^{¿Es que no lo veís?"} Rió Damasito, pero Gervasio reparó en los ojos de los transeúntes, en ^{una} ~~su~~ expresión de connivencia, de desvalimiento, ^{que antes no tenían;} una especie de necesidad de sentirse arropados, ^{pequeños} ~~y compadecidos~~. En las aceras, los grupos charlaban a media voz, subrayando las palabras con una gesticulación desproporcionada.

200
199

los días 1, 2 y 3 de marzo, don Manuel Borau volvió a pasar aquella, y el
 4 y 5 tornó a omitir, sin aparentes razones que justificasen tales mu-
 danzas, por lo que el día 6 que vacaba su brigada, Gervasio, precedido, se
 entundó la familia y aguardó acontecimientos (al don Manuel Borau, tras la
 revista de asno, se desplazaba a la parroquia para pasar la de ranchos),
 regresaría al solado, y como de costumbre, se quedaba a dormir en casa
 contrario, podía salir a tierra con su brigada por segunda vez desde su
 ingreso en el duque-escuela, Gervasio tenía que don Manuel Borau pudiese
 reconocerlo, pero no ocurrió así; con paso mecánico y firme, el rostro con-
 gestionado, tría la mirada gris, el instructor inspeccionó la brigada sin
 reparar en él, y acto seguido, tras el imperceptible sámba de asentamiento
 to de don Gaspar Húngar, ordenó volver filas y Gervasio, sin apenas darse
 cuenta, se vio libre (recorriendo a grandes trancos el adormado del mun-
 do, rodeando los diques secos, el arsenal, frangiendo, al fin, la gran
 verja ante los ojos indiferentes del centinela) como un niño en vacaciones.
 Peter y Gámaso rivalizaban en orientarle, en servirle de cicerone. Sacaron
 localidades para un cine y dejaron la película a medio ver. Recorrieron la
 mayor parte de la ciudad, y al caer la tarde pasaron por casa de la seño-
 ra Jacoba, la lavandera, en el barrio alto, quien después de cambiarles los
 saludillos, se quedó mirando a Gervasio maravillado, los poderosos brazos
 desnudos, de gruesas muñecas rojizas, cruzados sobre el pecho: "De modo
 que este es el que faltaba? Es muy majó el castivo". De regreso a la calle,
 accedieron por un angostillo a la plaza de Deschamps. El fino estado de Pe-
 ter captó en el ambiente un cambio imperceptible: "¿Qué se yo? Como más gente
 en la calle, más acogida, una cosa rara. Como si todos tuvieran un enfermo
 en casa". Aló Gervasio, pero Gervasio reparó en los ojos de los transeun-
 tes, en su expresión de convulsión, de desahucio, una especie de nece-
 sidad de sentirse arropados y consueles. En las aceras, los grupos char-
 laban a media voz, subrayando las palabras con una gesticulación despropor-
 cionada.

Tres muchachas, desde el mirador de un segundo piso, aplaudieron al paso de media docena de marineros borrachos. Un mozo de blusón gris echaba la trampa de una ferretería. Algunos rostros expresaban una gravedad mineral, como la de los acompañantes de los antiguos entierros de Santa Brígida. Peter miró en torno: "Algo ha ocurrido" -repitió. Tomó a Gervasio por un brazo y entraron en un café. El ambiente enrarecido de la calle se espesaba allí, en el vacío patético de las mesas, los camareros desocupados, las blancas servilletas al hombro, un oficial de máquinas bebiendo sólo, en silencio, en una esquina de la barra. El camarero escurrido, de las cejas caídas, se dirigió a ellos, mientras el oficial de máquinas se volvía hacia los otros cinco y decía brumosamente: "De no ser por los ingleses no hubiera habido ~~ningún~~ supervivientes". El camarero les miraba sin apremios, las cejas vencidas, la expresión doliente. Dijo Peter:

- ¿Es que ha sucedido algo?

El camarero intentó enarcar sus cejas en vano:

- ¿Es que no lo saben? Los rojos hundieron anoche el Baleares a la altura de Cartagena. Acaba de darlo Radio Nacional

~~— ¡Dios! — exclamó Gervasio y miró los rostros demudados, sin voz, de sus compañeros. En la calle, el tono de voz de las tertulias improvisadas era aún más cauto y asordado, como si todos temieran levantar la voz. (Se improvisaban ~~las~~ tertulias ante los portales,~~

Se cruzaron con una viejecita vacilante, bisbiseando, hablando sola. Los aplausos desde los balcones, sin perder timidez, menudeaban más que antes, estallaban cada vez que un reducido grupo de marineros o soldados pasaba por la calle. Dos niños de corta edad se perseguían entre la gente, chillando, ajenos al desastre. Pasó a su lado un capitán de navío, tan ensimismado que no advirtió sus saludos. Tras él, dos muchachas, casi niñas, gimoteando, apuñando sendos pañuelos. Tamizadas por los visillos de un mirador, dos siluetas de hombre y mujer, escuchaban el monótono bordoneo de un receptor de radio. Los ojos de los viandantes parecían traslucir estupor antes que pesar, algo así como un rechazo de lo irremediable. Les adelantó, tocando el claxon, un automóvil que conducía a un vicealmirante. Gervasio se sorprendió a sí mismo al oírse decir:

- Vamos -dijo.

Los adoquines repiquetaban bajo sus botas. A la desmayada luz de las faro-
pas escalonadas, la vasta explanada del Arsenal no parecía el mismo lugar donde

197

Tres muchachas, desde el mirador de un segundo piso, espabalaron al paso de media docena de marineros borrachos. Un mozo de blusa gris echada la trampa de una fotografía. Algunos rostros expresaban una gravedad mineral, como la de los acompañantes de los antiguos entierros de Santa Brígida. Peter miró en torno: "Algo ha ocurrido" - preguntó. Tomó a Gervasio por un brazo y entraron en un café. El ambiente era enrarecido de la calle se espesaba allí, en el vacío patético de las mesas, los camareros desocupados, las planas servilletas al hombro, un oficial de máquinas debediendo sólo, en silencio, en una estufa de la barra. El camarero escrutado, de las cejas caídas, se dirigió a ellos, mientras el oficial de máquinas se volvía hacia los otros cinco y decía bromosamente: "De no ser por los ingleses no hubiera habido ningún superviviente". El camarero les miraba sin apremios, las cejas vacías, la expresión doliente. Dijo Peter:

- ¿Es que ha sucedido algo?

El camarero intentó enarcar sus cejas en vano:

- ¿Es que no lo saben? Los rojos hundieron anoche el Salazar a la altura

de Cartagena. Acaba de darle Radio Nacional
 - ¡Dios! - exclamó Gervasio / miró los rostros de los compañeros
 En la calle, el tono de voz de los carteristas impetuoso era el mismo
 se reproducían sus tentativas ante los pasantes
 como el feroz temblor levantado la voz. Se cruzaron con una viciosa
 vacillante, distorsionando, hablando sola. Los apuros desde los balcones, sin perder
 der timidez, monedaban más que antes, estallaban cada vez que un reducido grupo
 de marineros o soldados pasaba por la calle. Dos niños de corta edad se perseguían
 entre la gente, chillando, ajenos al desastre. Pudo a su lado un capitán de navío,
 tan entristecido que no advirtió sus saludos. Tras él, dos muchachas, casi niñas,
 gimoteando, apuñando sendos pañuelos. Tamizadas por los visillos de un mirador,
 dos siluetas de hombre y mujer, escuchaban el mandato borbónico de un receptor de
 radio. Los ojos de los videntes parecían producir estupor antes que pasar, si-
 go así como un rechazo de lo irremediable. Las señoras, tocando el clarón, un
 automóvil que conducía a un viceministro. Gervasio se sorprendió a sí mismo al
 darse cuenta:

~~200~~

196

- Tato no puede haber muerto. Nadaba mejor que Johny Weissmuller.

Dámaso le miró. Liaba sobre la marcha un cigarrillo. Dijo lacónicamente, como si condensara en dos palabras una larga y árdua reflexión:

- Menuda cabronada.

Un chiquillo que corría en dirección contraria le empujó derramando el tabaco. Juró contrariado. Estaba intensamente pálido, los finos labios atirantados, sin brillo. De la esquina llegaban las notas de un acordeón, una sucesión de marchas militares apagadas, ^{opacas.} frugales. La gente se arremolinaba alrededor de un ^{ciego} viejo harapiento sentado en el suelo, la sucia boina llena de monedas. Se detuvieron. Una mujer de negro lloraba a su lado, otros le arrojaban monedas, mientras el ^{vagabundo} viejo (arrancaba gemidos quejumbrosos del acordeón y entonaba, ahora, el himno del crucero hundido. Gervasio percibió un conato de erizamiento capilar bajo el lepanto, pero el ^{ostento} ~~erizamiento~~ ^{no prosperó se produjo.} se marchitó en flor. La musiquita y la voz desafinada del ciego eran más funerales que aguerridas. Reanudaron la marcha sin objetivo. En la plaza, ante el edificio de la Comandancia de Marina, se congregaban unos centenares de personas, paisanos atónitos, marineros ebrios, mujeres llorosas profiriendo lamentos ininteligibles. Una voz rota demandó entrada e información. Peter dijo como para sí sentenciosamente: "Para la guerra esto es un tropiezo; para Galicia, una catástrofe". Una niña con un lazo en la cabeza y un abrigo azul, muy corto, llamaba a voces a su madre. La multitud se inquietaba, reclamaba nombres, detalles de la tragedia. Dámaso se volvió hacia Peter:

"¿Por qué no nos ^{marchamos?} vamos?" (- preguntó. Grupos de marineros ~~se~~ ^{amargamente} caminaban ~~hacia~~

^{apesadumbrados hacia,}

la verja del Arsenal, agobiados por las ovaciones chafadas que caían de los balcones. Peter tomó por un brazo a Dámaso Valentín:

- Vámonos -dijo.

Tenía los rasgados ojos turbios, dos rosetones en lo alto de los pómulos. Gervasio le puso una mano blanda en el hombro. Se encontraba como perdido, necesitado de consolar y ser consolado. Pero, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por quién?.

- Vamos -dijo.

Los adoquines repiqueteaban bajo sus botas. A la desmayada luz de las tulipas escalonadas, la vasta explanada del Arsenal no parecía el mismo lugar donde

100
196
196

- Tajo no puede haber muerto. Habada mejor que Johnny Weismuller.
 Dámase le miró. Lijaba sobre la marcha un cigarrillo. Dijo facticamente,
 como si condensara en dos palabras una larga y árida reflexión:
 - Menuda capronada.
 Un chupillo que corría en dirección contraria le empujó derribando el ta-
 paco. Juró contrariado. Estaba intensamente pálido, los finos labios atraves-
 dos, sin brillo. De la espina llegaban las notas de un acordeón, una sucesión
 de marchas militares apagadas, trágicas. La gente se arremolinaba alrededor de
 un viejo harapiento sentado en el suelo, la sucia botas llena de monedas. Se de-
 tuvieron. Una mujer de negro lloraba a su lado, otros le arrojaban monedas, mien-
 tras el viejo ^{vapabunda} arrojaba gemidos quejumbrosos del acordeón y entonces, ahora, el
 himno del cruceo hundido. Gervasio percibió un conato de erizamiento capilar
 bajo el impacto, pero el erizamiento se ^{de pronto se quebró} ~~resquebrajó~~ en flon. La mustuita y la
 voz desafiada del ciego eran más funerales que agueridas. Reanudaron la marcha
 sin objetivo. En la plaza, ante el edificio de la Comandancia de Marina, se con-
 gregaban unos centenares de personas, paisanos ebrios, marineros ebrios, muje-
 res llorosas profiriendo lamentos ininteligibles. Una voz demandó entrada
 e información. Peter dijo como para sí sentenciosamente: "Para la guerra esto es
 un tropiezo; para Galicia, una catástrofe". Una niña con un lazo en la cabeza y
 un abrigo azul, muy corto, llamada a veces a su madre, la multitud se inunde-
 taba, reclamaba nombres, detalles de la tragedia. Dámase se volvió hacia Peter:
 "¿Por qué no nos vamos?" - preguntó. Grupos de marineros ^{se arremolinaban} ~~se arremolinaban~~ ^{se arremolinaban} ~~se arremolinaban~~
 la verja del Arsenal, ^{apoyados por las reacciones estúpidas que causan de los del-} ~~apoyados por las reacciones estúpidas que causan de los del-~~
 eones. Peter como por un braxo a Dámase Valentin:
 - Vámonos - dijo.
 Tanta los rasgados ojos turbios, dos rostros en lo alto de los púmplos.
 Gervasio le puso una mano blanda en el hombro. Se encontraron con perdidos, ne-
 cesitado de consolar y ser consolado. Pero, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por dónde?
 - Vamos - dijo.
 Los sáduines reptaban bajo sus botas. A la desmayada luz de las tál-
 pas escalonadas, la vasta explanada del Arsenal no parecía el mismo lugar donde

a diario hacían instrucción. "Parece mentira" -musitó Gervasio. Un marinero, con el lepanto en la mano, vomitaba a la sombra de la nave de talleres mientras su compañero le sujetaba la frente. En lo alto de la pasarela un muchachito de faena, casi un niño, lloraba apartado, en silencio, esperando a alguien. Corrillos de marineros cuchicheaban en cubierta, ~~intercambiaban detalles, esperanzas, temores.~~ En los sollados las mesas permanecían armadas pero nadie se sentaba a ellas y los francos, recién llegados de tierra, formaban grupos con los que habían quedado a bordo, comentando la noticia. Se hacía difícil ^{el tránsito} ~~la circulación~~ por los pasillos pero, una vez alcanzado el rancho, presidiendo la mesa vacía, descubrieron la noble cabeza entrecana del cabo Rego, (la mano derecha en la frente) ante una botella, ~~de vino,~~ como si cavilara sobre algún complejo problema. Levantó los ojos al oírlos y miró a los tres, uno por uno, con sus pesadas pupilas adormiladas:

- Ya os habrán informado, ¿verdad? -dijo con ~~una~~ ^{arrasada,} voz ~~arrastrada,~~ extrañamente torpe-. Les aguardaron de noche, emboscados, sin presentar batalla. ¡Ocho contra uno y a traición! Cara a cara nunca hubieran podido hundirlos.

Cogió la botella por el cuello, pero Peter, en un gesto de madurez responsable, la rescató de su mano sin violencia y el cabo no protestó, se limitó a mirarle con sus ojos acuosos antes de dejar caer la cabeza sobre su antebrazo y quedarse dormido.

a darle hacen instrucción. "parece mentira" -musió Gervasio. Un marinero,
 con el lepiato en la mano, vomitaba a la sombra de la nave de taleres mientras
 su compañero le sujetaba la frente. En lo alto de la pasarela un muchachito de
 faena, casi un niño, lloraba apartado, en silencio, esperando a alguien. Corti-
 llos de marineros cuchicheaban en cubiertas, ~~intercambiaban detalles, espasmas,~~
 tamos. En los solados las mesas permanecían armadas pero nadie se sentaba
 a ellas y los francos, recién llegados de tierra, formaban grupos con los que
 habían quedado a bordo, comentando la noticia, se hacía difícil la ~~circulación~~
 por los pasillos pero, una vez alcanzado el rancho, presidiendo la mesa vacía,
 descubrieron la noche cabeza entrecana del cabo Rega. (la mano derecha en la
 frente) ante una botella de ~~whisky~~, como si cavilara sobre algún complejo proble-
 ma. Levantó los ojos al oírlos y miró a los tres, uno por uno, con sus pesadas

pupilas adormiladas:

- Ya os habrán informado, ¿verdad? -dijo con voz ~~arrastada~~, extraña-
 mente torpe-. Las aguardaron de noche, emboscados, sin presentar batalla. Ocho
 contra uno y a traición. Cars a cars nunca hubieran podido hundirlos.
 Cogió la botella por el cuello pero Peter, en un gesto de madurez responsa-
 ble, le rescató de su mano sin violencia y el cabo no protestó, se limitó a mi-
 rarle con sus ojos acusos antes de dejar caer la cabeza sobre su antebrazo y
 quedarse dormido.

~~204~~
198

XVI

La marinería se agolpaba en silencio ante el cuadro, pero tan pronto el cabo Ortigueira (ojos gachos, orejas despegadas, ^{boca fruncida} ~~prieta en una línea su boca de buzón~~) apareció con la relación en la mano, y la fijó en él, el corro entró en ebullición, los marineros se atropellaron ante el cristal, juraban, empinándose, dispuestos a dilucidar de una vez la suerte de sus familiares y amigos, tras una espera de treinta y seis horas. Luego, durante unos segundos, hasta que los marineros más próximos pudieron leer los primeros nombres, el buque-escuela quedó en suspenso. El último día habían circulado los más sombríos rumores (todos habían sucumbido; no había supervivientes. El Canarias también había sido hundido. La flota roja, envalentonada, preparaba un desembarco en Mallorca) y, ahora, aunque tarde, la información oficial venía a delimitar la tragedia: el barco naufragado en la madrugada del 6 de marzo era el Baleares y el número de marineros recogido por los destructores ingleses Boreas y Kempenfelt de 317 (de los 1200 que componían la dotación), es decir, los muertos y desaparecidos alcanzaban la cifra de 900, un setenta y cinco por ciento de la tripulación. De la cubierta a la quilla, el buque-escuela se estremeció. En él había padres, hijos, hermanos, amigos de los marineros del crucero hundido, y las posibilidades de encontrarlos con vida, establecidas ya estadísticamente, eran de una entre cuatro. De ahí que la dotación, constreñida entre la borda y la obra muerta, se arremolinase impaciente ante las listas de supervivientes, mecanografiadas por orden alfabético, que el cabo Ortigueira acababa de exponer en el cuadro. Los ^{hom-} ~~hom-~~ ^{chachos} ~~chachos~~ ^{bro} ~~bro (volvían a empujarse, codeaban, apechugaban, voceaban, maldecían, y, de cuando en cuando, alguno desengañado ya tras el inútil exámen de la lista, se abría paso entre el tumulto y desaparecía sollozando por la primera escotilla o se acodaba en la borda, en el cachete, la cabeza entre las manos, mirando la ciudad con ojos hueros, consternado, en tanto otros, los menos, brincaban atolondrados en las primeras filas, riendo y llorando, pronunciando una y otra vez el nombre amado, haciendo partícipes, a voces, de la grata nueva a los que aún no alcanzaban a ver la relación: el presunto muerto estaba vivo.~~

La marinería se agolpaba en silencio ante el cuadro, pero tan pronto el cabo Ortigueira (cuyo gachos, orejas despegadas, ^{para (hondos)} ~~prótesis en un (casco de buzo)~~) apareció con la relación en la mano, y la leyó en él, el coro entró en ebullición, los marineros se atropellaron ante el cristal, juraban, empujándose, disputando a diestro y siniestro de una vez la suerte de sus familiares y amigos, tras una espera de treinta y seis horas. Luego, durante unos segundos, hasta que los marineros más próximos pudieron leer los primeros nombres, el buque-escuela quedó en silencio. El último día habían circulado por las zonas de los alrededores (todos habían suculumbado; no había supervivientes. El Canarias también había sido hundido. La flota roja, envalecionada, preparada un desembarco en Mallorca) y ahora, aunque tarde, la información oficial venía a delimitar la tragedia: el barco naufragado en la madrugada del 6 de marzo era el Balears y el número de marineros rescatado por los destructores ingleses Borras y Kempfleit ^{el 317} (de los 1200 que componían la dotación), es decir, los muertos y desaparecidos alcanzaban la cifra de 900, un sesenta y cinco por ciento de la tripulación. De la cubierta a la puzilla, el buque-escuela se estremeció. En él había padres, hijos, hermanos, amigos de los marineros del crucero hundido, y las posibilidades de encontrarlos con vida, establecidas ya estadísticamente, eran de una entre cuatro. De ahí que la dotación, constreñida entre la borda y la obra muerta, se arrojase impacientemente ante las listas de supervivientes, desconcertados por orden alfabético, que el cabo Ortigueira estaba exponiendo en el cuadro. Los nombres (volvían a empujarse, cobaban, aprehendían, vocaban, maldaban, y de cuando en cuando, alguno desengañado ya tras el inútil examen de la lista, se abría paso entre el tumulto y desaparecía sollozando por la primera escotilla o se echaba en la borda, en el cachete, la cabeza entre las manos, mirando la ciudad con ojos huecos, constreñido, en tanto otros, los menos, brincaban atemorizados en las primeras filas, riendo y llorando, pronunciando un y otra vez el nombre amado, haciendo paréntesis, a veces, de la grata nueva a los que aún no alcanzaban a ver la relación: el presunto muerto estaba vivo.

Recostados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso, aguardaban a que decreciese la afluencia de gente, a que los más directamente afectados por la catástrofe se diesen por enterados, y, conforme fué cediendo el tropel y el grupo comenzó a ralearse, iniciaron su lento progreso hacia el cuadro, dos pasos adelante y uno atrás, magnetizados por aquella nómina implacable que, sin admitir apelación, decidía fríamente quienes, de entre los tripulantes del crucero, habían sucumbido y qué otros habían tenido la fortuna de sobrevivir. Gervasio sentía las rodillas frágiles y el corazón galopante, y en la nuca el hálito intermitente de la respiración de Peter. Y una vez que sus pupilas columbraron los nombres de la lista, delectó en voz baja, ansiosamente, los incluidos en la letra C: Cabo, Castillo, Coloma, Colomer, Cobo, Coronado... ¡Custodio! ¡Allí estaba! Custodio Maeso (Eduardo). Chilló algo, no sabía bien qué, entre las voces ajenas, alborozado, y a sus espaldas, la voz cacareante de Damasito apostilló: "¡Rostro Pálido es inmortal!". Algo le sacudió en la nuca, tal vez el júbilo de Dámaso, tal vez la imagen ensoñada de Eduardo, braceando en la negra noche contra el oleaje mientras el crucero se ~~empinaba de proa y se~~ hundía. Lo cierto es que el incipiente cosquilleo del colodrillo se fué acentuando a medida que recorría los apellidos relacionados en la letra D y el nombre de Fortunato Delgado no aparecía. Releyó la nómina con mayor detenimiento y al oír la voz de Peter tras él, ("No está. A Tato lo han matado") sus cabellos se dispararon como rindiendo homenaje al amigo muerto, se erizaron bajo el abisinio como las púas de un cardo, presionando con obstinación hasta conseguir despegarlo de su cabeza e izarlo como un harapo. Unas manos piadosas se posaron sobre su cráneo abortando la insólita crispadura y, al dar media vuelta, descubrió a Peter, que aún mantenía sus manos sobre él, en actitud sacramental, como si le estuviera ungiendo, y sus miradas evasivas, veladas por las lágrimas, se cruzaron un instante. De retirada, Damasito en medio, los brazos solidarios sobre sus hombros, repetía como un estribillo:

- Han matado a Tato;
- ~~Tato ha muerto,~~ (menuda cabronada.

La noticia de aquella baja impensable se difundió ~~a bordo del~~ ^{por el} buque-escuela y, pese a tener la mayor parte de la dotación dolores más próximos, se afligieron con ellos y concluyeron que el hecho de que aquel compendio de virtudes marineras hubiese desaparecido, era claro exponente de la violencia de la explosión. "Si

Recostados en la borda, Gerardo, Peter y Dámaso, aguardaban a que descreta-
se la afluencia de gente, a que los más directamente afectados por la catástrofe
se diesen por enterados. Y, conforme fue cobrando el tropel y el grupo comenzó a
ralear, iniciaron su lento progreso hacia el cuerno, dos pasos adelante y uno a-
trás, magnetizados por aquella nómina impávida que, sin admitir angustia, decla-
ra firmemente quienes, de entre los tripulantes del crucero, habían sucumbido y
quienes otros habían tenido la fortuna de sobrevivir. Gerardo sentía las rodillas
trémulas y el corazón palpitante, y en la nuca, el hábito intermitente de la res-
piración de Peter. Y una vez que sus pupilas columbraron los nombres de la lis-
ta, deletreados en voz baja, ansiosamente, los incluidos en la letra C: Cabo, Cas-
tillo, Coloma, Colomer, Cabo, Coronado... ¡Custodio! ¡Allí estaba! Custodio Maso
(Eduardo). ¡Castro algo, no sé! ¡Dien que, entre las voces ajenas, alborozado,
y a sus espaldas, la voz cacareante de Dámaso apostilló: "¡Nuestro Páido es
Inmortal!". Algo le sacudió en la nuca, tal vez el júbilo de Dámaso, tal vez
la imagen ensañada de Eduardo, prescindiendo en la negra noche contra el oleaje when
tras el crucero se ensañaba de pres y se hundía. Lo claro es que el incidente
cosultado del colorido se fue acentuando a medida que recorría los apellidos
relacionados en la letra O y el nombre de Fortunato Delgado no aparecía. Relevo
la nómina con mayor detenimiento y al oír la voz de Peter tras él: "No está. A
falta le han matado" sus cabellos se dispararon como rindiendo homenaje al anti-
go muerto, se erizaron bajo el aliento como las púas de un cardo, presionando
con obstinación hasta conseguir despegarlo de su cabeza e izarlo como un harapo.
Una mano púdica se posaron sobre su cráneo abriendo la insólita crepacha-
ra y, al dar media vuelta, descubrió a Peter, que aún mantenía sus manos sobre
él, en actitud sacramental, como si le estuviera unguyendo y sus miradas evasivas,
veladas por las lágrimas, se cruzaron un instante. De retrada, Dámaso en me-
dio, los brazos esbeltos sobre sus hombros, repetía como un estribillo:
- Foto de mujer / monja coronada.
- Han matado a Peter.

Por el
La noticia de aquella baja inesperada se difundió a bordo del buque-escuela
y, pese a tener la mayor parte de la dotación dolores más próximos, se afijaron
con ellos y concluyeron que el hecho de que aquel campamento de virtudes marplatenses
hubiese desaparecido era claro exponente de la violencia de la explosión. "Si

alguien me hubiera dicho que no había más que un superviviente, yo hubiese respondido sin vacilar: Tato Delgado" -comentaba conmovido el cabo Rego. El mismo don Manuel Borau, tan frío y frugal, en el lacónico mensaje con que cerró la misa de campaña en la explanada, se refirió a "los que pocos días antes compartían nuestras tareas poniendo muy alto el nombre de este buque-escuela y hoy hacen guardia sobre los luceros", alusión que, a juicio de Peter, iba directamente dirigida a su amigo muerto.

El hecho, antes que aflicción, despertó en Gervasio una rabia árida, un deseo de revancha ajeno a todo patriotismo. Algunas noches, al acostarse, recordaba a Tato, la cinta roja sobre su rubia cabeza, jugando al waterpolo, evolucionando en el agua como un delfín, y, más tarde, vestido ya con su cazadora a cuadros, entonando a pleno pulmón la romanza de Katiuska por el Paseo de las Piscinas. En esos casos se decía: "No tenemos ^{otra alternativa} ~~más remedio~~ (que salir de aquí. Hay que vengar a Tato como sea". Y espoleado por este afán, escribió a tío Felipe Neri una carta febril (trémolos heróicos), anotó éste en la libreta de pastas de hule), devoradora como una llamarada: "El Baleares ha caído gloriosamente, tío, y con él nuestro amigo Tato Delgado. Nuestro desembarco no admite dilación. No dormiré tranquilo mientras no le sepa vengado". No suplicaba como otras veces sino que exigía su mediación, y en vista de su estiaje creador, adoptó como suyas las palabras ebrias del cabo Rego, la noche en que se difundió la noticia: "la escuadra enemiga no presentó batalla. Emboscada en la oscuridad, tendió al Baleares una celada. Cara a cara nunca hubiera podido hundirlo". Asesorado por Peter, apuntaba: "El Canarias o el Juan de Austria, tío, barcos gemelos del Baleares, podrían ser nuestro destino". En la amura, sentado en el suelo, el bloc sobre las rodillas, Peter escribía a Eduardo Custodio felicitándole (¿por qué le felicitaba? ¿por haber salvado la vida? ¿por su actuación en combate, que ignoraba? ¿por el heróico fin del crucero?), rogándole rápida respuesta y ^(si) (la censura lo autorizaba) pormenores sobre el naufragio, si los cruceros navegaban solos o en conserva, si se registró cañoneo o batalla previa, número de barcos que acechaban y su formación. Sobreponiéndose al dolor, el estratega que subyacía en la personalidad de Peter, salía in-

algunas me hubiera dicho que no había más que un superviviente, yo hubiera res-
 pondido sin vacilar: "Tato Delgado" -comentaba conmovido el cabo Rego. El mismo
 don Manuel Borau, tan frío y frugal, en el momento en que con el
 misa de campaña en la explanada, se refirió a "los que pocos días antes campar-
 tían nuestras tareas pontando muy alto el nombre de este buque-escuela y hoy
 hacen guardia sobre los buques", añadió que, a juicio de Peter, las directas-
 mente dirigidas a su amigo muerto.

El hecho, antes que aflicción, despertó en Gerardo una rabieta brava, un
 deseo de revancha lleno a todo patriotismo. Algunas noches, al acostarse, recor-
 daba a Tato, la cinta roja sobre su roja cabeza, jugando al watscholo, evain-
 cionando en el agua como un delfín, y, más tarde, vestido ya con su cazadora
 a cuadros, entonando a pleno pulmón la romanza de Katuska por el Paseo de las
 Priscas. En esos casos se decía: "No tenemos más remedio que salir de aquí."
 Hay que vengar a Tato como sea. Y espoleado por este anhelo escribió a Leo Fe-
 rre una carta febril (Frénosio barónico), anudó éste en la libreta de
 pastas de hule, devoradora como una lixiviada: "El Bazar de la Calle Glorio-
 samente, tío, y con él nuestro amigo Tato Delgado. Nuestro desembarco no ad-
 mite dilación. No dormiré tranquilo mientras no le sea vengado". No suplica-
 ba como otras veces sino que exigía su mediación, y en vista de su estajo
 creador, adoptó como suyas las palabras escritas del cabo Rego, la noche en que
 se difundió la noticia: "La escuadra enemiga no prescindió de batalla. Emboscada en
 la oscuridad, tendió al Bazar una celada. Como a cara nunca hubiera podido
 hundirlo". Asegurado por Peter, apuntaba: "El Canarias o el Juan de Austria,
 tío, barcos gemelos del Bazar, podrían ser nuestro destino". En la amura,
 sentado en el suelo, el hijo sobre las rodillas, Peter escribió a Eduardo Cus-
 todo felicitándole (por que le felicitaba) por haber salvado la vida por
 su actuación en combate, que ignoraba por el heroico fin del crucero), ro-
 gándole rápida respuesta y (la censura lo autorizó) pormenores sobre el nau-
 fragio, si los cruceros navegaban solos o en conserva, si se registrarán cañones
 o batería previa, número de barcos que se echaban y su formación. Sobreponiendo-
 se al dolor, el estratega que sujeta en la personalidad de Peter y salta inme-

vitablemente a flote. Los últimos renglones los dedicaba a Tato: "¿Cual era su destino a bordo?, ¿le alcanzaría la explosión de los torpedos? o ¿era cierto que voló la santabárbara llevándose por delante la obra muerta del buque?"

A la mañana siguiente, inesperadamente, Peter recibió carta de Tato Delgado. En el remite decía: "Crucero Baleares, Palma de Mallorca o donde se encuentre". La mano de Gervasio había temblado al recogerla. Desde sus primeras experiencias con Antero Arias, las noticias sorprendentes, con ciertos ribetes sobrenaturales, le desencadenaban accesos de perlesía. "¿No te impresiona? Es como recibir carta del otro mundo" -comentó Damasito. Pero Gervasio pensaba en el remite: "Donde se encuentre". ¿Vislumbraría tal vez Tato, que al llegar la carta a su destino podría encontrarse el crucero en el fondo del mar? Damasito pretendió forzar una sonrisa pero únicamente consiguió recoger el fino labio superior sobre la encía, como un conejo, mostrando el diente mellado. En su carta, fechada el 5, víspera del hundimiento, Tato, después de excusarse por el retraso en escribirles, consignaba su repentino embarque en el Baleares, su destino en la torre 1 y el de Eduardo Custodio en el Puesto A, de dirección de tiro de superficie. Como si sus pensamientos se hubiesen cruzados, sugería la posibilidad de reunirse un día los cinco en el buque-insignia ("tal vez sea una utopía, pero soñemos, y demos alas a la utopía"). Gervasio y Dámaso Valentín, unidas las cabezas, leían la carta al mismo tiempo que Peter, por encima de su hombro:

- Parece un testamento, coño -comentó Damasito, sacando del bolsillo de la faena un paquete de tabaco y vertiendo un poco en la palma de la mano:

- Voló dentro de la torre. Eso lo explica todo

- ¿Qué explica?

- Que muriera. Las trincas le impidieron salir. No tuvo oportunidad, de lanzarse al agua.

Gervasio rumiaba horrorizado el emparedamiento de Tato e inconscientemente establecía una conexión entre el remite de su carta y el naufragio del Baleares. ¿Qué tortuosos caminos seguiría su mente para intuir que, al alcanzar la carta su destino, el crucero podía no encontrarse en Palma de Mallorca? Una pungente desazón le impulsó a consultar a Antero Arias quien, con sus manos inhábiles, daba vueltas y vueltas a la carta de Tato mientras le hablaba con acento sibili-

107
108

... finalmente a Tote. Los últimos renglones los dedicaba a Tote: "¿Cuál era su destino a bordo? ¿Le alcanzaba la explosión de los torpedos? ¿Era claro que volvió la santabarba llevándose por delante la cara nuestra del buque?"

A la mañana siguiente, inesperadamente, Peter recibió carta de Tote Deiga- do. En el remitente decía: "Crucero Baleares, Palma de Mallorca o donde se encuentre". La mano de Gervasio había tendido al receptor. Desde sus primeras expe- riencias con Antero Ariza, las noticias sorprendentes, con ciertos ribetes so- prenaturales, le desconcertaban acerca de paradas. "No te impresionas. Es co- mo recibir carta del otro mundo" -comentó Damasio. Pero Gervasio pensaba en el remitente: "¿Dónde se encuentra?". ¿Vistámonos la vez Tote, que al llegar la car- ta a su destino podría encontrarse el crucero en el fondo del mar? Damasio pre- tendió forzar una sonrisa pero únicamente consiguió recoger el fino tejido supe- rior sobre la envoltura, como un conito, mostrando el diente melado. En su carta, fechada el 5, después del hundimiento, Tote, después de excusarse por el retraso en escribirle, conseguía en repentino empuje en el Baleares, su destino en la torre y el de Eduardo Custodio en el Puerto A, de dirección de tiro de superficie. Como si sus pensamientos se hubieran cruzado, surgió la posibilid- dad de reunirse un día los cinco en el pupa-instigante ("tal vez sea una utopía, pero soñemos, y demos alas a la utopía"). Gervasio y Damaso Valentin, unidas las cabezas, leían la carta al mismo tiempo que Peter, por encima de su hombro:

- Parece un testamento, coño -comentó Damasio, sacando del bolsillo de la zona un paquete de tabaco y vertiendo un poco en la palma de la mano:

- ¿Vió dentro de la torre. Eso lo explica todo

- ¿Qué explica?

- Que muriera. Las trinchas se tambalieron salír. No tuvo oportunidad de lanzarse al agua.

Gervasio rindió homenaje al empujamiento de Tote e inconscientemente estableció una conexión entre el remitente de su carta y el naufragio del Baleares. ¿Qué tortuosos caminos seguiría su mente para intuir que, al alcanzar la carta su destino, el crucero podría no encontrarse en Palma de Mallorca una pugnante desazón le impulsó a consultar a Antero Ariza quien, con sus manos hábiles, daba vueltas y vueltas a la carta de Tote mientras le hablaba con acento sibiti-

no de intuiciones morbosas, estados de adivinación, presagios y premoniciones. Para salir de dudas le invitó a reunirse una tarde ("si el hijo puta de Borau no restablece la inquisición") en el reservado del café La Marina y convocar al espíritu de Tato. Damasito rió la ocurrencia pero Peter se irritó: "¿Cuando vas a mandar a paseo a ese sietemesino?". Mas aunque Gervasio, dócil a su consejo, se apartó de Antero Arias, la muerte de Tato siguió siendo para él un motivo ~~de~~ permanente ^{de} reflexión. Su amigo, como todos los muertos del Baleares, era, de acuerdo con la voz popular, un héroe, pero ¿cabía aceptar al héroe sin voluntad de serlo, forzado por unas trincas? ¿Es que Tato, herméticamente encerrado en una caja de acero, podía haber hecho otra cosa que morir? ¿Que hizo allí dentro, en realidad? ¿Gritaría, lloraría, rezaría, invocaría, juraría, se desesperaría, arañaría los mamparos, se daría de cabezazos contra ellos o, por el contrario, asumiría serenamente la muerte que se acercaba? ¿No radicaba en ese matiz el heroísmo? Desde sus devaneos solitarios, escuchando el programa "Al paso alegre de la paz", Gervasio había menospreciado la muerte arcana, incógnita y silenciosa, por inútil. El heroísmo ^{encubierto,} ~~tapado, cerdo, anónimo,~~ al perder su carácter aleccionador, no servía para nada, dejaba de ser heroísmo. Captada, en cambio, la acción por una cámara oculta que pudiera demostrar que el muerto no había muerto como una rata, ensuciándose los calzones, sino disparando contra el enemigo hasta el último cartucho, cobraba otro significado. Pero así, sin testigos, sin documentación pertinente, no quedaba más que la duda, de no ser que el muerto en guerra fuese un héroe por la simple razón de haber muerto. ¿No requeriría el héroe, como el santo, un postulador que demostrase su singularidad en contra de los argumentos del abogado del diablo?. A veces recordaba dolorido el irónico comentario de Peter meses atrás, cuando dijo aquello de que él no aspiraba a ser héroe sino exhibicionista. ¿Sería éste, quizá, su ~~deseo oculto reservado?~~ ^{mandato inconfesado deseo?} ~~para sí?~~

Gervasio guardaba ~~para sí~~ sus elucubraciones; ^{renunciaba a compartirlas,} ~~con sus amigos.~~ Sabía que para Peter el heroísmo de Tato era incuestionable; ~~era~~ ^{representaba} un hecho obvio. Peter veneraba a su amigo, admiraba su vida y su muerte; ~~era~~ ^{constituía} (un ejemplo a imitar. Esta convicción ^{llevo} ~~llevaba~~ a Gervasio a concluir que el único procedimiento de bienquistarse con él, de merecer su aplauso, sería morir en acción de guerra. Todo lo demás eran ^{dilaciones,} ~~zarandajas.~~ Desde este punto de vista parecía

no de intenciones morbosas, estados de abstinencia, presagios y pronunciamientos.
Para salir de dudas le invitó a reunirse una tarde (así el hijo puta de Borasu
no restablece la independencia) en el reservado del café La Marina y convocar
al espíritu de Tato. Damasio ríe la ocurrencia pero Peter se irrita: "Cuando
vas a mandar a paseo a ese sistemista? Mas augur Gervasio, dócil a su conse-
jo, se apartó de Antero Arías, la muerte de Tato siguió siendo para él un moti-
vo permanente de reflexión. Su amigo, como todos los muertos del Batares, era
de acuerdo con la voz popular, un héroe, pero había aceptado al héroe sin volun-
tad de serlo, forzado por unas circunstancias que Tato, heroicamente encerrado
en una caja de acero, podía haber hecho otra cosa que morir? Que hizo allí den-
tro, en realidad? ¿Gritar, llorar, rezar, invocar, jurar, se desahoga-
ría, arañaría los mamparos, se daría de cabezazos contra ellos o, por el contra-
rio, asumiría serenamente la muerte que se acercaba? No radicaba en ese moti-
vo el heroísmo? Desde sus devaneos solitarios, escuchando el programa "Al paso a-
trás de la paz", Gervasio había menospreciado la muerte arcaica, incógnita y si-
lenciosa por inútil. El heroísmo tampoco era, entonces, el perder su carácter
afectuoso, no servía para nada, dejaba de ser heroísmo. Captada, en cambio,
la acción por una cámara oculta que pudiera demostrar que el muerto no había
muerto como una rata, ensuciándose los calzones, sino disparando contra el ene-
migo hasta el último cartucho, cobrada otra significación. Pero así, sin testigos,
sin documentación pertinente, no quedaba más que la duda, de no ser que el muer-
to en guerra fuese un héroe por la simple razón de haber muerto. ¿No requeriría
el héroe, como el santo, un postulador que demostrase su singularidad en contra
de los argumentos del abogado del diablo? A veces recordaba dolorido el trán-
sito de Gervasio cuando dijo aquello de que él no aspiraba a
ser héroe sino exhibicionista. ¿Sería éste, quizá, su deseo más íntimo?
Gervasio guardaba en sus enclaves, renuñaba a compartirlas
con sus amigos. Sabía que para Peter el heroísmo de Tato era incuestionable; en
ese un hecho obvio. Peter venía a su amigo, admiraba su vida y su muerte; era
un ejemplo a imitar. Esta convicción llevaba a Gervasio a concluir que el único
procedimiento de bienpensantes con él, de merecer su aplauso, sería morir en
acción de guerra. Todo lo demás eran exequias. Desde este punto de vista parecía

normal que las crispaduras no le impresionasen (física recreativa o, a lo sumo, puros fenómenos eléctricos, como decía el tío Vidal). Su comportamiento ^{en} ~~sobre~~ el reciente repeluzno, imponiéndole compasivamente las manos sobre la cabeza para evitar el risible espectáculo del abisinio volador, había sido elocuente en este sentido.

Una tarde, pelando patatas en cubierta, Dámaso Valentín le comunicó el proyecto de Peter, una vez que la guerra concluyese, de cambiar el mascarón de proa que presidía el Club por una gran fotografía de Tato orlada con los colores nacionales. Gervasio acusó el golpe. Se sintió celoso. Sentía celos de un muerto, y ₃ en su interior ₄ se emplazó para morir él también ₃, de forma que su fotografía, junto con la de Tato Delgado, presidiese el Club el día de mañana, y Peter, en compañía de Manena Abad (una Manena Abad madura, perpetuamente célibe, fiel a su memoria), depositarían al pie del retrato cada aniversario ₃ un ramo de claveles para conmemorar su sacrificio.

^{En contra de} ~~Contrariamente a~~ todas las previsiones, la disciplina no se relajó en el buque-escuela después del hundimiento del Baleares. Transcurridos ^{unos} ~~tres~~ días de cierta laxitud, el rigor retornó, más ~~rígido~~ ^{extremado inflexible} (que antes, de acuerdo con una resolución no por inexpresada menos evidente: había que forjar marineros tan duros y avezados que la ~~tragedia~~ ^{tragedia} no pudiera volver a repetirse. Don Manuel Borau reanudó las revistas de marcialidad, bajo criterios tan estrictos ₃ que algunas tardes más del veinticinco por ciento de ^{la brigada franca} ~~los marineros francos~~ regresaban desahuciados al sollado. Antero Arias, con sus hombros descarnados, se sacaba la lanilla encolerizado, exhibía unos momentos su torso enteco, aquillado, y maldecía de la Armada y de sus cuadros:

- Lo dicho, en este país para alistarse en la Marina hay que ser un niño bonito.

Gervasio volvió también al ostracismo. Dejó de vestirse la gala; de intentar salvar la revista. Pero una lucecita de esperanza le animaba ahora: el convencimiento de que tío Felipe Neri andaría cabildeando en las alturas y, en consecuencia, sus días en el buque-escuela estaban contados. Por otra parte, ^{resuelto a im-} ~~decidido a~~ ^{ponerse a la adversidad,} ~~ser héroe,~~ ante cualquier disyuntiva, optaba ^{ahora} ~~ahora~~ por el ejercicio más esforzado y a ^{convencer a su amigo Peter,} ~~convencer a su amigo Peter,~~ o de mayor riesgo (aspiraba a autoconvencerse ^{de que el hundimiento del Baleares} y la muerte de Tato le habían cambiado). Remaba con ardor, hacía instrucción sin

normas que las criaturas no se impresionan (física reactiva u, a lo sumo, puros fenómenos eléctricos, como decía el Sr. Vidal). Su comportamiento sobre el reciente rebelde, imponiéndole compasivamente las manos sobre la cabeza para evitar el visible espectáculo del último volador, había sido efímera en este sentido.

Una tarde, cuando pasaba en cubiertas, Dámaso Valenti le comunicó el proyecto de Peter, una vez que la guerra concluyese, de cambiar el mascarón de proa que presidía el Club por una gran fotografía de Jato orlada con los colores nacionales. Gervasio acusó el golpe, se sintió celoso, sentía celos de un modo, y en su interior se empezó para morir él también, de forma que su fotografía, junto con la de Jato delgado, presidiese el Club el día de mañana y Peter, en compañía de Hanana Abad (una Manana Abad madura, perpetuamente celosa, fiel a su memoria), se postarían al pie del retrato cada aniversario, un ramo de claveles para conmemorar su sacrificio.

Generalmente a todas las provisiones, la disciplina no se relajó en el curso de la escuela después del hundimiento del Balauro. Transcurridos tres días de clase, el rigor retornó, más estricto que antes, de acuerdo con una resolución no por inexpressada menos evidente: había que forjar marineros tan duros y avezados que la disciplina no pudiera volver a repetirse. Don Manuel Gornau remató las revistas de exactitud, bajo criterios tan estrictos, que algunos tardes más del veinticinco por ciento de los marineros regresaban desahucados al soldado.

Antero Arta, con sus hembras desahucadas, se sacaba la familia encorsetado, exhibía unos momentos su torso enteco, apuñalado, y repleto de la Amada y de sus cuadros.

Lo dicho, en este país para distarse en la Marina hay que ser un niño bonito.

Gervasio volvió también al ostracismo. Dejó de vestirse la gala; de intentar salir la revista, pero una fucilla de esperanzas le antabía ahora: el convencimiento de que el Felipe Meri andaría capitaneando en las alturas y, en consecuencia, sus días en el buque-escuela estaban contados. Por otra parte, desahucado y a la deriva, antes cualquier disyuntiva, optaba ahora por el ejercicio más estoroso o de mayor riesgo (aspiraba a autocombustionarse que el hundimiento del Balauro y la muerte de Jato le habían enseñado). Remaba con ardo, hacía instrucciones sin

llegó
desmayo, ~~pasó~~ a ser un experto señalero y, cada vez que don Manuel Borau ordena-
ba saludo a la voz, con sus ^{agudos} ~~pitidos, destemplados~~, allí estaba él apuntándose el pri-
mero, trepando jarcias arriba hasta el juanete, salvando imperturbable la cofa,
abriéndose por el marchapié sin un titubeo, ^{dominando} ~~sofocando~~ (el vértigo, ^{Pero} ~~mientras~~ Peter ~~¿~~
~~a su lado~~, no parecía reparar en sus progresos, se mostraba pasivo, ajeno a sus es-
fuerzos, y ~~¿~~ de la misma manera que antaño no censuraba su poquedad, tampoco ahora
elogiaba ~~¿~~ su arrojo; como de costumbre, callaba y cumplía puntiliosamente con su
deber.

Una mañana, durante el reparto del correo en el combés, Gervasio recibió una
abultada carta de tío Felipe Neri. Toda la familia escribía en ella, desde mamá
Zita hasta Flora; incluso le insertaban media hoja de papel cuadriculado escrita
en la Plaza de Toros por papá Telmo. Al margen de su conminatorio ¿Quién como Dios
y su exaltado canto a los héroes del Baleares, tío Felipe Neri le hacía ver que
el asunto de la reclamación "estaba en marcha", lo que implicaba (para él, que lo
había considerado resuelto) una nueva dilación. Al desánimo causado por esta car-
ta se unieron las desfavorables noticias de mamá Zita sobre Eduardo Custodio.
Eduardo, en efecto, había salvado la vida pero se hallaba hospitalizado, ^{verdadero} ~~en Mallor-~~
^{como una momia} ~~ca,~~ (con quemaduras de tercer grado y una infección grave en los ojos que requería
un lento proceso de curación. Los médicos que le atendían no se mostraban opti-
mistas) ~~De momento permanecía en el hospital, el viejo don Colomán III a su lado,~~
~~gestionando el traslado a casa o, al menos, a un centro hospitalario de la ciudad.~~
"Vuestra carta, que su madre le leyó, ~~por teléfono,~~ le reconfortó mucho. Le encar-
gó que os dijera que Tato Delgado, como todos los servidores de la torre 1, voló
por los aires al estallar los torpedos". Gervasio respiró hondo, Peter, recostado
en la batayola del sollado de popa, la frente sobre las rodillas flexionadas, se
preguntaba qué destino era más cruel para un muchacho de diecisiete años, la ce-
guera o la muerte. Damasito, sentado en el linoleo a usanza mora, plegaba los bor-
des de un papel de fumar, vertía en él unas briznas de picadura, previamente expur-
gadas de durezas, y enrollaba un cigarrillo. Gervasio, una vez leída la carta de
su madre, la pasó a Peter, ^y ~~desdobló~~ la nota de papá Telmo, ~~y encendió también un~~
~~cigarrillo.~~ ^{daba} Nunca ~~dio~~ cuenta a sus amigos de las notas de su padre. Temía sus co-
mentarios, ^{sus reticencias, y medias} ~~impertinentes, sus juegos de palabras, sus sarcasmos.~~ ^{entender,} A su ~~juicio,~~ ^{obstin} su pa-
dre no había correspondido a las consideraciones del Aizamiento. Se mostraba ~~¿~~

do e ingrato. En un principio, Gervasio había confiado en su conversión, pero a medida que transcurría el tiempo, se conformaba con su silencio. Sus notas, de ordinario pãrvulas y elementales ("Estoy bien", "estoy desanimado", "tengo calor", "tengo frío", "el paquete de golosinas hizo las delicias de la comunidad") casi nunca se referían a la guerra, tal vez para no comprometer a tío Felipe Neri, mas en esta ocasión establecía juicios éticos sobre la última carta de Gervasio: "La guerra es la gran emboscada, hijo mío. El que más y mejor tienda las emboscadas, ese será el vencedor. La guerra es el final del juego limpio, del "fair play" como dicen los ingleses. Pero lo procedente es reconocerlo así y no censurar al enemigo ardides que nosotros estamos dispuestos a emplear mañana. ¿Tan sectaria es tu pequeña cabeza que no es capaz de reconocer en el adversario una acción ^{meritoria?} ~~plausible?~~ Adios, querido hijo, que Dios te acompañe en tu próxima singladura". Airadamente hizo un rebujo con el papel y Peter levantó la cabeza, sorprendido:

- ¿Pasa algo?
- Mi padre
- ¿Qué le ocurre?
- Lo de siempre
- ¿Es que creías que iba a cambiar de ideas porque no coincidieran con las tuyas?

- Por lo menos podía callarse.

Dámaso Valentín aplastó el cigarrillo contra la barra de la batayola:

- ¿No le estaréis calentando las orejas de más entre tú y tu tío el coronel?

Gervasio no respondió. Había un reto oculto en la carta de su padre. Únicamente una ~~valerosa acción~~ ^{gesto de} ~~acción por~~ su parte podría hacerle cambiar ~~su punto de vista~~ ^{de opinión}. Pero ¿donde habría una ~~acción~~ ^{gesto} que papá Telmo no fuese a considerar una celerada? Se apartó de la batayola y se tumbó en el linóleo, los dedos entrelazados bajo la nuca. Estaba enojado. Hasta la flébil situación de Eduardo ~~había pasado a segundo plano~~ ^{desmerecía} después de leer la nota de su padre. ¿Era una burla volteriana aquello de que Dios le acompañase en la última singladura? ¿Cómo se atrevía a invocar el nombre de Dios? ¿Cómo hacer compatible a Dios con la horda? Si la horda, con la que papá Telmo comulgaba, había quemado a Dios en cien conventos, le

de e ingrato. En un principio, Gervasio había confiado en su conversión, pero a medida que transcurrió el tiempo, se conformaba con su silencio. Sus notas, de ordinario párvulas y elementales ("Estoy bien", "estoy desahogado", "tengo calor", "tengo frío", "el paquete de golosinas hizo las delicias de la comunidad") casi nunca se referían a la guerra. Tal vez para no comprometer a los feligreses, mas en esta ocasión estrofa estrofa sobre la última carta de Gervasio: "La guerra es la gran empujada, hijo mío. El que más y mejor tienda las empujadas, ese será el vencedor. La guerra es el final del juego humano del "fair play" como dicen los ingleses. Pero lo procedente es reconocerlo y no censurar al enemigo arrojando los nombres de los que se desprecian a empujar más. Tan sectaria es la pequeña cabeza que no se capaz de reconocer en el adversario una acción piadosa. Años, querido hijo, que Dios te acompañe en tu próxima singladura". Afortunadamente hizo un regalo con el papel y Peter levantó la cabeza, sorprendido:

¿Es que creas que iba a comitar de ideas porque no coincidieran con las tuyas?

- ¿Pasa algo?

- Mi padre

- ¿Qué le ocurre?

- Lo de siempre

- ¿Es que creas que iba a comitar de ideas porque no coincidieran con las tuyas?

¿Por lo menos podía callarse?

Damaso Valentín agachó el cigarrillo contra la barra de la batería:

- ¡No le estarte calentando las orejas de más entre tú y tu tío el coro!

¿Pero donde habría una sesión que pagé tanto no fuese a considerar una cosa?

Gervasio no respondió. Había un rato oculto en la carta de su padre. Unas mente un valoroso sesión por su parte podría hacerle cambiar su punto de vista. Pero donde habría una sesión que pagé tanto no fuese a considerar una cosa? Se apartó de la batería y se tumbó en el felpo, los dados entrelazados bajo la nuca. Estaba enojado. Hasta la última situación de Eduardo había pasado de a segundo plano después de leer la nota de su padre. Era una carta volterla na aquella de que Dios se acompañase en la última singladura? ¿Cómo se atrevía a invocar el nombre de Dios? ¿Cómo hacer compatible a Dios con la guerra? Si la londa, con la que pagé tanto no fuese a considerar una cosa, ¿cómo se atrevía

había fusilado ^{delante de} ~~junto a~~ tío Fadrique, en el Cerro de los Angeles, ¿qué significado cabía dar a su invocación? Cerró los ojos y movió la cabeza desalentado: "Jamás volveré a escribirle -se dijo. Para mí, lo mismo que si hubiese muerto".

A la tarde siguiente, cuando Peter, con varios grupos de la brigada de babor, hacía palos, otros remaban en las sucias aguas del puerto y Dámaso y Gervasio dialogaban ~~vivamente~~ con las banderas de señales en la toldilla, una voz imprevista gritó desde lo alto del juanete:

- ¡El Juan de Austria está entrando en la ría!

Se produjo un gran revuelo. Los señaleros se apresuraron a comunicarlo con las banderas a los botes que bogaban en la bahía, Dámaso lo notificó a voces por las escotillas, la noticia corrió de boca en boca, de grupo en grupo; fue acogida con tal júbilo que, en contados minutos, cedió la actividad a bordo y la dotación apiñada en cubierta, o encaramada en las jarcias, se convirtió en un hervor de blanco, pañuelos agitándose, mientras una buída, ~~estilizada~~, silueta gris, de enormes dimensiones, la bandera flameando a popa, se adentraba en el puerto después de doblar la última curva de la ría. Sin mayor motivo, el entusiasmo se desbordó. La irrupción del crucero comportaba una oportunidad de desagravio tras el hundimiento del Baleares; ^{era como} ~~o el testimonio~~ ~~o la evidencia~~ de una resurrección. El navío se hallaba tan próximo que a simple vista se divisaba a la marinería en sus puestos de babor y estribor de guardia, firmes, erguidas las cabezas, ~~inmóviles~~, en tanto la banda de música interpretaba, desde la toldilla, la marcha Suenan los clarines. Gervasio, ~~presa de viva emoción~~, seguía sin pestañear el desplazamiento del buque, su avance refrenado hendiendo las aguas oleosas, el leve humear de la oblonga chimenea, las sólidas torres en reposo, sus servidores al pie, ~~la bandera meciéndose a los compases de la música~~. Sin síntomas previos, notó un burbujeo en el colodrillo, y un escalofrío en la espina dorsal, pero en reacción diligente, sobreponiéndose al excitante placer de la crispadura, se abotonó apresuradamente las orejeras del abisinio, bajo la barbilla. El ostento había sido conjurado:

- ¡Coño, qué bote!

Oyó la exclamación admirativa de Dámaso a su lado. El crucero acababa de fondear frente a ellos, aproando al dique seco. El ruido bronco de la cadena

del ancla en el escobén neutralizó la música de la banda. Paradójicamente, la inmovilización del crucero desató las lenguas y el buque-escuela, enmudecido durante la maniobra, se pobló de vivas, voces, rumores vagos, ~~comentarios~~ ^{conjeturas} arriesgadas y contradictorias. Para los más pesimistas, la arribada del Juan de Austria significaba que había sido averiado en el combate del día 6, en tanto cabos y oficiales, celosos depositarios de la moral de la Armada, reacios a todo dramatismo, sostenían que era una visita de rutina con objeto de limpiar fondos. Nadie se ponía de acuerdo, pero finalmente, al anochecer, tras laboriosas maniobras, el crucero quedó prisionero en el dique seco, varado en las anguilas, bajo los focos, entre una frenética actividad de poleas, guindolas, so pletes, cabrias y cabrestantes. El remache de los roblones martilleaba día y noche en el astillero, como un tambor automático. Durante los ratos libres, acodados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso observaban arrobados la actividad de los operarios, la diligencia de la marinería en cubierta. Dámaso se excitaba:

- Avisa a tu tío, coño. Si le dejamos escapar ahora, Dios sabe cuando tendremos otra oportunidad.

- Mi tío ya está en la idea

- Pero, ¿sabe acaso que el Juan de Austria está aquí?

Tras acalorados debates, acordaron que el medio más rápido de informarle sería un telegrama, pero el telegrama no llegó a cursarse. A la mañana siguiente, don Ildefonso Barbosa, comandante en jefe del buque-escuela, les llamó a su camareta y les comunicó que estuvieran prestos para desembarcar, ya que don Ventura Escribá, comandante en jefe del crucero Don Juan de Austria, les había reclamado.

del ancla en el escopón neutralizó la música de la banda. Paradojicamente, la inmovilización del crucero desató las lenguas y el buque-escuela, enmudecido durante la maniobra, se pobló de vivas, voces, rumores vagos, comentarios a riesgosas y contradictorias. Para los más pesimistas, la arribada del Juan de Austria significaba que nada más se avería en el combate del día 6, en tan- to a los y oficiales, celosos depositarios de la moral de la Armada, reaccionaron a todo dramatismo, sostenían que era una visita de rutina con objeto de limpiar lanchas. Nadie se ponía de acuerdo, pero finalmente, al anochecer, tras laborio- sas maniobras, el crucero quedó prisionero en el dique seco, varado en las an- guilas, bajo los focos, entre una frenética actividad de poleas, guindas, se- pletes, cables y caprestantes. El remache de los rollos martilleaba día y noche en el astillero, como un tambor automático. Durante los ratos libres, a- cordados en la borda, Gerardo, Peter y Dámaso observaban arrobados la activi- dad de los operarios, la diligencia de la marinería en cubiertas. Dámaso se ex-

citaba:

- ¡Viva a tu filo, coño. Si se dejamos escapar ahora, Dios sabe cuando

volvamos otra oportunidad.

- Mi filo ya está en la idea

- Pero, ¿sabe acaso que el Juan de Austria está aquí?

Tras acalorados debates, acordaron que el medio más rápido de informarse sería un telegrama, pero el telegrama no llegó a cursarse. A la mañana siguiente, don Liberto Barbosa, comandante en jefe del buque-escuela, les llamó a su camarote y les comunicó que estuvieran prestos para desembarcar, ya que don Ventura Escrivá, comandante en jefe del crucero Don Juan de Austria, les había

reclamado.

XVII

A la altura del cabo San Vicente el crucero viró cuarenta y cinco grados a babor (la violencia de la virada se hizo notoria en la escora y la vibración de los mamparos) y, tras el viraje, sobrevino la virazón, un viento ábrego, tan recio que desflecaba la bandera y amenazaba con arrebatarse el abisinio de la cabeza. La mar engordaba y en las crestas de las olas blanqueaban las cabrillas. La proa entraba tan forzada al oleaje, que lo que momentos antes era un balanceo acompasado, adormecedor, de mecedora, se trasmutó en un abrupto movimiento de cuchareo (el buque subía y bajaba alternativamente de proa, avanzaba en giratorios movimientos de tornillo). Gervasio percibió el cambio de rumbo en las plantas de sus pies desnudos pero no le concedió importancia. Encarado al viento, asido con las dos manos a la cadena del espardek, guiñaba los ojos, buscando una expresión marinera para su rostro, orgulloso de su periplo inicial. La víspera se lo había comunicado por carta a mamá Zita y tío Felipe Neri y, aunque nada existía en el mundo capaz de entibiar el júbilo de su debú, al anotar el remite ("Crucero Juan de Austria. Palma de Mallorca o donde se encuentre") le había sacudido un estremecimiento. El comandante del puesto H, teniente de navío don Mario Millares, con su gorra abollada, sin aro, y sus modales descuidados, le había asignado, antes de zarpar, un número y un destino: "Gervasio García de la Lastra, 377A, tubo acústico". Era un cargo importante. Por el tubo transmitiría a los antiaéreos las órdenes del director: es decir, en adelante sería su portavoz. Los compañeros le habían visto sonreír beatíficamente al escuchar su número, de modo que, al marchar don Mario, Javier Medina, el poeta, el más veterano del puesto, con su pelo crespo al aire, la nariz aguileña combada sobre los grandes dientes, le había preguntado:

- ¿Es que te gusta el número, 377A? -Y como Gervasio asintiese, añadió: No te preocupes; te llamaremos por él.

De esta manera Gervasio García de la Lastra se convirtió en el 377A, un número seguido de una letra, un nombre cifrado, como el de un espía. El cabo Pita, su jefe de grupo, le dio posesión de una taquilla, un coy y una manta. Cogotudo, grave, bajo de estatura, el cabo Pita era hombre de pocas palabras. Fue su laconismo, la nocturna tristeza de su rostro, lo primero que llamó la atención de Gervasio.

A la altura del cabo San Vicente el crucero vino cuarenta y cinco grados a ba-
por (la violencia de la virada se hizo notable en la escora y la vibración de los
maneros) y, tras el viraje, sobrevino la virada, en viento ábrego, tan recto que
destacaba la bandera y amanzaba con arrebatarle el alfiler de la cabeza. La mar
engordaba y en las crestas de las olas blandaban las coberturas. La proa entraba
tan forzada al oleaje, que lo que momentos antes era un balance acompasado, abor-
mecador, de mecedora, se transformó en un súbito movimiento de cuchara (el buque
suave y bajaba alternativamente de proa, avanzaba en giratorios movimientos de for-
tillo). Gervasio percibió el cambio de rumbo en las plantas de sus pies de pronto
pero no le concedió importancia. Encarado al viento, asido con las dos manos a la
cadena del espardek, guñaba los ojos, buscado una expresión marítima para su roz-
tro, orgulloso de su periplo inicial. La virada se le había comunicado por carta
a don Rita y don Felipe por el y, aunque nada existía en el mundo capaz de enti-
ciar el júbilo de su día, al notar el temerario (Crucero Juan de Austria). Palma de
Mallorca o donde se encontraba) le había sacado un estremecimiento. El comandan-
te del puerto M. tentase de verlo don Mario Hiltner, con su gorra abollada, sin
oro, y sus modales descubiertos, le había asignado, antes de zarpar, un número y un
destino: "Gervasio García de la Lastra, 327A, tubo acústico". Era un cargo impor-
tante. Por el tubo transmitiría a los antárricos los órdenes del director: es de-
cir, en adelante sería su portavoz. Los compañeros le habían visto sonreír bastan-
tamente al escuchar su número, de modo que, al marchar don Mario, Javier Medina,
el poeta, el más veterano del puerto, con su pelo crespo al aire, le haría aguije-
na combada sobre los grandes dientes, le había preguntado:
- ¿Es que te gusta el número, 327A? - Y como Gervasio asintiese, añadió: No
te preocupes; te llamaremos por él.
De esta manera Gervasio García de la Lastra se convirtió en el 327A, un núme-
ro seguido de una letra, un nombre citado, como el de un espía. El cabo Pita, su
jefe de grupo, le dio posesión de una repulilla, un coy y una montía. Cogido, gra-
ve, bajo de estatua, el cabo Pita era hombre de pocas palabras. Fue su facinoroso,
la nocturna tristeza de su rostro, lo primero que llamó la atención de Gervasio.

Huraño y apartadizo, andaba siempre con la cabeza en otra cosa. Su mirada errática provenía de unos ojos grisazulados, cambiantes, animados por una tenue lucecita ensimismada, en todo caso poco explícitos. En las horas de rancho apenas comía (solía visitar su taquilla o al mayordomo, de donde volvía siempre un poco enchispado) y en el puesto leía sin parar novelas de aventuras, actitud que afianzaba su aislamiento. Pero durante las guardias, sin el recurso de la novela, dejaba vagar por el mar su mirada sombría, como si se lo estuviera aprendiendo, y era capaz de dejar transcurrir horas sin mover un músculo de la cara. En contra de lo que era normal en su grado, Pita no era hombre autoritario, sino más bien lábil, tolerante, flexible con la ordenanza. El mismo, pese a estar prohibido ("Desde el cierre de ^{portillas,} ~~las escotillas,~~ ni un cigarrillo en cubierta"), fumaba durante las guardias nocturnas, sin molestarse siquiera en disimular la lumbre ~~del cigarrillo~~ bajo el antepecho.

Tampoco el cabo Tubío, telemetrista, era hombre de brega. Su rostro plano, asentado, se correspondía con su voz, mohosa, sin disonancias. Rollizo, carirredondo, era buen conversador y aficionado a los juegos de azar. Andaluz, exseminarista, su aire clerical, que probablemente no le abandonaría nunca, se manifestaba en los ademanes de sus manos abaciales, y en la venerable combinación de sus facciones. Luis Naveira, el Cativo, marinero de segunda, imberbe, de infantiles mejillas enrojecidas, le embromaba con frecuencia a cuenta de su vocación abandonada, atribuyendo a sexualidad su claudicación, cosa que el cabo Tubío rechazaba de plano:

- Mi señora me sacó del seminario antes con los ojos que con los pechos.

Conforme con su modesto rango, sentía un respeto reverencial hacia los intelectuales, de ahí, tal vez, su lenidad en un puesto de dirección de tiro donde el que más y el que menos estaba en posesión de un título o camino de alcanzarlo. Sabía prever el futuro, e intuía que varios de aquellos muchachos hoy a sus órdenes serían con el tiempo personalidades destacadas. Especialmente con Javier Medina, estudiante de quinto curso de Arquitectura, que escribía poemas en sus ratos libres, se mostraba sumiso y deferente; le ^{trataba} de usted y, en una ocasión memorable se dirigió a él llamándole don Javier. En rigor, Javier Medina, cautivado por el mar, había decidido abandonar sus estudios de arquitecto e ingresar en la Escuela Naval tan pronto concluyese la contienda. Al cabo Tubío, al corriente de ello, na-

durante y apartado, andaba siempre con la cabeza en otra cosa. Su mirada erraba
ca provenga de unos ojos grisáceos, combativos, animados por una tenue luz
la enmismada, en todo caso poco explícita. En las horas de descanso apenas comen-
(sólo visitar su tapujillo o al mayordomo, de donde volvía siempre un poco encan-
pado) y en el puesto leía sin parar novelas de aventuras, acción que atravesaba
su aislamiento. Pero durante las guardias, sin el recurso de la novela, dejaba ve-
gar por el mar su mirada somnoliva, como si se le estuviera aprendiendo. Y era capaz
de dejar transcurrir horas sin mover un músculo de la cara. En contra de lo que e-
ra normal en su grado, Pita no era hombre supersticioso, sino más bien laico, laico-
rante, flexible con la ordenanza. El mismo, pese a estar prohibido desde el cre-
pusculo de las guardias, ni un cigarrillo en cubiertas, fumaba durante las guardias
nocturnas, sin molestarse siquiera en disimular la fuente del cigarrillo de la es-
trabechona.

Tampoco el cabo Tubío, telegrafista, era hombre de braga. Su rostro plano, sa-
sentado, se correspondía con su voz, ronca, sin disonancias. Rollizo, carteron-
do, era buen conversador y aficionado a los juegos de azar. Andaluz, exentusias-
ta, su aire clerical, que probablemente no le abundaría nunca, se manifestaba
en los ademanes de sus manos apacatas, y en la venerable combinación de sus facio-
nes. Luis Naviera, el Catino, marino de segunda, indolente, de tentativas mejillas
entrecortadas, le embromaba con frecuencia a cuenta de su vocación abandonada, stri-
puyendo a sexualidad su claudicación, cosa que el cabo Tubío rechazaba de plano:
- Mi señora me sacó del santuario antes con los ojos que con las pechos.

Conforme con su modesto rango, sentía un respeto reverencial hacia los intelec-
tuales, de ahí, tal vez, su tenida en un gusto de dirección de tiro donde el que
más y el que menos estaba en posesión de un título o camino de alcanzarlo. Sabía
prever el futuro, e intuía que varios de aquellos muchachos ray a sus órdenes se-
rían con el tiempo personalidades destacadas. Especialmente con Javier Medina, es-
tudiante de quinto curso de Arquitectura, que escribía poemas en sus ratos libres,
se mostraba sumiso y deferente; le trataba de usted y, en una ocasión memorable se
dirigió a él llamándole don Javier. En rigor, Javier Medina, cultivado por el
mar, había decidido abandonar sus estudios de arquitectura e ingresar en la Escuela
Naval tan pronto concluyese la contienda. Al cabo Tubío, el corriente de él, na-

da le costaba dar un salto en el tiempo e imaginarse ya de teniente de navío con dos cocas en la bocamanga. La convicción de que su subordinado de hoy sería mañana su superior le colocaba de antemano en posición subalterna.

Tras la promiscuidad despersonalizada del buque-escuela, Gervasio constató en el crucero un gozoso renacer del individualismo. El mismo Peter, al disponer de un rincón recogido, había reanudado sus trabajos de marquetería. La destreza de sus manos suscitó la curiosidad de los compañeros. Absorto bajo el record, valiéndose de fotografías facilitadas por Javier Medina, se consagraba ahora a la construcción de una maqueta del crucero. Su actividad en aquel astillero en miniatura no conocía reposo y pasó a convertirse en un pasatiempo colectivo. Raro era el marinero que al salir de guardia no se interesara por los progresos de su obra:

- ¿Qué, Nauta, cómo va eso?

Porque Peter, asimismo por inspiración de Javier Medina, había dejado de ser Peter para pasar a ser el Nauta, hombre de mar por excelencia, habida cuenta no solo de la habilidad de sus manos, sino de sus conocimientos de táctica y estrategia navales. Poco a poco, el Nauta se erigió en centro de gravitación del puesto H, con lo que éste vino a convertirse en un revezado del Club donde, por no faltar, no faltaban ni las partidas de póquer que el cabo Tubío presidía y en las que solían participar Miodelo, el flaco Santoña y Fermín Linaje, el Escorbuto.

Fermín Linaje, con su rostro aceitunado, era un muchacho aprensivo, velludo y corto de brazos, para quien la avitaminosis continuaba siendo el principal azote de la gente de mar. Sus abultados labios de negro y su obsesión alimenticia recordaban a Gervasio el físico y las manías de papá Telmo:

- Lo que no da la gaveta, lo suple el sol -decía

Y acorde con su credo, los días abiertos se tendía en pantalón de deportes sobre las balsas del espardek y allí se pasaba las horas muertas, soleándose. Imperterrible, era rival temible en el póquer. Pocos osaban ver el envite del Escorbuto cuando doblaba la apuesta y sus labios de mulato se combaban hacia abajo en un rictus despectivo. Rijoso como el Cativo, pedía a menudo a José Antonio Lago, el Pintor, que le dibujase "una ristra de tías buenas", desnudos que luego repasaba con lascivo deleite adobando la contemplación con comentarios salaces. Por contra, Lago, el Pintor, delicado como una tanagra, parecía un raro ejemplar de otra raza.

de le costada dar un salto en el tiempo e imaginarse ya de teniente de navío con
dos cocas en la bocamanga. La convicción de que su subordinado de hoy sería maña-
na su superior le colocaba de antemano en posición subalterna.

Tras la promiscuidad despersonalizada del pupo-escuela, Gervasio constató en
el crucero un gozoso renacer del individualismo. El mismo Peter, al disponer de
un rincón recogido, había resucitado sus trabajos de marinería. La destreza de
sus manos suscitó la curiosidad de los compañeros. Asunto bajo el registro, valien-
dose de fotografías facilitadas por Javier Medina, se consagraba ahora a la cons-
trucción de una maqueta del crucero. Su actividad en aquel taller en miniatura
no conocía reposo y pasó a convertirse en un pasticheo colectivo. Pero era el ma-
rino que al salir de guardia no se interesaba por los progresos de su obra:

- ¿Qué, Navas, cómo va eso?

Porque Peter, asimismo por inspiración de Javier Medina, había dejado de ser
Peter para pasar a ser el Navas, hombre de mar por experiencia, había cuantificado no
solo de la habilidad de sus manos, sino de sus conocimientos de táctica y estrate-
gia navales. Poco a poco, el Navas se erigió en centro de gravitación del puesto
de, con lo que éste vino a convertirse en un reverse del Club donde, por no faltar,
no faltaban ni las partidas de póquer que el cabo Toldo presidía y en las que se-
rían participar Michela, el Flaco Sandoz y Fernán Linares, el Escorbuto.

Fernán Linares, con su rostro acetinado, era un muchacho agresivo, velludo y
corto de brazos, para quien la avitaminosis constituía siendo el principal azote
de la gente de mar. Sus abultados labios de negro y su oscuridad almenada recor-
daban a Gervasio el Flaco y las manías de papa Tomas.

- Lo que no da la galleta, lo sigue el sol - decía

Y acorde con su credo, los días alternos se tendía en gaceta de deportes so-
bre las páginas del espartak y allí se pasaba las horas muertas, solitarias, inmer-
curiales, era rival castizo en el póquer. Pocas cosas eran el registro
cuando dolía la apuesta y sus labios de anís se curaban hasta abajo en un rictus
sus despectivo. Rojoso como el Flaco, pedía a menudo a José Antonio Lago, el Pin-
tor, que le dibujase "una rictus de las buenas", después de luego repasaba con
lascivo delirio abandonando la contemplación con comentar los salices. Por contra, la-
go, el Pin, delirado como una langosta, parecía en raro ejemplo de obra rara.

Calzaba un 34 y toda su personilla, apuesta y atildada, armonizaba con el tamaño del pie. Contemporáneo de Javier Medina, con estudios de Bellas Artes, dibujaba incesantemente en un bloc de papel de barba figuras imaginarias o copiadas del natural. Los días serenos montaba en el espardek un pequeño caballete, adecuado a su estatura, y pintaba marinas a la acuarela, cuadros que, contrariamente a la norma, no resultaban relamidos sino que, tal vez debido a los tonos lúgubres del mar, la opacidad de la luz o los desportillados bous protagonistas, entrañaban una belleza atormentada. En momentos de buen humor invitaba a posar a los marineros del puesto de rasgos más acusados (el Escorbuto, Javier Medina, Bartolomé Roselló, o el Rubio Colino, con sus facciones seráficas) y les hacía unas caricaturas grotescas que el resto de los compañeros celebraban.

Tras el hacinamiento del buque-escuela, el crucero vino a representar la recuperación de la vida privada, un retorno a la intimidad. El fraccionamiento de la dotación en pequeñas comunidades (puestos de dirección de tiro, torres, máquinas, antiaéreos) suponía la superación de la sordidez miscelánea, un ensayo de convivencia doméstica. Mas al margen de esta división, la autonomía del puesto H venía determinada por su situación en sobrecubierta, con dos únicos accesos: la escala directa, de hierro, sobre el ventilador y otra, de viento, detras de la chimenea, a través del espardek. -El puesto H no era, pues, un lugar de paso sino que comportaba una voluntad deliberada, el acceder a él.

En contra de lo que Gervasio esperaba, las costumbres de a bordo no se alteraron después de zarpar. Guardias aparte, lógicamente más responsables, todo continuó lo mismo. Había vivido con emoción el momento de la partida y, ahora, la mar tendida y turbulenta, despertó en él la vívida idea de que la paz quedaba atrás, que se adentraba en la zona aventurada de la guerra (entre los profundos senos de agua alborotada, nada impedía que acechase el periscopio de un submarino enemigo, que ellos, en su condición de serviolas, tenían el deber de descubrir).

Baqueteado por el viento, recostado en la cadena del espardek, donde antes se agarraba, contempló maravillado (como examina un niño su juguete preferido) la negra ametralladora de balas trazadoras. La proximidad del artefacto, su disponibilidad, la soledad en torno, alentaron sus adormecidas fantasías heroicas. Dió un

Calaba un 34 y toda su personalidad, agreste y estirada, armonizada con el tamaño del pte. Contemporáneo de Javier Medina, con estudios de Bellas Artes, dibujada incansablemente en un bloc de papel de barba figuras imaginarias o copiadas del natural. Los días serenos montaba en el espejo un pequeño caballo, adecuado a su estatura, y pintaba marinas a la acuarela, cuadros que, contrariamente a lo que, no resultaban relajados sino que, tal vez debido a los tonos lígures del mar, la opacidad de la luz o los despoñados de los protagonistas, entrañaban una belleza atormentada. En momentos de buen humor invitaba a pasar a los marinos del puerto de rasgos más acusados (el Escorpión, Javier Medina, Bartolomé Roselló, o el Ruido Cotino, con sus facciones seráficas) y les hacía unas caricaturas grotescas que el resto de los compañeros celebraban.

Tras el fracaso del pte-escuela, el cruce vino a representar la recuperación de la vida privada, un retorno a la intimidad. El fracaso de la dotación en pequeñas comunidades (questos de dirección de tiro, torres, máquinas, antáreas) supuso la superación de la soledad miscelánea, un ensayo de convivencia doméstica. Mas al margen de esta división, la autonomía del puerto H venía determinada por su situación en sobrecubierta, con dos únicos escapes: la escala directa, de hierro, sobre el ventilador y otra, de viento, detrás de la chimenea, a través del espejo. El puerto H no era, pues, un lugar de paso sino que comportaba una voluntad deliberada, el acceder a él.

En contra de lo que parecía esperarse, las costumbres de a bordo no se alteraron después de zarpar. Guardias aparte, lógicamente más responsables, todo continuó lo mismo. Había vivido con emoción el momento de la partida y, ahora, la mar turbulenta y turbulenta, despertó en él la vivida idea de que la paz quedaba atrás, que se adelantaba en la zona eventurada de la guerra (entre los profundos senos de agua alborada, nada tapada que se achace el periscopio de un submarino enemigo, que ellos, en su condición de serviles, tenían el deber de descubrir).

Rescatado por el viento, rescatado en la cadena del espejo, donde antes se agarraba, contempló maravillado (como examina un niño su juguete preferido) la nebulosa ametralladora de las torres. La proximidad del artefacto, su disponibilidad, la soledad en torno, elevaron sus aventuras fantásticas heroicas. Dio un

paso hacia ella y se sentó en el silletín de hierro, accionó la manivela y el cañón, obediente, se desplazó de un lado a otro. Temblando de emoción, apoyó la acolchada culata sobre su hombro, oprimió la mejilla contra ella y, dejando resbalar la mirada tubo arriba, repitió a media voz entre el bramido del viento:

- Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá

Perseguía con el punto de mira aviones imaginarios sobre el cielo aborascado y se sentía poderoso e invencible. ^{En} ~~Entre~~ el tumulto de aquel crucero escorado, era la suya la única cabeza juiciosa. Repitió el recorrido de babor a estribor y simuló otras tres ráfagas:

- Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá

Esbozó una sonrisa. Un avión adversario, alcanzado en el morro, trató de repinarse, entró en barrena y se estrelló contra la superficie del mar. Enardecido, Gervasio aculató la ametralladora ^{contra} ~~sobre~~ su hombro, tomó el blanco de otro avión y en el momento en que se disponía a disparar una nueva ráfaga, sintió un seco calambre en el colodrillo pero, antes de que sus cabellos se erizasen, oyó la voz burlona de Bartolomé Roselló, el Mallorquín a sus espaldas:

- ¿Qué, 377A, jugando a la guerra?

Sus enigmáticas cejas interrogantes parecían refrendar la pregunta. Gervasio se incorporó y señaló timidamente la ametralladora:

-Nunca había visto de cerca un trasto de estos -dijo

Bartolomé Roselló se encaminó hacia el puesto:

- A ver si cuando los aviones vengan de verdad ~~demuestras~~ la misma diligencia.

De nuevo solo, Gervasio, desequilibrado por la escora, se asió con firmeza a la cadena del espardek. El navío se encabritaba; hacía el efecto de querer ponerse de manos. Cohibido por los silbidos de la galerna buscó refugio en el sollado pero la oscilación de los mamparos, el desnivel cambiante de las planchas, acentuaron su ofuscación. Apoyándose en las taquillas avanzó hacia proa, pero al dar un paso, el suelo escapó bajo su pie desnudo y, al tratar de alcanzarlo, el buque vino hacia él, trompicó y estuvo a punto de caer. En pleno aturdimiento un embate de estribor le lanzó contra la batayola. ^{Respiraba corto, resollando.)} ~~Resollaba~~ (Intentó serenarse, acomodar su paso a los vaivenes del navío, renunciándolos, pero su tentativa resultó inútil. La mar nunca repetía el movimiento anterior, se desbocaba. Sus axilas sudaban

pasó hacia ella y se sentó en el sillón de hierro, accionó la manivela y el co-
nón, obediente, se desplazó de un lado a otro. Temblando de emoción, apoyó la cota
cubierta sobre su hombro, oprimió la manivela contra ella y, deteniéndose respaldar
la mirada tubo arribas, repitió a media voz entre el bramido del viento:

- ¡a-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá

Perseguida con el punto de mira aviones imaginarios sobre el cielo aporreado y se
sentía poderoso e invencible. Entre el tumulto de aquel crucero escorado, era la
suya la única cabeza juiciosa. Repitió el recorrido de haber a estribor y simuló
otras tres ráfagas:

- ¡a-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá

Estos una sonrisa. Un avión adversario, alcanzado en el motor, trató de regimbr-
se, entró en barrena y se estrelló contra la superficie del mar. Embarcado, Ger-
vasto escuchó la ametralladora sobre su hombro, tomó el blanco de otro avión y en
el momento en que se disponía a disparar una nueva ráfaga, sintió un seco calambre
en el codo izquierdo pero, antes de que sus cabellos se erizaran, oyó la voz burlesca
de Bartolomé Roselló, el Malforquín a sus espaldas:

- ¿Qué, 377A, jugando a la guerra?

Sus enigmáticas cejas interrogantes parecían retreder la pregunta. Gervasto se
incorporó y señaló tímidamente la ametralladora:
- Nunca había visto de cerca un trazo de estas - dijo
Bartolomé Roselló se encaminó hacia el puesto:

- A ver si cuando los aviones vengan de verdad demuestras la misma díficil-

cia.
El nuevo solo, Gervasto, desequilibrado por la excusa, se asió con firmeza a
la cadena del esperdek. El navío se encorvaba; hasta el efecto de querer poner
se de manos. Confiado por los alfileres de la gatera buscó refugio en el solado
pero la oscilación de los mangos, el desmayo constante de las planchas, acentuó
un su ofuscación. Apoyándose en las tapujas avanzó hacia proa, pero al dar un
paso, el suelo escapó bajo su pie desnudo y, al tratar de alcanzarlo, el buque vi-
no hacia él, trompó y estuvo a punto de caer. En vano acurridamente un empuje
de estribor le lanzó contra la batayola. Resolvió intentar sorprender, acomodar
su paso a los vaivenes del navío, renunciándolos, pero su contacto resultó ineficaz.
La mar había repentinamente cambiado a favor, se desmenuzó. Sus ojos se aban-

frío y el estómago se contraía en una sensación de náusea. Confiando en que el aire puro le aliviaría, volvió a subir a cubierta tambaleándose. Un golpe de viento, reforzado por un bandazo, le empujó contra la borda con tal ímpetu que Gervasio se vió por un momento devorado por el mar, y quedó un rato tembloroso, agarrado al pasamano, hasta que la reveza subsiguiente le reintegró a su primitiva posición, junto a la obra muerta. Se abrochó las orejeras del abisinio bajo la barbilla con la ~~vaga~~ ^{vana} ilusión de que así le sería más fácil controlar su cerebro. Las olas revenían en las amuras y barrían la cubierta con un rumor de playa, sofocado por los silbidos del huracán. Las ráfagas eran tan violentas, tan bruscos los bandazos, que el muchacho corría o se detenía impelido por una fuerza irreprimible. La amenaza del mar, los bramidos del viento, su propio malestar, le indujeron a regresar al sollado, pero la diabólica disposición de los peldaños de la escotilla, (que le hacían trastabillar o sentarse, de acuerdo con el desnivel) acreció su confusión. A duras penas interpretó el toque de corneta por los altavoces:

- Armar mesas -se dijo sorprendido

El solo pensamiento de la comida bloqueó su estómago. Empastada la boca, seca la lengua, la visión de sus compañeros charlando en la sentina, como si nada anormal ocurriese, acabó de desmoralizarlo. Retrocedió hacia popa dando barquinazos. La reiteración del toque de corneta le hizo fruncir los labios en una mueca de repugnancia. Brincaba de mesa en mesa, apoyándose en los bordes. Sobre la turbiedad mental y su estómago bloqueado iba imponiéndose ahora una sensación de angustia. Experimentó un vahído y, sin reflexión alguna, se precipitó escalera arriba, por la primera escotilla que le salió al paso. Entre el cielo y el mar, sucios y andrajosos, como en las marinas de José Antonio Lago, no existía línea divisoria: ambos eran uno. Intentó caminar por el pasillo seco, cabe la obra muerta, pero el oleaje, en constantes fluctuaciones, le forzaba a zigzaguear como un borracho. En la popa, la bandera desgarrada se azotaba a sí misma, mas aquella enseña que tantas emociones despertara en él en otro tiempo, desflecada y harapienta, se le antojaba ahora un remedo de su persona. Pensó que si vomitara tal vez las cosas mejorarían, pero temeroso de ser volteado por encima de la borda, se acuclilló junto al imbornal, protegido del viento, y provocó la náusea oprimiendo la lengua con dos dedos, mas

El frío y el estómago se contraía en una sensación de náusea. Conteniendo en que el frío
 para se olvidara, volvió a sentir a cubierto tambaleándose. Un golpe de viento, re-
 forzado por un bandazo, le empujó contra la borda con tal ímpetu que se resaca-
 vio por un momento devorado por el mar, y quedó un rato temeroso, agarrado al
 pasamanos, hasta que la revesa subsiguiente le reintegró a su primitiva posición.
 Junto a la obra muerta. Se abrochó las correas del arnés bajo la barquilla con
 la vaga ilusión de que así se sería más fácil controlar su cuerpo. Los ojos se
 tapaban en las amuras y baraban la cubierta con un rumor de plomo, sofocados por los
 alidos del huracán. Las ráfagas eran tan violentas, tan bruscas los bandazos,
 que el muchacho corría a se desentía impedido por una fuerza irresistible. La em-
 naza del mar, los bramidos del viento, su propio alarido, le indujeron a regresar
 al cobijo, pero la diabólica disposición de los pedales de la escotilla, (que
 le hacían trastabillar o sentarse, de acuerdo con el desnivel) sacudió su con-
 tención. A duras penas interpretó el golpe de correa por los alances:

- Armar mesa - se dijo sorprendido

El solo pensamiento de la comida bloqueó su estómago. Engrasada la boca, seca
 la lengua, la visión de sus compañeros charlando en la cubierta, como si nada aca-
 sara ocurriese, acabó de desmoronarlo. Retrocedió hasta poder darse brújulas.
 La retrocesión del golpe de correa le hizo fruncir los labios en una mueca de re-
 pugancia. Brincaba de mesa en mesa, apoyándose en las bordas. Sobre la turbulencia
 mental y su estómago bloqueado iba tapotándose ahora una sensación de angustia.
 Experimentó un vahído y, sin reflexión alguna, se precipitó escalera arriba, por
 la primera escotilla que le salió al paso. Entre el cielo y el mar, sucios y anegados
 losas, como en las murallas de José Antonio Lago, no existía línea divisoria: ambos
 eran uno. Intentó caminar por el pasillo seco, cabe la obra muerta, pero el oleaje,
 en constantes fluctuaciones, le forzó a zigzaguear como un borracho. En la boca,
 la bandera desgarrada se azotaba a sí misma, una aguja ensaña que cantaba encoro-
 tes despertara en él en otro tiempo, destilada y harpintera, se le azotaba ahora
 un remedo de su persona. Pensó que si vomitara tal vez las cosas mejoraran, pero
 temeroso de ser volteado por encima de la borda, se acuchilló junto al timón,
 protegido del viento, y provocó la náusea oprimiendo la lengua con los dedos, mas

el estómago, renitente, se contrajo sin resultado: No había nada que devolver; era solo asco lo que sentía. Ascendió maquinalmente al espardek y al abrir la puerta del puesto un remolino alborotó su interior y oyó, como en sueños, las protestas de sus compañeros y entre ellas, tal vez por más potente, la voz rajada del Escorbuto mientras cogía los capotes:

-¡Tienes cara de muerto 37...!

El portazo dejó inconclusa la frase; extendió un capote en las planchas, al abrigo de las balsas y se cubrió con el otro, encogiendo las piernas, buscando la posición fetal, pero como el malestar no remitiese, las estiró y se tendió decúbito prono. El balanceo se hacía más soportable así, sujeto el plexo, acompasando cabeza y cuerpo al vaivén de las olas, sin oponer resistencia, pero, aunque atemperada, la sensación de agonía persistía. Abrió los ojos y descubrió a Peter, rodilla en tierra, a su lado:

- Debes comer algo, estás mareado.

El Nauta, comprensivo, íntegro, maternal, ubicuo, le humillaba, pero Gervasio carecía de arrestos para simular bienestar. Denegó con la cabeza:

- Deja. No tengo hambre.

Se le antojaba impúdico exhibirse ante Peter en este estado, mientras el resto de los compañeros abandonaban el puesto charlando, indiferentes, como si nada ocurriese. Maldecía la hora en que decidió enrolarse en la Armada y reconocía que en cualquier otra parte, incluso en la Legión, su comportamiento hubiese sido más digno. Cerró los párpados, rehuyendo la conmisericordiosa mirada de Pepe, pero, al abrirlos de nuevo, divisó el rostro del cabo Pita por encima del hombro de su amigo, los ojos fruncidos ante el azote del viento:

- Súbele un poco de fruta, Nauta. Las manzanas le harán bien. En cuanto atravesemos el Estrecho, la mar encalmará.

Al día siguiente el viento giró a levante, y una vez franqueado el Estrecho, aminoró. Con él cedió la marejada y, ante la proa, como en un juego de prestidigitación, apareció una mar de leche, planchada, espejeante y azul. El efecto fue casi fulminante en Gervasio: primero se aplacó su angustia, después su aturdimiento y, por último, recuperó el tono vital (sus funciones glandulares, sus secreciones). Diríase que la casi instantánea estabilización del navío le resucitaba, y con la resurrección despuntaba no sólo el deseo de vivir sino también el amor propio. Ho-

el estómago, renitente, se contrajo sin resultados: no había nada que devolviera, era solo asco lo que sentía. Ascendió rápidamente al espaldas y al abrir la puerta del puesto un remolino alborotó su interior y oyó, como en sueños, las protestas de sus compañeros y entre ellas, tal vez por más potente, la voz rajada del Escor- puto mientras cogía los capotes:

-¡Tienes cara de muerte 37...!

El portazo dejó inconclusa la frase; extendió un capote en las planchas, al surgo de las pausas y se cubrió con el otro, encogiéndose las piernas, buscando la posición fetal, pero como el maldito no resistía, las escotas se le caían y se tambaleó de pronto. El balanceo se hacía más soportable así, sujeto el pecho, acomodándose cabeza y cuerpo al vaivén de las olas, sin oponer resistencia, pero, aunque cansada, la sensación de agonia persistía. Abrió los ojos y descubrió a Esteban, ro- dilla en tierra, a su lado:

- Debes comer algo, estas mareado.

El hacha, comprensivo, fatigado, paternal, tibio, le humillaba, pero Gerardo carecía de arrestos para sentir bienestar. Llegó con la cabeza:

- Dato. No tengo hambre.

Se le antojaba impúdico exhibirse ante Esteban en este estado, mientras el resto de los compañeros abandonaban el puesto charlando, indiferentes, como si nada ocurriera. Maldecía la hora en que decidió enrolarse en la Armada y reconocía que en cualquier otra parte, incluso en la legión, su comportamiento hubiese sido más digno. Cerró los párpados, renunciando la característica mirada de Bago, pero, al abrir los de nuevo, divisó el rostro del capitán Bago por encima del hombro de su amigo, los ojos fruncidos ante el axila del victor:

- Sobole un poco de fruta, hacha. Las manzanas le harán bien. En cuanto estemos el Estrecho, la mar encalmará.

Al día siguiente el viento giró a levante, y una vez franqueado el Estrecho, el mar se calmó. Con él cedió la marejada y, ante la gresca, como en un juego de prestidigitación, apareció una mar de leche, planchada, espumosa y azul. El efecto fue casi fulminante en Gerardo: primero se relajó su angustia, después su aturdimiento y, por último, recuperó el tono vital (sus funciones glandulares, sus secreciones). Diferase que la casi instantánea esterilización del mar le resultaba, y con la

ras despues, Javier Medina le adoctrinaba en el puesto:

- El mareo es como el parto, 377A. Te mortifica mientras dura, pero luego, hasta que llega otro, no te vuelves a acordar de él.

Gervasio asentía. A cosa pasada no solo le daba la razón sino que se le antojaba excesiva la quejumbre de que se había acompañado. Con toda certeza, si un día se repitiese el temporal, el sabría afrontarlo con mayor entereza. Ya no lamentaba su destino. Pensaba incluso que su propensión al mareo podría realzar un día su conducta, puesto que si el heroísmo estribaba en imponerse a una adversidad, el héroe mareado era doblemente héroe porque se imponía a dos. De ahí que sonriese con una sonrisa indulgente cada vez que Dámaso Valentín, recordando su mes y medio de ostracismo en el buque-escuela y su desventurado ingreso en el cru cero, le decía burlonamente:

- No tienes suerte, tú, joder, marinero; no te salen bien las cosas.

Pero Gervasio sonreía porque sabía que la proeza del soldado de quien menos se espera la proeza, era mayor proeza que la de aquel aparentemente más dotado para llevarla a cabo. Por eso las palabras de Dámaso o cualquier otro comentario despectivo acerca de sus debilidades, lejos de achicarle, le envanecían. Incluso algunas noches, en el coy, espantaba deliberadamente al sueño solo por el placer de imaginar al tío Felipe Neri iniciando la redacción de una hipotética biografía suya (a partir de sus anotaciones en el cuaderno de pastas de hule): "Físicamente, dadas su falta de bizarría y su proclividad al mareo, se diría un muchacho poco dotado para la guerra naval y, sin embargo, Gervasio García de la Lastra...". El muchacho se regodeaba ahora con esta idea. Sus gestas, al lograr imponerse a las flaquezas físicas, adquirían a sus ojos un relieve singular. A menudo evocaba la confianza de Eduardo Custodio una tarde, meses antes, en el Club: "A los catorce años yo pretendía emular al sherif Arizona Jim, su mirada de águila, sus nervios de acero, pero a los quince me dí cuenta de que no veía tres en un burro y era suficiente un portazo para desquiciarme los nervios". Eduardo Custodio había dicho esto un día, apenas un año atrás, y, sin embargo, ahí estaba, en la nómina de los héroes del Baleares, propuesto para la Medalla Militar colectiva.

A Gervasio, con la mínima experiencia nómada de sus veraneos infantiles, el

ras después, Javier Medina la abstrahaba en el gusto.

- El mar es como el parto, 31/11. Te confitica mientras das, pero luego,

hasta que llega otro, no se vuelve a acordar de él.

Gervasio asentía. A cosa pasada no solo le hace la razón sino que se le anto-

ja de excesiva la quejumbre de que se habla acompañado. Con cada certeza, si un-

da se requiriese el temporal, el saberlo atronaría con mayor entereza. Ya no la-

mentaba su destino. Pensaba incluso que su propensión al mareo podría realizar un

de su conducta, puesto que si el heroísmo estirado en exponerse a una abstrac-

dad, el héroe mareado era doliente héroe porque se imponía a él. En así que

sonriese con una sonrisa indulgente cada vez que Ganso Valiente, recordando su

mes y medio de ostracismo en el buque-escuela y su desventurado ingreso en el cri-

era, le decía burlesco.

- No tienes suerte, en, Joder, martiner, no te salen bien las cosas.

Pero Gervasio sonreía porque sabía que la proeza del soldado de quien menos se

espera la proeza, era mayor proeza que la de aquel aparentemente más docto para

invertir a cabo. Por eso las palabras de Ganso a cualquier otro comentario des-

pectivo acerca de sus debilidades, lejos de achicarlo, le ensanchaban. Incluso al-

gunas noches, en el coy, espantada delirantemente el sueño caído por el placer de

imaginar al tío Felipe hiriéndolo la redacción de una hipotética biografía

suja (a partir de sus anotaciones en el cuaderno de gastos de viaje): "Fíjate cómo,

cada su falta de bizarría y su proclividad al mareo, se dice un muchacho poco

dotado para la guerra naval y, sin embargo, Gervasio García de la Lanza...". El

muchacho se regodeaba ahora con esta idea. Sus gestos, al lograr imponerse a las

flaquezas físicas, adquirían a sus ojos un relieve singular. A menudo evocaba la

confidencia de Eduardo Custodio una tarde, meses antes, en el club: "A los cator-

ce años yo pretendía emular al shorty Wilson Jim, su mirada de águila, sus nar-

ves de acero, pero a los quince me di cuenta de que no valía para un duro y

era suficiente un portazo para desquitar los nervios". Eduardo Custodio había

dicho esto un día, apenas un año atrás, y, sin embargo, ahí estaba, en la nómina

de los héroes del Balaero, propuesta para la Medalla Militar colectiva.

A Gervasio, con la misma expectación nómada de sus veranos infantiles, el

primer contacto con la isla, su cielo añil inconsútil, las transparentes calas, las palmeras y molinos, le infundieron la idea de un país exótico, tropical, remotísimo. Apenas fondeados, había escrito una carta a Manena Abad mechada de adjetivos rutilantes: "Este es un país pintoresco, paradisíaco, embriagador...". Mas, a renglón seguido, deseoso de que la muchacha le supiera en riesgo, exponía la situación dramática de la base, enclavada en territorio enemigo, de tal modo que "al anochecer, la ciudad queda sumida en sombras, apenas una lamparita azul en cada esquina para orientarte, por temor a los bombardeos...". La muchacha le respondió a vuelta de correo: "¡Cómo te envidio! Desde que tengo uso de razón mi sueño dorado ha sido correr mundo. ¡Cuánto daría por cambiarme por tí!". Gervasio se descorazonó; se había excedido. No comprendía como podían tratarse con semejante frivolidad las penalidades de un combatiente. Deploraba la manera de ser de Manena Abad. Él hubiera preferido una madrina de guerra acongojada, haciendo ofrendas a lo Alto a cambio de su seguridad personal, implorando a Dios su regreso. Pero Manena, lejos de temblar por él, le envidiaba, no veía en su actuación mérito alguno. La guerra era una fiesta, rudamente confundía a un soldado con un turista. En su circunstancia, saberse envidiado y no compadecido por una bella muchacha inducía a Gervasio a sentirse sobrante e inútil.

Fondeados en la bahía, durante las guardias, pensaba en ella mientras repasaba con el spotter el perfil de la ciudad: el Arenal, la catedral señoreando el barrio antiguo, el templado equilibrio de la Lonja, la Torre de la Almudaina, el Castillo de Belver y, en la misma línea pero en un plano inferior, el Paseo Marítimo flanqueado de palmeras, la elegante barriada del Terreno y el hotel Mediterráneo (sus terrazas escalonadas hasta el mar) rematando la perspectiva urbana por este lado. Siempre lo mismo. Si acaso, de cuando en cuando, una turista nórdica soleándose solitaria en la piscina del hotel, ajena, como Manena Abad, a los estragos de la guerra.

Aquel ocioso letargo, más propio de un balneario que de un barco de guerra, se interrumpió una mañana con la aparición de aviones enemigos. La voz metálica del puesto A anunció la novedad:

- Atención puesto H. Ocho aviones por la popa.

Los altavoces difundieron la alarma, la corneta convocó a zafarrancho de combate, la tripulación se movilizó y en la Torre de la Almudaina fue izada la ban-

primer contacto con la isla, su cielo aún inconstante, las transparentes calas,
 las palmeras y molinos, se fundieron la idea de un país exótico, tropical, re-
 nostimo. Apenas fundados, había escrito una carta a Manana Ábad mechada de ad-
 jetivos rutilantes: "Este es un país pintoresco, paradisíaco, embalsamador...".
 Mas, a renglón seguido, desoso de que la muchacha le sugiera en riesgo, exponía
 la situación dramática de la base, encerrada en territorio enemigo, de tal modo
 que "al anochecer, la ciudad queda sumida en sombras, apenas una lamparita azul
 en cada esquina para orientarte, por temor a los bombarderos...". La muchacha le
 respondió a vuelta de correo: "¿Cómo te envuelvo! Desde que tengo uso de razón ni
 sueño dorado ni sido correr mundo. ¿Cuánto daría por cambiarme por tí!". Gervasio
 se descorazonó; se había excedido. No comprendía como podía tratarse con seme-
 jante trivialidad las penalidades de un combatiente. Desplazaba la manera de ser
 de Manana Ábad. El hubiera preferido una mañana de guerra acontecida, haciendo
 ostentadas a lo Alto a cambio de su seguridad personal, informando a Dios su regre-
 so. Pero Manana, lejos de hablar por él, le envidiaba, no veía en su actuación
 mérito alguno. La guerra era una fiesta, rudamente confundía a un soldado con un
 turista. En su circunstancia, saberse envidiado y no compensado por una bella
 muchacha inducía a Gervasio a sentirse sobrado e inútil.
 Fundados en la bahía, durante las guardias, pensaba en ella mientras repasa-
 ba con el spotter el perfil de la ciudad: el Arsenal, la catedral señoreando el
 barrio antiguo, el templo equidistante de la Lonja, la Torre de la Almodaina, el
 Castillo de Belver y, en la misma línea pero en un plano inferior, el Paseo Martí-
 timo flanqueado de palmeras, la elegante barriada del Torno y el hotel Hadite-
 rneo (sus terrazas escalonadas hasta el mar) rematando la perspectiva urbana
 por este lado. Siempre lo mismo. Si acaso, de cuando en cuando, una turista nór-
 dia solabándose solitaria en la piscina del hotel, ajena, como Manana Ábad, a los
 estragos de la guerra.
 Aquel ocioso tarago, más propio de un balmario que de un barco de guerra, se
 interrumpió una mañana con la aparición de aviones enemigos. La voz metálica del
 puesto A anunció la novedad:
 - Atención puesto M. Ocho aviones por la papa.
 Los aviones difundieron la alarma, la corneta convocó a zafarrancho de com-
 batiente. La repulción se movió y en la torre de la Almodaina las 1200 se dan-

dera roja de peligro. Gervasio, acurrucado junto al tubo acústico, el casco en la cabeza, el corazón palpitante, observaba la espalda de don Mario, su gorra abollada, sin aro, la visera levantada, sus piernas flexionadas, los prismáticos en alto. Javier Medina cantó el blanco y, como si sus palabras fueran la señal esperada, el puesto entró en actividad. El cabo Tubío, que había girado hacia popa el tubo del telémetro, empezó a facilitar distancias que el Catino transmitía a Lago, en el record, mientras el cabo Pita y Medina comunicaban el ángulo de situación al Rubio Colino, quien a su vez lo remitía a Bartolomé Roselló, acucillado frente al tablero Perozzi. Aquello era un ordenado desbarajuste. Las miradas, las frases, los datos, se cruzaban, se entremezclaban, pero nadie hacía uso más que de aquellos que le concernían. Desde hacía rato se escuchaban las lejanas explosiones de las bombas y el fofo cañoneo de los minadores fondeados junto a la línea de balizas. Don Mario, atento a las evoluciones de los aviones, ordenó tiro de barreras y Gervasio, henchido de orgullo, alertó por el acústico a los cañones. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, giró la regla sobre el tablero, y voceó:

- ¡Barrera cuatro, barrera cuatro!

Gervasio comunicó la orden por el tubo. Sonaron los retumbos de unas bombas próximas y la réplica airada del barco afectado. En plena barahunda, don Mario ordenó fuego y Gervasio introdujo sus labios en la bocina dorada del acústico y gritó "¡fuego!", con toda su alma. Le envalentonó la respuesta inmediata de los cañones, la salva aturdidora de la batería de estribor. Un fragor tonante se adueñó de la bahía. Bartolomé Roselló frunció el ceño contrariado, al comprobar que la escuadrilla había salvado indemne el primer obstáculo. Cantó la barrera tres, pero antes de que don Mario pudiera repetir sus palabras, un estampido horrísono sacudió el crucero, hizo saltar las abrazaderas de los cables y llovieron sobre Gervasio briznas de pintura de los mamparos. Se encogió sobre sí mismo, la cabeza ofuscada: "Nos han dado" -se dijo, pero oyó vocear a don Mario "¡fuego!" y, decidido a morir luchando, cruzó los brazos sobre el plexo solar, protegiéndolo, y voceó "¡fuego!". Dispararon los antiaéreos de estribor y sintió unas culebrillas electrizadas en el vientre. Bartolomé Roselló cantó la barrera dos y, al propio tiempo, se inició el traqueo de las ametralladoras del espardek. Los cabellos de Gervasio rebulleron bajo el casco. La crepitación era viva y sin pausa. Veía

de la cabeza, el corazón palpitante, observaba la espada de don Martín, su gorra doblada, sin oro, la visera levantada, sus gruesas flexionadas, los prismáticos en alto. Javier Medina cayó al blanco y, como si sus palabras fueran la señal esperada, el puesto entró en actividad. El cabo Rubio, que había girado hacia él por el tubo del telémetro, empezó a facilitar distancias que el Catayo transmitía a Lago, en el recorrido, mientras el cabo Pita y Medina comunicaban el ángulo de situación al Radio Colino, quien a su vez lo remitía a Barcelonés Roselló, acullá de frente al batallón Perost. Aquella era un arduo trabajo de desajustes. Las miradas, las frases, los datos, se cruzaban, se entrecruzaban, pero nadie hacía uso más que de aquellos que le concernían. Desde hacía rato se escuchaban las lejanas explosiones de las bombas y el feroz cañoneo de los minadores hundidos junto a la línea de batallas. Don Martín, atento a las evaluaciones de los aviones, ordenó el to de barreras y Gervasio, henchido de orgullo, alzó por el acantilado a los cañones. Barcelonés Roselló, el Mallorquín, giró la vista sobre el telero, y vocó:

- ¡Barreras caídas, barreras caídas!

Gervasio comunicó la orden por el tubo. Sonaron los ruidos de unas bombas próximas y la réplica airada del grupo afectado. En plena barahúnda, don Martín ordenó fuego y Gervasio introdujo sus labios en la bocina de la boca del estanco y gritó "¡fuego!", con toda su alma. La envahencia la respuesta inmediata de los cañones, la salva aturdira de la batería de escribir, de fuego, sonante se abalanzó de la batería. Barcelonés Roselló frunció el ceño contrariado, al comprender que la escuadrilla había salvado indemne el primer obstáculo. Cayó la barrera tres, pero antes de que don Martín pudiera repetir sus palabras, un estampido horriblo sacudió el cruceiro, hizo saltar las abrazaderas de los cables y lleváronlos sobre Gervasio primas de pintura de los mamparos. Se encogió sobre sí mismo, la cabeza estucada: "Nos han dado", se dijo, pero oyó vocar a don Martín "¡fuego!". Levantado a morir luchando, cruzó los brazos sobre el pecho solar, protegiéndolo, y vocó "¡fuego!". Separaron los antábolos de escribir y sintió unas culerías electrizadas en el vientre. Barcelonés Roselló cayó la batería dos y, al poco tiempo, se inició el trueno de las ametralladoras del espartak. Los cabellos de Gervasio repulleron bajo el casco. La crepitación era viva y sin pausa. Vela

las balas trazadoras por encima del antepecho, hendiendo el cielo como cohetes, brillando al sol. Los taponazos del resto de los buques fondeados en el puerto, al servir de contrapunto a los propios, acentuaban la confusión. Rebasada la ~~barrera uno~~ ~~barrera uno~~ por los aviones cundió el nerviosismo en el puesto. Don Mario, los hombros encogidos, dobladas las rodillas, los ojos alerta, miraba al cielo sin dejarlo. Bartolomé Roselló, después de cantar la ~~barrera cero~~ ~~barrera cero~~ con voz arruinada (ello representaba que, pese a su oposición, el enemigo había conseguido infiltrarse hasta la vertical, hasta el centro matemático de su objetivo), se desentendió del tablero y se cubrió los ojos con el antebrazo. La mano abacial del cabo Tubío se crispó sobre el cilindro del telémetro, Miodelo miró a don Mario de soslayo y las mandíbulas tensas de Javier Medina se poblaron de nudos. Gervasio, angustiado, se abrazó a sus rodillas, el rostro dentro de la bocina (como si aspirase a resumirse y refugiarse allí) y en esta posición recibió el estruendoso rosario de bombas. Los piques de espuma, altos como catedrales, le rociaron como si diluviase, pero antes de que su fragor se extinguiese, dos explosiones consecutivas, secas, ensordecedoras, remecieron al navío, saltaron de nuevo briznas de pintura y la gorra de don Mario voló por los aires. Gervasio soltó las rodillas y se asió crispadamente al tubo, el corazón redoblando como un tambor. "Dios mío, van a hundirnos" -gimió. Pero, pese a la violencia de las dos últimas explosiones, sus compañeros parecían ir recobrando la serenidad. El Mallorquín, en cuclillas, volvió a tomar la regleta y la hizo resbalar sobre el tablero, el cabo Tubío (las fofas manos distendidas) proporcionaba de nuevo distancias al Cativo quien, a su vez, se las facilitaba a Lago, el Pintor; el cabo Pita y Medina, a través del Rubio Colino, hacían llegar los ángulos de situación al Mallorquín, y don Mario (la gorra abollada otra vez sobre la cabeza) daba tranquilas instrucciones a apuntadores y telemetristas. Y cuando Bartolomé Roselló dijo rutinariamente, como si estuviera de maniobras, "barrera uno, barrera uno", y poco más tarde, "barrera dos, barrera dos", y Miodelo confirmó que la escuadrilla iba de retirada, el ambiente terminó de relajarse. El peligro más grave había pasado. Sobre la bahía azul se cernía una humareda acre que iba disipándose a medida que los aviones se alejaban y decrecía la cadencia del cañoneo. Algunas explosiones, como abortadas, llegaban todavía desde la costa, mientras a bordo, puestos de dirección de tiro, torres, antiaéreos y ametralladoras, entraban en una fase de vigilante reposo. La calma se

las batas cruzadoras por encima del antepecho, haciendo el cielo como conetes,
 brillando al sol. Los tapones del resto de los buques fondeados en el puerto,
 al servir de contrapunto a los propios, acentuaban la confusión. Repasada la ba-
 rra uno por los aviones cambió el nerviosismo en el puerto. Don Mario, los hom-
 bres encogidos, dobladas las rodillas, los ojos abiertos, miraba al cielo sin dejar
 lo. Bartolomé Roselló, después de cantar la barra con voz arruinada (ello
 representada que, pese a su oposición, el enemigo había conseguido infiltrarse
 hasta la vertical, hasta el centro matemático de su objetivo), se desentendía del
 capero y se cubrió los ojos con el antepecho. La mano apical del capo Julio se
 crispó sobre el cilindro del telégrafo. Mideño miró a don Mario de soslayo y las
 mandíbulas tensas de Javier Medina se poblaron de nudos. Gervasio, angustiado, se
 abrazó a sus rodillas, el rostro dentro de la boina (como si aspirase a resumir-
 se y refugiarse allí) y en esta posición recibió el estruendoso rosario de bombas.
 Los piques de espuma, ácidos como cadáveres, le rocaron como si dijesen, pero
 antes de que su fragor se extinguiese, dos explosiones consecutivas, secas, ensor-
 decedoras, remecieron al navío, saltaron de nuevo brizas de pintura y la gorra
 de don Mario voló por los aires. Gervasio soltó las rodillas y se asió crispada-
 mente al tubo, el corazón rebobando como un tambor. "Dios mío, van a hundirnos"
 -gritó. Pero, pese a la violencia de las dos últimas explosiones, sus compañeros
 parecían ir recordando la serenidad. El Malloquin, en cuclillas, volvió a tomar
 la regleta y la hizo resaltar sobre el capero, el capo Julio (las otras manos
 distendidas) proporcionaba de nuevo distancias al Calvo quien, a su vez, se fue
 facilitaba a lago, el Pinar, el capo Pita y Medina, a través del Rubio Colino,
 hacían llegar los ángulos de situación al Malloquin, y don Mario (la gorra abo-
 llada otra vez sobre la cabeza) daba tranquilas instrucciones a apuntadores y te-
 legrafistas. Y cuando Bartolomé Roselló dijo rutinariamente, como si estuviera de
 mandíbulas, "barra uno, barra uno", y poco más tarde, "barra dos, barra
 dos", y Mideño continuó que la escudrilla iba de retirada, el ambiente terminó
 de relajarse. El peligro más grave había pasado. Sobre la bahía azul se cernía u-
 na humareda acre que iba disipándose a medida que los aviones se afajaban y decre-
 cía la cadencia del cañono. Algunas explosiones, como sortijas, llegaban toda-
 vía desde la costa, mientras a bordo, puestos de dirección de tiro, torres, an-
 tenenas y ametralladoras, entraban en una fase de vigilante reposo. La calma se

contagió a Gervasio, quien advertía como se iban desanudando sus vísceras una a una, regulándose sus secreciones. Pero, a medida que recobraba el sosiego, se preguntaba por el motivo de aquel silencio, la razón por la que nadie aludía a los blancos de las bombas en el crucero. Tampoco se oía trasiego en cubierta, revuelo, ayes de heridos, ni órdenes de evacuación. Unicamente sonaban, dosificados, los disparos de las baterías costeras, y en el cielo despejado flotaban como globos las leznes nubecillas de los antiaéreos. Experimentó la necesidad de informarse, de comprobar con sus propios ojos la situación. Veía junto a él la silueta plácida de don Mario, la abollada gorra en el cogote, en la mano derecha los prismáticos, y en vista de que el período de calma se prolongaba, fue levantándose poco a poco del silletín, hasta que sus ojos amarillos rebasaron la pestaña del mamparo. Quedó sorprendido por el orden reinante. Todo aparecía intacto allí: castillo, puente, torres, antiaéreos. La marinería, disciplinada, ocupaba sus puestos en silencio. Asombrado, volvió la cabeza. A popa ocurría otro tanto. No se vislumbraba el menor desperfecto. ¿Cómo era posible? ¿Y aquellas tremendas explosiones que estremecieron el crucero por tres veces? ¿Que había sido aquello?. Desconcertado, volvió a sentarse. Las andanadas de tierra sonaban cada vez más espaciadas. Dámaso informó que la escuadrilla sobrevolaba el Arenal y, segundos después, el cabo Tubío, que seguía a los aviones a través del telémetro, comunicó su desaparición por el oeste. Peter conectó con el puesto A: estaban de acuerdo. El Cativo se levantó el casco y se secó el sudor de la frente con la bocamanga de la faena. Sonreía con expresión candorosa. Bartolomé Roselló inspiró hondo y prendió un cigarrillo. Don Mario le recordó que aún no había concluido el zafarrancho y el Mallorquín apagó el pitillo contra las planchas. Al poco rato, los altavoces anunciaron retirada de alarma. Despojados de los cascos, alejado el peligro, los semblantes aparecían distendidos, joviales. Y, a la manera de una comitiva funeral después de dejar al muerto en el cementerio, renacían la locuacidad y unos deseos irreprimibles de vivir. Se reía sin motivo, se deslizaban supuestos, se gastaban chanzas. Javier Medina guiñaba un ojo a Gervasio al descolgarse de su nido de apuntador, el pelo crespo, la nariz curvándose sobre los grandes dientes:

- ¿Qué, 377A, cómo fué tu bautismo de fuego?

Gervasio sonreía exaltado, nervioso. Hablaba compulsivamente del combate, de don Mario, del acústico, de las barreras, y finalmente apuntó al extremo que le

contagió a Gervasio, quien advierte como se iban desmenuando sus vísceras una a una, regulándose sus secreciones. Pero, a medida que recuperaba el sosiego, se preguntaba por el motivo de aquel silencio, la razón por la que nadie aludía a los planes de las bombas en el crucero. Tampoco se oía trasiego en cubiertas, revuelos, ayes de heridos, ni órdenes de evacuación. Únicamente sonaban, distantes, los disparos de las baterías costeras, y en el cielo despejado flotaban como globos las felices nubes blancas de los antiaéreos. Experimentó la necesidad de informarse, de comprobar con sus propios ojos la situación. Vete junto a él la alijeta plástica de don Mario, la abollada gorra en el cogote, en la mano derecha los prismáticos, y en vista de que el período de calma se prolongaba, fue levantándose poco a poco del sillón, hasta que sus ojos amarillos repasaron la puesta del mar. Quedó sorprendido por el orden reinante. Todo parecía intacto allí: casillero, puente, torres, antiaéreos. La marinería, disciplinada, ocupaba sus puestos en silencio. Asombrado, volvió la cabeza. A poca corta otra tanto. No se vislumbraba el menor desperfecto. ¿Cómo era posible? Y aquellas tremandas explosiones que estremecieron el crucero por tres veces, ¿qué había sido aquellas? Después de haberse sentado, volvió a sentarse. Las vibraciones de tierra sonaban cada vez más espaciadas. Demásado informó que la escuadrilla sobrevolaba el Arsenal y, segundos después, el Cabo Julio, que seguía a los aviones a través del telémetro, comunicó su desaparición por el oeste. Peter conectó con el puesto A: estaban de acuerdo. El Catino se levantó el casco y se secó el sudor de la frente con la boquilla de la lerna. Sonreía con expresión candorosa. Bartolomé Roselló aspiró hondo y preguntó un cigarrillo. Don Mario le recordó que aún no había concluido el zafarrancho y el Malforpua apagó el pitillo contra las planchas. Al poco rato, los altavoces anunciaron retiradas de alarma. Despojados de los cascos, afajado el peligro, los señantes aparecían distendidos, joviales. Y, a la manera de una comitiva funeral después de dejar al muerto en el cementerio, renacían la locuacidad y unas deseos irrepresibles de vivir. Se veía el motivo, se deslizaban supuestas, se gastaban chanzas. Javier Medina guiñaba un ojo a Gervasio al descolgarse de su nido de apuntador, el pelo crespo, la nariz curvándose sobre los grandes dientes.

- ¿Qué, 37A, cómo fue tu bautismo de fuego?

Gervasio sonreía exaltado, nervioso. Hablaba compulsivamente del comate, de don Mario, del acústico, de las barreras, y finalmente apuntó al extremo que le

desazonaba: Aquellos dramáticos estampidos que dominaban el cañoneo, que hacían saltar las abrazaderas de los cables y la pintura de las mamparas y volar por los aires la gorra de don Mario, ¿qué podían ser si no eran bombas? Javier Medina le escuchaba socarrón, desde la altura de su edad y de su experiencia:

- Esas son las torres, 377A

- ¿Las torres?

- Las salvas de las torres en tiro antiaéreo -la atención de Gervasio era tan concentrada que Javier Medina añadió en tono melodramático: -Para que te hagas una idea, la onda expansiva de los cuatro cañones disparando a la vez puede reventar a un hombre a cincuenta metros de distancia.

- Miedo no, marinero, pánico; eso es lo que siente ese amigo tuyo del paño de víveres; nadie lo hubiera descrito mejor.

Gervasio quedó mohino y desconcertado, ya que si realmente los síntomas eran de miedo, ¿cómo conciliarlos con el conato de repeluzno, indicio de arrogancia e intrepidez? Meses atrás, Peter había dicho en el Club, que todo hombre con sensibilidad e imaginación sentía una vez en la vida y que el valor no consistía en no sentirlo sino en dominarlo. Pero Peter había dicho esto tiempo atrás, y ahora, por más reciente, prevalecía el juicio de Damasito: "Pánico; nadie lo hubiera descrito mejor". Mas, al atribuir a un hombre de poca sus propias sensaciones, Gervasio había iniciado el camino de crispadura, factor esencial. En este punto de sus reflexiones, llegaba a la conclusión de que, pese a la ebullición capilar, sus reacciones en la batalla no eran las de un valiente porque él, en esa testitura, no gozaba entregándose en ella y menos aún conduciéndola a una situación límite. Tampoco desconfiaba sobre sí toda la hostilidad del adversario; prefería compartirla. Finalmente, en el fragor de la pelea, su más ardiente anhelo no se cifraba en derribar uno a uno los avio-

desazonada: Aquellos dramáticos estadios que dominaban el cañón, que habían
 saltar las abrazaderas de los cables y la pintura de las mamparas y volar por los
 aires la gorra de don Mario, como pedían ser si no eran bombas, Javier Medina lo
 escuchaba socarrón, desde la altura de su read y de su experimento:

- Ess son las torres, ¿VIA

- ¿Las torres?

- Las saivas de las torres en tiro encadenado - la estación de Garvato era
 tan concurrencia que Javier Medina ardeó en todo melodramático: Para que le ha-
 gas una idea, la onda expansiva de los cuatro cañones disparando a la vez podía
 reventar a un hombre a cincuenta metros de distancia.

~~XVII~~ XVIII

Tras su bautismo de fuego, Gervasio volvió a cuestionarse, ahora bajo una luz diferente, el problema del signo. Aquella ofuscación mental, aquella sequedad de fauces, aquella mordedura en las entrañas que había sentido durante el combate, ¿serían síntomas de emoción, de nerviosidad o de miedo? Deplo-
ró la ausencia de tío Felipe Neri para consultarle y, en vista de ello, apeló a sus amigos, pero celoso de su intimidad, se inventó una persona interpuesta: Esparza, un asturiano del pañol de víveres. Según Esparza, en combate, notaba ^{temblor de manos,} ahogos, ^{(la boca seca,} y las vísceras bloqueadas, ~~y cosquillas en la barriga,~~ ¿a qué podían responder esos síntomas? ¿Serían manifestaciones de nerviosismo, de emoción o de miedo? Recostado en la batayola del sollado 3, Dámaso Valentín, tras un expresivo cabeceo, dijo, acariciándose la mella del diente con la punta de la lengua:

- Miedo no, marinero, pánico; eso es lo que siente ese amigo tuyo del pañol de víveres; nadie lo hubiera descrito mejor.

Gervasio quedó mohino y ^{perplejo,} ~~deseconcertado,~~ ya que si realmente los síntomas eran de miedo, ¿cómo ^{concertarlos} ~~conciliarlos~~ con el conato de repeluzno, indicio de arro-
~~je~~ e intrepidez?. Meses atrás, Peter había dicho ^{un día,} (en el Club, que todo hombre con sensibilidad e imaginación sentía miedo alguna vez en la vida y que el valor no consistía en no sentirlo sino en dominarlo. Pero Peter había dicho esto tiempo atrás, y ahora, por más reciente, prevalecía el juicio de Damasito: "Pánico; nadie lo hubiera descrito mejor". Mas, al atribuir a un hombre de pa-
^{un dato esencial;} ja sus propias sensaciones, Gervasio había omitido ^{(el asomo de crispadura,} ~~factor esencial.~~ En este punto de sus reflexiones, llegaba a la conclusión de que, pese a la ebullición capilar, sus reacciones en ^{combate no correspondían a,} ~~la lucha no eran~~ las de un valiente porque ~~él~~, en esa tesitura, no gozaba sumergiéndose en ~~ella~~ y menos aún conduciéndolo a una situación límite. Tampoco deseaba atraer sobre sí toda la hostilidad del adversario; prefería compartirla. ^{Por último,} ~~Finalmente,~~ en el fragor de la pelea, su más ardiente anhelo no se cifraba en derribar uno a uno los avio-

Tras su bautismo de fuego, Gervasio volvió a cuestionarse, ahora bajo u-
na luz diferente, el problema del signo. Anulada la identificación mental, aquellas
reducciones de fauces, aquellas merceduras en las entrañas que había sentido duran-
te el combate, serían síntomas de emoción, de nerviosidad o de miedo? Dejo-
ró la ausencia de este Felipe Martí para consultarle y, en vista de ello, pasó
a sus amigos, pero cajo de su intimidad, se inventó una persona interesada:
Evaristo, un asturiano del país de viveres, según Evaristo, en cambio, estaba
ahogado. La boca seca y las visceras plomadas, y con un olor en la lengua, lo
que podían responder esos síntomas? Serían manifestaciones de nerviosismo,
de emoción o de miedo? Recostado en la patata del sofá de Evaristo Valen-
tín, tras un expresivo cabeceo, dijo, caracterizándose la mala del diente con
la punta de la lengua:
- Miedo no, martirio, pánico; eso es lo que siente ese amigo tuyo del
pañol de viveres; nada lo hubiera descrito mejor.
Gervasio quedó mohino y desconcertado, ya que si realmente los síntomas
eran de miedo, según caracterizaba con el conato de reacción, indicio de ansio-
sidad e intranquilidad. Meses atrás, Peter había dicho en el Club que todo hombre
con sensibilidad e imaginación sentía miedo alguna vez en la vida y que el va-
lor no consistía en no sentirlo sino en dominarlo. Pero Peter había dicho es-
to tiempo atrás, y ahora, por más reciente, prevalecía el juicio de Evaristo:
"pánico; nada lo hubiera descrito mejor". Mas, al atribuir a un hombre de pa-
ja sus propias sensaciones, Gervasio había omitido el asunto de caracterizar, en
lo esencial. En este punto de sus reflexiones, llegaba a la conclusión de que,
a pesar de la ebullición capilar, sus reacciones en la lucha no eran las de un va-
liente porque, en esa tensión, no gozaba sumergiéndose en ella y menos aún
conduciéndose a una situación límite. Tampoco deseaba extraer sobre sí toda la
hostilidad del adversario; prefería compartirla. Finalmente, en el fragor de
la pelea, su más ardiente anhelo no se cifraba en derribar uno a uno los avto-

nes atacantes, sino, mas modestamente, en que se marchasen. Y el soldado cuya máxima aspiración no estribaba tanto en vencer al enemigo como en que éste levantase el campo, no podía ser un héroe. El héroe (pensaba Gervasio) nunca tendría prisa por concluir el combate, puesto que el combate era su elemento. Con su ingenuidad proverbial recurrió otra vez a sus amigos. Damasito le miró como si hubiera perdido la razón:

- ¡Qué cosas se te ocurren, marinero! Unas veces tendrá prisa y otras no. Depende de lo que tenga que hacer el héroe.

Una tarde, cuatro días después del ataque aéreo, estando en tierra, en el cine, se interrumpió la proyección de la película para insertar en su lugar un aviso instando a los tripulantes del crucero a reintegrarse a su unidad. Salieron de la sala alarmados. Grupos de marineros confluyen en el muelle. Los más sobrios atendían a los más bebidos, pero ninguno parecía mostrar la menor preocupación:

- Eso ocurre cada lunes y cada martes, 377A, explicaba ^{el flaco} San-
toña: -son cosas de la guerra
- Pero ¿puede saberse a dónde vamos?
- Según Radio Bolina a la Pantellaria; yo no digo nada.

Ya en la mar, durante la primera guardia nocturna, Gervasio preguntó al cabo Pita por la Pantellaria:

- Es una isla, en el canal de Sicilia, más allá de Túnez.
¿Qué más quieres saber?
- Y ¿qué se nos ha perdido a nosotros en Sicilia, cabo?

nes atacantes, sino, mas modestamente, en que se marchasen. ~~El~~
~~batido cuya maxima aspiracion es establecerse en un punto de~~
 enemigo como en que este levantara el campo, no podia ser un héroe.
 El héroe (pensaba del resto) nunca tenia estas por concluir el
 combate, puesto que el combate era su elemento. Con su ingenuidad
 proverbial recurrió otra vez a sus amigos. Demasiado le miró como
 el hubiera perdido la razón:
 - ¿Qué cosas se le ocurren, marcial! Unas veces perdís

Una tarde, cuatro días después del ataque aéreo, estando en
 el cine, se interrumpió la proyección de la película
 para insertar en su lugar un video tratando a los tripulantes
 del crucero a reinfargar a su unidad. Salieron de la sala alar
 mados. Grupos de marineros confluían en el recibidor. Los más sabrosos
 atendían a los más bellos, pero ninguno parecía mostrar interés

por preocupación:

- Eso ocurre cada tres y cada meses, ¿verdad?
 toña: -son cosas de la guerra

- Para que se sepa a dónde vamos?

- Según Radio Golina a la fantasma: yo no digo nada.

Ya en la mar, durante la primera guardia nocturna, Gerardo

preguntó al cabo Pita por la fantasma:

- Es una foto, en el canal de Sicilia, más allá de Teneo.

¿Qué más quieres saber?

- Y qué se nos ha perdido a nosotros en Sicilia, cabos?

- Eso el mando lo sabrá, 377A. Supongo que habrá ^{por medio)} alguna captura, ~~por me-~~
dio

- ¿Es que los barcos rojos suben hasta ^{allí?} ~~Sicilia?~~

La mustia mirada azul del cabo Pita quedó como prendida de sus labios:

- ¿Por qué dices rojos, 377A? Siempre dices rojos; esa palabra no se te cae de la boca.

- Pero son rojos, ¿no, cabo?

- Según lo que entiendas tu por rojos

- Pues eso, rojos; comunistas, marxistas... ¿Es que no estamos en guerra contra ellos?

El rostro del cabo Pita permaneció impasible, aunque su expresión se ensombreció, ~~mutó~~ ^{cambió} por completo. ~~Sucedía~~ ^{Ocurría} a veces. El secreto estribaba en el azul de sus ojos, mudable como el del cielo y el mar. Su voz sonaba más aveniente cuando replicó:

- Comunistas, bueno. Del otro lado hay comunistas, pero eso no quiere decir que todos lo sean.

La luna reverberaba en el mar y su rebrillo formaba una gran aspa con la estela. El crucero navegaba con las luces apagadas, se deslizaba como una sombra furtiva y apenas la vibración de las máquinas dejaba en la superficie del mar un rastro de vida. Envuelto en el áspero capotón, de bocamangas frailunas, acodado en la baranda, los prismáticos en los ojos, Gervasio bostezó en dos tiempos hasta casi descoyuntarse las quijadas. Sentía sueño. Siempre le sucedía en las guardias intermedias. Al margen de la prima y el alba, las guardias nocturnas, al partirle el descanso, le dejaban insatisfecho. "Dormir en dos cachos es jodido", ~~admitía~~ ^{apostillaba} Damasito. Péter, en cambio, se amoldaba a la rotación de las guardias sin aspavientos. A Gervasio le conmovía la sonrisa de conformidad de su amigo cada vez que le despertaba para el relevo en la alta noche. Bastaba tocarle en el hombro para que tirase de manta, se incorporase en el coy y se calzase las botas mientras preguntaba: "¿Alguna novedad? ¿Hace frío?" Concluía de vestirse y ascendía a cubierta por la escotilla de las cocinas después de sortear los petates colgados en silencio. El

- Eso el manda lo sabe, 377A. Suena que habra [?] [?] [?]

dir

- Les que los barcos rojan sobre hasta [?]

La musta miraba azul del caso Pita quedo como prendido de sus [?]

- Por que dice rojos, 377B. Siempre dice rojos; esa palabra no se le

era de la boca.

- Pero son rojos, no, capu?

- Según lo que entendes tu por rojos

- Pues eso, rojos, comunistas, marxistas... Les que no estamos en que-

re contra ellos?

El rostro del caso Pita permaneció impassible, aunque su expresión se en-

comprende, cambia por completo. 377C a veces. El secreto lestrada en el

azul de sus ojos, mudaba como el del plato y el mar. Su voz sonaba más ave-

ntente cuando repetía:

- Comunistas, bueno. Del otro lado hay comunistas, pero eso no quiere

decir que todos lo sean.

La luna reverberaba en el mar y su reflejo formado una gran apa con la
estaba. El crucero navegaba con los focos apagados, se deslizaba como una son-
da furtiva y apenas la vibración de las máquinas dejaba en la superficie del
mar un rastro de vida. Involuntario en el sector capoten, de bocanagas trifu-
nas, acobado en la baranda, los prismáticos en los ojos, Gerardo sostuvo en
dos tiempos hasta casi desmayarse las ojeadas. Sentía sueño. Siempre le
sucedia en las guardias intermedias. Al margen de la prima y el alba, las guar-
dias nocturnas, al partir el descanso, le dejaban insatisfecho. "Dormir en
dos cachos es jodido", solía quejarse, febril, en cambio, se amoldaba a la
rotación de las guardias sin aspavientos. A Gerardo le convenia la sonrisa
de conformidad de su amigo cada vez que le despertaba para el relevo en la
alta noche. Bastaba tocarle en el hombro para que tirase de manta, se incor-
porase en el coj y se calase las botas mientras preguntaba: "¿Algunas nave-
das? ¿hace frío?". Concluida de vestirse y ascender a cubierta por la escoti-
lla de las coctas después de sortear los puentes cubiertos en silencio. El

228
224

envés de la moneda, ^{era} lo ofrecía Damasito ^{unas} ~~dos~~ horas más tarde: aferrado al embozo, gruñía, daba media vuelta, se resistía, juraba, y cuando Peter, al fin, conseguía que se levantase, su humor se daba a todos los diablos, despotricando como un energúmeno.

En el taburete metálico de estribor, Miodelo, ^{como de costumbre,} tocaba la armónica, ~~en la oscuridad~~. Tocaba suavemente sin pretender imponer la música al rumor de las máquinas y al zumbido del ventilador, ~~ajustando su repertorio a las peticiones de sus compañeros~~. Lo hacía de oído, sin percatarse de sus facultades, como un niño que leyera sin tropezar un libro que no entendiese. El flaco Santoña restregaba su esqueleto contra el mamparo, buceaba con los prismáticos en su sector de 45 grados y decía: "Miodelo, tócate El amor que me trajo el mar". Y Miodelo, complaciente, armonizaba la historia de la infeliz muchacha repudiada por el marino que tenía un amor en cada puerto. Luego Santoña solicitaba Chaparrita, El que engaña a una mujer o Quiéreme mi mulatona, y la musiquita sonaba nostálgica ^{en la oscuridad,} y Gervasio evocaba a Manena Abad desde su rincón, lamentando que la niña no pudiese verle embuchado en aquel basto capote, oteando el mar con los prismáticos, velando su sueño. A veces, el cabo Pita, que, aunque un poco ebrio, solía escuchar la música complacido, fingía dejarse llevar por las responsabilidades del cargo:

- Miodelo, para quieta la flauta y vigila
- Ya vigilo, cabo Pita
- ¿Vigilas tocando la flauta?
- Tengo dos manos, cabo Pita. Una para los prismáticos y otra para la flauta, como usted dice.

El cabo callaba, grave el semblante, su mirada azul perdida en las tinieblas, esperando el turno de peticiones de Gervasio. Era ^{curiosa} ~~chocante~~ la pertinacia castrense del 377A: "Miodelo, El novio de la muerte"; "Los voluntarios, Miodelo"; "Miodelo, Ardor Guerrero"; "¿Te importa tocar, La bandera inglesa que ondea en Gibraltar?". El cabo Pita se impacientaba. Le medía de arriba abajo con sus ojos ausentes:

- ¿Por qué pides siempre música militar, 377A?
-

231
44
231

envés de la moneda, fo-...
dozo, gruñía, daba media vuelta, se resistía, juraba y cuando Peter, al fin,
consegua que se levantase, su humor se daba a todas las diables, despostran-
do como un engrumena.

En el taburete mullido de estríbor, Michelo, tocaba la guitarra, en la se-
cuidad. Tocaba suavemente sin pretender imitar la música al rumor de las má-
quinas y al zumbido del ventilador. La música de las máquinas como
de sus compañeros. La música de oído, sin percatare de sus facultades, como
un niño que leyera sin comprender un libro que no entendiese. El flaco Sancho
restregaba su espolveto contra el mangato, bucheaba con los prismáticos en su
sector de 45 grados y decía: "Michelo, tócate el amor que me trae el mar."
Y Michelo, complaciente, arremontaba la historia de la familia muchacha regu-
lada por el marino que tanto le gustaba en cada puerto. Luego Sancho solicitaba
de Chaparrita. El que enciende a una mujer o Québrase el mullido, y la música
de la sonata nostálgica. Corvato Alcaide Manera Alcaide desde su rincón, jamen-
tando que la niña no pudiese verle embuchado en aquel bazo capote, cuando
el mar con los prismáticos, velando su sueño, le veía, el cabo Pita, que, aun-
que un poco ebrio, solía escuchar la música complacido, fingía dejarse llevar
por las responsabilidades del cargo:

- Michelo, para qué te fijas y vigila
- Ya vigila, cabo Pita
- Vigila tocando la flauta
- Tengo dos manos, cabo Pita. Una para los prismáticos y otra para la flauta, como usted dice.

El cabo colaba, grave el semblante, su mirada azul perdida en las tinie-
blas, esperando el turno de peticiones de Corvato. Era obvio que la pertinencia
de castrens del 37A: "Michelo, el norte de la muerte"; Los voluntarios,
Michelo; "Michelo, Arbor Corvato"; "¿Te importa tocar, la bandera inglesa
que ondea en Gibraltár?". El cabo Pita se hipocritaba. La media de arriba
abajo con sus ojos ausentes:

- ¿Por qué pides siempre música militar, 37A?

- Me gusta, cabo. La música ligera no me dice nada; ~~no tiene fuerza.~~

El cabo Pita fruncía los hombros y afirmaba el cogote. Miodelo soplabá ^{sin dejarlo,} ~~en la oscuridad.~~ Casado a los diecisiete años "por no dejar colgada una barriga", Miodelo tenía a su cargo, a los veintiuno, una mujer treintona, tres hijos y una tiendecita de comestibles en Betanzos. "¿No te asustan tres herederos a los veinte años, Miodelo?". "Chacho, para eso toco la armónica, para ^{euqendrado por su padre a los setenta años,} olvidarme de que los tengo". El descarnado Santoña ^{(Se guaseaba de todo, empezando por sí mismo; en ocasiones, aludiendo a su traslúcida delgadez, argumentaba: "Como soy hijo de abuelo parece como que me hubieran chupado las brujas". Otras veces se solazaba atribuyéndose virtudes que, como la prudencia, la templanza, la paciencia, la serenidad y la experiencia, eran propias de seres viejos.} La diaria relación a que forzaban las guardias, la vigilia compartida en la alta noche, mientras el barco dormía, invitaban a la confidencia, y, aunque el cabo Pita, más avezado, ^{escapaba} ~~que~~ ^{callaba,} ~~daba al margen,~~ Gervasio no se retraía. Hablaba y hablaba de su infancia y adolescencia con cierta sinceridad, omitiendo ~~siempre~~ dos puntos cruciales: sus repeluznos y las ideas políticas de papá Telmo. El cabo Pita se interesaba por la personalidad y muerte de los tíos Norberto y Adrián, en tanto Santoña y Miodelo, hombres del pueblo habituados a hacerse las cosas por sí mismos, escuchaban boquiabiertos los relatos domésticos en los que a menudo participaban el chófer, la lavandera, el jardenero, o las criadas de servicio:

- ¡Jodo con el 377A! A la legua se ve que es gente fina -comentaba Santoña mientras Miodelo ^{saevdía} ~~agitaba~~ su dedo índice, ^{en se-} ~~para~~ ^{mostrar su admiración.}

^{Pero,} ~~Sin embargo,~~ tan pronto el cabo Pita consultaba el reloj y decía: "Apura, 377A; son menos diez", Miodelo daba por concluidos tertulia y recital, soplabá los agujeros de la armónica, la restregaba contra el forro del capote, y la guardaba, envuelta en el pañuelo, como amortajada, en el bolsillo de la faena.

Las reuniones privadas de Peter y Dámaso con Gervasio, ³ tenían lugar en el sollado 3, sobre el pañol de proa. La angostura del puesto H impedía cual-

quier conversación reservada, por lo que cada vez que deseaban hablar sin testigos, se citaban allí, en la rinconera de taquillas, al pie de la de Dámaso Valentín. Estas charlas se habían hecho costumbre, de tal manera que Dámaso, cada vez que era requerido por alguno de sus amigos para una reunión, preguntaba con sorna: "¿Es que hay controversia?", con lo que las entrevistas en la rinconera de taquillas terminaron designándose así. Esa tarde, Peter, con su mesurada lucidez didáctica, justificaba los desplazamientos a la Pantellaria, que Dámaso objetaba:

- Es más fácil así. El bloqueo solo es eficaz en los estrechos. La costa roja es demasiado extensa para nuestra pequeña escuadra.

Gervasio apuntó una sonrisa como si le hubiera cogido en falta:

- Has dicho roja
- Claro. ¿Es que acaso está mal dicho?
- Al cabo Pita no le gusta
- ¿No le gusta a Pita que digamos roja?
- No
- ¿Cómo hay que decir, entonces?
- No lo sé; republicana, supongo

La controversia estaba planteada. Dámaso compartía el punto de vista del cabo Pita:

- Rojos o no, ellos respetan la Constitución que han jurado. Los rebeldes somos nosotros.

Peter, que aceptaba el razonamiento de Dámaso como punto de partida, argumentaba que la historia de la humanidad hubiese permanecido estancada sin rebeldes. A Gervasio le ^{confundían} ~~desagradaban~~ las frases sonoras y alambicadas. Habitudo a enjuiciar las cosas a ras de tierra, gustaba de echar mano de ejemplos ~~concretos~~ ^{domésticos.} Había advertido que Pita coincidía con papá Telmo en un punto clave: llamaba Pronunciamiento a la Cruzada, lo que le llevó a la conclusión de que el cabo bien pudiera ser un rojo camuflado:

- Es un tipo raro. Le molesta que llamemos rojos a los rojos y durante las guardias fuma en el puesto.

100
101
102

quier conversación reservada por lo que cada vez que desearan hablar sin los
tipos se citaban allí, en la finca de las cañales. Al pie de la de Gómez
Valentín. Estas charlas se habían hecho costumbre, de tal manera que Gómez
cada vez que era requerido por alguno de sus amigos para una reunión, pregun-
taba con sorna: "¿Es que hay conversación?", con lo que las entrevistas en la
finca de las cañales terminaron designándose así. Las tardes, Peter, con su
reservada lucidez dialéctica, justificaba las desplazamientos a la finca de
que Gómez objetaba:

- Es más fácil así. El bloque solo es eficaz en los estratos, la cos-
ta roja es demasiado extensa para nuestra pequeña escuela.

Gervasio apuntó una sonrisa como si le hubiera caído en talón.

- Has dicho roja
- Claro. ¿Es que acaso estás mal dicho?
- Al cabo pita no le gusta
- ¿No le gusta a Pita que digamos cosas?
- No
- ¿Cómo hay que decir, entonces?
- No lo sé; republicana, aunque

La controversia estaba planteada. Gómez compartió el punto de vista del

capo Pita:

- Rojos o no, ellos respetan la Constitución que han jurado. Los rebel-
dos somos nosotros.

Peter, que aceptaba el razonamiento de Gómez como punto de partida, argu-
mentaba que la historia de la humanidad hubiera permanecido estancada sin rebel-
iones. A Gervasio le desagradaban las frases sencillas y afirmativas. Habituado a

ejecutar las cosas a ras de tierra, gustaba de echar mano de ejemplos como
los. Había advertido que Pita coincidía con sus amigos en un punto clave: las
más pronunciamiento a la Cruzada, lo que le llevó a la conclusión de que el

cada bien pudiera ser un rojo camuflado:

- Es un tipo raro. Le molestó que llamamos rojos a los rojos y durante
las guardias fuma en el puesto.

- ¿Fuma Pita ~~durante las guardias de noche?~~ ^{en las guardias nocturnas?}

- Siempre que sube bebido

- Y ¿por qué sabes ~~que~~ que sube bebido?

- Huele. No hace falta que hable, basta con que respire

A la noche siguiente, estando ^{Peter} ~~Damaso~~ de guardia, sonó la alarma. Los marineros, adormilados, tropezaban unos con otros, se agolpaban en escotillas y puertas estancas, pero antes de que se difundiera la orden de cierre de portillas, cada cual ocupaba su puesto de combate. Conforme subía la escala de hierro, Gervasio oyó el ronroneo de un motor y dijo sin detenerse, abatiendo la cabeza hacia ^{Damaso,} ~~Peter,~~ que le seguía:

- Aviones

Arriba, en el sombrerete en tinieblas, bajo un firmamento estrellado, ^{imperaba} ~~re-~~ ^{ba el desorden.} ~~naba la confusión.~~ El zumbido de los motores crecía y decrecía alternativamente, y ^{Modelo} ~~Damaso~~ en tanto el cabo Pita porfiaba que eran torpederas, ~~Damaso~~ ^{Damaso} escrutaba el cielo con los prismáticos buscando a los aviones. Cada cual defendía su punto de vista a voces, incluso con acritud, ~~nerviosamente,~~ hasta que don Mario accedió al puesto, resollando, e impuso silencio. El ronroneo era ubicuo, llegaba de todas partes, y Gervasio, acurrucado junto al acústico, experimentó la angustia de sentirse cercado. Un ramalazo en el colodrillo (no seguido, contrariamente a lo que era usual, de erizamiento capilar) fué la iniciación de un proceso de ahogo, desecación de fauces, bloqueo de glándulas, y vacío en el vientre. Cruzó los brazos sobre el estómago ^{preservándolo} ~~protegiéndolo~~ y levantó los ojos hacia don Mario, implorante, como si únicamente él, como Cristo en el lago Tiberíades, pudiese salvarles de las aguas. Pero el comandante vacilaba, no tomaba decisiones, se limitaba a ordenar que intensificasen la vigilancia. La voz altisonante, hueca, de Javier Medina, desde su nido de apuntador, le sobresaltó:

- ¡Son aviones, don Mario! ¡Los tenemos en la vertical!

En efecto, el bramido de los motores parecía provenir ahora de lo alto y Gervasio, que ~~z~~ ante la orden de don Mario, se había puesto en pie; se acodó en el antepecho y levantó los prismáticos hacia el cielo, justo en el momento en que

... en las guardias de noche...

- Siempre que sube dentro

- Y por que sabes que sabe dentro?

- Huele. No hace falta que habie, basta con que respire

A la noche siguiente, estando dentro de guardia sonó la alarma. Los marineros, adormilados, tropezaban unos con otros, se agolpaban en escotillas y puertas estancas, pero antes de que se difundiera la orden de cierre de puertas, cada cual ocupaba su puesto de combate. Conforme subía la escala de hierro, que vestía oye el ronroneo de un motor y oigo sin detenerse, abatiendo la cabeza hacia el frente, que la seguía...

- Aviones

Arriba, en el sobrecosto en tinieblas, bajo un firmamento estrellado, nada se movía. El ruido de los motores crecía y decrecía alternativamente, y en tanto el cabo Pita portaba que eran torpederos, bajase escuchaba el chirrido con los prismáticos buscando a los aviones. Cada cual defendía su punto de vista a voces, incluso con actitud, apasionadamente, hasta que don Marto accedió al puesto, resolviendo, a fuerza de silencio. El ronroneo era uterco, ligada de todas partes, y Gervasio, acurrucado junto al escotillo, experimentó la angustia de sentirse cercado. Un ramazo en el colodrillo le seguía, concurriente a lo que era usual, de erizamiento capilar, fue la sensación de un proceso de ahogo, desecación de fauces, óleum de glándulas, y vacío en el vientro. Cruzó los brazos sobre el estómago presiguiéndolo y levantó los ojos hacia don Marto, impasible, como si únicamente él, como Cristo en el lago Tiberiades, pudiese salvarnos de las aguas. Pero el comandante vacilaba, no tomaba decisiones, se limitaba a ordenar que intensificasen la vigilancia. La voz aliszonante, hueca, de Javier Medina, desde su nido de apuntador, le sobresaltó:

- ¡Don aviones, don Marto! ¡Los tenemos en la vertical!

En efecto, el bramido de los motores parecía provenir ahora de lo alto y Gervasio, que, ante la orden de don Marto, se había puesto en pie, se acordó en el antepecho y levantó los prismáticos hacia el cielo, justo en el momento en que

la guardia de alba, el cabo Pila sorprendió dormido a Gervasio. No era la primera vez que el mar se le echaba encima. El viento a...

Modelo, tras él, que escudriñaba el mar, rectificaba:

- ¡Son lanchas rápidas, don Mario! ¡Blanco visto! ¡Sesenta y cinco grados a estribor!

Don Mario ordenó a la tripulación ocupar sus puestos y a Peter comunicar al puente la novedad, pero, en el momento de conectar con el puesto A, una luz repentina, blanca, cegadora, destelló en el cielo oscuro, se cernió unos instantes sobre el crucero, y fué descendiendo gradualmente, iluminándole como si fuese de día, con una lívida claridad de relámpago. Se aceleró el latido de las calderas, vibraron los mamparos y el crucero inició la virada. Tres nuevas bengalas, cuya intensidad luminosa acrecía con el descenso, se abrieron como flores sobre ellos, al tiempo que un proyector, que aparentaba surgir de las profundidades del mar, recorrió el costado del crucero de proa a popa. Repicó, en corta ráfaga, una de las ametralladoras del espardek. Don Mario repitió nerviosamente:

- Todos a sus puestos

Gervasio, encogido junto al acústico, cerró los ojos y entreabrió los labios en espera de una explosión, ^{pero ésta} ~~pero ésta~~ no se produjo. Fué, en cambio, el vagido iterativo del teléfono del puesto A lo que se oyó:

- Puesto A

- Puesto H

- ¡Atención! Navegamos en aguas jurisdiccionales de Malta. Aviones y lanchas rápidas británicas. Absténganse de cualquier acción.

- Enterado

Al instante se encendieron las luces de situación del crucero y, como si mediase un acuerdo, las tres lanchas torpederas, que merodeaban en torno suyo, se iluminaron también. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, la manta sobre la camiseta, se levantó el casco y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano:

- Les faltará tiempo a los cabrones para dar el soplo -dijo

El zumbido de los motores iba quedando atrás y el crucero, apagadas de nuevo las luces de posición, se sumió en las tinieblas. Horas después, durante

Roberto, tras él, que escuchaba el mar, rectificados.

- ¡Son lanchas rápidas, don Mario! Blanca y azul; sesenta y cinco gra-

dos a estribor!

Don Mario ordenó a la tripulación ocupar sus puestos y a Peter comunicar al puente la novedad, pero, en el momento de conectar con el puesto A, una luz repentina, blanca, cegadora, destelló en el cielo oscuro, se cerró unos instantes sobre el crucero, y fué descendiendo gradualmente, iluminándolo como si fuese de día, con una livida claridad de relámpago. Se aceleró el latido de las calderas, vibraron los motores y el crucero incluyó la virada. Tras nervosa bengala, cuya intensidad luminosa decrecía con el descenso, se abrieron como flores sobre ellos, al tiempo que un proyector, que aparentemente surgía de las profundidades del mar, recorrió el costado del crucero de proa a popa. Repetido, en corta ráfaga, una de las maniobras del crucero. Don Mario refirió nerviosamente:

- Todos a sus puestos

Gerardo, encendido junto al ascensor, cerró los ojos y estrechó los brazos en espera de una explosión, pero ^{para él} no se produjo. Fué, en cambio, el vacío iterativo del teléfono del puesto A lo que se oyó:

- Puesto A

- Puesto B

- ¡Atención! Navieras en aguas jurisdiccionales de Malta. Aviones y lan-

chas rápidas británicas. Absténganse de cualquier acción.

- Entendido

Al instante se encendieron las luces de situación del crucero y, como si mediase un acuerdo, las tres lanchas torpederas, que navegaban en torno suyo, se iluminaron también. Barco torpedero, el torpedero, la nave sobre la cual se levantó el casco y se lanzó el suar de la frente con el dorso de la mano:

- Les faltará tiempo a los cabrones para dar el golpe - dijo

El zumbido de los motores las quemó atrás y el crucero, apesadumbrado, nuevo las luces de posición, se sumió en las tinieblas. Horas después, durante

la guardia de alba, el cabo Pita sorprendió dormido a Gervasio. No era la primera vez que el muchacho, estando de vigilancia, daba una cabezada. El sueño a esas horas era tan pegajoso que ^{algunos} ~~había~~ (compañeros, como el Escorbuto o el Rubio Colino, ~~que~~ se jactaban de dormir de pie, con los prismáticos en los ojos, sin necesidad de puntos de apoyo. El incidente con los ingleses ~~había~~ desvelado a Gervasio, quien juraría que acababa de dormirse cuando la mano del Catavo le sacudió el hombro:

- La hora, 377A. Apura

Se levantó azorrado, medio sonámbulo, y momentos después, en el puesto, envuelto en el áspero capotón, arrullado por el rumor de las máquinas, acodado en el mamparo, se cubrió los ojos con los prismáticos y se quedó dormido. Nunca sabía las veces que el cabo Pita había agitado su mano detras de las lentes para comprobar su ausencia pero, una vez despierto, consciente del alcance de su falta, se incorporó silencioso a su lado, dejándose resbalar del taburete hasta el suelo:

- Lo siento, cabo, me quedé dormido -dijo: -No lo pude remediar.

El cielo empezaba a clarear por babor, espantando las tinieblas. La cogotuda cabeza del cabo Pita se movió reprobadora de un lado a otro: ~~Dijo:~~

- Esto es grave, 377A. ^{-dijo-} Mil marineros duermen a bordo confiados en una docena que vigilan. Pero si estos fallan, todo puede irse al traste en un momento. Procura que no vuelva a suceder.

En la incipiente alborada, teñida de rojo, Gervasio le miraba compungido, esperando que añadiera alguna cosa (que daría parte o que no daría parte, que por ser la primera vez le disculpaba o que aquello quedaría entre los dos) pero el cabo Pita ^{no dijo más,} ~~permaneció callado,~~ se limitó a volverle la espalda y a encararse los prismáticos como recordándole cual era su obligación.

Al salir de guardia, en la cola del desayuno, ante las cocinas, con el pote en la mano, Gervasio buscó a Peter, para informarle de la novedad. Pita le

~~había sorprendido dormido en la guardia de alba; la falta era grave, (incluso no descartaba la formación de un consejo de guerra. Pero Peter le tranquilizó. Para estos menesteres, Peter era único. Según él, a pesar de su comportamiento ambiguo.~~

[Handwritten mark]

la guardia de alba, el cabo Pita sorprendió dormido a Gervasio. No era la primera vez que el muchacho, estando de vigilancia, daba una cabezada. El sueño a esas horas era tan pegajoso que había compañeros, como el Escarpado o el Rubio Colino, que se acostaban de dormir de pie, con los prismáticos en los ojos, sin necesidad de puntos de apoyo. El incidente con los inspectores había llevado a Gervasio, quien juraría que acababa de dormirse cuando la mano del Capitán le sacó el hombre:

- La hora, 3:30. Hora

Se levantó azorado, medio sonámbulo, y momentos después, en el puesto, envuelto en el áspero capotón, arrojado por el temor de las máquinas, acobardado en el momento, se curió los ojos con los prismáticos y se quedó dormido. Nunca volvió las veces que el cabo Pita había agitado su mano detrás de las lentes para comprobar su ausencia pero, una vez despertó, consciente del alcance de su falta, se incorporó silencioso a su lado, dejándose revelar del taburete hasta el suelo:

- Lo siento, cabo, me quedé dormido - dijo - no lo puede remediar.

El cielo empezaba a clarar por el este, calentando las estancias. La cabeza del cabo Pita se movió reprobadora de un lado a otro: ¿qué? - Esto es grave, 3:30. Mi martinetos vuelven a bordo contados en una docena que vigilan. Pero si estos fallan, todo puede irse al traste en un momento. Procura que no vuelva a suceder.

En la incipiente alborada, teñida de rojo, Gervasio le miraba conmovido, esperando que añadiera alguna cosa (que daría parte o que no daría parte, que por ser la primera vez se disculpaba o que aquello quedaba entre los dos) pero el cabo Pita permaneció callado, se limitó a volverle la espalda y a encasarse los prismáticos como recordándole cual era su obligación.

Al salir de guardia, en la cola del desayuno, ante las cocinas, con el pecho en la mano, Gervasio buscó a Peter, para informarle de la novedad.

Esta sorprendente noticia en la guardia de alba, la falta de Gervasio, incluso no se paraba a discutirlo con el consejo de guerra. Pero Peter le tranquilizó. Para estos momentos, él era único. Según él, a pesar de su condición de capitán, no podía hacer nada.

Estaba asustado; ~~su~~ falta era grave. Incluso ~~era admisible~~ ^{no descartaba} la formación de un consejo de guerra. Peter le tranquilizó. En estos trances, Peter era único. Para él, Pita, a pesar de su comportamiento ambiguo, no era un soplón, nunca daría parte de un subordinado sin antes advertírsele. Mas, al margen de lo que pudiera hacer Pita, su descuido era imperdonable. Había traicionado la confianza depositada en él, poniendo el crucero en peligro. Gervasio asentía dócilmente, mudo; comprendía que no sería sancionado por su falta pero, en cambio, su imagen se había deteriorado un poco más ante los ojos de su amigo.

A mediodía tropezaron con el carguero, en principio un punto oscuro empenachado de humo en el horizonte y, más tarde, colocados a su altura, un mercante negro, desportillado, de alta borda, los fondos miniados de un rojo sucio, deslucido. Saludó, arriando e izando la bandera griega en la popa (bajo la cual, en caracteres blancos, muy separados, figuraba su nombre: Dilos) pero el crucero no respondió, viró en redondo y pareó su andadura a la suya. La mar, bruñida y azul, se ondulaba entre las dos embarcaciones, tan próximas que, sin necesidad de prismáticos, Gervasio podía distinguir a un perrito negro correteando por la toldilla del mercante griego. Centelleó el heliógrafo en el puente, dándole el alto, pero el Dilos no se detuvo, antes bien aceleró la marcha como si nada de todo aquel juego fuese con él. El puente repitió la orden pero el carguero, sordo y ciego, viró todo a babor, poniendo agua por medio. La detonación del cañoncito de avisos sorprendió a Gervasio en el espardek. Un pique de espuma floreció ante la proa del barco griego y, bruscamente, el humo negro de su chimenea se espesó al detenerse. Gervasio no ocultaba su sorpresa:

- Y ¿por qué razón tiene que ser ése y no otro?

Javier Medina, el pelo ensortijado al aire, sonreía con suficiencia:

- Un soplo, 377A. En estos asuntos funciona el espionaje. Antes de zarpar, ten por seguro que ya se sabía ahí -señalaba con el dedo índice, el puente de mando, detrás de la chimenea- el desplazamiento del barco, la cartelada, el color, y hasta el nombre con que iba a ser rebautizado.

Y explicaba, accionando vivamente, que estos barcos piratas solían llevar anclas con el nombre original en la popa y a unas millas del puer-

Estaba asustado; la falta era grave. Incluso era imposible la formación de un con-
 sejo de guerra. Peter lo tranquilizó. En estos tiempos, Peter era único. Para él,
 Pita, a pesar de su comportamiento ambiguo, no era un espionista, nunca daría parte
 de un subordinado sin antes advertirlo. Mas, al margen de lo que pudiera hacer
 Pita, su descuido era imperdonable. Hasta tratándose de confianza depositada en
 él, poniendo el crucero en peligro. Derivado de esta situación, mucho; comprendía
 que no sería sancionado por su falta pero, en cambio, su imagen se había deterio-
 rado un poco más ante los ojos de su amigo.

A medida que se aproximaron con el carguero, en principio un punto oscuro empujaba-
 do de humo en el horizonte y, más tarde, colándose a su altura, un mercante negro,
 desorientado, de alta borda, los fondos pintados de un rojo sucio, deslucido. Sa-
 ludó, arrojando e izando la bandera griega en la popa (bajo la cual, en ocasiones,
 blancos, muy separados, figuraba su nombre: Ulys) pero el crucero no respondió.
 viró en redondo y paró su andadura a la zaga. La mar, brumosa y azul, se confundía
 entre las dos embarcaciones, tan próximas que, sin necesidad de prismáticos, Ger-
 vas podía distinguir a un griego negro correteando por la cubierta del mercante
 griego. Controló el heliógrafo en el puente, dando el alto, pero el Ulys no se
 detuvo, antes bien aceleró la marcha como si nada de todo aquel juego fuese con él.
 El puente repitió la orden pero el carguero, torpe y ciego, viró todo a babor, po-
 niendo agua por medio. La detonación del cañonazo de aviso sorprendió a Gervasio
 en el espardek. Un pique de espuma floreció ante la proa del barco griego y, brus-
 camente, el humo negro de su chimenea se espesó al detenerse. Gervasio no oculta-
 ba su sorpresa:

- Y ¿por qué razón tiene que ser así y no al revés?

Dávila Medina, el pelo ensortijado al aire, sonreía con satisfacción:
 - Un sapio, 377A. En estos asuntos funciona el espardek. Antes de zarpar,
 ten por seguro que ya se sabía así - señalaba con el dedo índice, el puente de man-
 do, detrás de la chimenea - el desplazamiento del barco, la cuadrada, el color,
 y hasta el nombre con que iba a ser bautizado.
 Y explicaba, accionando vivamente, que estos barcos pivotes solían llevar anclas
 con el nombre original en la popa y a unas millas del puer-

to, lejos de miradas indiscretas, un par de marineros desde una guindola, lo cambiaban por otro, de ordinario en la lengua de un país que nada tuviera que ver con el conflicto. Y remataba, con buen humor la explicación:

corbu - Los nombres turcos y griegos son los preferidos de los rusos.

La pluma puso a flote un bote en el portalón de estribor, donde embarcó la dotación de presa. Por el costado del carguero se lanzó una escala de viento ~~por la que se efectuó~~ ^{para efectuar} el intercambio de tripulaciones. Los marineros del Dilos, desde el bote, las manos en los bolsillos de sus tabardos azules, miraban indiferentes (ni sorprendidos ni atemorizados) a sus captores apiñados en la borda. Después de ser conducidos por un piquete hasta la cámara de oficiales, bajo el puente, el mando dió unas instrucciones al mercante por el heliógrafo y ambos barcos reanudaron la marcha.

El Dilos, empopado, navegaba lentamente, de forma que su cancerbero, de cuando en cuando, se adelantaba unas millas para retornar a su encuentro. En el crucero, tras diez días de navegación, se celebraba el regreso a tierra, se hacían proyectos para la primera salida. En el puesto H, el Escorbuto y el Cativo, que habían subido del mayordomo, ligeramente ~~enchispados~~ ^{embriagados}, resumían a voces su plan y hablaban, entre risotadas, de mujeres. Sus aspiraciones eran muy concretas: pasar la tarde en casa de la Cubana. En actitud fachendosa, desdeñaban los planes ajenos e instaban a todos a acompañarles. De ahí que la aparición del minador Vulcano, la delegación de la custodia del Dilos por parte del crucero y su virada en redondo, aproando de nuevo al este, motivara una agria decepción:

- Manda cojones; a la Pantellaria otra vez
- ¿Quién lo ha dicho?
- El rumbo lo dice, 377A. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Fermín Linaje, el Escorbuto, lanzó un juramento, ^y ~~el Cativo destilaba su malhumor sobre el cabo Tubío, Bartolomé Roselló hacía muecas de contrariedad, circunstancias que~~ ^{la circunstancia}, ^{en tono festivo,} ~~(Javier Medina aprovechó para aventurar, medio en broma medio en serio,~~ ^{el único} que "no veía claro el futuro de la nueva España si, como parecía evidente, ~~a la~~ ^{eran} ~~juventud solo la movían~~ ^{eran} (las putas". Lastimado en su personal filosofía, el Escorbuto respondió con un discurso, recalentado por el alcohol, según el cual, a par-

448
211

to, lejos de miradas indiscretas, un par de marineros desde una góndola, lo cambiaban por otro, de ordinario en la lengua de un país que nada tuviera que ver con el conflicto. Y remataba, con buen humor la explicación:

- Los nombres turcos y griegos son los preferidos de los rusos. La pluma puso a flote un bote en el portón de estribor, donde empezó la detección de presa. Por el costado del carguero se lanzó una escala de viento por la que se efectuó el intercambio de tripulaciones. Los marineros del Dilos desde el bote, las manos en los bolsillos de sus tabacos azules, miraban indiferentes (ni sorprendidos ni atemorizados) a sus captores agitados en la bodega. Después de ser conducidos por un piquete hasta la cámara de oficiales, bajo el guante, el mando dio unas instrucciones al momento por el teléfono y ambos barcos reanudaron la marcha.

El Dilos, empobado, navegaba lentamente, de forma que su capicero, de cuando en cuando, se adelantaba unas millas para retornar a su encuentro. En el crucero, tras diez días de navegación, se celebraba el regreso a tierra, se hacían proyectos para la primera salida. En el puerto H. el Escorbuta y el Dilos que habían subido del mayorazgo, ligeramente ensortijados, resumían a veces su plan y hablaban, entre risotadas, de mujeres, sus aspiraciones eran muy concretas: pasar la tarde en casa de la Luana. En actitud tachonada, desdaban los planes ajenos e instaban a veces a acompañarlos. De ahí que la aparición del minador Vulcano, la delegación de la custodia del Dilos por parte del crucero y su virada en redondo, agrando de nuevo al este, motivara una esta decepción:

- Manda cojones; a la pantallera otra vez
- ¿Quién lo ha dicho?
- El rumbo lo dice, 270A. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Terminó Linaje, el Escorbuta, lanzó un juramento, ~~el Dilos desfilaba su matrimonio~~ sobre el capo Julio. ~~Terminó Linaje, lanzó un juramento, el Dilos desfilaba su matrimonio~~ ~~que no vea claro el futuro de la nueva España si, como parece evidente, a la juventud solo le quedan las putas". Castigada en su personal filosofía, el Escorbuta respondió con un desengaño, recalcando por el alcohol, según el cual, a par-~~

tir de los trece años la mujer era necesaria, la masturbación degenerativa y el tono del hombre había que buscarlo en la secreción del testículo. Gervasio le escuchaba con una media sonrisa de complacencia. Las ideas y el tono de voz del Escorbuto le llevaban a evocar a papá Telmo con un regosto de ternura:

- Es como oír a mi padre -dijo
- Chacho ¿es que tu padre habla de mujeres contigo?
- ~~No se trata de~~
- ~~Namoco es~~ (eso. Mi padre no habla de mujeres. Habla del sol y de la luz pero en el mismo tono que tu empleas para hablar de los testículos

La manifestación de Gervasio fortaleció la posición del Escorbuto, quien acusó a la medicina galénica de tolerar la masturbación y minimizar el acto carnal. Se volvió hacia Gervasio y le preguntó por el juicio de su padre al respecto y al responder éste que lo ignoraba, su interlocutor desvió la cuestión hacia él (¿Qué pensaba el 377A de la masturbación y el acto carnal? ¿Qué pensaba en general de las mujeres?). Ante su acoso, Gervasio flaqueaba, pero tanto insistió el otro, que terminó por admitir que era virgen, si bien, achicado, antes que por el hecho de serlo, por ^{el hecho de} verse obligado a reconocerlo ante la audiencia del puesto H, rectificó vagamente:

- En realidad, ^{hace muchos años} ~~una vez~~ ^{Aventura} tuve una ~~experiencia~~ con una criada
- ¿Te la beneficiaste?

Le faltó valor para asentir o negar, para determinar su edad en aquel tiempo. El Escorbuto interpretó como aquiescente su silencio:

- Y ¿no has estado con una mujer desde entonces?
- No
- ~~En cuanto regresemos a tierra yo~~ ^{avrepentido} ~~te presentaré una. Seguro que no te arrepentirás.~~ No quedarás descontento.

La mar se rizó a última hora y al ponerse el sol, refrescó. El crucero, baqueado por el mistral (que ponía crestas blancas en las olas) fué perdiendo estabilidad, pero Gervasio se mantenía sereno al aire libre. Durmió en el puesto, y al día siguiente, avistaron al Berezina, una motonave de ciento cincuenta metros de eslora. Obedeció la orden de detenerse y el intercambio de dotaciones se efectuó sin novedad. La captura (seguida, como de costumbre, por la marinería desde cubierta y los altillos de la obra muerta) reservaba, sin embargo, esta vez, una sorpresa: entre los tripulantes de la motonave figuraba una mujer: una muchacha rubia, frágil, en pantalones, que saltó al portalón con desenvoltura y desfiló de-

... de los trece años la mujer era necesaria, la masturbación degenerativa y el
tono del hombre había que buscarlo en la secreción del testículo. Gervasio le es-
cuchaba con una media sonrisa de compiacencia. Las ideas y el tono de voz del Es-
corpiuto le llevaban a evocar a papá Jaime con un regusto de ternura:

- Es como otr a mi padre - dijo

- Chicho ves que tu padre habla de mujeres contigo

- ~~¿Por qué?~~ ^{¿No se trata de} ~~eso?~~ Mi padre no habla de mujeres. Habla del sol y de la luz

pero en el mismo tono que tu abuelo para hablar de los testículos
La manifestación de Gervasio fortaleció la postura del Escorpiuto, quien acu-

só a la medicina galénica de tolerar la masturbación y minimizar el acto carnal.

Se volvió hacia Gervasio y le preguntó por el juicio de su padre al respecto y

al responder éste que lo ignoraba, su interlocutor desvió la cuestión hacia él

¿Qué pensaba el ATA de la masturbación y el acto carnal? ¿Qué pensaba en gene-

ral de las mujeres? Ante su acoso, Gervasio flaqueaba, pero jamás insistió el

otro, que terminó por admitir que era virgen, si bien, echado a perder por

el hecho de serlo por verse obligado a reconocerlo ante la audacia del puesto

El rectifico vagamente:

- En realidad, ~~era una~~ ^{era una} ~~experiencia~~ con una criada

- ¿Te la beneficiaste?

- Le faltó valor para sentir o negar, para determinar su edad en aquel tiempo.

El Escorpiuto interpretó como adulescente su silencio:

- Y no has estado con una mujer desde entonces?

- No

- ~~¿Te presentará una?~~ ^{¿Te presentará una?} ~~¿Seguro que no se equivocará?~~ ^{¿Seguro que no se equivocará?}

La mar se rizó a última hora y al ponerse el sol, retrocedió. El crucero, pague-

do por el misterio (que por las crestas blancas en las olas) fue perdiendo esta-

bilidad, pero Gervasio se mantuvo sereno al otro lado. Sumado en el queiso y

al día siguiente, avisaron al ATA, una notoria de cinco cincuenta metros

de altura. Obedeció la orden de detenerse y el intercambio de botaciones se efec-

tuó sin novedad. La captura (seguida como de costumbre, por la marina desde cu-

bierta y las aljibes de la obra muerta) reservada, sin embargo, esta vez, una

corporea: entre los tripulantes de la notoria figuraba una mujer; una muchacha

rubia, trébil, en pantalones, que cayó al porción con desmayadura y herido de-

senfadadamente por la calle que abría bulliciosa la marinería. Gervasio, que otea-
ba con los prismáticos desde el espardek, descubrió al cabo Pita en primera fila,
destocado, nervioso. Se había cuadrado y, conforme se aproximaba la mujer, hizo
una imperceptible reverencia, pero su homenaje, sin duda mal interpretado, indu-
jo a la muchacha a volver la cabeza y sacarle la lengua. Una sonora ^{rechiñía} ~~pita~~ acogió
su gesto y fué incrementándose hasta que su grácil figura desapareció por la es-
cotilla de proa. Al descender del espardek, Gervasio encontró la cubierta conmo-
cionada (chanzas, voces, soeces golpes de ingenio). Buscó a Peter entre los co-
rros y tomándole del brazo le apartó de la aglomeración. Su amigo le miraba sor-
prendido:

- ¿Es que hay controversia?
- Déjate de controversias ahora
- ¿Qué pasa, entonces?
- El cabo... ¿Es que no lo viste? Hizo una reverencia a la rusa y ella se
volvió y le sacó la lengua. ¿No has oído los silbidos?
- ¿El cabo? ¿Qué cabo? ~~No sé de qué me hablas~~
- Pita ¿En qué estas pensando?
- ¿Una reverencia? ^{¡Ya sería una!} ~~Estaría de broma!~~
- Déjate de bromas. Te digo que ese tipo no es de fiar. ~~No podemos dejarle
solo suelto.~~

Avreció,

Rumbo a la base, el viento, ~~muy recio~~, convirtió la marejadilla en marejada
y, horas después, la marejada en un bronco, arremolinado, mar de fondo. La mar
se abría en profundas hoyas y la proa cabeceaba, sumergiéndose y levantándose al-
ternativamente. El cuchareo, tan empecinado como en el Atlántico, terminó desar-
bolando la resistencia de Gervasio, derrumbado sobre un capote como un pordiose-
ro (dos manzanas en el abisinio) al abrigo de las balsas del espardek. Volvía a
^{reflexionar sobre} ~~considerar~~ el error de haberse enrolado, y cuando, al anochecer, el Escorbuto se
detuvo a su lado y le dijo jovialmente que al día siguiente la Cubana le quita-
ría el mareo, cerró los ojos humillado, porque en su situación, las baladronadas
del Escorbuto y la idea de la Cubana, ^{carecían de} ~~no tenían~~ sentido, ^{ya} ~~alguno, puesto~~ que su
único deseo en esos momentos era morir.

sentadamente por la calle que abra bulliciosa la marinería. Gervasio que ote-
ba con los prismáticos desde el espaldar, descubrió al cabo Pita en primera fila,
destacado, nervioso, se había cuadrado y, conforme se aproximaba la mujer, hizo
una imperceptible reverencia, pero su homenaje, sin duda mal interpretado, indu-
jo a la muchacha a volver la cabeza y sacar la lengua. Una sonora patadilla
su gesto y fue incrementándose hasta que su graciosa figura desapareció por la es-
calilla de proa. Al descender del espaldar, Gervasio encontró la cubierta como
cristales [chanzas, voces, sucesos golpes de ingenio]. Buscó a febril entre los co-
rros y tomándose del brazo le apartó de la aglomeración. Su amigo le miraba sor-

prendido:
- ¿Es que hay conversas?
- Déjate de controversias ahora
- ¿Qué pasa, entonces?
- El cabo... ¿Es que no lo viste? Hizo una reverencia a la cruz y ella se
volvió y le sacó la lengua. ¿Has oído los alfileros?
- ¿El cabo? ¿Qué cabo? No me acuerdo.
- Pita ¿en qué estás pensando?
- Una reverencia a esta de bromas!

- Déjate de bromas. Te digo que ese tipo no es de tirar. No puedes dejarlo
solo.
Rumbo a la base, el viento may-teste convirtió la marajalilla en marejada
y, horas después, la marejada en un bronco, arremolinado, mar de fondo. La mar
se abrió en profundas hoyas y la proa cabeceada, sumergida y levantándose al-
ternativamente. El cucharero, tan esquinado como en el Atlántico, terminó desar-
rolando la resistencia de Gervasio, derrumbado sobre un capote como un porfoso-
ro (dos manzanas en el bolsillo) al arribo de las balsas del espaldar. Volvió a
constatar el error de haberse enrollado y cuando, al anochecer, el escorpión se
detuvo a su lado y le dijo jovialmente que al día siguiente la lupana le quita-
ría el mareo, cerró los ojos humillado, porque en su situación, las balandras
del Escorpión y la idea de la lupana, no tenían sentido, siguiente que su
único deseo en esos momentos era morir.

XIX

Sacó el billetero y tímidamente la entregó tras: ^{con la lanilla)}
 Flojo y desarmado, Gervasio se incorporó. Se cubrió la pelvis (que descansaba
 en la descalzadora, junto al bidé, y se ocultó tras el canapé para vestirse. Hab
 bía ^{Amagado} forcejeado inútilmente con la Cubana, y ^z ahora, al verla desnuda sobre el le-
 cho, un pico de la colcha sobre su vientre, devorando un cigarrillo, se reaviva-
 ron sus torpes evocaciones. ^{En otra escala, todo)} ~~Todo~~ (había sido un trasunto de la cabalgada con la
^{Amalia}
~~Aurelia~~ en el trastero de palacio diez años atrás: La brusca inapetencia sexual;
 los nerviosos apremios, luego; la desconfianza y el miedo, después:

- Es virgo, Cubana; trátale bien -había una sonrisa competente en los abul-
 tados labios del Escorbuto al darle la alternativa.

- ¿Es que alguna vez ha tratado mal a alguien la Cubana?

~~- Tampoco es eso, oye; no te pongas así.~~

Gervasio sonreía conciliador, pero, al recogerse en la alcoba, su ánimo desfa-
 lleció y, en lugar de deseo de la muchacha, le ^{ganó sobrevino)} invadió (una suerte de repulsión y
 desprecio de sí mismo. Y una vez que la chica se desprendió de la bata y exhibió
 sus negras axilas, su pálida carne atormentada, sus senos vencidos, el ralo ve-
 llo del pubis, su imaginación claudicó: tendido junto a ella, confundidos sus
 cuerpos sudorosos, renació el recuerdo de la ^{Amalia,} ~~Aurelia~~, sus espasmos, su fiebre
 erótica, su lenguaje soez, tan vívido y cutre, que su agresividad sexual se esfu-
 mó, constató que su carne se resumía y que la inminencia de la muchacha desnuda,
 lejos de encelarlo, le deprimía. No se resignó inmediatamente, sin embargo. Sabedor
 de que el Escorbuto y el Cativo aguardaban en el salón (en los momentos de eufo-
 ria que siguieron a la arribada, ^{requisito del} ~~vencido de nuevo~~ el mareo, Gervasio había prome-
 tido ^{celebrarlo)} ~~mojarlo~~ se esforzó una y otra vez por encender su virilidad. Finalmente de-
 sistió y quedó inmóvil, derrotado. Ella no cambió de postura cuando el muchacho
 se levantó, mas al verle vestido a los pies de la cama, ^z aplastó el cigarrillo en
 el cenicero de la mesilla y se incorporó, ^{con desgana,} la bata azul sobre los hombros. No se
 mostró dolida ni desairada. Gervasio, acongojado, pugnaba por contener las lágri-
 mas. Su único deseo era verse lejos de allí:

- ¿Cuanto te debo?

- Dame dos duros; no has hecho nada

Sacó el billetero y tímidamente la entregó tres:

- ¿Quieres hacerme un favor? -añadió. No le vayas a mis amigos con el cuento.

Sería el hazmerreír del puesto

- Descuida. Lo que ocurre aquí arriba es secreto profesional -el tono de voz de la Cubana era aburrido, complaciente.

Alentado por su promesa, Gervasio hombreó, bebió, cantó y bailó, hasta que los perfiles de las cosas empezaron a difuminarse y la habitación a darle vueltas. Entre baile y baile, el Cativo le guiñaba un ojo y se reía. La Cubana, al entrar en el salón y verse abordada por Fermín Linaje, había dicho fingiendo un entusiasmo que no sentía: "Tu amiguito cumplió; ya es un hombre". Y el Escorbuto rompió a aplaudir agitando muy deprisa sus breves antebrazos. Dos horas más tarde, en el lanchón de francos, Peter, víctima de unos tardíos celos adolescentes, le había echado en cara su debilidad:

- ¿Qué tienes tu que ver con el Escorbuto? ¿Por qué le dejas que te mangonee?

~~Y ¿a ti que te importa? ¿Puede saberse qué pito tocas en este pletto?~~

↳ (seguido)

- ¿Cuanto le debes?

- Dame dos duros; no has hecho nada

Sacó el billete y tímidamente le entregó tres:

- ¿Quieres hacerme un favor? -chabó. No le veas a mis amigos con el cuento.

Será el hazmerreír del puesto

- Descuida. Lo que ocurre aquí arriba es secreto profesional -el cono de voz

de la Cubana era aburrido, complaciente,

Atacado por su promesa, gervasio hombre, bebé, cantó y bailó, hasta que los

perfiles de las cosas empezaron a difuminarse y la habitación a dar la vuelta. En-

tre baile y baile, el Catino le guiñaba un ojo y se reía. La Cubana, al entrar en

el salón y verse abordada por Fernán Linde, había dicho fingiendo un entusiasmo que

no sentía: "Tu amiguito cumplió; ya es un hombre". Y el Escorbutico rompió a reírse

agitando muy deprisa sus breves antecroz. Dos horas más tarde, en el salón de

francos, Peter, víctima de unos tardos celos adolescentes, le había echado en ca-

ra su debilidad:

- ¿Qué tienes tu que ver con el Escorbutico? ¿Por qué le dejas que te manipule?

~~Y es él que te importa? ¿Qué dejas que él te manipule?~~

(sigue)

La escuadra amaneció calentando calderas. Las chimeneas de las unidades humeaban tenuemente en la queda mañana azul. Radio Bolina emitía rumores con contradictorios, aunque todos ellos relacionados con la llegada de las tropas nacionales a Vinaroz y la división en dos sectores de la zona republicana: La flota trataría de impedir la evacuación de dos regimientos copados en El Puntal. La flota se disponía a prestar apoyo artillero a las fuerzas que avanzaban sobre Cataluña. La flota iba a minar los puertos próximos a los frentes de operaciones... Empero, hasta la madrugada siguiente, una hora antes de rayar el alba, la escuadra no se hizo a la mar, en cabeza los cruceros, flanqueados por los viejos destructores de carbón; a popa, minadores y cañoneras. Al subir de guardia, Gervasio encontró a Peter en el espardek, los ojos brillantes, ilusionados:

- ¿Sabes ya dónde vamos?

Gervasio denegó con la cabeza:

- A las Columbretes. Un desembarco. ^{El Vulcano lleva} ~~Los minadores transportan tres unidades de Infantería de Marina.~~

- ¿Son islas las Columbretes?

- Bueno, ^{unos islotes de muy pequeño} ~~un archipiélago diminuto. Por sí mismo no significa nada,~~ pero, estratégicamente, a cuarenta millas de Castellón, tiene su importancia.

La geografía menuda, ajena a los manuales de bachillerato, iba haciéndosele familiar a Gervasio. En su cerebro coexistían la amplia geografía escolar y la cominera geografía bélica: La Pantellaria, La Grosa, Alborán, Las Chafarinas, y, de pronto, todo un archipiélago del que nunca había oído hablar: Las Columbretes.

Una atmósfera nítida acompañaba a la singladura. Pequeños bancos de toninas, desgajados de un marjal próximo, brincaban al sol, centelleantes y escurridizas. En la cubierta, batida por una brisa delicuescente, se congregaba la marinería, charlando en corros. Los destructores de carbón, humeando arro-

La escuadra amaneció calentando cañones. Las chimeneas de las unidades
 humaban tenuemente en la puesta mañana azul. Radio Golfo emitía ruidos con
 tradiciones, aunque todos ellos relacionados con la llegada de las tropas
 nacionales a Vineros y la división en dos sectores de la zona republicana.
 La flota francesa de impedir la evacuación de los refugios cesados en
 El Puntal. La flota se dispuso a prestar apoyo artillero a las fuerzas que
 avanzaban sobre Cataluña. La flota iba a mirar los puertos próximos a los
 frentes de operaciones... Empero, hasta la madrugada siguiente, una hora
 antes de rayar el alba, la escuadra no se hizo a la mar, en cabeza los cru-
 ceros, flanqueados por los viejos destructores de carbón; a popa, minisuberos
 y cañoneras. Al subir de guardia, Gervasio encontró a Pólen en el escudo.

Los ojos brillantes, Gervasio:

- ¿Sabes ya dónde vamos?

Gervasio denegó con la cabeza:

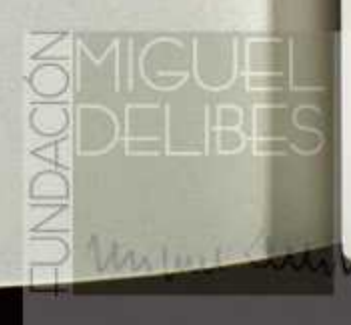
- A las Colombres. Un desembarco. Las unidades desembarcarán tras u-
 nidades de infantería de Marina.

- ¿Son falsas las Colombres?

- Bueno, un archipiélago de islas. Por el momento no sé si son o no, pero
 lo estratégico, a cuarenta millas de Castellón, étnica japonesa.

La geografía menuda, ajena a los mapas de batallas, los hacían
 desde familiar a Gervasio. En su cerebro existían la amplia geografía de
 color y la comarca geográfica básica: la Península, la Girona, Alborán, las
 Chafarinas, y de pronto, todo un archipiélago del que nunca había oído na-
 dar: Las Colombres.

Una atmósfera nítida acompañaba a la navegación. Los puertos blancos de to-
 ninas, desahogados de un marjal próximo, brillaban al sol, con reflejos y
 escurridizos. En la cubierta, batida por una brisa delicada, se congre-
 gaba la marinería, charlando en corras. Los destructores de carbón, humando



gantes, se anticipaban a los cruceros. Y en lontananza, entre la débil calima, emergían las siluetas enterizas de unos peñascos, recortándose sobre la difusa línea azul de la costa. Javier Medina, prismáticos al cuello, instruía a Peter en el espardek:

- La mayor es la Columbrete Grande. Detrás está la Ferrera y, a babor, la Horadada, a simple vista verás el agujero. Un poco a la izquierda, emparejadas, están la Churruca y la Bergantín.

Peter asentía, inquiría pormenores y solicitaba de Javier Medina una carta náutica (desconocía el archipiélago y, después de la operación, le agradecería incorporar la carta con el relato del desembarco a su archivo naval). Javier prometió dársela. Desde el primer día había visto en Peter un alumno aventajado y se había erigido en su mentor.

Desde el sombrero del puesto, rodeado por sus compañeros, después de escuchar el toque de zafarrancho, Gervasio graduaba los prismáticos, los enfocaba ^{hacia el} objetivo que, a medida que se adentraban en aguas someras, iba adquiriendo volumen y color. Los destructores, en navegación antisubmarina, corrían en zigzags las estelas de los cruceros, que en unión del minador Vulcano se aproximaban a la Columbrete Grande, donde albeaba la tosca arquitectura del faro, las blancas casitas molineras al pie (de las cuales, apenas una, con humo en la chimenea y cortinas en las ventanas, parecía habitada) y la baranda enjalbegada prolongando la línea de edificaciones. El crucero, al abrigo de la isla, aproaba al minúsculo grao donde una alarmada bandada de gaviotas levantó el vuelo ante su presencia para abatirse del otro lado de la roca. A bordo reinaba la tranquilidad propia de un ejercicio de tiro. El puesto A había circulado la orden de tomar el faro como ^{blanco,} objetivo, y asomado al antepecho Gervasio observaba el sincronizado giro de las torres, los antiaéreos de estribor en posición de tiro de superficie, la toma de puntería por parte del Vulcano y el resto de los cruceros. Producía una impresión patética aquella islilla indefensa tan sañudamente encañonada. Dámaso Valentín, que seguía divertido aquel inusitado despliegue de fuerzas, se volvió hacia él y dijo en ^{burlón:} tono ~~confidencial~~

- No iremos a fusilar a la isla, ¿verdad?

gantes, se anticipaban a los cruceros. Y en lentanas, entre la débil calma,
emergían las siluetas entarizadas de unos barcos, recorriéndose sobre la difu-
sa línea azul de la costa. Javier Medina, prisionero al cuello, instruye a

Peter en el español:

- La mayor es la Columbrete Grande. Detrás está la Ferrera y, a labor,
la Horadada, a simple vista verás el agujero. Un poco a la izquierda, angars-
tadas, están la Churrua y la Bergantín.

Peter asentía, impudica por momentos y solicitada de Javier Medina una car-
ta náutica (desconoce el archipiélago y, después de la operación, le agrade-
ría incorporar la carta con el relato del desembarco a su archivo naval). Ja-
vier prometió dársela. Desde el primer día había visto en Peter un alumno a-
venturado y se había erigido en su mentor.

Desde el amanecer del puerto, rodeado por sus compañeros, después de
escuchar el toque de castañuelas, Gervasio graduaba los prisioneros, los en-
focaba al objetivo que, a medida que se adelantaban en aguas someras, los ad-
quiriendo volumen y color. Los destructores, en navegación anticiclónica, cor-
laban en zigzag las estelas de los cruceros, que en unión del almirante Vulca-
no se aproximaban a la Columbrete Grande, donde apenas se podía apreciar
la del faro, las blancas casitas molineras al pie de las cales, apenas una,
con humo en la chimenea y cortinas en las ventanas, parecían hechas y la bar-
da enjabada profundando la línea de edificaciones. El crucero, al salir de
la isla, aprueba el minúsculo giro donde una alarada banda de gaviotas se-
vantó el vuelo ante su presencia para abatirse del otro lado de la roca. A

bordo reinaba la tranquilidad propia de un objetivo de tiro. El puerto A ha-
bía circulado la orden de tomar el faro como objetivo, y asomó al antepuerto
Gervasio observaba el sincronizado giro de las torres, los cañones de as-
tribor en posición de tiro de superficie, la toma de puntería por parte del
Vulcano y el resto de los cruceros. Producía una impresión peculiar aquella
táctica indolente tan suavemente encañonada. Gámeso Valerín, que seguía di-
vertido aquel instante desfilando de fuerzas, se volvió hacia él y dijo en

tono confidencial:
¡Vulca!

- No iremos a luchar a la isla, ¡vuelta!

~~¿Es que vamos a fusilar a la isla?~~

~~Parece un ajusticiamiento, coño. Es como si fuésemos a fusilar a la isla.~~

dos veces
una vez

Parpadeó el heliógrafo del Canarias sin obtener respuesta. Insistió, ^{dos veces} ~~una vez~~ ^{más en} (vano. Inopinadamente, tronó el cañoncito de avisos y el bando de gaviotas revoló chillando, tomó altura, y arrumbó hacia la isla Ferrera. La Columbrete Grande ^{continuaba} ~~seguía~~ muda. Una ráfaga de ametralladora respunteó el risco donde los edificios se asentaban y, entonces, dos figuras enjutas salieron de la casa, se detuvieron en el tozal y entre las dos agitaron nerviosamente una sábana blanca. El cabo Tubío, al telémetro, advirtió con su augusta voz clerical:

- Son dos ancianos, don Mario

Damasito rompió a reír tras él, acariciándose la mella del diente con la lengua:

- ¿Por qué no les declaramos la guerra? -bromeó a media voz.

En un principio, Gervasio se sintió abochornado. Aquellas poderosas bate-rías prestas a abrir fuego sobre dos viejecitos ^{desvalidos} ~~indefensos~~ (se le antojaba un alarde innecesario. Pero cuando volvió sus ojos hacia el Vulcano y divisó al destacamento de Infantería de Marina, las bayonetas caladas, formado en el combés, le invadió una febril excitación. Los infantes en perfecta formación, embarcándose en el bote y aproando al grao, le llevaban a evocar escenas de alguna novela leída en su ^{niñez.} ~~adolescencia~~. A simple vista distinguía los uniformes azulgrana, en fila india, ascendiendo por la trocha y a los dos ancianos, inmóviles en el teso, salir ~~finalmente~~ a su encuentro. El capitán charló con ellos unos momentos, se volvió luego hacia el sargento que le acompañaba y éste entró en el faro, salió al balcón e izó en el mástil una bandera rojigualda. En ese instante, las dotaciones de los barcos, se cuadraron, mientras el cañoncito de avisos del buque insignia rendía honores a la enseña disparando las veintiuna salvas de ordenanza. Algo cálido se derritió en el pecho de Gervasio, los pelos de las templas se avivaron, pero el contundente palmetazo de Dámaso en su espalda, le hizo reaccionar:

- Me gustan estas guerras, marinero. ¿Qué te parece? ¿Has visto como se conquista un archipiélago? ~~no~~

~~Parace un ajusticiamiento, como si fuesen a guillotinar a la~~

~~Parabed el heliógrafo del Canaris sin obtener respuesta. insistió, en~~

~~(vano. Inopinadamente, tronó el cañonazo de aviso y el bando de gaviotas re-~~

~~voló chillando, como alarido, y arrojó hacia la isla Ferrera, La Colombrera~~

~~Grande según ^{contaba} una rizada de ametralladora pesada que rizo donde los~~

~~edificios se asentaban y, entonces, dos figuras enjutas salieron de la casa,~~

~~se detuvieron en el fozal y entre las dos agitaban nerviosamente una sábana~~

~~blanca. El cabo Rubio, al telégrafo, advirtió con su aguda voz clerical:~~

~~- Son dos ancianos, don Martín~~

~~Damasio rompió a reír tras él, acariciándose la melis del diente con la~~

~~lengua:~~

~~- ¿Por qué no les declaramos la guerra? - bromó a media voz.~~

~~En un principio, Gervasio se sintió abochornado. Aquellas poderosas dete-~~

~~ras prestas a abrir fuego sobre dos viajeros ^{desconocidos} indolentes, se le antojaba un~~

~~alarde innecesario. Pero cuando volvió sus ojos hacia el vulcano y divisó el~~

~~descascamiento de las montañas de Marina, las bayonetas caídas, formado en el~~

~~combés, le invadió una febril excitación. Los infantes en perfecta formación,~~

~~embarcándose en el bote y apurando el remo, le hicieron a guisa de~~

~~alguna novela leída en su adolescencia. A simple vista distinguía los uniformes~~

~~mas exiguos, en filo índigo, ascendiendo por la trocha y a los dos ancianos,~~

~~inmóviles en el fozal, salir tímidamente a su encuentro. El capitán charló con~~

~~ellos unos momentos, se volvió luego hacia el sargento que le acompañaba y es-~~

~~te entró en el fozal, salió al balcón e hizo en el mástil una bandera poligonal.~~

~~En ese instante, las dotaciones de los barcos, se cuadraron, mientras el cañon-~~

~~azo de aviso del buque insignia rondó huecamente a la enseña disparando las~~

~~veintinueve salvas de ordenanza. Algo cálido se derritió en el pecho de Gervasio,~~

~~los pelos de las piernas se erizaron, pero el comandante palmeó de basto~~

~~en su espalda, le hizo reaccionar:~~

~~- Me gustan estas guerras, marino. ¿Qué te parece? ¿Has visto como se~~

Durante las últimas semanas se había ^{activado} desarrollado en Gervasio su facultad congénita para trasmutar la realidad, para ^{convertir en} ~~vestir de~~ gestas los sucesos más triviales, para magnificar la más pura inanidad. ^{Inspirado} ~~Exhortado~~ por su fantasía, la operación Columbretes (islas cuya existencia también ignoraba el tío Felipe Neri) ^{había sido,} ~~fué~~ (un desembarco florido, ~~e intrépido~~). En su carta, ^{habló,} sin mentir, de estrategia previa (navegación antisubmarina, preparación artillera), subsiguiente ametrallamiento, desembarco a bayoneta calada, ocupación de la isla, y, como feliz colofón, "el instante embriagador en que la enseña patria fué izada en la capital del archipiélago, acompañada por las veintiuna salvas de ordenanza". Al relatar la emotiva ceremonia, a Gervasio se le fué la pluma: "En ese grandioso momento, tío, se me vino a las mientes, la estampa de los viejos conquistadores tomando posesión de tierras de infieles en nombre de Su Majestad, el Rey de las Españas".

A Gervasio le iba ganando la fiebre de la literatura. Gustaba de hincharse, como un pavo real, trasudar sus emociones. La vaga intuición de que aquellas cartas pudieran servir un día de apoyo para delinear su perfil de héroe, le ponía en cuidado, le obligaba a vigilarse, a medir sus expresiones. Tío Felipe Neri le contestaba a vuelta de correo, cartas soflameras desbordadas de ardor patriótico, inevitablemente encabezadas con el consabido presupuesto filosófico: ¿Quién como Dios? : "Gracias a vuestro heroico sacrificio, la Patria empieza a renacer" -decía. Eran misivas cálidas, gratificadoras, pero que Gervasio hubiera preferido leer en la letra picuda, enérgica y nerviosa de Manana Abad. La niña del pelo mechado, a quien él enaltecía en el recuerdo, proseguía, sin embargo, atribuyendo un alcance deportivo, ~~casi turístico~~, a su empeño histórico: "Vivir en el mar, ¡Dios mio!, mi sueño de toda la vida". Gervasio refunfuñaba, desaprobando el frívolo juicio de la muchacha. Empero, de regreso a la base, tras la tartarinesca operación, ^{se)} ~~olvidó a~~ ^{de)} ~~(la~~ ^{y de sus juicios)} ~~niña~~ ante la desoladora carta de mamá Zita. Eduardo Custodio no se recuperaba. La terrible infección prácticamente le había dejado sin vista, apenas distinguía el día de la noche. Aprendía a leer en el sistema ^{Braille,} ~~Braylie,~~ para los ciegos. Acerca de su estado de espíritu nada podía decirle puesto que Eduardo se había cerrado

durante las últimas semanas se había desmoronado en Gervasio su facultad
 congénita para transmitir la realidad, para vencer de gestas los sucesos más
 triviales, para magnificar la más pura realidad. En su fantasía, la
 operación Colombine (falsas como existencias también ignoras el día feliz de
 (1) ^{había sido} un desembarco florido y maravilloso. En su carta, había, sin mentir, de
 estrategia previa (navegación antielectrónica, preparación artificial), subyugando
 el ametrallamiento, desembarco a bayonetas caladas, ocupación de la isla, y, co-
 mo feliz colofón, "el instante embriagador en que la ensada patria fue izada
 en la capital del archipiélago, acompañada por las veintinueve salvas de orde-
 nanza". Al relatar la emotiva coronación, a Gervasio se le fue la pluma: "En e-
 se grandioso momento, yo, se me vino a las mentes, la escampa de los victos
 conquistadores tomada posesión de tierras de indios en nombre de Su Mage-
 tad, el Rey de las Españas".

A Gervasio le iba ganando la fiebre de la literatura. Gustaba de hincharse
 como un pavo real, trasudar sus emociones, la vaga intención de que aquellas
 cartas pudieran servir un día de apoyo para definir su perfil de héroe. In-
 punta en cuidado, se obligaba a vigilar, a medir sus expresiones. No fel-
 pa allí se contestaba a vuelta de correo, cartas sofisticadas elaboradas de ar-
 der patriótica, inevitablemente escaradas con el consabido presupuesto filo-
 sófico: ¿Quién como Dios? "Gracias a vuestro heroico sacrificio, la Patria
 empieza a renacer" - decía. Era un lenguaje cálido, gratificante, pero que Ger-
 vasio hubiera preferido leer en la letra picada, enérgica y nerviosa de Man-
 de Abad. La niña del pelo mojado, a quien él guardaba en el recuerdo, prese-
 gna, sin embargo, atribuyendo un estanco deportivo, con sus ojos, a su en-
 peño histórico: "Vivir en el mar, Dios mío, mi sueño de toda la vida". Ger-
 vasio reafirmaba, desahogado el espíritu, desahogado el alma, de
 regreso a la base, tras la laboriosa operación, el día de la victoria la
 desoladora carta de mamá Rita. Cuando Gervasio no se recuperaba, la terrible
 intención prácticamente le había dejado sin vida, apenas distinguía el día
 de la noche. Aprendía a leer en el sistema Braille, para los ciegos. Acercó de
 su estado un espíritu nada podía decirle puesto que Eduardo se había cerrado

a cualquier intromisión. Mamá Zita concluía su carta exhortándole a pedir por él. "Me da miedo ese chico -escribía. ¿Qué ideas bullen dentro de su desgraciada cabeza?". Estas últimas frases, que gratuitamente relacionó con su frustrada escaramuza con la Cubana, sumieron a Gervasio en una erosiva crisis religiosa. Tenía que rezar por él. Pero ¿estaba su conciencia en condiciones de rezar por nadie? ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a la iglesia, que no comulgaba? ¿Resultaba coherente que mientras su amigo perdía la vista, él pasara la tarde en un ^{burdel?} prostíbulo? ¿Era propio de un cruzado semejante comportamiento? Apeló a su soledad, a la debilidad humana, a la flaqueza de la carne, para justificarse, mas, en cualquier caso, ¿era consecuente que las huestes de Cristo Rey viviesen en pecado, peleasen en pecado, muriesen en pecado? ¿Sabía, siquiera, si Tato Delgado había muerto en gracia? ¿Y el resto de los caídos del Baleares? ¿Apreciaría, quizá, el Señor contrición en su sacrificio y los salvaría? ¿Por qué razón las palabras de los cruzados de la Cruzada iban por un lado y su conducta por otro? Y si su comportamiento era fementido, desleal con los principios, ¿en qué se diferenciaban los cruzados de los rojos?

Hasta que decidió confesarse pasó unos días de religiosa inestabilidad. A Dámaso Valentín le sorprendió su resolución:

- No me digas que vas a matar la tarde en una iglesia, marinero.

Había una enfática arrogancia en la respuesta de Gervasio:

- ¿Por qué luchamos, entonces?

Se metió en la Catedral a las cinco de la tarde y pasó dos horas sentado en un banco, bajo la luz versicolor de los vitrales, repitiendo puerilmente: "Señor, que vea Eduardo; que mi amigo no se quede ciego". Al cabo de una hora, en un arrebató místico, Gervasio planteó al Señor un curioso trueque: la vista de su ojo izquierdo por la del ojo derecho de su amigo ~~de~~ Eduardo Custodio. Tentado estuvo de ofrecer los dos, pero le faltó coraje, receloso de que el Señor le tomara por la palabra, aunque para acallar los reproches de su conciencia se dijo que tampoco era equitativo que Eduardo recuperase la vista de los dos ojos (sin miopía, además) mientras él se quedaba ciego para el resto de sus días. Pese a lo condicionado de su propuesta, le emocionó su propio des-

a cualquier intrusión. Más allá de lo que se le pide por él. "Me da miedo ese chico -escrito- que tiene dentro de su desgracia de cabeza". Estas últimas frases, que gratuitamente refieren con su frustración de escaramuzas con la Cubana, surgen a guisa de una crisis religiosa. Tenía que rezar por él. Pero estaba su conciencia en condiciones de rezar por nadie? Cuánto tiempo hasta que no iba a la iglesia, que no comulgaba? ¿Qué culpa coherente que mientras su amigo se iba a casa la tarde en un presbiterio? Era propio de un cruzado semejante comportamiento? ¿Qué a su soledad, a la debilidad humana, a la fragilidad de la carne, para justificarse, mas, en cualquier caso, con consecuencia que las huellas de Cristo hay visto en un pecado, peccatum in peccato, murmurar en pecado? ¿Qué, si el resto de los católicos del Batavia, ¿por qué, quizás, el Señor con su sacrificio y los salvados por qué razón las palabras de los cruzados de la Cruzada iban por un lado y su conducta por otro? Y si su comportamiento era semejante, ¿qué con los principios, ¿en qué se diferenciaban los cruzados de los reyes?

Hasta que decidió contarse pasó unos días de religiosa inestabilidad. A Dámaso Valentin le sorprendió su resolución.

- No me digas que vas a matar la tarde en una iglesia, hermano.

¿Había una entélica arrogancia en la respuesta de Dámaso?

- ¿Por qué luchamos, entonces?

Se metió en la Catedral a las cinco de la tarde y pasó dos horas sentado en un banco, bajo la luz vertical de los vitrales, contemplando puramente "Señor, que ves Eduardo, que mi amigo no se queda ciego". Al cabo de una hora en un arrebato místico, Dámaso plantó al Señor un curioso triángulo: la vista de su ojo izquierdo por la del ojo derecho de su amigo Eduardo Eustodio. Tentado estuvo de ofrecer las dos, pero le faltó coraje, temeroso de que el Señor le tomara por la palabra, aunque para acallar los reproches de su conciencia se dijo que tampoco era equitativo que Eduardo recuperase la vista de los dos ojos (sin mirar, además) mientras él se quedaba ciego para el resto de sus días. Pese a lo contradictorio de su propuesta, le emocionó su propio des-

prendimiento, se sintió excelso, parejo a San Martín que, en una jornada inclemente, entregaba a un ~~desvalido~~ ^{por ~~diseno~~ necesitado} la mitad de su capa. Estaba seguro ^{de} (que la filantropía, el sentimiento de solidaridad, de Peter, jamás llegaría a tanto. Desprenderse de un ojo le supondría la renuncia a la Escuela Naval y esto no lo haría Peter ni por Eduardo Custodio ni por nadie. Tales fantasías caritativas, como antaño sus lucubraciones épicas, le realzaban ante sus ojos, le movían a sentirse superior al resto de los humanos.

Las inmensas naves desiertas, preservadas del ajetreo urbano por sus anchos muros de piedra sillar, ayudaban a Gervasio a concentrarse. Primero dispuso mentalmente sus pecados por orden alfabético: Cubana, Dios, Papá Telmo (su inhibición, su distanciamiento respecto a él) mas, a renglón seguido, decidió clasificarlos con arreglo a los Mandamientos: Decía Amar a Dios sobre todas las cosas pero más que a Él amaba a Manena Abad y cuanto mayores eran sus desdenes, más la amaba. Decía santificar las fiestas, pero más de dos domingos y de tres, se había quedado tumbado al sol en el espardek, junto al Escorbuto, en lugar de asistir a la misa que el Pater rezaba a las 11, en el sollado 4. Decía honrar padre y madre, pero, en el mejor de los casos, únicamente honraba a esta última; a papá Telmo le menospreciaba, se avergonzaba de él, odiaba sus convicciones, le juzgaba un mal patriota y desdeñaba sus consejos. Decía no fornicar pero lo había pretendido con la Cubana y el malogro de su acción le había ~~hecho avergonzarse & bochornado~~. El arreglo de cuentas con su conciencia le infundía un mullido bienestar, aunque una voz ^{interior} le decía ~~dentro de sí mismo~~, que, pese a su misticismo circunstancial, las cosas no cambiarían demasiado en el futuro. Sonó un portazo lejano y, a la derecha del altar mayor, apareció un cura consumido, de pasos arrastrados y seniles, y se confesó con él, a voces, gesticulando, para obviar su sordera. Y el domingo siguiente, nuevamente en la mar, comulgó en la misa de a bordo junto a cuatro docenas de compañeros. Al retirarse, en lugar de dar gracias a Dios y pedirle por su amigo ciego, estuvo echando cuentas, estableciendo proporciones. Si los comulgantes eran cincuenta entre 1200, la conclusión no podía resultar más desoladora: El navío apenas albergaba un cuatro por ciento de cruzados, luego aquella gue-

prendimiento, se sintió exaltado, parejo a San Martín que, en una jornada inle-
mente, entregaba a un devuelto la mitad de su capa. Estas seguridades la filan-
trópica, el sentimiento de solidaridad, de Peter, jamás llegaba a tanto. Des-
prenderse de un ojo le suondría la renuncia a la Escuela Naval y esto no lo
había Peter ni por Eduardo Custodio ni por nadie. Tales fantasías caritativas,
como antaño sus lucubraciones épticas, se relajaban ante sus ojos, le movían a
sentirse superior al resto de los humanos.

Las inmensas naves desiertas, preservadas del ajeteo urbano por sus an-
chos muros de piedra sillar, ayudaban a Gerardo a concentrarse. Primero dis-
puso mentalmente sus pecados por orden alfabético: Cubans, Dios, Padre Teleso (su
inhibición, su distanciamiento respecto a él) mas, a renglón seguido, decidió
clasificarlos con arreglo a los Mandamientos: Declarar a Dios sobre todas
las cosas pero más que a Él amaba a Manens Áden y cuanto mayores eran sus des-
denes, más la amaba. Decía santificar las fiestas, pero más de dos domingos
y de tres, se había quedado tumbado al sol en el espardek, junto al Escorbuto,
en lugar de asistir a la misa que el Pater rezaba a las 11, en el solado 4.
Decía honrar padre y madre, pero, en el mejor de los casos, únicamente honra-
ba a esta última; a padre teño le manoseaba, se avergonzaba de él, odiaba
sus convicciones, le juzgaba un mal patriota y desobedecía sus consejos. Decía
no fornicar pero le había pretendido con la Cubana y el malogro de su acción
le había llevado a sentirse avorazado. El arreglo de cuentas con su concien-
cia le infundía un malido bienestar, aunque una vez le decía hombre de-
miado, que, pese a su estatismo circunstancial, las cosas no cambiarían drama-
ticamente en el futuro. Sonó un portazo lejano y, a la derecha del altar mayor,
apareció un cura consumido, de pasos arrastrados y sencillos, y se confesó con
él, a voces, gesticulando, para obviar su serbura. Y el domingo siguiente,
nuevamente en la mar, consiguió en la misa de a bordo junto a cuatro decenas de
compañeros. Al retirarse, en lugar de dar gracias a Dios y pedirle por su ani-
go ciego, estuvo echando cuentas, estableciendo proporciones. Si los comigian-
tes eran cincuenta entre 1500, la conclusión no podía resultar más desoladora:
El navío apenas albergaba un cuarto por ciento de cruzados, luego aquella que-

rra tenía que ser ^{necesariamente} ~~forzosamente~~ algo diferente de lo que decía tío Felipe Neri. A última hora logró concentrarse y, mecido por una mar rizada pero no bronca, ofreció la Eucaristía por su amigo Eduardo Custodio (sin aludir al cambio de ojos) y por papá Telmo, no por su seguridad, sino una vez más para que se convirtiera.

"Revestido del hombre nuevo" ascendió ^{al espardeh,} ~~a cubierta,~~ comprensivo, abnegado, solidario, altruista, generoso y proclive al perdón. En la ametralladora de babor encontró a Luis Naveira, el Cativo, paisano del cabo Pita y se dirigió a él sin ambages. ¿Qué le había sucedido al cabo? ¿Cuáles eran los motivos de su tristeza, su hurañía, su amargura, su melancolía? El Cativo le miraba con sus rubias pupilas candorosas, haciendo chascar ruidosamente las articulaciones de sus dedos: "A mi no me preguntes, 377A. Yo no sé nada". Gervasio insistía e insistía y el Cativo se replegaba: "Mira 377A, cada uno es cada uno. A mi no me gusta entrometerme en la vida de los demás". Pero Gervasio, en su beatitud, en su anhelo de darse al prójimo, perseveraba: ¿Y la solidaridad? ¿Y el compañerismo? ¿Y la ayuda mutua? ¿Por qué peleamos aquí si no es para auxiliarnos los unos a los otros? Al fin, el Cativo, con su rostro infantil, de imberbes mofletes encendidos, dejó caer que la desgracia del cabo Pita era irremediable. Su único hermano, Máximo Pita, padre de siete criaturas, había sido asesinado en el pueblo a poco de empezar la guerra. Pero Gervasio, a quien la información se le hacía insuficiente, le ^{encareció,} le cercó, le acosó, le ~~suplicó,~~ mas el Cativo guardó silencio, no sabía más, lo dicho se lo había oído contar ^{a)} su padre, puesto que él no estaba en el pueblo cuando sucedieron los hechos.

Durante la guardia de tarde, el crucero alcanzó el litoral recién conquistado, cerca de Vinaroz, e interceptó un barco francés de pequeño tonelaje, el Balbec, que huía rumbo norte con refugiados. Dos horas después, encomendó la custodia de la presa al mercante artillado Mar Negro, viró en redondo y navegó paralelo a la costa, tan próximo, que los soldados y marineros intercambiaban saludos con gorros y pañuelos. Al anochecer, tres Martín Bomber dejaron caer sus bombas sobre ^{ellos.} ~~el crucero~~. Volaban tan altos (a más de 3.000 metros) que, a pesar de irrumpir por sorpresa, no lograron hacer blanco. Bartolomé Roselló,

Plaza de Toros de su ciudad. Se expresó hablando de su país con calor, con un trasfondo de sufrimiento. Los días, entre decaído y triste, se pasaban

... que tenía que ser... algo diferente de lo que decía tío Felipe...
A última hora logró concentrarse y, recido por una mar rizada pero no braca,
ofreció la Eucaristía por su amigo Eduardo Custodio (sin acudir al canto de
ojos) y por papá Telmo, no por su seguridad, sino una vez más para que se con-
viera.

"Revestido del hombre nuevo" ascendió a... (compreensivo, abnegado,
solidario, altruista, generoso y proclive al perdón. En la antraxiladora de
labor, encontró a Luis Haverre, el Catino, pasano del cabo Pita y se dirigió
a él sin andapés. ¿Qué le había sucedido al cabo? ¿Cuáles eran los motivos
de su tristeza, su huraña, su amargura, su malandancia? El Catino le miraba
con sus rubias pupilas candorosas, haciendo crecer ruidosamente las articula-
ciones de sus dedos: "A mí no me preguntas, Pita. Yo no sé nada".
Instata e instata y el Catino se repagaba: "Mira Pita, cada uno es cada uno.
A mí no me gusta entrometarme en la vida de los demás". Pero Corvasio, en su
beatitud, en su anhelo de darse al prójimo, perseveraba: ¿la solidaridad?
¿El compañerismo? ¿La ayuda mutua? ¿Por qué entonces aquí el no es para a-
uxiliarnos los unos a los otros? Al fin, el Catino, con su rostro infantil, de-
impresos rostros encendidos, dejó caer que la desgracia del cabo Pita era in-
remediable. Su único hermano, Méximo Pita, padre de siete criaturas, había si-
do asustado en el pueblo a poca de empezar la guerra. Pero Corvasio, a quien
la información se le hacía insuficiente, le recordó, le acordó, le suplicó, mas
el Catino guardó silencio, no sabía más, lo dicho se le había oído contar su
padre, puesto que él no estaba en el pueblo cuando sucedieron los hechos.

Durante la guardia de tarde, el crucero alcanzó el litoral rectén computa-
lado, cerca de Vinaroz, e interceptó un barco francés de pequeña tonelaje, el
Balbec, que hula rumbo norte con refugidos. Dos horas después, encomendó la
custodia de la presa al mercante Artillado Mar Negro, viró en redondo y navegó
paralelo a la costa, tan próximo que los soldados y marineros intercambiaban
saludos con gorros y pañuelos. Al anochecer, tres Martin Bomber dejaron caer
sus bombas sobre el crucero. Volaban tan altos (a más de 3.000 metros) que a
pesar de irrupir por sorpresa, no lograron hacer blanco. Barcelomé Roselló,

el Mallorquín, con sus cejas incógnitas, había dirigido el tiro de barreras y Gervasio, arqueado sobre el acústico, seca la boca, encogido el estómago, el vientre mohino, atemperado su miedo por el convencimiento de que, en el peor de los casos, sería capaz de ganar la costa a nado (donde los soldados que vivaqueaban en las playas le recibirían en olor de multitud), ordenó con voz henchida: "¡fuego, fuego, fuego!", hasta enronquecer y, a la noche, en la segunda guardia, ^{cansado,} ~~amodorrado,~~ el cielo abierto, la mar en calma, la conciencia limpia y el ánimo templado, se quedó profundamente dormido por segunda vez. Al despertar, entre las sombras, divisó la cogotuda silueta del cabo Pita, ^{a su lado,} envuelto en el frailuno capotón, tapando con la mano los cristales externos de los prismáticos. Se encogió sobre sí mismo desfondado y, al igual que la primera vez, dejó deslizar su trasero ^{por} ~~sobre~~ el taburete de hierro hasta quedar de pié, avergonzado y confuso, junto al cabo Pita:

- ¿A que viniste a la guerra, 377A . ¿A dormir?
- A pelear, cabo Pita. Me alisté voluntario para luchar por España.
- ¿Es que los castellanos lucháis por España con los ojos cerrados?

Guardó silencio; se sentía acorralado, la cabeza hueca. Miodelo tocaba Carrasclás en la otra banda mientras el flaco Santoña, vigilaba el cachete. El cabo Pita le miraba de arriba abajo, aguardando una respuesta. Gervasio resolvió cerrar los ojos y jugarse el todo por el todo:

- No dará parte por escrito, ¿verdad cabo Pita?
- Yo no doy partes por escrito, 377A, entérate de una vez; ^{yo no soy de esos.} Pero eso no justifica que tu abuses de mi buena disposición.

Tras la comunión de la víspera, la magnanimidad del cabo Pita acabó de reblandecerle el corazón; se sintió tierno, cirineo, audaz. Y cuando le ^{dió} ~~espetó~~ de sopetón al cabo que conocía el tormento de su hermano y lo deploraba, los ojos de Pita, dos manchas oscuras en la penumbra, brillaron estupefactos un momento, pero no acertó a responder. Entonces Gervasio, subitamente confidencial, le habló con pasión de aquello que, desde que comenzó la guerra, celaba como una vergüenza: la prisión de papá Telmo. Papá Telmo republicano, inconformista, desclasado, ^{encerrado)} ~~detenido~~ desde los primeros días del Alzamiento en la Plaza de Toros de su ciudad. Se sorprendió hablando de su padre con calor, con un trasfondo de entusiasmo, con afecto. Entre papá Telmo y Pita, el muchacho

el hallazgo, con sus cejas frías, había dirigido el tiro de berrugas y
 Gerardo, arrojado sobre el acético, seca la boca, encogido el estómago, el
 vientre mojado, atemorado su miedo por el convencimiento de que, en el peor
 de los casos, sería capaz de ganar la costa a nado (donde los salvados que vi-
 vadaban en las playas le recibirían en olor de multitud), ordenó con voz hon-
 chida: "¡fuego, fuego, fuego!", hasta empujarse y, a la noche, en la segunda
 guardia, ^{luz} encendido, el cielo ardiente, la mar en calma, la bandera roja
 y el ánimo encendido, se quedó profundamente dormido por segunda vez. Al despertar
 tar, entre las sombras, dividió la copiosa siesta del capo Pita, envuelto en
 el frío capotón, tapando con la mano las cejas externas de los ojos
ricos. Se encogió sobre sí mismo destandado y, al igual que la primera vez,
 dejó deslizar su trazero sobre el taburete de alero hasta quedar de pie, aver-
gonado y confuso, junto al capo Pita.

- A que vinita a la guerra, 375A, 375B, 375C, 375D, 375E, 375F, 375G, 375H, 375I, 375J, 375K, 375L, 375M, 375N, 375O, 375P, 375Q, 375R, 375S, 375T, 375U, 375V, 375W, 375X, 375Y, 375Z, 375AA, 375AB, 375AC, 375AD, 375AE, 375AF, 375AG, 375AH, 375AI, 375AJ, 375AK, 375AL, 375AM, 375AN, 375AO, 375AP, 375AQ, 375AR, 375AS, 375AT, 375AU, 375AV, 375AW, 375AX, 375AY, 375AZ, 375BA, 375BB, 375BC, 375BD, 375BE, 375BF, 375BG, 375BH, 375BI, 375BJ, 375BK, 375BL, 375BM, 375BN, 375BO, 375BP, 375BQ, 375BR, 375BS, 375BT, 375BU, 375BV, 375BW, 375BX, 375BY, 375BZ, 375CA, 375CB, 375CC, 375CD, 375CE, 375CF, 375CG, 375CH, 375CI, 375CJ, 375CK, 375CL, 375CM, 375CN, 375CO, 375CP, 375CQ, 375CR, 375CS, 375CT, 375CU, 375CV, 375CW, 375CX, 375CY, 375CZ, 375DA, 375DB, 375DC, 375DD, 375DE, 375DF, 375DG, 375DH, 375DI, 375DJ, 375DK, 375DL, 375DM, 375DN, 375DO, 375DP, 375DQ, 375DR, 375DS, 375DT, 375DU, 375DV, 375DW, 375DX, 375DY, 375DZ, 375EA, 375EB, 375EC, 375ED, 375EE, 375EF, 375EG, 375EH, 375EI, 375EJ, 375EK, 375EL, 375EM, 375EN, 375EO, 375EP, 375EQ, 375ER, 375ES, 375ET, 375EU, 375EV, 375EW, 375EX, 375EY, 375EZ, 375FA, 375FB, 375FC, 375FD, 375FE, 375FF, 375FG, 375FH, 375FI, 375FJ, 375FK, 375FL, 375FM, 375FN, 375FO, 375FP, 375FQ, 375FR, 375FS, 375FT, 375FU, 375FV, 375FW, 375FX, 375FY, 375FZ, 375GA, 375GB, 375GC, 375GD, 375GE, 375GF, 375GG, 375GH, 375GI, 375GJ, 375GK, 375GL, 375GM, 375GN, 375GO, 375GP, 375GQ, 375GR, 375GS, 375GT, 375GU, 375GV, 375GW, 375GX, 375GY, 375GZ, 375HA, 375HB, 375HC, 375HD, 375HE, 375HF, 375HG, 375HH, 375HI, 375HJ, 375HK, 375HL, 375HM, 375HN, 375HO, 375HP, 375HQ, 375HR, 375HS, 375HT, 375HU, 375HV, 375HW, 375HX, 375HY, 375HZ, 375IA, 375IB, 375IC, 375ID, 375IE, 375IF, 375IG, 375IH, 375II, 375IJ, 375IK, 375IL, 375IM, 375IN, 375IO, 375IP, 375IQ, 375IR, 375IS, 375IT, 375IU, 375IV, 375IW, 375IX, 375IY, 375IZ, 375JA, 375JB, 375JC, 375JD, 375JE, 375JF, 375JG, 375JH, 375JI, 375JJ, 375JK, 375JL, 375JM, 375JN, 375JO, 375JP, 375JQ, 375JR, 375JS, 375JT, 375JU, 375JV, 375JW, 375JX, 375JY, 375JZ, 375KA, 375KB, 375KC, 375KD, 375KE, 375KF, 375KG, 375KH, 375KI, 375KJ, 375KK, 375KL, 375KM, 375KN, 375KO, 375KP, 375KQ, 375KR, 375KS, 375KT, 375KU, 375KV, 375KW, 375KX, 375KY, 375KZ, 375LA, 375LB, 375LC, 375LD, 375LE, 375LF, 375LG, 375LH, 375LI, 375LJ, 375LK, 375LL, 375LM, 375LN, 375LO, 375LP, 375LQ, 375LR, 375LS, 375LT, 375LU, 375LV, 375LW, 375LX, 375LY, 375LZ, 375MA, 375MB, 375MC, 375MD, 375ME, 375MF, 375MG, 375MH, 375MI, 375MJ, 375MK, 375ML, 375MM, 375MN, 375MO, 375MP, 375MQ, 375MR, 375MS, 375MT, 375MU, 375MV, 375MW, 375MX, 375MY, 375MZ, 375NA, 375NB, 375NC, 375ND, 375NE, 375NF, 375NG, 375NH, 375NI, 375NJ, 375NK, 375NL, 375NM, 375NN, 375NO, 375NP, 375NQ, 375NR, 375NS, 375NT, 375NU, 375NV, 375NW, 375NX, 375NY, 375NZ, 375OA, 375OB, 375OC, 375OD, 375OE, 375OF, 375OG, 375OH, 375OI, 375OJ, 375OK, 375OL, 375OM, 375ON, 375OO, 375OP, 375OQ, 375OR, 375OS, 375OT, 375OU, 375OV, 375OW, 375OX, 375OY, 375OZ, 375PA, 375PB, 375PC, 375PD, 375PE, 375PF, 375PG, 375PH, 375PI, 375PJ, 375PK, 375PL, 375PM, 375PN, 375PO, 375PP, 375PQ, 375PR, 375PS, 375PT, 375PU, 375PV, 375PW, 375PX, 375PY, 375PZ, 375QA, 375QB, 375QC, 375QD, 375QE, 375QF, 375QG, 375QH, 375QI, 375QJ, 375QK, 375QL, 375QM, 375QN, 375QO, 375QP, 375QQ, 375QR, 375QS, 375QT, 375QU, 375QV, 375QW, 375QX, 375QY, 375QZ, 375RA, 375RB, 375RC, 375RD, 375RE, 375RF, 375RG, 375RH, 375RI, 375RJ, 375RK, 375RL, 375RM, 375RN, 375RO, 375RP, 375RQ, 375RR, 375RS, 375RT, 375RU, 375RV, 375RW, 375RX, 375RY, 375RZ, 375SA, 375SB, 375SC, 375SD, 375SE, 375SF, 375SG, 375SH, 375SI, 375SJ, 375SK, 375SL, 375SM, 375SN, 375SO, 375SP, 375SQ, 375SR, 375SS, 375ST, 375SU, 375SV, 375SW, 375SX, 375SY, 375SZ, 375TA, 375TB, 375TC, 375TD, 375TE, 375TF, 375TG, 375TH, 375TI, 375TJ, 375TK, 375TL, 375TM, 375TN, 375TO, 375TP, 375TQ, 375TR, 375TS, 375TT, 375TU, 375TV, 375TW, 375TX, 375TY, 375TZ, 375UA, 375UB, 375UC, 375UD, 375UE, 375UF, 375UG, 375UH, 375UI, 375UJ, 375UK, 375UL, 375UM, 375UN, 375UO, 375UP, 375UQ, 375UR, 375US, 375UT, 375UU, 375UV, 375UW, 375UX, 375UY, 375UZ, 375VA, 375VB, 375VC, 375VD, 375VE, 375VF, 375VG, 375VH, 375VI, 375VJ, 375VK, 375VL, 375VM, 375VN, 375VO, 375VP, 375VQ, 375VR, 375VS, 375VT, 375VU, 375VV, 375VW, 375VX, 375VY, 375VZ, 375WA, 375WB, 375WC, 375WD, 375WE, 375WF, 375WG, 375WH, 375WI, 375WJ, 375WK, 375WL, 375WM, 375WN, 375WO, 375WP, 375WQ, 375WR, 375WS, 375WT, 375WU, 375WV, 375WW, 375WX, 375WY, 375WZ, 375XA, 375XB, 375XC, 375XD, 375XE, 375XF, 375XG, 375XH, 375XI, 375XJ, 375XK, 375XL, 375XM, 375XN, 375XO, 375XP, 375XQ, 375XR, 375XS, 375XT, 375XU, 375XV, 375XW, 375XX, 375XY, 375XZ, 375YA, 375YB, 375YC, 375YD, 375YE, 375YF, 375YG, 375YH, 375YI, 375YJ, 375YK, 375YL, 375YM, 375YN, 375YO, 375YP, 375YQ, 375YR, 375YS, 375YT, 375YU, 375YV, 375YW, 375YX, 375YY, 375YZ, 375ZA, 375ZB, 375ZC, 375ZD, 375ZE, 375ZG, 375ZH, 375ZI, 375ZJ, 375ZK, 375ZL, 375ZM, 375ZN, 375ZO, 375ZP, 375ZQ, 375ZR, 375ZS, 375ZT, 375ZU, 375ZV, 375ZW, 375ZX, 375ZY, 375ZZ.

Yo no doy partes por escrito, 375A, 375B, 375C, 375D, 375E, 375F, 375G, 375H, 375I, 375J, 375K, 375L, 375M, 375N, 375O, 375P, 375Q, 375R, 375S, 375T, 375U, 375V, 375W, 375X, 375Y, 375Z, 375AA, 375AB, 375AC, 375AD, 375AE, 375AF, 375AG, 375AH, 375AI, 375AJ, 375AK, 375AL, 375AM, 375AN, 375AO, 375AP, 375AQ, 375AR, 375AS, 375AT, 375AU, 375AV, 375AW, 375AX, 375AY, 375AZ, 375BA, 375BB, 375BC, 375BD, 375BE, 375BF, 375BG, 375BH, 375BI, 375BJ, 375BK, 375BL, 375BM, 375BN, 375BO, 375BP, 375BQ, 375BR, 375BS, 375BT, 375BU, 375BV, 375BW, 375BX, 375BY, 375BZ, 375CA, 375CB, 375CC, 375CD, 375CE, 375CF, 375CG, 375CH, 375CI, 375CJ, 375CK, 375CL, 375CM, 375CN, 375CO, 375CP, 375CQ, 375CR, 375CS, 375CT, 375CU, 375CV, 375CW, 375CX, 375CY, 375CZ, 375DA, 375DB, 375DC, 375DD, 375DE, 375DF, 375DG, 375DH, 375DI, 375DJ, 375DK, 375DL, 375DM, 375DN, 375DO, 375DP, 375DQ, 375DR, 375DS, 375DT, 375DU, 375DV, 375DW, 375DX, 375DY, 375DZ, 375EA, 375EB, 375EC, 375ED, 375EE, 375EF, 375EG, 375EH, 375EI, 375EJ, 375EK, 375EL, 375EM, 375EN, 375EO, 375EP, 375EQ, 375ER, 375ES, 375ET, 375EU, 375EV, 375EW, 375EX, 375EY, 375EZ, 375FA, 375FB, 375FC, 375FD, 375FE, 375FF, 375FG, 375FH, 375FI, 375FJ, 375FK, 375FL, 375FM, 375FN, 375FO, 375FP, 375FQ, 375FR, 375FS, 375FT, 375FU, 375FV, 375FW, 375FX, 375FY, 375FZ, 375GA, 375GB, 375GC, 375GD, 375GE, 375GF, 375GG, 375GH, 375GI, 375GJ, 375GK, 375GL, 375GM, 375GN, 375GO, 375GP, 375GQ, 375GR, 375GS, 375GT, 375GU, 375GV, 375GW, 375GX, 375GY, 375GZ, 375HA, 375HB, 375HC, 375HD, 375HE, 375HF, 375HG, 375HH, 375HI, 375HJ, 375HK, 375HL, 375HM, 375HN, 375HO, 375HP, 375HQ, 375HR, 375HS, 375HT, 375HU, 375HV, 375HW, 375HX, 375HY, 375HZ, 375IA, 375IB, 375IC, 375ID, 375IE, 375IF, 375IG, 375IH, 375II, 375IJ, 375IK, 375IL, 375IM, 375IN, 375IO, 375IP, 375IQ, 375IR, 375IS, 375IT, 375IU, 375IV, 375IW, 375IX, 375IY, 375IZ, 375JA, 375JB, 375JC, 375JD, 375JE, 375JF, 375JG, 375JH, 375JI, 375JJ, 375JK, 375JL, 375JM, 375JN, 375JO, 375JP, 375JQ, 375JR, 375JS, 375JT, 375JU, 375JV, 375JW, 375JX, 375JY, 375JZ, 375KA, 375KB, 375KC, 375KD, 375KE, 375KF, 375KG, 375KH, 375KI, 375KJ, 375KL, 375KM, 375KN, 375KO, 375KP, 375KQ, 375KR, 375KS, 375KT, 375KU, 375KV, 375KW, 375KX, 375KY, 375KZ, 375LA, 375LB, 375LC, 375LD, 375LE, 375LF, 375LG, 375LH, 375LI, 375LJ, 375LK, 375LM, 375LN, 375LO, 375LP, 375LQ, 375LR, 375LS, 375LT, 375LU, 375LV, 375LW, 375LX, 375LY, 375LZ, 375MA, 375MB, 375MC, 375MD, 375ME, 375MF, 375MG, 375MH, 375MI, 375MJ, 375MK, 375ML, 375MM, 375MN, 375MO, 375MP, 375MQ, 375MR, 375MS, 375MT, 375MU, 375MV, 375MW, 375MX, 375MY, 375MZ, 375NA, 375NB, 375NC, 375ND, 375NE, 375NF, 375NG, 375NH, 375NI, 375NJ, 375NK, 375NL, 375NM, 375NN, 375NO, 375NP, 375NQ, 375NR, 375NS, 375NT, 375NU, 375NV, 375NW, 375NX, 375NY, 375NZ, 375OA, 375OB, 375OC, 375OD, 375OE, 375OF, 375OG, 375OH, 375OI, 375OJ, 375OK, 375OL, 375OM, 375ON, 375OO, 375OP, 375OQ, 375OR, 375OS, 375OT, 375OU, 375OV, 375OW, 375OX, 375OY, 375OZ, 375PA, 375PB, 375PC, 375PD, 375PE, 375PF, 375PG, 375PH, 375PI, 375PJ, 375PK, 375PL, 375PM, 375PN, 375PO, 375PP, 375PQ, 375PR, 375PS, 375PT, 375PU, 375PV, 375PW, 375PX, 375PY, 375PZ, 375QA, 375QB, 375QC, 375QD, 375QE, 375QF, 375QG,

establecía)

intuía (un punto de afinidad. Y el cabo le escuchaba ^{confuso,} ~~engurruñado, confundido,~~ sin saber que partido tomar. Por primera vez, dentro del clima de incompreensión habitual, Gervasio aireaba la conducta civil de su padre con orgullo, persuadido de que era juzgada a la luz de otros principios. Al fin había hallado, entre su círculo de amigos y conocidos, uno capaz de valorar la actitud de papá Telmo. Y, de pronto, se le hizo claro que ningún hombre debe cohibir la libertad de pensar de otro hombre, pero, un prurito de ecuanimidad, le movió a narrar la muerte de tío Fadrique, asesinado con otros diez correigionarios, en el Cerro de los Angeles, al pié del Cristo ("un miliciano exclamó: "Muerto Dios, nada pintan aquí los monaguillos". Les colocaron frente al pedestal y les pegaron cuatro tiros, ¿que le parece, cabo Pita?"). El cabo, desconcertado, se bajó la capucha del capote, como si le estorbaba, o le diera calor, o le impidiese oír, y comenzó a hablar, primero entrecortadamente, luego con aplomo y convicción, incluso con ardor: También los otros en la aldea, habían obligado a su hermano Máximo a hacer el camino del Cristo, el viacrucis alrededor de la ermita y, en cada estación, le golpeaban sin duelo, de tal modo que cuando llegó a la última, no hubo necesidad de crucificarle, porque tenía el cráneo fracturado y estaba muerto. Temblaba el cabo Pita, aferrado al antepecho del mamparo, bajo las estrellas, y añadió desanudando la voz:

- Por eso yo creo que una cosa es mentar al Cristo y otra distinta creer en El. Porque lo que Cristo predicaba era que nos amásemos los unos a los otros.

Gervasio se vió arrinconado, sin salida, pero, proclive a la fraternidad como se sentía esta noche, dijo con una punta de voz:

- Es la guerra, cabo

- Ya lo sé que es la guerra, 377A, pero ¿quién inventó esta maldita guerra?

Gervasio se debatía como gato panza arriba. Recordó los anatemas de tío Felipe Neri en el salón de palacio, clamando, como un profeta miope y con úlcera de estómago, contra los excesos de la horda, y, al no encontrar otra res-

... y el caso se escuchaba...
 ... dentro del clima de incertidumbre...
 ... Gervasio...
 ... persuadido de que era jugado a la luz de otros principios...
 ... entre su círculo de amigos y conocidos...
 ... de papá Telmo...
 ... libertad de pensar de otro hombre...
 ... se movió a narrar la muerte de...
 ... en el Corro de los Angeles...
 ... "Muerto Dios, nada pinta aquí..."
 ... y les pagaron cuatro...
 ... se bajó la capucha del capote...
 ... y comenzó a hablar...
 ... con aplomo y convicción...
 ... había obligado a su hermano Máximo...
 ... el vicario alrededor de la ermita...
 ... de tal modo que cuando llegó a la...
 ... porque tenía el cráneo fracturado...
 ... al antepecho del mamparo...
 ... saludando la voz:

- Por eso yo creo que una cosa es mentar al Cristo y otra distinta creer en Él. Porque lo que Cristo predicha era que nos amásemos los unos a los otros.

Gervasio se vio arinconado, sin salida, pero, proclive a la fraternidad como se sentía esta noche, dijo con una punta de voz:

- Es la guerra, cabo.
 - Ya lo sé que es la guerra, XXV, pero también inventó esta maldita guerra.

Gervasio se debatía como gato panza arriba. Recordó los anatemas de la Iglesia Neri en el salón de baile, clamando, como un profeta mudo y con la cara de estómago, contra los excesos de la heresia, al no encontrar otra res-

puesta a mano, repitió lo que le había oído decir decenas de veces:

- Mi tío el militar ^{aseguraba} decía ~~(que en realidad)~~ la guerra estalló en 1934, cuando la revolución de octubre. Según él, lo que vino después era ya inevitable.

~~El cabo Pita se llevó una mano a la boca, como para conjurar un bostezo, la retiró y dijo conmovido:~~

- Aunque ~~en~~ ^{fuera}, 377A, algo falló.

- ~~Algo falló, sin embargo,~~ 377A. Si el oficio de los curas y el deber de los cristianos es perdonar, algo importante falló en ese momento.

Se hallaban tan enfrascados en la conversación que la primera vez que ^{Miodelo} ~~el flaco~~ Santoña, anunció, con tono apremiante, que se divisaba una sombra por la amura de babor, ninguno se movió, y luego, cuando lo repitió ^{el flaco} ~~y Miodelo~~ ^{Santoña} ~~lo~~ (llamó al cabo, ya en franco tono de alarma, se produjo una viva conmoción en el puesto. ^{Los cuatro} ~~Todos~~ hablaban a la vez, amontonados en el cachete, intentando seguir con los ojos el dedo de ^{Miodelo} Santoña, sobre el hombro de ^{Santoña} ~~Miodelo~~, ~~quien re-~~ ~~estado en la baranda, los prismáticos apretados contra los ojos, murmuraba con una serenidad apócrifa y forzada:~~

- Una sombra, cabo... ¡Dios ^{santo!} ~~me~~ Diez grados a babor. No la pierdo de vista. Avise al puesto A. Apure, cabo Pita, puede torpedearnos.

El cabo, Gervasio y Santoña enfocaban sus prismáticos en la dirección indicada. Pita habló después de recorrer detenidamente el sector:

- No doy con ella. ¿No serán figuraciones, Miodelo?

Una silueta negra, rígida, aristada, levantada de proa, silenciosa, pareció emerger súbitamente de las profundidades del mar ante los atónitos ojos de Gervasio:

- ¡Cielo Santo, es cierto! -exclamó sobrecogido, bloqueadas las vísceras, un leve temblor en los pelos del colodrillo, bajo el capuchón frailuno:

- ¡Está ahí mismo, a poco más de una milla, cabo, 20 grados a babor!

La sombra negra, sobre la mar negra, aparecía y se desvanecía en períodos fugaces, el pálido trazo de la estela como más perceptible referencia: una silueta chata, maciza, empinada, con exceso de obra muerta. Añadió Gervasio, como si su afán de precisión garantizara algo:

... que a mano, repitió lo que le había dicho de vez en cuando la revolución de octubre. Según él, lo que vino después era ya inevitable.

El caso Pita se llevó una mano a la boca, para no decir nada más.

Se hallaban tan enfrascados en la conversación que la primera vez que el Pita se anunció, con tono sorprendente, que se divisaba una sombra por la amura de babon, ninguno se movió, y luego, cuando se repitió y volvió a llamar al cabo, ya en franco como de alarín, se produjo una viva conexión en el puesto. Todos hablaban a la vez, bombardeados en el cachete, intentando seguir con los ojos el dedo de Sancho, sobre el hombro de Sancho, Sancho estaba en la derreda, los prismáticos apretados contra los ojos, murmurando con una seriedad espantosa y furiosa.

- Una sombra, cabo... ¡Dios está Dios gracias a babon. No la pierda de vista. Avise al puesto A. Aguar, cabo Pita, puede torpedearnos.

El cabo, Garvasio y Sancho enfocaban sus prismáticos en la dirección indicada. Pita habló después de recorrer detenidamente el sector:

- No doy con ella. Eso serán figuraciones, modelos.

Una silueta negra, rígida, arstada, levantada de pie, silenciosa, pareció emerger súbitamente de las profundidades del mar ante los atónitos ojos de Garvasio:

- ¡Cabo Santo, es cierto! - exclamó sorprendido, diqueadas las vice- ras, un leve temblor en los pejes del colorido, bajo el capuchón fríasimo: - ¡Está ahí mismo, a poco más de una milla, cabo, 20 grados a babon!

La sombra negra, sobre la mar negra, aparece y se desvaneca en pedruzcos fugaces, el pájaro trazo de la estela como más perceptible referencia: una silueta chata, maciza, empinada, con exceso de obra muerta. Además garvasio como si su alba de prestación garantizara algo:

- Demasiado alta para destructor y corta para crucero. ¿Aviso al puesto A, cabo Pita?

- Aguarda

- Y ¿si suelta los pepinos? ¡No nos vaya a ocurrir lo que al Baleares, cabo! -voceó alrmado Miodelo

El cabo Pita se había quedado en silencio, los prismáticos desmayados sobre el pecho, recostado en el telémetro, un poco adelantada la cogotuda cabeza, mirando al infinito, como inmolándose. Y ~~z~~ como si de pronto ~~z~~ recordase algo, se puso un cigarrillo entre los labios y sacó su chisquero del bolsillo anterior de la faena dispuesto a prenderle. Miodelo se avalanzó sobre él, manoteando:

- ¡No irá usted a fumar ahora, cabo! ~~¿Quiere~~ ^(Pretende) que nos manden al infierno!

Los gemidos nerviosos del teléfono del puesto A ~~z~~ le sobresaltaron. Miodelo se sentó en el sillín de hierro:

- Puesto A

- Puesto H

- ¿No vieron ustedes una sombra por babor? En este momento se pierde por la popa. Respondan. Corto.

Las palabras de Miodelo sonaban neutras, divagadoras, el rabillo del ojo en el cabo Pita, todavía recostado en el telémetro:

- Habla puesto H. Uno de nosotros ha creído ver esa sombra, pero no nos poníamos de acuerdo. No se veía con precisión. Esa es la razón de no haber dado parte. ~~Corto.~~

Crujió la membrana del puesto A como si se hubiera rajado:

- Habla puesto A. Ustedes deben saber que cualquier anomalía observada ha de ser comunicada al puente. Su omisión es grave. ¿Quién es el jefe de grupo? ~~Corto~~

Miodelo miró al cabo Pita, ensimismado, ajeno a la conversación. Bajó la voz para añadir:

- Habla puesto H. El cabo Pita. ~~Corto.~~

- Habla puesto A. De orden del señor Comandante que se ponga al telé-

- Demasiado alto para destructor y corto para crucero. Aviso al pue-
to A, Cabo Pita?

- Aguarda

- Y así suelta los puentes? ¿No nos va a ocurrir lo que al Balsera,
Cabo! -voceó almirante Midebo

El Cabo Pita se había quedado en silencio, los prismáticos desmayados
sobre el pecho, recostado en el teléfono, un poco adelantada la cabeza ca-
beza, mirando al infinito, como inmóvil. Y como si de pronto recordase
algo, se puso un cigarrillo entre los labios y sacó su chisquero del bolsillo
anterior de la faja dispuesto a prenderlo. Midebo se volvió sobre él, ma-
notando:

- ¡No irá usted a fumar ahora, Cabo! ¿Cuántos nos mandan al infier-
no!

Los gemidos nerviosos del teléfono del puesto A se sobresaltaron. Mide-
bo se sentó en el sillón de hierro

- Puesto A

- Puesto H

- ¿No vieron ustedes una sombra por haber? En este momento se pierde
por la popa. Respondan, Cabo.

Las palabras de Midebo sonaban neutras, divagatorias, el rebullido del o-
jo en el Cabo Pita todavía recostado en el teléfono:

- Había puesto H. Uno de nosotros ha creído ver esa sombra, pero no nos
podamos de acuerdo. No se veía con precisión. Esa es la razón de no haber
dado parte. Cabo.

Crució la membrana del puesto A como si se hubiera rajado:

- Había puesto A. Ustedes deben saber que cualquier anomalía obser-
vada ha de ser comunicada al puente. Su omisión es grave. ¿Quién es el jefe
de grupo? Cabo

Midebo miró al Cabo Pita, ensimismado, ajeno a la conversación. Bajó
la voz para añadir:

- Había puesto H. El Cabo Pita. Cabo.

- Había puesto A. De orden del señor Comandante que se ponga al telé-

fono el cabo Pita. Corto.

El cabo Pita movió la cabeza dos o tres veces ⁵ antes de sentarse, carraspeó, y dijo con voz quebrada: "Cabo Pita a sus órdenes". Luego se cruzó las puntas del capote sobre el vientre y aguardó impasible la respuesta. Su conducta, teniendo en cuenta su experiencia, era injustificable. ¿Cuál era la razón para ocultar al puente la sospecha de una sombra? La aludida sombra era real: se trataba del minador Marte, deliberadamente instrumentado ^{por el mando,} para probar la eficacia de los servicios de vigilancia del crucero. Los puestos A, B y C, habían respondido con diligencia. ¿A qué había sido debido el contumaz silencio del H?. Si la seguridad de la nave hubiera dependido de ese puesto y el enemigo hubiera sido real, a estas horas estaríamos todos en el fondo del mar. "Su conducta no admite excusas, cabo Pita -concluyó la voz metálica. Habrá que tomar medidas disciplinarias. Mañana, a las ocho de la mañana, pásese usted por el puente". ~~Corto.~~

- A sus órdenes, mi comandante

No cambió de postura al cerrar el interruptor. Miodelo, Santoña y Gervasio le observaban con un cierto distanciamiento, una mezcla de inculpación e indulgencia, como a una alimaña apresada en un cepo. Dijo el cabo Pita, rígido, sin volver la cabeza:

- Lo siento. No vi el minador ni tampoco me fié de vosotros. Si lo hubiera visto hubiésemos avisado. Soy el único responsable -se levantó, consultó el reloj de muñeca a la luz de las estrellas, aproximando mucho los ojos a la esfera, y agregó: -Tu, 377A, apura. Pasan veinte minutos de la hora. Avisa al relevo.

fono el cabo Pita. Corto.

El cabo Pita movió la cabeza dos o tres veces, antes de sentarse, cortas-
do, y dijo con voz quebrada: "Cabo Pita a sus órdenes". Luego se cruzó las
manos del capote sobre el vientre y aguardó impasible la respuesta. Su con-
ducta, teniendo en cuenta su experiencia, era injustificable. ¿Cuál era la
razón para ocultar al puente la sospecha de una sombra? La aludida sombra e-
ra real: se trataba del minador Narte, deliberadamente instrumentado para pro-
por la eficacia de los servicios de vigilancia del crucero. Los puestos A, B y
C, habían respondido con diligencia. La que había sido debido el comando zifan-
cho del H2. Si la seguridad de la nave hubiera dependido de ese puesto y el em-
plego hubiera sido real, a estas horas estaríamos todos en el fondo del mar.
"Su conducta no admite excusas, cabo Pita -concluyó la voz metálica. Habrá que
tomar medidas disciplinarias. Hágame, a las ocho de la mañana, pásese usted por
el puente". Corto.

- A sus órdenes, mi comandante

No cambió de postura al cerrar el interruptor. Nikolai, Santón y Gerasto
le observaban con un cierto distanciamiento, una especie de fúrpura e indif-
gencia, como a una alimaña atrapada en un cepo. Dijo el cabo Pita, rígido, sin
volver la cabeza:

- Lo siento. No vi el minador ni tampoco me fue de vosotros. Si lo hubie-
ra visto hubiéramos evitado. Soy el único responsable -se levantó, consultó
el reloj de muñeca a la luz de las estrellas, apretando mucho los ojos a la
esfera, y agregó: - Ju, 317A, apura. Pasa veinte minutos de la hora. Avista al
relato.

XXE

El cabo Pita fué sancionado con diez turnos de arresto, sanción que, dado el ritmo de salidas del crucero, equivalía a dos o tres meses sin saltar a tierra. Su entrevista con el comandante apenas trascendió. A más de evasivo, como ya era habitual en él, el cabo regresó cabizbajo, a la manera de un escolar sorprendido en falta flagrante. No dió explicaciones a nadie, ni nadie osó pedirselas tampoco; se aisló; literalmente se marginó. Radio Bolina, elogió su gallardía al asumir la responsabilidad del hecho, exculpando a los miembros de su grupo. No obstante, su falta produjo en el puesto H una amarga decepción. El descrédito ante los otros puestos de dirección de tiro era palmario. El H había sido el único que mo alertó al puente, y, con ello, la competencia de su dotación quedaba en entredicho. Una rivalidad tácita aconsejaba, en cualquier caso, comportarse como el mejor, y el cabo Pita, con veinte años de experiencia marinera, no lo ignoraba. Acaso por ello, al saberse responsable, se mostraba cada vez más remoto y encubridizo. Gervasio asistía al proceso de descomposición moral del cabo, ^{le vigilaba.} En las horas que precedieron al incidente del minador había confiado en superar su reserva, pero ahora se daba cuenta de que sus confianzas no obedecieron a una necesidad de comunicación, sino a un raptó de debilidad suscitado por el suyo propio. En las guardias siguientes esperó en vano que se reanudara el diálogo inconcluso, pero Pita se mantuvo mudo, ajeno al mundo exterior, hasta tal punto que cuando alguien se veía en la necesidad de recurrir a él, inevitablemente le cogía de sorpresa y el retorno a la realidad le suponía un auténtico esfuerzo mental. Peter, a quien Gervasio había informado sobre la muerte del hermano del cabo, le aconsejó apelar a algún subterfugio para invitarle a retomar el tema, pero las tentativas de Gervasio en este sentido resultaron fallidas. "Pita -como Damasito decía- no entró al trapo". Extraño a su pretensión, proseguía inmerso en su mundo, tan ensimismado que era capaz de dejar transcurrir las guardias sin pronunciar una palabra, si es caso, fumando algún que otro cigarrillo o bebiendo un trago de coñac del botellín-petaca que, desde la famosa noche, portaba en el bolsillo lateral de la faena. Gervasio

El cabo Pita fue sancionado con diez turnos de arresto, sanción que, dado el ritmo de salidas del crucero, equivalía a dos o tres meses sin salir a tierra. Su entrevista con el comandante apenas trascendió. A más de evasivo, como ya era habitual en él, el cabo regresó capitajato, a la manera de un escolar sorprendido en falta flagrante. No dio explicaciones a nadie, ni nadie osó pedirle las cuentas; se asió, literalmente se marginó. Radio Bolivia eligió su gallarda al susmir la responsabilidad del hecho, excusando a los miembros de su grupo. No obstante su falta produjo en el puesto H una amarga decepción. El descreído ante los otros puestos de dirección de tiro era palmario. El H había sido el único que se alertó al puente, y, con ello, la competencia de su dotación quedaba en entredicho. Una rivalidad feroz se suscitaba, en cualquier caso, comportarse como el mejor y el cabo Pita, con veinte años de experiencia marítima, no lo ignoraba. Acaso por ello, si se le atribuye responsabilidad, se mostraba cada vez más temeroso y encuadrado. Gervasio asistió al proceso de descomposición moral del cabo, en las horas que precedieron al incidente del menor había confiado en superar su reserva, pero ahora se daba cuenta de que sus confidencias no obedecieron a una necesidad de comunicación, sino a un capricho de debilidad suscitado por el suyo propio. En las guardias siguientes esperó en vano que se reanudara el diálogo inconcluso, pero Pita se mantuvo mudo, ajeno al mundo exterior, hasta tal punto que cuando alguien se veía en la necesidad de recurrir a él, inevitablemente le cogía de sorpresa y el retorno a la realidad le suponía un auténtico esfuerzo mental. Peter, a quien Gervasio había informado sobre la muerte del hermano del cabo, le aconsejó que se fuera a algún subterfugio para invitarlo a retomar el tema, pero las tentativas de Gervasio en este sentido resultaron fallidas. Pita -como Damasio decía- no entró al trapo. Extrajo a su pretensión, proscribiendo firmemente en su mundo, tan ensimismado que era capaz de dejar transcurrir las guardias sin pronunciar una palabra, si es caso, fumando algún que otro cigarrillo o bebiendo un trago de cañac del botellín-petaca que, desde la yamasa noche, portaba en el bolsillo lateral de la fauna. Gervasio

se limitaba, pues, a ^{observarle} ~~vigilarle~~ (a distancia, y Miodelo, solidarizado con él, con un respeto funeral hacia su mutismo, había dejado de tocar la armónica, hasta que una noche, Pita, que por razones ignoradas, tal vez un poco ebrio, compareció ~~menos hermético~~ ^{retrato cerrado} que de costumbre, le dijo, como si no hubiera advertido la interrupción de los conciertos:

- Miodelo, ¿por qué no te tocas El bonete del cura?

Miodelo, gratamente sorprendido, sacó la armónica de entre los pliegues del pañuelo y tocó El bonete del cura, a medio tono, con mucho sentimiento. De esta manera inesperada se reanudaron en las guardias nocturnas los solos de armónica de Miodelo.

Durante las horas de rancho, el cabo Pita presidía la mesa arcano y distante. Apenas comía, fumaba todo el tiempo y bebía un vaso de vino tras otro. Su inapetencia, advertida ya por Gervasio ^{desde} a su ingreso en el crucero, había ido en aumento y llegó a ser total ^{unas semanas} (después de su arresto. El cabo enflaquecía, se le abolsaban los pantalones en los fondillos, se le sumía el rostro, y, con ello, el cogote se pronunciaba, y en el ojo derecho le nació un tic que era como un guiño incompleto, reiterado y maquinal. Gervasio vivía pendiente de él, y aunque sabía que el cabo no comulgaba con los ideales del Alzamiento, se resistía, pese a su evidencia, a atribuir a mala fe el incidente del minador. En rigor, sustentaba sobre este punto criterios contrapuestos que variaban con las circunstancias. En ocasiones se decía: "Es un espía. Vió la sombra del minador como ^{los} ~~to-~~ ^{demás} dos (pero prefirió callarlo. Y ^{cuando} ~~en el momento en que~~ se recostó en el telémetro, e intentó encender un cigarrillo, estaba ofrendando el crucero a la causa de la República". Mas, si miraba de frente el azul cambiante de aquellos ojos erráticos, concluía que, al resistirse a comunicar al puente la presencia de la sombra, el cabo Pita había obrado noblemente, pretendiendo salvar del ridículo el buen nombre del puesto H. Lo cierto es, que en los zafarranchos y ejercicios de tiro que siguieron al incidente, el cabo Pita solía presentarse con retraso, a veces algo bebido, demoraba coger el blanco, y sus datos discrepaban a menudo de los de su compañero Javier Medina. ^{La vigilancia} ~~El acecho~~ del cabo que Gervasio inició por curiosidad, derivó hacia un espionaje sistemático, diligente, casi profesional. Controlaba con disimulo sus paseos por cubierta, sus esporádicas visitas a las ta-

se limitaba, pues, a vigilar a distancia y Modelo, asistiendo con él, con un respeto funeral hacia su autismo, había dejado de tocar la armonica, hasta que una noche, Pita, que por razones ignoradas, tal vez un poco enloquecido, comparció menos hábilmente que de costumbre, le dijo, como si no hubiera advertido la interrupción de las conciertos:

- Modelo, ¿por qué no te tocas El bonete del cura?

Modelo, gratamente sorprendido, sacó la armonica de entre los pliegues del pañuelo y tocó El bonete del cura, a medio tono, con mucho sentimiento. De esta manera inesperada se reanudaron en las guardias nocturnas, los solos de armonica de Modelo.

Durante las horas de noche, el cabo Pita presidia la mesa arcano y distante. Apenas comía, fumaba todo el tiempo y bebía un vaso de vino tras otro. Su inapetencia, advertida ya por Beresto a su ingreso en el cuartel, había ido en aumento y llegó a ser total después de su arresto. El cabo entusiasmado, se le abalanzaban los pantalones en los fondeos, se le sumía el rostro, y, con ello, el cogote se pronunciaba, y en el ojo derecho le hacía un tic que era como un guiño incompleto, retorcido y caparrosal. Beresto vivió pendiente de él, y sumido que sabía que el cabo no comulgaba con los ideales del Alzamiento, se resistió, paso a su evidencia, a atribuir a nada de él la insubordinación del momento. En rigor, sustentaba sobre este punto criterios contrarios que variaban con las circunstancias.

En ocasiones se decía: "Es un ángel", y la suya del momento como de los otros prefirió callarlo. Y en el momento en que se tocó en el telégrafo, intentó encender un cigarrillo, estaba ordenando el crepúsculo a la causa de la "República". Mas, al mirarla de frente el azul cambiante de aquellos ojos erectos, concluyó que, al resistirse a comunicar al puente la presencia de la sombra, el cabo Pita había obrado noblemente, pretendiendo salvar del ridículo el buen nombre del puesto. Lo cierto es, que en los experimentos y ejercicios de tiro que siguieron al incidente, el cabo Pita solía presentarse con retraso, a veces algo perdido, demoraba coger el blanco, y sus datos escapaban a menudo de los de su compañero Javier Medina. El momento en que Beresto intentó por último, decirle hacía un espiñante estacionario, diligente, casi profesional. Contrólalo con distanciamiento sus pasos por cualquier, sus esporádicas visitas a las fa-

quillas, sus incursiones al mayordomo, sus escarceos por pañoles y sollados. De este modo pudo descubrir una amistad ignorada de Pita: el cabo Poncela, el pagador del pañol de popa, en el sollado 2. Allí se veían diariamente, conversaban, cambiaban notas y papeles, y una tarde, minutos antes de salir francos, vestido ya con la gala, Gervasio siguió a Pita hasta los beques y allí vió como entregaba a Poncela un abultado sobre por encima del medio mamparo que separaba los jardines de marinería. El cabo Poncela, tocado con el lepanto, dispuesto a saltar a tierra, se apresuró a ocultar el sobre en el saquillo blanco de la ropa sucia. El corazón le latía a Gervasio en la garganta. Siguió al cabo hasta el lanchón de francos y, una vez en tierra, hasta una de las últimas casitas del Arrenal, de donde salió, minutos después, sin el saquillo blanco y con otro listado en la mano. Acto seguido, el cabo, siempre solo, dió dos vueltas al Paseo del Borne, antes de sentarse en la terraza de la Granja Reus. A través del cristal, desde otra mesa, en el interior del café, simulando leer el periódico, Gervasio le observaba. El cabo Poncela había pedido un café con leche y una ensaimada, y antes de concluir la merienda, un hombre alto, con los ojos sin pestañas, rojos los ribetes de los párpados, ataviado con una holgada americana de rayas grises y negras, se sentó en la mesa contigua y pidió un café solo. En el trance de pagar la consumición, el cabo Poncela hurgó en el saquillo listado, sacó de él el grueso sobre, lo depositó distraídamente en la silla vacía que le separaba del hombre sin pestañas y se puso en pié. Los latidos del corazón de Gervasio eran tan violentos que se ahogaba. Vio alejarse al cabo Poncela y perderse entre el gentío, mientras el hombre de los ojos sin pestañas recogía el sobre de la silla de mimbre, lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta y se incorporaba también. Gervasio le siguió hasta la calle Cifré, dobló luego por la de San Cayetano, muy concurrida, y aceleró el paso para no quedar rezagado. Aunque por dos veces volvió la cabeza, el hombre de los ojos desvalidos caminaba confiado, sin prisas, haciendo ^{periódicos} breves ^{altos}. Gervasio le seguía, deteniéndose en las esquinas, en los oscuros zaguanes y, conforme se adentraban en el dedalo de callejuelas del barrio antiguo y el tráfigo empezaba a decrecer, dejaba aumentar la distancia que los separaba. Bruscamente, el hombre de la chaqueta listada se

dallas, sus incursiones al mayordomo, sus esparcos por papeles y volantes. De
 esta modo pudo descubrir una amistad formada de Pita: el cabo Ponceña, el pago-
 dor del paño de gopa, en el colgado E. Allí se veían diariamente, conversaban,
 cambiaban notas y papeles, y una tarde, minutos antes de salir francos, vesti-
 de ya con la gala, Gervasio siguió a Pita hasta las pedras y allí vió como entre-
 gaba a Ponceña un abultado sobre por encima del medio mango que segraba los
 jardines de marinería. El cabo Ponceña, tocado con el levanto, dispuesto a sal-
 tar a tierra, se apresuró a ocultar el sobre en el saculillo blanco de la ropa su-
 cia. El corazón le latía a Gervasio en la garganta. Siguió al cabo hasta el lan-
 chón de francos y, una vez en tierra, hasta una de las últimas casitas del Are-
 nai, de donde salió, minutos después, sin el saculillo blanco y con otro listado
 en la mano. Acto seguido, el cabo, siempre solo, dió dos vueltas al paseo del
 Borne, antes de sentarse en la terraza de la Granja Real. A través del cristal,
 desde otra mesa, en el interior del café, ateniéndose leer el periódico, Gervasio
 le observaba. El cabo Ponceña había pedido un café con leche y una ensalada y
 antes de concluir la merienda, un hombre alto, con los ojos sin pestañas, rojos
 los ribetes de los párpados, ataviado con una holgada americana de rayas grises
 y negras, se sentó en la mesa contigua y pidió un café solo. En el trance de pa-
 gar la consumición, el cabo Ponceña surgió en el saculillo listado, sacó de él el
 grueso sobre, lo depositó distraidamente en la silla vacía que le separaba del
 hombre sin pestañas y se puso en pie. Los latidos del corazón de Gervasio eran
 tan violentos que se ahogaba. Vió alzarse al cabo Ponceña y perderse entre el
 gentío, mientras el hombre de los ojos sin pestañas, cogía el sobre de la si-
 lla de almirante, lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta y se incorpo-
 raba también. Gervasio le siguió hasta la calle Círculo, abrió luego por la de San
 Cayetano, muy concurrida, y aceleró el paso para no quedar rezagado. Aunque por
 dos veces volvió la cabeza, el hombre de los ojos desvalidos, caminaba confiado,
 sin prisa, haciendo breves ^{pausas} ~~pausas~~, deteniéndose en las es-
 quinas, en los oscuros zaguanes y conforme se adelantaban en el debate de calle-
 juelas del barrio antiguo y el tráfico empezaba a disminuir, dejaba aumentar la
 distancia que los separaba. Bruscamente, el hombre de la chaqueta listada, se

detuvo y dió media vuelta, con tal rapidez que Gervasio apenas tuvo tiempo de hincar la rodilla en tierra y simular que se ataba el cordón de una bota. A la altura de la Corredera de Tous y Maroto, en la calle de San Nicolás, anochecido ya, el hombre de la americana a rayas apresuró la marcha (sus pasos resonaban rítmicamente en las desgastadas losas del pavimento), pero al comprobar con el rabillo del ojo que Gervasio hacía lo mismo, en un movimiento imprevisto arrancó a correr. Los largos faldones de la chaqueta desabotonada le azotaban el trasero mientras Gervasio le perseguía a la carrera, aturdido por el tableteo de sus propias pisadas en el angostillo, mas al alcanzar la segunda esquina le perdió de vista. Resollando, sin detenerse, avanzó hasta la encrucijada, miró en los dos sentidos y, al no divisar al hombre, dobló sin vacilar por la calle de los Cestos. Recorrió al azar otras dos callejas y al final de la segunda se detuvo, jadeando, en el quicio de un portal, atisbando a un lado y a otro. Pensó que el extraño hombre de la chaqueta listada le había despistado y aspiró aire por la boca con avidez. Por vez primera desde que iniciara la persecución, se preguntó: "Y si le cojo ¿qué?". Su estómago se contrajo, ~~de miedo~~. Sentía en el cuello los latidos de su corazón. Resollaba. Bajo el resplandor opalino de la lámpara de la esquina, creyó entrever la familiar silueta pero no se movió. "¿Es que estoy loco?" - se dijo para justificarse. ^{su ~~retraimiento~~ retraimiento.} En las medias tinieblas de la Plaza de Santa Eulalia la sombra se desvaneció de nuevo. Esperó, cobijado en un zaguán, en la calle Arquitecto Reyes, a que su agitado corazón se serenase y, al cabo, regresó al Paseo del Borne.

A la mañana siguiente, tras el baldeo del espardek, Gervasio se apresuró a convocar controversia en la rinconera de taquillas, del sollado 3, para informar a los amigos de los últimos descubrimientos. Al oír su relato, Dámaso estregó la roja lengua contra la mella del diente, la cabeza gacha, mientras liaba un cigarrillo. Peter, la barbilla entre las rodillas recogidas, adoptaba una actitud de solemnidad extrema. Se acarició el cogote a redopelo antes de hablar:

- Pita es un rojo emboscado; no hay que darle más vueltas

Dámaso Valentín levantó la cabeza de golpe, la roja lengua dispuesta a pasar

detuvo y dió media vuelta, con tal rapidez que Gervasio apenas tuvo tiempo de hin-
 car la rodilla en tierra y simular que se ataba el cordón de una bota. A la altura
 de la corredera de Jous y Haroto, en la calle de San Nicolás, anochecido ya, el hom-
 bre de la americana a rayas apresuró la marcha (sus pasos resonaban rítmicamente en
 las desgastadas losas del pavimento), pero al comprobar con el rabillo del ojo que
 Gervasio hacía lo mismo, en un movimiento imprevisto arrancó a correr. Los largos
 falzones de la chaqueta desabotonada le azotaban el trasero mientras Gervasio le
 perseguía a la carrera, aturdimiento por el latido de sus propias pisadas en el asos-
 tado, mas al alcanzar la segunda esquina le perdió de vista. Resolviendo, sin dete-
 nerse, avanzó hasta la encrucijada, miró en los dos sentidos y, al no divisar al
 hombre, dobló sin vacilar por la calle de las Cestas. Recorrió al estar otras dos
 calles y al final de la segunda se detuvo, jadeando, en el quicio de un portal, es-
 tando a un lado y a otro. Pensó que el extraño hombre de la chaqueta lista le
 había desistido y aspiró aire por la boca con avidez. Por vez primera desde que in-
 iciera la persecución, se preguntó: "¿si le coje aquí?". Su estómago se contra-
 deó. Sentía en el cuello los latidos de su corazón. Resolvió. Dio el respaldar
 por quicio de la lámpara de la esquina, creyó entrever la familiar silueta pero no
 se movió. "¿Es que estoy loco?" -se dijo para justificarse. En las medias tintas
 de la plaza de Santa Eufemia la sombra se desvaneció de nuevo. Esperó, cogido en
 un zaguán, en la calle Arzobispo Reyes, a que su agitado corazón se calmase y, al
 cabo, regresó al Paseo del Borne.

A la mañana siguiente, tras el balde del espartak, Gervasio se apresuró a conve-
 nir con la contienda en la rinconera de tapujos, del soldado 3, para informar a los a-
 migos de los últimos descubrimientos. Al oír sus relatos, Dámaso estrujó la roja len-
 gua contra la muela del diente, la cabeza gacha, mientras hacía un cigarrillo. Peter,
 la barbilla entre las rodillas recogidas, adoptaba una actitud de solemnidad extre-
 ma. Se acarició el cogote a regañado antes de hablar:

- Pita es un rojo emboscado; no hay que darle más vueltas

Dámaso Valentín levantó la cabeza de golpe, la roja lengua dispuesta a pasar

la punta por el filete engomado:

Gervasio - Los dedos se os hacen huéspedes -dijo. ¿Es que no puede tener relaciones con tierra un hombre arrestado? ¿Por qué no una mujer?

Gervasio rechazó la sugerencia:

- Si así fuera ¿por qué ~~razón~~ no le entregó la carta ^{a Poncela} a la vista de todo el mundo en lugar de hacerlo a escondidas, en los retretes?

Dámaso Valentín, en actitud socarrona, expulsaba anillos de humo sin responderle. A Gervasio le disgustaba su jovial ligereza. Había conseguido inquietar a Peter pero Dámaso, obstinado en su frívola irresponsabilidad, se le escurría, no había forma de centrarle, de hacerle reflexionar. Intentó arrancarle de su escepticismo mediante una serie de interrogantes fiscales: ¿Por qué ese diario trajín entre Pita y el cabo Poncela? ¿Por qué le servía éste de enlace con paisanos extraños en el exterior? ¿Por qué Poncela no dirigió la palabra al hombre de la chaqueta listada limitándose a dejarle la carta sobre la silla vacía como si no se conociesen? La chispa de burla no se apagaba en los ojos de Dámaso mientras se acentuaba la sombra de gravedad en los de Peter, quien acabó por sentenciar que Pita había perdido los papeles y su omisión ante la presencia del minador Marte había sido, sin duda, deliberada. La voz de Gervasio titubeó al formular la pregunta obligada:

- Y... y ¿qué podemos hacer?

- Dar parte. Denunciarlo al mando. No veo otra solución

- Para eso no cuentas conmigo

¿Es que piensas encubrirle?

- Llamalo como quieras,

- ~~No se trata de eso;~~ pero yo no puedo hacerlo, ~~compréndelo~~. Sería como ^{si} de-

latarse ^{ya} mi padre.

Gervasio era consciente de la inconsecuencia de su juego. Resultaba paradójico amontonar sospechas sobre el cabo para luego, llegado el momento de las decisiones, excusarle, echarlas por tierra, erigirse en su defensor. Y cuando Peter se lo hizo notar, no lo negó, pero recalcó patéticamente que dar parte de Pita equivaldría a ponerle con las manos atadas ante el piquete de ejecución. Llevaba varios días rumiando la última nota de papá Telmo en respuesta a su samaritana carta del día de la Comunión. Papá Telmo había respetado sus ideas pero, tan pronto Gervasio le dió una oportunidad, le envió unas líneas entrañables, transidas de ternura: — (seguir)

la punta por el flete engomado:
- Los dedos se os hacen huespedes - dijo. ¿Es que no puede tener relaciones
con tierra un hombre arreado? ¿Por qué no una mujer?

Gervasio rechazó la sugerencia:
- Si así fuera ¿por qué no se le entregó la carta a la vista de todo el
mundo en lugar de hacerlo a escondidas, en los retretes?

Dámaso Valentín, en actitud socarrona, expulsada anillos de humo sin responder-
le. A Gervasio le disgustaba su jovial ligereza. Había conseguido introducir a Pe-
ter pero Dámaso, obstinado en su trivola irresponsabilidad, se le escurrió, no ha-
bía forma de contrarife, de hacerle reflexionar. Intentó atrancarle de su escapti-
cismo mediante una serie de interrogantes riscales: ¿Por qué ese diario trajin en-
tre Pita y el cabo Fonceña? ¿Por qué le servía éste de enlace con paisanos extra-
ños en el exterior? ¿Por qué conceña no dirigió la palabra al hombre de la chapu-
ta listada limitándose a dejarle la carta sobre la silla vacía como si no se cono-
ciera? La chispa de burla no se apagaba en los ojos de Dámaso mientras se aca-
tuaba la sombra de gravedad en los de Peter, quien acabó por sentenciar que Pita
había perdido los papeles y su omisión ante la presencia del minador Marte había
sido, sin duda, deliberada. La voz de Gervasio titubeó al formular la pregunta o-
bligada:

- Y... ¿qué podemos hacer?
- Dar parte. Denunciarlo al mando. No veo otra solución

- Para eso no cuentas conmigo
- ¿Es que piensas encubrirlo?
- ~~He se trata de eso; pero yo no puedo hacerla, empujándola. Sería como de-
latar a mi padre.~~

Gervasio era consciente de la inconsecuencia de su juego. Resultados paradjico
sazonar sospechas sobre el caso para luego, llegado el momento de las decisiones,
excusarse, echarlas por tierra, erigirse en su defensor. Y cuando Peter se lo hizo
notar, no lo negó, pero reaccionó patéticamente que era parte de Pita equivaldría a
ponerle con las manos atadas ante el pique de ejecución. Levantó varios días ru-
tiando la última nota de qué Jaime en respuesta a su somerísima carta del día de
la Comandante. Jaime había respetado sus ideas pero, tan pronto Gervasio le dió
una oportunidad, le envió una línea gutural, exclamada de torpidez: — ¡Seguía

"Ninguna cosa es tan importante -decía- como para separar a un hijo de su padre". Gervasio daba vueltas a esta frase una y otra vez. La postura de papá Telmo era clara: ni la política, ni la religión, ni la guerra, eran causas suficientes para distanciar a un padre de su hijo. Su corazón se ablandó. Admitió la ^{precavida} ~~cauta~~ (aproximación sentimental de su padre como un proceso natural. Y recordó una frase del tío Jairo en una de las veladas sabatinas de palacio, cuyo alcance no llegó a desentrañar entonces: "El espíritu de la madre domina en el niño hasta la adolescencia. A partir de ahí, el del padre (de ordinario más razonable, menos instintivo) empieza a desplazar a aquel para terminar imponiéndose". ¿Era puro azar que, en visperas de cumplir dieciocho años, evocara esta frase? ¿Era también casual que, ^{frisando} ~~pisando~~ (esa edad, hubiera dirigido a papá Telmo su primera carta sin reticencias, inspirada en un cariño espontáneo? Algunas noches, al salir de guardia y desafebrar el coy, en los segundos ~~de vigilia~~ precursores del sueño, se esforzaba en configurar ^{su} ~~el~~ rostro, ~~de su padre,~~ pero sus facciones se ^{resistían,} ~~rebelaban,~~ se difuminaban en la memoria, y acababa conformando un semblante que recordaba vagamente ~~el~~ del cabo Pita. Miró a Dámaso, tendido en el linoleo, los dedos trenzados bajo la nuca, observando las barras de hierro que trincaban al techo mesas y bancos. Se sentía flotar, a la intemperie, sólo. Y tal vez si Peter, ^{en ese momento,} ~~hubiese permanecido en silencio~~ le hubiera dirigido una palabra ^{carinosa,} ~~amable~~ (se hubiera echado a llorar. Pero Peter, con ^{un razonamiento impecable,} ~~su raciocinio tenaz,~~ insistía en la solución expedita. Tras una larga pausa, se mordió el labio inferior para decir:

- No ignoro que la guerra es dura, incluso cruel, pero desde el momento en que demos entrada al sentimiento podemos perderla.

El estallido de Gervasio fué algo inesperado. El fué el primer sorprendido de su arrebatado de locuacidad, en el que ^{prevalecía} ~~predominaba~~ la pasión sobre el discernimiento. Y en su discurso exaltado mezcló los nombres de los tíos Norberto y Adrián con los de los tíos David y Fadrique, evocó sus muertes respectivas, una misma muerte, dijo, y, como única salida viable del círculo vicioso de su exposición, descargó su animosidad ^{contra} ~~sobre~~ (Peter, le llamó frío estratega calculador, ^{le} ~~se~~ acusó de afrontar la guerra como si fuera una partida de ajedrez, sin seres humanos implicados (un barco contra otro barco, un avión contra otro avión, una trinchera contra otra

"Ninguna cosa es tan importante -decía- como para separar a un hijo de su padre".
 Gervasio daba vueltas a esta frase una y otra vez. La postura de papa Jaime era
 clara: ni la política, ni la religión, ni la guerra eran causas suficientes para
 distanciar a un padre de su hijo. Su corazón se ablandó. Admitió la ^{frase} ~~causa~~
 intimación sentimental de su padre como un proceso natural. Y recordó una frase del
 tío Jairo en una de las veladas sabatinas de patético, cuyo alcance no llegó a de-
 sentañar entonces: "El espíritu de la madre domina en el niño hasta la adolescencia".
 A partir de ahí, el del padre (de ordinario más razonable, menos intuitivo)
 empieza a desplazarse a aquel para formar "impulsos". Era puro azar que, en
 visperas de cumplir dieciocho años, evocara esta frase. Era también casual que
^{frase} ~~causa~~ esas palabras dirigidas a papa Jaime su primera carta sin reticencias,
 inspirada en un cariño espontáneo. Algunas noches, al salir de guardia y desate-
 rrar el coque, en los segundos ^{resaca} ~~precursores~~ del sueño, se esforzaba en
 configurar el rostro de su padre, pero sus facciones se resquebrajaban, se diluían
 en la memoria, y acababa conformando un semblante que recordaba vagamente al del
 cabo Pita. Miró a Dámaso, tendido en el linóleo, los dedos trenzados bajo la nu-
 ca, observando las barras de hierro que trincaban al techo esas y bancas. Se
 sentía flotar, a la intemperie, sólo. Y tal vez al Peter, hubiera ^{causa} ~~causa~~
^{causa} ~~causa~~ se hubiera echado a llorar. Per-
 ro Peter, con su ^{causa} ~~causa~~ insistía en la solución expedita. Tras una lar-
 ga pausa, se mordió el labio inferior para decir:

- lo ignora que la guerra es dura, incluso cruel, pero desde el momento en
 que demos entrada al sentimiento podemos perderla.
 El estallido de Gervasio fue algo inesperado. Él fue el primer sorprendido de
 su arrebatado de locuacidad, en el que ^{frase} ~~causa~~ se pastó sobre el discernimiento.
 Y en su discurso exaltado mezcló los nombres de los tios Roberto y Adrián con los
 de los tios David y Adrián, evocó sus muertes respectivas, una misma muerte, di-
 jo, y como única salida viable del círculo vicioso de su exposición, descargó su
 animosidad ^{causa} ~~causa~~ se llamó ^{causa} ~~causa~~ en acusó de afrontar
 la guerra como si fuera una partida de ajedrez, sin serias humanas involucradas. Un
 barco contra otro barco, un avión contra otro avión, una trincheras contra otra

trinchera" -dijo), cuando, en realidad, ^{aquella} ~~la~~ guerra entrañaba una faceta sórdida, ^{Suecia,} (que Peter conocía y en la que él no estaba dispuesto a participar. Era la primera vez que levantaba la voz a su amigo y, al terminar, quedó tembloroso, asustado de su propia vehemencia, bajo la asombrada mirada de Dámaso que se había incorporado, mientras Peter, confundido, bajó los ojos, fingió abstraerse en las orejeras de su abisinio, cuyo automático abrochaba y desabrochaba maquinalmente. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y alegó, disculpándose, que la guerra, con todos sus horrores, exigía a veces ser un frío estratega calculador, manifestación que conmovió a Gervasio y le impulsó no ya a pedirle disculpas, sino a prometerle solemnemente ("te doy mi palabra de honor", dijo) que no dejaría al cabo Pita ni a sol ni a sombra y, llegado el caso, le haría ver la necesidad de que abandonase el barco, ~~y huyera antes de que fuera tarde.~~

Fiel a su compromiso, a primera hora de la mañana siguió los pasos del cabo Pita hasta el sollado 1, a proa, el más distante del puesto H, y allí, sobre un coy de la batayola, le vió escribir un mensaje ^{en} ~~sobre~~ una hoja de bloc, doblar el papel en cuatro pliegues y deslizarlo luego por la rendija de una taquilla en el pasillo de calderas. Una hora ^{mas tarde} ~~después,~~ compareció su destinatario, el cabo Poncela, el pagador, quien, después de leer la nota, hizo un rebujo con el papel y lo guardó en el bolsillo alto de la faena. Seguidamente, sin moverse del sitio, apoyándose en el mamparo, escribió unas líneas apresuradas de respuesta que, a su vez, introdujo en la taquilla del cabo Pita. Hasta después de hacerse el cruce-ro a la mar, tres días más tarde, los cabos Pita y Poncela no volvieron a ^{verse,} ~~encon-~~trarse, de lo que ~~dedujo~~ ^{dedujo} Gervasio ^{dedujo} que el hombre de la chaqueta a rayas les había alertado.

Había vuelto el frío y un escarceo gris arrugaba la superficie del mar. La prensa hablaba en aquellos días de una cruenta batalla en el Ebro, favorable en principio ^a ~~para~~ los republicanos, que atravesaron el río, y desenlazada, al fin, con una nueva victoria nacionalista. ¿Que se les había perdido, entonces, a ellos en el ^{sur,} ~~mar,~~ hacia donde había arrumbado la flotilla de cruceros? Radio Bolina fué escueta y fidedigna en esta ocasión: el destructor José Luis Díez,

trinchera" - dijo, cuando, en realidad, la guerra entraba una faceta sordida, que Peter conocía y en la que él no estaba dispuesto a participar. Era la primera vez que levantaba la voz a su amigo y, al terminar, quedó tembloroso, azustado de su propia vehemencia, bajo la sombría mirada de Dámaso que se había incorporado, mientras Peter, confundido, bajó los ojos, fingió abstraherse en las orjeas de su abstinente, cuyo automático esbozo y desabrochaba magníficamente. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y alzó, disculpándose, que la guerra, con todos sus horrores, exigía a veces ser un frío estratega calculador, manteniéndose que comovió a Gervasio y le impidió no ya a pedirle disculpas, sino a proferirle solamente ("te doy mi palabra de honor", dijo) que no dejaría al cabo Pita ni a sol ni a sombra y, llegado el caso, le haría ver la necesidad de que abandonase el barco y regresara antes de que fuera tarde.

Fiel a su compromiso, a primera hora de la mañana siguió los pasos del cabo Pita hasta el solado, a proa, el más distante del puesto M, y allí, sobre un coque de la batayola, le vio escribir un mensaje sobre una hoja de papel, doblar el papel en cuatro pliegues y deslizarlo luego por la rendija de una tapujilla en el pasillo de calderas. Una hora después, comparció su destinatario, el cabo Poncel, el pagador, quien, después de leer la nota, hizo un repujó con el papel y lo guardó en el bolsillo alto de la fauna. Seguidamente, sin moverse del sitio, apoyándose en el mamparo, escribió unas líneas apresuradas de respuesta que, a su vez, introdujo en la tapujilla del cabo Pita. Hasta después de hacerse el cruce-ro a la mar, tres días más tarde, los cabos Pita y Poncel no volvieron a encontrarse, de lo que dedujo Gervasio que el nombre de la chaveta a rayas les había alertado.

Había vuelto el frío y un escorreo gris arrugaba la superficie del mar. La prensa hablaba en aquellos días de una cruenta batalla en el Ebro, favorable en principio para los republicanos, que atravesaron el río, y desastrosada, al fin, con una nueva victoria nacionalista. Que se les había perdido, entonces, a ellos en el mar, hacía donde había arremado la flotilla de cruceros. Radio Bolina fue escueta y tibia en esta ocasión: el destructor José Luis Díaz,

refugiado desde el comienzo de las hostilidades en un puerto francés del Atlántico, se proponía forzar el bloqueo y llegar a Cartagena. Al abocar al Estrecho, la mar engordó. La nave espaldeaba, batida por un viento de levante, en un día transparente, de visibilidad táctil. A estribor, resaltaba Gibraltar, ^{la} de cresta encendida, los tres oscuros destructores al pie y, a babor, la silueta ahumada de las costas del Mogreb y, destacando sobre ellas, como recortables, los cuatro minadores, chatos y pesados, inmóviles en la vasta perspectiva. Dámaso Valentín, después de contemplar la formación con los prismáticos, dijo socarronamente, volviéndose hacia ellos:

- ¿Que le parecería esto al cabo Rego? ¿Una valerosa acción o una cobarde emboscada?

Se reía a golpes, en entrecortadas risotadas, levantando y bajando la cabeza, como las gallinas al beber. Gervasio, que ^{Peter se puso a su lado:} para obviar el mareo, hacía dos jornadas que evitaba el ambiente enrarecido de los sollados, se asió a la cadena del es-

pardek. ~~Su estómago, empero, acusaba la corriente del Estrecho, el bamboleo solem-~~
~~ne del crucero. Se sentó, al abrigo de las balsas, en tanto Dámaso Valentín vol-~~
~~vía a encararse los prismáticos, Peter se sentó a su lado~~

- Me gustaría saber -dijo- que estará tramando ^{el tipo ese} ese hombre en este momento

- ¿Quién? ¿Pita?

- Pita, ^{claro, ¿quién?)} ¿qué otro (iba a ser?

Gervasio acompañó su respuesta de una sonrisa evasiva. Su actitud ante Peter, después de su enfrentamiento, procuraba ser conciliadora:

- En alta mar, un hombre embarcado, es lo mismo que un prisionero.

- No te fíes. Acuérdate del Baleares

El crucero surcaba el Estrecho en largos desplazamientos, de la Línea de la Concepción a Trafalgar, ida y vuelta, como un gigantesco centinela. Día y noche repetía el mismo itinerario. A babor y estribor, las flotillas de minadores y destructores, navegaban también, una y otra vez, las mismas aguas. La tercera noche, cuando ya desesperaban de que el destructor ^{se presentase, compareciese,} ~~apareciese, durante la guardia de Dá-~~ ~~maso,~~ les despertó el toque de zafarrancho de combate por los altavoces. Ante la alarma, el malestar de Gervasio desapareció. Sentado en el taburete, junto al tubo, arrebuñado en la manta, la boca seca, trataba de conjurar un nuevo ataque de perlesía. El

puesto A anunció una sombra por ~~la amura de~~ estribor. Gervasio se envolvió en la manta, dobló el cuerpo sobre el tubo y repitió la orden de don Mario a los cañones:

- ¡Listos para tiro de superficie!

Pero algo no marchaba en los nidos de apuntadores: ni Javier Medina ni el cabo Pita acertaban a coger blanco (Gervasio observaba, a la luz de las estrellas, los movimientos desmanotados de éste, su forcejeo, el inútil ir y venir de la manivela). Viró el crucero y forzó la marcha. De la trepidación de los mamparos se colegía que navegaban a toda máquina. Sin duda, el puente trataba de combatir al José Luis Díez con sus mismas armas: la velocidad. Más rápido que sus oponentes, si conseguía salvar la línea de bloqueo, no podría ser detenido ~~ya~~ por nadie; en un santiamén les dejaría atrás. Gervasio sentía temblar sus manos bajo la manta, se estremeció con la primera salva de las torres de proa y miró de nuevo angustiado hacia el cabo Pita. Tubío cantaba rutinariamente distancias desde hacía rato y Javier Medina se había hecho con el blanco. Pero Pita ronceaba: "No veo, don Mario. No lo cojo". La salva de las torres de popa remeció el buque e iluminó el sombrerete del puesto como un relámpago. Traqueaban otras unidades por estribor, el fuego se generalizaba, pero Pita seguía forcejeando con la manivela, guiñaba un ojo, luego el otro, levantaba la cabeza desalentado, abría sus manos vacías en señal de impotencia, mientras don Mario se impacientaba: "Vamos Pita, acabe Pita; estamos aguardándole". Escoró el crucero en una nueva virada y atronaron las salvas de proa y popa. Se oían las andanadas de los minadores y Gervasio, acurrucado junto al acústico, miraba hacia el cabo Pita sin pestañear, sus atropellados movimientos en la penumbra. El cañoneo no cesaba, y cuando Miodelo voceó que el José Luis Díez había sido tocado, tenía un boquete a proa y se estaba hundiendo, el silencio se espesó en el puesto, no hubo manifestaciones de júbilo, antes al contrario, se percibió como un sentimiento de ^{frustración,} malestar. (Don Mario se sentó al spotter y dijo: "Confirmen". El teléfono del puesto A aclaró que el destructor, seriamente averiado, aproaba a

gusto A anunció una sombra por fe-... de estribor. Gervasio se envolvió en la
manta, dobló el cuerpo sobre el tubo y repitió la orden de don Mario a los caña-
nes:

- ¡Listos para tiro de superficial!

Pero algo no marchaba en los ritos de apuntadores: ni Javier Medina ni el ca-
ño Pita acertaban a coger blanco (Gervasio observaba, a la luz de las estrellas,
los movimientos desmanetados de éste, su forzado, el inútil ir y venir de la ma-
neta). Viró el crucero y forzó la marcha. De la tripulación de los mangos se
colegía que navegaban a toda máquina. Sin duda, el puente trataba de combatir al
José Luis Díez con sus mismas armas: la velocidad. Más rápido que sus oponentes,
si conseguía salvar la línea de diques, no podría ser detenido ya por nadie; en
un santiamén los dejaría atrás. Gervasio sentía temblar sus manos bajo la manta,
se estremeció con la primera salva de las torres de proa y viró de nuevo angustia-
do hacia el cabo Pita. Todo cantaba ruidosamente distancias desde hasta rato y
Javier Medina se había hecho con el blanco. Pero Pita respondió: "No veo, don Ma-
rio. No lo coto". La salva de las torres de proa rasgó el humo e iluminó el
somerete del puesto como un relámpago. Traspasaban otras unidades por estribor,
el fuego se generalizó, pero Pita seguía forzado con la maneta, gaitas
un ojo. Luego el otro, levantaba la cabeza desalentado, miraba sus manos vacías en
señal de impotencia. Mientras don Mario se impacientaba: "¡Vamos Pita, escape Pita!
estamos aguardándole". Escoró el crucero en una nueva virada y atronaron las sal-
vas de proa y popa. Se oían las andanadas de los ametralladores y Gervasio, acurrucado
junto al acústico, miraba hacia el cabo Pita sin pestañear, sus alborotados movi-
mientos en la penumbra. El cañero no estaba y cuando volvió volvió que el José
Luis Díez había sido tocado, tenía un golpe en la cabeza y se azoró huyendo, el
silencio se espesó en el puesto, no hubo manifestaciones de júbilo, antes al con-
trario, se percibió como un sentimiento de melancolía. Don Mario se sentó al spotter
y dijo: "Continúa". El teléfono del puesto A aclaró que el destructor, serriamen-
te averiado, quedaba a

Gibraltar y, poco después, que había entrado en aguas jurisdiccionales inglesas y se evitase toda imprudencia. Don Mario se volvió, girando el silletín: "Posición de espera" -dijo conteniendo la cólera.

Amanecía por el cachete, una luz nacarada, ~~finísima~~, friolenta. Y la negra silueta del destructor, escorado de babor, escoltado por dos patrulleras inglesas, ~~destacaba~~ ^{resaltaba} sobre la albura del Peñón, bajo cuya sombra se cobijó minutos más tarde. Había sonado el toque de retirada y la dotación del puesto H fué bajando ~~cabizbaja~~ ^{desalentada} al espardek, agobiada de nuevo por una sensación de fracaso, sin que la festiva actitud de Miodelo, interpretando en la armónica La bandera inglesa que ondea en Gibraltar, sirviera para ~~levantar los ánimos~~ ^{aplacarla} ~~contarrestarla~~.

Gervasio encontró a Peter en las cocinas, en la cola del café. Estaba fuera de sí. Tachó al cabo Pita de traidor, y, cuando Gervasio trató de excusarle, ^{le hizo ver)} ^{postura} ~~rayó~~ ~~que su negativa a denunciarle~~ era tan culpable como la deslealtad del cabo, y que incluso podría ser fusilado por ello. Gervasio titubeaba, pero aún apuró sus razonamientos: Don Mario también había sido testigo de la conducta del cabo. Él era el jefe del puesto. ¿Por qué no dejarle que tomara la iniciativa?. Peter ~~saltó~~ ^{se revolvía}:

- Y ¿si no la toma? Él no tiene las pruebas ~~evidentes~~ que tenemos nosotros. Nuestro deber es facilitárselas

- Está bien, si no la toma, yo hablaré con Pita. Te he dado mi palabra y la cumpliré.

El triunfo sobre el José Luis Diez, citado en el parte de guerra y magnificado por la prensa, provocó un recibimiento clamoroso en la base: desfiles, colgaduras, música militar y una aparatosa misa de campaña en el muelle. Los empresarios, enternecidos, concedieron a la marinería entrada gratuita en los espectáculos durante tres días, y un cincuenta por ciento de descuento en las consumiciones de los bares. Se anticipaba así la euforia del desenlace de ^{la} ~~una~~ guerra ~~larga~~ ~~y terrible~~. En este ambiente triunfal, llegó el telegrama de tío Felipe Neri:

"Conmovidos gloriosa hazaña nos enorgullece tener héroe familia punto sigue carta gado a creerlo.

En las jornadas siguientes no decayó la actividad del crucero, (levantó, La

Gibraltar y, poco después, que había entrado en aguas jurisdiccionales inglesas y se evitase toda imprudencia. Don Martín se volvió, girando el alfilerín: "Posición de espera" -dijo contentando la cámara.

Amanecía por el cachete, una luz nacarada, frías, frías, frías. Y la negra silueta del destructor, escorado de babor, escoltado por dos patrulleras inglesas, destacaba sobre la albuza del Peñón, bajo cuya sombra se cogió minutos más tarde. Había sonado el toque de retirada y la dotación del puesto H fue bajando al espartaco, agotada de nuevo por una sensación de fracaso, sin que la festiva actitud de Mubelo, interpretando en la armonía la bandera inglesa que ondea en Gibraltar, sirviera para levantar los ánimos.

Gervasio encontró a Peter en las cocinas, en la cola del café. Estaba fuera de sí. Tachó al cabo Pita de traidor y, cuando Gervasio trató de excusarle, no ve que su negativa o pasiva determinación era tan culpable como la deslealtad del cabo y que incluso podría ser justificado por ella. Gervasio titubeaba, pero aún aguardó sus razonamientos: Don Martín también había sido testigo de la conducta del cabo. Él era el jefe del puesto. ¿Por qué no detalle que tomara la iniciativa? Peter salió a revolverse:

- Y así no lo tomas? ¿I no tiene las pruebas existentes que tenemos nosotros. Nuestro deber es facilitárselas

- Está bien, si no lo tomas, yo hablaré con Pita. Te he dado mi palabra y la cumpliré.

El trunfo sobre el José Luis Pita, citado en el parte de guerra y magnificado por la prensa, provocó un reclutamiento clamoroso en la base: desfilés, colgaduras, música militar y una opereta más de campaña en el muelle. Los empresarios, entrecorridos, concedieron a la marina la entrada gratuita en los espectáculos durante tres días, y un cincuenta por ciento de descuento en las consumiciones de los bares. Se anticipaba así la euforia del desenlace de una guerra larga y terrible. En este ambiente triunfal llegó el telegrama de Don Felipe Martí: "Conmovidos gloriosa hazaña nos enorgullicen tener héroes fáciles punto sigue carta

colectiva punto ^{danos detalles} miles felicitaciones y abrazos". Gervasio releyó el telegrama ^{De inmediato se} perplejo. ~~Se~~ hinchó como un pavo real. Sobre el plegado papel azul, su infantil y ya casi olvidada aspiración, quedaba ratificada: para el mundo ~~ya~~ era ^{ya} un héroe. Tío Felipe Neri acababa de incorporar su nombre al de los ilustres soldados inmortales. Su ^{proclividad} inclinación a admitir los juicios favorables como ciertos, le llevó a aceptar el de su tío a piés juntillas. Manena Abad se mostraba asimismo complacida, aunque no ocultase sus reservas: la victoria del crucero sobre el José Luis Díez, si brillante, no dejaba de ser la de Goliaht sobre David; una victoria lógica y predecible. Tamaña cicatería ante el candente aplauso de tío Felipe Neri, le impulsó a rasgar la carta y aventar los pequeños fragmentos sobre el mar. El juicio de un hombre avezado, militar de carrera además, necesariamente había de prevalecer sobre el de una muchachita quinceañera. Gervasio paseaba sus tufos por cubierta, el telegrama de tío Felipe Neri en el bolsillo izquierdo de la faena, sobre el corazón. Aquel papel significaba un reconocimiento explícito de su valor, tan terminante como podría serlo el sello de cera acreditativo de ^{la} una laureada de San Fernando. Reflexionó ^{acerca de} sobre ^{oportuna} la manera más ~~discreta~~ de contestar a su tío. El engreimiento empequeñecía el heroísmo (que, precisamente, radicaba en revestir de cotidiano lo excepcional) pero, por otra parte, sería decepcionante reconocer su inhibición en combate. Una vez más, optó por la objetividad hiperbólica: estos eran los hechos, ^{que el lector juzgase, de esta manera} ~~él quedaba al margen. Así, su~~ ^{distanciamiento.} ~~alejamiento.~~ ^{Sacase las consecuencias. Al situarse al margen, su} propia modestia le enaltecía. Tío Felipe Neri atribuiría a pudor su ~~alejamiento.~~

Al hablar de tensa espera, fuego graneado, amenaza de torpedos, no mentía. Y su tío, ante su recato, le colocaría mentalmente en el puesto de mayor riesgo y responsabilidad. Y tanto calor puso en la descripción de la batalla que hubo un momento en que los pelos del colodrillo se le erizaron como en los mejores tiempos. Escribía en tal estado de exaltación, con tan acendrada fé, que si alguien en ese momento le hubiese recordado la escueta verdad de los hechos (que el puesto H no disparó un cañonazo por ~~que~~ el cabo Pita, primer apuntador, presuntamente un rojo emboscado, no acertó a coger blanco mientras duró el zafarrancho) se hubiese negado a creerlo.

En las jornadas siguientes no decayó la actividad del crucero, (Levante, La

de sus detalles

colectiva puntual felicitaciones y abrazos". Gervasio refirió el telegrama
 perplejo. Señaló como un pavo real. Sobre el plegado papel azul, su infantil
 Y ya casi olvidada aspiración, quedaba ratificada: para el mundo era un héroe.
 Tío Felipe Kerr acababa de incorporar su nombre al de los ilustres soldados in-
 mortales. Su inclinación a admitir los juicios favorables como ciertos, le lle-
 vó a aceptar el de su tío a pie juntillas. Manana Abad se mostraba asimismo com-
 placido, aunque no ocultase sus reservas: la victoria del cruceiro sobre el José
 Luis Díez, si brillante, no dejaba de ser la de Gollant sobre David; una victo-
 ria lógica y predecible. Tanta certeza ante el candente aplauso de tío Feli-
 pe Kerr, le impulsó a rasgar la carta y aventar los pedruzcos fragmentos sobre
 el mar. El juicio de un hombre avarado, militar de carrera además, necesariamen-
 te había de prevalecer sobre el de una muchachita ponceña. Gervasio pasaba
 sus ratos por cubierta, el telegrama de tío Felipe Kerr en el bolsillo izquier-
 do de la falda, sobre el corazón. Aquel papel significaba un reconocimiento ex-
 plicito de su valor, tan terminante como podría serlo el sello de cera acardi-
 nado de una jarreda de San Fernando. Reflexionó sobre la manera más discreta
 de contestar a su tío. El engratamiento empudoraba al heroísmo (que, precisa-
 mente, radicaba en revestir de cotidianidad lo excepcional) pero, por otra parte,
 sería decepcionante reconocer su inhibición en combate. Una vez más, optó por
 la objetividad hiperbólica; estos eran los hechos, él quedaba el mismo, él, que
 propia modestia le enajena. Tío Felipe Kerr atribuía a poder su estamento.
 Al hablar de tensa espera, fuego grande, amenaza de torpedos, no menta. Y su
 tío, ante su recato, le colocaría mentalmente en el puesto de mayor riesgo y res-
 ponsabilidad. Y tanto calor puso en la descripción de la batalla que hubo un mo-
 mento en que los ojos del capitán se le erizaron como en los mejores tiempos.
 Escrita en tal estado de exaltación, con tan escueta fe, que si alguien en ese
 momento le hubiese recordado la escueta verdad de los hechos (que el puesto K no
 disparó un cañonazo por que el cabo Pita, primer apuntador, presuntamente un rojo
 emboscado, no acertó a coger blanco mientras duró el safovanche) se hubiese ne-
 gado a creerlo.

En las jornadas siguientes no decayó la actividad del cruceiro, (Levante, La

Pantellaria, Levante otra vez) con lo que el arresto del cabo Pita llevaba visos de eternizarse. A mediados de mes, el crucero volvió a zarpar con una misión concreta: escoltar hasta Málaga un convoy de cargueros apresados. El cabo Pita, a raíz del combate con el José Luis Díez, no había vuelto por el rancho. Sus mejillas se sumían cada vez más y, en ocasiones, durante las guardias nocturnas, hablaba consigo mismo, palabras ininteligibles que Gervasio se esforzaba vanamente en ^{interpretar.} captar. En la mar empezó a reunirse de nuevo con el cabo Poncela, bien en los pañoles, en la tercera cubierta, durante el día, bien en toldilla, al anochecer. Gervasio le acechaba. Ante su ensimismamiento no tomaba ya precaución alguna y, una tarde, a la hora del rancho, al bajar la escotilla del pañol de ^{popa,} ~~popa,~~ desierto de ordinario, se topó de bruces con él; al pie de la escala:

- ¿Querías algo, 377A?

El ^{sobresalto} ~~desconcierto~~ de Gervasio le impidió responder. Dió media vuelta y regresó apresuradamente al ^{puesto,} ~~sollado,~~ el alma en vilo. Procuró eludir al cabo, pero su ^{coinc-} ~~en-~~ ^{cidencia,} ~~cuentro~~ (en la guardia siguiente resultó inevitable. No obstante, Pita, al volver a verle, le había mirado con una expresión ausente, como preguntándose, ¿dónde nos hemos visto antes tu y yo? Perdía la cabeza. Fumaba de noche sin reservas, prendiendo ^{descaradamente} ~~ostentosamente~~ los cigarrillos con fuego de llama. Tras él, en la otra banda, Santoña y Miodelo le ^{miraban compasivamente desconcertados,} ~~dirigían miradas compasivas~~ y cuchicheaban en voz baja. Al amanecer del segundo día fueron sorprendidos por dos escuadrillas enemigas, diez Katiuskas y seis Curtis. El ataque fué tan imprevisto (ninguno de los puestos de observación anunció su presencia) que el altavoz ordenó a la tripulación algo insólito: "¡Cuerpo a tierra!" (pero "¿a qué tierra?" se preguntaba Gervasio aplastando sus narices contra las planchas de hierro del espardek, tratando de acallar los sordos latidos de su corazón), mientras las bombas estallaban y brotaban en el mar unos ^{piques de espuma.} ~~piques~~ góticos, ~~arborescentes~~. Ya en el puesto, el aplomo de don Mario, ayudó a recobrar la serenidad a la dotación y, una vez que el cabo Tubío giró el telémetro y se puso a cantar distancias y el comandante (la gorra ^{en} ~~sobre~~ la testa cuadrada) ordenó tiro de barreras sobre los Curtis que les sobrevolaban, el cabo Pita pronunció aquella frase lapidaria que quedaría grabada para siempre en los anales de la Armada como emblema de contumacia y oposición:

- ¡A esos no, don Mario; esos son cazas. A los que hay que tirar es a los que cagan!

Entre los estampidos de las torres y el tableteo de las ametralladoras del espardek, ~~se advirtió~~ ^{se sobrevino} (en el puesto H un movimiento de estupor. La escena que vino después fué muy rápida. En la cuidada mano peluda de don Mario, apareció un objeto negro, romo, brillante (a Gervasio, encogido sobre el acústico, minimizado por el estruendo, le vino a la cabeza la imagen de Lucinio Orejón, con su bigote incipiente y sus pantalones bombachos, vaciando el cargador de su pistola sobre los asaltantes de la casa-cuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda, en su ciudad) con el que apuntaba friamente el pecho del cabo a metro y medio de distancia, al tiempo que le ~~comunicaba~~ ^{comunicaba:} "Pita, obedezca órdenes o le meto una bala en la barriga". En torno imperaba una barahunda infernal. Gervasio miró atemorizado a don Mario, su imagen exenta, pistola en mano, ajena a todo exceso melodramático, y seguidamente a Pita, su semblante sumido, descompuesto, prominente el cogote, el párpado izquierdo aleteando sobre la pupila azul. Dudó que ^{al cabo} obedeciera las órdenes del comandante y, asimismo, que el comandante fuese capaz de meterle una bala en la barriga ^{al cabo.} El brevísimo lapso que duró la tensión se le hizo interminable. Pero antes de que volvieran a redoblar las torres de proa, el cabo Pita giró la manivela, cogió blanco sobre los Curtis y, como si nada hubiera ocurrido, empezó a suministrar datos al tablero Perozzi y Bartolomé Roselló a subrayar en registros cambiantes, el orden de las barreras (una, dos, tres y cuatro), ^{en tanto} mientras la banda de estribor, conducida por Gervasio, fogueaba sobre los ^{CAZAS} ~~aviones~~ hasta que se perdieron en el horizonte.

Tampoco en esta ocasión, el fin de la alarma produjo la efervescencia de coros y comentarios que solía ~~rematar~~ ^{desenlazar} (todo combate. Los hombres del puesto descendían al espardek en silencio, alicaídos, cabizbajos. Nadie hizo comentario alguno ni siquiera sobre el singular incidente de la pistola. El cabo Pita desapareció escala abajo, por la escotilla del ventilador, y Gervasio y sus amigos, sin concierto previo, se reunieron en el sollado 3, en la rinconera de taquillas. Peter, muy excitado, perdida su habitual flema, abrochaba y desabrochaba el automático de las orejeras del abisinio y exigía a Gervasio una inmediata ^{intervención:} ~~entrada en acción~~ el

- ¡A esos no, don Martín; esos son cazas. A los que hay que tirar es a los que cagan!

Entre los estampidos de las torres y el latido de las ametralladoras del espartak, se adivina en el puesto H un movimiento de estupeor. La escena que vi- no después fue muy rápida. En la cubada mano perdida de don Martín, apareció un objeto negro, como, brillante (la Garvasto, encogido sobre el espartak, mirando do por el estruendo, le vino a la cabeza la imagen de Lucina Grejón, con su di- gote incipiente y sus pantalones purosos, vaciando el cargador de su pistola sobre los asaltantes de la casa-cuartel Leganta, en el barrio de la Alameda, en su ciudad) con el que apuntaba firmemente el pecho del capo a metro y medio de dis- tancia, al tiempo que le comandaba "Pita, obedeces órdenes o te meto una bala en la barbiga". En forma feroz una barahunda infernal, Garvasto miró atemoriz- zado a don Martín, su imagen exenta, pistola en mano, ajena a todo exceso melódico, y seguidamente a Pita, su sonriente sueldo, desconocido, prominente el cogote, el párpado izquierdo aferrando sobre la pupila azul. Dado que obedecer ra las órdenes del comandante y, asimismo, que el comandante fuese capaz de meter le una bala en la barbiga. El previsto caso que duró la tensión se le hizo in- terminable. Pero antes de que volvieran a redoblar las torres de proa, el capo Pita giró la manivela, cogió blanco sobre los Curtis y, como si nada hubiera cu- rrido, empezó a suministrar datos al tablero Perezzi y barra Roselli a subre- ptar en registros constantes, el orden de las barra una, dos, tres y cuatro casas cazas mientras la banda de estribor, conducida por Garvasto, lograsa sobre los aviones hasta que se perdieron en el horizonte.

Tampoco en esta ocasión, al fin de la siema gracia la eternidad de co- rros y comentarios que soja resaca todo combate. Los hombres del puesto descen- dían al espartak en silencio, alicates, capitales. Nadie hizo comentario alguno ni alifonera sobre el singular incidente de la pistola. El capo Pita desapareció escala abajo, por la escotilla del ventilador y Garvasto y sus amigos, sin conser- to previo, se reunieron en el sofado 3, en la trancera de tapullas. Peter, muy excitado, perdió su hábito tierno, brocheta y desapareció el automático de las orejas del botino y exigió a Garvasto una inmediata intervención en condón el

278 261 265 30
ese lunático.)
crucero no podía arriesgar su seguridad confiando su defensa a ~~un traidor~~ (Cerva-
sio afirmaba con la cabeza. ^{Se dobló} ~~Acceptó~~ (al fin):

- Esta noche sin falta hablaré con él - dijo

Le aterraba la idea de arrostrar aquella mirada azul, errática, el guiño cómplice del párpado izquierdo, pero estaba dispuesto a cumplir su palabra. Sin embargo, en la guardia de prima no encontró a Pita en el puesto, sino a Javier Medina en su lugar, destocado, una expresión severa en su perfil aguileño. Miodelo y Santoña, que subían charlando tras él, se sorprendieron también al alcanzar el sombrerete:

- ¿Ocurre algo? ¿Dónde está el cabo?

Medina pasó la correa de los prismáticos bajo la capucha del capotón y dijo a media voz:

- Pita está arrestado en el puente, hasta nueva orden. No volverá por aquí. Mientras tanto, yo soy el jefe de grupo.

207
101

este lenguaje
de defensa a un...

crucero no podía arriesgar su seguridad confiando su defensa a un...
esto afirmaba con la cabeza. Respiro al fin

- Esta noche sin falta hablaré con él - dijo

La aterrada la idea de arrostrar aquellas miradas azules, erráticas, el guño cómico del párpado izquierdo, pero estaba dispuesto a cumplir su palabra. Sin embargo, en la guardia de prima no encontró a Pita en el puesto, sino a Javier Medina en su lugar, desatado, una expresión severa en su perfil aguileño. Medianoche y Santaña, que habían charlado tras él, se sorprendieron también al alcanzar el sombrero:

- ¿Ocurre algo? ¿Dónde está el cabo?

Medianoche pasó la cabeza de los prismáticos bajo la capucha del capote y dijo a media voz:

- Pita está arrestado en el puente, hasta nueva orden. Lo volveré por aquí. Mientras tanto, yo soy el jefe de grupo.

XXI

el arresto

Aunque en pequeña medida, ~~la prisión~~ del cabo Pita, modificó la organización del puesto. H. Javier Medina, ascendido a cabo segunda, se convirtió en jefe del cuarto grupo, en tanto Peter pasó a apuntador y Fito Iroa, un muchacho rubio y rosado, de dulce mirada gris, procedente del puesto A, se encargaba de los teléfonos. El cabo Pita, custodiado por infantes de Marina, había abandonado el barco una tarde, mientras su brigada vacaba. Unicamente Lago, el Pintor, le había visto partir y las guías de su bigotillo bermejo se mustiaban cada vez que relataba su desembarco, flanqueado por el piquete, en una motora de la Comandancia: "Al llegar al portalón, volvió la cabeza un momento y me vió pintando en el espardek. Sonrió e hizo un borroso ademán con la mano, como de despedida, pero el infante que le seguía le empujó y él, entonces, bajó un par de escalones y nos perdimos de vista". El cabo Tubío, al oírle, ^{parpadeaba} ~~bajaba sus pesados párpados~~ y movía la cabeza ambiguamente, asintiendo sin asentir, negando sin negar, actitud ecléctica que juzgaba apropiada entre las dos facciones definidas en el puesto. Acuciado por el flaco Santoña, el Cativo (rostro imberbe, rubicundo, sobre el ancho pestorejo congestionado) relataba ahora el martirio de Máximo Pita, el hermano del cabo, allí en el pueblo: "Le sacaron en calzoncillos con una cruz al hombro y le hicieron recorrer el Vía Crucis alrededor de la cotería. En las posas le zurraban la badana con palos y piedras, de modo que cuando llegó al final, tenía la cabeza rota y estaba muerto". Gervasio escuchaba en silencio a unos y a otros, pero si los comentarios zaherían al cabo y Miodelo recurría a la armónica y tocaba El bonete del cura, para desagraviarle, se le humedecían los ojos y notaba un ligero cosquilleo en los pelos del colodrillo. Pero, salvo Gervasio, el Cativo, Miodelo, Santoña y, quizá, Lago, el Pintor, en una faceta estrictamente sentimental (tal vez porque había sido el único en despedirle), el resto de los compañeros de puesto y la dotación entera del crucero le denostaban, convencidos de que su traición podía haber significado el hundimiento del barco y, tal vez, la

al avistarlo

Aunque en pequeñas medidas, la prístina del cabo Pita, modificó la organización del puesto H. Javier Medina, ascendido a cabo segundos, se convirtió en jefe del cuarto grupo, en tanto Pater pasó a apuntador y Fito Irua, un muchacho rubio y ro-sado, de dulce mirada gris, procedente del puesto A, se encargaba de los teléfonos. El cabo Pita, custodiado por infantes de Marina, había abandonado el barco una tarde, mientras su brigada vacaba. Únicamente Lago, el Pator, le había visto par-tir y las guías de su bigodillo blanco se mustaban cada vez que refacaba su de-sembargo, flanqueado por el piquete, en una motora de la Comandancia: "Al llegar al portador, volvió la cabeza un momento y me vio pintando en el espejo. Sonrió e hizo un borroso ademán con la mano, como de despedida, pero el infante que se-guía le empujó y él, entonces, bajó un par de escalones y nos perdimos de vista". El cabo Julio, al oírle, bajó sus pesados guantes y movió la cabeza amiguanmen-te, sintiendo sin asenir, negando sin negar, actitud ecclética que juzgaba apro-piada entre las dos facciones definidas en el puesto. Acabado por el fisco Santo-ña, el Catino (vostro imperio, rubicundo, sobre el ancho pastoreo congestionado) relatada ahora el martirio de Máximo Pita, el hermano del cabo, allí en el pueblo: "Le sacaron en calzoncillos con una cruz al hombro y lo hicieron recorrer el via-Crucis alrededor de la catedral. En las poses le zumbaban la cabeza con palos y pie-dras, de modo que cuando llegó al final, tenía la cabeza roja y estaba muerto". Gervasio escuchaba en silencio a unos y a otros, pero al ver comentarios zaherían al cabo y Mideño recurría a la armónica y tocaba El puente del cura, para desaga-vrarle, se le humedecían los ojos y notaba un ligero espulido en los pelos del colodillo. Pero, salvo Gervasio, el Catino, Mideño, Santón y, quizá, Lago, el Pator, en una faceta estrictamente sentimental (tal vez porque había sido el úni-co en despedirse), el resto de los compañeros de puesto y la dotación entera del crucero le demostraban, convencidos de que su tracción podía haber significado el hundimiento del barco y, tal vez, la

280

263

muerte de todos ellos. Durante semanas, Radio Bolina se ensañó con Pita, le atribuyó un repertorio de trasgresiones que el mando, requerido por exigencias de la guerra, abocada ya a su desenlace, no se preocupó de confirmar ni de desmentir. Según Radio Bolina, la deslealtad del cabo Pita databa de su embarque en el bou artillado Apóstol Santiago, en el Cantábrico, durante los primeros días del Alzamiento, ^{y por} ~~su infidelidad~~ no ~~era~~ una cuestión de principios ^{(él} ~~(el cabo Pita~~ era refractario a ~~las ideologías~~) sino de venganza, sentimiento que anidó en su corazón a partir del ajusticiamiento de su hermano. En la taquilla de Pita habían aparecido docenas de papeles, cartas y documentos comprometedores, que ^{demonstraban} ~~acreditaban~~ su traición, a más de un código cifrado mediante el cual se había estado comunicando durante dos años con una emisora roja de Marsella. Radio Bolina no descartaba que hubiese sido él quien, valiéndose de señales convenidas, hubiese atraído los torpedos sobre el Baleares la madrugada del 6 de marzo de 1938. (Santoña se enfurecía ante esta suposición: "Esa noche, el cabo estaba orilla mía. ¿Qué señales podía hacer sin que yo ^{enterase?} ~~me diera cuenta?~~"). Con Pita habían sido detenidos un grupo de saboteadores en Mallorca y el cabo Poncela, uno de los pagadores, ~~del pañol de papa~~ ^{Pita}, que, al parecer, era el encargado de informar por morse acerca de los movimientos del crucero. Prisionero en el Castillo de Bellver, el cabo Pita solo le abandonaría para ser juzgado en Consejo Sumarísimo al que asistirían como testigos, los marineros más relacionados con él, y en especial los componentes del cuarto grupo de vigilancia del puesto H (en la rinconera del sollado 3, Gervasio se rebelaba: "Yo no tengo nada que declarar contra él. Y, además; ¿por qué voy a hacerlo? ¿No disponen ya de pruebas suficientes?"). Cuatro días después, Radio Bolina rectificó: El cabo Pita, convicto y confeso, sería juzgado por pura formalidad, sin participación de testigos, ^{superfluos} ~~innecesarios~~ después de su confesión. Al parecer, el cabo no daba muestra alguna de arrepentimiento, se mostraba tranquilo y, según afirmaban sus celadores, no se consideraba traidor a la Patria sino condenado por traidores. En un primer momento, Radio Bolina señaló el juicio para primeros del mes de enero, "por respeto a los días santos", pero pasada la Navidad, habló, en términos inconcretos, de la última semana de febrero.

El arresto del cabo Pita llevó a Gervasio a sentirse responsable, puesto que ^{denuncia no había partido} aunque la ~~iniciativa para su detención no partió~~ de él, su demora en advertirle si

le había impedido la fuga. Peter, por su parte, consideraba que Pita, a la vista de la marcha de la guerra, se había sacrificado voluntariamente; literalmente se había inmolado. Pero sus juicios no ~~tranquilizaban~~ ^{serenaban} a Gervasio que, perdida la fé en las palabras, se debatía en una honda crisis. Ni las encendidas cartas de tío Felipe Neri le impedían ~~ahora~~ ^{ya} reparar en su mediocridad. ¿Podría considerarse un héroe por el ^{simple} hecho de que tío Felipe Neri así lo dijera? ¿Quién era tío Felipe Neri para dictaminar sobre el arrojo y la cobardía? ¿Existía alguien, fuera de uno mismo, capacitado para pronunciarse sobre los móviles de un soldado? No obstante, las cartas apasionadas de tío Felipe Neri, aunque no le convencieran, seguían halagándole. Se recreaba leyéndolas aunque sus reflexiones posteriores fuesen cada vez más desoladoras: él no era más que un héroe de papel (de papel azul, de telegrama), un impostor. Si el heroísmo ~~radicaba~~ ^{estribaba} (en ofrendarse entero y sin condiciones, en el crucero no había más que un héroe: el cabo Pita. Ahora bien, y ¿la causa? ¿Cabía el heroísmo al servicio de cualquier causa? Años atrás, tío Felipe Neri exigía al héroe una causa noble, pero su propia experiencia le ^{ense-} ~~adver-~~ ^{ñaba} ~~tía~~ que cabía invertir el orden del proceso, esto es, bien podía ser el soldado que moría dando la cara, desinteresadamente, el que ennoblecía ~~la~~ la causa a la que servía. Alarmado ^{de} ~~por~~ sus deducciones, se refugiaba en la lectura de las cartas de tío Felipe Neri, cartas exultantes, aromadas de victoria. La batalla del Ebro había sido decisiva. Las fuerzas enemigas flaqueaban, quebraba su resistencia en todas partes. El final de la guerra se presentía. En este punto, tío Felipe Neri establecía un nexo, no podía desligar tan faustas previsiones de la participación de Gervasio en la contienda y, con frecuencia, utilizaba las gestas del barco de su sobrino ^{como} de puntos de referencia: antes y después del desembarco en Las Columbretes; antes y después del desmantelamiento del José Luis Díez. Pero, ~~mas~~, pese al secreto placer que producían en Gervasio tales alusiones, ya ^{no} ~~re-~~ ^{desfilando} ~~volvían su ser~~ ^{hacían} como ~~(antaño el desfile de los legionarios~~ ^{(por la Avenida de la Constitución o la audición del programa} Al paso alegre de la paz. Algo como una inmensa fatiga le emperezaba desde la reclusión del cabo Pita; algo fundamental se le iba enfriando dentro, descorazonándole, abriendo la puerta al desencanto. La guerra, en su ocaso, empujaba los engrasados resortes de la cultura mi-

De ordinario, las cartas de tío Felipe Neri llegaban acompañadas de otras

le había impedido la fuga. Peter, por su parte, considerando que Pita, a la vista de la marcha de la guerra, se había sacrificado voluntariamente; típicamente había inmóvil. Pero sus juicios no eran definitivos a Gervasio que, perdida la fe en las palabras, se debatía en una honda crisis. En las encendidas cartas de Felipe Neri se le pedían ahora reparar en su mediocridad. Podría considerarse un héroe por el hecho de que el héroe de que el héroe Neri era el héroe Neri para dictaminar sobre el arroyo y la cobardía; ¿existía alguien, fuera de uno mismo, capacitado para pronunciar sobre los méritos de un soldado? No obstante, las cartas apasionadas de Felipe Neri, aunque no le convencían, seguían haciéndole. Se recordaba la batalla aunque sus reflexiones posteriores fueran cada vez más desoladoras: él no era más que un héroe de papel (de papel azul de telegrama), un impostor. El héroe no debería ostentarse entero y sin condiciones, en el cruce no había más que un héroe: el caso Pita. Ahora bien, y la causa; ¿había el heroísmo al servicio de cualquier causa? Ahora estás, Felipe Neri exige al héroe una causa noble, pero su propia experiencia le enseñaba que debía invertir el orden del proceso, esto es, bien podía ser el soldado que moría dando la cara, desinteresadamente, el que enseñaba a la causa a la que servía. Alarma por sus deducciones se reflejaba en la lectura de las cartas de Felipe Neri, cartas exultantes, cronistas de victorias. La batalla del Ebro había sido decisiva. Las fuerzas enemigas flaqueaban, quedaba su resistencia en todas partes. El final de la guerra se presentaba. En este momento, Felipe Neri establecía un nexo, no podía desligar las faustas previsiones de la participación de Gervasio en la contienda y, con frecuencia, utilizaba las cartas del barco de su sobrina de puntos de referencia: antes y después del desembarco en Las Colubretas; antes y después del desembarco del José Luis Díez. Más, pese al secreto placer que producían en Gervasio estas visiones, ya no volvían su ser como antes el desolado los testimonios por la Avenida de la Constitución o la audición del programa "Al paso alegre de la paz". Algo como una inmensa fatiga le empezaba desde la lectura del caso Pita; algo fundamental se le iba enfriando dentro, descorazonándose, abriendo la puerta al desengaño.

De ordinario, las cartas de Felipe Neri llegaban acompañadas de otras

de mamá Zita, Manena Abad, doña Guadalupe Planas o los padres de Peter, informán-
 doles sobre la vida ciudadana, y los avatares de la retaguardia. Mamá Zita, en
 su última, le anticipaba la liberación de papá Telmo "a la vista del avance triun-
 fal de nuestras tropas en Cataluña". Con él serían liberados todos aquellos pri-
 sioneros que contasen con algún valedor de relieve que se responsabilizase por
 ellos, dentro de la España adicta. (Gervasio se preguntaba si el cabo Pita con-
 taría con un valedor de relieve en la España adicta y si, en su caso, sería su-
 ficiente este aval para eludir su desesperada situación). Mamá Zita, le comuni-
 caba también, una noticia sorprendente: Su hermana Cruz, acababa de prometerse
 con el capitán italiano Guido Fratelli, "alojado en casa desde hace medio año".
 "Parece un muchacho responsable -escribía- aunque a juzgar por los frascos de po-
 tingues del cuarto de baño muy pagado de su físico". El escollo más arduo, en opi-
 nión de mamá Zita, radicaba en la reacción de papá Telmo ante la ideología fas-
 cista de su futuro yerno, ante su condición de vieja camisa negra.

Por su parte, la viuda de Valentín, describía a su hijo Dámaso las desven-
 turas de su amigo Eduardo Custodio: "No es fácil tener que escribir esto -decía-
 pero su ceguera ha sido casi providencial. Su cara, con la nariz roida por el
 fuego, fruncida por las cicatrices de las quemaduras, con la cabeza despoblada
 en sus dos terceras partes, ~~le dan la apariencia de un monstruo.~~ ^{es la cara monstruosa. Una cara monstruosa.} Me estremezco ante
 la sola idea de que un día pudiese contemplarse en un espejo". Las noticias de
 unos y otros, en especial las referentes a Eduardo, cuya presencia tendrían que
 afrontar en breve, alejaban temporalmente a Gervasio tanto de sus tenebrosas lu-
 cubraciones sobre el cabo Pita, como de la pasajera complacencia que desperta-
 ban en él las lisonjas de tío Felipe Neri.

Una mañana de ^{finales de} marzo, el crucero zarpó formando parte de la más aparatosa
 escuadra que Gervasio había visto en su vida. Con los tres cruceros y los cuatro
 minadores, se hicieron a la mar la vieja flotilla de destructores de carbón,
 tres submarinos, ^{los} dos cañoneros ^{"Dato" y "Caualejas"} y el mercante artillado Mar Cantábrico. Esa mis-
 ma tarde, se les unieron, desde la costa, el Castillo de Olite, el Castillo de
Peñafiel, y otros dos transportes cargados de soldados. No hubo misterio esta
 vez. La guerra, en su ocaso, enmohecía los engrasados resortes de la censura mi-
 litar. Su destino era Cartagena. Un destacamento sublevado, había ocupado el ar-

de mamá Zita, Manon Abad, doña Guadalupe Pinares e los padres de Peter, informan-
doles sobre la vida ciudadana, y los avatares de la retaguardia. Mamá Zita, en
su última, se anticipaba la liberación de papá Jaime "a la vista del avance triun-
fal de nuestras tropas en Cataluña". Con él serían liberados todos aquellos cri-
stianos que contasen con algún valedor de relieve que se responsabilizase por
ellos, dentro de la España adicta. Gervasio se preguntaba si el cabo Pita con-
taría con un valedor de relieve en la España adicta y si, en su caso, sería su-
ficiente este para eludir su desesperada situación. Mamá Zita, le contó
cada también una noticia sorprendente: Su hermana Cruz, sacada de prisionera
con el capitán italiano Guido Fratelli, "ajustado en casa desde hace medio año".
"Parece un muchacho responsable -escrito- aunque a juzgar por los frescos de po-
tiguas del cuarto de baño muy pagado de su físico". El escollo más arduo en el
nido de mamá Zita, radicaba en la reacción de papá Jaime ante la ideología fas-
cista de su futuro yerno, ante su condición de viejo camisa negra.
Por su parte, la viuda de Valentín, escribió a su hijo Óscar las desen-
tunas de su amigo Eduardo Custodio: "No es fácil tener que escribir esto -deca-
pero su ceguera ha sido casi providencial. Su cara, con la nariz rotada por el
fuego, fruncida por las cicatrices de las quemaduras, con la cabeza desdoblada
sus dos terceras partes, forman la representación de un monstruo. El estiramiento ante
la sola idea de que un día pudiese contemplarse en un espejo". Las noticias de
unos y otros, en especial las referentes a Eduardo, cuya presencia también que-
raron en breve, alejaban temporalmente a Gervasio tanto de sus temores ju-
racionales sobre el cabo Pita, como de la pasajera satisfacción que despara-
ban en él las ligaduras de los Felipe Martí.
Una mañana de guerra, el crucero zarpó formando parte de la más aparatosa
escuadra que Gervasio había visto en su vida. Con los tres cruceros y los cuatro
minadores, se hicieron a la mar la veta flotilla de destructores de carbón,
tres submarinos, dos cañoneros y el mercante artilleado San Sebastián. Era una
mañana, se les unieron, desde la costa, el Castillo de Gijón, el Castillo de
Pobes, y otros dos transportes cargados de soldados. No hubo misterio esta
vez. La guerra, en su caso, enmudecía los engrasados resortes de la censura mi-
litar. Su destino era Cartagena. Un destacamento sublevado, había ocupado el ca-

senal y parte de las baterías de costa ^{y animaban} ~~e instaban~~ a la Armada a conquistar la ciudad sin lucha, lo que, por un lado, impediría el desmantelamiento de la flota republicana, y facilitaría, por otro, la apertura de un nuevo frente en la retaguardia enemiga.

Apenas había tomado la escuadra posiciones frente a la ciudad cuando se produjo el primer ataque aéreo. Doce aviones les sobrevolaron rociándoles de bombas. Un fragor profundo, como un trueno, les envolvió, y Gervasio, agazapado junto al tubo, el estómago ^{contraído,} ~~bloqueado,~~ repetía "¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!" casi maquinalmente. Minadores y destructores arrojaban a los cargueros y un heliógrafo ^{instándoles,} ~~animándoles~~ (al desembarco. Al retirarse los aviones, un pique arbolado y gigantesco como una catedral se alzó en la proa, a estribor. Viró el crucero, cabeceando, dando la espalda a la costa, con cuyas baterías el Canarias sostenía un duro duelo. Mar adentro baqueaban los mercantes. Caía la noche, cuando sonó el teléfono del puesto A: "Localicen las baterías de costa en poder del enemigo" ^{"nos están viendo"} ~~"nos están viendo"~~. Antes de responder, reventaron las bombas de una nueva escuadrilla. Los Martin Bomber volaban muy altos y durante un cuarto de hora el retumbo de las bombas y la réplica de los cañones mantuvieron a Gervasio en tensión. A babor, a media milla de distancia, se espigaron dos piques. Viró de nuevo el crucero y cuando Miodelo anunció la retirada de los aviones, el Canarias aprobó resueltamente a la ciudad, las luces de situación encendidas, al tiempo que el Castillo de Olite, cargado de soldados, se despegaba de los otros tres mercantes y se emparejaba con él. En un momento dado, se separaron. El Canarias, iluminado como un trasatlántico, con el evidente propósito de atraerse la atención de tierra, dobló todo a estribor disparando sus torres, en tanto el Castillo de Olite, furtivamente, sin luces, amparándose en las sombras, profundizaba hacia la costa. Gervasio seguía enfebrecido por los prismáticos la audaz penetración del carguero, su sombra difusa, le vió sortear la línea de balizas y, de pronto, saltar por los aires en una explosión, alcanzado por una mina o un proyectil. El cabo Tubío, al telémetro, confirmó la tragedia antes de que sonara el timbre del puesto A. A partir de ese instante, el Canarias cesó de disparar, apagó sus luces, y se incorporó a la escuadra. Los transportes

Y *animaban* a la Armada a conquistar la
 señal y parte de las baterías de costa ~~en~~ a la ciudad sin lucha, lo que, por un lado, impediría el desmantelamiento de la flo-
 ta republicana, y facilitaría, por otro, la apertura de un nuevo frente en la
 retaguardia enemiga.

Apenas había tomado la escuadra posiciones frente a la ciudad cuando se pro-
 dujo el primer ataque serio. En ese momento las sobrevolaban voladores de bom-
 bas. Un fragor profundo, como un trueno, las envolvió, y Gervasio, agazapado jun-
 to al tubo, el estómago ~~trémulo~~, repetía "¡fuego! ¡fuego!" casi maqui-
 nalmente. Minadores y destruyentes arrojaban a los cargueros y un helicóptero par-
 ticular desde un bicho, ~~causando~~ al desmoronarse. Al retirarse los aviones, un
 pique arbolado y gigantesco como una cascara, se alzó en la proa, a estribor.
 Viró el crucero, cabeceando, dando la espalda a la costa, con cuyas baterías el
 Canarias sostenía un duro duelo. Mar adentro hundían los mercaderes. Cafa la
 noche, cuando sonó el teléfono del puesto A: "localizan las baterías de costa
 en poder del enemigo". Antes de responder, reventaron las bombas de una nueva
 escuadrilla. Los Martin Bomber volaban muy altos y durante un cuarto de hora el
 retumbo de las bombas y la réplica de los cañones mantenieron a Gervasio en ten-
 sión. A labor, a media milla de distancia, se espigaron dos piques. Viró de nue-
 vo el crucero y cuando Hidalo anunció la retirada de los aviones, el Canarias
 apró resueltamente a la ciudad, las luces de situación encendidas, al tiempo
 que el Castillo de Biter, cargado de soldados, se despegaba de los otros tres
 mercaderes y se emparejaba con él. En un momento dado, se separaron. El Canarias,
 iluminado como un trasatlántico, con el evidente propósito de hacerse la stan-
 ción de tierra, dobló todo a estribor disparando sus torres, en tanto el Casti-
llo de Biter, furtivamente, sin luces, emparrándose en las sombras, profundizaba
 hacia la costa. Gervasio seguía entrecorrido por los prismáticos la sudar pene-
 tración del carguero, su sombra blanca, le vio saltar la línea de batallas y,
 de pronto, saltar por los aires en una explosión, alcanzada por una mina o un
 proyectil. El tubo, al teléfono, confirmó la tragedia antes de que sona-
 ra el timbre del puesto A. A partir de ese instante, el Canarias cesó de dispa-
 rar, quedó sus luces, y se incorporó a la escuadra. Los transportes

siguieron sus aguas, en conserva con los viejos destructores. La oscuridad era completa (apenas un vago resplandor urbano en la negra línea del horizonte) cuando el crucero viró cuarenta y cinco grados a estribor y se lanzó mar adentro. Un silencio falleciente reinaba en el puesto. Pesaba sobre su dotación la conciencia de fracaso, el naufragio del Castillo de Olite, la repentina retirada. Don Mario, inmóvil en el spotter, escudriñaba el mar por la amura. Minutos después, la flota se dividió: los transportes, con los buques de menor tonelaje, aproaron al norte, paralelos al litoral, en busca de un puerto de asilo, mientras los tres cruceros, en fila india, navegando en zigzags, lo hacían al este, hacia su base. Pero tampoco la escisión trajo consigo el final del zafarrancho. Una luna naciente, glauca y oblicua, reverberaba en el mar y las toninas se bañaban silenciosamente en su luz. Algo patético gravitaba en la extremada serenidad de la noche. Don Mario seguía concentrado en el spotter y la marinería en sus puestos de observación. El recelo iba fraguando en el corazón de Gervasio, ~~despertando en su piel una sensibilidad vegetal~~. Frustrado el proyecto de desembarco, a cincuenta millas de la costa, ¿qué les retenía allí? ¿Por qué no ^{tocaban} ~~sonaba el~~ toque de retirada y se iban todos a dormir? ¿Por qué no se les daba al menos una explicación razonable ^{de} ~~sobre~~ la situación? La mar se abría en dilatados surcos sin llegar a cabrillear. Como respuesta a sus pensamientos sonó el teléfono del puesto A: "Continuamos en zafarrancho de combate. Intensifiquen la vigilancia de superficie". Don Mario asintió, sin moverse del spotter. Gervasio apenas distinguía las ^{vagas} ~~difusas~~ sombras de sus compañeros acodados en el antepecho del sombrerete, los prismáticos en los ojos, inmóviles, como mineralizados. El crucero navegaba a toda máquina y la vibración de la obra muerta apagaba en ^{cubierta} ~~el~~ ^{otro rumor,} ~~todo rastro de vida~~. Gradualmente la inicial desconfianza de Gervasio fué trocándose en ansiedad. Sentía la lengua estoposa, transido el vientre, ofuscado el cerebro. La metálica reverberación de la luna en el agua, las toninas subrepticias, el prolongado silencio, aumentaban la angustia de la espera. ¿Qué ocurría? ¿De quien huían? ¿Intentaban eludir una emboscada? De pronto, el ronquido de un motor (mudadizo, creciente) le oprimió el pecho. ¡Allí estaban! El anuncio de aviones por parte del puesto C fué inmediatamente rectificado por el A: "Se trata de lanchas tor-

El terror le emudeció. Quiso anunciar el descubrimiento de los torpedos. Incluso lanzó un grito de alarma en su puesto, pero pronto cambió un seco carraspeo.

siguieron sus aguas, en conserva con los viejos destructores. La oscuridad era completa apenas un vago resplandor urbano en la negra línea del horizonte) cuando el crucero viró cuarenta y cinco grados a estribor y se lanzó mar adentro. Un silencio fallidamente reinaba en el puerto. Pesaba sobre su dotación la conciencia de fracaso, el naufragio del Castillo de Olite, la repentina retirada. Don Mario, inmóvil en el spotter, escuchaba el mar por la amura. Minutos después, la flota se dividió: los transportes, con los buques de menor tonelaje, avanzaron al norte, paralelos al litoral, en busca de un puerto de asilo, mientras los tres cruceros, en fila india, navegando en zigzag, lo hacían al este, hacia su base. Pero tampoco la estación trajo consigo el final del cañonero. Las lunas nocturnas, blancas y brillantes, reflejadas en el mar y las toninas se parecían a las gotas de la lluvia. Algo patético gravitaba en la extrema serenidad de la noche. Don Mario seguía concentrado en el spotter y la marinería en sus puestos de observación. El silencio se alargaba en el corazón de Gervasio, despertando en su piel una sensibilidad vegetal. Frustrado el proyecto de desembarco, a cincuenta millas de la costa, ¿qué les retenía allí? ¿Por qué no se iban a buscar el Castillo y se iban todos a dormir? ¿Por qué no se les daba al menos una explicación razonable sobre la situación? La mar se abrió en dilatados surcos sin llegar a cubrirlos. Como respuesta a sus pensamientos sonó el teléfono del puerto. "Continuamos en cañonero de combate. Intensiifiquen la vigilancia de superficie". Don Mario asintió, sin moverse del spotter. Gervasio apenas distinguía las débiles sombras de sus compañeros acobardados en el entpoch del cañonero, los prismáticos en los ojos, tímidos, como mineralizados. El crucero navegaba a toda máquina y la vibración de la obra muerta agitada en el Castillo resonaba en su interior. Gradualmente la inicial desconfianza de Gervasio fue trocándose en ansiedad. Sentía la lengua estoposa, transido el vientre, olusado el cerebro. La metálica resonancia de la luna en el agua, las toninas subterráneas, el prolongado silencio, aumentaban la angustia de la espera. ¿Qué ocurría? ¿Qué ocurría? ¿Intentaban eludir una emboscada? De pronto, el ruido de un motor (mudado, cretense) le abrió el pecho. ¡Allí estaban! El aumento de aviones por parte del puerto 5 fue inmediatamente rectificado por el 4: "Se trata de lanchas tor-

pederas -dijo. Acentúen la vigilancia de superficie". Gervasio oprimía los prismáticos con tan sombrío furor que experimentaba su presión en la nuca. Del mismo modo, sus compañeros, silenciosos en torno suyo, se esforzaban en localizar al enemigo. A veces, el ronquido parecía diluirse para regresar después más acrecentado. Don Mario dijo sin volver la cabeza: "Apuntadores a sus puestos. Cañones listos" (Los tumbos del mar se abrían como cráteres bajo la luna y el ronroneo del motor iba envolviéndoles pegajosamente, en sucesivas oleadas, en círculos cada vez más ceñidos, como el abanico de agua de un regador). Gervasio, desfondado, flojas las piernas, apenas pudo transmitir la orden y cuando de nuevo se llevó los prismáticos a los ojos no buscaba tanto el objetivo como ~~un refugio~~ ^{butala, protección,} (a la manera de una criatura indefensa que dominada por el pánico restregara los párpados apretados contra el regazo materno. El zumbido del motor pareció alejarse tras una nueva virada, pero fué una vana ilusión puesto que, acto seguido, el puente descubrió una torpedera por el cachete y la ametralladora del espardek, lanzó dos ráfagas de balas trazadoras contra las tinieblas. Gimió de nuevo el timbre del puesto A. Una voz alarmada, casi colérica, dejó en suspenso la vida en el puesto H:

- ¡Dos torpedos por la popa!

Abatido por una impresión catastrófica, Gervasio se dobló por el estómago y se asió con las dos manos al borde del mamparo. Las sienas le latían dolorosamente y las venas se le atoraban, incapaces de encauzar el flujo sanguíneo. Tenía un ritmo de respiración corto, ahogado, y el cuerpo tan frágil que su cuello apenas podía soportar el tirón de los prismáticos. Era el espanto en estado puro, como si todos los miedos que le acecharan desde la infancia se asociasen esta noche para aplastarle. Resolló acongojadamente, abrió las piernas en V y miró por los prismáticos, pretendiendo puerilmente escapar de sí mismo. Lanzó una ojeadita al azar, sobre las olas iluminadas por la luna, y entonces, ~~casualmente~~, los descubrió: dos trazos blancos, paralelos (las estelas de aire comprimido de los propulsores) avanzaban inexorables hacia el crucero. A intervalos desaparecían entre la marea para reaparecer después más niveos y estilizados, el trazo izquierdo ^{un poco} ~~ligeramente~~ rezagado respecto al derecho, a una velocidad inalterable. El terror le enmudeció. Quiso anunciar el descubrimiento de los torpedos, incluso amasó un grito de alarma en su pecho, pero apenas emitió un seco carraspeo,

pederas -dijo. Acentúan la vigilancia de superficie". Gervasio oprimía los pris-
máticos con tan sombrio furor que experimentaba su presión en la nuca. Del mismo
modo, sus compañeros, silenciosos en torno suyo, se esforzaban en localizar al e-
nemigo. A veces, el ruido parecía diluirse para regresar después más acen-
tado. Don Mario dijo sin volver la cabeza: "Apuntadores a sus puestos. Cañones
listos". (Los tumos del mar se abrían como cráteres bajo la luna y el trueno
del motor iba envolviéndolos pagajosamente, en sucesivas oleadas, en círculos ca-
da vez más cortados, como el espacio de agua de un regador). Gervasio, desfondado,
flotó las piernas, apenas pudo transmitir la orden y cuando de nuevo se llevó

los prismáticos a los ojos no buscaba tanto el objetivo como un resaca. (A la vez
dentado, frías, y a la vez
neta de una criatura indolente que dormida por el pánico restregaba las pápa-
dos apretados contra el regazo materno. El zumbido del motor parecía aflojarse
tras una nueva virada, pero fue una vana ilusión puesto que, acto seguido, el
puente descubrió una torpedera por el cachete y la ametralladora del esparto.
Lanzó dos ráfagas de balas trazaroras contra las torpederas. Gimió de nuevo el
timbre del puesto A. Una voz alarmada, casi cómica, dejó en suspenso la vida
en el puesto B:

- ¡Los torpedos por la popa!

Abatido por una impresión catastrófica, Gervasio se dobló por el estómago y
se asió con las dos manos al borde del mamparo. Las sienes le latían dolorosamen-
te y las venas se le abarban, incapaces de encavar el flujo sanguíneo. Tenía
un ritmo de respiración corto, espasmo, y el cuerpo tan frágil que su cuello ap-
nas podía soportar el tirón de los prismáticos. En el espacio en estado puro,
como si todos los miedos que le acechaban desde la infancia se asociasen esta
noche para aguijalarle. Resolvió acogotadamente, sorteó las piernas en Y y miró
por los prismáticos, pretendiendo puramente escapar de sí mismo. Lanzó una o-
jeada al azar, sobre las olas iluminadas por la luna, y entonces, asustado,
los descubrió: dos líneas blancas, paralelas, las espaldas de uno comprimido de
los propulsores) avanzaban inexorablemente hacia el crucero. A intervalos despare-
cian entre la náutica para reaparecer después más nítidos y estirados, el trazo
producción ligeramente resaca respecto al derecho, a una velocidad inalterable.
El terror le empujó. Quiso anunciar el descubrimiento de las torpedas, faciu-
so aludido de Gervasio en la noche, pero apenas había un eco en sus

como un estertor. La lengua se le trababa. En décimas de segundo, recordó a Tato y Eduardo Custodio, y persuadido de que iba a volar por los aires como ellos, de que su hora había sonado, adoptó una decisión prosaica, escasamente aguerrida: se llevó dos dedos a los oídos y entreabrió los labios para mitigar la explosión. Al brincar entre dos olas, los torpedos se dejaron ver un instante: dos brillantes peces metálicos, fusiformes e incisivos, que, al sumirse de nuevo en el mar, volvieron a convertirse en dos estelas efervescentes. Permaneció quieto, rígido, plantado sobre las planchas, la mente hueca, los dedos en los oídos. La conciencia del entorno se le había esfumado. Su miedo era tan profundo que no advertía la presencia de sus compañeros ni las balas incandescentes ^{de} que ~~lanzaba~~ la ametralladora del espardek. En esta situación, de pleno desconcierto, le sobrevino el ostento: el calambre chascó en la morra, con la violencia de un cortocircuito, y, acto seguido, su cuerpo se electrizó, se convirtió en un acumulador de cargas encontradas que erizaban su cabello y escarapelaban su piel. Era como una energía incoercible generada por su propio terror. Y él notaba esa fuerza en la cabeza, pugnando por expandirse, los cabellos como alambres presionando sobre el casco de acero, con tal empeño que, finalmente, consiguieron despegarle, elevándole poco a poco sobre las rígidas púas, destocándole. Horripilado (el pulido casco de acero en el extremo del tupé), el vello del cuerpo ~~enojosamente~~ comprimido por la ropa, tensos los músculos del abdomen, no parpadeaba, asistía impotente al progreso de los torpedos y, al presentir el estallido, cerró los ojos y boqueó. Mas la enloquecedora explosión que ~~se~~ esperaba no se produjo. Y como desdoblado en otro, entrevió la virada brusca que casi tumbó al navío de costado, el discutir de los torpedos rozando las hélices, su progresivo alejamiento hacia el confín del horizonte. Un nudo caliente (la orina descontrolada) se derritió entre sus piernas, bajó caldeando las caras internas de los muslos, distendiendo sus músculos. Y, al propio tiempo, sus cabellos cedieron, se doblaron, y el casco de acero, en pausado vaivén de paracaídas, fué descendiendo a ritmo lento sobre su cabeza hasta coronarle. Instantáneamente ~~el entorno~~ volvió ^{la vida en derredor.} a cobrar vida para él. Oyó un grito de júbilo, ininteligible, tal vez de Javier Medina, en el altilllo de los apuntadores, Damasito y el Cativo se abrazaban eufóricos a sus espal-

como un estorzo. La lengua se le trababa. En décimas de segundo, recordó a Tato y Eduardo Custodio y persuadido de que iba a volar por los aires como ellos, de que su hora había sonado, adoptó una decisión prosaica, escasamente aguerada: se llevó los dedos a los ojos y entreabrió los labios para mitigar la explosión. Al principio entre los ojos, los corpúsculos se dejaron ver un instante; los brillantes peces metálicos, fuertemente refractivos, que al suceso de nuevo en el mar, volvieron a convertirse en dos estefes estrovescentes. Permaneció quieto, rígido, plantado sobre las planchas, la mente hueca, los dedos en los ojos. La conciencia del entorno se le había estumado. Su mundo era tan profundo que no advertía la presencia de sus compañeros ni las bajas incandescentes que lanzaba la ametralladora del espartaco. En esta situación, de plano desconcertado, le sobrevino el estertor: el calor se chocó en la boca, con la violencia de un cortacircuitos y acto seguido, su cuerpo se electrizó, se convirtió en un acumulador de cargas en contradas que erizaban su cabello y escarapelaban su piel. Era como una energía incoercible generada por su propio terror. Y él notaba esa fuerza en la cabeza, pugando por expandirse, los cabellos como alambres prestándose sobre el casco de acero, con tal empeño que, finalmente, consiguieron despegarse, elevándose poco a poco sobre las rígidas alas, destacándose. Horripilado (el ruido casco de acero en el extremo del tubo), el vello del cuerpo enérgicamente comprimido por la ropa, tensos los músculos del abdomen, no parpadeaba, asistía impotente al progreso de los corpúsculos y, al presentir el estallido, cerró los ojos y boqueó. Mas la entropederadora explosión que se esperaba no se produjo. Y como desdoblado en otro, entreabrió la mirada brusa que está fúndido al nivel de costado, el discutir de los corpúsculos rozando las nárices, su progresivo alejamiento hacia el fin del horizonte. Un nudo caliente (la orina descongelada) se derritió entre sus piernas, bajó caldeando las carnes internas de los muslos, distendiéndose sus músculos. Y, al propio tiempo, sus cabellos cecieron, se doblaron y el casco de acero, en pasado vivieron de paracaídas, fue descendiendo a ritmo lento sobre su cabeza hasta coronarlo. Instantáneamente él comenzó a volar y a caer y a parir. Él oyó un grito de júbilo, inatentado, tal vez de Javier Medina, en el alfiler de los apuntes, Demasio y el Cívico se abrazaban anteriores a sus espaldas.

287 274
270 280

en torno suyo:
das, oía ~~alrededor~~, vivas y voces radiantes, y abajo, en la cubierta, el bullicio expansivo de los ~~atilleros~~ desbordando las llamadas al orden de los jefes de batería.

Cuando media hora después cesó la alarma, Gervasio (las rodillas anquilosadas dentro de las húmedas perneras) descendió la escala con vacilación senil y se refugió en el espardek, a la sombra de la luna, abrumado. Intuyó que alguien le seguía:

- ¿Dónde vas? ¿Te ocurre algo?

Se desembarazó de las manos piadosas de Peter y, casi sin darse cuenta, se vió a sí mismo sollozando, la frente recostada en las balgas, murmurando frases ^{incoherentes} ininteligibles sobre el repeluzno, papá Telmo y tío Felipe Neri. Tenía la mirada extraviada cuando levantó el rostro hacia su amigo y dijo desolado:

- Era miedo, Peter; mi padre tenía razón.

Lo dijo casi a voces, y cuando su amigo le indicó por señas el sombrero de los serviolas, encima de ellos, bajó el tono y se puso a hablar muy de prisa, tenuamente, en cuchicheos. Así, entre sollozos e incongruencias, nació un diálogo de sordos, en el que Gervasio aludía a su miedo paralizador y Peter afirmaba que todo ser inteligente y sensible sentía miedo alguna vez en su vida. Hablaban de cosas distintas, puesto que cuando su amigo concretó que todos habían sentido miedo aquella noche, Gervasio, con ojos ausentes y sobrecogedora lucidez, le aclaró que estaba equivocado, que su miedo no era circunstancial, un miedo que hubiera desaparecido con los torpedos, sino que estaba instalado aquí (se hincaba con fuerza la yema del dedo índice en la frente) y ahí continuaría aunque viviese mil años.

Esa noche, como para confirmar sus palabras, se negó a dormir en el sollado, bajo la línea de flotación. Creía oír el chapaleo del mar, las olas batiendo el costado de acero, e imaginaba los torpedos cabalgando sobre ellas, la sensible espoleta en la horquilla, prestos a explotar. Dámaso Valentín, ajeno al proceso síquico de su amigo, no salía de su asombro: "Marinero, ¿dónde vas con la que cae?" Pero Gervasio, mudo, aferró el coy ante sus ojos atónitos y, con él al hombro, se trasladó al espardek, al abrigo de la chimenea, donde durmió. A la noche siguiente repitió la

... las, oía arañados, vivas y voces radiantes, y abajo, en la cubierta, el bullicio expansivo de los estiberos desbordando las jarras al orden de los jefes de pa-

terta.
Cuando media hora después cesó la alarma, Gervasio (las rodillas anudadas dentro de las húmedas perneras) descendió la escala con vacilación sentí y se re-

trugió en el esparto, a la sombra de la luna, arumado. Intuyó que alguien le se-

guita:
- ¿Dónde vas? ¿Te ocurre algo?
Se desmembró de las manos púdicas de Peter y, casi sin darse cuenta, se

vió a sí mismo sollozando, la frente recostada en las baras, murmurando frases
extraviada cuando levantó el rostro hacia su amigo y dijo desahogado:
- Era miedo, Peter; mi padre tenía razón.

Lo dijo casi a veces y cuando su amigo le indicó por señas el comercio de los servilios, encina de ellos, bajó el tono y se puso a hablar muy de prisa, fa-

numente, en cuchicheos. Así, entre sollozos e incongruencias, nació un diálogo de sordos, en el que Gervasio aludía a su miedo paralizante y Peter afirmaba que todo ser inteligente y sensible sentía miedo alguna vez en su vida, hablaban de cosas distintas, puesto que cuando su amigo concretó que todos habían sentido mie-

do aquella noche, Gervasio, con ojos ausentes y sobrecogedora fútilidad, le aclaró que estaba equivocada, que su miedo no era circunstancial, un miedo que hubiera desaparecido con los torpedos, sino que estaba instalado aquí (se hincaba con fuerza la yema del dedo índice en la frente) y así continuaba aunque viviese mil años.

En esa noche, como para contrar sus palabras, se negó a dormir en el solado, bajo la línea de flotación. Creía oír el chapoteo del mar, las olas batiendo el costado de acero, e imaginaba los torpedos cabalgando sobre ellas, la sensible espeluzca en la porfútila, gestos a explotar. Deseo Valiente, ajeno al proceso

siguiente de su amigo, no salió de su asiento: "Mientras, dónde vas con la que casi", le ve Gervasio, mudo, atóvnd el coy ante sus ojos atóvndos y, con él al hombre, se trasladó al esparto, al surtidor de la cámara, donde durmió. A la

noche siguiente repitió la

operación, y, como sus amigos pretendieran disuadirle, se ^{desvarió con} dirigió a ellos, la mirada turbia, desquiciados los ademanes:

- No soporto saber el mar detrás del mamparo -dijo con fría lógica.
 Una vez fondeados en la base, Gervasio siguió acostándose ^{a la intemperie,} ~~al aire libre,~~ ~~en el espardek,~~ y Peter, alarmado por su desvarío, solía velarle hasta que se dormía. Dos noches más tarde, Radio Bolina anticipó la noticia del desmoronamiento del ejército republicano en todos los frentes. La guerra, prácticamente, había terminado. Pese a lo extemporáneo de la hora, los barcos surtos en la bahía respondieron con sus sirenas al repique de las campanas de la ciudad. En el alto de Bellver los cohetes rasgaron la noche y sus explosiones, mínimas y encadenadas, crearon un clima de exaltación. Relajada la disciplina, el jolgorio se instaló en el crucero. Grupos de marineros se desplazaban de un lado a otro con botellas y guitarras, bebían y cantaban bajo las estrellas, y cuando las luces ~~exteriores~~ se encendieron a bordo, un vendaval de aplausos y exclamaciones las acogió. La charanga se arrancó en el castillo con Los Voluntarios y un tropel de marineros la seguía por cubierta, coreando el pasodoble. El júbilo se propagaba, surgían de la nada botellas e instrumentos musicales, una traca estrepitosa se quemaba en el Paseo Marítimo. En el puesto H detonaban los taponazos del champán y los marineros, sentados en el suelo, bebían a gollete y, estimulados por la armónica de Miodelo, cantaban Chaparrita a voz en cuello. En el centro del corro, el Cativo y el Escorbuto bailaban una danza desconyuntada, y Bartolomé Roselló, el Mallorquín, al ver entrar a Gervasio, enarcó su ceja diabólica alargándole una botella: "¡Bebe, 377A, la guerra ha terminado!". Enajenado, Gervasio bebió un largo trago y al concluir, se pasó asperamente la bocamanga de la faena por los labios. Se sentía ajeno. Hundido en una sima, veía pasar la vida por encima sin fuerzas para participar ^{en} de ella. El Escorbuto, sin cesar de bailar, tomó la botella, levantó en alto su corto brazo velludo, zapateó briosamente sobre las chapas, tartaleándose, y voceó: "¡Dentro de un mes, todos en casa!". Y bebía y bebía insaciable, hasta que el Cativo, los ojos chispeantes, trató de arrebatarse la botella, forcejearon y el champán ^{acabó derramándose,} ~~se derramó,~~ sobre los capotes arrebujaos: "¡Alegría, alegría!". El alcohol fomentaba la animación, pero cuanto más cundía ésta, más exiguo y retráctil se sentía Gervasio. José Antonio Lago, el Pintor, sentado a usanza mora, radian-

132
155

operación y como sus amigos pretendían disuadirle, se dirigió a ellos, la
 mirada turbia, desquiciados los ademanes:

- No soporte saber el mar detrás del mamparo - dijo con tris lógicos.

Una vez fondeados en la base, Corvasto siguió acostándose al lado de
 en el camarote, y Peter, alarmado por su desvelo, solía velarla hasta que se
 dormía. Dos noches más tarde, Radio Solina anticipó la noticia del desmoronamiento del ejército republicano en todos los frentes. La guerra, prácticamente, había terminado. Pese a la extenuación de la hora, los barcos surtos en la bahía respondieron con sus sirenas al repique de las campanas de la ciudad. En el alto de Belver los cohetes rasgaron la noche y sus explosiones, más y más encadenadas, crearon un clima de exaltación. Relajada la disciplina, el Jorgito se instaló en el crucero. Grupos de marineros se desplazaban de un lado a otro con botellas y pitarras, bebían y cantaban bajo las estrellas, y cuando las luces exteriores se encendieron a bordo, un vendaval de aplausos y exclamaciones, las acogió. La charranga se arrancó en el castillo con los Vojuntarios y un tropel de marineros le seguía por cubierta, coreando el paso doble. El Jorgito se propagaba, surgían de la nada botellas e instrumentos musicales, una traca estrépitoso se quemaba en el Paseo Marítimo. En el puesto de detención los taponeros del champán y los marineros, sentados en el suelo, bebían a gorgollete y, estimulados por la bráncica de Nobelo, cantaban Chaparrito a voz en cuello. En el centro del coro, el Catayo y el Escorbuto batían una danza desconvencida y Barcelomé Roselló, el Hallardun, al ver entrar a Gervasio enaró su ojo diabólico alargándolo una botella: "¡Sebe, Sebe, la guerra ha terminado!". Enarado, Gervasio debió un fardo trago y al concluir se pasó asperamente la bocananga de la fauna por los labios. Se sentó ajeno, hundido en una silla, veía pasar la vida por encima sin fuerzas para participar de ella.

El Escorbuto, sin cesar de bailar, tomó la botella, levantó en alto su cuerpo braxo velludo, rajó el brisamente sobre las caderas, tartaleándose, y voceó: "¡Sebe de un mes, todos en casa!". Y botó y botó insaciable, hasta que el Catayo, los ojos chispeantes, frías de arrebatarle la botella, forcejearon y el campán se sacó sobre los capotes arrepujados: "¡Alegría, alegría!". El alto del formentale la antestón, pero cuando más cundía ésta, más exiguo y retactil

289
272

echó en falta a Javier Medina. La ancha cara del cabo Tubío se abrió en una roja sonrisa de sandía: "Andará ya en la Escuela Naval" -dijo. Le corearon unas risotadas. El Cativo, descalzo, al aire su pecho lampiño, se contoneaba cadenciosamente: "¡Venga, Miodelo, tócate una muñeira!". Y Miodelo le complacía, soplaba la armónica a dos carrillos y el pequeño corro apoyaba la música con sus fuertes voces desafinadas. Tito Iroa, el Nuevo, le pasó otra botella, pero Gervasio, al echar la cabeza hacia atrás, experimentó un vahido, y le flaquearon las rodillas. Se deshizo de la botella y salió al espardek, asustado de sí mismo.

En el morro de Bellver seguían estallando cohetes y triquitraques y la ciudad, con su inusual iluminación (atronada por tracas, campanas y cláxones) parecía arder. Cabe la ametralladora de babor, en la que Gervasio se sentara el día de su primer viaje, media docena de marineros se pasaban una garrafa y prorrumpían en vítores alocados. Desde la cubierta, concurrida como la calle principal de una capital de provincia en día de fiesta, ascendían canciones, rasgueos de guitarras, zapateados, vivas, juramentos, los acordes metálicos de la charanga. En su deseo de huir de la euforia general, Gervasio se encaminó hacia la escala de viento del espardek, pero antes de alcanzarla, apareció por ella la cabeza crespa, el rostro alargado, nocturno, de Javier Medina. Se detuvo al verle, un punto de gravedad en las pupilas, la protectora mano sobre su hombro:

- Lo siento, 377A. Al cabo Pita le fusilaron esta mañana -dijo con voz contrita.

No acertó a responder. Los ojos inestables del cabo Pita, sus silencios evasivos, su firme cabeza cogotuda, afloraron a su mente cuando descendía a cubierta. Y, con él, las máscaras desfiguradas de los tíos Norberto y Adrián, David y Fadrique; de sus amigos Tato y Eduardo Custodio. En la toldilla en penumbra, remitía el bullicio. Algunos bultos dormían inquietas borracheras al amparo de la obra muerta y Gervasio fué sorteándolos, haciendo eses, hasta el coronamiento de popa y, una vez allí, la algarabía a sus espaldas, se acodó en la borda, junto al pequeño mástil,

525

echó en falta a Javier Medina. La ancha cara del cabo Tuito se abrió en una roja sonrisa de sandía: "Andará ya en la Escuela Naval" -dijo. Le corrieron unas risotadas. El Catino, descalzo, al aire su pecho fangoso, se contoneaba cadenciosamente: "¡Venga, Michelo, tócate una muñeiral". Y Michelo le complicita, soplabla la armonica a dos cartillos y el pequeño corvo apoyaba la música con sus fuertes voces desahinadas. Tito, tras, el huevo, le pasó otra botella, pero Gervasio, al echar la cabeza hacia atrás, experimentó un vacío, y se fijaron las rodillas. Se deslizo de la botella y salió al espaldar, resaca de sí mismo.

En el muelle de Belver seguían estallando corales y tripulaciones y la ciudad, con su habitual iluminación (aferrada por faros, campanas y cisternas) parecía arder. Cabe la ametralladora de vapor, en la que Gervasio se sentara el día de su primer viaje, media docena de marineros se gastan una garrata y primum plan en vitores alacados. Desde la cubierta, concurrencia como la calle principal de una capital de provincia en día de fiesta, ascendían canciones, rasgos de guitarras, zapateados, vivas, juramentos, los acordes metálicos de la charanga. En su deseo de huir de la cubierta general, Gervasio se encaminó hacia la escala de viento del espaldar, pero antes de alcanzarla, apartó por ella la cabeza crepita, el rostro alargado, nocturno, de Javier Medina. Se detuvo al verme, un punto de gravedad en las pupilas, la protectora mano sobre su hombro:

- Lo siento, 372A. Al cabo Pita le fastiaron esta mañana -dijo con voz concisa.

No acortó a responder. Los ojos fastidiosos del cabo Pita, sus silencios evasivos, su firme cabeza cogotada, afloraron a su mente cuando descendía a cubierta. Y, con él, las casacas destripadas de los otros Roberto y Adrián, David y Fabrice, de sus amigos Tato y Eduardo Custodio. En la toldilla en penumbra resalta el bullicio. Algunos bullos dominan impetuosas borracheras al amparo de la obra muerta y Gervasio fue sorteándose, haciendo caso, hasta el coronamiento de popa y, una vez allí, se agachó a sus espaldas, se escondió en la borda, junto al pequeño mástil.

al rostro
~~la cabeza~~ entre las manos. Mansas olas de socaire chapaleaban ~~contra~~ las hélices y de la ciudad rutilante se alzaba un clamor de multitud gozosa, contrapunteado por las explosiones de los cohetes y el tañido de las campanas. No le sorprendió ver a Peter a su lado; llevaba una semana convertido en su sombra. Se acodó a su derecha, en silencio, y, para disimular su intromisión, hurgó en el imbornal con el pulgar de su pie descalzo, como si se propusiera desatrancarlo. Gervasio le miró de soslayo:

- Él si ha sido un héroe, ¿no es cierto?

- Quien, ¿Pita?

- Sí, Pita

Peter vaciló. Con su proverbial ecuanimidad sopesaba ~~mentalmente~~ pros y contras:

- Así es -dijo: -En cierto modo, ha sido un héroe

- ¿Por qué dices en cierto modo?

- Yo no comparto la causa a la que servía

- Hablas igual que mi tío Felipe Neri

- ¿Es que tu no lo crees así?

Gervasio quedó un momento pensativo:

- Y ¿no podría ser al contrario? ^{- apuntó cabos} ~~dijo al fin.~~ ^{podría} ¿No ~~puede~~ ser el hombre que muere ^{generosamente} ~~desinteresadamente~~ el que ennoblece la causa a la que sirve?

La mirada de Peter, se ^{hundió} ~~sumió~~ en la noche, se posó en el Castillo de Bellver ^{apenas} ~~tenuamente~~ iluminado:

- Tal vez tengas razón -dijo ^{caviloso.} ~~pensativo~~

- Y ¿los otros? -añadió ^{tercamente} ~~con obstinación~~ Gervasio. -Mis tíos Norberto y Adrián, los de la moto, ¿también han sido unos héroes?

- ¿Por qué no?

- ¿Lo mismo que el tío Fadrique y sus amigos en el Cerro de los Angeles?

- imploró Gervasio a punto de llorar

Se abrió una pausa atribulada. A sus espaldas seguían sonando música y canciones. A babor destellaba el faro de Cala Figuera y, a cada guiñada, iluminaba un triángulo de mar en el que albeaban las velas de dos pesqueros. Una estrella fugaz rasgó el cielo como un cohete por encima de Santa Ponsa y se perdió en la

al verlos
fo-ebesa entre las manos. Masas ojas de socaire chapaban entre las nótices
y de la ciudad rutilante se alzaba un clamor de multitud gorriza, contrapunteado
por las explosiones de los cohetes y el tañido de las campanas. No le sorprendió
ver a Peter a su lado; llevaba una semana convertido en su sombra. Se acordó a
su derecha, en silencio, y para disimular su intrusión, hurgó en el tabernáculo
con el puñal de su pie descalzo, como si se propusiera desatracarlo. Gervasio

le miró de soslayo:

- ¿? si ha sido un héroe, me es indiferente

- ¿Guten, Peter?

- Sí, Peter

Peter vaciló. Con su proverbial ecuanimidad soportaba mentalmente penas y con-

- Así es - dijo - en cierto modo, ha sido un héroe

- ¿Por qué dices un cierto modo?

- Yo no comparto la causa a la que sirve

- Hablas igual que mi tío Felipe

- ¿Es que tu no lo crees así?

Gervasio quedó un momento pensativo:

- Y ¿no podría ser el contrario? - dijo - ¿? No puede ser el hombre que
muere desatracadamente el que ennobrece la causa a la que sirve?

La mirada de Peter, se suavizó en la noche, se posó en el Castillo de Belver
apenas

- Tal vez tengas razón - dijo Gervasio

- Y ¿por qué no? - añadió con insistencia Gervasio. - ¿Mis tíos Roberto y A-
drán, los de la moto, también han sido unos héroes?

- ¿Por qué no?

- ¿Lo sabes que el tío Roberto y sus amigos en el Cerro de los Angeles?
- hablo Gervasio a guisa de factor

Se abrió una puerta acristalada. A sus espaldas seguían sonando música y can-
ciones. A bordo destacaba el tono de alta flauta y, a cada quince segundos, temblaba
un triángulo de mar en el que vibraban las velas de dos pasajeros. Una estrella
fugaz rasgó el cielo como un cohete por encima de Santa Rosa y se perdió en la

noche. Peter tomó a Gervasio por los hombros y le condujo suavemente, entre los borrachos dormidos, hacia la cubierta iluminada:

- Lo mismo -dijo, al fin- ¿Por qué habían de ser distintos?

24/10

noche. Peter tomó a Gervasio por los hombros y le condujo suavemente, entre

los portachos dormidos, hacia la cubierta iluminada:

- Lo mismo - dijo, al fin - por qué habrán de ser distintos

MD

DM

MD

